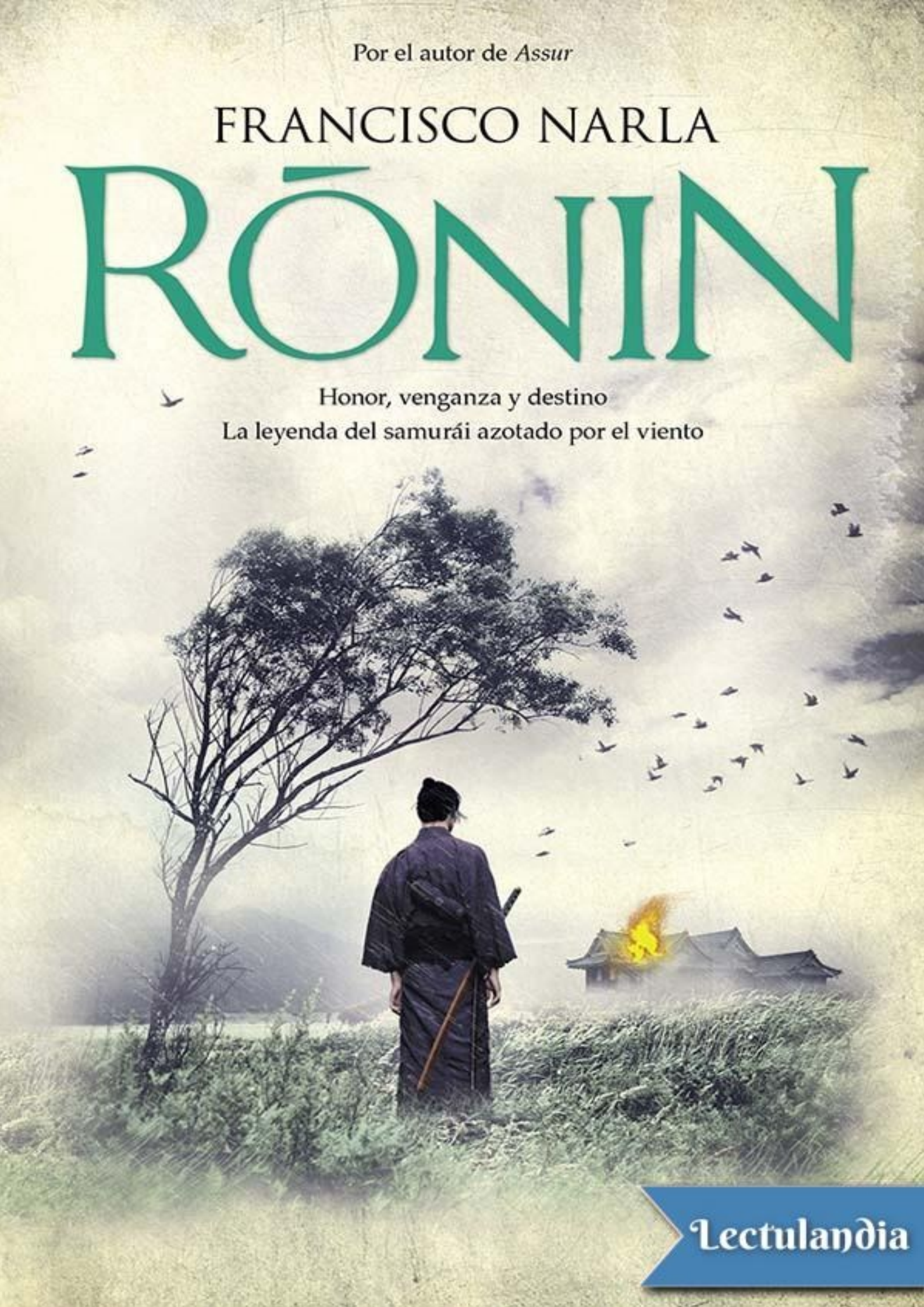
Por el autor de *Assur*

FRANCISCO NARLA

RŌNIN

Honor, venganza y destino
La leyenda del samurái azotado por el viento



Lectulandia

Año del Señor de 1600, Japón hierve en una eterna guerra civil. Los señores feudales alternan alianzas y traiciones en un juego de estrategia en el que cada uno de ellos trata de hacerse con el gobierno absoluto del país de los dioses.

La fortaleza de Fushimi no soportará el asedio y el samurái Saigō Hayabusa está dispuesto a sajarse el vientre sin una mueca de dolor, sin emitir queja alguna. Sin embargo, la misión que le ha reservado su señor requerirá un sacrificio mucho mayor que la muerte.

La corona española vive un momento de máxima expansión territorial, pero Felipe III, rey débil y hedonista, ha dejado la corte en manos del duque de Lerma, quien entre corruptelas y nepotismo está empobreciendo el país y resquebrajando los cimientos imperiales. Dámaso Hernández de Castro, curtido en las campañas de Flandes, se prepara para partir hacia las Indias Orientales y ponerse al servicio del juez de la Audiencia de Manila. Ha de suplir con méritos su insuficiente alcurnia si quiere aspirar a la mano de su amada, la menina Constanza de Accioli. Pronto descubrirá que alguien ha disfrazado de oportunidad lo que en realidad es una trampa.

El destino tejerá sus redes y un encuentro circunstancial unirá para siempre las vidas de Saigō y Dámaso.

Lectulandia

Francisco Narla

Ronin

ePub r1.0
OZN 24.11.13

Título original: *Ronin*
Francisco Narla, 2013
Retoque de portada: OZN

Editor digital: OZN
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Gracias, una vez más, querido lector, por buscar entre mis páginas un sentimiento que recordar.
Gracias, una vez más, querido librero, por encontrar en sus anaqueles un lugar para mis cuentos.
Porque lo escrito solo es tinta hasta que el lector convierte las palabras impresas en emociones…

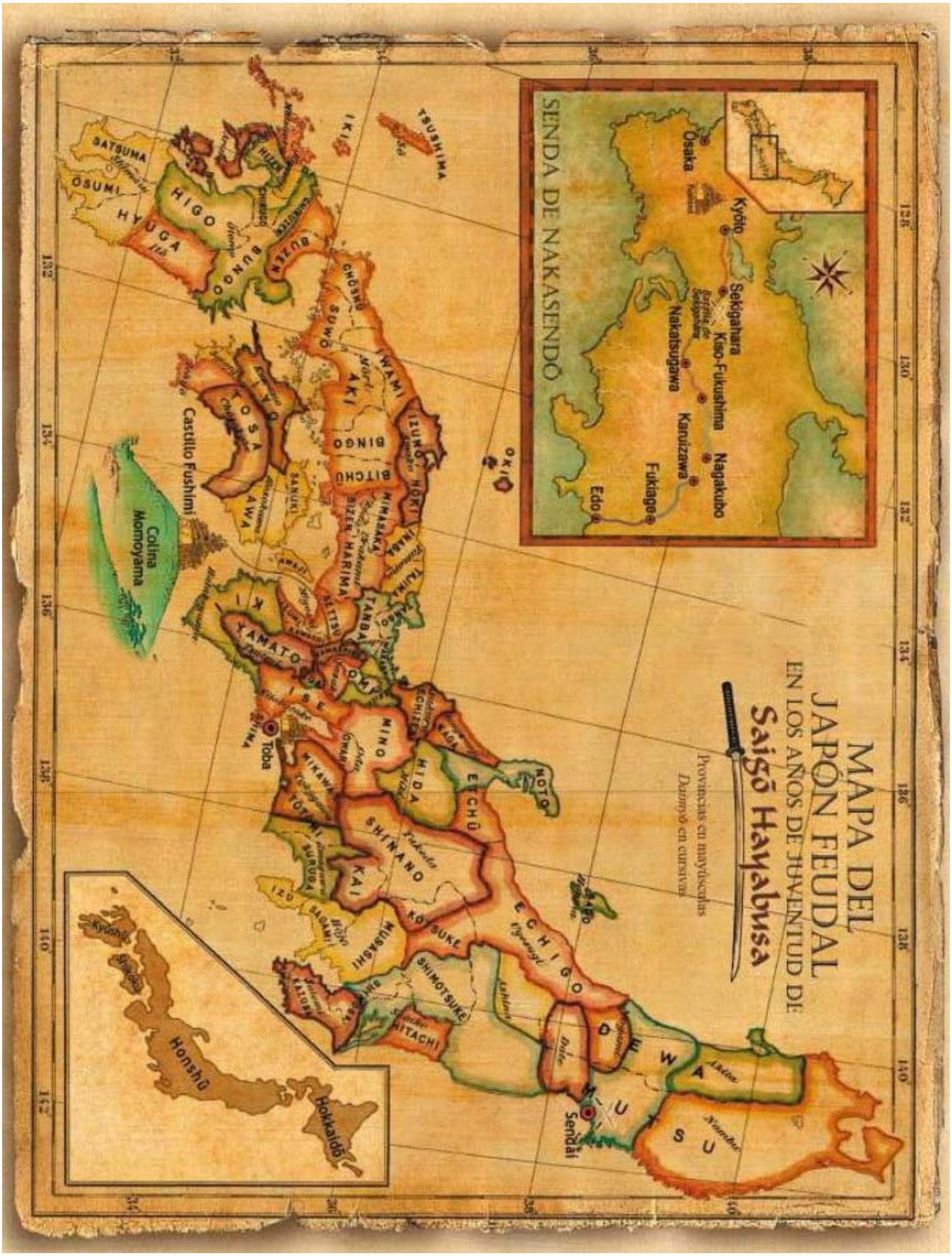
Para Alba, muchacha de fantasía que supo ahogar en su océano de sueños la más amarga de las realidades. Nunca dejes de soñar.

Para ellos, María y Manuel, más de cincuenta años luchando unidos, desde el paraíso de las esperanzas al páramo de la realidad; sin desfallecer. Él me enseñó el valor de la humildad, ella el del tesón, cuando, separados por dos generaciones, aprendimos a leer juntos.

Para Lourdes y Carlos, que me mostraron el camino a través del que poder comprender lo que los árboles llevaban años intentando contarme.

Y para mi linda niña, como siempre, porque nunca has dudado, porque mis historias son solo el eco de tus ánimos… Eres el único refugio en la soledad de mis tierras baldías.

Las rutas de los intereses comerciales que modelaron el mundo S. XVI
OCÉANO PACÍFICO
OCÉANO ATLÁNTICO
OCÉANO ÍNDICO
Línea del Tratado de Tordesillas (1494)
Ciudad de Panamá
Puerto de la Vera Cruz
La Habana
Lima
Callao
Cartagena
Río
Salvador
Recife
Lisboa
Sevilla
Amberes
Mozambique
Cochín
Goa
Malaca
Macao
Manila
Nagasaki
Kioto
Tidore
El Cabo


MAPA DEL
JAPÓN FEUDAL
EN LOS AÑOS DE JUVENTUD DE
Saigō Hayabusa
Provincias en mayúsculas
Daimyō en cursiva
SENDA DE NAKASENDŌ
Ōsaka
Kyōto
Sekigahara
Kiso-Fukushima
Nagakubo
Nakatsugawa
Karuizawa
Fukiage
Edo
SATSUMA
ŌSUMI
HYŪGA
HIGO
BUNGO
BUZEN
CHIKUZEN
CHIKUGO
TSUSHIMA
IKI
ŌKI
IWAMI
SUŌ
AKI
BINGO
BITCHŪ
BIZEN
HARIMA
IZUMO
HŌKI
INABA
TAMBA
TOSA
AWA
SANUKI
Castillo Fushimi
Colina Momoyama
YAMATO
ISE
ŌMI
MINO
MIDA
ECHIZEN
KAGA
NOTO
ECHŪ
SHINANO
KAI
MUSASHI
KŌZUKE
SHIMOTSUKE
HITACHI
MIKAWA
TŌTŌMI
SURUGA
IZU
SAGAMI
KAZUSA
ECHIGO
DEWA
MUTSU
Sendai
Toba
Honshū
Hokkaidō
Kyūshū
Shikoku

Este relato, aun habiéndose construido sobre retazos de eso que llamamos historia de los hombres, es tan solo una novela. Un cuento que bien pudo haber sucedido inmerso en un entramado de hechos que sí acontecieron, pero únicamente una narración en la que, además, no han podido incluirse todos los entresijos de una época rabiosamente convulsa.

Y es un relato en el que, aun a pesar de describirse una cultura tan lejana y distinta a la propia, se ha intentado ser riguroso, además de, obviamente, respetuoso. Sin embargo, las interpretaciones de las crónicas y, por encima de todo, la complejidad del distante acervo japonés han hecho la tarea muy compleja; por eso mismo, siendo el único responsable, vayan aquí mis más sinceras disculpas por cualquier error que pudiese haber cometido.

Además, como el argumento se ha apoderado en ocasiones de la verdad a fin de retorcerla a conveniencia, para aquellos que sientan curiosidad sobre los hechos inspiradores de la novela, se han incluido una serie de menciones al final del texto; entre las que se dan explicaciones a las decisiones tomadas en el papel de narrador como, por ejemplo, con respecto a la onomástica japonesa o a la cronología.

Como *magari* puede entenderse cada uno de los turnos que corresponde, alternativamente, a cada uno de los dos jugadores que libran la batalla representada y contenida en el tablero de *go*. Es decir, el tiempo del que dispone para elaborar su estrategia y llevarla a cabo moviendo una de sus pequeñas piezas con el objetivo final de conquistar el mayor territorio posible y vencer a su oponente; de alcanzar el poder.

Primer magari

FUSHIMI

Un samurai debe ante todo tener presente,
día y noche…, el hecho de que un día ha de morir.

DAIDOJI YOZAN,

Moriría esa noche. Y él lo sabía.

Aquélla mansa quietud no duraría mucho. Las guerras, como los mentirosos, jamás sacaban provecho del silencio. Los combates empezarían de nuevo; sin remisión. Y serían los últimos.

No vería el nuevo amanecer.

Era una noche plácida, la primera desde el comienzo del asedio que concedía un respiro a los *samurai* del castillo. La luna, casi en plenitud, se mostraba con timidez sobre las tejas oscuras, y su reflejo, acompañado por las llamas vacilantes de los faroles, apenas llenaba las sombras. El agua del arroyo, modelado durante años por los artesanos, susurraba con el tono justo. El cálido aroma de los juncos maduros se escapaba de los jardines dispuestos entre los almacenes, las armerías y los barracones de la guarnición. Las ramas de los cedros trenzaban huecos de claroscuros; mecidos por una suave brisa que rompía el encanto de aquella serenidad al revolver, sin recato, los hedores de las cruentas batallas que se habían sucedido durante diez largos días.

El verano terminaba y el calor del día, apresado por las enormes piedras trabadas en los cimientos, se liberaba poco a poco. Ni siquiera las cigarras y los grillos, espantados por las atroces contiendas, se atrevían a romper la hipócrita calma de la tregua.

Envuelto en aquel presentimiento del otoño, recogido entre los aleros de las murallas, Saigo caminaba adentrándose en el corazón del alcázar. Se movía con ligereza. Con un andar suelto, impropio para un hombre que arrastraba sus años y cicatrices.

Los duros *geta* de madera que calzaba apenas hacían ruido cuando apoyaba las suelas, pero cada paso se acompañaba de un desagradable tintineo; el complicado entramado de cordajes de seda que sujetaba la miríada de escamas de su armadura había recibido algún corte. Probablemente en el último ataque, al ocaso, durante las escaramuzas a caballo que habían librado instantes antes del incendio de la torre del éste. Cuando, una vez más en aquel interminable asedio, Torii Mototada, el *daimyo* del castillo de Fushimi, había dado la orden sin temer la aplastante superioridad del enemigo. Y, una vez más, había resultado evidente que los dos centenares escasos de supervivientes poco podían hacer contra los casi cuarenta mil aceros del ejército comandado por el magistrado Ishida Mitsunari.

Ahora, preparándose para lo que sería el final, los dos bandos cobraban resuello aprovechando la pausa. Y en tanto el adversario tomaba aliento, en el fortín, muchos componían un postrer poema con el que enfrentar la muerte, otros acometían unas últimas tareas que apestaban a derrota; y el señor de la fortaleza, sin explicaciones, lo había hecho llamar, con urgencia, despreciando el destino de dolor y muerte que se cernía sobre ellos.

Le parecía recordar el silbido agudo de un disparo que había pasado demasiado cerca, aunque Saigo no dedicó un solo pensamiento a esa o a cualquiera de las veces que había estado a punto de morir en aquella sarta de días esculpidos a sangre y fuego. Se palpó el costado del peto hasta encontrar las launas que la bala había rozado, las liberó de los cabos deshilachados y las guardó bajo el *kote* que protegía su antebrazo izquierdo. No quería perderlas. A excepción de su hijo, al que no veía desde hacía demasiado tiempo, aquella desgastada armadura y su par de sables eran cuanto le quedaba de su vida anterior.

Sin detenerse, desechando la nostalgia que pretendía hacer presa en él, ató los cabos sueltos con manos ágiles y sus labios se contorsionaron en un inacabado amago de sonrisa. Ya no se oía aquel incómodo soniquete, solo el leve susurro de los zuecos en la arena del camino.

Satisfecho, el *samurai* sacudió los hombros acomodando las guatas. Abrigado con la reconfortante sensación de que cada pieza y lazada asentaba en los callos de su cuerpo. Era como toparse con un viejo amigo. Y aquella percepción le permitió arrinconar la melancolía que le había producido pensar en su pasado. Siguió su camino.

En un pequeño patio, decorado por jardines de grava rastrillados y arbustos de azalea delicadamente podados, se cruzó con un grupo de *shinobi*. A la luz de antorchas y lampiones de papel, aquellos guerreros arreglaban sus oscuras vestimentas azules, preparándose para una incursión nocturna a las líneas enemigas; probablemente advertidos por alguno de los capitanes de que debían cortar las líneas de correo del enemigo.

Eran fabulosos espías, maestros en las refriegas cuerpo a cuerpo y artesanos consumados en las tareas de sabotaje, pero, como él mismo, aquellos hombres llevaban en sus rostros el castigo del largo asalto. Estaban marcados por el hollín y la suciedad. El cansancio contorsionaba sus expresiones. En algunos incluso destacaban aparatosos vendajes tintos de sangre.

Sin detenerse, instigado por el extraño mandado de su señor feudal, Saigo tan solo les dedicó un severo gesto de reconocimiento. Y aquellos misteriosos soldados, dispuestos siempre a arriesgarse con las más temibles encomiendas al abrigo de la oscuridad, se inclinaron con gravedad.

Habían sido enviados a Fushimi desde la región de Koga por petición expresa del propio Tokugawa Ieyasu, el líder del Consejo de Regencia; y en aquellos días en que las dos facciones de un Japón dividido se tentaban preparándose para una guerra civil, se habían mostrado inestimables, incluso en las escaramuzas previas al asedio. Y su saludo estaba lleno de profundo respeto, pues los hombres del *ninjutsu* habían llegado a admirar a aquel *samurai* de magros modales y profundos silencios que se alejaba caminando hacia el dédalo de tapias y murallones que conformaba el reducto

interior del castillo. Uno de ellos incluso le debía la vida, y fue el último en apartar la mirada. Todos eran conscientes de que no volverían a verse; pronto arderían de nuevo las mechas de los odiosos mosquetes occidentales que sus sitiadores habían conseguido.

Desde su imponente altura de cuatro plantas, la torre del homenaje, grácil y ligera, contemplaba los pasos del hombre. Su silueta, recortada contra el velo azabache del cielo gracias a la claridad de la luna, recordaba a un gran pájaro en equilibrio sobre una rama quebradiza, delicadamente apoyado, pendiente del crujido que lo obligase a emprender el vuelo. Las onduladas cornisas parecían estar a punto de abatirse para tomar impulso.

Y, coronando una suave pendiente al abrigo de la atalaya, Saigo llegó hasta un par de peldaños adoquinados de largas huellas en las que despuntaban verdes brotes de hierba. Algo más allá, un ángulo en el murallón cedía el paso a dos puertas: una enorme y solemne, tachonada de remates de bronce; y otra mucho más humilde, terminada en bastos maderos. Había llegado.

No dudó; franqueó el más sencillo de los umbrales, el que había sido construido para que un extraño no adivinase el camino correcto. La pesada hoja se movió con suavidad sobre las bisagras de hierro y, una vez al otro lado, aguardó respetuosamente a ser llamado.

En aquel recinto, el alma de la fortaleza, unos pocos guardias de rostros demacrados, vestidos con formales *hakama* de piel y sobretodos estampados con el blasón del clan Torii, protegían a su *daimyo*, al elegido por el mismísimo Tokugawa Ieyasu para guardar la crucial fortaleza de Fushimi. Antes de mover siquiera un músculo, observaron con fijeza al antiguo labriego al que, misteriosamente, habían llamado a comparecer.

Saigo era un hombre espigado, de casi un *ken* de altura. Tenía el aspecto nervudo de uno de esos sables de prácticas hechos con manojos de cañas de bambú que usaban en las escuelas meridionales. Su rostro, picado por la viruela, y las arrugas que entretejían su piel castigada, daban testimonio de sus casi cuarenta años. Sus pómulos altos enmarcaban ojos del color del nogal viejo y oscurecían las mejillas, sombreadas por una barba rala en la que, cada mañana, despuntaban las canas. Como los monjes, en lugar de llevar el tradicional tocado que le correspondía por posición, se afeitaba escrupulosamente la cabeza. Había nacido al sur, en un pequeño señorío de la isla de Kyosho y decía ser de origen humilde. Aunque todos habían oído rumores de cómo aquel *samurai* había forjado sus propias leyendas en las antiguas luchas fratricidas que habían conducido a la unificación del *país de los dioses*.

Los guardias se apartaron entre los crujidos del cuero de sus prendas.

—Podéis pasar, el señor os espera —le dijo franqueándole el paso una voz severa que no sació sus dudas por el llamamiento.

Aquél era un recinto de paz dedicado al *daimyo*. Un atrio ordenado con la exquisitez de la asimetría en el que cada arbusto, laja de pizarra y piedra parecían haber terminado en su lugar de manera natural, aunque la realidad era que, a través de un infinito trabajo, hasta el más diminuto parche de musgo había sido dispuesto por artesanos minuciosos. Era un lugar al servicio de la meditación y la belleza. Incongruente en la tensión que anegaba el ambiente previo a la batalla que se avecinaba.

Sobre tocones desmochados con elegantes cortes, o encima de piedras cuidadosamente elegidas, se apoyaban pequeños árboles cultivados en vasijas de porcelana de la mejor calidad. Y moviéndose con dificultad entre ellos, renqueando por culpa de las viejas heridas que habían lisiado sus piernas en una guerra no tan distinta a la de aquellos días, el señor de Fushimi, el hombre que llevaba por *mon* de su familia los arcos que indicaban el umbral de los templos, caminaba trabajosamente.

El *daimyo* era enjuto, de ojos cansados y ralos cabellos arreglados con el moño tradicional. Se había aseado para desprenderse de la mugre de las luchas y vestía con pulcritud prendas ligeras de colores discretos; no llevaba prendidos en su *obi* el par de sables habituales. Tenía un rostro redondo y afable, sereno incluso en los combates más encarnizados.

Apaciblemente, paseaba entre sus *bonsai*, arrancando algún hierbajo, rozando con las puntas de los dedos las hojas coloreadas de un arce de apenas un palmo de altura, observando con atención cómo cuajaban los frutos de un granado mientras su ligera barba de finas canas se movía con la brisa. Treinta años atrás había sido impetuoso, un tigre seguro de sí mismo. Pero el paso del tiempo le había enseñado a reconocer la estupidez de su propia juventud. Ahora, después de tantas contiendas al servicio del gran señor Tokugawa Ieyasu, regente del Consejo, solía pensar que, desgraciadamente, un hombre solo atisbaba a comprender su ignorancia cuando la edad se empeñaba en demostrarle que ya no le quedaría tiempo para aspirar a la sabiduría.

Sin hablar antes de que se lo indicasen, siendo consciente de que los escamados guardias no le quitaban el ojo de encima, Saigo se fue acercando. Sin poder evitar el preguntarse qué desearía su señor de él en un momento como aquél.

Fuera lo que fuese, solo esperaba que se tratase de un camino a la victoria, aunque supusiera su propio sacrificio. La muerte no importaba. Y en los últimos diez días, con cada ocasión en que un puñado de jinetes se había enfrentado a un ejército que lo superaba en proporción de cien a uno, lo había demostrado gustoso. Se abriría el vientre con solo una palabra de su *daimyo*; perder la vida era admisible. Lo inaceptable sería el deshonor de la derrota. La ignominia del vencido.

Y por eso, para poder cumplir con su deber, anhelaba que el señor del castillo le

hubiese mandado llamar porque, al fin, había encontrado el modo de hacer realidad lo imposible: vencer a las huestes del magistrado Ishida Mitsurani.

El magistrado Ishida Mitsunari, en pie frente a su tienda de campaña, mirando hacia la silueta del castillo que coronaba la colina Momoyama, se rascó el romo mentón usando el extremo de una de las varillas de su abanico. Pensaba en cómo devastar aquella fortaleza.

Estaba rodeado por miles de hombres. Hasta donde alcanzaba la vista, iluminados por la luna, flameaban estandartes que lucían la hoja de paulonia del blasón usado como emblema por el joven heredero Toyotomi Hideyori. Sin embargo, aun pese a las continuas cargas desde todas direcciones, la plaza de Fushimi no se rendía.

Era un hombre cenceño, con un rostro abotagado que recordaba a un pez *fugu* hinchándose para evitar que lo atraparan. Y esa noche la frustración anidaba en cada uno de sus gestos.

La información obtenida por sus espías había resultado ser cierta: Tokugawa Ieyasu había pasado por el castillo. Pero el subversivo regente había intuido la emboscada y había escapado con apenas unos días de ventaja; dejando al magistrado con el único consuelo de pensar que, gracias a su ataque, habría espantado al díscolo mandatario, impidiendo que siguiera avanzando en su velada campaña por reunir un contingente con el que enfrentarse a sus opositores en el Consejo.

Sin embargo, aunque aquel sedicioso hubiese huido, Ishida Mitsurani no pensaba dejar que uno de los baluartes rebeldes quedase en pie.

—Atacaremos una vez más, ¡todos! ¡A un tiempo!

Aseveró sin volverse al oficial que aguardaba a su espalda.

—No quedará piedra sobre piedra, que se adelanten los escuadrones con armas de fuego. ¡Atacamos! —afirmó vehemente señalando la silueta del castillo con su abanico.

Aquél cargamento de mosquetes que había interceptado le granjearía el éxito. Tokugawa Ieyasu, el amigo de los extranjeros barbudos, caería en su propia trampa al haber intentado comprar aquellos mosquetes para decantar la guerra que se avecinaba. Ahora sería él quien conseguiría el beneplácito de los restos del Consejo de Regencia. Haberse apropiado de aquel inmenso envío de los forasteros había sido un golpe de suerte; en esa noche, el magistrado lo tenía todo a su favor.

* * *

El poderoso río Yodo fluía mansamente, entre sauces de lánguidas hojas, bebiendo las escorrentías de las montañas que rodeaban la región de Kansai, al sur de la gran Kyoto imperial. Era una importante arteria fluvial que permitía a los viajeros y mercaderías dejarse llevar por la corriente desde la antigua capital de los *shogun*

Ashikaga hasta las murallas mismas del castillo de osaka, la villa portuaria donde el joven heredero aguardaba la edad oportuna para convertirse en el *gran general de todos los ejércitos*, cumpliendo el sueño que había engendrado su padre al unificar bajo su mandato a los señoríos del Japón. Y en medio, entre ambas ciudades, sobre la colina Momoyama, abrazado por un meandro del río para dominar una llanura que se extendía hasta hundirse en el mar, se alzaba estratégicamente el alcázar de Fushimi; cercado por cuarenta mil hombres que se lanzaban contra el castillo con las picas en alto y los filos desenvainados, arrancando reflejos a la luna. Comenzaba un nuevo ataque, y estaba destinado a ser el último.

Mientras, en el núcleo de la fortaleza, rodeado por los estragos de un asedio sin cuartel, sabedor de la importancia estratégica de sus dominios, Torii Mototada, *daimyo* de la plaza, paseaba trabajosamente entre sus *bonsai*. Desde el sitio a Suwahara, en el que había sido gravemente herido, el señor feudal sufría de terribles dolores en ambas piernas y sus pasos eran cortos y vacilantes; contrastaban con la fuerte determinación de su rostro. Aparentemente, no le concedía importancia alguna a los disparos que volvían a oírse. El *samurai*, respetuoso, callando sus preguntas, lo seguía en silencio.

El *daimyo* se detuvo ante una gran laja de pizarra apoyada en un tocón. Sobre ella, rodeado de un manto de musgo primorosamente dispuesto en el que se habían esparcido pequeños cantos rodados, se erguía con dificultad un pino mortificado por los años.

Saigo había visto ejemplares así en los acantilados del norte, colgados del abismo y barridos por el viento, pero mientras aquellos podían llegar a alturas de una docena de *ken*, éste, apoyado en el suelo, no le hubiera alcanzado la cintura. Colocado en uno de los extremos de la losa que le servía de maceta, estaba terriblemente sesgado, como si un espantoso *tai fun* lo hubiese castigado con denuedo.

Todo el árbol reflejaba sufrimiento. Parecía luchar por alzarse, como si vendavales inmisericordes lo azotasen impidiéndole crecer erguido.

Las raíces, fuertes y gruesas en proporción al tronco, ancho como el antebrazo de un herrero, semejaban aferrarse a la tierra con desesperación. Del lado que habría quedado a barlovento, la madera expuesta por cicatrices resecas aparecía cubierta por una pátina cenicienta donde se salpicaban muñones desnudos de antiguos brotes, abiertos como garras tullidas; en el costado opuesto, la vida se aferraba a los cordones de la corteza tejida de escamas ya ancianas y, barridas por la ventisca que imaginara el maestro jardinero para formar el árbol, se escalonaban cinco pequeñas ramas, tantas como los elementos que todo lo componían. Se abrían con el perfil de una punta de flecha para dividirse una y otra vez hasta albergar colecciones de pequeñas acículas de un verde radiante, daban la impresión de haber sido pinceladas con laca plateada.

Saigo no solía caer en el sentimentalismo, era hijo de la guerra; se había curtido en la creencia de que la vida ocurría irremisiblemente en derredor. Sabía bien lo que se esperaba de él: vivir cada momento asumiéndolo con la estoica resignación de que sería el último. Y, al contrario que algunos jóvenes *samurai* que habían disfrutado de períodos de paz en los que cultivar la poesía, el dibujo o la caligrafía; desde que había abandonado sus arrozales, él no había tenido otro cometido que el filo del acero. Pero aun así, al contemplar el *bonsai*, percibió la destreza de los años de cuidados, la delicada asimetría. Vio la belleza que escondía, del mismo modo en que tantas veces la había vislumbrado en un estilo de esgrima, o en las maneras de un *sensei* que tensara el arco entre sus manos. Se olvidó de sus cuitas y ni tan siquiera pensó en por qué habría sido convocado.

Torii Mototada, al advertir el gesto de su subordinado, asintió comprensivamente. Y supo que había acertado.

Aquél *ashigaru*, apartado de un terrible pasado, había logrado sobrellevar la culpa que apresaba su linaje y había intentado encontrar la paz. No le habían dejado; él conocía buena parte de la historia. Aun así, aquel *bushi* estaba allí, en medio de los ocho infiernos, dispuesto. Era el adecuado para aquella gesta imposible, y por eso iba a pedirle que renunciase a lo poco que todavía le quedaba.

Porque no le cabía duda. Aquél callado labriego aguantaría. Rodeado por la muerte, seguiría plantándole cara al enemigo. Fiel a su deber, leal a su *daimyo*. Hasta las últimas consecuencias, hasta que el *karma* decidiese. Como aquel árbol. En pie, incluso frente a las ráfagas inclementes de la galerna que lo harán despeñarse.

Y el señor del feudo, que, desde sus más de sesenta años, aún era capaz de encontrar juventud en aquel *samurai*, sonrió afectuosamente para, sin dar tiempo a las cortesías debidas, invitarlo con un gesto de la mano.

—Mi querido Hayabusa, ven, sentémonos —propuso hablando sin formalidades o tratamientos honoríficos; dirigiéndose al otro como lo haría un padre preocupado, consiguiendo que Saigo se sintiera abrumado por tal muestra de cariño—. He de hablarte…

En uno de los extremos del jardín, frente a soportales cerrados por paneles de papel de arroz, no lejos de la pequeña edificación dispuesta para la ceremonia del té, una pareja de sirvientes del castillo preparaba unos escabeles y una mesita labrada; dejaron también un jarro caliente de *saké* traído de Nada, cha recién preparado y unos pocos encurtidos curados en vinagre de arroz. Todo junto a la percha donde el halcón del *daimyo* batía sus poderosas alas de tanto en tanto. La rapaz observaba a su amo aproximarse con fieros ojos dorados, abriendo y cerrando la aguzada cizalla que tenía por pico.

Para el señor Torii, cuyas maltrechas piernas apenas le permitían soportar unos pocos instantes arrodillado formalmente, resultaba agradable disponer sus encuentros

al aire libre. Donde no solo disfrutaba de sus amados *bonsai*, sino que también podía sentarse sin verse obligado por la cortesía a soliviantar sus viejas heridas.

Saigo aguardó a que su señor acariciase el pescuezo del ave, que aceptó la mano del hombre con naturalidad. La rapaz no llevaba caperuza, y no calzaba pihuelas que la atasen al colgadero, pero no hizo ademán de echarse a volar; se apaciguó y comenzó a acicalarse las largas plumas pardas de sus alas afiladas. Después de que su *daimyo* lo hiciese, el antiguo labriego tomó asiento en el escañuelo libre.

Cuando los lacayos se alejaron, Torii Mototada habló:

—Hemos sido traicionados —expuso el *daimyo* sin ambages, con evidente desazón—. Estoy convencido…

El impacto de una revelación así hizo trastabillar los pensamientos de Saigo; no lo hubiera imaginado.

—Ha de ser por culpa de algún renegado desleal, padre de ochocientos embustes y otras tantas perjuras. Por eso nos encontramos en esta encrucijada —concluyó con vehemencia.

En la lejanía se perdieron relinchos amartillados por los silbidos de las balas. El halcón miró al horizonte y uno de sus ojos destelló con el reflejo de la llama de uno de los lampiones esparcidos entre los *bonsai*.

—El incendio… —Torii Mototada negó moviendo el rostro y tardó un instante en retomar su discurso—. Al arder la torre del este hemos perdido otra más de nuestras defensas —añadió con franqueza refiriéndose al foso principal, que estaba muy dañado—. Y ya solo quedan poco más de cien hombres con los que poder contar. —El *daimyo* se retrepó en su escabel intentando buscar un acomodo distinto para sus piernas—. Es el final…

Y como si hubiese entendido las ominosas palabras de su amo, la prima se inclinó en su percha abriendo el pico afilado y mostrando la aguzada lengua de rosa vivo. Observándola con una sonrisa, Torii hizo un gesto a los criados, dando tiempo a que sus catastróficas aseveraciones calasen en el espíritu del *samurai*.

Y mientras el señor feudal contemplaba a la preciosa hembra de peregrino, recordando la última cacería de faisanes de la que habían disfrutado antes del asedio, los lacayos, siempre atentos a sus requerimientos, se apresuraron. En silencio, moviéndose entre los siseos de las telas de sus *kimono*, dispusieron entre ambos hombres un tablero de *go* y sendos cuencos bellamente pulidos.

Apenas conocía el juego. Pero Saigo sabía que era del agrado de su señor, y también del regente Tokugawa Ieyasu. Uno de los guardias le había contado como los dos habían pasado horas moviendo las pequeñas piedras en la tarde de la semana anterior, cuando el miembro del Consejo había visitado el castillo. En cada uno de los recipientes que acababan de dejar junto a ellos, labrados en palo de rosa, se guardaban guijarros, unos negros y otros blancos. Y, a medida que se disponían por

turnos en la retícula tallada en el casillero, ambos jugadores medían sus fuerzas hasta controlar el mayor territorio posible. Era un divertimento para generales, no para hombres con su historia. Pero no dijo nada.

Sin embargo, Torii no parecía tener intención de jugar. Acarició la pechera moteada de su querido halcón y, girándose de nuevo hacia el *samurai*, destapó uno de los cuencos. Sacó una de las pequeñas piedras blancas y, cuando se quedaron de nuevo a solas, lejos de oídos indiscretos, comenzó a hablar pausadamente.

—Toyotomi Hideyoshi consiguió lo impensable —dijo depositando el guijo en el centro del *go kang* bellamente labrado—, unió bajo su control a todos los feudos del Japón. Por vez primera, un solo hombre, aparte del divino emperador, llamado a otras ocupaciones —aclaró alzando una ceja—, rigió en nuestras tierras. Aun así, a pesar de los esfuerzos aduladores de sus biógrafos. —Saigo sintió los ojos cansados de su señor escrutarlo—, sus orígenes humildes le impidieron convertirse en *general de todos los ejércitos*. —Ante aquella mención al cargo de *shogun*, al *samurai* no se le escapó la referencia a la modesta cuna en la que naciera el padre del heredero—. Tuvo que conformarse con el título de *gran consejero* —aclaró hablando de la dignidad de *kampaku*, la *barrera blanca*, el hombre con mayor poder tras la casa imperial—. No había ni una sola gota de sangre Fujiwara en sus venas y no hubiera sido digno. Era solo un campesino convertido en soldado —como aparentaba el propio Saigo, el afamado Toyotomi Hideyoshi había sido un *ashigaru*—, un hijo de labriegos que habían servido casualmente para el clan Oda.

En ese momento, el *daimyo* se tomó un respiro y sirvió él mismo un poco de *saké*. Saigo aceptó el platillo que le tendían, pero apenas mojó los labios.

—Y cuando los años pasaron —prosiguió el señor feudal—, toyotomi empezó a preocuparse por la sucesión. —El *samurai* conocía la truculenta historia, plagada de traiciones veladas y hombres obligados a cometer *seppuku*—. Finalmente, al tener un hijo varón, el pequeño Hideyori, viendo la muerte cerca, al antiguo campesino se le ocurrió jubilarse. Asumió el cargo de *regente retirado* —muchos seguían hablando de él como el *taiko*—, y designó un Consejo que garantizase a su vástago el poder…

Torii, que mientras hablaba había destapado el otro cuenco con las piezas de *go*, extrajo cinco de ellas, esta vez, negras.

—… Cinco hombres de probada honorabilidad que velarían por los intereses de su hijo hasta la llegada del momento oportuno en el que, con la venia del emperador, el niño Hideyori pudiese convertirse en *gran general de todos los ejércitos*. —Al tiempo, Torii colocó las cinco piedras negras en la línea inferior a la central del tablero, donde había dispuesto la blanca que representaba al difunto *taiko* Toyotomi Hideyoshi—. Parecía haberse asegurado de que el futuro de su vástago estuviese garantizado, pero sus ansias de grandeza fueron más allá de lo razonable e intentó conquistar Korea… Como tantos otros ilusos, murió ahogado por sus ambiciones…

Y a la vez que retiraba la pieza que había depositado en el medio del tablero para devolverla a su cuenco, inclinó el rostro señalando la frasca de *saké* con el mentón.

Después de beber el licor de arroz, calentado hasta su punto justo para resultar reconfortante, Torii Mototada miró con gesto severo a su *samurai*.

Saigo comprendió que en breve sabría por qué había sido llamado. Tironeó de las gayaduras de los faldones de sus ropas, ajustó uno de los nudos del peto que le ceñía el torso y, aun pese a la incertidumbre, se sintió honrado de contar con la confianza de su *daimyo*.

El retumbar de la pólvora de los mosquetes se hizo más cercano y Saigo vio de reojo, a lo lejos, cómo alguien se acercaba hasta los guardias y estos le negaban la entrada al jardín. El último asalto del asedio se recrudecía por momentos.

El vino parecía vinagre rebajado, los mosquitos hubieran pasado por becerros en las ferias de ganado de Castilla, y la grasa garrapiñada en las tablas amenazaba con arrancar las suelas de las botas con cada paso. Pero en toda Ciudad de los Reyes, que tenía el nombre pero no la enjundia, no había otro lugar en el que uno de los hombres del fuerte, además de ser bien recibido, tuviera la oportunidad de gastarse la soldada intentando apaciguar el asfixiante bochorno refrescando el gaznate.

Al fondo, tras la algarabía de unos cuantos que pellizcaban a la mulatita que servía las mesas, medio escondido entre las sombras que no espantaban las candelas, un joven, sin golilla ni cuera, removía el bebedizo agrio que vendían en la taberna jugando al tentetieso con un vaso de barro descascarillado. Tenía el aire pensativo del que ha dejado atrás algo más que una cuenta pendiente. Parecía inmune al jolgorio de los demás, entretenidos a pesar del caldo rancio, el humo espeso y el guiso lardoso que constituía el único plato del lugar.

—¿Y cuándo dan el responso? —inquirió uno, largo como un día sin pan, que se acercó hasta la mesa sorteando tumbos que hacían peligrar la jarra que llevaba en la mano.

El joven alzó la vista e hizo un esfuerzo por sonreír.

—¿Y quién es el muerto? Lo pregunto porque alguien ha tenido que pasar a mejor vida sin oportunidad de confesar, si no, a qué viene esa cara de estreñimiento galopante… Si con la bazofia que nos dan aquí no hay cristiano al que se le agarren las tripas… Yo ando más suelto que un cura en un convento…

Dámaso, acostumbrado, no tuvo el ánimo de darle importancia a la blasfemia, pero antes de que pudiera pedirle a su amigo que se comportara de un modo más acorde a un soldado de los ejércitos del muy católico rey Felipe el Tercero, alguien irrumpió en la tabernucha como una tromba.

Las cabezas de los parroquianos se giraron al unísono, la mulata se fue a refugiar a las cocinas y el tabernero pensó en protestar.

—¡Martín! ¡Martín Valdés! —gritó el recién llegado desde el vaivén de la hoja de

la puerta—. Pedid confesión o dineros. A mí me importa bien poco lo que prefiráis —continuó al tiempo que avanzaba entre los hombres, que se hacían a un lado tapando los vasos con las palmas para no derramar el vino infecto—. Pero esta noche, o cobro mi deuda, o me hago un cinturón con ese largo pellejo vuestro.

El interpelado, cachazudo, echó un trago calmo a su propia jarra como si todo aquello no fuese con él.

—¿No sabréis si este antro tiene una salida por ahí atrás? —le preguntó a su compañero de mesa señalando con el cántaro hacia el fondo del local, para donde caería el puerto.

Dámaso se fijó en la gota de vino que se escurría desde la boca del jarro hasta el suelo y, poniéndose en pie, negó al tiempo que suspiraba.

—¿Qué ha sido esta vez? ¿Los dados?

Era el tono resignado de un padre que ha aceptado la travesura del crío antes incluso de regañarlo. Martín se secó los labios con el dorso de la mano que sostenía la jarra y asintió con una sonrisa franca.

—Estaba seguro de que no perdería…

—¡Rogad por vuestra alma! Y pedidle a la Santa Virgen que se apiade de vos —interrumpió el que acababa de entrar, ya más cerca y con la espada desenfundada alzada por encima de la cintura—, o me dais lo que debéis, o saldréis de aquí con los pies por delante…

Dámaso negó moviendo con desgana el mentón. Observó la postura del intruso con el hierro: era evidente que no se trataba de un espadachín digno de mención, pero no se podía dudar de que era un soldado curtido. Con la izquierda, el jaque desenvainó una de las largas dagas que llamaban *vizcaínas* y se preparó para cobrar su deuda mirando a Martín. Bien podía ser que no supiera tirar o parar como era debido, pero seguro que sabía matar.

Aun así, pensó que no resultaría provechoso aludir a su graduación para evitar la pelea. Si lo hacía, el furibundo acreedor encontraría otra ocasión, y podía ser que no se comportase de forma tan noble. Tan lejos de Castilla, no era raro que una estocada en la nuca quedase impune. A miles de leguas de Madrid, los alguaciles y justicias no siempre tenían el celo debido; las únicas garras que llegaban allende el océano eran las del Santo Oficio, que no conocía de fronteras cuando se trataba de luchar contra los herejes.

Al menos no había pistolas de chispa a la vista. Si la cosa no podía resolverse con palabras y había que llegar a los aceros, sin pólvora se corría menor riesgo de lamentaciones a la mañana siguiente.

—En ese caso será mejor que salgamos —dijo Dámaso finalmente, atusándose el bigote y terciando la capa sobre el hombro—. El tabernero no tiene la culpa de vuestros lances…

El otro, que andaba pendiente de los gestos de Martín, le dedicó una mirada hosca al entremetido.

—¿Y qué vicario os dio vela para este entierro? —preguntó el perdonavidas alzando el aguzado extremo de la toledana.

Dámaso no había hecho la proposición porque temiese cruzar aceros con el enfadado fiador, llevaba toda su vida tirando con la espada, desde su infancia en el pazo familiar. Y durante sus años en Flandes jamás había abandonado la práctica diaria que le había inculcado su padre, fiel seguidor de las nuevas tendencias de la esgrima, con su geometría y su estudio minucioso de las posiciones. Sin embargo, no quería que a alguno de los parroquianos le diese por intervenir. Conociendo a Martín, era probable que más de uno entre los presentes quisiera saldar otras deudas pendientes con su amigo, y bien podía ser que le diera por acogerse a la tentación de poner una zancadilla inoportuna. Además esperaba no tener una noche toledana de hierros cruzados y que los discursos arreglaran el asunto. Dada su situación, lo último que Dámaso quería era meterse en líos que comprometieran su nuevo destino; tenía que salir con bien de aquel viaje y lograr lo que se había propuesto, por ella.

—Supongo que no lleváis en la bolsa ni un ardite con el que pagar el azumbre de vino que os estáis bebiendo —le susurró a Martín al tiempo que daba el primer paso hacia la salida.

Su amigo asintió levemente confirmando la sospecha. En el rostro diáfano se advertía una picardía nunca perdida; lo acompañaba desde una infancia de arterías callejeando por la vieja Madrid para eludir el hambre.

—Está bien, veamos si somos capaces de evitar que se derrame la sangre —le respondió en voz baja antes de gritarle al acreedor—. ¡Salgamos!

Mientras caminaba bajo las miradas curiosas, Dámaso pensaba, de hecho, en cómo evitar que aquello fuera a mayores. Pero, viendo la iracunda expresión del otro, estaba bastante seguro de que no sería tarea fácil.

Lo que más le dolía era su ausencia. La larga travesía para cruzar un océano desconocido, el insufrible bochorno plagado de mosquitos, las eternas lluvias que calaban hasta los huesos y el incierto destino que le aguardaba apenas eran comparables. La echaba tanto de menos que el recuerdo de cada una de sus sonrisas dolía.

Ella se había convertido en la razón de su existencia. Y la angustiosa melancolía que le provocaba su falta solo remitía al imaginarse que, algún día, regresaría a las Españas para no volver a separarse jamás. Por eso se había embarcado.

A sus pies, en la bahía que los conquistadores habían nombrado en honor a santa Lucía, las mansas aguas cristalinas parecían contenerse, sujetas por los acantilados. Un sol implacable ceñía el puerto y hasta los esclavos se refugiaban en la primera sombra que encontraban; libres del látigo de los capataces mientras durase la espera

que mantenía a la Ciudad de los Reyes encorsetada con una impaciente desazón, hasta la arribada del galeón de Manila.

Ni las gaviotas se movían y Dámaso, como si no quisiese darse cuenta de que incluso las piedras rechinaban por el calor, sentado en una roca suelta del promontorio que albergaba los almacenes del virreinato, miraba más allá del golfo, por encima de las peñas, al éste, hacia España; como si entornando los ojos pudiese ver más allá de Ciudad de México, del Puerto de la Vera Cruz, hasta Madrid, recordándola.

Un grueso lagarto patizambo se asomó tímidamente entre la rocalla y, olvidándose del hombre, corrió con gracia cojitranca hasta agazaparse bajo un arbusto reseco.

Ajeno a los esfuerzos del bicho por evitar que le hirviese la sangre, se retrepó en su asiento y, tras enjugarse el sudor de la frente, se palpó el pecho; allí, a buen resguardo, en un bolsillo de la cuera desabotonada, llevaba la carta con el nombramiento y sus acreditaciones. Él, Dámaso Hernández de Castro, recomendado y elogiado por hombres cercanos al mismísimo valido del rey, entraría al servicio del ilustre don Antonio de Morga, excelso oidor de la Audiencia de Manila, en las Indias Orientales del virreinato de Nueva España.

Se sentía agradecido por la oportunidad y era consciente de que, a no ser por la intervención de Hortuño, más un hermano que un amigo, no hubiese logrado acceder a una asignación tan prometedora. Y prefería no pensar en el papel que podrían haber jugado las influencias de su padre, que ya le habían conseguido en el pasado un cómodo puesto como contador de artillería en la eterna guerra librada en Flandes.

De aquella posición sin gracia le había costado tres años sobresalir. Había tenido que ofrecerse voluntario para todas y cada una de las emboscadas tendidas entre los canales holandeses. Incluso aceptando meterse en las caponeras para jugarse el pescuezo en aquellos túneles indeseables. Y su buen trabajo le había llevado a que, hombres y superiores, no lo vieran como un simple hidalgo favorecido que se escudaba tras el recado de escribir de su puesto de furriel para no enfrentarse a los mosquetazos de los orangistas. Solo después de pasar un invierno de hambre, pulgas y penurias en la ciudad de Groninga, antes de que los bastardos herejes recuperasen la villa, había logrado que un teniente de arcabuceros al que le decían a las espaldas Mendoza, *elBocaprieta*, con una daga holandesa atravesada en el costado del coselete, reconociera al fin su buen hacer y lo nombrase alférez.

No obstante, su padre, en lugar de mostrarse honrado por el ascenso, al enterarse, se había sentido disgustado porque su hijo hubiese tomado riesgos innecesarios; y había movido los hilos para que Dámaso fuera licenciado. Sin embargo, con una cicatriz que le había dejado en el antebrazo una bala orangista, el reciente oficial había regresado a Monforte de Lemos orgulloso para, tras enfrentarse a la angustia de

su madre y al enfado del cabeza de familia, marchar a la capital.

Había acudido a Madrid ansioso por argüir con quien hiciese falta los motivos por los que debía regresar al frente: había que reconquistar Breda, se temía por Ostende, y se preparaba la batalla de Nieuwpoort; había que poner freno a la rebelión holandesa.

Recorriendo los despachos del Real Alcázar, él se había mostrado impaciente por volver a los mosquetazos del norte, pero ella había aparecido; Constanza, con su rostro menudo y sus modales traídos desde el reino de Sicilia, alegrando los pasillos de la corte con su resplandeciente sonrisa. Y Dámaso había dejado de pensar. Finalmente, Hortuño, intentando ayudar, le había convencido de aceptar aquel cargo en Manila; con el que se alejaba de las encarnizadas luchas de los Países Bajos pero que, en contrapartida, le prometía un buen futuro, uno que le podía augurar un puesto en el todopoderoso Consejo de Indias. Que era cuanto necesitaba para tener el derecho de aspirar a la vida que soñaba junto a ella.

Y añorándola había partido desde Sevilla en abril, animado por los festejos que acompañaban a la partida de la flota, dejando en la estela del galeón las aguas del arenal del Guadalquivir y viendo desde la popa el cielo recortado entre las torres del Giraldillo y del Oro. Había atravesado el inmenso Atlántico, amenazado por los indeseables corsarios a sueldo de gabachos e ingleses. Y había echado pie a tierra en el Puerto de la Vera Cruz, resguardada por su arrecife y el inmenso fuerte de San Juan, que protegían los tesoros arrancados a Nueva España antes de enviarlos hasta la madre patria. Una difícil singladura tras los pasos de Cortés o Pizarro, pero solo una pequeña parte del largo viaje. Desde el amarradero, atajando por una franja de tierra que separaba dos océanos, aún tuvo que renquear por las polvorientas curvas del Camino Real, limadas por los cruces de los senderos que traían el azogue, la plata y el oro desde Potosí, Zacatecas o Huancavelica, atravesando eriales sacudidos por el sol, punteados por agaves y salpicados de unas pocas misiones en las que indios desharrapados mendigaban a los frailes pan y no oraciones. Había sufrido de la sed más terrible que hubiera podido imaginar para llegar, al fin, hasta aquel caluroso puerto, en el mismo Pacífico que descubriera Núñez de Balboa atravesando a base de coraje las impenetrables selvas del istmo de Panamá.

Sin embargo, su meta todavía permanecía escondida en el horizonte, allende ese océano ignoto, el más profundo y extenso del que se tenía noticia, salpicado por miles de islas y habladurías.

Así, aguardando la nao con la que cruzaría ese mar apenas conocido, anhelando completar su odisea, Dámaso languidecía en aquella bahía de la Ciudad de los Reyes; un lugar malsano y caluroso del que los comerciantes escapaban durante la mayor parte del año, hasta la llegada de los buques de las Filipinas.

Rodeado por miasmas y jejenes, comido por la impaciencia, había vivido

encerrado en la fortaleza que guardaba los almacenes de la corona española, como si fuera un fardo más del cacao de Guayaquil con el que se pagaban las porcelanas y los tafetanes traídos desde el mercado de Manila.

Y, quemado por el sol y reseco por la ansiedad, aún debía esperar hasta la llegada del galeón Santo Tomás, que, tras descargar sus bodegas de las sedas y las especias del Oriente, lo llevaría hasta su destino. Para, como le había dicho Hortuño de Andrade, labrarse un futuro que poder compartir con ella. Entonces, todo aquello merecería la pena.

—Se os van a freír los sesos —farfulló alguien a sus espaldas con socarronería.

Tras recuperarse del sobresalto, perdido el hilo de sus recuerdos, lamentando extraviar la imagen de aquella sonrisa que ella le había brindado junto al estanque de Atocha, Dámaso se giró. Antes de poder distinguirlo al contraluz, por aquella voz ronca y la atrevida chanza ya sabía quién, de entre todos los hombres de la guarnición, le había hablado.

—Aunque, ahora que lo pienso, tampoco es que haya mucho que freír… —aventuró el recién llegado con un amago de risa en los labios—. Porque lo poco que había ya os lo sorbió esa siciliana emperifollada…

La cara hinchada y el ojo amoratado daban fe de la batahola del día anterior en la taberna. Aunque seguía vivo.

En el rostro moreno brillaban con picardía unos ojos pardos que hacían juego con su pelo moreno, cortado a trasquilones de navaja. Martín Valdés, espigado como una pica y cetrino como una oliva pasada, era hijo de un bodeguero de aquellos de la plaza de Santa Cruz a quienes los madrileños llamaban *de puntapié*, por los malcocinados de menudos y entrañas que servían a cambio de calderilla a los pocos que, o no tenían un real con el que buscarse algo mejor, o les sobraban arrestos para comerse cualquier cosa. Y ya de niño, harto de las penurias, de no tener otro bocado que echar al gaznate que el rancio guiso del pote requemado desde el que su padre servía a los atrevidos comensales, Martín había decidido que buscaría fortuna. Y a falta de una herencia mejor, como muchos otros, se había alistado en una de las innumerables levas que, desde la Borgoña a Nápoles, pasando por el Tirol e incluyendo a la vieja Castilla, servían para engrosar un gigantesco ejército lleno de soldados deseosos de encontrarse con una buenaventura que los esquivaba en las ciudades y campos de labor. Sin embargo, más interesado en los dineros que en la gloria militar, todavía azuzado por los recuerdos de aquellas hambrunas de niñez, un día se le había ocurrido presentarse a revista en una compañía que no le correspondía para escamotear una paga y, después de conocer el calabozo, ahora le aguardaba un destino en la desembocadura del Cagayán, donde los piratas chinos, los mismos que codiciaban los tesoros de Manila, habían descuartizado a cientos de hombres de la armada del rey Felipe.

Y aunque Dámaso, como antiguo furriel de artillería, sabía bien que un *santelmo*, como le decían los arcabuceros de Flandes al delito de Martín, era cosa muy seria en los ejércitos de Castilla y Aragón, no había podido resistirse a la franca amistad del hijo del bodeguero; pues el madrileño era de esa clase de hombres siempre dispuesto a brindar una palmada en la espalda o compartir una jarra de vino, llevado por el buen humor y con el único vicio de meterse en todos los embrollos imaginables sin que, aparentemente, tuviese culpa alguna.

Donde uno veía lógicas explicaciones el otro atisbaba excusas y eran tan distintos que su amistad parecía inconcebible. Mientras uno se había criado en las fronteras de la indigencia, el otro había crecido en los entornos del condado de Lemos, en los verdes montes de Galicia, rodeado de los lujos de una familia que llevaba el apellido Castro, emparentado con uno de los grandes de las Españas. No obstante, en aquellos largos meses de tedio y calor, solo interrumpidos por las torrenciales lluvias que anegaban las tardes del tórrido verano, habían encontrado el uno en el otro un compañero con ánimos para paliar la espera de la arribada del galeón de las Filipinas, el que habría de llevarlos a ambos a encontrarse con sus encomiendas.

—¿Os ha dado un aire? ¿O es que uno de esos gordos lagartos de por aquí se os ha comido la lengua? —preguntó Martín en tono de mofa al tiempo que se acomodaba junto al gallego, tanteando la roca con las manos para no quemarse las palmas en la piedra caliente.

Dámaso solo negó moviendo la cabeza; y un par de mechones castaños barrieron sus entornados ojos verdes; los dedos de la derecha se abrieron sobre el labio atusando el bigote. Intentaba despegar de su memoria los recuerdos que llevaba horas queriendo revivir.

—Entonces es que la menestra esa que nos han servido de rancho ha empezado a fermentaros en las tripas…

El soldado, como no le seguían la broma, pensó que quizá era buen momento para temas de más enjundia.

—Y ese primo vuestro… Hortuño…

—No es mi primo —acotó Dámaso anticipando lo que iba a escuchar—, nos criamos juntos después de que… —el alférez calló, evitando hablar de la muerte de su hermano—. Nos criamos juntos, pero no es mi primo… Y haríais bien en pensar en él como don Hortuño de Andrade, a fin de cuentas, es uno de los secretarios del mismísimo duque de Lerma —dijo inflando las palabras con una altanería que era evidentemente fingida.

—Bueno, pues ese excelentísimo e ilustrísimo, bendito sea —exageró Martín—, don Hortuño de Andrade, ¿no me podría conseguir a mí también un trabajo como el vuestro? Tranquilito y a gusto entre los papeles de la casa de gobernación en Manila, en lugar de tener que andar a golpes con los chinos en el sitio ese del Cagayán, del

que no he oído más que pestes…

Dámaso sonrió, vencido por la enésima vez que escuchaba un ruego semejante, pero incapaz de tomarse a mal la insistencia del madrileño. Todos en la guarnición habían escuchado a los veteranos contar las cruentas batallas libradas en la defensa de la desembocadura del río filipino contra los despiadados japoneses del infame Tay Fusa, o los aún más sangrientos relatos de aquellos que habían sobrevivido al porfiado asedio del sanguinario Li Ma Hong, al mando de una flota de más de sesenta juncos.

—Si algún día llega ese galeón que se supone nos llevará a Manila, ya veremos…

Como Martín se dio cuenta de que tampoco le convenía forzar más la situación, volvió a buscar un tema de conversación más alegre. Procurando, con la mejor intención, apartar de la mente de su amigo la nostalgia que parecía acometerlo cada tarde cuando, mientras toda la guarnición de los almacenes sesteaba, él se sentaba para beberse la melancolía que le producía la falta de la mujer que amaba.

—Quizá, cuando refresque, podríamos bajar hasta el puerto, el otro día una mulata… —empezó a decir Martín antes de percatarse de que no era la mejor propuesta.

Dámaso no quiso reprenderlo y ambos, cómodos en el silencio, miraron hacia la bahía cerrada que conformaba el fantástico puerto natural de Ciudad de los Reyes, única posta autorizada por la corona en los territorios de Nueva España para mantener el comercio con las Indias Orientales. El villorrio, atrapado entre riscos salpicados de bosques ralos, carrizos y pobres plantaciones de maíz, se tendía sobre playas de arena tan blanca como el mejor lienzo. Era poco más que un revoltijo apretujado de casuchas en las que negros, mestizos y sangleyos malvivían durante los largos meses en los que no había galeones que se acomodasen en el ancladero o expediciones que llegasen por tierra desde el Puerto de la Vera Cruz o Ciudad de México. La única construcción que destacaba era el remedo de fortín que circundaba los almacenes de la corona, en un promontorio al norte de la bahía, protegida por una guarnición achicharrada y un comandante que lo único que había encontrado a su gusto en las tierras de Nueva España era el fuerte fermentado de cactos que elaboraban los indígenas.

—Algún día —aventuró Martín señalando la concavidad de la rada—, algún ganapán con ansia de fama encontrará un puerto igual de bueno en la costa de Panamá y este horno infecto se vaciará para siempre…

Ambos sabían que las insondables selvas que empezaban más al sur se habían tragado a muchos inconscientes con ideas similares, pero Dámaso no se molestó en contradecirlo.

—¿Creéis que todavía falta mucho? —preguntó el madrileño echando cuentas con los dedos extendidos, uno por cada mes que habían esperado al bochorno de la

Ciudad de los Reyes.

Antes de que Dámaso pudiese contestar, un sonido lejano lo obligó a retener las palabras. Una campanada resonaba entre las montañas que rodeaban la ensenada. Martín giraba el rostro hacia el norte, también se había dado cuenta. Y, sin darle tiempo a ninguno de los dos a comentarlo, empezó el repicar de los bronces de la modesta capilla de Santa María de Guía.

Su larga espera había terminado. En unos días, los comerciantes y los delegados del gobierno saldrían de sus casones en los frescos altozanos y se apelotonarían en el puerto para comprar, vender, hacer inventario y cobrar impuestos. Completando el peligroso tornaviaje desde las Filipinas. El Santo Tomás bordeaba la costa dirigiéndose hacia el Sur, bojeando hacia la Ciudad de los Reyes. Y, en cuanto el galeón hubiera vaciado sus bodegas de los tesoros de las Indias Orientales y hubiese cargado la plata y el cacao necesarios para una nueva travesía, volvería a zarpar. Rumbo a Manila. Ambos estarían a bordo. Y si, tal y como le había prometido su amigo Hortuño, el oidor Antonio de Morga estaba dispuesto a ayudarlo, entonces podría contar con un porvenir. A partir de ese momento todo dependería de si el juez de Manila era o no un hombre de palabra.

—Gracias por lo de anoche —dijo de repente Martín sin venir a cuento.

El alférez dejó de otear el horizonte y se giró hacia su camarada, el madrileño sabía que Dámaso no quería meterse en embrollo alguno que pudiese estropear el futuro que le aguardaba en Manila; y el antiguo contador tuvo en cuenta el sentido agradecimiento.

—A las duras y a las maduras —le repuso con sinceridad—, a las duras y a las maduras, hubierais hecho lo mismo. Lo sé.

Y Martín asintió dando por zanjado el asunto. Dámaso se volvió a girar para mirar hacia el mar, como si pudiera ver las velas del galeón que se aproximaba. Se sentía tan exultante que no hubiera imaginado jamás que iba a ser traicionado.

—El Consejo de Regencia tomó las riendas del gobierno —prosiguió el señor feudal señalando las piedras negras que había colocado en el tablero de *go*—. Sin embargo, muerto Toyotomi Hideyoshi, los lobos ya no tenían correa y la alianza era frágil. Así que, mientras se envolvían en protocolos y aparentaban buenos modales, todos los miembros comenzaron a tantear el fangoso terreno a un tiempo. Pronto pudo adivinarse que algunos de entre los cinco pretendían alzarse con las glorias negadas por el testamento que los convirtiera únicamente en regentes. Y nuestro buen señor Tokugawa, preocupado por el futuro del *país de los dioses*, empezó a buscar sus propias alianzas. —Saigo se percató de que el *daimyo* evitaba hurgar en las heridas del pasado; y mientras hablaba, Torii Mototada apartó uno de los oscuros guijos a un par de casillas de distancia del resto—. Muchos señores feudales aceptaron las bodas y los pactos propuestos. Algunos miraron con suspicacia. Aun

así, Tokugawa Ieyasu fue consiguiendo el apoyo de clanes relevantes, y los otros cuatro miembros del Consejo se sintieron enseguida recelosos…

Unos guardias se movieron en los confines del jardín, bajo la torre del homenaje; el halcón batió sus alas reacomodándose en la percha. Se oía un rumor lejano. La batalla reptaba hacia ellos.

El *daimyo* estaba siendo benevolente con las ambiciones personales de Tokugawa Ieyasu; hablaba del regente como si no hubiera tenido en mente otro anhelo que el bienestar del Japón y no el propio ascenso al poder. Y el *ashigaru* sabía bien que la verdad estaba siendo moldeada, aunque permaneció en silencio. Comprendía que, tras haber expresado en voz alta la certeza de que habían sido traicionados, Torii Mototada necesitaba compartir con alguien los razonamientos que lo habían llevado a albergar ese convencimiento.

—… Pero la desconfianza no es siempre motivo suficiente para iniciar una guerra, por lo que, durante unos meses, todos se conformaron con ocultar sus intenciones en tanto vigilaban lo que el resto hacía. —El señor feudal recolocó entonces las cuatro piedras negras que había dejado a un lado; disponiéndolas con esmero rodeó con ellas la que había apartado instantes antes—. Era un equilibrio endeble, como una rama cimbreada por el peso de la nieve. Y, al final, se quebró… El más venerado y respetado de los miembros del Consejo, el que había impedido hasta entonces que los sables se desenvainasen para restañar aquel clima de suspicacias, murió. —Haciendo esfuerzos por constreñir el rictus de dolor que le provocó el gesto a sus piernas, Torii se inclinó hacia adelante una vez más y retiró una de las piedras negras que había dispuesto cercando a la que simbolizaba a Tokugawa Ieyasu—. Ésa muerte dividió aún más al Consejo…

Los disparos se acercaban, aun así, antes de proseguir con su relato, el señor de Fushimi intuyó que debía aclarar algo más sobre las debilidades que habían sacudido el poder nipón en aquellos días.

—Y con esa fractura del gobierno, hubo asuntos más viejos que quedaron sin resolver… Desde que aparecieron esos sucios demonios extranjeros y sus armas de fuego —continuó su exposición como si no fuese ya evidente que, en el flanco sur, la batalla arreciaba—; hasta entre los señores más insignificantes, los que apenas tienen tierras para producir poco más que unas cuantas fanegas de arroz, ha crecido la cizaña. —Saigo se percató del cambio en el hilo de la conversación, pero su único gesto fue llevar una mano a descansar en la empuñadura del mayor de sus sables—. Y no envidio al Consejo, no quisiera tener que tomar semejantes decisiones… En muchos de esos pequeños feudos se empezó a soñar con repetir la gesta de Toyotomi Hideyoshi, más aún, aprovechando la ausencia de generales y magistrados, durante la guerra en Korea hubo atrevidos terratenientes que compraron mosquetes a los forasteros, algunos incluso se convirtieron al cristianismo, hasta hubo que sofocar

alzamientos. —Eso era algo que el *ashigaru* desconocía y, mientras recorría con el pulgar los cordajes que cubrían la áspera piel de raya de la empuñadura de su *katana*, entendió que, con aquellas palabras, le estaban haciendo partícipe de oscuros secretos —. En aquellos tiempos espinosos, el único miembro del Consejo de Regencia que no albergó dudas fue nuestro querido señor Tokugawa Ieyasu —prosiguió Torii con convicción—, el comercio con los extranjeros podía resultar beneficioso, pero no de ese modo, pues se corría el riesgo de alentar una rebelión.

»Y aunque las opiniones de los consejeros estaban divididas, las diferencias entre los cinco no llegaron a más. Se ciñeron a la paz que Toyotomi Hideyoshi construyera. Hasta que el más anciano y respetado de entre ellos murió —añadió enlazando su discurso con lo que había expuesto anteriormente—, entonces el fuego prendió unas ascuas que llevaban tiempo esperando ser reavivadas. Y no solo por el comercio, sino por una posible invasión… Lo poco que sabemos de esos despreciables monos barbudos es que, a su paso, son como zorros embrujados, tras ellos solo queda desesperación y locura. Hambre y muerte. ¿Cuánto tiempo se prolongaría una lucha contra sus barcos de enormes cañones? ¿Enfrentando sables a mosquetes y arcabuces? ¿Qué quedaría de este Japón unido tras la victoria?

Saigo, que, como su señor, no podía pensar siquiera en una derrota, comprendió que una guerra contra los *gaijin* podría resultar desastrosa.

En la noche llegaban amortiguados los gritos de las órdenes y los aullidos de dolor. Sin embargo, impertérrito, preocupado solo por el mismo presente, ignorando la guerra que rugía cada vez más cerca, el señor de Fushimi actuaba como si sus vidas no estuviesen en peligro.

Dando tiempo a que sus preguntas calasen, marcando con intención la pausa, el *daimyo* se inclinó de nuevo sobre el tablero y sustituyó tres de las piedras con sus manos ajadas. Ahora, un pequeño canto negro aparecía encerrado amenazadoramente por tres de los blancos.

—Roto el Consejo —continuó Torii Mototada—, nuestro señor Tokugawa, con la única idea de mantener un Japón unificado y fuerte, se dio cuenta de que solo había una solución. Ganó tiempo con los hediondos barbudos llegando al acuerdo de sacrificar a unos miserables piratas que habían intentado robar sus preciosos almacenes en los archipiélagos del sur y, mientras, fortaleció su posición; tomó el castillo de osaka manteniendo como huéspedes al pequeño heredero Hideyori y a su madre, la viuda Yodo, algo que hasta el último de los labriegos de los campos de mijo había oído. De ese modo, si los otros tres miembros del Consejo tomaban represalias —aclaró señalando las piezas blanqueadas del juego del *go*—, se declararía la guerra… Si no lo hacían, Tokugawa Ieyasu podría controlar al futuro *gran general* — dijo refiriéndose al niño y heredero de la casta del difunto *taiko* Toyotomi.

El halcón gañó como si animase a su amo a terminar con el parlamento y tomar

las armas. El *daimyo*, buscando un nuevo acomodo a sus maltrechas piernas, lo ignoró.

—Pero hace unos días, cuando el señor Tokugawa se dignó a servirse de la hospitalidad de este humilde castillo, mientras aparentaba viajar hacia Aizu, en realidad, se encaminaba de regreso a Edo para reunirse con sus tropas y permitir a sus aliados que le presentasen vasallaje —le reveló a un sorprendido Saigo—. Necesitaba convocar a su ejército porque nuestros espías le habían dado una noticia. —El *daimyo* tomó aire y aprovechó la pausa para coger una nueva piedra blanca del cuenco de palo de rosa—: el magistrado Ishida Mitsurani, probablemente convencido por promesas de la viuda de Toyotomi Hideyoshi, se había aliado con los otros tres regentes para acabar con él…

En el instante en que el *samurai* bajó la vista hacia la madera pulcramente tallada reconoció de inmediato la jugada, aun a pesar de que apenas sabía sobre el *go* algo más que las reglas básicas. El pequeño canto negro, el que personificaba al regente Tokugawa Ieyasu, apoyado en la intersección de dos de las líneas que araban el tablero, estaba rodeado por los cuatro costados de guijarros blancos. Y en aquella representación de la guerra que era, al fin y al cabo, el antiguo pasatiempo, esa posición significaba que la pieza sería capturada.

—Nuestro hábil señor Tokugawa supuso que el magistrado atacaría el castillo para poder capturarlo y, antes de marchar justo a tiempo de evitar que lo apresasen, me ordenó que retuviésemos a las fuerzas de Ishida Mitsurani tanto como fuese posible. —Saigo comprendió entonces que las acciones suicidas de unos pocos hombres contra miles habían sido una estrategia, una argucia destinada a ganar tiempo—. Tanto como fuese posible…

Si Torii Mototada hubiese cerrado el castillo de Fushimi sin más, el magistrado hubiese podido obviar el asedio y continuar su persecución del díscolo regente. Y si el *daimyo* hubiese atacado con todos sus hombres a un tiempo, el resultado hubiera sido una masacre. Sin embargo, con aquel sacrificio continuado al que se había entregado la guarnición, habían logrado darle diez días de ventaja a Tokugawa Ieyasu para replegarse, encaminarse a Edo y convocar a todos sus efectivos.

—Es el final…

Se sirvió él mismo un poco de *saké*, con el pulso firme, sin derramar una sola gota, como si sus manos tuviesen veinte años menos. Lo bebió con calma, antes de sacar del *obi* atado a su cintura un modesto cilindro de bambú que le tendió a su *samurai*.

Saigo, al tomar el recipiente con una respetuosa inclinación de cabeza, sin tener idea de qué podía contener, quiso decir que se sentiría feliz por acompañar a su *daimyo* hasta el último aliento, dispuesto a morir sin concesiones o remordimientos. Que no importaba que fueran más de treinta mil los hombres que rodeaban la

fortaleza de Fushimi.

Sin embargo, Torii Mototada lo detuvo alzando sus dedos, con un cariñoso gesto que demostraba muchas más emociones de las que hubieran sido aconsejables. Sabía lo que el antiguo campesino iba a decir, por eso lo había elegido a él, porque siempre había demostrado una lealtad intachable.

Así que el *ashigaru* esperó, dispuesto a escuchar, y su señor, tras mirar hacia el halcón, como si esperase una confirmación de la rapaz, comenzó a hablar de nuevo.

—Ahora viviremos una terrible guerra, esta no es más que una de sus primeras contiendas. El futuro de Japón dependerá, una vez más, de quién resulte victorioso en la lucha entre hermanos que está por comenzar… —El *daimyo* sacudió su cabeza haciendo que su lacio pelo se agitase, mostrando la tristeza que sentía por el brete en que el *karma* colocaba a su patria—. Sin embargo, para mí, esta será la última batalla. El castillo de Fushimi caerá… —Las palabras destilaban una amargura afligida e insondable—. Solo espero haber brindado a mi señor el tiempo suficiente para reunir un ejército con el que defender los intereses del Japón.

»Yo he terminado mis preparativos. Estoy listo. Le he escrito a mi hijo y espero reunirme con mis antepasados tras haber honrado su memoria desenvainando una última vez mis sables. Y ya solo aguardo una cosa más de mi destino —afirmó mirando fijamente a los ojos de Saigo.

El *samurai* no comprendió, pero el *daimyo* respondió a las preguntas que Saigo no llegó a formular.

—Estoy convencido de que un gusano desleal ha traicionado a Tokugawa Ieyasu… A todos nosotros —afirmó con desazón—. Hemos sido vendidos —insistió —. Ése zorro de Ishida Mitsurani ha conseguido hacerse con cientos de armas de fuego, ¿dónde las consiguió?, ¿cómo? Hasta ahora siempre se había mostrado renuente a negociar con los extranjeros. Es muy probable que haya hecho tratos con alguno de los rebeldes convertidos a la fe del crucificado…

La batalla se cernía sobre los reductos del interior de la fortaleza, bramando como una tormenta en su apogeo.

—… Pero esos mosquetes indignos no son el único indicio de que algún bastardo parido por una zorra embrujada ha abjurado de su honor. Alguien tuvo que advertir al magistrado de que nuestro señor Tokugawa se dirigía al éste, y también de la ruta que seguiría. Estoy seguro de que por eso mismo nos han atacado, para evitarlo. Y esa es la causa de que vayamos a morir hoy aquí —afirmó el señor de Fushimi en un tono cargado de pesimismo—. Porque alguien traicionó a nuestro señor Tokugawa: revelándole sus planes a Ishida Mitsurani y poniendo a su alcance las armas de los forasteros… Y yo, antes de entregarme a la eternidad, quiero saber que el responsable pagará por ello.

El antiguo labriego comprendió el deseo de venganza de su *daimyo*, aunque no

entendió qué podía hacer él al respecto. No tenía influencias; ya no pertenecía a una de las grandes familias, eso había quedado atrás. Y no podría confiar en otra cosa que sus aceros.

Mientras movía en su mano derecha el tubo de bambú que le había entregado el *daimyo,* paseaba los dedos de la zurda por el entramado de algodón que cubría la *tsuka* de su sable.

—No lucharás, debes huir del castillo —lo dijo despacio, consciente de lo terrible de su orden, hablándole sin usar fórmulas de cortesía, confiando sin reservas—. Debes huir. Te convertirás en un paria, un guerrero sin señor… En un *hombre de las olas*, y dedicarás lo que te reste de vida a encontrar a ese traidor y cortarle la cabeza.

Al tiempo que el rubor obraba sus mejillas, la protesta estuvo a punto de acudir a sus labios. Saigo bajó el rostro abrumado por la vergüenza.

Hubiera entregado su vida gustoso, hubiese desenvainado al instante su *wakizashi* si Torii Mototada se lo pidiera, y se habría sajado el vientre sin dudarlo; hubiera liderado un ataque suicida, él solo contra las huestes que los sitiaban. Pero aquello parecía ir mucho más allá del deber.

Como *ronin*, públicamente, aceptaría la deshonra de la inevitable derrota que iba a asolar Fushimi. Los más gentiles lo tacharían de cobarde, y serían benévolos. Si lo acompañasen unos cuantos *samurai* del clan Torii, entonces podría argüirse que todos habían preferido buscar la venganza, cobrarse la vida del magistrado Ishida Mitsurani para limpiar el nombre de su *daimyo*. Y después cabría librarse de la ignominia de haber sido vencidos: les aguardaría la gloria de cometer *seppuku*. Pero si tenía que hacerlo él solo, entonces, quedaría por siempre marcado por hierro candente del más amargo deshonor.

El rumor de la violencia llegaba desde todos los costados, en las vueltas de la brisa se percibía el tufo acre de la pólvora quemada. El halcón volvió a protestar en su percha e hincó las garras en un gesto rabioso.

Y su familia, lo poco que quedaba de ella, tendría que soportar el escarnio y el desprecio. Solo si lograba algún día cumplir su misión podría librarse de los estigmas con los que su *daimyo* lo obligaba a cargar.

Le pedían que renunciase a todo aquello en cuanto había creído.

Torii leyó comprensivamente el rostro del hombre que tenía enfrente, sabía que le estaba solicitando algo terrible. Saigo Hayabusa había aprendido a vivir como un *ashigaru,* un simple campesino que había llegado a su posición desde los arrozales, y lo único que tenía era la prez de su honra. Especialmente después de lo que había sucedido con su clan mientras Tokugawa Ieyasu ascendía al poder durante las campañas del *taiko.*

Su lugar estaba junto al resto de los hombres del castillo, para morir en combate o abrirse el vientre una vez Fushimi hubiese caído, estoicamente, sin una queja. Y al

ordenarle que se convirtiera en un *samurai* errante, que fingiera haber sobrevivido a una derrota, le estaba arrebatando cuanto le quedaba. No obstante, el *daimyo* estaba seguro de que su elección había sido la correcta y aguardó.

En el silencio de los hombres, la batalla se fue haciendo más y más presente, envolviéndolos en su ruidosa crueldad.

Mientras Torii esperaba, el *samurai* sufría, su deseo pugnaba por sobreponerse a su deber. Las dudas le carcomían el alma.

En Manila se luchaba contra el tedio de la espera. Como en cualquier otro de los grandes puertos de las Indias, en el de Cavite, la vida se regía por las partidas y arribadas de las naos de la Armada Real. Y hasta el retorno del Santo Tomás de su singladura de ida y vuelta a Ciudad de los Reyes, aparte de intentar vencer a la rutina, poco más se podía hacer. Como mucho, se llenaba el aburrimiento con los rumores sobre la guerra en el Japón; y, si sobraba el tiempo, los más piadosos se hacían eco de las noticias que traían los misioneros mientras los menos devotos se gastaban la paga en los lupanares.

Fue entonces, confirmando al fin las habladurías de que intentaban comerciar por aquellas aguas, cuando los rebeldes neerlandeses dieron la cara.

Sucedió una mañana clara, cuando ya decaía la temporada de lluvias. En lugar de aparecer el galeón de Nueva España, en la boca de la bahía de Manila, bajo falso pabellón francés, surgió una pareja de naos holandesas. La primera, con el sonoro nombre de Mauritius: de algo menos de trescientos toneles según calculaban en los mentideros de las dársenas; la segunda, con el revirado grabado de Eendracht tallado en la popa, de poco más de cincuenta.

Algún optimista hubo que quiso dudar, esperando que no fuera cierto, rezando para que la terrible guerra de Flandes, que llevaba ya cuarenta años librándose en las Provincias Holandesas, no hubiera llegado hasta las Indias. Pero, en la misma tarde de su arribo, los herejes calvinistas dejaron claras sus intenciones: abordaron y desvalijaron las bodegas de un desdichado sampán chino que intentaba acercarse a Cavite para comerciar. Y ya no hubo más titubeos, hasta los más cándidos comprendieron que los orangistas habían venido a saquear la ciudad. Toda Manila sintió en los calzones el reverberar del miedo.

En los silos filipinos la corona española guardaba la canela, el clavo, el jenabe y la pimienta de la especiería de los archipiélagos; las delicadas cerámicas de Catim; el almizcle y el benjuí de los sangleyos; el marfil y los zafiros de Siam; las conservas de naranja y melocotón, y las delicadas sedas de China enviadas por los delegados de la dinastía Ming. En la codiciada Manila se cobijaban, antes de partir hacia Sevilla, los mil y un tesoros comprados en el Oriente. Tanto era así que los piratas chinos y japoneses ya habían intentado adueñarse de la ciudad en más de una ocasión; de hecho, pocos meses antes, como gesto de buena voluntad, esperando avivar el

comercio entre España y el Japón, uno de los reyezuelos del archipiélago nipón había mandado ejecutar a cincuenta corsarios en un lugar al que llamaban Nagasaki. Así que los más agoreros se cansaron de repetir que ya lo habían venido advirtiendo; y ahora eran los holandeses los que pedían la vez para saquear la colonia.

Sin embargo, no todos en Manila empezaron a prepararse para poner pies en polvorosa huyendo hacia los palmerales del interior. Hubo quien vio en la llegada de los calvinistas algo más que una amenaza palpable.

—¡Son solo dos naves! —le gritó Antonio de Morga al amanuense de su despacho—. ¡Dos! Ésta es la ocasión que aguardaba —declaró ufano al tiempo que miraba por la vidriera cómo las calles se llenaban de gente apresurada.

Antiguo lugarteniente del gobernador de Manila para asuntos de mar y guerra, ciertos escándalos lo habían degradado hasta insulsos desempeños como oidor en la Audiencia de la ciudad y Antonio de Morga, confiado, vio en la llegada de los holandeses su oportunidad de abandonar aquella ratonera húmeda y bochornosa de los trópicos en la que su carrera languidecía lejos de la influencia del Consejo de Indias. Si repelía la expedición holandesa, quizá podría conseguir un traslado a un destino más provechoso.

—Si convenzo al gobernador…

Pero, para hastío del funcionario, su subalterno, un indio ifugao que se había acostumbrado a las ropas y modos españoles, no pareció comprender lo que le decían. Precisamente en el galeón de Ciudad de los Reyes llegaría un nuevo secretario que recomendaba Hortuño de Andrade, pero, por el momento, De Morga no tenía mejor ayudante.

—He de lograr que me otorguen un nombramiento —le dijo el oidor a su asistente con disgusto, mientras se calaba el chapeo para salir a pedir audiencia.

Dejando a su adjunto con rostro indiferente, Antonio de Morga se sumergió en el bochorno de Manila y caminó a toda prisa entre las gentes que se cruzaban a su paso. Todos elucubraban sobre la guerra de Flandes. Y como el oidor era un hombre de poca estatura cuyas bulbosas narices parecían adelantarlo siempre, nadie se fijó en él. Los viandantes apuraban sus pasos y solo llamaba la atención un veterano que, a voces en una esquina, recordaba la batalla de Groninga. Echaba pestes sobre los holandeses secesionistas, que se habían alzado en rebelión por la independencia de sus tierras sin respetar la católica corona de la casa de los austridas.

Ya en el palacio del gobernador Francisco Tello, los lacayos también corrían de un lado a otro intentando calmar a los mercaderes nerviosos, que habían acudido a pedir explicaciones. Por lo que Antonio de Morga podía ver, toda la ciudad se agitaba esperando que las autoridades de la Junta de Manila reaccionasen antes de que los orangistas causaran males mayores.

Apenas cruzó el umbral, el juez De Morga empezó a cobrarse favores y a ofrecer

sobornos. Y, al poco, estaba en el despacho del gobernador bajo la mirada suspicaz del hombre que lo había destituido.

—Si el Santo Tomás emboca la bahía, la nave, los hombres y su carga estarán a disposición de las bombardas holandesas —expuso sin ambages con toda la intención —. Tal y como han fondeado, esos calvinistas están preparados para descargar a boca de jarro una andanada tras otra.

Y aunque no lo reconoció en voz alta, el gobernador Tello tuvo que admitir que De Morga llevaba la razón; y que él ni siquiera había caído en la cuenta del enorme riesgo que corría el galeón de Ciudad de los Reyes.

—Lo sé —mintió Francisco Tello—. Lo sé. Pero no contamos con fuerzas para repeler la agresión. Nunca había sucedido algo semejante. Esto no es Sevilla, aquí no hay naos de la Armada. Tenemos a los hombres del regimiento del Cagayán, y a los del fuerte de Santiago, pero no puedo enviarlos a batallar en la mar y desproteger la ciudad…

Antonio de Morga ya contaba con aquella réplica y estaba preparado. Llevaba años arreglando trapicheos con los mercachifles locales, haciendo envíos a uno y otro lado del océano. Y tenía en su saldo pendientes que podía cobrar para conseguir lo que pretendía.

—El San Diego —anunció empezando a exponer su idea—, un galeón recién salido de los astilleros de Cebú. Acaba de ser cargado de bienes comprados en el mercado de Parian, aguarda hasta la temporada de vientos para navegar hacia Nueva España. —El oidor sabía que los dueños de la nave no se negarían a cederla; bastaba amenazarlos con revelar lo que sabía sobre viejos acuerdos.

El gobernador de Manila receló. Si De Morga podía conseguir una nave con la que enfrentarse a los calvinistas, él mismo se libraría del mal desempeño de tener que requisarla. Podía resultar una salida airosa y los mercaderes se calmarían al ver que se hacía algo para salvaguardar al puerto. El problema era que no se fiaba del oidor.

—No creo que una sola nao sea suficiente —repuso queriendo ganar tiempo para meditar.

En realidad, el gobernador Tello quería evitar que el mando de la expedición contra los orangistas recayese únicamente en De Morga y, si esperaba encontrar otra nave, era para poder designar a alguien que le mereciese mayor respaldo.

—Hay una fragata a punto de ser botada, la San Bartolomé —adujo Antonio de Morga refiriéndose a uno más de los barcos fondeados en Cavite—. Y ese patache portugués que acaba de regresar del Maluco con especias, el San Jacinto.

El oidor sabía que podía extorsionar a ambos armadores para que cedieran sus navíos; los lusos habían compartido con él más de un arreglo bajo cuerda. Aunque tampoco importaba demasiado si lo hacían o no de buen grado; De Morga se barruntaba las ideas del otro y no pensaba dejar que la gloria buscada la compartiesen

otros hombres del gusto de Tello.

En su tira y afloja particular, ambos funcionarios continuaron con las negociaciones. Y hasta bien entrada la mañana no fueron capaces de avenirse con un pacto satisfactorio para ambos.

Usarían los tres navíos, la fragata y el patache los mandarían hombres que el gobernador designaría, pero De Morga sería el responsable de la partida. Y como no eran más que barcos dedicados al comercio, aun a pesar del riesgo, acordaron desproteger parcialmente el fuerte de Santiago. Se armarían las naves con una docena de cañones de bronce de la fortaleza. Algunos de a poco más de diez libras, un sacre de a ocho y un par de pedreros, que no serían suficientes, pero que eran al menos de hierro colado y no de esos a los que los artilleros llamaban *matahombres*, por lo pobre del metal y la facilidad con la que reventaban.

—Lo que necesitamos es tripulación, una gran tripulación —le dijo al gobernador cuando este le hizo notar lo pobre del arsenal—. A ellos apenas les quedarán hombres útiles —aventuró De Morga imaginándose ya la victoria que conseguiría y las puertas que le abriría la gloria obtenida—, la travesía hasta aquí los habrá diezmado, así que tenemos que reclutar a todo el que tenga fuerzas para sostener una ballesta o un arcabuz, contrataremos incluso a los críos de los indios —exageró lamentando que no hubiese llegado el Santo Tomás con el nuevo ayudante que le enviaban de Madrid para librarse de la desagradable tarea de entrevistarse con todos los facinerosos de la ciudad; andaban tan cortos de personal que tendría que hacerlo él mismo—. Y también daremos ocupación a los mercenarios japoneses…

En cuanto salió de los despachos del gobernador, Antonio de Morga dio orden a los encomenderos de que hicieran correr la voz: se necesitaban efectivos dispuestos a luchar contra los herejes calvinistas para la gloria del estandarte de la cruz de Borgoña, emblema de aquellos reinos en los que no se ponía el sol.

Y a los pocos días, sin molestarse en vaciar las bodegas del San Diego, Antonio de Morga embutió el galeón de cuanto desesperado creyó sus promesas. Tantos que, para colmo, el juez desoyó la vieja regla de que a cada tonel de la nao le iba un marino a lo sumo y sobrecargó peligrosamente el buque.

Así, poniendo gran parte de ellos garabatos por rúbricas, más de cuatrocientos desdichados terminaron amontonados como ratas. Había nativos hambrientos esperanzados por la paga, viejos soldados de los fuertes de isla Luzón que los miraban con condescendencia, harapientos mendigos que juraban haber servido en la Armada para gloria del rey y Dios mismo. Y, gracias a los servicios como intérprete de un jesuita que había predicado en el Japón, también mercenarios de rostros desvaídos y ojos almendrados de los que se decía que eran renegados, huidos de la inminente guerra civil que llevaba tiempo fraguándose en su misterioso país.

Entre todos ellos, había un muchacho mulato al que llamaban Julián, sin apellido

ni fortuna. Uno de los muchos chiquillos fruto del vientre de una nativa a la que un conquistador dejara preñada para no volver; sin dejar atrás más legado que el nombre. El chico, con los ojos brillantes y la piel recogida en las mejillas a fuerza de hambre, enseñando los codos bajo los arrapiezos de las mangas de su sobada camisa, con una fanega de mugre detrás de cada oreja, dos palabras mal dichas en el idioma de su desaparecido padre y el estómago tan vacío como para que un mendrugo tuviera donde hacerse eco, había pensado que en la marabunta de aquel reclutamiento apresurado se le abría una oportunidad que nunca volvería.

Cuando todo estuvo preparado, tras un pomposo discurso en el que el gobernador rogó por el bien de la misión, destinada a mayor gloria del católico rey Felipe y de aquellas islas que llevaban su nombre; bajo la segura protección de la divina Providencia, que los llevaría hasta la victoria ante aquellos herejes protestantes, se acordó que la flota zarpase a la mañana siguiente.

Sin embargo, como muchos en Cavite habían intuido, las codiciosas intenciones de Antonio de Morga habían sido, siempre y desde el principio, bien distintas: sin esperar por el San Bartolomé y el San Jacinto, el ilustre oidor, sediento de fama y nombre, al abrigo de la noche cerrada, levó anclas sin aviso, dejándose al patache portugués en el puerto y sacándole ventaja de horas a la fragata española.

Todavía a cientos de leguas de distancia de su destino, viendo cómo el mar devolvía los reflejos de la luna de los trópicos, Dámaso miraba por la borda del Santo Tomás. El galeón surcaba el Pacífico rumbo a Manila y el alférez, bajo el rumor del viento en las drizas, pensaba en Constanza. Estaba ilusionado con el futuro que imaginaba junto a ella; esperaba que todo marchase como Hortuño le había prometido.

Eran tiempos en los que la mar océana curtía a las naciones y templaba a los hombres. Días en los que el poder se tasaba en función de naos, carabelas, fragatas y artillería escupiendo fuego en el rincón escarpado de alguna costa. Y aquella madrugada, apenas dos semanas antes de la Natividad del Señor del año de gracia de mil seiscientos, fueron las mansas aguas de la isla filipina de Luzón las elegidas por el destino de los hombres.

Al despuntar el sol, los vigías del galeón distinguieron a la nave capitana de los holandeses. Y la batalla comenzó.

Sin perder un instante, los orangistas hicieron trasluchar su nave. Con la virada abatieron las troneras y las negras bocachas de sus cañones se hicieron visibles.

Mientras la nao española intentaba reaccionar, los neerlandeses soltaron la primera andanada, esparciendo astillas por la cubierta del galeón. Y en el San Diego apenas pudieron hacer otra cosa que responder con unos pocos disparos desde lo alto del puente, pues, de tan cargados como navegaban, las portañolas pellizcaban la línea de flotación.

Con los gritos de los primeros heridos, al pobre mulato Julián se le olvidaron pronto sus sueños de futuro. Había distinguido las flores de ceniza al abrirse y, de seguida, habían resonado las pavorosas detonaciones. E incluso antes de soltar el aire que se había guardado el muchacho en los pulmones, una carga de cadenas había deshecho en jirones la vela de cebadera, roto los estayes del trinquete y arañado la madera del bauprés. Ni tiempo había tenido de poder asimilar lo visto cuando Julián ya estaba en cuclillas, con la seguridad de que, si hubiera comido algo más que aquellas malditas galletas duras como piedras, hubiese vaciado las tripas allí mismo, sobre cubierta.

Incapaces de responder al demoledor castigo con sus propios cañones, amedrentados ante la posibilidad de ver su timón destrozado y terminar a merced del viento, muchos en el San Diego se sintieron condenados. Sin embargo, De Morga, obsesionado, ignorando el riesgo de verse sin gobierno a sotavento de la artillería enemiga, había mandado aguantar el trapo y mantener el rumbo. Para el funcionario solo había una salida: el abordaje; confiaba en la abultada tripulación que había contratado.

Los holandeses, aunque habían ganado la posición a barlovento y podían esperar la victoria, viendo el taimado proceder de sus enemigos, que no parecían dispuestos a virar ni aunque llegase uno de aquellos terribles vientos *laguíos* de los mares filipinos, temieron igualmente por su vida. La menor de las naves de los neerlandeses escapó mientras el Mauritius seguía haciendo atronar sus cañones una y otra vez, esperando el tiro de gracia que recorriera toda la eslora del galeón hiriéndolo de muerte. Así tendrían Manila a su merced.

En tanto, en el puente español, los hombres dudaban de su capitán. El contramaestre del San Diego, un marino con más redaños y experiencia que el ilustre Antonio de Morga, había advertido el peligro que correrían si las dos naves protestantes se las arreglaban para atrapar al galeón en un fuego cruzado.

—Se lo ruego, su señoría —le dijo al oidor de la Audiencia con aire contrito—, regresemos ahora que la nave aún responde.

Pero De Morga no se amilanó. Hizo oídos sordos y, tras acusar de traición al oficial, empecinado, ordenó con voz furiosa:

—¡Embístanlo! Por Dios y el rey… ¡Fijo el rumbo!, ¡embístanlo! ¡Lo abordaremos! —había exclamado con el rubor en el rostro—. ¡Lo abordaremos!

Y llegó un estruendo que navegó entre las olas rompiendo jirones de brisa.

Hasta los nativos escondidos en las sierras miraron con desasosiego al horizonte. Los pequeños murmuraron e intentaron auparse en las ramas de los árboles de *lauan*, buscando el origen de los estampidos. Y un anciano tagalo, de rostro cobrizo, tocado con manojos de plumas y grandes pendientes de conchas, un veterano de las luchas contra los españoles, abandonó la cuerda de *ábaca* que trenzaba y negó agitando

pesarosamente la cabeza.

Y aquel ensordecedor crujir de maderos no se apagó hasta que la suave marejada consiguió ahogar los lúgubres chirridos de las naves, estremecidas por el choque.

El lento y sobrecargado galeón cabeceó, protestando por el esfuerzo; obligado a detenerse de pronto sin más ancla que el tremendo impacto. Bajo la pasada rasante de un ave de larguísimo pico que ignoró la locura de los hombres, el palo de bauprés, ya maltrecho, cedió; cayó entre una telaraña de cabos y telas rasgadas y, prendido de un extremo, se volteó sobre la borda enemiga acertándole a uno de los holandeses en el rostro, le abrió la tapa de los sesos con un chasquido atroz. Las planchas de plomo que protegían a la nave de los teredos se retorcieron como papeles al fuego. Todo el maderamen tembló lastimeramente, los mástiles se sacudieron, las velas restallaron perdiendo el viento, las cuadernas se resintieron, la quilla quiso ceder y algo en el alma de la nao española se quebró condenándola.

El carguero neerlandés, que había recibido el brutal choque por la regala de estribor, lo acusó de inmediato. Envuelto en una lluvia de astillas, aligerado por una larga travesía de penurias, pareciendo un juguete, se dejó llevar de costado por la arremetida y escoró peligrosamente. Vencido por el impulso, se balanceó escurriendo agua por los imbornales y desparramando a su tripulación por la cubierta. En sus sollados el caos se esparció. Dos de los cañones, todavía calientes por el castigo que habían infligido a la nave castellana, rasgaron los cabos de retenida y rebotaron de un lado a otro rompiendo los mamparos, arrollando a los hombres que intentaban escapar.

Los oficiales de ambas naves se calibraron. Los carpinteros suspiraron pensando en los destrozos. Los marineros y los soldados esperaron. El bochorno se colgaba del calor del sol que se alzaba sobre el horizonte. El salitre llenaba el aire. Por unos instantes, a excepción del dócil mecerse de los dos buques, hasta la marea pareció detenerse.

Aún vibraba la pala del timón del galeón cuando las órdenes de los españoles se oyeron claras y una lluvia de plomo barrió la cubierta de los protestantes. Las balas silbaron esparciendo dolor. La pólvora sin quemar punteaba las camisas y llenaba el aire de ascuas diminutas. Las mechas de los arcabuces se chamuscaban entre chispas. Y ante aquel laberinto de palos, velas, jarcias y maderos, oyendo los gritos de los heridos, la mayoría de los hombres encontraron un momento para rogar por su alma.

Sabedor de su obligación, persignándose a desgana, un aguerrido alférez ovetense con cuello de toro y agallas de sobra fue el primero en ponerse en movimiento. Recordando la gloria de la batalla de isla Terceira, se masajeó un instante la vieja cicatriz que le dejara una daga francesa al recorrerle el antebrazo y, espantando los demonios del miedo con una sacudida de su rotundo mentón, como si en su mano estuviera el recuperar la honra perdida contra los ingleses en Calés, mandó el

abordaje con voz ronca.

—¡A por ellos! ¡Por Dios! ¡Por el rey! ¡Despellejadlos!… Un escudo de oro al primero que me traiga las pelotas de uno de esos mierdosos bastardos…

Sus hombres corearon alzando las picas y el de Oviedo, para dar fe de la promesa, sacó una de las pesadas monedas de su faltriquera y la engastó en los cordajes de asiento del palo de mesana. Sabedor de que nadie se atrevería a tocarla sin su permiso.

Antes de que cayeran los primeros cabos sobre la cubierta del buque holandés, el veterano marino tuvo tiempo de añorar el cuajo del viejo almirante Bazán, triunfador en aquella lucha en las Azores contra los condenados gabachos en la que casi había perdido la mano. Tras haber servido a las órdenes de tan ilustre capitán, no podía sino lamentar su suerte al verse aquella madrugada bajo el mando de un mentecato como De Morga, al que todo lo que le sobraba en títulos y señorío le faltaba en experiencia y coraje; bastaba verlo pálido y encogido en el alcázar, sin saber si debía ordenar algo o arremangarse las calzas. Pero aun así, luchando contra la resignación del mal presagio, echó un último vistazo al estandarte que flameaba por encima de las jarcias, luciendo la misma aspa borgoña de los tercios que aterrorizaban flamencos. Escupió sonoramente y se echó a correr hacia la urca holandesa. Dejó tras de sí el agujero resquebrajado que abrió una bala indecisa a un palmo de la escotadura del palo de mesana. Justo tras el lugar desde el que él mismo había dado la primera orden de ataque.

Corriendo como un poseso, listo para servir una mecha nueva, entregar una carga de pólvora o atender a un herido, tras el alférez ovetense y la veintena de hombres de la escuadra, marchaba el escuálido Julián sosteniendo con indecisión un puñal roñoso de la dotación del buque. Era un grumete demacrado con los cabellos tan revueltos que confundían a los piojos. El muchacho, como tantos otros, había tenido que elegir entre seguir mendigando en las calles de los arrabales de Manila o romperse los dientes con las galletas recocidas de los sollados de abordo.

Ahora estaba seguro de que hubiera sido mucho mejor seguir pasando hambre antes que conseguir un agujero en el costillar. El grumete Julián se apuraba enseñando sus huesudos tobillos de pies desnudos, resbalando entre la sangre y el agua salada que se mezclaban en la cubierta del barco holandés. Las balas de arcabuces y mosquetes cortaban el aire. Las velas del San Diego, que el ilustre oidor no corregía a pesar de los berridos del nuevo contramaestre, flameaban protestando por mantener el barco preso con los cabos de abordaje. El día se entretenía en el anuncio del alba.

Un capitán de Guetaria, que presumía de ser pariente de Elcano, gritó algo de la gloriosa defensa de los castellanos en el río Passig contra los temibles chinos, y la última de sus palabras se le quedó prendida en los labios con un gorgoteo atroz: un

plomo holandés le había arrancado de cuajo la nuez.

El juez de la Audiencia de Manila, al que se le habían terminado el valor y las ideas a un tiempo, dominado por sus miedos ahora que el Mauritius era algo más que una silueta en el horizonte de la bahía, gritaba a diestro y siniestro, reclamando las márfegas de la marinería para acolchar el alcázar contra los mosquetes neerlandeses. Los oficiales de guerra, sabiéndose condenados por el alocado plan del funcionario, eran conscientes de que solo tenían dos opciones: morir o tomar el carguero holandés por las bravas. Superaban en proporción de tres a uno a la tripulación de los protestantes, y quisieron creer que, a base de coraje y voluntad, con la ayuda de Dios, podrían salir con bien de aquella encerrona. Y todos repitieron la misma orden.

—¡Al abordaje! Por Dios, por España, por el rey… ¡Al abordaje!

Y la tripulación reaccionó. Animada porque el Eendracht, probablemente escaso de munición, parecía huir en busca de aguas abiertas, desechando encerrar a los españoles con una maniobra envolvente.

Las escaramuzas se repartieron bajo las vergas. Más y más hombres del San Diego saltaban a bordo de la nave enemiga. Las pértigas de las picas se partían con chasquidos secos, los proyectiles de los mosquetes abrían torsos y arrancaban pedazos de carne. Los mercenarios japoneses, silenciosos hasta entonces, luchaban lanzando feroces gritos al tiempo que sus afiladísimos sables cortaban extremidades y segaban vidas; indiferentes al plomo humeante que desdibujaba el aire a su alrededor, combatían inmersos en una calma fiera que incomodaba a los españoles y arredraba a los holandeses.

La mañana ya despuntaba arrancando reflejos cobrizos al agua; rumbo al cercano islote de Fortuna, una pareja de aquellas aves de picos ridículamente largos cruzó por encima del velamen sin arriar del galeón.

—¡Sin piedad! —gritó el robusto alférez asturiano a sus hombres cuando se les ocurrió retroceder—. Al que dé otro paso atrás lo degüello…

Y su escuadra, sin acordarse ya del escudo de oro prometido, porque lo sabían capaz de cumplir con su amenaza, respondió avasallando a unos pocos orangistas que hacían oscilar las hojas de sus dagas al frente. Tan pendiente estaba el oficial alentando a los suyos que ni siquiera se percató de un enjuto protestante de revueltos cabellos pelirrojos y rostro plagado de cardenales que, arrastrándose, se le acercaba por la espalda.

Los españoles se renovaban con el continuo fluir de refuerzos que brotaba de la cubierta del San Diego y, en breve, los de Flandes, en pequeños grupos, empezaron a refugiarse en los sollados.

—*Snel! Iedereen naar beneden! Snel*! —los gritos se repetían una y otra vez en la cubierta del Mauritius; se replegaban buscando las escotillas.

Ante aquel panorama, creyéndose ya dueños de la situación, algunos de los

hombres del rey Felipe, confiados, comenzaron a albergar esperanzas.

—*Snel! Scheithuis! Snel*!

Mientras, en la oscuridad de las bodegas inferiores del San Diego, algo se movió entre las bastas cajas de madera que se amontaban alrededor de vasijas llenas a rebosar de tinte de cochinilla. El lóbrego ambiente, húmedo y malsano, saturado de viejos olores, solo contaba con unos cuantos rayos de luz que se escurrían por las rendijas de los pañoles: escuálidos haces de claridad en los que se distinguían, danzando, millares de partículas del polvo que levantaba el bamboleo de la nave. Servían para poco más que desdibujar las siluetas de los embalajes. Algo se movió de nuevo.

Una de aquellas trenzas de claridad resaltaba el canto de una caja que, además de los sellos del Consejo de Indias, llevaba grabada a fuego la silueta de una pequeña cruz de sable, similar a la que usaban como enseña los caballeros de la Orden de Montesa. Era un trabajo pobre de un carpintero desmañado; podían verse los defectos de la madera y las marcas de la sierra. Las cabezas oxidadas de los grandes clavos sobresalían. Y, aferrándose a ellas, con un correteo asustado, apareció en la arista iluminada del cajón una rata de buen tamaño que ascendía con prisa. En su escalar alocado usaba la larga cola de contrapeso; y cuando llegó a la tapa del embalaje se giró, ansiosa, revolviéndose al tiempo que emitía un chillido agudo. Llevaba toda su vida en los sollados del galeón, eludiendo los zapatazos de los marinos y robando aceitunas, carne salada y galletas recocidas de las vasijas de los bastimentos, y nunca había visto algo así. Desde su recién conquistada atalaya, con sus ojos pardos cubiertos de ansia y los bigotes temblorosos, miró abajo mientras se sacudía enérgicamente para secarse. De su pelaje apelmazado se desprendió una lluvia de finas gotas que, en aquella luz difusa, la envolvieron en un halo de diminutos reflejos. Su hocico inquieto se encogía una y otra vez, aventando el intenso aroma que lo envolvía todo. Sin dejar de mirar hacia abajo empezó a moverse de un lado a otro del cajón con palpable desasosiego, sus pequeñas patas titubeaban reflejando su miedo.

El agua, filtrada a través de las enormes grietas abiertas en el maderamen, inundaba la bodega con un zócalo de varias pulgadas de alto. El nivel subía con rapidez.

—Será un honor… —consiguió decir en voz baja inclinando levemente el rostro —. Será un honor…

En esta ocasión, Torii Mototada no sonrió, la hondura de aquellas palabras reflejaba un profundo compromiso, demasiado serio para rebajarlo con sentimientos banales. El *daimyo* se limitó a asentir; orgulloso de su *samurai*, aliviado por ver confirmada su intuición al haberlo elegido.

—Después de escribirle a mi hijo para despedirme, preparé una carta para el tuyo —dijo el señor feudal señalando con el mentón hacia el tubo de bambú que sostenía

Saigo—. Sé bien que… Comprendo que es importante para ti. —Torii, que sabía del pasado, eligió bien las palabras para no despertar viejos fantasmas—. Ha sido sellada y en ella doy fe de cuanto hemos hablado… Cuando llegue el momento, una vez hayas conseguido encontrar a quien debes y te hayas cobrado venganza en nombre de nuestro señor Tokugawa, entonces, podrás entregársela… O en el caso… —prefirió no plantear la posibilidad del fracaso y dejó la frase a medias—. Cuando todo acabe tu hijo conocerá la verdad, será consciente de lo que sucedió en realidad, sabrá que no tiene de qué avergonzarse…

Saigo Hayabusa contempló el pequeño tubo de bambú y se sintió agradecido. Su deber era cumplir las órdenes de su *daimyo*, a cualquier precio, ante cualesquiera consecuencias. Y, sin embargo, la generosidad de Torii Mototada le brindaba la posibilidad de albergar la esperanza de redimirse.

Como correspondía, el *ashigaru* se echó al suelo y se inclinó hasta rozar la grava con la frente.

Llegó corriendo un guardia con el rostro cubierto de tierra y sangre, guardó una distancia prudencial esperando a que el *daimyo* le permitiese acercarse. Un cambio en la brisa acercó el olor de un nuevo incendio. El señor feudal lo ignoró.

—El buen Ienaga es el único al corriente, te está esperando en el patio de armas —habló dirigiéndose a Saigo—. Le he ordenado que prepare algunas cosas.

Y sin querer alargar más aquella amarga situación, el señor de Fushimi se puso en pie con esfuerzo, acarició cariñosamente la nuca de su halcón y echó a andar trabajosamente hacia sus queridos árboles en miniatura bajo la mirada dorada de la rapaz.

Cuando se irguió le dedicó un último vistazo a la espalda de su *daimyo*. La tristeza ahogaba la belleza de la melancolía. Lo echaría de menos.

Asintió para sí y, reafirmándose en su decisión, Saigo se encaminó hacia el *dojo*. Se cruzó con el recién llegado. Visiblemente inquieto, el guardia lo miró con ansiedad, a punto de preguntarle si podía ya acercarse a hablar con el señor de Fushimi. Pero no llegó a hacerlo.

En el patio de armas, un Naito Ienaga extenuado, con la armadura recompuesta como buenamente había podido y los ojos enrojecidos tras haber luchado con las llamas aquella tarde, le dio unos cuantos paquetes de papel con monedas de oro, una caja con recado de escribir que contenía varias piedras de tinta, un arco de buena factura pero de modesta apariencia, un hato de flechas, algunas prendas sencillas, un par de sandalias de paja, un sombrero de juncos y, por encima de todo, un silencio cómplice enmarcado en una comprensiva expresión.

—*Korenite gomen*…

Antes de que Saigo pudiera contestar, se oyeron cerca, muy cerca, disparos de mosquete; un grupo de los sitiadores había llegado ya hasta el corazón del castillo. Y

a pesar de las profundas connotaciones de la despedida, ambos sabían que no tenían nada más que decir que mereciese la pena.

Saigo escogió una de las intrincadas rutas en el dédalo de murallones del castillo de Fushimi, una que le llevaría hasta la ladera de la montaña por una salida disimulada en un bosque de nísperos. Naito Ienaga desenvainó, se ató el barboquejo de su casco y echó a andar hacia los gritos con la mano en la empuñadura de su sable más largo.

Cuando el San Bartolomé, recuperado el retraso, llegó al fin, encontró una escena alentadora: sus compatriotas del San Diego dominaban las cubiertas de la urca holandesa y los oficiales de guerra azuzaban a los hombres para que rematasen a los que aún no habían buscado refugio en los sollados. El único que parecía no saber lo que estaba haciendo era De Morga, parapetado tras un montón de jergones en el alcázar del galeón.

El gobernador Tello le había advertido al capitán de la fragata que no se fiase de Antonio de Morga. Sin embargo, ante aquel panorama, con la victoria al alcance de la mano, el patrón del San Bartolomé decidió partir a la caza del otro navío orangista.

A bordo del galeón, aún no se habían percatado de que el agua se filtraba en sus bodegas. Nadie pidió auxilio.

El grumete Julián, llevado por empellones y atropellado por los hombres, corría una vez más sin saber siquiera adónde iba, demasiado ocupado con no tropezar en brazolas o cabos sueltos. Se dejaba el alma tras una escuadra hecha de restos que, a su paso, iban abriendo con picas los vientres de los holandeses que aún tenían ansia de lucha. Ni sabía, ni entendía, el muchacho solo movía sus piernas tan rápido como podía. Su único consuelo, a la vista de los pocos enemigos que parecían quedar en la cubierta del Mauritius, era la esperanza de que todo acabase cuanto antes.

Y en medio de aquella barahúnda, una fuerte mano ensangrentada lo paró en seco.

El mulato Julián, trastabillando, miró hacia arriba y vio la expresión morena y ceñuda de un hombretón con hombros tan anchos como una cuba. Era un oficial al que reconoció una vez pudo serenar su agitada respiración.

Tras soltar la harapienta camisa del chico, el alférez le tendió unos trapos manchados.

—Ten… Tomad.

—*Ano po*? —balbució el zagal sin entender lo que le decía el oficial.

Al principio, pensó que le devolvían un pedazo de su propia ropa, luego vio los tres colores. Como recordando un sueño al despertar, rescató de su memoria la imagen del estandarte que había ondeado por encima de las vergas. Julián había visto aquellas telas flamear al viento antes de que las troneras se abriesen para escupir muerte y pólvora.

Los labios del grumete se alzaron en una sonrisa cómplice. Aquél hombre era

quien le había enseñado a golpear las galletas recocidas del rancho para librarlas de los gorgojos, y en su inocencia Julián había querido ver un nuevo gesto amistoso en la intención del alférez. Sin embargo, el ademán se apagó al instante, en cuanto reparó en la severa expresión.

—Al… Al San Diego, al oidor, a De Morga… —consiguió gritar el ovetense con el rostro desfigurado por el esfuerzo.

Julián no entendía lo que el alférez le rugía mientras se sujetaba el vientre con una mano. Por entre los dedos, mansamente, como cera de un velón prendido, se escurría una sangre oscura y espesa de la que emanaba un fétido olor.

Finalmente, entornando ojos rodeados por miles de pequeñas arrugas curadas por el salitre, el marino dejó escapar un suspiro que prendió pequeñas gotas bermejas en la hirsuta barba que le erizaba el rostro. Encogiendo los hombros, el oficial levantó el brazo dejando a la vista una terrible herida por la que asomaban entrañas brillantes de tupida humedad. Al tiempo que las piernas le flaquearon, los dedos empapados de carmesí señalaron el San Diego.

En un instante, a pesar de la terrorífica visión de las vísceras de aquel oficial, el mismo que le había enseñado a mojar las malditas galletas en agua de mar para ablandarlas, Julián comprendió. Le tendían las enseñas del holandés para que las llevara a la nao española.

A la vez que el grumete giraba sobre sus talones para buscar la regala del Mauritius, el ovetense se desplomó. Aún pudo evocar de nuevo aquella gloria de la batalla de Terceira. Y, lleno de orgullo, echó un vistazo postrero a los supervivientes de su escuadra: obligaban a los últimos protestantes a dejarse caer escotillas abajo. Era evidente que los neerlandeses creían que, una vez encerrados en los pañoles, podrían solicitar parlamento para rendirse y evitar más muertes.

El infeliz dejó de respirar pensando que su sacrificio serviría para algo.

Cuando Antonio de Morga recibió de manos del esquelético mestizo las dos enseñas neerlandesas, desestimó una vez más las súplicas del nuevo contramaestre. No estaba dispuesto a soltar su presa aunque el otro navío holandés apareciese. Por el otro oído, el piloto le confirmaba el rumor: con aquella terrible colisión se había abierto una vía de agua incontrolable. Las bodegas llenas impedían achicar, el exceso de tripulación aceleraba la condena y era seguro que el San Diego no vería el mediodía.

—Nos hundimos —concluyó sin ambages el marino, uno de los que había aprendido del afamado Urdaneta los secretos de las rutas de los galeones de Manila —. Nos vamos a pique —repitió pesaroso sin que sus palabras calasen en el juez.

El oidor fue el único que no se dio por aludido. Rodeado por aquel desordenado montón de jergones tras los que se había parapetado, con el rostro enrojecido y enormes gotas de sudor arracimándose en el puente de sus bulbosas narices, no hizo

otra cosa que mirar de un lado a otro.

El mulato Julián, sin saber qué hacer, dio un paso atrás atemorizado al ver cómo uno de los oficiales de guerra, rojo de ira, se acercaba hasta donde estaban él y De Morga.

El grumete, que había aprendido por las malas que no todos eran tan amables como aquel otro alférez, se agachó alzando las manos para protegerse, convencido de que no había entendido el mandado.

Antes de que Julián pudiera entender lo que pasaba, o que a De Morga le saltaran los dientes, animado por el asentimiento mutuo de algunos de los reunidos en el alcázar, uno de los jesuitas de a bordo se sintió obligado a intervenir a fin de evitar el motín. Era un hombre estirado de escamosas patillas y flojas maneras en las que cada gesto parecía difuminarse antes de concluirse. Se había embarcado fingiendo cumplir con la costumbre de todos los navíos de la armada española, virtuosa protectora de la cristiandad desde la batalla de Lepanto, pero en realidad había esperado tener un momento como aquel a su disposición para poder ganarse el favor del oidor; tal y como le había ordenado su superior en Manila: el padre Crisóstomo Fernandis.

Su congregación, ansiosa por medrar en las misiones de evangelización en aquellas Indias Orientales, precisaba de ciertos permisos codiciados por los prepósitos de la Orden en Macau y otras colonias.

—Vuestra merced —dijo el religioso alzando una mano conciliadora hacia el oficial que, retenido por un bienintencionado compañero, forcejeaba dispuesto a exprimir a De Morga hasta conseguir mosto—, solo a Dios y vos mismo os pertenece la gloria de esta victoria —continuó adulador—. Ésos impíos se esconden bajo cubierta, temerosos de vuestro ingenio y vuestras artes en la guerra, esperan, sin duda, que enviemos parlamentarios para sellar la rendición…

En la pausa que siguió, tras abrir los ojos para ver entre sus dedos alzados, Julián se escurrió como una lagartija.

Para disgusto de la impaciente oficialidad, el tono melifluo y la actitud servil del religioso no dieron frutos, el ilustre juez del gobierno de Manila seguía sin escuchar. Encogido como un guiñapo burlesco, enfundado en un jubón cuarteado de finos brocados que asomaba por las puntadas sueltas de la cuera desabotonada, con el sombrero caído sobre una ceja, con sus abultados greguescos sucios del trajín y las calzas ridículamente arrugadas, estrujaba una y otra vez entre nudillos blanquecinos los estandartes de los holandeses; lo único evidente era que se había vestido con sus mejores galas, traídas desde la misma Madrid.

—Podéis apoderaros de la nao holandesa, podéis usarla para navegar en ella de regreso a Cavite —añadió el jesuita poniéndole voz al deseo de todos los oficiales tras saber que el galeón hacía aguas—. Buscan refugio bajo cubierta… Habéis vencido a esos protestantes… *Ad majorem Dei gloriam* —recitó por último a falta de

algo más que decir.

Pero Antonio de Morga solo podía pensar en las innumerables mercancías que rebosaban en las bodegas del San Diego, especialmente en las cajas que él mismo se había encargado de marcar. En connivencia con Hortuño de Andrade, bajo cuerda y sin obtener permiso de Madrid, los dos funcionarios habían aprovechado la guerra civil del Japón para hacer una fortuna de la que ni se habían molestado en rendir cuentas; y en aquellos cajones estaban las ganancias.

Sus prisas por hacerse a la mar sacándole ventaja a la fragata, sus impacientes ansias de fama y reconocimiento real lo ponían ahora en un terrible compromiso: si abandonaba el galeón para que se hundiese, tendría que responder por aquella pérdida de enormes proporciones ante Hortuño, y no le preocupaba que fuese el secretario del privado del monarca, sino que fuera su socio en aquellos turbios negocios.

El oficial que había estado a punto de lanzarse contra el oidor se tabaleaba el pecho nervioso, haciendo rebotar los dedos sobre el grueso cuero acolchado de su coleto al tiempo que lanzaba miradas cargadas de intención al jesuita.

Y antes de que ningún otro pudiera reaccionar, la mezquindad del ilustre hombre de la Audiencia le infundió coraje para erguirse, acomodarse las vestiduras y ponerse a gritar a voz en cuello.

—¡Cortad amarras! —Miró por un instante en todas direcciones, buscando algo que solo él mismo podía imaginar más allá de la borda—. ¡No perderé la carga del San Diego! —exclamó entre aspavientos de ojos encendidos y manos temblorosas—. ¡No la perderé! ¡Cortad los cabos de abordaje! ¡Cortadlos! ¡Navegaremos hasta la Fortuna! —aulló señalando el cercano islote.

Aun pese a la vehemencia furibunda de los gritos del oidor, nadie se movió.

—Vuestra merced…

—¡Cortad las amarras! ¡Cortadlas! —insistió De Morga interrumpiendo el ruego del fraile; desenvainando sin maña su espada, que jamás hasta ese día había abandonado la funda bellamente decorada.

—Vuestra merced, no podéis abandonar a su suerte a los holandeses…

La mirada del oidor estaba fija en el esbozo que dibujaba el islote en el horizonte.

—¡Incendiadlo! ¡Prendedle fuego! Que arda hasta el último tarugo… ¡O embarcaos con ellos para iros de misiones a Amberes! —se atrevió a decir al sentir que su compostura regresaba de la mano de la idea que había tenido—. ¡O al mismo infierno! Poco me importa, lo que sí me importa es lo que hay en las bodegas —afirmó bajando un punto la voz antes de volver a gritar—. ¡No perderé la carga del San Diego! ¿Me oís? —preguntó sin esperar respuesta, braceando con nervio, haciendo pasar la hoja del hierro a una pulgada de las narices del jesuita—. ¡Cortad las amarras!

Entre los oficiales, los que aún conservaban algo de lealtad se pusieron manos a la

obra, y los que hubieran querido rebelarse no tuvieron tiempo. La maquinaria de la Real Armada del rey Felipe llevaba siglos siendo bien engrasada por los combates con ingleses, franceses, neerlandeses y otomanos; y, en cuanto unos pocos fieles a De Morga la pusieron en marcha, no hubo quien la parase.

Antes de que el oidor pudiese bajar los brazos y colocarse el sombrero, dos murcianos resabiados de Águilas, a los que apodaban *cofrades* porque andaban siempre rezándole juntos a la Virgen de los Dolores, repartían trapos embreados entre los hombres de una escuadra. Y la voz corrió para que los españoles que atiborraban la cubierta del Mauritius dejasen de increpar a los flamencos y regresasen al San Diego.

Julián encontró un hueco entre los hatos de bodoques para las ballestas y, asustado, se sentó para arrepentirse con calma de la decisión que había tomado.

Los oficiales seguían discutiendo y las amenazas de motín que se servían los unos a los otros se disolvían en la brisa. La marinería, como se le suponía, acataba las órdenes sin resquicio de duda.

El olor debió de colarse por los ventiladores de las escotillas y los holandeses comprendieron antes de que los pedernales empezasen a lanzar chispas. Los gritos se extendieron pronto, convencidos como estaban de que, si se les ocurría salir, encontrarían bocas de mosquetes esperándolos y, si decidían quedarse en los sollados, morirían abrasados. Sin embargo, cuando las llamas comenzaron a lamer los restos del velamen rifado que se esparcían sobre la cubierta del Mauritius, las hachas de abordaje de los españoles cortaron los cabos con ruidos sordos.

Hasta ese momento, de las cuatro centenas largas que habían atiborrado el San Diego, todavía respiraba la gran mayoría, llenándose los pulmones de aquel aire tropical empapado de selva. Y muchos, al ver como las llamas se extendían por la cubierta del Mauritius, estaban incluso de humor para arrojarse con descaro pullas soeces. Se prometían una buena noche de vino y mancebías en los arrabales de Manila.

La noticia sobre la vía de agua en el San Diego aún no era más que un rumor. Los tripulantes, ajenos a la verdad, regresaban al galeón pensando que los oficiales, tras haber deliberado largamente, habían decidido que el escaso botín que le presumían a los flamencos no merecía una sucia persecución por los sollados. Los únicos que se mostraron contrariados fueron los mercenarios japoneses. Con sus extraños ropajes manchados de sangre, abandonaron el carguero neerlandés en último lugar. No comprendían cómo sus mecenas dejaban escapar a un enemigo que tenían a su merced. Para ellos, esa no era forma de poner fin a un combate. Y a la oficialidad le costó una buena ración de gritos malhumorados conseguir que los orientales abandonasen la pica con la que hacían palanca en una de las escotillas; de haber sido por los nipones, la lucha habría continuado hasta que ni uno solo de los calvinistas

hubiese quedado con vida. De hecho, hasta que se ordenó la retirada, los japoneses habían llevado una meticulosa cuenta de los abatidos decapitando a todos los vencidos. Y a ninguno de los tripulantes del San Diego le extrañó, algunos habían sobrevivido a las batallas con los piratas japoneses antes de que el gobernador Francisco Tello y el reyezuelo *Tokugawasama* hubieran llegado a su particular acuerdo.

La celosa reserva y la habitual actitud sosegada de los asiáticos desaparecían en cuanto desenvainaban. Todos en la marinería sabían que eran hombres temibles, capaces de apostarse la paga para ver cuál de ellos podía cortar una gaviota al vuelo al cruzar sobre cubierta; los habían visto hacerlo. Eran hábiles guerreros que nacían, vivían y morían bajo una única ley, la del acero de sus sables. Una vez decididos a matar o morir, se convertían en terroríficos adversarios.

Mientras la tripulación se acomodaba de nuevo en el galeón, viendo cómo la ventolina que se levantaba al calor creciente extendía el incendio por el maderamen del Mauritius, el piloto pudo echar sus cálculos. No serían más de tres leguas hasta la Fortuna, más cercana que isla Luzón con su magnífico puerto de Cavite poblado de astilleros en los que reparar el San Diego; sin embargo, aun así, era demasiado lejos. En el estado del buque, renqueando por las heridas que le abrían la tablazón, bien podía haber faltado una milla. Con aquella vía de agua ulcerando la obra viva, era imposible. No lo conseguirían. Y no solo el piloto lo sabía, el propio navío extendía su lamento haciendo chirriar los entarimados y volviendo el timón perezoso.

El marino pensó con disgusto en su libro de rutas, escondido en un compartimento oculto de la bitácora; no habría modo de salvar aquel trabajo en el que tantos años había invertido.

—No lo lograremos, no lo lograremos… —se le escapó entre dientes antes de ponerse a hacer lo único que se le ocurrió—. *Ave, Maria, gratia plena, Dominus tecum; benedicta tu…*

Pero aun herido de muerte, el galeón se comportó; era de buena maniobra y noble. Y llevaba un nombre milagrero, pues todos sabían la historia de cómo los restos del santo Diego habían sanado al hermano del rey Felipe cuando aún gobernaba su padre. Y, quizá agradecido por la fe del piloto, el buque respondió: los paños de mesana, los más sanos, cazaron como pudieron el viento y el buque español apartó la mar de su proa, sin gracia, avanzando de vagar. Navegando hacia el naufragio.

Ganado el mediodía, el bochorno tropical empezó a embotar las gargantas y aplacar los ánimos. La brumosa silueta del islote se veía sobre el horizonte. Un banco de peces plateados chapoteó a estribor a la espera del banquete que se darían sus miles de bocas. El contramaestre, que había hablado largamente con el piloto, rogó porque al capitán del San Bartolomé se le ocurriese acudir en su auxilio.

En su propio silencio tras el terror, los neerlandeses se percataron de que los habían abandonado a su suerte. Salieron de los sollados bizqueando al sol. Se pusieron de inmediato a baldear agua del Pacífico para intentar extinguir los fuegos.

Para entonces, en el galeón español ya todos sabían lo que sucedía, bastaba sentir bajo los pies las quejas del San Diego. Hasta los japoneses se dieron cuenta y se arrodillaron ceremoniosamente, aceptando estoicamente su destino. Entre el resto de la marinería cundió el pánico.

A bordo del Mauritius el ambiente era muy distinto, el hombre al mando, Olivier van Noort, no daba crédito. Incomprensiblemente, los habían dejado libres y el flamenco, tras asegurarse de que el incendio sería controlado, ordenó izar el poco trapo que le quedaba entero.

El trinquete del carguero crujió al hincharse el pujamen de la única vela que aguantaba y el holandés solo dudó un momento. Al tiempo que se masajeaba el dolorido costillar, pateado furiosamente por un gigantesco oficial de grueso cuello que a punto había estado de ensartarlo con una pesada pica, tomó una decisión. No cometería el mismo error que los españoles: poniendo proa hacia el pequeño islote que se distinguía en lontananza, se dispuso a dar caza al galeón.

Antiguo posadero que jamás consentía que alguien se atreviese a cuestionar la autoridad con la que había sido imbuido, Van Noort sabía muy bien que había sido enviado hasta los confines del mundo no solo para reabrir el comercio de especias, sino para demostrar la independencia y capacidad de las Provincias Unidas, deseosas de librarse, de una vez por todas, del yugo español.

Hasta pocos años antes, desde Frisia a Zelanda, todas las provincias rebeldes habían conseguido mantener sus provechosos comercios de importación y exportación, como habían venido haciendo durante siglos, desde que las lanas castellanas y británicas colmaran los puertos neerlandeses. Y lo habían logrado sobreponiéndose a las restricciones y embargos españoles, gracias a los navegantes portugueses y al inestimable apoyo de franceses e ingleses, todos ellos ansiosos por derribar la hegemonía castellana, y encantados de reconocer a la unión de provincias como un estado soberano.

Sin embargo, al fallecer el rey Sebastián de Portugal, la corona española se las había arreglado para reclamar la sucesión del trono del país vecino; y las díscolas provincias orangistas se habían visto privadas pronto de mercancías con las que mantener los engranajes de sus mercados, pues las rutas de comercio con Oriente habían quedado confinadas al único y férreo control ejercido desde Madrid.

Ante aquella insalvable situación que empobrecía a marchas forzadas los puertos de Amberes y Rotterdam, restándole impulso a su lucha por la independencia, unos cuantos comerciantes potentados habían propuesto financiar sus propias flotas para surtir a las Provincias. Y entre los primeros elegidos se encontraba Van Noort, al que

habían dado la encomienda de hallar el paso que descubriera Magalhães para bordear América y así asegurar a los neerlandeses un acceso a los archipiélagos de las especias.

Y llegar a Manila había sido un rosario de penurias: su hermano había muerto en las costas africanas; por conato de deserción, había tenido que deshacerse de uno de sus oficiales condenándolo al destierro en un rincón perdido de la mano de Dios al que los españoles llamaban Puerto de la hambre; y al toparse con el Pacífico ya había perdido la mitad de los hombres y las naves. Hasta ese momento su único botín había sido una fragata española capturada cerca de Concepción, cuyo piloto secuestrado le había revelado, bajo tortura, la ruta a seguir hacia las Filipinas.

Dos años después de haber levado anclas, con poco más de cien tripulantes comidos por el escorbuto y solo un par de sus navíos, habían arribado a Guam: puerta de las colonias de Castilla y Aragón en las Indias Orientales.

Y ahora, con el San Diego indefenso, conociendo ya los derroteros hasta aquellas aguas, Olivier van Noort lo tuvo claro.

La torre del homenaje ardía; un fuego inmisericorde la abrazaba con el celo de un amante. Altas llamas trepaban por sus paredes, dejaban un rastro negruzco de hollín sobre el encalado. Pedazos carbonizados de las vigas labradas con el blasón de los Torii caían con estruendo, esparciendo ascuas al rojo vivo que revoloteaban indecisas.

Los *samurai* del magistrado Ishida Mitsurani, miles y miles, se agolpaban en las grandes puertas del castillo de Fushimi. Escalaban los muros, atravesaban los fosos, pisoteaban los cuidados jardines, barrían la fortaleza. Dejaban tras de sí charcos de sangre y hombres agonizantes.

La tarde vibraba con el calor del día, y una brisa lejana encontraba hojas de arce que, envueltas en espirales de humo, se escondían del horror bajo los aleros, junto a los nidos arcillosos que las golondrinas *tsubame* habían construido durante el verano.

Ya solo eran once; nada más quedaba de la guarnición. Dejando a sus cofrades en el camino, sin otra salida, habían ido retrocediendo, paso a paso, sembrando cada pulgada de terreno cedido con las entrañas de aquellos enemigos que los superaban en tan asombrosa proporción. Sin desfallecer, habían ido perdiendo a un hombre tras otro; hasta que fueron tan pocos que ni siquiera podían completar la docena. Y todos estaban malheridos.

Torii Mototada había acertado, era el final. Sin embargo, el *daimyo* de la fortaleza de Fushimi se sentía en paz; solo lamentaba que sus piernas volviesen a fallarle. Había recibido un balazo en el costado, pero la sangre manaba limpia de la herida, no había tocado el hígado o los riñones. Tenía un feo corte en el hombro izquierdo y su armadura aparecía cubierta de manchurrones en distintos tonos de carmesí. En su rostro se engastaban profundas ojeras amoratadas. No había esperanza, aun así, una plácida serenidad lo abrigaba. Sus halcones, libres, habían partido a cielos abiertos y

el *ashigaru* cumpliría la palabra dada. Había llegado el momento, pero nada le inquietaba, todo estaba dispuesto.

Uno de los secuaces de Ishida arremetió con su largo *yari*, Torii fintó, desbarató la embestida de la pica con un arco ascendente de su *katana*, se hizo a un lado y, con el pequeño cuchillo escamoteado en la funda del sable, descabelló a su enemigo tras rodearlo gracias al impulso del ataque fallido. Su adversario, desmadejado, se derrumbó a sus pies. El *daimyo* templó el rostro para ocultar el dolor que ascendía desde sus rodillas.

Llegaban más, muchos, tantos como para no poder contarlos. Pensó en la encomienda hecha a Saigo Hayabusa, rememoró la última tarde que pasara con su hijo, le pareció sentir en su muñeca las garras de su querido halcón, casi pudo rozar con las yemas de los dedos las diminutas granadas de su *bonsai*; sacudió el rostro, cerró el puño sobre la *tsuka* de su sable y asentó los pies para afrontar lo inevitable con honor.

Solo quedaban once, y ese era un buen número, había asimetría, significado tras él.

Estaban en una de las salas de la planta baja de la torre; acosados por los hedores del incendio que, con avaricia, seguía consumiendo las balconadas superiores. El lugar había quedado destrozado. Los *shoji* que hubieran cerrado eran poco más que despojos esparcidos. De los *tatami* que cubrían el suelo despuntaban hebras sueltas que recorrían desgarrones en los que se amontonaban cenizas. En uno de los postes encerados que sostenían el entramado de vigas, asomando por un tajo astillado, el filo de una pica incrustada en el madero aprisionaba los dedos amputados de algún desgraciado. A un lado, roto y cubierto de pisadas, un delicado biombo decorado con una antigua escena de caza en las montañas era el único cadalso de un cadáver decapitado. Como el resto del castillo, aquella había sido una estancia bella, imbuida de la sencilla parquedad del *daimyo* Torii Mototada.

Por cada enemigo abatido, surgían de entre los escombros tres o cuatro para reemplazarlo. Y los hombres de la guarnición, acorralados, se vieron obligados a apiñarse en el centro del salón, rodeados. Todos habían terminado muy mal parados. Los mosquetes, los filos de los aceros, las flechas y el odio habían hecho bien su trabajo.

Naito Ienaga, al lado de su señor feudal, cojeaba conservando a duras penas el equilibrio; su pierna izquierda se mantenía en posición únicamente por las protecciones de la armadura y, bajo la greba, se le escapaba la vida empapando el escarpín de cuero; no obstante, su rostro, hierático, conservaba un rictus lleno de determinación. Todos sabían que no les quedaban más que unos preciosos instantes de vida, pero su desprecio por la muerte que galopaba a su encuentro era evidente. Eran orgullosos *samurai* que lucían el emblema de la puerta de los templos, el *mon*

del clan Torii, y estaban dispuestos a vencer o a morir, pero nunca, bajo ninguna circunstancia, a ser derrotados.

Uno de ellos tenía un feo corte en la frente y un colgajo de cuero cabelludo le caía encima de las cejas regándole la mejilla. Ya no llevaban máscaras o cascos. Solo portaban sus sables, cada uno manteniendo la guardia según el estilo de la escuela donde hubiera sido instruido. Y no todos podían; otro de los supervivientes, con una cinta que le oprimía el muslo de la pierna cercenada desde la rodilla, estaba allí, sin más, en el centro de la estancia, simplemente sentado al fin de las macabras huellas que había dejado al gatear hasta sus compañeros; con la arteria salpicando a cada latido, el rostro cerúleo y los labios pálidos como los de una muchacha. Se moría. Aun así, sujetaba firmemente su *katana* en una mano y su *wakizashi* en la otra, como si con los dos sables pudiese repeler él solo a todos los sitiadores.

Paradójicamente, el sol dibujaba preciosos reflejos dorados que resaltaban la veta de las maderas y los entramados de las esteras de paja de arroz. El entrechocar de los aceros resultaba incluso armonioso y, de no haber sido por la fetidez de la muerte, aquella luz diáfana de la colina de Momoyama habría sido capaz de arrancarle hermosura a la escena.

Cuando Ukita Hideie, mano derecha del magistrado Ishida Mitsurani, llegó hasta la vanguardia, lo que vio le infundió una indescriptible sensación de respeto y admiración. De los casi dos mil hombres de la guarnición del castillo de Fushimi quedaban solo un puñado; unos cuantos soldados rasos, un *shinobi* enfundado en el azul oscuro propio de los de su hermandad, un par de oficiales, uno de ellos con la pierna maltrecha, y el propio Torii Mototada. Pero seguían luchando como si detrás de ellos ondeasen cientos de *nobori* con el emblema del clan.

Ukita se descubrió el rostro y dejó caer la máscara de demonio rojo con la que completaba su armadura. Y fue testigo de cómo las hostilidades se fueron ralentizando, como si las tropas estuvieran permitiendo que las sensaciones que se habían adueñado de su oficial calasen también en su interior.

Con lentitud, los sables descendieron. Hubo quien titubeó con un paso indeciso al frente, pero se detuvo al ver que no lo seguían. Se oyeron los siseos del acero al esconderse en sus vainas, escalando unos sobre otros. El *samurai* de la guarnición al que habían cercenado una pierna cayó desplomado, perdida la consciencia. Y, marcando el anuncio de un largo y respetuoso silencio, como la nota vibrante del gong de un templo, silbando, una última flecha pasó rozando la sien sangrante de uno de los hombres de Torii.

Detenidos, bruñidos por la claridad dorada que se escurría a través de los desgarros en los paneles de papel, acosados, sin resuello, la fiereza ardiendo en sus ojos, rodeados por una muralla de cuerpos mutilados, los pocos que aún vivían de la guarnición del castillo de Fushimi esperaron.

Todos comprendieron lo que estaba sucediendo y todos, de igual manera en ambos bandos, se sintieron sobrecogidos. Solo las respiraciones agitadas y las gotas de sudor que perlaban frentes y mejillas los diferenciaban de estatuas esculpidas en honor a la guerra.

La única excepción fue un joven bisoño que, ansioso por destacar y asegurarse un lugar en la conciencia de sus mandos, se lanzó contra los hombres del alcázar con los ojos cerrados y un inmenso deseo de hacer méritos. Fue una carrera alocada, nacida del frenesí de la inexperiencia. Y, cuando la punta de su *yari* estaba a poco más de un par de palmos del mismísimo *daimyo* de Fushimi, Ukita consiguió reaccionar y quiso bramar una orden para detener a su soldado, pero el propio Torii Mototada se le adelantó.

—¡Quieto! Deteneos… —rugió el señor del castillo con una autoridad indiscutible—. Ni a mí… —la potente voz se ahogó en un carraspeo que apenas pudo contener; sus *samurai* no se habían percatado hasta entonces, pero su *daimyo* había recibido una bala de mosquete bajo la axila y la sangre burbujeante que manó de sus labios al toser era la prueba de que el plomo le había dañado los pulmones—. Ni a mí, ni a ninguno de los hombres de Fushimi nos hace falta ayuda alguna para morir con honor…

Las habladurías dirían con los años que el joven se había derrumbado, como fulminado por un rayo. Pero la verdad fue que, sorprendido, trastabilló y cayó de bruces; dándole ocasión a Ukita para mandar que lo retuvieran.

El *daimyo* Torii Mototada miró una última vez hacia el exterior a través de los *shoji* rotos. Asintió levemente; con apenas un tremor de la barbilla. Aun así, fue un gesto evidente para los suyos.

Naito Ienaga y el otro oficial se esforzaron por espabilar al mutilado que había perdido la consciencia y, antes de arrodillarse formalmente para hacer lo que debían, lo ayudaron a cerrar su mano en torno a la empuñadura del *wakizashi*.

De los once, unos pocos intentaron pensar en unas palabras que plasmar por escrito, pero no tenían dónde ni cómo dejar atrás una última elegía, ya ninguno conservaba el ritual abanico dedicado a la guerra y tampoco tenían piedras de tinta. Algunos, mientras se retiraban el peto y las prendas que vestían sus vientres, tomaron pañuelos con que cubrir las *tsuka* de sus sables cortos, otros se limitaron a desgarrar algún jirón de tela; no debían morir con las manos manchadas de sangre.

El que había perdido la pierna cabeceaba, luchando tan dignamente como podía para no ser de nuevo presa de un vahído.

Ukita se arrodilló también. Y se inclinó conmovido. Sus hombres lo imitaron. Y, acompasado por el chasquido de las armaduras y el murmullo de los pertrechos, el movimiento fluyó a través de los soldados de Ishida Mitsurani como una ola en bajamar.

Torii desenvainó, admiró el filo y envolvió la empuñadura con un delicado pañuelo. Tomó con ambas manos el *wakizashi*, sintiendo la guarda y la hoja bajo la suave tela y, apartando sus prendas interiores, apoyó la punta del arma en la parte izquierda de su vientre.

La mayoría de los hombres del magistrado apoyaron sus frentes en el suelo.

Escucharon admirados el silencio de unos valientes que se abrían las entrañas sin una sola queja.

* * *

En la gran pradería de belchos, los tallos de la grama crecida, agostados por el calor del estío, oscilaban en la brisa. Y entre las hierbas despuntaba un hombre con ropas de viaje, sombrero de juncos entretejidos y ligeras abarcas de paja de arroz. Caminaba hacia poniente, cabizbajo.

En lo alto, frente a él, en el cielo del atardecer, un halcón cruzó el horizonte y quebró su trayectoria con una insana pirueta inalcanzable para cualquier otra ave. Quizá aprovechando el espíritu que ascendía en una corriente de aire comenzó a dar vueltas por encima del caminante; y el hombre, que portaba en su *obi* los dos sables que delataban su condición de *samurai*, lo observó descubriéndose.

Se llevó la mano al interior del *kimono* y rozó algo con la punta de sus dedos.

Cuando la rapaz partió hacia el sol, Saigo Hayabusa supo que todo había acabado y que su destino estaba sellado. Debía cumplir con la última voluntad de su *daimyo*. Tenía la obligación de servir a su señor.

Otro día más, atusándose el bigote, Dámaso contemplaba el horizonte. Deseaba ver por primera vez la costa desdibujada del archipiélago filipino. Se preguntaba qué le aguardaría en Manila; qué tareas le encomendaría Antonio de Morga; cuánto tiempo tardaría en poder regresar; si conseguiría que el señor de Accioli le concediese la mano de su hija.

—El piloto ha hecho correr la voz, un par de semanas a lo sumo… —anunció Martín acercándose a la arrufadura—. Es una pena —añadió en el tono del que prepara una broma—, no tendré tiempo…

Dámaso dejó de mirar el oleaje y, aun sabiendo que podría arrepentirse, no pudo evitar inquirir:

—¿Tiempo para qué?

—Pues para averiguar si me van a matar antes las cagaleras por culpa de esa maldita agua estancada que nos hacen beber, o el hambre que pasaré cuando me quede sin dientes por culpa de esas condenadas galletas recocidas…

Dámaso sonrió. Martín, afectuoso, le pasó el brazo por los hombros.

Lejos de allí, en ese mismo instante, el futuro del alférez estaba a punto de

hacerse añicos. El San Diego se convertía en un puñado de maderos retorcidos y ennegrecidos por la pólvora; su pecio se posaba suavemente en los fondos arenosos del Pacífico; junto a buena parte de la fraudulenta fortuna de aquel al que Dámaso consideraba casi un hermano.

* * *

Julián, que, como de casi cualquier otra cosa, apenas sabía nada del arte de la navegación o de la guerra en la mar, percibió que la velocidad del galeón se reducía. Y, mientras aquel islote seguía mostrándose tan inalcanzable como el propio cielo, el mascarón de su perseguidor, el mismo que había barrido la cubierta del San Diego con una andanada tras otra, estaba cada vez más cerca.

A popa, mirando con ojos desorbitados cómo la urca neerlandesa cortaba con dificultad el agua ante ella, el ilustre Antonio de Morga sintió el escalofrío de la derrota royéndole el espíritu. El renqueante carguero, aun pese a su lamentable estado, era más rápido que el galeón.

—No lo lograremos… Ya apenas avanzamos… ¡Aunque toda la tripulación achique! ¡No alcanzaremos la Fortuna!

El oidor apartó los ojos de la implacable amenaza que los seguía, casi a tiro de bombarda, y se giró hacia el piloto. En su rostro, la indecisión contorsionaba el bigote hilado que gastaba con una expresión que resultaba patética.

—No lo conseguiremos, nos vamos a pique… —insistió el marino con ojos entornados bajo el flequillo levantado por suaves rachas de siroco—. Deberíamos rendirnos y rogar socorro…

El ilustre representante del rey en las Indias Orientales hizo un aspaviento desganado con las manos. Obvió las terribles palabras de su subordinado y se volvió para mirar con embeleso el velamen rifado del Mauritius. Solo podía pensar en las cartas que había enviado a Madrid, en lo que se esperaba de él en los pasillos de la corte. Y con solo imaginar la reacción del valido del rey Felipe al enterarse del fracaso, le flaqueaban las rodillas; el oidor sabía bien de lo que era capaz el duque de Lerma y lo último que hubiera deseado en su vida era convertirse en su enemigo.

Al piloto le abandonaron las esperanzas. Llevaba años en la mar, conocía la fama de los orangistas, estaba seguro de lo que sucedería.

Julián fue el primero en verlas, y en oírlas, emitían agudos chillidos que hacían rechinar los dientes. Había visto a los perros que rebuscaban entre las sobras del puerto aullar como desesperados para correr a esconderse antes de que llegaran los vientos *laguíos*. Se había criado en las sierras de Luzón, en la selva, junto a su madre. Conocía a los animales, había aprendido a acecharlos y cazarlos, y no le cupo duda de que algo terrible estaba pasando.

Las ratas salían despavoridas por las escotillas y los respiraderos, subían en tropel por las escalerillas, trepaban por los palos. Buscaban librarse del agua que anegaba los sollados y convirtieron la cubierta del San Diego en una espeluznante alfombra que se retorcía y vibraba entre los pies descalzos de los tripulantes. Un vallisoletano cejijunto, que tenía fama de tahúr y una puntería que le granjeaba dineros con los que apostar a los naipes, empezó a sacudir culatazos a los roedores con su arcabuz. Uno de los jesuitas se arrodilló y llamó con ampulosos gestos a una congregación que lo siguiese en sus rezos.

Las ratas trepaban por las jarcias y los restos de los estayes. Y, antes de que el grumete supiese qué hacer o qué decir, media docena de marineros saltó por la borda, todos ellos dispuestos a pedir auxilio al enemigo antes que irse al fondo arrastrados por el galeón.

Para escándalo del juez De Morga y de los oficiales más veteranos, el resto de la tripulación no tardó en seguir el ejemplo de los primeros desertores. El perfil del piloto, recortado contra el cielo radiante, asentía con evidente tristeza, enmarcado por hombros encogidos.

—Lo sabía, lo sabía… —se le escapó entre labios fruncidos sin ánimo para el sarcasmo.

En unos instantes, hasta las ratas, apelotonadas contra la regala, empezaron a caer a las aguas templadas del Pacífico.

Van Noort, viendo la espantada de los españoles, aguardó con la paciencia de un furtivo hasta que los primeros estuvieron tan cerca del Mauritius como para poder escuchar los gritos con los que imploraban salvamento.

Julián, que había llegado al convencimiento de que jamás volvería a montarse siquiera en una canoa, saltó también al agua. Sin embargo, en lugar de nadar hacia el barco holandés, prefirió poner rumbo al islote; estaba mucho más lejos, pero no se arredró ante la distancia. Prefería una tierra lejana a una cubierta cercana, ni el hambre ni los reales acuñados volverían a conseguir que se embarcase de nuevo.

Deshaciéndose de las ratas a patadas, algunos marineros buscaban bidones que vaciar por la borda para usarlos de flotadores. Los que no sabían siquiera mantener la cabeza por encima del agua, resignados, se fueron reuniendo con el jesuita. Los que no quisieron rogar por su alma se dejaron caer sin más sobre la tablazón. El desconcierto fue tal que apenas se arriaron botes salvavidas.

Olivier van Noort vio cómo un criajo delgaducho se zambullía en las someras aguas del Pacífico. Al emerger, el muchacho se puso a nadar hacia el islote y el flamenco razonó que debía actuar, pronto.

En el Mauritius, las órdenes recorrieron la cubierta levantando exclamaciones de júbilo. Se prepararon las mechas, se acuñaron los brancales, se dispuso la munición; se seleccionaron picas y remos de los botes. Y cuando el contramaestre dio la señal

tras recibir el asentimiento de Van Noort, los neerlandeses se cobraron su venganza.

Al abrirse las troneras hubo algún desgraciado que se dio cuenta de lo que iba a suceder, por muy en contra de las leyes de la mar que fuese. Un par de ellos aún tuvo tiempo de darse la vuelta.

Cuando sonó el primer disparo, los holandeses dieron rienda suelta a sus más bajos instintos. Se cebaron. Mientras el arrufo del San Diego encontraba el agua, condenándose a descansar por siempre en los fondos coralinos de las Filipinas, más de doscientos de los hombres de su tripulación murieron apaleados por picas y remos, atravesados por las balas de los mosquetes o descuartizados por los terribles proyectiles de cadenas que cargaron los neerlandeses en su artillería.

Antonio de Morga, horrorizado ante la escena, saltó al agua sin perder los estandartes holandeses, única prueba de su pírrica victoria. Y tras unos instantes luchando con la sorpresa del agua, que lo envolvió con su azul verdoso, sintiendo a sus pulmones pugnar en busca de aire, se puso a nadar rumbo al islote de la Fortuna.

Avanzaba con brazadas desmañadas, entorpecidas por las abultadas mangas. Y al tiempo que sentía las fuerzas flaquear pensaba en la excusa que daría al gobernador de Manila; en cómo sería capaz de influir en el privado del rey para que aquel desaguisado no supusiera una merma en su carrera.

En la cubierta del galeón, peligrosamente inclinada, apenas quedaban unos pocos rezagados que luchaban por mantenerse en pie. Hasta los flemáticos japoneses se habían echado al océano tras hacer un hatillo con sus ropas y quedarse solo con unos curiosos taparrabos. Los últimos oficiales, librándose de coletos y morriones, se dispusieron también a nadar hacia las blancas playas de la Fortuna.

En el cielo, limpio de nubes, no se distinguía siquiera a uno de aquellos pajarracos de larguísimo pico. Y las aguas, calmas, intimidadas por el estruendo de los disparos, solo dieron una novedad: los tiburones que llegaron al aroma de la sangre y el barullo de los chapoteos.

Así, a los pocos que tenían la buenaventura de esquivar los golpes o los proyectiles les tocó convertirse en carnaza.

Un sevillano bizco de ensortijados cabellos negros se quedó ronco de pedir auxilio a la sombra del Mauritius. Tenía los labios blanquecinos por el esfuerzo y el mentón cubierto de espumarajos. Se mantenía a flote a duras penas, braceando compulsivamente. Se hundió de pronto, ahogándose su último grito en un borboteo. Al poco, reapareció flotando un grotesco pedazo, cubierto por los restos ensangrentados de una camisa rota por la que se descolgaba un largo trozo de intestino.

Julián nadaba. El miedo provocado por los estampidos de la artillería holandesa le impedía mirar atrás. El agotamiento que amenazaba con embotarle los hombros se alejaba de él cada vez que, por encima del chapoteo de sus brazadas, oía el martillear

de los disparos del Mauritius. Reverberando sobre las mansas olas llegaban hasta él los escalofriantes alaridos de los hombres del San Diego y la algarabía orangista.

En el galeón de Manila no quedaron ni las ratas, que buscaban asidero en los tablones sueltos, en algún barril medio vacío que hacía el amago de flotar y hasta en los restos de los cuerpos de la marinería. Amontonadas unas sobre otras, chillando en lo poco que encontraban a la deriva. Y las que no, como los desesperados españoles, se afanaban hacia el islote.

Con el San Diego se hundieron los heridos, un par de docenas que no sabían siquiera nadar; y el jesuita, que había permanecido a bordo, rezando un avemaría tras otro para servir de consuelo en aquella desolación.

Al poco, solo quedaban unos cuantos restos, alguna mancha de aceite de las lamparillas, algún trozo de las velas. Apenas mudos testigos de lo sucedido. Sorteados por amenazantes aletas impulsadas por coletazos que levantaban surtidores de agua. Entre las salpicaduras, oscuras nubes de sangre se diluían en el océano.

Van Noort veía cómo unos pocos afortunados se le escapaban nadando rabiosamente hacia el islote, pero, como era consciente de que el otro navío español podía regresar en cualquier momento, solo se permitió el lujo de hacerle una última petición a los artilleros antes de salir de allí tan rápido como le permitiese el escaso velamen.

La única vez que miró atrás, Julián vio al oidor de la Audiencia sufriendo lo indecible para mantenerse a flote con tanta ropa opulenta. No soltaba los estandartes holandeses, aunque le impedían nadar como era debido. Parecía a punto de irse al fondo junto al galeón. Unas brazas más allá, uno de los hombres del San Diego era arrastrado salvajemente. Con horrible desesperación golpeaba con todas sus fuerzas un ahusado morro gris en el que se distinguían enormes dientes blancos. Los ojos de la bestia se abrieron un instante, y Julián, entre las salpicaduras de agua espumosa, vio con aprensión que eran negros como una sima. Del terror sacó fuerzas.

Los holandeses sabían bien cómo manejar sus cañones y, aun pese a la distancia, ajustaron con precisión las alzas de las cureñas para la última andanada. Sin remordimientos, los artilleros flamencos saborearon la oportunidad que les brindaban. Y los escualos se movieron ansiosos, presos de un frenesí histérico consumado con brutales dentelladas.

Los nadadores se veían como muñecos desmadejados.

Antonio de Morga, aun habiendo sido de los primeros en lanzarse al agua, era el más retrasado del grupo que avanzaba en busca de tierra, incluso algunos de los que regresaban tras su fracasada petición de socorro a los holandeses lo habían adelantado. Sorteaba con dificultad a los muertos, buscaba algo a lo que asirse, pero no soltó los estandartes de los neerlandeses.

Una docena de brazadas más, eso calculaba Julián. En breve sería capaz de hacer

pie. Los fondos marfilados que lo rodeaban, punteados de pequeños crustáceos y peces planos que huían asustados, se lo decían.

Los marineros holandeses conocían su trabajo y reconocían que Van Noort tenía razón. Habían dejado el galeón atrás, se había ido a pique entre los patéticos restos que mostraban la vida a bordo. Al frente tenían el arco de una playa de inmaculadas arenas y cerca, rozando su salvación, un buen grupo de los españoles seguidos por unos cuantos rezagados.

El artillero jefe no tenía suficientes hombres, apenas media docena por pieza, y se paseó de una a otra haciendo él mismo los ajustes. Observaba las cabezas de los españoles, bamboleándose entre las sombras alargadas de los tiburones y los cadáveres destrozados.

Julián se irguió. Sentía el agua escurrirse por su sucia camisa y su pecho flaquear por el esfuerzo. Le ardían los brazos y las piernas. Jamás volvería a subirse a un barco. Eso era lo único en lo que pensaba mientras, con el agua a la cintura, buscaba la blanquísima arena para dejarse caer.

Antonio de Morga, entre las salpicaduras que él mismo provocaba, vio con envidia cómo algunos alcanzaban ya la Fortuna.

En el Mauritius, tras las portañolas, después de un último vistazo, asentando los pies y entrecerrando los ojos en anticipación al humo, ajustándose un trapo que le tapaba los oídos, el maestro artillero bajó el brazo en un gesto seco. Al instante, la cubierta tembló, los cañones recularon sujetos por las retenidas y giraron sobre sí mismos, preparándose para recibir una nueva carga. Los proyectiles, cadenas con pesos diseñadas para rifar el aparejo de la nave enemiga, volaban hacia sus víctimas. Antes de que la terrible humareda se disipase, con el aroma acre de la pólvora irritando su garganta, supo que había acertado en el blanco.

Antonio de Morga, ilustre oidor de la Real Audiencia de Manila, oyó el estruendo de la artillería holandesa. Se encogió, perjudicando su precario bracear, y terminó atragantándose con una bocanada de agua. Y algo tan mezquino como su incompetencia le salvó la vida.

Los proyectiles de los flamencos pasaron por encima del funcionario y acertaron en la línea de costa, barriendo a los más adelantados.

Algunos, arrodillados en la arena, rendidos por el esfuerzo, se salvaron. El artillero orangista había acertado de pleno, sus cargas puntearon las últimas brazas de agua, las que se decidían según la marea, justo donde estaban los hombres del San Diego que habían sido capaces de llegar hasta el islote.

Probablemente, por primera vez en su vida, Julián tuvo algo de buena suerte. No sufrió. Un enorme trozo de metralla que había sido fundido en Amberes le atravesó el costillar para, después de convertir sus vísceras en una papilla informe, abrirle el pecho con un sonido pegajoso. Cayó de bruces sobre el agua y el oleaje meció su

cuerpo. Nunca más volvería a pasar hambre.

La urca holandesa, renqueante, se revolvió malamente entre el humo de sus cañones y puso rumbo al estrecho de Malaca. El jefe de los artilleros subió corriendo a la cubierta principal para colocarse a popa y contemplar los resultados de la última andanada. Sus compatriotas vitoreaban a su capitán.

Uno de aquellos pájaros de larguísimo pico pasó volando sobre la playa de la Fortuna rumbo a Levante. Los escualos abandonaron de pronto su frenesí y los peces más pequeños tuvieron su oportunidad. Sobre la arena, los cangrejos empezaron a despacharse.

Trescientos de los hombres del galeón español no regresaron jamás.

Entre los pocos supervivientes estaban la mayoría de los misteriosos japoneses, que contemplaron la masacre con indiferencia. El piloto, el que había sido pupilo de Urdaneta, sentado en la playa, justo donde batían las olas, sollozaba convulsivamente. Uno de aquellos murcianos de Águilas, que lamentaba la pérdida de su *cofrade* negando con sacudidas del mentón. Algunos más que rezaban agradecidos sobre la arena, y el inepto oidor. De Morga, incapaz de alcanzar tierra firme, se había aupado en una rocalla que despuntaba y allí, ridículamente acuclillado, empapado, apretujaba entre sus manos suaves, que jamás habían conocido el tacto de un remo o una azada, las enseñas holandesas. Sabía que debía urdir el modo de llegar el primero a Manila para contar lo sucedido acorde a una versión que le conviniese. No podía dejar que la verdad llegase a Madrid.

Lapu-Lapu era un joven valiente, un vivo ejemplo de una tribu que se había atrevido a plantar cara a los piratas chinos cuando buscaban caladeros. Descendía de los aguerridos caudillos que habían combatido contra los conquistadores españoles cuando habían aparecido en aquellas costas por primera vez. Por sus venas corría la sangre de los hombres que habían vencido a Magalhães después de negarse a pagar tributo alguno a las coronas españolas y rechazar el bautismo.

Y además de la brillante piel cobriza y los profundos ojos pardos Lapu-Lapu había heredado el orgullo de una raza. Y ese mismo arrojo había sido su perdición. Cuando aquel veedor del rey Felipe se había presentado en su pequeño poblado, sin dejar hacer a sus mayores, antes de pedir consejo a sus antepasados, que descansaban para siempre en los ataúdes colgados de los acantilados que rodeaban las terrazas donde su gente cultivaba el arroz, Lapu-Lapu había intentado atravesarle el pecho con una lanza. Justo a tiempo de evitar que aquel enano de rostro cetrino y amargado abusase de su hermana pequeña. Y lo único de lo que se arrepentía Lapu-Lapu era de haber fallado, dándole a aquel ser despreciable la oportunidad de escapar con vida.

Lo había hecho sin pensar en las represalias, pero sus padres habían sido conscientes de las posibles consecuencias que acarrearían las acciones de su hijo. Lo habían intentado, pero fueron incapaces de atrapar a aquel veedor herido que huía. Y,

por si acaso, temiendo el desquite que vendría, después de eliminar a los escoltas del funcionario, la tribu había decidido enviar a Lapu-Lapu lejos. Hasta que pasase la tormenta.

Así, sin poder despegarse de la morriña que sentía separado de los suyos, el joven había estado remando con calma, pendiente solo en parte de la pesca, cuando había escuchado los primeros cañonazos.

Lapu-Lapu bogó impulsado por la curiosidad propia de la adolescencia y llegó a tiempo para ver el duro castigo de pólvora y plomo que recibían los españoles sobre la playa del islote. Conocía bien a sus enemigos y, aunque no tenía idea de quiénes eran aquellos que los masacraban, enseguida los consideró sus amigos más queridos.

Sin embargo, a medida que se acercaba a la masacre, su euforia se fue apagando. Le asustaron las sombras ahusadas de los escualos, le repugnó ver los amasijos ensangrentados que flotaban a duras penas. Se sintió horrorizado.

Y cuando aquel español de ridículas ropas empapadas y bulbosa nariz le hizo gestos de apremio desde una rocalla, se acercó marginando su odio. A pesar de la animadversión acumulada durante años, aun sin olvidar el rencor que sentía hacia los conquistadores que habían obligado a su pueblo a hacinarse en las nuevas ciudades o a morir perseguidos en las selvas de las montañas, Lapu-Lapu no pudo negarse.

Los hombres en la playa advirtieron que la canoa se acercaba, unos cuantos la señalaban con brazos extendidos y el ilustre De Morga se puso nervioso; sabía que no podría defender la embarcación si sus compatriotas lo alcanzaban. Era una estrecha piragua indígena, una caracoa de cañas con una estera por vela y dos escuálidos balancines a falta de quilla, buena para uno o dos ocupantes, no más.

El oidor Antonio de Morga usó por primera vez en su vida la espada de ancha cazoleta y ampulosos gavilanes que había comprado años atrás a un herrero de su Sevilla natal. El sonido que produjo al atravesar el pecho del indiecito le desagradó tanto que ni siquiera se molestó en retirarla. Simplemente empujó con el pie el cuerpo del joven de tez cobriza y se apresuró a subir a bordo.

Dejando atrás los gritos de los que habían sido sus hombres, se puso a remar con todas sus fuerzas, rumbo al puerto de Cavite, rogando al cielo por no equivocar la ruta.

Debía llegar antes de que pudiese hacerlo el capitán del San Bartolomé. Si presionaba con suficiente habilidad al gobernador Tello y era el primero en contar la historia, entonces todo aquel desaguisado todavía tendría un arreglo. Lo único que importaba era alcanzar Manila antes de que la fragata pudiese adelantarse. A sus pies, engurruñados, estaban los estandartes holandeses, la esperanza de sus excusas.

Sus manos despellejadas sangraban mucho antes de distinguir siquiera en el horizonte la bocana de Cavite. Pero a De Morga no le importó, se le había ocurrido que tenía otra cosa que hacer: asegurarse de cubrir de sobornos suficientes a los

secretarios de la Junta de Manila para que la carta que pensaba escribir llegase hasta Madrid cuanto antes. Ya sabía con quién podía contar en la capital, tendría que cobrarse un favor que hubiese preferido ahorrarse, pero si el precio era bueno no le fallaría; estaba seguro de que la falta de escrúpulos de Hortuño de Andrade estaría a su disposición. Aparte de eso, cortaría toda relación con la Villa y Corte, no permitiría que se enviara o recibiese cualquier despacho que pudiese comprometerlo y no consentiría que, una vez llegase el galeón de Ciudad de los Reyes, se extendieran rumores que delatasen su incompetencia. El tal Dámaso Hernández de Castro que le enviaban como asistente tendría que esperar.

Segundo magari

TRAICIÓN

Lo mejor que se puede hacer con las palabras
es no usarlas.

YAMAMOTO TSUNETOMO,

Las almas de los miles de muertos atormentarían durante generaciones a cualquiera que tuviese el valor de cruzar aquel valle. Hasta los peregrinos más piadosos rehuirían ese páramo desolado. El día de la batalla y las jornadas de penurias que se siguieron quedarían grabados a fuego en la memoria de los pobres lugareños. Aún no podían creerse lo sucedido y Saigo lo veía en sus rostros contraídos, llenos de terror.

Todo a su alrededor había sido devastado. Un macabro testimonio de putrefacción embotaba los pulmones. Y los campesinos, agachados sobre arrozales asolados, intentaban recuperar su vida retirando uno a uno los incontables cadáveres. Apilándolos en montoneras bajo el manto de la niebla que velaba el amanecer.

Sekigahara había sido un lugar plácido, bucólico. Podía intuirse en las ondulaciones de los cerros que lo cobijaban; decorados por vibrantes matices del otoño, punteados por campos de labor anegados en los que gentes humildes sacaban adelante arroz, mijo y alforfón. Sin embargo, pasarían años antes de que un viajero de paso pudiera evitar que un escalofrío le sacudiera. Los cultivos se habían convertido en lodazales de sangre. La fértil tierra oscura asomaba en groseras zanjas de las que no se distinguía el fondo, las grandes extensiones de hierba aparecían pisoteadas, malogradas; los cuerpos de los caballos, demasiado pesados para los labriegos, se hinchaban esperando que alguien se atreviese a despedazarlos. Todo estaba cubierto de restos desperdigados: astas de *yari* rotas, trozos de armaduras, cascos abandonados, arcabuces reventados, jirones sueltos de los alfaneques, banderolas harapientas, incluso podían verse grandes hoyos reventados donde los proyectiles de los cañones habían impactado; las armas de fuego de los barcos naufragados de los *gaijin* se habían usado por primera vez en el *país de los dioses*. Lo que ahora podía ver Saigo ya no era una mansa vega de campesinos, sino un campo de batalla devastado por la violencia.

Tokugawa Ieyasu lo había conseguido, la inmolación sin vacilaciones de los hombres de la guarnición de Fushimi le había obsequiado el tiempo necesario para reunir un ejército con el que combatir en Sekigahara; en la más grandiosa contienda en los anales del *país del sol naciente*. Mareas de hombres de ambos bandos habían entregado cuanto tenían por cumplir con el deber filial que los ataba a sus señores feudales. Entre los efectivos de la coalición de regentes que apoyaba al heredero del *taiko* y las tropas del sedicioso regente, aquella preciosa vega rodeada de colinas arboladas había albergado a millares de guerreros, nadie sabía cuántos; podía ser que cientos de miles. Y Tokugawa Ieyasu había aplastado a sus enemigos.

Pero esa ya no era su guerra. Aunque el bando al que perteneciera había triunfado, ahora, tanto para vencedores como para derrotados, a ojos de cualquiera que se cruzase en su camino, Saigo Hayabusa no sería más que un *ronin* despreciable,

un paria deshonrado sin *daimyo* al que servir. Y lo que era aún peor, el único consuelo ante aquella vergüenza: la esperanza de cumplir con la misión que le habían encomendado se había desvanecido. Por culpa de la batalla de Sekigahara le había perdido la pista al magistrado.

Tras haberse alejado del castillo de Fushimi, sobrecogido, el *ashigaru* había esperado a que todo acabase, oculto a una distancia prudencial en un bosque de jóvenes allozos en los que apenas habían madurado las almendras. En silencio, refugiándose en sus propios recuerdos, volteando en las manos el pequeño cilindro de bambú que contenía el mensaje para su hijo.

A la mañana siguiente, los hombres de Ishida Mitsurani se habían puesto en marcha, dejando tras de sí un destacamento que ocuparía las ruinas humeantes de la fortaleza rendida.

Y Saigo había seguido el rastro de las tropas anhelando hurtar una oportunidad para averiguar algo. Hasta entonces, lo único que sabía con certeza era que el magistrado había atacado Fushimi armado con centenares de mosquetes y, si quería desvelar quién estaba detrás de la traición, ese tendría que ser el primer eslabón en la cadena. Por lo que, día tras día, buscando la ocasión de infiltrarse en la impenetrable maraña de *samurai* que rodeaban a Ishida Mitsurani, procurando pasar desapercibido, había ido tras ellos. Atormentándose al comprender que, si asumía el riesgo de una incursión, tendría muy pocas posibilidades de salir con vida, y muchas menos de poder interrogar al propio dignatario o a alguno de los hombres de mayor rango.

Y, en tanto había esperado su oportunidad, se convirtió en espectador de la conflagración que sellaría la historia de su país.

Desde Fushimi, sus perseguidos se habían movido hacia el nordeste, agradeciendo que las lluvias todavía no se hubieran decidido a convertir los caminos en barrizales y, durante unas pocas semanas, la tensión había ido creciendo.

Pronto le había resultado evidente que, en connivencia con la coalición formada por el resto del Consejo, el implacable Ishida Mitsurani estaba intentando acorralar al rebelde Tokugawa en los feudos que el antiguo regente poseía en la región marinera de Mikawa; tal y como había aventurado Torii Mototada frente al tablero de *go*.

Sin embargo, Tokugawa Ieyasu no se había dejado intimidar por las mordazas del cepo que se cernían sobre él. Había partido de sus señoríos en Edo con cuantos hombres había podido reclutar y les había exigido un ritmo de marcha sobrehumano.

Al poco, mostrando sus fuerzas con cautela, los dos bandos se habían enfrascado en una intensa lucha por someter los caminos del Nakasendo y del Tokaido, cuyo control garantizaría para el vencedor el dominio de los principales pasos entre las montañas y de las más concurridas rutas comerciales. Como dos grandes tigres encelados, ambos ejércitos lanzaron los primeros zarpazos, cuestionando las fuerzas del adversario mientras buscaban asentar los cuartos traseros para abalanzarse.

Cayeron otros castillos, puebluchos colgados en los riscos fueron arrasados, las viudas se abrieron las gargantas, los ancianos escaparon a las sierras para morir en paz con los fríos del próximo invierno.

Hasta que cada una de las bestias estuvo tan cerca del rival como para husmearle el aliento, y entonces, en el estratégico centro de la gran isla de Honshu, a unos pocos *ri* de hitos tan relevantes como la imperial Kyoto, en el corazón del *archipiélago del sol naciente*, inesperadamente, el valle de Sekigahara se convirtió en un lugar de matanza.

Una carnicería como nunca antes se había visto. Tantos fueron los *daimyo* muertos que la ceremonia en la que se ofrecían al vencedor las cabezas de los derrotados se había prolongado desde la *hora del caballo* hasta la anochecida.

Un degolladero que, en ese momento, Saigo contemplaba con desolación, temiendo que fuese tarde, lamentando no haber podido acercarse al magistrado. No sabía qué había sido de él, quizá era uno de aquellos incontables cadáveres; podía haber huido al mando de los restos de su ejército.

Con aquella masacre a sus pies, el *ashigaru* reflexionaba, planteándose el siguiente paso ahora que había perdido su única baza.

Cubría su ligero *kimono* de algodón con un sencillo *haori* echado sobre los hombros para resguardarse del frío; estaba sentado en el tronco caído de un viejo pino tronchado por algún rayo. Arropado por los sonidos del bosque, entre los que se imponía el repiqueteo afanoso de un pájaro carpintero. El *ronin* miraba ladera abajo, hacia la vaguada de Sekigahara, más allá de los hongos *matsutake* que habían brotado entre las agujas marchitas del barrujo otoñal que tapizaba el suelo.

Había algo desapacible que distorsionaba el lugar: estaba rodeado por ramas rotas que exudaban savia ambarina, terrones levantados que desperdigaban barro, estandartes abandonados que daban fe de las traiciones y la derrota; todo envuelto en la bruma que se descolgaba desde las estribaciones del monte Matsuo. El aire todavía tenía el regusto metálico a la pólvora quemada de las señales pirotécnicas que ambos bandos habían usado para transmitirse órdenes durante la batalla.

No sabía adónde dirigirse. Había recorrido el valle incansablemente, de un lado a otro, cuestionando a los moribundos, preguntando discretamente a los asustados lugareños, pero nadie tenía ni la más mínima idea de qué había sido de Ishida Mitsurani. No se sabía si la cabeza del magistrado, arreglados los cabellos y teñidos los dientes, había sido una de las que se le ofrecieran al antiguo regente. Por lo poco que Saigo había conseguido averiguar, ni siquiera podía tener la certeza de que su presa siguiese viva. Lo único indudable era la incómoda expectación de los lugareños. Japón estaba ahora en manos de un único señor feudal y, aunque nadie se atrevía a cuestionarlo en voz alta, todos se preguntaban qué les depararía el futuro; pues el único ajeno al devenir del tiempo era el celestial emperador Go-Yozei,

centésimo séptimo en la divina línea de sucesión y dueño absoluto de las almas de sus vasallos, meras hojas al viento que soplaban los dioses.

Estaba el *ashigaru* intentando tomar una decisión sobre qué hacer cuando oyó el retumbar de un galope. El pájaro carpintero, asustado, abandonó sus esfuerzos. Y Saigo se retrepó en su asiento intentando encontrar la mejor posición para levantarse rápidamente. Al tiempo, con disimulo, escondió la mano izquierda en la manga de su *kimono* para buscar la cinta de cuero que servía para asegurar el vuelo de la tela; por si no le quedaba otro remedio que desenvainar.

La niebla pareció ganar confianza en sí misma y empezó a lloviznar mansamente. La luz del día se difuminó en una ligera cortina de pequeñísimas gotas que se desprendían sin más de la bruma. Los caballos, resollando, obedecieron a sus jinetes y se detuvieron junto al pino tronchado; al lado izquierdo del *ashigaru*, que, sabedor de su precaria posición, hizo rotar suavemente sus hombros para desentumecerlos.

Deformando los contornos de un charco, amontonando el barro a su alrededor, el casco del caballo aprisionaba un harapo deshilachado. Era un jirón de los *uma jirushi* usados por las tropas leales al clan Toyotomi: una delicada hoja de paulonia sobre fondo azur dibujada con trazos dorados. El blasón que había ondeado en Sekigahara entre las fuerzas de aquellos que habían apoyado al niño Toyotomi Hideyori, convencidos de que el joven heredero, auspiciado por las intenciones de la coalición de regentes y el testamento que dejara el *taiko*, debía gobernar en el Japón.

El inconfundible trozo de tela, prendido entre los candados de la mano del alazán, se mecía en el agua sucia de la poza, reverberando con las diminutas ondas que provocaban las gotas de orvallo. Aplastado, como una alegoría de lo que había sucedido en el valle.

Del flanco del animal se desprendió un espumarajo de sudor que cayó en la charca estropeando la quieta superficie. Saigo, sin alzar el rostro, se giró levemente hasta poder ver a los jinetes de reojo.

Era un grupo de cinco, *samurai* sin graduación que llevaban armaduras sencillas, con apenas poco más que un peto y faldones para resguardar la parte alta de los muslos. Tres portaban largas *yari* de brillantes filos y otros dos sostenían mosquetes. La pareja más retrasada cargaba, prendidos en sus espaldas, pendones con el *mon* de Tokugawa. Debían de ser parte del retén que habría quedado en Sekigahara para asegurarse de que los vencidos no escapasen con vida.

Junto con otras patrullas similares, serían los encargados de organizar los trabajos: ordenarían a los aldeanos limpiar el valle, evitarían que los perros se dieran un festín, rastrearían a los fugitivos e impedirían los saqueos.

Saigo observó como la brisa se alzaba y la llovizna se espesaba, sacudiendo los estandartes con el trallazo de una ráfaga; las tres hojas de malva real inscritas en un círculo flameaban. Ese era el emblema del antiguo regente, del vencedor. Volvió a

mirar el charco. Al ver de nuevo el harapo azul, en el lodo, se permitió una cínica sonrisa que arrugó sus mejillas en torno a las viejas cicatrices que la viruela había abandonado tras de sí.

—¿Quién sois? ¿Qué estáis haciendo aquí? —le preguntó el cabecilla sin formalismos, con la seguridad que otorgaba la victoria a los pagados de sí mismos.

Sus ropas y protecciones estaban impecables, llevaba el tocado bien arreglado, con el moño impoluto y la cinta de tela atada con pulcritud, pero su postura sobre el animal era deficiente y el *daisho* de sables estaba colocado con desmaña. Su juventud y sus cómodas maneras con el mosquete dejaban adivinar que había descuidado el camino de la espada. Era uno de esos *samurai* convencidos de que la pólvora borraría para siempre las viejas costumbres.

Saigo intuyó que era un soldado mediocre a quien el número de muertos había permitido ascender; y supo al instante que tendría problemas. Pertenecería a esa clase de hombres que usaban el poder para suplir su propia incompetencia: querría mostrarse severo y capaz ante sus nuevos subordinados. Si hubiera topado con cualquier otra patrulla, lo habrían dejado marchar sin más, pero aquellos ojos centelleaban. Aquel hombre disfrutaba con un trabajo que un verdadero *bushi* hubiera detestado.

Sin embargo, Saigo no se lamentó, la mala suerte era siempre la excusa de los débiles y los menos capacitados.

Ellos no podían saber que, hasta poco antes, aquel *samurai* de rostro picado habría dado la vida por el señor Tokugawa sin dudarlo. Y tampoco serviría de nada explicarlo, no le creerían. Estaba allí solo, sin las enseñas de ninguno de los señores feudales involucrados en la batalla. Lo tomarían por un renegado y, en ese caso, considerarían que solo había dos posibilidades: o era un desertor del bando ganador que había huido antes de que la batalla se decidiese, o un superviviente de la facción derrotada que había evitado la esquilma. El *ashigaru* alzó el rostro sin pronunciar palabra y valoró la situación.

La lluvia arreció y el caballo, inquieto, se revolvió pisoteando el pedazo de estandarte, hasta conseguir hundirlo por completo en aquella poza enlamada.

—Os he hecho una pregunta, miserable, ¡contestad!

Saigo, a través de la cortina de agua, que se iba espesando mientras deshacía la niebla, vio que uno de los hombres se envaraba y empezó a considerar el radio de acción de su sable, calibrando las distancias hábiles entre la maraña de árboles del bosque. Se imaginó a sí mismo apartándose y tensando el arco, preparándose. Ellos iban a caballo, eran cinco, tenían armas de fuego; él estaba solo y no tenía montura.

—¿Quién sois? —insistió el líder del grupo señalándolo amenazadoramente con el mosquete.

Saigo aguardó pacientemente, a pesar del murmullo del aguacero, a lo lejos,

volvió a oírse el rítmico golpear laborioso del pájaro carpintero.

—Una zorra le ha arrancado la lengua… —bramó uno de los que llevaba el confalón a la espalda consiguiendo que los demás rieran.

—No, creo que no —intervino el cabecilla, de evidente buen humor, mientras empezaba a alzar la pierna para descabalgar—. Debe de ser uno de los hombres de Akaza, o quizá de Kuchiki… Ni siquiera lleva armadura, y mirad sus manos, es un labrador al servicio de un señor pobre como una rata —concluyó ampliando su sonrisa—. Es un desgraciado que no se ha atrevido a quitarse la vida después de la derrota…, ¿verdad? —inquirió ya en el suelo, dando un paso hacia Saigo—. Aunque me pregunto cómo escapasteis… Quizá es un renegado de las filas de Kobayakawa, a lo mejor no le gustó que su amo cambiase de bando en plena batalla —apuntilló alzando el mosquete hasta colocar la boca del cañón a menos de un palmo de la mejilla del *ashigaru*.

Todos en la patrulla cacareaban las bravuconadas de su jefe, y Saigo intuyó que intentarían matarlo dijera lo que dijese.

—Yo sé quién es —aseveró uno de los que llevaban el estandarte de Tokugawa consiguiendo que el *ashigaru* se tensase por la sorpresa y que todos los demás se girasen para mirarlo—, ¡es un cobarde! —afirmó con escandalosas carcajadas.

Terminó de atar la cinta que aseguraba la manga de su *kimono* y agradeció la buena previsión de Naito Ienaga, que, en Fushimi, se había encargado de proveerlo de ropas sencillas, pero de buena hechura.

El condotiero se volvió hacia el antiguo campesino y lo escrutó con ojos entornados. Se había dado cuenta del gesto, pero moviendo sus dedos como si tocase las cuerdas de un instrumento, aseguró su agarre en la guarnición del arma y despreció el ademán de aquel solitario con las trazas de un *ronin*. Su única respuesta, confiado en la superioridad del grupo, fue hacerle una seña a su subordinado. El otro jinete reaccionó prendiendo la mecha que llevaba enrollada al antebrazo y tomando la baqueta asida al costado del arma para, acto seguido, cargarla con aparatosos movimientos.

Saigo no tuvo dudas, aunque le habría gustado evitarlo, pronto habría más cadáveres que apilar en las laderas de Sekigahara.

—Desde luego. Eso es lo que es, un cobarde —afirmó el líder encañonando de nuevo al *ashigaru*—. No vais a decirnos quién sois, ¿eh?

—Nadie… —masculló Saigo mordiendo un murmullo apenas audible.

El cabecilla, inclinando el rostro, dio un paso más hacia el costado del antiguo campesino.

—¿Quién?

—Solo un pájaro carpintero… —contestó alzando la voz para hacerse oír por encima del barullo de la lluvia que arreciaba.

Actuó antes de que pasase la incertidumbre, sin darles ocasión de adelantarse a sus intenciones. Los *samurai* no reaccionaron a tiempo.

Dejando el arco sobre el tronco, Saigo se alzó. Desenvainó ambos sables y, a la vez que giraba con el *wakizashi* para sajar el muslo del jinete más alejado, con la *katana* cortó los antebrazos del hombre al mando.

El mosquete, con una gigantesca muesca trabada en el cañón, cayó al suelo, todavía aprisionado por los dedos de las manos amputadas. Saigo tuvo un instante para ver los extraños símbolos grabados en el arma, no era una de las réplicas fabricadas en el Japón, era uno de los vendidos por los extranjeros.

El que había tenido tiempo de prender la mecha y cargar asentó la culata para disparar, pero Saigo se revolvió bajo el nervioso caballo del primer herido y clavó con fuerza su filo más corto entre las placas de armadura que protegían la cadera del mosquetero. La serpentina giró, la mecha descendió y la pólvora prendió con un fulgurante chasquido, la bala le pasó un palmo por encima cuando Saigo ya se revolvía de nuevo para enfrentarse a los dos últimos adversarios.

El cabecilla gritaba mirándose los muñones sangrantes con un halo de incredulidad; el otro que portaba mosquete, condenado, rebotaba contra el cuello del caballo, que se había echado a galopar colina abajo. Y el herido en primer lugar había caído al suelo con la pierna gravemente dañada, desangrándose a borbotones por un corte que llegaba hasta la gran vena del muslo.

La lluvia se crecía, cada gota hacía saltar viejas agujas de pino en un juego de malabares, levantaba diminutas salpicaduras de barro; del suelo se alzaba el profundo aroma ácido del sotobosque. El pájaro carpintero se había detenido de nuevo.

Uno sacudió las riendas y clavó sus talones en los costados del caballo. El otro intentó atravesar el torso de Saigo con el *yari* que portaba. El antiguo labriego fintó y, tras bloquear el amenazante hierro con el menor de sus sables, apoyándose en el tocón, saltó hasta sobreponerse a la altura del jinete y usó la *katana* para, con un amplio arco, cortarle el cuello.

La cabeza se inclinó peligrosamente hacia atrás, sujeta por un resto de carne. La distancia había impedido que el sable sajara más allá del apuradísimo *kissaki* y la cerviz seguía entera. Solo el afilado extremo de la hoja había encontrado su objetivo, pero el *bushi* languidecía entre gorgoteos que se escapaban por la garganta abierta.

No se entretuvo; regresó hasta el tronco para tomar su arco. Sin embargo, cuando se giró, bajando los brazos, abriendo el pecho, liberando el aire y tensando la cuerda, no pudo distinguir más que una mancha borrosa a través de la floresta y la espesa lluvia. El quinto había escapado y, aunque no podría dar más que una descripción somera sobre un solitario *samurai* que se había presentado como un pájaro carpintero, abría un ominoso futuro sobre el *ashigaru*. A partir de ese momento, al haber matado a una patrulla a las órdenes del vencedor de Sekigahara, Saigo sería un fugitivo.

Uno de los caballos no se había espantado y él dudó. Podía perseguirlo, pero estaba demasiado lejos y debía interrogar al único que quedaba con vida antes de que muriese; como hombre al servicio del clan Tokugawa, era muy probable que tuviese algún indicio. Intentó forzarse a recordar el aspecto del huido: las espesas cejas, el pelo hirsuto y el rostro afeitado, la nariz aguileña, los grandes ojos saltones.

Solo se permitió un instante más de incertidumbre. El *ashigaru* giró sobre sí mismo y se acercó al portador del estandarte que había caído con el muslo herido.

—¿Qué ha sido del magistrado Ishida Mitsunari? —preguntó antes de llegar junto al moribundo.

Los ojos cerrados con fuerza y el gesto contraído, alterado por la respiración agitada, le decían a Saigo que el hombre todavía vivía, aunque no hubo respuesta.

—Ishida, ¿qué ha sido de Ishida Mitsunari tras la batalla?

El *bushi* consiguió despegar los párpados y mirar hacia su verdugo, que ya se había acuclillado a su lado.

—El magistrado… —insistió Saigo.

No tenía por qué responder. Iba a morir de todas formas. Sin embargo, antes de expirar, tuvo ocasión de pronunciar unas pocas sílabas, entrecortadas por su aliento convulso.

—Huyó… Hu… Huyó a las mon… montañas —pudo decir antes de que su corazón terminase de expulsar la sangre de su cuerpo por la gran herida abierta en el muslo.

Aunque el gesto había sido apenas perceptible, Saigo siguió la dirección que le habían indicado los tintos dedos del moribundo. Más allá de los ríos que cruzaban la vega, allende el camino del Nakasendo, en las laderas del monte Sasao, donde habían estado originalmente las fuerzas del magistrado.

Ahora, Saigo Hayabusa era, además de un despreciable *ronin* sin señor, un prófugo.

—Caro que necesitan más hombres, ¿cómo no iban a hacer falta? —se cuestionaba sin esperar respuesta un malhumorado Martín—. Que si los corsarios chinos, que si los piratas japoneses, que si los moros que andaban por aquí, que si los ifugao… *fugaos*, los cimbayos, los tagalos o cómo diablos se llamen… Y ahora, los holandeses…, ¡los holandeses! ¿Lo sabéis? ¿No? —volvió a preguntar, esta vez girándose hacia Dámaso, que, como el resto de Manila, conocía la historia del hundimiento del San Diego; aunque no estuviese seguro de cuál de las dos versiones que circulaban era la más cercana a la verdad—. Como si no bastase con cuarenta años de guerra en Flandes, ahora también quieren hacerse con el mercado de las especias, pero ¿quiénes se han creído que son?… —dejó las palabras en el aire y sacudió la cabeza con franca indignación—. Y encima este endemoniado bochorno, me siento como un lechazo en el horno —declaró el madrileño pasándose el

antebrazo por la sudorosa frente—. En menudo agujero me ha tocado acabar… Necesitamos en Manila de todos los hombres respetuosos de Dios y de la patria —dijo imitando el acerado acento alcarreño del capitán del fuerte—. Me sacan de los Tercios para acabar en las Indias y termino peleando de nuevo contra los jodidos flamencos, ¿dónde se ha visto?

»Bueno, al menos me he librado de que me manden al Cagayán… Se han quedado sin brazos para defender la ciudad y me han cambiado el despacho, me han ordenado permanecer aquí —anunció el madrileño señalando con vehemencia los adoquines del portalón de entrada del fuerte de Santiago—. Y se me ha ocurrido que más vale malo conocido que bueno por conocer, ¿no? —Entonces una pícara sonrisa le cruzó el rostro y preguntó bajando el tono—. ¿Por qué no salimos de murallas y vamos a buscar algo de compañía a las chozas de los arrabales?

Dámaso, que ya no se escandalizaba por la insolente franqueza de su voluble amigo, solo insistió un poco en los gestos de sus manos al intentar que Martín bajase más la voz.

Aparte de no compartir los gustos libertinos del madrileño, Dámaso tampoco sentía entusiasmo alguno por su nuevo destino. Aún no había sido recibido por el ilustre don Antonio de Morga. El oidor parecía demasiado ocupado a raíz de los últimos acontecimientos. Y el alférez, consternado, empezaba a sentir cómo sus expectativas de fortuna y gloria se derrumbaban.

De Morga, si se daba crédito a los rumores que corrían por la ciudad como chispas por un reguero de pólvora prendido, era un hombre del que no cabía esperar nada bueno. Un corrupto capaz de vender a una madre tullida a cambio de un ardite mordido. Tanto era así que Dámaso había comenzado a perder la fe.

Una carrera prometedora en las Indias podía auparlo hasta puestos de importancia bastante como para que el modesto heredero de un simple hidalgo gallego, sin más nobleza que un parentesco lejano con el conde de Lemos, pudiese aspirar a obtener la mano de la hija de un noble como Gualterio Accioli; de tan prestigioso nombre y conocido escudo en el reino de Sicilia. De tan alta cuna y con apellido de atal alcurnia como para haberse convertido en el padre de una de las damas de la corte de la reina Margarita, la que habría de ser madre del heredero al trono de España. Hortuño de Andrade se lo había explicado claramente, nunca conseguiría a Constanza si no podía presumir de posición ante tan relevante familia. Eran gentes con tal retahíla de títulos y nombramientos que a Dámaso le entraban escalofríos solo de pensarlo, y únicamente el recuerdo de las palabras de aliento de su amigo de la infancia le permitía al furriel seguir albergando esperanzas. Él le había convencido. Hasta le había prometido que, si hacía méritos suficientes en Manila, intercedería ante el mismísimo duque de Lerma para que hablase a su favor ante el caballero siciliano.

Sin embargo, desde su llegada, Dámaso había sido ignorado. En cada ocasión que

había pedido ser recibido por el oidor De Morga lo habían despedido de la casa de gobernación con cajas destempladas.

Hasta entonces, lo único que había conseguido de las Filipinas era que su pelo castaño clarease y que su piel virase a un moreno tan oscuro que, de no ser por los ojos verdes y las barbas bien recortadas, hubiera podido hacerse pasar por morisco. Sin embargo, aferrado al recuerdo de Constanza, el antiguo contador estaba decidido a no flaquear.

Incluso a no enredarse en trifulcas que manchasen su hoja de servicios, aunque no siempre resultase fácil si el lacónico Martín Valdés andaba por medio.

En ese momento, el uno haciendo aspavientos, el otro cabizbajo, los dos camaradas salían de la rotunda edificación del fuerte de Santiago, en la ribera del turbio río Passig; justamente, el lugar en el que la corona guardaba la plata y el cacao que habían venido con ellos en el Santo Tomás.

Ante ellos, encerrada por bastas murallas, se abría la ciudad de Manila. Rodeada por selvas tropicales y mares de verdes traslúcidos, pero construida al modo europeo, con altas casas de gruesos muros y pequeñas ventanas, robustas calles empedradas, encalada con el gris taciturno de gentes hacinadas que vertían el contenido de los orinales por sus postigos. Un lugar amargo que arrastraba la tristeza de un niño sin juegos. Al contrario que en las Indias Occidentales, la corona española había decidido no enviar colonos al archipiélago de las Filipinas; y la ciudad vivía al ritmo de funcionarios y administraciones, sirviendo, ante todo, a los galeones que cubrían la ruta con Nueva España. Era poco más que una ratonera infecta en la que la corrupción y la lenidad de la maquinaria burocrática se alimentaban de sobornos y chanchullos, a salvo de juicios gracias a los miles de millas de profundos océanos que separaban la capital filipina de la sede de la corona en Madrid.

Manila, alimentada por el puerto de Cavite, era como una mancha en el lienzo verde de las junglas de nipas y, además de los manglares y el río que le daban forma, iba quedando cercada por arrabales tejidos con chozas levantadas de palos y hojas de cogón, simples chamizos en los que cientos de nativos se arracimaban, esperando que las migajas de la gran urbe les sirviesen de sustento ahora que los encomenderos les habían arrebatado sus tierras para distribuirlas a conveniencia. Era un lugar de miseria. Y entre todos aquellos desahuciados, solo los mercaderes chinos, a los que llamaban *sangleyos*, podían presumir de engañar al hambre, aunque solo fuese por su contumaz ansia de tener éxito en los negocios. Eran capaces de pasar día y noche haciendo comercio en sus diminutos puestos del Parian sin siquiera parpadear, aun a riesgo de ser prendidos por vender, además de potes de arrabio, alfombras de terciopelo, conservas y especias, los ungüentos prohibidos en las pragmáticas dictadas por la casa de gobernación.

Y aquel insalubre ambiente abarrotado de pobreza, aun pese a las semanas

transcurridas, seguía causándole a Dámaso un grave desasosiego. Aun así, su amigo parecía haberse conformado con no llegar hasta su destino original en el Cagayán.

Dejaban el fuerte a sus espaldas y caminaban por el empedrado mustio de una calle encerrada entre piedras cubiertas de líquenes, hacia una de las puertas de la muralla. Casi se podía palpar la suspicacia de los rumores que los escasos viandantes se guardaban, como si cada cual mirase de reojo para ver quién podía estar siguiéndolo. A su lado pasó corriendo un esportillero con un cesto cargado de verduras y, delante de una próspera cerería que servía a la casa del gobernador, Dámaso volvió a ver a la mujeruca.

Arrugada, de tez cobriza, parecía haber perdido el sentido y vagabundeaba por la ciudad pidiendo limosna. Estaba sentada en el cochambroso portal de una casa cerrada a cal y canto, probablemente, la antigua vivienda de un comerciante venido a menos, tal y como anunciaban los maderos carcomidos de la puerta y los desconchones de la fachada. Ante ella cruzaba un funcionario cabizbajo que regresaba de los arrabales con la vergüenza pintada en el rostro, ni siquiera se dignó a rebuscar en la faltriquera algo suelto que darle. Y Dámaso sintió, una vez más, compasión por la pobre desdichada.

Días atrás, mientras paseaba sumido en sus incertidumbres, ella, extendiendo ante él una mano sucia de uñas rotas, había logrado cautivar su atención. Entre todas las palabras de aquella jerga incomprensible que hablaban los nativos, hubo unas pocas que pudo reconocer. Y allí estaba de nuevo, repitiéndolas entre pegotes de la pasta de areca que mascaba compulsivamente con encías endurecidas por la falta de dientes, y solo las arañas que se habían acomodado en los cantos del quicio del portalón de la casa abandonada parecían escucharla.

—Ang kawawa kong anak na si Julián… Julián… Si Morga ang may kasalanan nang lahat ng ito.

La había escuchado murmurar cosas semejantes en más de una ocasión. Y había llegado a comprender que mentaba aquellos nombres castellanos, incluso había intentado hablar con ella, pero no se habían podido entender, la mujeruca había salido corriendo, gritando incoherencias, asustada.

Como otras veces, mientras Martín seguía divagando sobre las muchachas de los arrabales y la escasa paga de un soldado de su majestad, el muy católico rey Felipe el Tercero, Dámaso sacó una moneda de la bolsa y se la lanzó a la pordiosera. Sin embargo, ella siguió con sus lamentaciones y ni siquiera se molestó en mirar el cuartillo de cobre que cayó a sus pies. Simplemente se movía adelante y atrás, meciéndose como un crío que necesitase el consuelo de una madre. Haciendo que sus largas y mugrientas guedejas le barrieran las lágrimas que le bañaban el rostro.

—Ang may kasalanan nang lahat ng ito ay si Morga…

No podía saber cuánta razón llevaba aquella pordiosera, pero Dámaso empezaba a

pensar que el buen Hortuño se había equivocado de medio a medio sobre el tal Antonio de Morga.

Tal y como era costumbre, un sombrero de juncos, colgado bajo los soportales, anunciaba que aquella magra construcción era una posada; aun así, Saigo recelaba. Llevaba días errando por las laderas que rodeaban el norte del valle; el *mes de la escarcha* ya había comenzado. Infructuosamente, había rastreado una y otra vez el difícil terreno, evitando a las patrullas de Tokugawa que campaban por los aledaños de Sekigahara porque, aun sin saber si podrían reconocerlo, no quería correr el riesgo de tener otro encuentro desafortunado. Pero seguía sin encontrar una sola pista sobre el magistrado y el tiempo apremiaba.

Podía percibir el aroma de la cocina, inmerso en el agradable regusto de una sopa vegetal que le habría sentado bien a su descuidado estómago. Sin embargo, no fue el hambre de días en las montañas sin más comida que sus escasos víveres lo que sirvió de acicate; fue su determinación.

Era consciente de que los *samurai* del flamante vencedor tenían muchas más posibilidades de encontrar al huido Ishida Mitsurani. Eran muy numerosos y podían seguirle el rastro sin tener que preocuparse de permanecer ocultos como alimañas. Y sabía también que en un emplazamiento como aquel, en un cruce de caminos tan cerca del lugar de la batalla, las gentes de la comarca se irían de la lengua en cuanto el *saké* les aflojase el ánimo. Así que, tras tantas jornadas inútiles, la posada era su mejor opción.

Se pasó la mañana escondido al otro lado del camino, en un bosque de arces cuyas hojas ya habían sido teñidas por los primeros fríos. Y, cuando tuvo la certeza de que no había ninguna patrulla en las cercanías, se decidió a cruzar.

Fue precavido. Aunque llevase la cabeza afeitada sería difícil hacerse pasar por un monje; para asumir el papel de un bonzo tendría que desprenderse de las armas. Y era mayor para pretender que alguien lo tomase por un *bushi* en una peregrinación de aprendizaje, buscando dignos adversarios. A su edad, o se servía a un señor feudal o se era un *hombre de las olas*. Tenía una sola cosa a su favor: tras una cruzada como la de Sekigahara habría más de aquellos indignos *ronin* vagabundeando de un lado para otro. A fin de cuentas, buena parte de los señores de Japón había terminado a los pies de Tokugawa Ieyasu, exponiendo dientes tintados con *ogahuro* desde sus cabezas decapitadas, dejando a miles de hombres sin feudo.

Se descalzó y dejó las robustas *waraji* de paja de arroz bajo la baranda que rodeaba la tarima aupada en pilotes. Tras un último vistazo furtivo, se internó en la penumbra, iluminada solo por algunos paneles abiertos y el hogar, que latía con brasas incandescentes.

En la veranda de entrada, cuando aún no había terminado de abrir la corredera, oyó una voz empalagosa:

—¡Otro más! ¿Qué había dicho yo?

Saigo se detuvo y se preparó para el combate.

—Son como hongos… —El hombrecillo juntaba los dedos de ambas manos con los pulgares y los abría, una y otra vez, al tiempo que acompañaba cada gesto alzando los antebrazos hacia el techo; reía su propia gracia—. Y también salen en el otoño, con la lluvia. —Las carcajadas recibían el asentimiento del posadero.

No era más que un borracho y el *ashigaru* se relajó al comprender que no había hostilidad en aquellas palabras.

El cantinero se adelantó restregándose las manos con un paño y, tras la habitual reverencia a un hombre que portaba el par de sables, habló con voz queda:

—Perdonadle, lleva aquí demasiados días, y ya solo encuentra diversión en el vino de arroz. Desde la batalla han pasado por aquí muchos… —calló como si buscase la palabra adecuada al tiempo que dejaba caer los ojos hasta los aceros que Saigo llevaba a la cintura.

Intuyó que el hospedero temía hacer una referencia equivocada, era probable que restos de las dos facciones hubieran pasado por su establecimiento en los últimos tiempos y el tabernero, no sin razones, prefería mantenerse en una conservadora postura neutral hasta que las aguas se aquietasen. No era otra cosa que un mezquino, preocupado por evitar que guerreros de ambos bandos se encontrasen en su local y lo destrozasen en una reyerta. A Saigo no le gustó aquella actitud servil.

El figonero tomó la hosca expresión del *samurai* como una mala señal y se apresuró a ser condescendiente antes de provocar su ira.

—Por favor, señor. Mi nombre es Satsuma Shingen y sois más que bien recibido en esta humilde posada —dijo inclinándose en una nueva reverencia—. Arrimaré leña al fuego y os traeré algo de beber y comer —aseguró complaciente—. Si lo deseáis, podéis daros un baño antes.

Asintió sin pronunciar palabra y el hospedero no preguntó. Quizá porque estaba acostumbrado a que, en un lugar de paso como el que regentaba, no todo el mundo se mostrase deseoso de compartir su identidad.

Aunque le hubiese encantado sumergirse en el agua caliente y desprenderse de la suciedad del camino, temiendo aquella vulnerable situación, mientras el posadero se afanaba, Saigo abandonó la idea. En cualquier momento podía aparecer un *bushi* al que le hubieran dado su descripción, así que se sentó en una esquina sobre las esteras ajadas del suelo. Dispuesto a dejar que el tiempo discurriese y la fortuna acompañase. Si tantos habían pasado por allí, cabía la posibilidad de que escuchase algún comentario útil.

—Como los hongos… —porfió el beodo mirando cómo el recién llegado se acomodaba.

A pesar de su escasa altura, tenía el aspecto rubicundo de alguien que se

alimentaba bien. Y vestía un ampuloso *kimono* de buena calidad, bordado con los típicos motivos de la historia de Genji, tan apreciados por los que podían permitirse lujos semejantes: uno más de los excesos que habían cobrado auge gracias a las opulencias del desaparecido gobierno del *taiko* Toyotomi Hideyoshi, que, para disgusto de hombres tan austeros como Saigo, había convertido en habituales los tintes brillantes y los adornos dorados. El *ashigaru* dedujo que debía ser un mercader. Seguramente había decidido hacer un alto en el camino hasta Kyoto mientras la inestable situación política se asentaba y, como demostraban el desaliñado aspecto y las salpicaduras de la pechera, el comerciante combatía el tedio rebajando ostensiblemente las reservas de *saké* del posadero.

—Aparecen por todos lados —insistió con la voz tomada por el alcohol a la vez que volvía a hacer pasar sus dedos por setas que germinaban—, por todos lados —repitió como un cachorro ansioso por conseguir la atención de su amo—, por todos lados…

Saigo solo inclinó levemente la cabeza, en un somero gesto de aquiescencia.

El posadero dejó una jarra de *saké* al lado del hogar para que tomase temperatura y le sirvió al antiguo campesino un poco de sopa y carpa del lago Biwa fermentada en arroz. Como correspondía, le ofreció la bandeja desde bien alto, por encima de la cabeza, evitando que el aliento pudiese contaminar los alimentos.

A medida que el sol se fue tendiendo, el mercader se adormeció entre sus vaharadas de alcohol y el hospedero empezó a preocuparse de preparar algunas viandas para los clientes que aparecerían al ocaso.

No sucedió nada digno de interés hasta que, avanzada la tarde, entró una anciana. Tenía un fosco pelo gris que parecía haberse desteñido a chorretones sobre su piel, de un malsano color macilento. Millares de arrugas araban los colgajos que le pendían del cuello. Caminaba con dificultad, cargando con una caja desportillada en la que llevaba restos ajados de la artemisa que había estado recogiendo. Saigo supuso que la mujer secaría los tallos para fabricar moxa, aunque dudaba de que ella misma la emplease para las curaciones. Dijo que deseaba comprar algo de vino de arroz y apoyó descuidadamente su carga mientras esperaba.

Con el ruido, el mercader se desperezó y, como había sido ignorado hasta entonces, vio una oportunidad e intentó entablar conversación con la nueva clienta a medida que salía de su sopor.

—Oh, venerable anciana, ¿os habéis cruzado con alguna patrulla?, ¿están los caminos tranquilos?

Aunque el tratamiento parecía cortés, el tono reverberaba un deje burlón.

El *ashigaru* vio cómo el posadero miraba con recelo hacia el bebido marchante, y percibió también la ojeada furtiva que el cantinero echó después al cargamento de la anciana.

—Si me permitís la sugerencia, deberíais tomar ejemplo, Kojiro —le habló el hospedero con familiaridad—, esta buena mujer no ha abandonado sus negocios aún a pesar de la batalla y sus inestables consecuencias…

—Ya quisiera yo, pero necesito comer —terció la mujer—. Estoy sola, no me queda nadie, me abandonaron en las montañas, pero los inviernos no han podido conmigo…

—Pues ¿sabéis lo que deberías hacer? —preguntó el mercachifle tanteando a su alrededor en busca de una jarra de *saké* que no estuviese vacía—. Deberíais buscar la cabeza de otani Yoshitsugu —farfulló estallando en carcajadas—, seguro… Seguro que el gran Tokugawa Ieyasu os recompensaría… Posadero, traedme más, están vacías —divagó enseñando dos recipientes boca abajo—. ¡Vacías!

El antiguo campesino se dio cuenta de que el hospedero miraba hacia él antes de responder.

—Ahora mismo —le contestó al comerciante sin dejar de observar de soslayo a Saigo.

—Y calentadlo como es debido…

El rostro se inclinó peligrosamente y el mercachifle estuvo a punto de perder el equilibrio, no obstante, los ojos se abrieron de golpe y, tras sacudir la cabeza como un perro mojado, recuperó el hilo de su caótica conversación.

—Si encontraseis la cabeza de otani Yoshitsugu, entonces el mismísimo Tokugawa Ieyasu os recompensaría —afirmó poniéndose un dedo junto a la nariz—. Dicen que su señoría ya se imaginaba la traición de Kobayakawa y que dejó hombres en su retaguardia, pero no sirvió de nada… De nada —repitió tras hipar—, cuando Kobayakawa se decidió por el bando en el que lucharía, otani no pudo hacer otra cosa que pedirle a uno de sus vasallos que le cortase la cabeza y la escondiese para que no le pudiesen pintar los dientes —concluyó llevándose entonces el dedo a los incisivos y frotándoselos con fuerza al tiempo que volvía a convulsionarse entre risotadas.

Con toda seguridad, aquel borracho había oído esa historia allí mismo, en la cantina, y eso le hizo a Saigo albergar esperanzas, podía ser que también hubiese escuchado algo sobre el magistrado Ishida. Estaba pensando en ello, considerando si merecería la pena cuestionar al beodo comerciante, cuando con el rabillo del ojo advirtió que el posadero hurgaba con disimulo en el cargamento de artemisa marchita de la anciana.

—Me estoy muriendo de sed… ¿Estáis destilando el arroz? ¿O es que aún no lo han cosechado?

—Ya voy, ya voy.

La anciana se agachó y volvió a levantar su carga. Entonces el *ashigaru* se percató de que la alzaba con mucha más facilidad que al llegar. Torció un ápice el rostro y tuvo el tiempo justo de percibir cómo el posadero se afanaba moviendo sus

brazos delante del pecho, como si ocultase algo.

—Dientes negros… Negros… Dientes negros —empezó a canturrear el marchante entre carcajadas esporádicas.

Cuando el hospedero regresó traía tres jarras de *saké*; una de ellas, más tosca, se la entregó sin detenerse a la anciana. De las otras dos, una la dejó al amor del fuego para que se fuese calentando y la otra se la dio al ansioso comerciante, aunque todavía no hubiese podido entibiarse. Y a él no pareció importarle porque, sin reparar en la grosería, bebió directamente del gollete sin molestarse en servir una ración en uno de los platillos que tenía desperdigados ante sí. Tragó, eructó y retomó su ridícula tonada interrumpiéndose tan solo para toquetearse los dientes de tanto en tanto.

Saigo fingió perder el interés. La anciana renqueaba y sus pasos inseguros le revelaron lo que ya había intuido. Se fijó en los modestos *tabi* que calzaba la mujer: tenían apagadas manchas bermellón rodeadas por un halo más claro que las salpicaduras de barro no disimulaban. Y comprendió qué se traían entre manos el posadero y la mujeruca.

Era una buena noticia. Por lo que había contado el mercader, en la posada habían corrido habladurías sobre la batalla. Y ahora, gracias a lo descubierto, podría interrogar al hospedero sin miedo a que lo delatase. Aunque tendría que esperar su oportunidad.

Todos los rostros estaban vueltos hacia el cielo, todos menos uno. Los famosos hermanos Buratines habían montado su espectáculo de funambulismo en la plaza que albergaban las inmensas fachadas del Real Alcázar y la Casa del Tesoro, y parecía que nadie en Madrid quería perdérselo.

El año anterior se habían predicho terribles catástrofes cuando un eclipse había oscurecido el seco y cálido verano de la capital. Pero en la Villa y Corte nada se sabía de los hombres que habían muerto en Manila, las batallas de Flandes quedaban lejos, y las corruptelas del Palacio Real, aunque cercanas, parecían solo asunto de los poderosos; así que las gentes de la ciudad ya habían olvidado aquellos terribles agüeros y disfrutaban de la representación.

Sobre el empedrado se erguían juegos de postes de hasta quince varas de altura, sujetos por largas riostras de vieja madera sobada, tan pulidas que daban fe de los cientos de veces que aquellos armazones habrían sido montados por los conocidos artistas. Destacando al contraluz del mediodía, tendidas como en una telaraña, la *troupe* había largado cuerdas y, balanceándose con sus pértigas, con pasmosa facilidad, media docena de acróbatas vestidos con brillantes calzas y camisas de paño teñido se movían ahora de un lado a otro despreciando el riesgo.

También había un puesto de títeres, e incluso un malabarista que hacía danzar coloridas pelotas en las palmas de sus manos. Era un increíble pasatiempo y la animada concurrencia rodeaba extasiada el coso que había formado la compañía; los

codazos para hacerse sitio se escapaban.

Un ratero andaba pendiente, con la faca lista para rebanar las cuerdas de una faltriquera desatendida. Los niños aupados en hombros de sus mayores contenían la respiración admirados. Un mozo de espuelas de las caballerizas reales, que ya llegaba tarde, hacía reír apocadamente a la joven hija de un tahonero de la calle de Toledo con picantes comentarios susurrados al oído. Un buñolero, que había prometido parte de las ganancias al alguacil, vendía tostones y melcocha a todos los que no habían sido víctimas de los facinerosos y aún conservaban bolsa y monedas. Dos ganapanes regateaban con un tendero que vendía aloja en un carromato; unos jaques valentones, de capa terciada y espadas con cazoletas arañadas por los duelos, miraban con descaro la carne que no tapaban las sedas y guardainfantes de las más atrevidas tusonas de una mancebía de la Puerta de Guadalajara, y un franciscano los observaba de reojo con cara de reconvención. Un grupo de viejos soldados, con ropajes vistosos, largas barbas que ocultaban cicatrices y chapeos sobados, discutían recordando algún asedio en Flandes. Y, entre las gentes, con las suelas carcomidas por el camino, se movían también unos peregrinos recién regresados de Roma, donde habrían conseguido indulgencias plenarias al aprovechar el jubileo concedido por la bula del papa Clemente el Octavo. Para que estuviese todo Madrid solo faltaban los ilustres de la corte, los más ocupados y los avaros, que no hubiesen soltado ni una pieza en el cuarteado gorro que paseaba ante la concurrencia un chiquillo escuálido.

—Bravo, ¡bravo! —exclamó con la mayor contención que pudo la dueña Pacheca Ramírez cuando recuperó el aire después de que uno de los alambristas se atreviera a saltar entre dos de las cuerdas—. Bravo… —dijo una vez más, en un tono que fue poco más que un decoroso murmullo mientras la multitud a su alrededor vitoreaba la hazaña del acróbata—. Es increíble, ¿verdad? —preguntó a su pupila recobrando la compostura.

Ante la falta de respuesta, la mujerona se giró hacia Constanza y la vio con la cabeza gacha, sin prestar atención al espectáculo. Era la única entre todos los espectadores a su alrededor que no se había arrancado a aplaudir.

Al salir de los oficios divinos, celebrados en la capilla que ocupaba la nave central del Real Alcázar, desde las vidrieras de la galería que llevaba a los aposentos dedicados a las damas de compañía, en el ala del palacio destinada a su excelsa majestad Margarita de Austria y Estiria, habían visto a la *troupe* preparar todos sus entramados de maderos y cordajes. Y la joven Constanza se había emocionado al instante ante aquella novedosa distracción que venía a romper la monotonía de la vida en la corte. El rey Felipe, que ni era tan prudente ni tan amante de la burocracia como su padre, en lugar de atender sus despachos recién construidos de la torre oeste, estaba una vez más de caza en los montes del Pardo; la reina, después de asistir a misa, había decidido departir con su confesor. Y Constanza de Accioli, criada en una

gran villa campestre bendecida por el suave sol mediterráneo, se asfixiaba en Madrid, compleja y laberíntica, con una enredosa corte llena de cepos para cada palabra dicha, cubierta de interminables protocolos que ceñían su alegre carácter. Añoraba su hogar, sus hermanas, los caballos de su padre, y hasta las reprimendas de su madre. Aunque algo bueno tenía Madrid: allí lo había conocido a él, a Dámaso. Lo malo era que ahora él también le faltaba.

Al ver los preparativos de los acróbatas se le había ocurrido que, si conseguía convencer a su dueña, podría disfrutar de algo de diversión para romper la rutina. Algo de emoción con la que ahogar sus melancolías.

Y lo había conseguido. Tras mucho porfiar, el severo muro de la mujerona se había resquebrajado. Así, disimulando con amplios mantos su condición de mujeres de la corte, habían salido. Pero la refrescante idea se había quedado en nada al acordarse de cómo Dámaso la había hecho reír haciendo equilibrios sobre el mango de un rastrillo tendido en el suelo de las caballerizas, como si fuera uno de aquellos famosos hermanos Buratines.

Al poco de estar en la plaza, cuando la emoción de su furtiva escapada se había desvanecido ya, no encontró diversión alguna en el espectáculo, y ni siquiera había oído la pregunta de su aya.

Pacheca Ramírez, que llevaba toda una vida de soltería, velando por la virtud y el buen hacer de las damas de compañía de la Villa y Corte española, supo que la muchacha andaba otra vez perdida en los recuerdos de aquel apuesto gallego que había venido a recibir credenciales de don Hortuño de Andrade. Y aunque se alegraba de no tener que preocuparse de ahuyentar a los vidrieros, carpinteros y canteros que abarrotaban el palacio por culpa de las obras, que a los moscones ya los espantaba la muchacha, tampoco quería ver con buenos ojos que se hubiera enamoriscado. Aun cuando, en el fondo, tras capas de severo formalismo y pragmático protocolo, el aya comprendía muy bien a Constanza.

—Vamos, chicuela, alegrad esa cara, cualquiera diría que ha partido a los infiernos y no a Manila. —La propia Pacheca se escandalizó por semejantes palabras, frunciendo los labios aparatosamente—. Además, ese joven no os conviene —continuó diciendo tras carraspear con mucha seriedad—. No os conviene en absoluto. Debéis encontrar un esposo aquí, en la corte, alguien llamado a mayores logros…

A medida que el tono de la dueña, tras el desliz, volvía a encontrarse con su severidad habitual, Constanza dejó de pensar en Dámaso y se preguntó una vez más sobre la historia de la mujerona. Estaba a punto de interrogarla con total descaro cuando el aya la interrumpió.

—Debemos regresar antes de que alguien se dé cuenta de que faltamos —dijo en tono inflexible la mujerona mientras recogía con su mano regordeta los picos del mantón bajo la barbilla.

Constanza sonrió y se atrevió a afeitar un tanto más la paciencia del aya.

—Mejor aún, compremos un dulce antes de volver… —propuso inclinando el rostro y abriendo mucho sus grandes ojos azules.

Pacheca resopló con evidente descontento, pero la joven supo que el aya solo se opondría el tiempo suficiente para salvar la honra. Y, mientras caminaban hacia el puesto del buñolero, la plaza estalló en una nueva ovación ante la proeza de un acróbata; Constanza tuvo que luchar para no volver a caer en la melancolía al recordar a Dámaso.

* * *

Por culpa de aquel espectáculo de alambristas fulleros, los alrededores del Palacio Real estaban abarrotados. Aunque también había cierta agitación entre los muros del enorme edificio.

En el encuentro de la fachada oeste, unidos a los muros que habían sido del viejo alcázar moro, coronados por un alto chapitel de pizarra, se alzaban los pisos de la que se había ganado el sobrenombre de la *torre dorada*; porque los abundantes adornos metálicos de las balconadas resaltaban entre los ladrillos rojos. Y allí, en lo alto, señoreando las vistas, estaban los despachos de los gobernantes de la corte.

Y, persiguiendo con prisa sus propios pasos, el excelentísimo Hortuño de Andrade bajaba saltando los escalones a pares. Apuraba su escapada de los negociados tras haber conseguido la venia del duque de Lerma.

Hasta Madrid, cercada por su muralla de pedernal y acunada por la vega del Manzanares, habían llegado noticias de Sevilla. Pero el secretario no se había atrevido a contarle al noble toda la verdad.

Hortuño necesitaba tiempo para idear las mentiras apropiadas. Sus contactos contendrían los rumores si la recompensa era apropiada y sabía de varios maleantes con los que contar en la ciudad del Guadalquivir si hiciera falta algo más contundente. Así que, por el momento, se daba por satisfecho mientras descendía la interminable escalera. Quería salir de allí antes de que al duque le diese tiempo a llamarlo de nuevo para ahondar en el interrogatorio.

—¡Hundido! ¿Hundido? ¿El San Diego? ¿Estáis seguro? ¿Completamente seguro? —le había preguntado severamente poco antes.

Su muy cristiana majestad, Felipe el Tercero, testa de las coronas de las Españas, señor de Portugal, heredero de un imperio que domeñaba las Indias Occidentales y Orientales, desde la Florida hasta la Capitanía General del Río de la Plata, de Manila a las islas del Maluco, desde el reino de Sicilia hasta las tierras de Silesia y Moldavia, era un hombre joven con la prominente quijada de los austridas marcando su rostro, y tenía en su mano el poder de buena parte del mundo conocido. No obstante, hallaba

más solaz en cacerías y comedias que en el gobierno, y había buscado pronto un privado al que encargarle las riendas de su imperio.

El elegido había sido don Francisco de Sandoval y Rojas, ilustre duque de Lerma. Un sátrapa de escasa paciencia que se había aupado hasta el poder gracias a influencias y connivencias; un hombre que no soportaba que nada ni nadie se interpusiese en sus planes. Siempre vestido con toda la gala que le correspondía a su posición como grande de España: camisa de mangas acuchilladas y traje del mejor velludo, capote de velarte y la golilla de un blanco impecable asomando sobre el jubón de seda; regio como si él mismo llevase la corona. Y sus fríos ojos oscuros no se habían alterado siquiera un ápice mientras le gritaba a su subordinado.

—¡Hundido! El San Diego…

—Me temo que así es, aún no hemos recibido carta del gobernador Tello —había mentido Hortuño buscando industriar una salida al lío en el que se había visto involucrado—. Parece que los holandeses están dispuestos a llevar su guerra por la independencia hasta los archipiélagos de las Indias. Tal y como temíamos.

Hortuño había encogido los hombros inconscientemente, sabedor de cuánto afectaba aquella enconada lucha de los neerlandeses al privado.

—Pero eso es intolerable, ¡intolerable! —había recalcado el duque con indignación—. Y esos endemoniados japoneses, ¿no habíamos llegado a un acuerdo?

El secretario midió muy bien sus palabras, el acuerdo oficial entre ambos países que firmara el valido no se parecía demasiado a lo que Hortuño había terminado haciendo para enriquecerse, a él mismo y a su socio en Manila, Antonio de Morga. Y sabía que no podía dejar que el duque de Lerma lo averiguase.

—Por lo que sabemos, excelencia —había dicho después de carraspear—, ese noble, el señor *Tokugawasusama* —había especificado pronunciando con dudas—, ejecutó a los piratas y envió hombres a Manila, tal y como pactamos, pero algo salió mal… Solo que aún no conozco los detalles —había vuelto a mentir Hortuño—, en unos días llegarán los despachos desde Sevilla y…

Los correos de la flota estaban ya en Madrid, pero hasta no tener la seguridad de cómo cubrirse las espaldas, Hortuño prefería asumir el riesgo y seguir ocultándole la verdad al valido.

—Pues más valdría que no llegasen… Ahora no hay tiempo para esos asuntos, tenemos mucho por hacer. Solo faltaba proveer de excusas a los que quieren prolongar la guerra en Flandes —aclaró el duque atusándose las puntas del bigote—. Sería una catástrofe, la ruina… La corona tiene ahora encomiendas de mucha más enjundia que esa endiablada guerra… No debe saberse. Hay que echar tierra sobre el asunto, ¿me oís? Ocupaos personalmente de acallar cualquier rumor y de ocultar convenientemente esos correos. Lo crucial es el traslado de la corte a Valladolid. Así que solucionadlo —había ordenado con la rotundidad del acostumbrado a que lo

obedezcan—. No quiero tener que escuchar al almirante de Castilla pidiéndome a gritos que enviemos más hombres a los Tercios. Con algo así, ese mentecato tendría la disculpa perfecta para presionar en las sesiones del Consejo de Guerra. No debe saberse…

Hortuño no había querido mencionar que su majestad el rey estaba, de hecho, cazando; y tampoco se le habría ocurrido cuestionar los verdaderos intereses de la corona; aunque el secretario sabía perfectamente que la importancia de la hegemonía en las rutas de las especias era muy superior al cambio de capital propuesto por el privado. El traslado a Valladolid no era más que una argucia; un rápido medio para hacer dineros ideado por el propio duque, que se había asegurado de comprar a buen precio todas las fincas disponibles en la nueva sede de la corte, a fin de especular con ellas en cuanto el asunto se hiciera oficial.

Por el momento, a Hortuño le bastaba salir con bien de aquel embrollo. Afortunadamente, nada decían los despachos de la carga del San Diego y de los cajones marcados, y el mismo valido parecía no saber nada al respecto.

—Volved a verme cuando lleguen los correos de Sevilla y hablaremos, ahora tengo que atender al corregidor…

Así, para su alivio, había sido despedido entre imperativos gestos sin siquiera una mención a las bodegas del galeón. Y mientras se apuraba por las escaleras de la *torre dorada*, solo se concedió tiempo suficiente para aparentar un protocolario saludo al corregidor Diego Martínez.

Desahogado por no haber despertado las sospechas del duque de Lerma, ahora que no temía ser descubierto, sin remordimiento alguno, se dejó ir hacia asuntos más placenteros. Antes de llegar a la galería que conducía a las caballerizas, Hortuño ya pensaba en Constanza. Habiéndose deshecho de Dámaso, no estaba dispuesto a perder su oportunidad.

Afuera, las ramas de los arces se desnudaban con timidez, al compás de las brisas que descendían por la ladera batiendo los árboles. La luna, menguante, se agazapaba tras jirones alargados de nubes. La noche se iba enfriando, como si reuniese fuerzas para las primeras nevadas. Y un gato, que había aprendido a apañarse con las sobras de la cantina, se paseaba por el entarimado de la entrada, lleno de esperanza, pero receloso de los clientes.

En la fonda, dos boyeros comían cuajada de soja fría guarnecida con las últimas hojas de albahaca de la temporada; el mercader, con el rostro abotagado, canturreaba entre trago y trago de *saké* lanzando bocados ocasionales a unas cuantas bolas de arroz que se parecían a las antiguas raciones de las milicias; y Saigo, observando al hospedero prender unos cuantos faroles, aguardaba el momento propicio.

Las brasas del hogar latían como una fragua gracias a las corrientes de aire que se colaban por los maltrechos paneles de la posada; y el cantinero combatía el fresco

echando un tronco al fuego de tanto en tanto.

Se fue haciendo tarde. Para cuando el gato consiguió sus ansiadas migajas, los boyeros se habían retirado, el mercader roncaba haciendo bailar un hilo de baba que le colgaba de la comisura de los labios, y el hospedero esperaba complaciente a que Saigo se decidiera a acostarse.

Un autillo le contestó al viento con su ulular. El felino, satisfecho, empezó a lamerse una mano con su lengua rasposa para asearse el hocico; y el cantinero, regresando de la veranda con el plato de las sobras vacío, se acercó hasta donde estaba el *ashigaru*.

—Os he preparado una habitación tranquila… —aventuró expresando la sugerencia con tanta franqueza como se atrevió.

Saigo sacudió la cabeza con rotundidad, afirmando con displicencia, y miró hacia el comerciante, que seguía empeñándose en rasgar todo el aire de la posada con sus ronquidos, como si quisiera hacerle competencia al autillo.

El hospedero se puso en marcha y el *ashigaru* lo siguió hacia la trasera de la posada.

—¿Cuánto le habéis pagado?

El figonero dio un respingo que intentó disimular sin mucho éxito. Tras recuperar el paso, giró levemente el rostro para hablarle al *samurai*.

—¿Cómo habéis dicho? —le oyó preguntar Saigo sin que el cantinero aminorase el paso.

—A la anciana, ¿cuánto le habéis pagado?

Aún podían oír los ronquidos del mercader y los intentos del autillo por sobreponerse al viento. La luz del lampión que el hospedero llevaba en alto oscilaba con cada paso.

—No sé a qué os referís… —dijo sin convicción.

Saigo se detuvo aprovechando que el cantinero se entretenía abriendo el *shoji* que daba al atrio; una austera explanada de gravilla rodeada por unas cuantas habitaciones sencillas cerradas con el habitual juego de puertas correderas divididas por barrotillos que sostenían papel de arroz.

—Ella no os pagó por el vino de arroz —sentenció el *ashigaru* recordando que la anciana se había limitado a tomar el tosco jarro de licor sin ofrecer nada a cambio—. Y su carga era más ligera al salir que al entrar…

El posadero traspasó el umbral, sin advertir que su huésped ya no lo seguía, y sus pies hicieron crujir la descuidada grava del patio.

—Ha estado saqueando los cuerpos y el campo de batalla para vos —afirmó el *ronin*.

El otoño estaba demasiado avanzado para recoger plantas con las que elaborar la apreciada moxa. Y resultaba razonable pensar que las patrullas habrían dejado en paz

a la mujeruca por el mero hecho de ser una anciana de greñas revueltas que debía de rondar la locura. Pero no se molestó en exponer sus razonamientos.

Apoyó la yema del pulgar izquierdo en la *tsuba* de metal labrado que guarnecía la empuñadura de su sable, dispuesto a desenvainar si lo consideraba necesario.

—Ella no podría vender lo que roba, levantaría sospechas —aseveró, sabedor de que la mujer jamás habría podido explicar convincentemente de dónde había sacado los sables, los decorados de armaduras, los adornos de oro y jade, o cualquier otra pieza—. Pero vos sí. En un establecimiento como este, antes o después aparecen clientes con pocos escrúpulos y menos preguntas…

En aquellos tiempos de guerra no era extraño que muchos vagabundeasen sin más que lo puesto, y cualquiera de ellos pagaría encantado por un plato de comida caliente o un rincón en el que resguardarse de la lluvia con lo que pudiese llevar encima. Una costumbre que le brindaba una excusa perfecta al dueño de la posada para comerciar con lo que la anciana hurtase. Le bastaba argüir que un *ronin* o un mercader huido ante el avance de las tropas se lo había dado para conseguir algo que echarse a la boca.

Poco a poco, a medida que la conversación se desarrollaba, el hospedero había ido reduciendo la velocidad. Estaba a media docena de pasos de Saigo cuando se detuvo y dio media vuelta. Los pequeños cantos que solaban el atrio rechinaron.

—No. Eso no es cierto —negó el figonero sacudiendo rotundamente la cabeza—. Y os ruego que no hagáis esas acusaciones —añadió en un tono más bajo.

Era obvio que conocía el destino que le aguardaba si el *samurai* lo delataba a cualquiera de las patrullas de Tokugawa Ieyasu.

El dedo del *ashigaru* se movió rodeando con calma estudiada la guarnición de la *katana* y el cantinero percibió el gesto. Su rostro demudado perdió el color e, incluso bajo la temblorosa luz del farol, escondida tras las sombras de pómulos y cejas, la palidez se hizo evidente.

—No es cierto… ¡No! Por todos los dioses, es mentira, yo nunca, ¡nunca! Jamás me hubiese atrevido…

Se interrumpió cuando el pulgar del *samurai* empujó la guarnición y el acero apareció brillando a la tenue claridad del fanal. El hospedero incluso pudo ver el inconfundible patrón ondulado que la forja había producido a lo largo del sable, tras plegar y moldear cientos de veces el hierro. Aquel *hombre de las olas* no podía ser un simple paria, sus armas valían una fortuna.

—Sois un embustero —afirmó con rotundidad Saigo usando una voz que fue apenas un susurro.

Y la expresión de horror le dijo al *samurai* que podía dejar su pequeña representación para centrarse en obtener la información que buscaba.

—Sois un embustero. Y por eso quiero que sigáis mintiendo…

Saigo se aproximó a medida que hablaba. Imaginó que aquel ladrón se sentiría aliviado por que no quisiese compartir las ganancias del fraudulento negocio.

—… Nunca he estado aquí. Si alguien llegase a preguntar por un *hombre de las olas* con una descripción como la mía… Podéis mentir u olvidar —era una orden y la rigidez de su mirar noguerado bastó para constatarlo.

El posadero quiso afirmar, y pretendió hablar de corrido para asegurarle por todos los *bodittshava* que jamás mencionaría el paso de aquel guerrero de rostro picado por la viruela por su hospedería; pero la lengua se le trabó y el *ashigaru* continuó:

—¿Qué ha sido del magistrado Ishida Mitsunari?

Saigo estaba convencido de que el cantinero estaría al corriente de algo útil. Si el borracho marchante conocía tantos detalles de la batalla librada en Sekigahara, a la fuerza, el hospedero sabría aún más.

El cantinero no entendió, había esperado una petición distinta, y le costó reaccionar.

—¿Sigue huido? —insistió acercándose.

—Fue capturado hace dos días —adujo el otro apresuradamente—. Lo encontraron al norte, corriendo como un conejo. Había pedido ayuda a unos campesinos, pero fue traicionado, supongo que le pagaron con la misma moneda con la que solía comerciar… Siempre abusó de su poder —añadió sin estar seguro de qué más decir—. Y también han capturado a Ankokuji Ekei, el que defendió la colina de Nangu, ese que había sido consejero en las campañas de Korea con Toyotomi Hideyoshi…

El posadero comprendió que estaba divagando, pero no sabía qué era lo que necesitaba descubrir quien lo amenazaba. Si esperaba obtener recompensa por los fugados, le gustaría averiguar detalles sobre todos ellos, y no solo al respecto de Ishida Mitsurani.

—… Fue un *hombre de las olas* que le guardaba rencor desde las campaña del castillo de Shimoda… Lo apresó mientras intentaba escapar en un palanquín… Y también han atrapado a ese tal Konishi Yukinaga, el convertido a la religión de los barbudos. He oído que, como sus dioses les prohíben suicidarse, no se quitó la vida a pesar de la derrota…

—El magistrado… —interrumpió Saigo para que el otro fuera al grano.

El cantinero dio un respingo y tardó unos instantes en reorganizar la abundante verborrea que le colmaba los labios.

—No estoy seguro… El guerrero que capturó a Ankokuji Ekei hizo noche en la posada, lo trajo atado como un fardo y preguntó por los hombres del venerable señor Tokugawa, quería enviar un mensaje para pedir recompensa y saber qué hacer con su prisionero. Por lo que me contó… —La severa mirada lo conminó a detenerse—. Ishida Mitsurani, sí… También me habló sobre él. Dijo que el castillo de Sawayama

había caído y que el hermano del magistrado había muerto… Nada más.

»Dos mañanas después, vino una patrulla y se llevaron a Ankokuji Ekei. Lo tacharon de simple sacerdote, y me contaron que había sido condenado a muerte. Lo iban a escoltar hasta Kyoto… Sí, eso fue lo que dijeron, Ankokuji Ekei y el resto de traidores serían decapitados en el Rokujo ga Hara, en la ciudad imperial… ¡Todos los traidores!

Saigo sabía que eso no era del todo cierto. Tras la batalla, Tokugawa Ieyasu había decidido ser espléndido con los *daimyo* que lo habían apoyado desde el principio, pero también había sido magnánimo con otros que le habían sido contrarios. El *samurai* había oído que los señoríos del archipiélago habían sido repartidos y reubicados a conveniencia del vencedor, enriqueciendo a unos y empobreciendo a otros según los intereses del antiguo regente, de ese modo, construyó fidelidades y amortiguó deslealtades, engrandeciendo a los primeros con tierras y siervos, privando de gran parte de las fanegas de arroz que les correspondían a los segundos.

—Entonces, ¿oísteis decir que Ishida Mitsunari también había sido condenado? ¿Lo llevarían a Kyoto?

El posadero consideró sus opciones y vio en los ojos del *samurai* que, si mentía, aquel hombre regresaría.

—No pronunciaron el nombre del magistrado, pero imagino que también se referían a él… Los van a ejecutar, a todos.

Al cabo, tras un instante que fue para el cantinero como una eternidad en los ocho infiernos, Saigo deslizó su sable en la vaina.

El hospedero se relajó y las piernas cedieron, cayó de rodillas en la grava y soltó el farol, que quedó peligrosamente cerca de su basto *hakama* de cáñamo.

El *ronin* solo se molestó en añadir una cosa más:

—Recordad, nunca he estado aquí.

Y se marchó para internarse en la noche y recuperar la ventaja que le llevaban. Tenía que llegar a Kyoto antes de que Ishida Mitsunari fuese ajusticiado.

Aunque eran apenas una sombra de las imponentes Caballerizas Reales de Córdoba, donde la saga de los López de Haro se esforzaba por dotar a las coronas españolas de las mejores monturas del mundo conocido, las cuadras del alcázar de Madrid no desmerecían el suntuoso palacio. Dispuestas bajo los pisos dedicados a la Armería Real y a los aposentos de los mozos de servicio, tenían un acceso desde el propio castillo por el que cruzó Hortuño de Andrade.

Inquieto, mientras andaba, el secretario tironeaba de los picos del jubón que le asomaban bajo la cuera. De la agonía que había sufrido pensando que podía ser descubierto había pasado rápidamente a una agradable ensoñación, caminaba pensando en ella con una sonrisa bobalicona prendida en los labios, retocándose ahora la botonadura e ignorando el penetrante tufo del estiércol.

A los lados de la gran nave central se acomodaban los pesebres que albergaban la mayor parte de la yeguada y, aunque muchos estaban vacíos por la partida de caza del rey, a medida que el secretario del valido pasaba ante ellos, algunos ejemplares de preciosa estampa resoplaron por los ollares. Y un semental zaino, disgustado por la intromisión, soltó dos coces al aire después de piafar con desdén. Hortuño, como tantos otros hombres que se tenían por piadosos, veía algo sacrílego en los baños y el celo de la higiene, por lo que apenas se preocupaba de refrescarse con un cacillo de agua limpia cada mañana, a ser posible bien fría, para evitar las lombrices; aunque, eso sí, usaba abundantemente pastas perfumadas de benjuí o almizcle. Y no se percataba de que era la mezcolanza de hedores que supuraba, junto a su ánimo, la responsable del mal recibimiento de los animales; estaba demasiado ocupado divagando: por un lado, consideraba cómo escabullirse del problema que suponían las pérdidas en sus tratos con Antonio de Morga, provocadas por el hundimiento del San Diego; por otro, depositaba esperanzas en la relación que anhelaba ver germinar entre él y Constanza ahora que tenía el camino expedito.

Iba tan distraído que tropezó con un mozo de espuelas cuando el chico, que reculaba esparciendo manojos de heno, retrocedía desde uno de los pesebres. El muchacho cayó al suelo aparatosamente entre las briznas de paja y Hortuño trastabilló, braceando hasta recuperar el equilibrio tan dignamente como pudo.

—Que se prepare mi montura —le ordenó con aire afectado una vez logró asentarse.

El jovenzuelo, que había tenido que abandonar, muy a su pesar, el fantástico espectáculo que habían montado unos funámbulos en la plaza aneja a palacio, se hizo de rogar. Conocía al secretario del privado y, de no ser por su posición, no le hubiera hecho el más mínimo caso. Era uno de esos hombres que causaban mala espina al primer vistazo: pequeño, de rostro afilado como una puntilla, con escasos cabellos negros, repeinados para disimular una calvicie evidente que parecía contagiarse en el pobre amago de bigote y perilla que, infructuosamente, se dejaba crecer. De caderas anchas y espaldas estrechas, como una peonza vuelta, vestía siempre con una impoluta pulcritud que no hacía sino ensalzar lo pobre de sus hechuras. Lo más destacable en el anodino aspecto era un desagradable lobanillo que le abultaba la sien derecha. El muchacho, que era hijo de un aceñero de Colmenar Viejo, siempre se acordaba de las anguilas que su padre capturaba en el caz del molino cuando veía al relamido secretario. Y el ilustre Hortuño de Andrade no mejoraba con el trato, siempre despectivo y altanero, pero, con tan pocas agallas como para deshacerse en halagos y cumplida modestia si, a quien se dirigía, tenía una posición más elevada.

—Como ordenéis —dijo al cabo el mozo largándose manotazos en la pechera al tiempo que se alejaba hacia el manso castrado del secretario.

Pero, mientras palmeaba el cuello del caballo, que abría los ojos demostrando

disgusto por la llegada de su jinete, el mozo se dio cuenta de que, con aquel espectáculo de funambulismo, el subalterno del valido no querría abandonar las caballerizas por el portalón principal, al que llamaban *arco de la Armería*, porque se encontraría en un instante retenido por la muchedumbre que abarrotaba la plaza, y si decidía usar la otra salida, en el extremo del edificio, se toparía con ella y el hijo del molinero se hallaría en apuros. Iba a darse la vuelta tirando de las riendas, pensando en una excusa, cuando oyó lo que temía.

—¡Mi querida dama Constanza!

La voz aflautada de Hortuño rechinó en los oídos del muchacho obligándolo a detenerse.

El mozo Juan Vázquez, además de ciertos anhelos por la hija de un tahonero que regentaba un modesto negocio cerca de la Puerta de Toledo, no tenía mucho más que aquel trabajo en las caballerizas y la esperanza de conservarlo. Sin embargo, cuando meses atrás las amplias sonrisas de la amable Constanza de Accioli le habían robado sus determinaciones, el zagal había accedido a encubrirla cuando desease bajar desde el palacio para disfrutar de la compañía de los jamelgos, con los que ella parecía entenderse a las mil maravillas. Y aunque la menina no debería estar en las caballerizas sin más compañía que la de un mozo de cuadra, si no había ajetreo y no se esperaban visitas de jinetes de relevancia, Juan incluso la había dejado montar por el recinto en alguna ocasión. Ahora, tironeando del castrado del secretario intentaba apurarse buscando pretextos.

—Oh…, don Hortuño, qué alegría veros —oyó el muchacho cuando ya alcanzaba a ver a la joven, que, con la mano en el hocico de una vieja yegua torda con la que se había encariñado la menina, se giraba hacia el subalterno del duque de Lerma—. ¡Qué feliz coincidencia! Hace unos días hablaba de vos con su majestad la reina. ¿Habéis recibido noticias de Manila?

Juan se mordisqueaba el labio inferior sin saber si debía o no intervenir. Hortuño, por su parte, perdió en un instante el buen humor provocado por el encuentro y el pecho, con un resoplido que no supo disimular, se le hundió como a un palomo asustado. Sabía muy bien que aquella pregunta tan solo disimulaba el interés de Constanza por el que había sido su amigo de la infancia. La felicidad por haberla encontrado tan inesperadamente pugnaba con su indecisión.

Al secretario le gustaba que las cosas se desarrollasen tal y como él preveía, su mayor satisfacción en el mundo era ver sus maquinaciones hechas realidad. Y aunque parte de él había estado pensando en Constanza, tras su entrevista con el duque de Lerma, estaba más interesado en abandonar Madrid por el puente de Segovia para ir a visitar sus almacenes, más allá de las albarradas a medio derruir que cercaban la ermita del Ángel de la Guarda. Aún no había decidido lo que pensaba decirle, y aquella pregunta inoportuna había conseguido desbaratar sus pensamientos, una

sensación que le hacía enfebrecer.

Constanza, que, sin perder la sonrisa, advirtió la angustia del mozo a espaldas del secretario y, sabedora de que salvando a su cómplice se protegía a sí misma, agradecida de que a Hortuño no se le hubiera ocurrido cuestionarse cómo una dama de la corte podía andar por las caballerías sin su dueña u otras damas, decidió insistir.

—¿Ha llegado ya la flota de La Habana? —Mientras hablaba, la yegua, que seguía esperando el trozo de melcocha que Constanza conservaba en su otra mano, empezó a hociquear con impaciencia—. ¿Hay alguna nueva interesante de las Indias? —Y, tras una pausa, sin poder evitar un significativo cambio en el tono de voz—: ¿Y de Filipinas?

Viendo que el secretario no respondía, sin atreverse a interrumpirlo tendiéndole las riendas, el mozo de espuelas se quedó donde estaba, temiendo la reprimenda que recibiría si se llegaba a descubrir que le granjeaba la entrada a la joven siempre que ella se lo pedía. Constanza, aprovechando que el subalterno del privado bajó el rostro por un momento, le dio el dulce a la yegua arqueando bien la palma alrededor de los belfos para evitar un mordisco, y caminó entonces hasta pasar al lado de Hortuño para, con un guiño cómplice, recoger las riendas que blanqueaban los dedos del muchacho. Juan, tras el gesto de aquiescencia, agradecido, aprovechó para escabullirse hacia las pacas de heno.

—¿Es esta vuestra montura? —cambió de tema Constanza al tiempo que se acercaba al castrado por el costado del animal y aflojaba la tensión de los correajes.

De entre el repiqueteo de las obras en palacio llegó el sobresalto de un estruendo que sonó a derrumbe y ambos giraron el rostro hacia la dirección del sonido. El jamelgo movió el rabo azuzando a las moscas y, cuando el barullo se aquietó, a excepción del grito lejano de algún maestro de obras evidentemente disgustado, los dos pudieron mirarse cara a cara. Constanza sonreía, Hortuño apretaba los labios.

El secretario iba a hablar cuando se encontró con los profundos ojos azules de la joven y se le extravió el ingenio. Los altos pómulos descendían hasta un mentón suavizado en un rostro erguido, bien proporcionado, enlucido por brillantes rizos dorados recogidos en una pulcra trenza que, después de colgar levemente sobre la mejilla, se resguardaba en una funda adornada con cintas y rematada con un delicado bonete. Vestía una camisa labrada de mangas abolladas que, a pesar de la soltura del lino, dejaba adivinar la curva de los generosos pechos, alzados por las ballenas de la cotilla que le afinaba la cintura, vistosamente estrecha gracias a la amplia falda ahuecada con verdugados. Los tonos azulones de las telas que vestía la menina resaltaban su tez clara y los alegres ojos de aguamarina. Era una beldad por la que llevaba suspirando meses, largos meses en los que ella no había sabido ver el amor que estaba dispuesto a rendir a sus pies, y a Hortuño se le apelotonó la envidia encima de la nuez y le costó tragar antes de ser capaz de contestar. Como cada vez

que pensaba por un instante en ellos dos juntos, algo se le revolvió dentro esparciendo bilis en sus entrañas. Era él quien se la merecía; y no podía comprender cómo nadie más podía ver la injusticia que suponía que el amor de Constanza se lo llevase un don nadie sin fortuna que no tenía más nombre que el de una relación lejana con el conde de Lemos.

—No, lo cierto es que no —negó el secretario continuando sin pudor con sus embustes.

Se oyeron más gritos y el retumbar de pasos rotundos en el piso de la armería. Y Hortuño quiso encontrar palabras adecuadas para encandilarla.

—Precisamente, vengo de una audiencia con su excelencia el duque de Lerma —dijo elevando el tono para ir ganando compostura a medida que cobraba confianza—. Y hemos estado departiendo sobre la flota, pero luego he tenido que atender al corregidor… Tendré que volver a despachar con el valido en cuanto lleguen nuevas desde Sevilla…

Constanza, a la que no le había pasado inadvertido el silencio previo, se recolocó a disgusto la puntilla de encaje dorado que remataba el cuello de la camisa, sintiendo todavía el peso de la mirada del secretario recorriéndola. Comenzaba a incomodarse, los oscuros ojos resbalaban sobre la afilada nariz de un modo siniestro. Tuvo la certeza de que la estaban calibrando con la eficacia de un avaro enfrascado en recontar lingotes de plata y corachas de pimienta.

Hortuño, inmóvil a excepción de sus dedos inquietos, que jugaban con los picos del jubón, buscaba en su memoria alguna de las tramas de la corte sobre la que poder presumir cuando lo interrumpieron.

—¡Niña! Pero ¿dónde os habíais metido? ¡Qué angustia!

El aya, a grandes zancadas, caminaba hacia ellos desde el otro extremo de las caballerizas, donde estaba la entrada al alcázar. Se bamboleaba entre el revuelo de las abundantes telas del amplio vestido que cubría su opulenta humanidad, con el rostro agitado y las greñas alborotadas alrededor del tocado.

—¡Debemos ir a palacio! ¡Os están esperando! ¡El confesor de su majestad ya ha salido de la capilla!

Y en ese momento, Pacheca, hasta entonces ofuscada por la angustia de no encontrar a la muchacha a tiempo, se dio cuenta de la presencia del secretario del todopoderoso noble agraciado con la privanza del mismo rey y, atropellándose en la reverencia, se disculpó por las maneras.

—Vuestra merced, lamento la intromisión —dijo mientras, aliviada, veía con el rabillo del ojo las espaldas de un mozo de espuelas afanado en trabajos de cuadra; al menos había otra persona en los alrededores.

Hortuño se guardó el comentario que había estado destilando para darse importancia ante la joven, se compuso lo mejor que supo y engoló la voz para hacerse

valer restando gravedad al asunto.

—Está bien, no hay inconveniente, solo estábamos…

Pero a la dueña le ardían las enaguas por dirigirse a los aposentos de la reina y ni siquiera lo dejó acabar.

—Vamos, ¡vamos! No pretenderéis que su majestad os haya de esperar… —le espetó a Constanza hiriendo el orgullo del secretario.

Ante el pasmo de Hortuño, que tragaba aire todavía pendiente de lo que hubiera querido decir, las dos mujeres se alejaron y el mozo de espuelas suspiró aliviado.

Él, que podía tomar decisiones de las que dependían las vidas de miles de hombres, mientras resolvía cómo recuperar una fortuna perdida en una batalla contra los rebeldes holandeses y juzgaba el futuro del mismísimo oidor del rey en Manila, había sido ignorado por una joven y ninguneado por una vieja. Empezó a resoplar mientras notaba cómo el rubor se le subía a las mejillas y le empezaban a arder las orejas. Pensaba que la cosa no podía ir a peor cuando le demostraron que se equivocaba.

—Si llegan noticias de Manila no os olvidéis de decírmelo —le pidió Constanza volviendo el rostro por encima del hombro mientras intentaba arreglárselas para no tropezar por culpa de los tirones de la dueña.

Aquellas palabras remataron su ánimo y los celos se transformaron en una amarga bosta que se le emplastó en el gaznate como una ponzoña espesa. Teniéndolo a miles de leguas, ella seguía pensando en el otro.

Hortuño de Andrade sentía el rostro encendido y todos sus músculos tensados por una rabia incandescente. Sin embargo, tomó pronto una resolución que le permitió asentar su respiración, si la distancia no era suficiente, entonces, habría que añadirle unos cuantos pies, pero bajo tierra.

Y Hortuño decidió que Dámaso tendría que morir.

—¿Adónde va?

El peculiar modo de enlazar la pregunta le confirmó a Saigo que estaba cerca de su destino. Como a cualquier nacido en la meridional isla de Kyosho, el curioso dialecto de la ciudad imperial le resultaba extraño.

—Bueno, un poco más allá —respondió con cortesía, tras encontrar entre sus recuerdos la respuesta que correspondía acorde al ceremonial.

Era un campesino vestido con un humilde *hangiri*. Un hombre menudo con los cabellos desarreglados y un flequillo que le aniñaba la expresión, enrevesada por culpa de unas cejas desiguales y una extravagante nariz, rota hacía tiempo y arreglada con poca maña. Le faltaban los dos dedos menores de la mano derecha, y su brazo no parecía otra cosa que restos de carne pegados a una osamenta hecha de astillas, pero portaba sin esfuerzo un gran cesto con nísperos de vivos colores coralinos.

—Ah, eso hace —contestó el labriego terminando el ritual del saludo y

quedándose a la expectativa.

En el silencio que siguió, el agricultor le dedicó una respetuosa reverencia que apreciaba la condición de *samurai* del hombre que tenía enfrente, aunque las ropas humildes dejasen en evidencia que el guerrero no tenía señor a quien servir. Eran las maneras tradicionales, las propias de la antigua villa, fundada cientos de años antes por el divino Kammu, el que tanto luchara contra los Ezo del norte al percatarse de que, si quería que la casa del emperador siguiese conservando el poder, debía librarse de las perniciosas influencias de la cada vez más pudiente clase sacerdotal budista.

El saludo y los modales le decían que había llegado. En su particular cruzada, Saigo había seguido bordeando el lago Biwa, moviéndose hacia el sudoeste en paralelo al *camino entre las montañas*, cuidando siempre de evitar nuevos enfrentamientos. Había descendido desde las sierras, guardianas de la inmensa masa de agua donde se escondía el mítico bagre que originaba los temblores de tierra con sus coletazos. Y se había adentrado en las cuencas de los ríos que daban forma a la planicie donde se albergaba la benemérita ciudad, a los pies de la confluencia del Kamo y el Takano.

Durante cuatro días había estado ocultándose en los bosques que rodeaban la travesía, desplazándose con sigilo durante más de treinta *ri*. Pero al acercarse a la ciudad había acelerado el ritmo, incorporándose al empedrado de la ruta. Muchos, como Saigo, preferían el trayecto del Nakasendo para viajar a Kyoto desde el nordeste, pues, al contrario que siguiendo el *camino de la costa*, no había ríos que vadear. Además, a los viajeros se unían los peregrinos que visitaban los importantes templos que velaban el norte de la metrópoli, así que el número de transeúntes que copaba la senda le había permitido pasar desapercibido entre la multitud. Hasta que aquel hombrecillo de sonrisa cordial se cruzó en su ronda.

—¿Puedo ofrecerle una fruta? —preguntó el campesino amablemente al tiempo que inclinaba el capazo.

El deje del habla local sonaba extraño. Saigo juzgó el aspecto y la expresión del paisano, descompuesta por la deformada nariz. Asumió que su interés no revelaría de él más que una lógica curiosidad, y se decidió:

—¿Pasó ya la escolta con el magistrado Ishida? —inquirió imaginando que el labriego, quien viviría por los alrededores, sabría darle razón.

De reojo, Saigo vio que otro *samurai* con aspecto desaliñado se dirigía hacia ellos montado en un buey tordo de pasos cansinos y, esperando que no pudiese oír la respuesta de su interlocutor, dio un paso al frente para obligar al campesino a retroceder hasta el borde del adoquinado.

Algo parecido a la pena cruzó los ojos del labriego, como si no hubiera esperado una pregunta como aquella.

—Sí, yo los vi —afirmó alzando el brazo libre en dirección a la ciudad—. Les

ofrecí mis nísperos —señaló volviendo a inclinar el cesto para que Saigo se pudiese servir—. Pero no quisieron —aclaró con afectación—, el magistrado dijo que podían sentarle mal, pues era hombre de estómago delicado… Y el otro, eh…, uno que hacía gestos extraños —como el campesino hizo revolotear sus dedos frente al pecho al modo de los monjes extranjeros, Saigo imaginó que el paisano se refería a Konishi Yukinaga, quien había abrazado la fe de los forasteros—, le dijo con socarronería que iban a morir antes de que se pusiese el sol, pero el magistrado contestó que nadie podía saber cuál era su destino, todo podía cambiar en un instante… En un parpadeo, ¿no? Así… —Terminó haciendo un rápido movimiento con la mano desocupada.

Y antes de añadir cualquier otra cosa el labriego se echó a reír a carcajadas. Quizá porque le sonaba a chaladura que el magistrado hubiese albergado esperanzas de salir bien parado, aun en el momento en el que era conducido a su ejecución. Pero, por extraño que le resultase a aquel desdichado, esas eran las enseñanzas; nadie era dueño de su destino, que podía cambiar de un instante al siguiente. El *karma* estaba por encima de la voluntad de los hombres, que no podían hacer otra cosa que intentar mantener la dignidad debida.

Al contrario que aquel pobre labriego, Saigo sí podía comprender el gesto. Ishida Mitsurani era un budista zen; un hombre adscrito a las viejas creencias.

Y ese razonamiento lo llevó a caer en la cuenta de algo que no había pensado hasta entonces. Siguiendo aquellas convicciones suyas, el magistrado, ortodoxo seguidor de las enseñanzas del iluminado Siddharta Gautamá que llegaran desde el país de Tendyiku generaciones atrás, se había mostrado siempre en contra de la fe de los extranjeros. En tiempos, incluso había incitado al *taiko* a emitir dictados de expulsión contra los *gaijin*. Sin embargo, la abundante provisión de armas de fuego usada durante el asedio a Fushimi solo podía haber sido proporcionada por los forasteros; las que se manufacturaban en el Japón no eran tan fiables y la producción, por el momento, era escasa.

Oyendo las carcajadas del campesino, Saigo se preguntó si aquel converso al que también llevaban al encuentro del verdugo no tendría relación con los mosquetes empleados por las huestes del magistrado. Al contrario que el derrotado Ishida, algunos notables del archipiélago habían tenido una relación abierta con los barbudos venidos del otro extremo del mundo, aunque la mayor parte de las veces se hubieran posicionado así por codiciosos intereses en el comercio y no por razones de fe.

Uno de ellos había sido el propio Tokugawa Ieyasu, quien, sin embargo, con un gesto como el de ejecutar al convertido Konishi Yukinaga, demostraba no querer guardar por más tiempo las formas con los señores feudales que habían abrazado la religión de los forasteros. Más bien parecía que el clan de los Tokugawa, ahora que se había hecho con el poder y no necesitaba el apoyo de quienes se habían revelado afines a los extranjeros, mostraba una aversión tan recalcitrante como la del

magistrado hacia aquellos advenedizos *gaijin* que, a juicio de muchos, estaban pervirtiendo el *país de los dioses*.

Se le ocurrían demasiadas preguntas y apenas unas pocas respuestas. Tenía que encontrar el modo de interrogar a los prisioneros antes de que los ajusticiasen.

—¿Cuándo? —preguntó Saigo tras el silencio de sus reflexiones, sin alzar la voz para evitar que lo oyesen los esforzados porteadores de un palanquín que se alejaba de Kyoto—. ¿Cuándo los visteis?

El labriego, inmerso en su regocijo por la extravagancia de las ideas del magistrado, tardó un poco en reaccionar, como si le hubiese costado procesar las palabras.

—Pues, pues… —Pareció reflexionar y las contorsiones de sus mejillas por el esfuerzo tensaron la piel que rodeaba la maltrecha nariz, afeándole aún más la expresión—. Debieron de llegar a Miyako a la *hora de la cabra* —contestó con una sonrisa, usando el antiguo nombre de la ciudad.

A juzgar por la posición del sol todavía era temprano, estaban en el *tiempo del dragón*, así que Saigo, temiendo la respuesta, volvió a preguntar.

—¿Ayer? ¿A la *hora de la cabra*?

El campesino se agitó, casi indignado, como si le costase comprender las dudas de su interlocutor.

—No, no —contestó enfatizando la negación con el tono de voz—, hace ya dos días, dos —reveló al fin para disgusto de Saigo.

Eso significaba que debía apurarse.

Hortuño ya había tomado su decisión semanas atrás, la mañana en la que había comprendido la dolorosa verdad: aun habiendo mandado a Dámaso al otro extremo del mundo, ella, la mujer que anhelaba poseer, seguiría sin apreciar el inmenso amor que estaba dispuesto a rendir a sus pies.

Y no tenía intención de echarse atrás. Poseía una fraudulenta fortuna, una enorme red de atemorizados informadores y la confianza del privado del rey; todo lo había logrado sin pudor alguno por la sangre derramada y no iba ahora a dejarse llevar por sentimentalismos. Constanza, lo único que echaba en falta, sería suya, a cualquier precio.

Sin embargo, aunque deseaba con todas sus fuerzas la muerte del que había sido su amigo, no se iba a permitir dar un paso en falso. En las últimas noches, desapacibles mientras espantaba un insomnio inquieto empeñado con traer al presente recuerdos de la infancia compartida con su rival en Galicia, había combatido la agonía del duermevela cavilando, buscando el modo de deshacerse de él. Y creía tener ya la excusa perfecta para cubrir sus acciones sin que ni el mismísimo rey Felipe pudiera echarle en cara lo que pretendía hacer. Además, la aprovecharía para reponer el fiasco del San Diego, con el que perdiera miles de maravedíes.

De Sevilla, tal como había callado, aparte de los despachos que aguardaba el duque de Lerma, dispuestos en la cartera de cuero con sellos oficiales que descansaba en su mesa, había llegado algo más: su pretexto.

Frente a él, un escuálido Jacob Claasz relataba su travesía. Y un viejo mayordomo de palacio, que había conseguido el nombramiento por distinguirse en Breda, hacía las veces de traductor.

—Entonces, ¿todo fue financiado por unos comerciantes de la Ma…?

—La Magelhaensche Compagnie, sí, de un tal Peter van…

El mayordomo calló ante el gesto seco del secretario del duque de Lerma, que no parecía interesado en oír la lista de ricos mercaderes que habían patrocinado la expedición flamenca.

—Se llame como se llame, y fueran quienes fuesen…, se trató de un asunto comercial, ¿no es así?

—Sí, efectivamente —afirmó el sirviente agitando sus cabellos canos al bajar el rostro—, aunque supongo que sería para sufragar…

—No os compete suponer nada, solo traducir lo que este desdichado tenga que decir —volvió a interrumpir desdeñosamente Hortuño.

El mayordomo, veterano de Flandes, estaba seguro de que la intención de los comerciantes neerlandeses era suministrar dineros a las huestes que luchaban contra los Tercios españoles; pero inclinó una vez más el rostro, asumiendo la reprimenda con pocas ganas.

—Así que —continuó el secretario— partieron de Rotterdam, bordearon Gabón, cruzaron el Atlántico…

Esta vez, el que habló fue el holandés, que parecía apurado por terminar con su historia, quizá esperando que así no se tomasen represalias contra él. Con su rijoso idioma de graves consonantes, se extendió en repetidas explicaciones atropelladas y Hortuño miró con exasperación al mayordomo.

—Viene a decir, si me permite vuestra merced, ya que veo que le interesa el grano y no la paja —afirmó con evidente ironía—, que pasaron más hambre que una docena de putas leprosas…

Hortuño, como hombre de confianza del valido, procuraba tener ojos y oídos en el palacio a fin de mantenerse al tanto de las intrigas y tejemanejes que florecían en los despachos y corredores del Real Alcázar, y aquel cortesano revenido podía no ser un prodigio de maneras, pero había demostrado su lealtad o, al menos, su fidelidad cuando el pago era en plata de ley; por lo que no le tuvo en cuenta la vulgaridad.

—De acuerdo, quemaron uno de los barcos, vivieron de milagro a base de frutas… —Con lo que le había contado hasta el momento aquel holandés, Hortuño ya tenía más que tela suficiente con la que cubrirse las espaldas, aun así, quería saber más, sentía una enfermiza tentación por controlar hasta el más mínimo detalle—.

Pero ¿intentaron establecerse en Brasil? ¿Entablaron comercio con algún proveedor?

El sirviente fue traduciendo las preguntas. Y, mientras esperaba sus respuestas, Hortuño pensó que, tras la conversación, tendría que intentar sobornar a alguien del bureo de mayordomos con influencias y gusto por los chismes. Necesitaba asegurarse de contar con alguna amenaza que le permitiese dar por seguro que al improvisado intérprete no se le iba a soltar la lengua. Había oído que los galopines de cocina, descontentos con la paga, se habían decidido a robar las cortinas de uno de los salones del Patio del Rey; y si Hortuño encontraba el modo de hacer que el veterano pareciese el instigador, entonces, el vejancón permanecería callado; bastaba infundirle el miedo a perder su puesto en la corte, lo que sería una condena a pasar sus últimos años mendigando en la esquina del humilladero de la Puerta de Moros, donde muchos soldados venidos a menos pedían limosna junto a la capilla de Nuestra Señora de Gracia.

—Dice que no, su destino era las Indias Orientales y el capitán Van Noort, si me lo permite, parecía tener ascuas en los calzones. Estos condenados —afirmó mirando con desprecio al esquelético marino— están impacientes por encontrar sus propias rutas a los archipiélagos de las especias —añadió desoyendo la advertencia del secretario al acicalar la traducción con sus propias suposiciones—. Dejaron *las tierras de palo brasil* en el verano y, para septiembre, ya habían llegado a la Patagonia, donde los atacaron los indios y tuvieron que matar el hambre con pingüinos y focas… También ha mencionado que no piensa volver a comer carne semejante en la vida —aclaró el mayordomo con una cínica sonrisa al tiempo que el flamenco negaba una y otra vez sacudiendo su cadavérico rostro.

Hortuño resopló y se pasó la mano abierta por las mejillas hasta tironear de la perilla. Con la piel tensa por el gesto y el lobanillo reluciendo por el sudor, replicó a disgusto:

—No me cabe duda. Lo de la mala pitanza lo tengo claro, ¡no hay más que verlo! Y el capitán García mencionó en su despacho que este —adujo alzando levemente la mano para señalar al neerlandés— no hizo otra cosa en todo el trayecto que pedir algo que echarse a la boca… Pero ¡por el amor del cielo! —exclamó alzando sus pequeñas manos traslúcidas—. ¿Cómo diantres acabó preso de una tripulación española?

Los negocios turbios del secretario del privado le habían brindado la oportunidad de entrevistar al esquelético marino neerlandés sin que nadie en el almirantazgo se enterase, no obstante, estaba seguro de que, antes o después, la marinería del barco que lo había traído a Sevilla hablaría. Quería exprimirlo antes de tener que deshacerse de él.

—Por lo que le he podido entender —aclaró el cortesano dudando de su oxidado flamenco—, llegaron al estrecho del sur a principios de noviembre, pero no

encontraron el paso de Magalhães hasta bien entrado el mes, no se acuerda de la fecha, aunque fue él quien la apuntó en el cuaderno de bitácora. —Hortuño agitó las manos con impaciencia, revolviendo un índice sobre el otro—. Desembarcaron en un par de ocasiones —dijo el mayordomo acelerando sus palabras—, se pelearon con los patagones, perdieron hombres, descubrieron un par de bahías, a una la llamaron Olivier, como el capitán, y a la otra Mauricio, como el barco…

—¿Mauricio? Eso viene a ser lo mismo que *Mauritius*, ¿o no?

El flamenco reconoció el nombre y se lio a parlotear apresuradamente. Hortuño, pensando en el carguero que causara la pérdida de sus mercancías en las Filipinas, sonrió satisfecho al ver cómo, sin necesidad de hacer preguntas que desvelasen sus intenciones, comenzaba a cobrar réditos por aquella entrevista. Ya había empezado a industriar lo que le diría al valido.

—Sí, ese era el nombre de la nao capitana, pero afirma que el hielo les impidió explorar…

El mayordomo nada sabía del combate naval en la Fortuna. Todo lo contrario que el secretario, cuyos raquíticos labios cenicientos se contorsionaron en un mal apaño de sonrisa.

—Está bien, está bien —lo interrumpió—, ¿qué más? Y que abrevie, el duque de Lerma está esperando —concluyó apuntando con uno de sus frágiles dedos hacia el techo de su despacho en la *torre dorada*.

Los otros dos cruzaron muchas más de aquellas palabras esquinadas del orangista mientras Hortuño taconeaba impaciente.

—Tuvieron que pelear con los naturales —resumió finalmente el mayordomo cuando el neerlandés terminó su exposición—. Él intentó desertar —informó con evidente disgusto, apuntando al holandés con el pulgar—. Lo atraparon, lo juzgaron y lo abandonaron en lo que debe de ser el Puerto de la Hambre, porque en aquellos lares no hay mucho más…

Ante el ademán de apremio de Hortuño, el mayordomo se interrumpió para preguntarle algo en flamenco al marino. Luego prosiguió como si le costase creer lo que había oído.

—Que sufrió penurias unas semanas, sin otra cosa que masticar que hierbajos… Tuvo suerte de que fuese en enero —aventuró reflexivamente el lacayo—; en otras fechas, si me permite vuestra merced, este hubiera acabado tan congelado como la coyunda de una bruja —volvió a añadir aun pese al gesto de reproche del secretario —. Lo recogieron unos ingleses que llevaban un piloto portugués, por lo que entiendo, esos malandrines hijos de mala madre andaban a la caza de las naos con la plata de Nueva Castilla… Entablaron combate frente a las Islas de los Ladrones con una fragata española con cargamento de minas al puerto de Callao, y cuando los nuestros iban a ejecutarlo contó lo que sabía y se lo llevaron a través del Camino

Real, cruzando Panamá…

—No hace falta que continuemos —le pidió silencio Hortuño agitando las manos para refrendar la orden.

Había recibido los despachos del capitán de navío que trajera al holandés desde el puerto de La Habana. Ya conocía los movimientos del flamenco desde su captura, e incluso se había cuidado de borrar el rastro prometiendo sobornos o encargando cuchilladas en tabernas para cualquier oficial indiscreto que se hubiera cruzado con el neerlandés.

—Está bien, podéis iros —insistió despidiendo al lacayo.

El sirviente enarcó una de sus cejas entrecanas.

—¿No querrá el excelentísimo duque contar con mis servicios de traductor?

El mayordomo hizo la pregunta con cierta sorna, dando por hecho que Hortuño se equivocaba al mandarle retirarse.

—No, no hará falta. Podéis iros —reiteró en tono aún más firme sin dar explicación alguna—. Y decidle a alguien de la guardia que venga.

El viejo cortesano apenas dejó traslucir la sorpresa, se limitó a entornar los ojos con picardía, barruntando las intenciones del secretario.

—Así se hará… —terminó por afirmar, inclinándose al tiempo que echaba una pierna atrás para girarse y abandonar la estancia.

La puerta se cerró con estruendo, pero el secretario no llegó a darse cuenta del desplante.

Aunque Hortuño había despedido a la escolta del prisionero para deshacerse de oídos indiscretos, ahora, que empezaba a imaginar la versión que le expondría al duque de Lerma, prefería asegurarse de contar con unos cuantos soldados de palacio que dieran algo de empaque al desastrado prisionero.

Con la única compañía del famélico holandés, que lo miraba con ojos indecisos, el ayudante del privado tomó la cartera de cuero de su mesa y se puso en pie. Mientras lo hacía, finiquitaba el que sería su discurso.

La idea había empezado a calar la misma mañana en la que Constanza había preguntado si había noticias de Manila. Hortuño había salido de las caballerizas airado, hincando los talones en los costados de su montura después de haber apartado de malos modos a un insignificante mozo de cuadra. Había deseado refugiarse en el caserón del camino a Segovia para contar consuelos en sus cajas llenas de riquezas.

Tan apurado había abandonado el alcázar que no había sido capaz de hacer otra cosa que esquivar los carros que salían al paso, girando sin más en cada bocacalle, descuidando su dirección; hasta llegar al lavadero de la cuesta de Santo Domingo, donde las risueñas muchachas que atendían la ropa le habían recordado a Constanza. Había aflojado la presión de las rodillas, la montura se había dejado ir al trote y acabó al paso.

Hubo quien gritó indignado, pero él no había escuchado las maldiciones del calderero. No había visto la cesta de coles que terminó en el suelo para regocijo de los pillos que correteaban frente a San Antonio y que, rápidamente, hurtaron las que no pudo recoger la dueña.

Sin haberlo pretendido su jinete, el animal se había detenido en la plazuela de la Cevada.

Un chiquillo que se hurgaba con afán las narices lo había mirado desde un rostro cobrizo lleno de manchurrones indefinidos. Y, cuando iba a gritarle que se marchase, Hortuño había visto el hospital y el monasterio de la Concepción Franciscana, y entonces se había acordado.

Los mártires del Japón. Aquella historia que había oído contar al amanuense del Consejo de Inquisición. Pocos años antes había llegado la demoledora noticia, treinta cristianos torturados y crucificados, lanceados hasta morir por aquellos herejes asiáticos. Media docena de frailes y una veintena larga de pobres desdichados que habían abrazado la verdadera fe, niños incluidos.

El duque de Lerma, hombre piadoso como ninguno, pariente del cardenal de Toledo, mantenía buenas relaciones con los jesuitas y Hortuño conocía bien los graves problemas de los misioneros en aquel lejano país. El secretario del valido había vuelto a escuchar el relato del martirio de aquellos infelices en los despachos del privado en la *torre dorada*. Y allí, en la plazuela de la Cevada, ante la mirada de aquel mocoso, Hortuño había caído en la cuenta.

Los escoltas llegaron e interrumpieron los pensamientos del funcionario, que repasaba la estratagema pergeñada para usar ante el duque de Lerma, ideada con la única determinación de no tener que volver a preocuparse por Dámaso. Ahora, gracias al relato del estragado Jacob Claasz, ya tenía el pretexto que necesitaba.

Cuando se puso en marcha, tras hacer un expeditivo gesto a los guardias para que lo siguiesen, Hortuño de Andrade sonreía.

La suntuosa Kyoto, a la que los ancianos nostálgicos seguían llamando Miyako, era la ciudad más grande de todo el archipiélago. Albergaba inmensos palacios, multitud de templos, enormes zonas mercantiles y amplios barrios residenciales. Repartidos entre sus distritos vivían potentados mercaderes que se dedicaban al comercio de cenizas o a la compraventa de estaño, simples artesanos que manufacturaban desde los más sencillos utensilios hasta sables de incalculable valor e, inevitablemente, legiones de desdichados pordioseros.

Dos cientos de miles de almas se congregaban en sus ordenadas calles, dispuestas en una cuadrícula precisa que seguía las viejas enseñanzas taoístas de la geomancia, respetando los flujos de viento y agua. Era inmensa. Tal y como constaba en los registros; entre los comerciantes, los menestrales, los monjes, los indignos *eta* sin nombre de los suburbios, y los poderosos *samurai*, vivían allí el doble de personas

que en la población de osaka, la elegida por el *taiko* para construir su gigantesco castillo de paredes índigo y tejas doradas. Y, tras ambas, creciendo día a día en importancia desde que se consiguiera en Sekigahara la victoria, Edo; la villa predilecta del feudo de Tokugawa Ieyasu, señor de las extensas tierras de la llanura del Kwanto, triunfante unificador del país. Una ciudad floreciente que llevaba camino de convertirse en la capital de todo el Japón.

En Edo, según había oído Saigo rumorear durante su camino, infinidad de peones estaban drenando las marismas para ganarle terreno al mar y levantar una urbe acorde al omnipresente gobierno que se estaba instaurando. Las ingentes obras ya habían empezado, como en Fushimi o muchas otras fortalezas sometidas durante la guerra civil. El antiguo regente modelaba la nación a su gusto y en la antiquísima Kyoto, desde los pasillos de las cámaras imperiales hasta los sollados de los curtidores, todos comenzaban a preguntarse si el orgulloso vencedor no estaría deseando hacerse con la dignidad de *gran general*, relegando al jovencísimo heredero Toyotomi al olvido.

Porque el poder siempre era insuficiente para quien lo cataba. Otros ya lo habían intentado en el pasado. Antes de asumir el cargo de *taiko* y ceder sus potestades al Consejo de Regencia que acabaría por desintegrarse, Toyotomi Hideyoshi también había ansiado convertirse en *shogun*, e incluso había tentado la conquista de los despreciables koreanos, bastardos *comedores de ajos*; en la misma Kyoto, entre sus barrios ordenados al modo de los gremios europeos, había un montículo de cincuenta pies de altura alzado gracias a las narices y orejas cortadas en la campaña de Korea, tantas que no había merecido la pena decapitar a los vencidos, pues el número de cabezas hubiera sido tan inmenso que no hubiesen podido transportarse. El otero era mudo testigo de aquellas expectativas de grandeza, las mismas que muchos atribuían ya al hombre que se había hecho con el control del *país de los dioses*.

Aunque a Saigo no le preocupaba si Tokugawa Ieyasu se convertía en el caudillo supremo del Japón. Suponía que era inevitable. El antiguo regente descendía del clan Matsudaira, una de las estirpes sagradas, había pasado de estar emparentado con el propio Toyotomi Hideyoshi a través de matrimonios de conveniencia a auparse sobre la memoria del testamento legado por el *taiko*, y había consolidado todos los predios del Japón bajo un solo estandarte. Si realmente quería ser nombrado *shogun* ya solo necesitaba arrimarse al *trono del crisantemo* y, ejerciendo toda su influencia, conseguir que el emperador le diese su beneplácito.

Pero el futuro le resultaba indiferente. Lo que consternaba al *ashigaru* era el retraso al que le había conducido su cautela. Había llegado a Kyoto, sin embargo, temía que fuese tarde.

Entró en la ciudad desde el nordeste, dejando a su derecha el gigantesco palacio imperial y topándose con el arrabal de los madereros y los artesanos del bambú.

Y, haciéndose pasar por un guerrero que peregrinaba de un lado a otro en busca

de la iluminación en el camino de la espada, Saigo Hayabusa se había interesado por los delicados trabajos del escaparate enrejado del establecimiento de un bordador. Tras un rato de conversación banal, había sabido que la ejecución ya había tenido lugar. Había perdido su oportunidad.

En el terreno de la sexta calle al que llamaban Rokujogahara, anejo al distrito de los pescaderos, los tres derrotados habían sido enterrados hasta los hombros, e incluso el converso Konishi Yukinaga había mantenido la dignidad. Luego, los hombres de la escolta, luciendo las tres hojas de malva real en sus emblemas, habían instado a los lugareños a rematar la faena. Saigo imaginó que esas habían sido las órdenes expresas del antiguo regente; de ese modo, bañándose junto a sus *samurai* en la sangre de sus enemigos, toda la ciudad quedaba ligada a la causa de los Tokugawa.

Al principio, por cuanto le contó el artesano, la turbamulta reunida alrededor de los reos se mostró reacia, quizá intimidada por las enseñas de la patrulla y la severidad del *bushi* al mando, al que el recamador describió corpulento y con acento sureño, como el propio Saigo. El bordador incluso aventuró que podría proceder de Satsuma. Y comentó que su rijosa actitud bien podía tener que ver con el hecho de que los *daimyo* de la isla de Kyosho todavía estaban negociando con Tokugawa Ieyasu sobre sus posiciones y feudos; no todos lo habían apoyado en la campaña contra la coalición de los ejércitos occidentales, pero estaban demasiado lejos de Edo como para poder ceñir sobre ellos un dogal que ejerciese presión suficiente.

Fuera por el motivo que fuese, el *samurai* al cargo, sin piedad alguna, en lugar de usar sus propios sables para decapitar a los tres vencidos, repartió entre la gente que se amontonaba alrededor del patíbulo toscas sierras de bambú hechas con prisa.

Y lo que vino después fue un lento y agónico suplicio. Instados por los hombres de Tokugawa Ieyasu, jaleados por el populacho enardecido, unos pocos tomaron las burdas herramientas y se aprestaron junto a los condenados.

El habilidoso recamador encogió sus escasos hombros de artista y su rostro, enjuto, se desencajó.

—Creo que los amenazaron, de no haber sido así…

Saigo no quiso poner en duda aquellas palabras. Había conocido la bajeza de los hombres, así había perdido a su familia, y prefirió no decir nada. Coaccionados o no, unos cuantos habitantes de la ciudad imperial habían llevado a cabo la ejecución.

Tras vencer la reticencia inicial, habían comenzado su macabra tarea. Los tres reos habían intentado mantener sus ojos lejos de los bordes toscos y astillados. Los rostros empapados en un sudor frío que escurría hasta la arena que atenazaba los cuellos.

Los burdos dientes mordieron la carne y la sangre se derramó anegando los collares de fina tierra. Enfebrecidos por la euforia que se desprendía de la muchedumbre, los verdugos fueron acelerando el ritmo. Produciendo tétricos sonidos

que recordaban al desgarrarse de telas.

Konishi Yukinaga se derrumbó pronto y, aunque no gritó, consiguiendo que el inmenso y lacerante sufrimiento no trasluciese, sí cayó en las debilidades de su nueva fe y rogó por el alma de aquellos que lo estaban torturando. Los pocos que mantuvieron la calma prefirieron mirar a otro lado, a fin de no avergonzarlo al demostrar que eran conscientes de su dolor.

Ankokuji Ekei solo tuvo un momento de flaqueza, mientras las paletadas de arena le caían sobre el torso había farfullado maldiciones, después, se mantuvo impertérrito, como correspondía a un verdadero *samurai*. Solo las contorsiones de su faz, provocadas por las sacudidas de la sierra, mostraron su tormento.

Y el magistrado Ishida Mitsunari, con miradas que destilaban odio, ni siquiera advirtió a sus agresores de que antes o después lamentarían lo que estaban haciendo, hierático, como la estatua de un templo, soportó el suplicio hasta que la enorme cantidad que su corazón expulsaba por las arterias desgarradas le hizo perder el conocimiento, al poco murió con un suspiro entrecortado y la turbamulta estalló en vítores.

El recamador era un hombre delicado de facciones sencillas y gestos ligeros como los de un pajarillo aterido de frío. Y Saigo vio el horror en sus ojos a cada palabra.

Podía imaginarse la funesta escena, para su desgracia, el *ashigaru* había visto cosas similares.

—Cuando todo hubo terminado —le dijo el bordador—, tomaron las cabezas y las empalaron en postes de bambú.

Con aquel escarnio público Tokugawa Ieyasu estaba dejando meridianamente claro lo que sucedería a partir de entonces si alguien se oponía a su ascenso al poder. Pero también asentaba consecuencias mucho más inmediatas para Saigo; con el magistrado Ishida Mitsurani muerto, ya no tenía evidencia alguna que seguir para desentrañar la traición del asedio a Fushimi.

—Desde que ese condenado pirata inglés…

El duque revolvió los dedos intentando prender el esquivo recuerdo.

—Supongo que os referís a Draque, vuestra merced. Francisco Draque… De hecho, fue nombrado caballero, *baronet*, o algo semejante; supongo que lo apropiado sería decir Sire Francisco Draque…

—¡Como si no hubiera sido suficiente lo de Calés! —estalló el noble—. ¡Y La Coruña! ¿Qué clase de bastardo sanguinario hay que ser para que los británicos…? Y aquel asunto de los esclavos guineanos en San Juan de Ulúa, ¡sire! —exclamó indignado refiriéndose a quien se había ganado a pulso el apelativo de *el Dragón*—. Un vil mentecato, un carnicero hambriento de gloria, eso es lo que era… Draque. Desde que ese *baronet* —el tono al pronunciar el título destilaba un sarcasmo vitriólico—, desde que ese corsario encontró el paso de Magalhães parece ser que

cualquier mentecato consigue derroteros para llegar al Pacífico…

Hortuño no estaba tan seguro de que aquello fuera cierto. Muchos veían con buenos ojos el alzamiento de los flamencos: tanto ingleses como franceses. También los lusos en rebeldía, insurrectos aliados en sediciosas camarillas, aún resentidas por las batallas contra el duque de Alba que habían afianzado a los austridas en el trono de Portugal. Y todos ellos serían capaces de pactar unos con otros si con eso debilitaban a las coronas de Castilla y Aragón. Pero no se podía tener la certeza de que Draque hubiera compartido sus secretos náuticos en perjuicio español. Era muy probable que el pirata y la afamada expedición de Magalhães junto al Cano hubieran usado derroteros distintos para llegar al Pacífico a través del helado laberinto de islas de la Tierra del Fuego. E igual sucedía con el mítico *paso del noroeste*, el que los ingleses y neerlandeses llevaban años buscando entre los hielos septentrionales. Circulaban por las dársenas de medio mundo decenas de derroteros a través del supuesto estrecho de Anián para burlar las rutas de los océanos del sur, rígidamente controladas por españoles y portugueses en virtud del Tratado de Tordesillas, con el que el papa Borgia repartiera el mundo.

El comercio occidental dependía de las islas orientales y todas las potencias del viejo continente querían dominar los mejores accesos. Los portugueses pujaban costeando los cabos africanos de Boa Esperança y Agulhas para alcanzar el Oriente, y los hombres de Castilla, hartos de perder naos y hombres por las gélidas y tormentosas aguas del extremo sur, habían establecido sus rutas por tierra, a través de Nueva España, sirviéndose de puertos de escala en ambas costas americanas; así que el resto de las naciones, envidiosas, se buscaban la vida para no perder su tajada en la especiería y las riquezas orientales.

—Claro, por supuesto —concedió Hortuño conciliador, sin querer llevarle la contraria al valido.

Hasta ese momento, el secretario solo había expuesto someramente lo sucedido con el viaje del Mauritius. Pero esperaba despistar pronto al duque con otros asuntos. Mientras hablaba con el privado, pensaba en la estratagema que había pergeñado para deshacerse de Dámaso.

—Esos ingleses están llenos de buenas intenciones y terribles acciones —continuó Hortuño—. Más aún, si damos por buena la información traída por el duque de Alba, hay uno de ellos que ha naufragado allí en el Japón y ha empezado a buscar los medios para forjar alianzas…

El privado miró a su subordinado calibrando aquellas palabras. Luego pareció desechar una ocurrencia al vuelo y, girándose hacia el ventanal que se abría sobre la plaza a los pies del Real Alcázar, cambió de tema dándole la espalda al lujo de su despacho en la *torre dorada*.

—Pues espero que los ingleses no estén detrás de esto. Esa malhadada Tudor

lleva dentro todos los pecados de Eva… —concluyó el valido con aire pensativo, reflejando sus aviesos sentimientos hacia la monarca de Inglaterra e Irlanda—. El meollo del asunto es que los neerlandeses pretenden formar una suerte de Consejo de Indias para establecer comercio regular de especias. Justamente, a imagen de la Compañía de las Indias Orientales que la pérfida Isabel usa para licenciar a sus corsarios con dispensa de la corona británica, ¿no es así?

El secretario, que sostenía la cartera con los despachos llegados desde Sevilla, asintió seguro de sí, balanceándose sobre los tacones impolutos de sus borceguíes. Tras él, Jacob Claasz y una pareja de los guardias de palacio esperaban bajo la profusa mampostería de las cenefas que enmarcaban la puerta.

—Creo que sí. Imagino que, con la escasez de pimienta, y ahora que llevamos años controlando la mayoría de los barcos portugueses —aclaró con un débil carraspeo con el que evitó mencionar a los rebeldes lusos—, los holandeses están encontrando dificultades para financiar su guerra por la independencia. Y esta expedición del Mauritius no es la primera —insistió abundando en la información proporcionada por el duque de Alba gracias a sus trabajos como embajador—, recordad que los jesuitas de ese puerto al que dicen Nagasaki dan fe de haber tenido noticia de un barco orangista en manos de un piloto inglés, una nao que naufragó en el Japón. Y si los neerlandeses se salen con la suya, si finalmente encuentran una ruta…

Hortuño dejó el razonamiento en el aire para que el propio duque tuviese la sensación de llegar por sí mismo a las conclusiones. El escuálido marino que tenían ante ellos era testimonio del segundo intento de los holandeses por adelantarse al cristiano imperio español a la hora de copar el dominio del comercio oriental, algo peligroso para el poderío de Castilla y Aragón.

—En cualquier caso —comenzó a hablar de nuevo temiendo que el de Lerma no hubiera interpretado la indirecta—, si la voz se corre en el almirantazgo, o si llega a oídos de…

—Ya, ya… Lo sé —interrumpió el privado—. ¡Solo faltaba esto! Los jesuitas ruegan a todas horas por más dispensas en las Indias. En Portugal todavía hay quien reclama las marcas firmadas en Tordesillas, el almirantazgo es un saco roto, nunca hay fondos suficientes para los Tercios. Los moriscos intentan labrar amistades con el turco, ¡a saber qué pretenden! Ah, y los hugonotes andan revueltos… Esos condenados orangistas… ¡Les brindan una excusa perfecta! —reconoció el duque de Lerma pensando en la legión de detractores que tenía en la Villa y Corte por culpa de su débil política en los Países Bajos—. Pero tenemos que trasladarnos a Valladolid —aclaró sacudiendo pesarosamente la cabeza—, eso es lo importante ahora, no hay tiempo para semejantes lidias…

Hortuño intentó disimular su sonrisa, esa era la reacción que había estado

esperando. Y, contento ante la tozudez del privado de su majestad, el secretario decidió aprovechar su oportunidad para desviar la conversación.

—Por supuesto, Valladolid es nuestra mayor prioridad… De hecho, ahora que lo mencionáis, creo que sería prudente comentar que he oído ciertos rumores sobre el corregidor…

Francisco de Sandoval y Rojas se encaró a su subordinado y habló apresuradamente.

—¿El corregidor de la villa? ¿Estáis seguro? ¿Él también? Pero si hace unos días…

El noble calló de pronto, como si se hubiese percatado de que iba a revelar algo inapropiado. Y el secretario tuvo la certeza de que había dado en el clavo; como el propio duque sabía, las últimas decisiones tomadas en los Consejos y la aparente laxitud con la que la hermana del rey gobernaba las provincias de Flandes habían dividido a la corte: unos, en su mayoría muy críticos con el retorno de la capitalidad a Valladolid, se mostraban deseosos por reforzar a los Tercios y recuperar el terreno perdido contra los rebeldes orangistas; otros, entre los que se encontraba el valido del monarca, estaban más preocupados por los enormes costes de esa lucha interminable y preferían centrar los esfuerzos de la corona en otros problemas. Y ante la oposición de los detractores a sus iniciativas, el privado había iniciado una cruzada personal para localizarlos a todos y sustituirlos por vasallos más afines. Hortuño incluso había oído que las garnachas que vestían los miembros del Consejo de la Cámara ya pendían de otras perchas. Aunque había otras complicaciones; la propia reina Margarita, convencida de que la corona no podía aflojar su presión sobre los rebeldes neerlandeses, había comenzado a contraatacar buscando aliados en el Consejo de Hacienda y en el de Flandes. Contrariedades para el privado a las que se añadía la díscola actitud compartida por el condestable de Castilla y el marqués de San Germán, dos hombres de peso que insistían en mantener la guerra en el norte. Por todo ello, al plantear que el corregidor de Madrid podría estar arrimándose al bando que le era contrario, Hortuño sabía que podría distraer al valido de las verdaderas razones que lo habían llevado a ascender por las escaleras de la *torre dorada*.

—¿Estáis seguro? —El ceño fruncido del noble sacaba punta a sus oscuras cejas, que echaban sombras sobre sus penetrantes ojos inquisitorios.

Hortuño dejó caer el mentón en un leve asentimiento al que el duque respondió aumentando la presión en las arrugas que le surcaban la frente.

Una bandada de pequeños pájaros pardos cruzó el cielo tras el ventanal. La mañana, diáfana, resplandecía con un frío cristalino que escarchaba el horizonte con el agua arrancada a los innumerables pozos que cubrían Madrid.

—Me temo que sí…

El privado rumió algo ininteligible y se volteó hacia la plaza. Hortuño aguardó en

silencio; solo interrumpido por el rascarse con fruición del holandés, que, además de hambre, se las había arreglado para hacer acopio de liendres.

Resultaba evidente que las preocupaciones del valido del rey Felipe estaban muy lejos de Manila, pero el secretario quería asegurarse de encauzar sus conveniencias, así que porfió:

—Creo que también deberíais saber que la esposa del almirante Enríquez no parece dispuesta a aceptar la proposición que le hicimos. —Enríquez de Cabrera era uno de los detractores del privado y de su relajada política sobre la contienda en Flandes y, a través de Hortuño, el noble estaba buscando el modo de sustituirlo por alguien de mejor acomodo—. No tengo claro si se niega a traicionar a su marido por escrúpulos o por avaricia, pero ha dicho que no nos dará su apoyo; creo que espera un nombramiento para su hijo… Aunque podemos seguir contando con los sustentos que negociamos en el Consejo de Guerra…

Cuando vio que el duque cruzaba las manos a la espalda estrujándose los dedos de una con la otra, Hortuño supo que los sesos del noble bullían con ofuscación.

—También hemos recibido despacho del duque de Mantua —cambió entonces de tercio el secretario para no dar tiempo al valido a recapacitar—, aspira a que su majestad le conceda permiso para una embajada con un artista al que patrocina, un tal Pedro Pablo Rubens. He pensado que a vuestra merced le complacería. —Al duque de Lerma le gustaba contar con los mejores artistas para sus propios retratos y Hortuño sabía que la fama del pintor sería un buen reclamo para distraer al privado.

Al tal Rubens, además de cargar sus buenos laureles por los pinceles, se le decía dotado de grandes virtudes diplomáticas; aunque tanto franceses como ingleses lo tachaban de espía.

—Y tampoco hemos recibido respuesta sobre esa corte aneja a vuestras posesiones en Valladolid —perseveró Hortuño trayendo a colación asuntos alejados de Manila y la expedición del Mauritius—, pero aún no sé si es cosa del testaferro o del dueño…

El secretario era consciente de que aquel espinoso enredo inmobiliario traía de cabeza al valido. El anuncio oficial del traslado de la corte se había hecho meses atrás, antes del año nuevo, una mera confirmación de lo que no había sido más que un secreto a voces. Pero, ya desde mucho antes, el duque de Lerma había venido gastando miles de ducados para acaparar una enorme extensión de haciendas con las que, Hortuño estaba seguro, el privado especularía para lucrarse gracias a la subida de precios que traería aparejada el cambio de la capitalidad. Y aquella corte a la que se refiriera había quedado aislada en el centro de una enorme extensión de haciendas que el noble había adquirido. Por lo que, si el trato propuesto no cuajaba, los esfuerzos de meses sobornando y otorgando sinecuras corrían el riesgo de resultar en balde.

Pero el secretario también sabía que la codicia del noble no era la única causa del traslado a Valladolid cuando la corte llevaba más de un siglo asentada en Madrid, De Andrade estaba convencido de que el valido esperaba alejar así a la multitud de contrarios que le había ido brotando en los pasillos de palacio. Además, poniendo tierra de por medio, también distanciaba al rey de su augusta tía María de Austria, que, recluida en el monasterio de las Descalzas Reales y sin olvidarse de su antigua dignidad de emperatriz, solía llamar a su sobrino a capítulo. A la dama parecía agradarle tener excusas para reclamarle al tercero de los Felipes su mal oficio como monarca; especialmente por dejar al cargo de los asuntos del Estado al noble de Lerma, a quien la soberana retirada parecía tener especial ojeriza. De hecho, con la salvaguarda de la edad y la dispensa que le otorgaba haber llevado sobre su testa la corona del Sacro Imperio, semejaba que la mujer disfrutaba especialmente infamando al depositario de la privanza real.

Precisamente, Hortuño estaba a punto de mencionar que, a la vuelta del rey de su visita a Aranjuez, la emperatriz había pedido audiencia cuando, tras un efusivo rascado del marino neerlandés, el duque se giró de nuevo hacia su secretario con expresión furibunda.

—En ese caso habrá que partir hacia Valladolid, podéis retiraros, dad aviso de que saldré esta misma tarde —declaró severamente el noble.

Hortuño sintió un cosquilleo en la boca del estómago similar al que le acometía cuando veía a Constanza. Ya tenía carta blanca.

—Comprendo, y… —el secretario prolongó su titubeó como si realmente dudase —. Y ¿qué debo hacer con él? —preguntó inclinándose ligeramente hacia Jacob Claasz, que seguía persiguiendo con uñas melladas a los piojos que campaban entre sus cabellos.

El duque de Lerma pareció meditar y De Andrade llegó a preocuparse, temiendo que el privado tomase una decisión que le impidiese llevar a cabo sus planes. Estaba a punto de insistir sobre el asunto de Valladolid cuando su superior habló de nuevo.

—Creo que ya sabéis lo que debe hacerse —dijo bajando el tono y relajando el ceño.

Hortuño asintió tras lanzar una significativa mirada a los hombres de la guardia, que, al instante, se llevaron en volandas a un confundido Jacob Claasz. El holandés había dejado por fin de rascarse y, aun sin entender una sola palabra de lo dicho, empezó a temer, por el modo en que cada uno de los escoltas tiraba de sus escuálidos brazos, que algo no iba bien.

—*Gottimhimmel*! —fue cuanto se le ocurrió al verse denostado por los fanáticos papistas sobre los que ya le previniera su padre tantos años atrás.

El duque de Lerma ignoró los juramentos del neerlandés y esperó con ponzoñosa paciencia.

—Echad tierra sobre el asunto —concluyó cuando la puerta se cerró a espaldas del trío—. No ha de saberse. Ni el más mínimo rumor, debéis encargaros de acallar cuantas bocas sea menester, aquí y allí —añadió con vehemencia al tiempo que, remarcando sus palabras, señalaba primero al suelo de la estancia y luego hacia el exterior—. Sería la excusa perfecta para que el almirante y el Consejo de Flandes reclamasen fondos para continuar con la guerra… No puede transcender… Ahora mismo solo debemos preocuparnos por Valladolid —exhortó tercamente Francisco de Sandoval y Rojas.

Hortuño ahogó la sonrisa que quiso aflorar. Ya tenía el pago que necesitaba para sobornar a Antonio de Morga. Bastaba ofrecerle una salida de aquel cuchitril tórrido e infecto de Manila sobre el que tanto se quejaba el antiguo oidor.

De Morga haría cualquier cosa si le prometía silenciar el fiasco del San Diego y le concedía un puesto en Ciudad de México.

Cuando el relato del bordador ya no dio más de sí, Saigo pidió indicaciones. Y descubrió que, para llegar hasta el Rokujogahara, debía avanzar un buen trecho hacia el sur; atravesando los pinares por los que el *taiko* había dado nombre al puente de Matsubarabashi y cruzando el barrio de los orfebres dedicados a la fabricación de llaves y monedas.

El artesano quedó decepcionado. Mascullaba ininteligibles palabras que no tenía el valor de hacer públicas. Probablemente había pensado que su conversación le conseguiría un jugoso encargo y el *ashigaru*, a fin de evitar una muerte más, eligió no darse por aludido y se puso en marcha.

Tenía mucho sobre lo que reflexionar. La muerte de Ishida Mitsurani lo cambiaba todo.

El frío lodoso del invierno ya caía desde las sierras, anunciando que las nieves llegarían pronto para cerrar los pasos y sustituir las pesadas lluvias de los últimos tiempos. Y los pequeños, más impacientes que cualquier calendario, ya se las prometían felices para las festividades de año nuevo, cuando entrase la primavera y comenzase el deshielo.

Pasada la columnata de viejos pinos, en uno de los postes del antiguo puente, Saigo encontró el edicto público con el sello del propio Tokugawa Ieyasu no Matsudaira, nacido en la provincia de Mikawa. En él se enunciaban los nombres de los derrotados y se los condenaba a muerte. La patrulla lo habría dejado allí clavado para que todos en la ciudad supieran quiénes eran los ajusticiados y las causas de su sentencia.

Desperdigados alrededor del pilote, todavía quedaban los restos de papel de arroz de otras notas que los soldados habían arrancado. Un bonzo, evidentemente disgustado, los recogía con mimo.

—Dos días, dos días y nadie se ha tomado la molestia… —murmuraba—.

Lamentable, es lamentable… El mundo está cambiando y las nuevas generaciones ya no saben lo que es el respeto…

Al advertir que Saigo lo miraba, el monje se giró hacia él con aquellos mensajes descompuestos en las manos sucias, salpicadas de barro. Agujas marchitas de colores ocres, desprendidas por las brisas de la estación, hacían equilibrios en sus dedos, pequeños y de uñas cuadradas.

—Un desafío para un duelo entre dos escuelas, la cita de dos amantes que llevan un año esperándose, la nota de disculpa de un chiquillo que abandonó a su familia para buscar fortuna… —recitó el bonzo intentando descifrar los pedazos escritos, los pasaba de una mano a otra y bizqueaba al tiempo que procuraba comprender los signos emborronados.

Como era habitual, muchos usaban lugares de paso reconocibles para dejar mensajes que los interesados pudiesen encontrar con facilidad; pero los hombres del futuro *shogun* no habían mostrado el más mínimo pudor a la hora de retirar todos los avisos.

Un ramillete de las acículas de los pinos cercanos, que se había enganchado al hábito del monje, cayó al suelo con la indignación del bonzo y Saigo lo contempló mientras se precipitaba con un vaivén indeciso.

Lo observó. Era un buen número, con mucho significado, cinco. Prendidas por un diminuto broche pardo que parecía un trozo de la áspera corteza del árbol, cinco estilizadas hojas sujetas por aquella débil unión. Habrían vibrado con los vientos del verano, y en la primavera habrían reverdecido con la fuerza de la estación, mostrando líneas que habrían parecido cosidas con hilo de plata por el delicado bordador con el que había hablado, y ahora ya no eran nada; se habían marchitado.

Quizá ya no le quedara otra opción que aceptar un destino similar. Había fracasado. Visitaría el lugar, comprobaría que el magistrado había muerto, y se abriría el vientre.

Saigo se inclinó respetuosamente y, cabizbajo, siguió camino. Dejó atrás al bonzo, que lo miraba intrigado. Pasó un nuevo cruce en el que se alzaba un templo y, recordando las palabras de su *daimyo* antes de haber recibido sus últimas órdenes, se refugió en su silencio. Roto únicamente por el tintineo que le llegaba desde el barrio de los que trabajaban los metales. Haberse deshecho de todos aquellos mensajes era un detalle que le dejaba muy claro la clase de hombre que debía de ser el *samurai* al mando de la ejecución.

Ráfagas de viento, frío y cargado de humedad, desfilaban ante el *ashigaru* y, como los transeúntes que se entrecruzaban a su alrededor, también lo sacudían con su gelidez, para la mayoría no era más que otro de los desperdicios de Sekigahara. Probablemente, el corregidor de la ciudad y sus hombres estarían más que hartos de *ronin* alborotadores.

Cuando llegó hasta donde le había indicado el artesano, vio como varios palanquines pasaban sin detenerse para que las cortinillas se abriesen un instante a la curiosidad. Los peatones tampoco hacían un alto. Todos ignoraban las largas picas, estaban acostumbrados a las consecuencias de las guerras, llevaban siglos viviendo en un país inmerso en eternos conflictos que solo había disfrutado de un breve período de paz que ahora se había resquebrajado.

En la explanada, chantadas en la arena, tres astas afiladas se erguían, y él sí que les prestó atención. Alineadas como un escuadrón, listas para enzarzarse en un albazo en cuanto el sol se tendiese sobre el campo de batalla. Daban fe de lo sucedido.

La cercanía del invierno prevenía contra las moscas y atenuaba el fuerte hedor dulzón de la putrefacción. De todas ellas, enredándose en los nudos del bambú, caían churretones pegajosos y coagulados que no lograban secarse. En los extremos, ensartadas, dos cabezas. Cortadas groseramente, orladas por colgajos amoratados, tiznadas, hinchadas por la podredumbre que las corrompía; mostraban el rictus inconfundible de una muerte horrible.

En el medio solo se veía una punta afilada, tinta de sangre.

Saigo hubo de volver a mirar para estar seguro de lo que veía. Conocía a Ankokuji Ekei; había sido un prominente abad de un templo decadente de la provincia de Aki y, entre otros, había servido a Toyotomi Hideyoshi en las campañas de Korea. Se había topado con él en aquellas cruzadas con las que el *taiko* había intentado extender los dominios del archipiélago tras haberlo unificado, soñando incluso con ocupar el trono de la todopoderosa China. Tiempos durante los que Ankokuji Ekei había hecho lo posible por medrar aun a costa de traicionar a los que lo rodeaban. El *ashigaru* lo recordaba muy bien, esparciendo cizaña entre las tropas, y podía distinguir allí las fauces apretadas del avaricioso monje convertido en soldado.

Con el converso Konishi Yukinaga no había coincidido nunca; había oído que era el hijo de un mercader, un advenedizo que había estado al servicio del *taiko* en la campaña del castillo de Udo, pero nada sabía sobre su aspecto.

Sin embargo, sí conocía a Ishida Mitsunari. Los labios afilados y cenicientos, las mejillas hundidas, el escaso cabello que hacía casi imposible mantener el ritual recogido *chonmage* en su lugar. Y en ninguno de los dos restos decapitados se podían reconocer aquellas facciones.

La cabeza del magistrado no estaba.

Otra bandada de estorninos cruzó el cielo más allá del ventanal de la *torre dorada*. Tras ellos, quedó maldiciendo un desventurado vinatero. Alzaba enérgicamente un brazo mientras, con la mano libre, intentaba sacudirse los excrementos con un pañuelo de lino que, de tanto uso, parecía haberse cocido en caldo de azafrán moruno.

—No se sabrá —aseguró Hortuño satisfecho por las tornas de la conversación—. Si me autorizáis a firmar las venias, prometeremos nuevos cargos al gobernador y demás dignatarios de Manila; quizá algo en Nueva España, lejos de las Filipinas y…

—Lejos, muy lejos de Valladolid —concluyó el valido empecinado—. Convenid con ellos lo que os parezca, pero que no lleguen aquí noticias sobre ese malhadado naufragio. Y menos aún respecto de las intenciones de los holandeses. Encargaos de todo personalmente, con discreción.

El duque, pendiente de sus enredos inmobiliarios, se había dejado llevar por las engañifas, tal y como Hortuño había pretendido. Claro que, como bien sabía el secretario, al noble le iba mucho en el empeño de trasladar la corte. De hecho, intuía que las miras del privado iban mucho más allá; aquella mudanza tenía todos los visos de ser temporal. De Andrade ya se barruntaba que el valido intentaría especular de vuelta con los terrenos de Madrid, devolviéndole la capitalidad a la villa del Manzanares en cuanto se aquietasen las aguas; aunque no lo comentó, él mismo pensaba beneficiarse con el trapicheo.

Además, ya habría tiempo para aquellos asuntos más adelante. Por el momento, ahora que tenía una promesa que hacerle a Antonio de Morga a cambio de su colaboración, todavía una cosa quedaba en el tintero. Hortuño quería el consentimiento del privado para algo más: necesitaba licencia para deshacerse de Dámaso, aunque el propio duque no supiera lo que hacía.

—Excelencia, si consentís, hay otro asunto que deberíamos tener en cuenta.

El de Lerma volvió a fruncir el ceño y el secretario supo que debía andar con tiento. El valido era un hombre con querencia por medir sus gestos en público y no solía revelar sus emociones a no ser ante sus allegados; aquella expresión hosca le decía a Hortuño que sus artimañas corrían el riesgo de volverse en su contra. El privado ya no parecía de humor para seguir atendiendo a cualquier otra cosa que no fuera el terruño cerca del Pisuerga que se mencionara poco antes.

—¿De qué se trata? —preguntó de mal humor el de Lerma, ensimismado por el urgente viaje que planeaba a la villa pucelana.

Estuvo a punto de desechar la idea, no fuera a ser que la trampa se le volviera en su contra; pero la codicia por poseerla lo empujó a seguir.

—Ese despojo no ha dicho nada a cuenta —empezó De Andrade moviendo una mano hacia la puerta por la que acababan de llevarse a Jacob Claasz—. Sin embargo, creo que los orangistas tenían en mente algo más que encontrar su propia ruta hasta las islas de las especias. —Tomó aire—. Me parece que esperaban llegar una vez más al Japón —anunció sin pudor alguno por la falsedad.

El noble, perdiendo una vez más la rígida compostura que solía mantener, se sacudió ante la mentira de su subalterno.

—¿Al Cipango?

—Sí, vuestra merced. Eso pienso.

Intrigado, el índice del duque se revolvió en el aire para invitarlo a continuar explicando el porqué. El secretario carraspeó, se repasó la botonadura y desenvolvió la trama de medias verdades con aderezo de falacia que traía preparada.

—Aunque ahora se controlen también parte de las rutas portuguesas alrededor de África —aclaró refiriendo las políticas que se firmaran en Badajoz y Elvas—, la pólvora, los clavos, los equipos náuticos, el cobre, el hierro y demás bastimentos viajan desde Sevilla al Puerto de la Vera Cruz, atraviesan Nueva España y terminan en Ciudad de los Reyes, para navegar hasta las Filipinas.

La fría mirada le obligó a tragar ruidosamente, debía ir al grano.

—Aunque hasta el momento no lo hemos conseguido —admitió reconociendo el escaso mercadeo que se había podido establecer con el archipiélago—, si lográsemos comerciar con el Japón, ahorraríamos una fortuna al comprar menesteres para las colonias de las Indias, y los holandeses lo saben. Más aún, creo que pretenden adelantarse y boicotearnos.

Sonaba plausible, pero el valido compuso un semblante de incredulidad.

—Entonces ¿pensáis que el prisionero miente? ¿No creéis que buscasen rutas a las islas de las especias? —cuestionó el noble con suspicacia.

—Puede, no pretendo negarlo —aclaró el secretario sin querer convertirse en prisionero de sus palabras si las cosas salían mal—. Aunque me da en el cogote que, en realidad, el tal Van Noort tenía encomiendas más importantes que el jenabe, el clavo o la pimienta —elucubró Hortuño esforzándose porque sus invenciones sonasen coherentes.

Y como la expresión del valido le decía que lo acuciante seguía siendo la corte de Valladolid y no los intereses flamencos, Hortuño añadió algo con más enjundia:

—No solo eso. Estoy convencido de que los están ayudando desde Lisboa —entonó aparentando certeza—; es más que probable que los rebeldes lusos hayan llegado ya a un acuerdo con los orangistas…

Antes de que las coronas de ambos países se unieran, los lusos habían explorado largamente las costas de las Indias Orientales. Desde entonces, demostrando más fidelidad a los dineros que al trono, unos cuantos marchantes portugueses habían hecho fortunas comerciando con los mercados del Río de las Perlas y las ferias del Cantón. Y, aunque era uno de esos detalles que no se mencionaban en voz alta en los pasillos del Real Alcázar, seguían haciéndolo; como si los designios de su majestad el rey Felipe no fueran de su incumbencia. En Madrid incluso se sospechaba que vendían parte de la seda que compraban en China a algunos señores feudales del Japón. Al fin y al cabo, los lusos eran quienes mejor conocían aquellas aguas; de hecho, los primeros misioneros llegados al archipiélago lo habían hecho a bordo de sus naos. Así que, aun siendo un tiro lejano, el secretario planteaba algo que sonaba

veraz.

—Pensadlo, excelencia. Entrambas partes saldrían beneficiadas. Los portugueses comparten sus derroteros y, a cambio, los de Flandes apoyan las reclamaciones de Lisboa sobre las marcas del Tratado de Tordesillas —explicó moviendo sus manos de un lado a otro—. Y los holandeses tienen buenos cartógrafos —puntualizó con intención—, podrían establecer las fronteras donde les viniera en gana con tal de perjudicarnos.

Un siglo antes, las dos potencias navales del globo, España y Portugal, en liza por los territorios del Nuevo Mundo, sobre los que se creían en derecho de expolio, habían llegado al fin a un arreglo. En la villa vallisoletana de Tordesillas, cuando aún no se habían aliado bajo la misma corona, ambos países habían acordado repartir las costas conocidas y por conocer, estableciendo incluso las rutas hasta dichas marcas. Pero la voracidad había convertido pronto el pacto en un legajo garrapateado. Y se volvió a las riñas sobre cada playa recién explorada, especialmente sobre enclaves tan ricos como la China, el Japón, o las miríadas de islas del Pacífico, que los portugueses reclamaban para sí. Eran tierras sobre las que ni los cosmógrafos más expertos tenían la seguridad de que estuviesen bajo la demarcación de una u otra monarquía y, aun a pesar de las bulas papales y las revisiones del tratado, las disputas seguían siendo continuas incluso ahora que el par de naciones compartía un único trono. Un ambiente enranciado al que se añadía la desenfrenada apetencia de los rebeldes lusos por tener de nuevo a un rey patrio; razón por la que apelaban con denuedo a sus haberes sobre aquellos territorios, fácilmente accesibles desde las colonias en Goa o Macau, y desde los cuales conseguían sus buenos caudales. De modo que, si holandeses y portugueses se apoyaban los unos a los otros, los dominios de Castilla y Aragón tendrían mucho que perder.

—Serían dos naciones rebeldes aliadas. Y si afianzasen su posición en esas aguas, con el tiempo, obtendrían cuantiosos fondos con los que pagar por sus ansias de independencia… Conseguirían ponernos en serios aprietos —apuntilló Hortuño—, además, pareceríamos débiles ante ingleses y franceses al perder influencia en los archipiélagos del Pacífico…

Pero el privado rumiaba las palabras de su secretario como si le costase sacarles jugo alguno. Así que Hortuño decidió apoyarse en otro de los argumentos que había estado cavilando para darle forma a su propuesta.

—Según parece —continuó cambiando ahora el tono de su alegato—, allí hay también minas de estaño y plata que enriquecerían al primero que pactase formalmente con los naturales del Japón…

Aquella insinuación sí caló en el valido; de ser cierto, tales vetas significarían fondos inacabables para los sediciosos, fueran lusos u orangistas.

—Aun así, todavía estamos a tiempo de cobrarles ventaja. Nosotros podemos

seguir ofreciendo a los señores del Japón mosquetes y arcabuces —añadió el secretario sabedor de que los escasos tratos hechos hasta entonces habían sido bien recibidos por el valido—. Ellos están inmersos en una guerra por la sucesión… Y creo que deberíamos ser nosotros los que nos aprovechásemos de tales asuntos, no los holandeses. Podríamos obtener importantes beneficios —aventuró como indicándole al valido que en su ilustre mano estaba la potestad de juzgar cuál sería el mejor destino para aquellas ganancias.

Sin embargo, el duque de Lerma no parecía convencerse, sabía que los occidentales no eran bien vistos en el Japón, podía ser que cualquier intento de negocio saliese mal parado, partiera la iniciativa de quien partiese. De tanto en tanto, cuando no luchaban entre ellos, los nipones arremetían contra los extranjeros. Únicamente unos pocos terratenientes habían abrazado la fe del crucificado y la grey cristiana apenas crecía. Por eso mismo las coronas de Castilla y Aragón no habían establecido todavía esos abastos que tanto parecían preocupar esa mañana a Hortuño.

—¿Y qué me decís de esos desdichados a los que crucificaron? —preguntó el duque indeciso—. ¿De verdad creéis que entre ese hatajo de indecisos reyezuelos vamos a encontrar a alguno del que fiarnos? Hasta el momento se han mostrado siempre muy recelosos.

Era cierto. Pocos años antes, entre apercibimientos de expulsión y conatos de exterminio, los dirigentes del Japón habían martirizado a casi una treintena de desdichados por el único delito de haberse convertido a la fe de Cristo. Luego había llegado la amenaza de una nueva guerra civil y el ambiente se había relajado. Aun así, los frailes ignacianos se las habían apañado para permanecer en el país. Y, como eran los únicos con permiso papal para predicar en aquellas tierras, aunque se habían visto obligados a vestirse al modo de los monjes locales para no llamar atenciones indeseadas, parecían apañárselas. Por cuanto se sabía en la corte, los ignacianos incluso aprovechaban sus legaciones en el archipiélago para convenir con los portugueses. Oficialmente, los frailes habían aprendido el idioma local para extender las Sagradas Escrituras, pero no tenían remilgos en emplearse como traductores para intermediar en las ventas de seda china que los lusos acordaban con los terratenientes de las islas.

—Por supuesto, claro —se apresuró a reconocer Hortuño para intentar reconducir la conversación—. Pero aunque ya no pueden predicar por el país, los misioneros jesuitas siguen allí, incluso permanece abierto el seminario que fundaron a poco de llegar en ese puerto de Nagasaki… Vuestra merced, si me permitís la comparación, en el Japón temen a los misioneros en un modo similar a… —Hortuño expuso su argumentación con voz queda—. Digamos que recelan de ellos como nosotros lo hacemos de los moriscos. —El ceño del duque volvió a fruncirse—. Saben que hemos colonizado el Maluco o las Filipinas, y que siempre lo hemos hecho como nos

corresponde, llevando la palabra de Dios y la fe verdadera —añadió intentando aparentar un profundo respeto que no sentía—. Y, al igual que nosotros nos maliciamos que los moriscos puedan resultar una avanzadilla de los turcos, pienso que a ellos les inquieta que los misioneros sean un primer paso antes de que intentemos conquistar sus islas. —Respiró—. Podríamos proponer a los japoneses cambiar a los próceres jesuitas en el lugar por algunos que fueran de su agrado; y del vuestro, excelencia —agregó a toda prisa—. A fin de cuentas, la mayoría de los frailes que siguen allí son portugueses…

La intención quedaba clara en el tono. Aunque Hortuño no se atrevió a ser más explícito al aludir a una posible traición de los ignacianos. Conocía el apego del duque de Lerma hacia aquella orden. Francisco de Sandoval y Rojas era un hombre cercano a los visitadores de la Compañía de Jesús; todos en la corte sabían que el noble aspiraba a seguir los pasos de su tío, arzobispo de Sevilla.

Y aunque De Andrade solo lo hubiera insinuado, el valido sopesaba la idea. Podía ser que los jesuitas metieran baza en las compraventas de la seda del Río de las Perlas y que, para más inri, con esos fondos se financiara a los rebeldes portugueses en sus desvelos por desprenderse de Felipe el Tercero. Pero, con aquella idea, su secretario le proponía aprovecharse de sus relaciones con los altos estamentos jesuitas para encargarse de que hubiera nuevas designaciones para el Japón. Responsabilidades que habrían de pesar en hombres de su confianza.

El duque de Lerma asintió lentamente, paladeando aún las palabras de su secretario como si fueran un guisado de carne revenida tras días de ayuno. Pensando ya en candidatos que estarían dispuestos a convenir el reparto de los beneficios.

—¿Y qué proponéis?

Ya tenía lo que había esperado. El ceño del valido se había relajado.

—Pues no creo que debamos hacer algo público. Es mucho más razonable evitar que, si sale mal, el condestable, los Consejos o el almirantazgo puedan recriminar lo hecho. Ahora bien —aclaró cambiando la voz, seguro de que la discreción propuesta complacería al duque—, podemos enviar una nao desde Nueva España o, mejor aún, desde las Filipinas —dijo como si se le acabase de ocurrir—. Podemos pedírselo al gobernador o a alguno de los involucrados en lo del San Diego, como un acto de remisión a cambio de la promesa de silenciar el asunto. Nos serviríamos de lo sucedido para sacarle partido —añadió casi en un susurro—. Si tenemos éxito y se llega a convenir con los japoneses, se le presenta a su majestad la idea —propuso para guardar las formas, aun sabiendo que la opinión del monarca no le importaba demasiado al privado—; si se tuerce, nos habremos librado de los culpables de la pérdida del galeón.

El de Lerma afirmó complacido, aquel tipo de estratagemas eran las que más le gustaban, fuese cual fuese el resultado, él ganaría algo.

—Y creo que deberíamos hacerlo antes de que los orangistas tengan ocasión de volver a intentarlo —remató Hortuño con aires de confidencia.

—De acuerdo. Pero solo se hará público si se llega a un concierto satisfactorio con los japoneses, de no ser así, lo silenciaremos, ¿entendido?

Hortuño se limitó a asentir de vagar. Lo que provocó una nueva pregunta:

—¿Está claro?

—Sí, excelencia, por supuesto —aclaró el secretario sin mencionar que eso mismo era lo que había propuesto—. No se sabrá hasta que ordenéis.

Francisco de Sandoval y Rojas miró fijamente a su subordinado, no solo calibrando las palabras que acababa de oír, sino, más bien, pesando las intenciones que podían enmascarar. Se había aupado hasta las más altas responsabilidades en la corte de un imperio que dominaba la mayor parte del mundo conocido, y no lo había hecho gracias a la honradez; antes de que el príncipe Felipe se hubiera sentado en el trono, el noble ya había movido sus hilos para ganarse la confianza del heredero. Aunque solo fuera por el reflejo de sí mismo y sus propias acciones, el duque de Lerma sabía bien que no podía fiarse sin más. Algo en todo aquel asunto no le cuadraba, pero, mientras se mantuviese el secreto, no tenía nada que perder, por eso había insistido en ese punto. Así que, aun escamado, aceptó.

—Está bien, ocupaos de los detalles y mantenedme informado. Podéis retiraros —concluyó el noble girándose de nuevo hacia el ventanal—. Y no olvidéis mandar que preparen mi salida para Valladolid esta misma tarde…

Hortuño se guardó de mostrarse tan exultante como se sentía. Todo había salido tal y como él lo había pergeñado, estaba encantado.

Ya solo le faltaba encontrarla, y el duque de Lerma sabría dónde estaba Constanza.

El valido, quien ostentaba incluso la potestad de signar en nombre del propio Felipe III, en los pocos años que llevaba en su cargo, había hecho un innegable alarde de oscura diplomacia consiguiendo, poco a poco, que en gran parte de los puestos de relevancia de la corte hubiese alguien de su confianza. Y, sabiendo del recelo con el que era considerado por la esposa real, el privado se había atrevido a contradecir el testamento del padre del monarca. Había destituido a la camarera mayor de la casa de la reina para sustituirla por Catalina de la Cerda, su propia consorte.

Así que Hortuño no tuvo escrúpulos en mentir una vez más.

—Antes de retirarme, si vuestra merced me permite —dijo alzando la cartera de cuero que portaba—, junto a los despachos de Sevilla ha llegado una carta de la esposa del gobernador de Manila para la duquesa de Lerma… ¿Deseáis que os la dé?

El secretario, que conocía bien a su superior, había hecho la pregunta imaginando ya la respuesta.

—Podéis dársela vos mismo, estará con la reina en los aposentos de la torre del

este, decid a la guardia que yo os envío —repuso el aristócrata sacudiendo una mano con impaciencia.

—Como gustéis —concedió Hortuño satisfecho—, me encargaré de todo —agregó encarando la puerta—. Vale, os deseo un buen día —dijo despidiéndose con la fórmula habitual.

Mientras caminaba por los larguísimos pasillos de palacio, recolocaba el cuello de la camisa y se atusaba una vez tras otra sus magros cabellos. Se sentía impaciente por consolarla, por convertirse en su paño de lágrimas cuando le desvelase que, desafortunadamente, aun pese a sus denodados esfuerzos por evitarlo, aunque él había intentado por todos los medios impedirlo, Dámaso había sido destinado para formar parte de una expedición que partiría de Manila con destino a Japón; al país de paganos que habían adquirido una única costumbre cristiana: crucificar a los creyentes a los que se les ocurría poner un pie en sus costas.

Sus recuerdos, en especial aquellos que compartía con él, eran su único bálsamo. Porque se sentía como si ya nada más importase, solo él. Y pensando en Dámaso mientras esperaba su regreso, Constanza sobrellevaba la monótona vida palaciega, encorsetada en rutinas interminables.

No había mucho más que hacer para una menina de su posición. Cumplía con sus escasos deberes de cámara, acompañando a la reina, dispuesta para dispensar un halago o la más mínima ayuda. Pero como no tenía la experiencia de las más mayores para resultar fiable en los consejos, ni el desparpajo de las más pequeñas para resultar graciosa, se veía obligada a llenar su tiempo con alguna labor de costura, o con las habladurías sobre la insidiosa relación entre la monarca y el duque de Lerma.

Al poco de llegar a España, la añoranza de su hogar la había asaltado de tanto en tanto, sin embargo, había descubierto pronto que le gustaba estar en Madrid, y que podía llevar con agrado su estancia en la corte de los austridas. A veces el exagerado protocolo resultaba agobiante, pero se sentía afortunada; la reina Margarita, que era, de hecho, algo más joven que ella, se mostraba considerada con todos y la había obsequiado con muestras de estima abundantes.

Un único inconveniente había refrenado a Constanza: la recalcitrante severidad de Pacheca, a quien solo había sido capaz de ablandar a medias. Su aya, poco dispuesta a comprender que también podía hallarse gozo en el asueto, no había dejado de escandalizarse, una vez tras otra, con las iniciativas de Constanza. La joven, criada por un padre presto a consentir en la flexible diplomacia de una villa en el campo, había resultado ser una pupila con excesivas ansias por liberarse de las eternas horas de oficios religiosos o de las inacabables recepciones reales.

Y sus buenos trabajos le había costado a Constanza erosionar con súplicas persistentes el férreo temple de la dueña, hasta conseguir que Pacheca la encubriese en sus escapadas a las caballerizas, única distracción con la que, amén de sacudirse el

tedio, lograba espantar la morriña.

Luego, él había aparecido y, a partir de entonces, nada había existido que no tuviese que ver con aquellos mechones morenos, con la sutil combinación de rotundidad y delicadeza que componía aquel rostro, con los reflejos verdes de aquella mirada limpia y romántica, con la suave curva de aquella boca, con aquellas manos firmes que habían sujetado al animal encabritado evitando un disgusto. Dámaso se había convertido en algo más que el hombre al que amaba.

Y gracias a un mozo de espuelas capaz de encontrar el único vicio de la severa Pacheca: el juego del *arrastrao*; los naipes, prohibidos por los *pregones para la ordenación de las buenas gentes de la villa*, robaron para Constanza largos ratos que compartir con el alférez que la cortejaba.

Develada la flaqueza del aya, se aprovecharon de ella con un blando chantaje al que Pacheca accedía a regañadientes y lograron tiempo para sí mismos.

Temiendo ser descubiertos si se atrevían a tomar prestado un par de monturas, los dos jóvenes se dedicaron a charlar agradablemente mientras paseaban sin prisa por Madrid, siempre bajo la excitante aprensión de ser desenmascarados en su farsa, pues igual que las cartas, las parejas fuera del matrimonio no eran bien vistas por las leyes de la corte.

Se escapaban de las intransigentes normas del Real Alcázar y, prestando cuidado a que sus ropas no los delatasen, se perdían por el laberinto de aquella ciudad que crecía sin parar como dos enamorados cualesquiera, como el mozo de espuelas y la hija del panadero, de la que el muchacho hablaba a la primera oportunidad. Guardaban las formas y escogían las callejuelas de los alrededores de Lava Pies, donde las gentes podían ser un poco más atrevidas con sus muestras de afecto sin llamar la atención; evitando lugares más habituales para la gente de palacio, como los lujosos comercios de sedas de la Puerta de Guadalajara.

En una ocasión, hasta habían ido a ver una comedia al Corral de la Cruz, más allá de la carrera de San Jerónimo, y aunque habían tenido que acomodarse en distintos lugares del patio, él ahogando su sed con aloja, acodado en la viga que llamaban *degolladero*; ella mordisqueando con timidez avellanas sentada en la cazuela; consiguieron disfrutar de la obra. Lo que se perdieron de la trama les sirvió para echarse furtivas miradas que disimularon como pudieron. Lo recordaba muy bien, entre los pasquines que circulaban por los asientos había burlas al valido del rey, otros que se mofaban de las interminables cacerías de su majestad, y copias de un soneto de cierto poeta que empezaba a ganarse el favor de la corte; aquellos versos la conmovieron al hablar sobre el amor de un modo certero.

No podían más que limitarse a fingir brevemente algo que no eran, atentos siempre a guardar el debido decoro.

Y ahora él estaba lejos, muy lejos, tanto como para que al pensarlo algo se le

quebrase dentro y el aire le pareciese escaso. Pero Dámaso volvería, se lo había prometido entre sonrisas. Y le había asegurado que medraría en posición para poder negociar con el valido del rey Felipe y que el noble intercediese ante el señor de Accioli; para que estuviese dispuesto a concertar el matrimonio de su hija con el que, hasta ese momento, no había llegado a más que furriel de artillería y alférez de poco nombre en una guerra eterna que se comía a los oficiales a pares, restándoles importancia a los logros de cualquiera que regresase de Flandes.

Sin embargo, desde que Dámaso se marchara, aquella confianza en un futuro compartido flaqueaba. A su lado todo le había parecido posible, pero ahora, que le faltaban sus palabras de consuelo y el agradable tacto de sus manos, ya no sabía qué pensar. Y solo había una persona cercana que, además de compartir su secreto, podía servirle de apoyo: Pacheca, que había aparentado ignorar mucho más de lo que sabía.

Inevitablemente, llevada por el buen humor de la joven siciliana, el aya se había convertido en la mejor amiga de Constanza; algo parca en palabras, ruda en el trato y displicente si estaba a disgusto, siempre exagerando una severidad que no era tal, casi una madre. Aunque, en realidad, y jamás lo habría admitido, el aya se dejaba ganar con facilidad por el mozo de las caballerizas, dando tiempo a los paseos de los jóvenes encalabrinados.

Por supuesto, con cierta frecuencia, obligada por lo que le dictaba su conciencia, Pacheca insistía en sus moralejas y discursos.

—Líbreme el Buen Jesús de juzgar antes de ser juzgada —decía la dueña con machacona insistencia persignándose con premura, como si la pechera le quemase los dedos—. Pero no puedo callar —añadía sin morderse la lengua al tiempo que intentaba componer un semblante serio y adusto—, es cosa de locos. ¡No acabará bien! Pero ¿qué estoy diciendo? No debería haber empezado…

Reiteraba sus quejas una y otra vez; ya no tanto porque le disgustase el encaprichamiento de la joven, sino porque temía sinceramente que el corazón de Constanza acabase partiéndose en mil pedazos.

—A no ser que ese muchacho vuelva de Manila con todo el oro del Cipango y hasta la última joya de Catay, jamás podrá celebrarse casorio semejante —le decía a su pupila insistiendo en que eran los dineros y los títulos buenos argumentos.

Y la joven sabía que Pacheca tenía razón, no quería admitirlo, pero el aya solo estaba diciendo una obviedad. El amor que compartían ella y Dámaso era un imposible.

—Por muy apuesto y gallardo que sea —se empeñaba en recordarle Pacheca—, ¡no os saldréis con la vuestra!

Y era cierto, Dámaso no tenía a su favor más que una remota relación con el conde de Lemos, que era hombre influyente en la corte, sin duda alguna, pues estaba casado con la hermana del duque de Lerma; pero que resultaba, al fin y al cabo, un

pariente lejano. Aquellas nupcias estaban condenadas antes incluso de que el padre de la novia mencionase la dote.

Pero Constanza no quería escuchar. Prefería dejarse llevar por la calidez de sus ensoñaciones. Confiaba en él, en que fuese capaz de encontrar el modo, en que su amigo Hortuño de Andrade pudiera ayudarlos. Dámaso le había contado que se habían criado prácticamente juntos, que eran como hermanos. Todas circunstancias halagüeñas si se querían ver con predisposición, tal y como estaba haciendo esa mañana.

En ese instante, Constanza fantaseaba despierta, pensando en su futuro con él. Dámaso le había hablado de las posesiones de su familia en Galicia, aquel lugar del norte sobre el que apenas sabía nada, pero que él refería con tanto amor. Un paraje cubierto de ríos y montañas en el que tendrían un enorme establo, repleto de los mejores caballos, incluyendo sementales napolitanos y robustas yeguas britanas, a ella le gustaban todos.

No le costaba imaginar su futura casa, casi podía oír las risas de los niños, a los que enseñaría a montar desde antes de que supiesen andar. Veía aquellos valles que Dámaso le había descrito, incluso, si se esforzaba, podía distinguir los colores del otoño pintando las hojas de los árboles.

Y no podía evitarlo, en los chapurreos sincopados de la mezcla de lenguas que se hablaban en la corte, todas a su alrededor comentaban los despachos llegados de Sevilla. Y Constanza conjeturaba que podía haber noticias de Manila. Así que le dio un vuelco el corazón cuando vio a Hortuño aparecer con una cartera de cuero bajo el brazo.

Presa de los nervios, la menina empezó a apretujar entre sus dedos la poma llena de benjuí y estoraque que llevaba colgada al cuello. La pequeña bola de metal labrado bailaba entre sus manos, liberando las esencias perfumadas de su interior. Al llegar Hortuño a donde doña Catalina de la Cerda departía con la reina, los intensos aromas ya se habían pegado al paladar de la siciliana, obligándola a soltar el pequeño contenedor y raspar la lengua apelmazada contra el cielo de su boca.

El secretario aguardó a que la duquesa de Lerma terminase lo que estaba diciendo y aguantó con estoicismo la despectiva mirada de la reina Margarita, festoneada por el semblante hosco de su dama de honor favorita, María de Sidonia y Siderer, sentada unos pasos más allá con la misma actitud con la que un gato callejero miraría una enorme rata de albañal, deseando hincarle el diente, pero dudando de si la presa no sería demasiado grande.

El secretario, sin dejar de toquetearse la golilla que vestía, intentaba componer su porte para mostrarse digno, ignorando con afección la hostilidad de las damas fieles a la monarca.

La esposa del valido presintió que tenía alguien a la espalda al ver la expresión de

la reina, que había dejado de prestarle atención. Una de las manos de la monarca sostenía un bastidor de costura con una labor apenas empezada bajo la que bailaban los cabos de los hilos, la otra se posó instintivamente en los brocados que cubrían la curvatura naciente de su vientre, como si quisiera proteger la vida que comenzaba a crecer en su interior. Uno más de los secretos a voces que corrían por los pasillos del palacio.

Constanza vio cómo, cuando le dieron pie, el hombre del duque de Lerma se agachaba y comentaba algo con la camarera mayor. Abrió la cartera que portaba y rebuscó en su interior un instante, primero con calma, luego con premura y, finalmente, se irguió llevándose la mano a la sien; como si se hubiera olvidado de algo. La reina alzó las cejas con exasperación, pero Hortuño no pareció darse por aludido. La duquesa de Lerma ensambló una sonrisa en su pétreo rostro y abanicó una mano como restándole enjundia a algo.

El secretario empezó a girarse y luego regresó a la posición original, como si hubiera algo importante que añadir a lo dicho. Cuando habló de nuevo, Constanza vio que la camarera mayor se volvía hacia ella y la miraba con la rigidez habitual. Luego asintió moviendo la mano en su dirección y Hortuño murmuró con gesto complacido. La dama María de Sidonia se había ido echando hacia delante en su asiento, estirando el cuello, y se hubiera caído de no ser porque la reina se giró hacia ella para susurrarle quién sabía qué.

Mientras el hombre echaba a caminar trasteando en la cartera, la joven siciliana sintió que su pulso se aceleraba. Estaba segura de que había llegado una carta de Dámaso desde la lejana Manila.

Constanza volvió a apretujar la poma entre sus dedos nerviosos y esperó intentando mostrarse serena. La reina Margarita la miró con expresión compasiva antes de volver a prestar atención a lo que le decía la esposa del privado. La siciliana sintió como el desasosiego la rondaba.

Cuando Hortuño llegó a su altura, estuvo a punto de alargar las manos para recibir el pliego lacrado, pero se detuvo al ver que la expresión del secretario mudaba. Algo no iba bien.

—Me temo que soy portador de malas noticias —anunció él—. Pero no desfallezcáis. He venido personalmente para que sepáis que quedo a vuestra disposición. Podéis disponer de mí para lo que preciséis…

El rostro aparentemente compungido no lograba apagar el brillo que despedían los ojos de Hortuño.

風

Tercer magari

KYOTO

Ni tan lento que la muerte te alcance;
ni tan rápido que des alcance a la muerte.

PROVERBIO JAPONÉS

Los *shoji* hechos con papel de arroz dejaban ver las cimbreantes luces anaranjadas de los hogares, reñían con los faroles de los jardines y los fanales colgados en los portales de las casas más acomodadas. Formaban una constelación que perfilaba las calles y barrios; desdibujada por un aguanieve traslúcida que caía sobre Kyoto derramando frío. La mayoría de los que caminaban por la ciudad intentaba resguardarse usando tupidos ruanos de paja entretejida o puntiagudos sombreros improvisados con ramillas de ciprés.

El cercado, severo y rotundo, alzado con maderos de cedro perfectamente cepillados, estaba rodeado por una robusta glicinia de taño enrevesado que, a lo largo de los años, había ido trepando ciñéndose a la estructura. Podada con mimo pocos días antes, algún meticuloso jardinero la miraría con orgullo cuando, al llegar la primavera, floreciesen los delicados ramilletes morados. Todo el conjunto, aunque discreto, dejaba entrever que la dueña de la mansión contaba con una buena provisión de fondos con los que mantener una propiedad así. Ese debía de ser el lugar.

Era habitual que, si se hacía referencia a ellas, se las nombrase como las mujeres del *mundo de los sauces*, pues debían adaptarse sin perder la gracia, combarse según soplase el viento, pero ser capaces de alzarse de nuevo sin perder un ápice de su majestad. Todo eran apariencias con encajes cubiertos de modales y rígidas costumbres en las que el arte y el placer físico se entremezclaban cuidadosamente, con discreción. Un universo de deleites que los extranjeros demonizaban, aunque tan arraigado en el acervo del archipiélago que ni siquiera los conversos lo rechazaban. Los privilegiados lo conocían, los menesterosos lo envidiaban y todos lo murmuraban.

No había ningún anuncio explícito, sin embargo, era evidente que en aquella casa solo servían cortesanas de la más alta clase; las que sabían usar el abanico con delicadeza etérea, las que conseguían que el plectro de marfil acariciase las cuerdas del *shamisen* con una sensualidad palpable, al compás de los vaivenes insinuantes de bordados de oro entretejidos en las mangas de exquisitos *kimono*. Solo las que supieran emplear los afeites, el polvo de arroz, las algalias, los tocados, la voz y sus propios gestos en la justa medida, haciéndose notar con elegancia pero sin caer en la aberración de lo exagerado. Y Saigo no estaba dispuesto a llamar la atención de toda la ciudad consiguiendo que se corriesen rumores sobre un *ronin* que se permitía una noche en la más prestigiosa casa de placer de la metrópoli.

Con disimulo, albergado por la oscuridad y el desapacible clima, había estado observando desde que llegara, en la *hora del perro*, tras seguir las indicaciones que le había dado un vendedor de bollos *fu* al que había entregado un par de monedas de cobre a cambio de un solo panecillo.

Y ya había pasado tiempo suficiente para que se consumiesen media docena de

varillas de incienso, pero el *ashigaru* seguía soportando el frío, haciendo acopio de paciencia. Porque después de haber perdido toda esperanza, volvía a tener una remota posibilidad de éxito.

Tras descubrir la desaparición de la cabeza decapitada del magistrado, Saigo había comprendido que debía encontrar a quien se había llevado aquel macabro despojo. Sería alguien muy cercano a Ishida Mitsurani y, casi con toda certeza, sabría algo útil sobre lo acaecido en Fushimi. De modo que había considerado sus opciones y concluido que lo más fácil sería dejar a otros, con más medios y hombres al cargo, hacer el trabajo.

Era consciente de que, si él mismo intentaba seguir el rastro, haciendo indagaciones por su cuenta en una ciudad desconocida, no solo levantaría sospechas antes o después, sino que, además, le resultaría prácticamente imposible hallar una nueva huella.

Sabía que no tenía muchas opciones, no obstante, si deseaba conseguir información, aquel era un buen lugar. Lenguas que se habían soltado por las piezas de plata que Naito Ienaga le diera en el *dojo* del castillo se lo habían insinuado. Allí podría averiguar algo útil sobre el líder de la patrulla de Tokugawa Ieyasu encargado de la ejecución; aquel *samurai* estaría asumiendo personalmente las tareas de búsqueda del trofeo perdido. Tamaña afrenta no podía quedar sin castigo.

Y mientras aguardaba a que apareciese aquel sureño descrito por el bordador, reflexionaba. Se preguntaba una vez más cómo habría podido hacerse Ishida Mitsurani con los mosquetes extranjeros. Ya que, aun pese a la aparente relación del magistrado con el converso Yukinaga, las respuestas que precisaba aún le eran esquivas.

Saigo recordaba las consecuencias de la llegada de los impresionantes barcos de los primeros *gaijin*. Cuando era solo un niño su padre le había contado la historia.

Eran naves casi tan grandes como las de las flotas chinas. Y, tras la conmoción inicial, sin dar tiempo a que los *daimyo* liderados por el clan Shimazu reaccionasen, aquellos estrafalarios hombres hediondos se habían propuesto convencer a cuantos fuese posible de las bondades de su fe, sus creencias y su mundo.

Los potentados *daimyo* de la familia otomo habían aceptado aquellas chocantes historias sobre mujeres que concebían hijos sin contacto carnal y hombres divinos que, aun siendo inmensamente poderosos, se dejaban crucificar por sus enemigos. E incluso habían sellado los primeros tratos comerciales. Sin embargo, el *ashigaru* había tenido que encargarse de muchas otras cosas antes de preocuparse sobre la verdad de los hombres: las llamas de la guerra habían prendido en la gran isla de Honshu y muchos adolescentes, como el propio Saigo, habían aspirado a alcanzar la gloria.

Y los *gaijin* dejaron de ser importantes. Habían comenzado las campañas del

visionario Oda Nobunaga; sobre el que se decía que había sido en su juventud un loco que vestía *hakama* hechas con piel de tigre y usaba mangas cortas, contraviniendo las rígidas normas del decoro como si no fuesen de su incumbencia. Y antes de tomar cualquier otra decisión que no fuese llevada por el impulso de la pubertad, Saigo se había encontrado luchando en el lodazal del río Ane y combatiendo en Nagashima contra los temibles monjes Ikko-Iki, que tantas veces habían atacado Kyoto.

Luego llegaron los tiempos del *taiko*, y la influencia de bonzos desconfiados había llevado al dignatario a promulgar decretos contra los barbudos forasteros. Aunque también era cierto que Toyotomi Hideyoshi, tan astuto como un zorro, había sabido ver el valor del comercio que le proporcionaban los singulares extranjeros e incluso había tonteado con la idea de convertirse, al menos públicamente.

Lo que no fue óbice para que, poco más tarde, se promulgasen edictos de expulsión. Se había ordenado a todos los extranjeros que se reunieran en Nagasaki para enviarlos embarcados a un lugar cerca de la desembocadura del Río de las Perlas. Y cuando semejaba que el futuro de los *gaijin* estaba sellado, las ansias por conquistar Korea habían reverdecido y el *taiko* se había olvidado de los hediondos barbudos por un tiempo.

Algunos dijeron que, en el sur, unos pocos *daimyo* conversos habían planeado una rebelión y que Toyotomi Hideyoshi había preferido obviar con decoro el asunto del destierro y centrarse de nuevo en la península de los *comedores de ajos*. Como resultado, la mayoría de los extranjeros se había quedado en la isla Kyosho, temiendo viajar por el archipiélago a no ser con salvoconductos y permisos concedidos con la venia del mismo *taiko*. Y en tanto, Toyotomi Hideyoshi había decidido que le convenía purgar los señoríos para salvar la dignidad, por lo que había aprovechado las circunstancias para exiliar a algunos de aquellos sospechosos de sedición y quedarse con sus predios.

Por unos años, cierta calma aparente logró perdurar, orlando cada rincón del país. Luego, queriendo acallar nuevos aires de alzamientos, al *taiko* no le había temblado el pulso: un buen puñado de aquellos *kirishitan* habían sido crucificados en Nagasaki.

Y Saigo no había vuelto a pensar en todo ello hasta esa desapacible noche de larga espera frente a la mansión de la glicinia en Kyoto.

En un solar cercano, se había acomodado en la copa desnuda de un olmo, cubierto por el esqueleto de ramas preparadas para el invierno. Llevaba tanto tiempo a la intemperie que el frío se filtraba hasta sus huesos a través de las ropas caladas, pero Saigo no se movió. Y su paciencia fue recompensada.

Cuando ya calculaba que la *hora del buey* comenzaba, vio salir a un *samurai* ebrio que daba tumbos de un lado a otro, su peinado desarreglado dejaba caer mechones desmadejados sobre las mejillas abotagadas y su contento parecía bastarle para combatir la gelidez.

La escasa luz no le permitió al *ashigaru* distinguir enseña alguna en los ropajes del hombre. Así que observó con atención buscando una pista. El borracho trasteaba con su *obi* e intentaba recomponer su desastrado aspecto. Con los palmetazos del hombre, el pequeño *netsuke* que sujetaba las cintas de la bolsa atada a la faja, tallado con una figura que Saigo no reconoció, cayó al suelo. Cuando el hombre se agachó para recogerlo, se desplomó, derrumbándose de bruces sobre la calle enlodada y perdiendo una de sus sandalias.

Tras unos instantes de lucha, entre gruñidos y esfuerzos, consiguió levantarse, eructó sonoramente, expelió una larga ventosidad y miró al cielo valorando la lluvia que lo empapaba terminando de deshacer su moño. El *samurai* logró calzarse la abarca, se volvió y cruzó de nuevo el portal después de hacer sonar la campanilla bajo el umbral y ser recibido por varios sirvientes de expresiones solícitas.

Apenas había tenido ocasión de arrebujarse en sus ropajes cuando aquel beodo salió una vez más, tambaleándose como antes, pero con un ruano cubriéndole el torso para evitar la lluvia. Trastabilló un par de veces antes de decidir qué camino tomar, y cuando lo hizo el *ashigaru* optó por seguirlo.

Lo más razonable era que, bajo aquel tiempo inclemente, el *bushi* hubiera vuelto y pasado la noche en la mansión de la glicinia, sin más, así que debía de estar obedeciendo una orden, y tenía que ser importante. Podía tratarse de uno de los hombres que estaba buscando.

No tuvo que tomar demasiadas precauciones, su perseguido estaba tan ebrio que difícilmente se hubiera dado cuenta de que iban tras él.

Saigo sabía que no se trataba del líder de la patrulla que había incitado a los habitantes de Kyoto a decapitar al magistrado con toscas sierras de bambú, no encajaba con la descripción que había oído. Pero tenía una corazonada.

Doblaron en un par de esquinas y se adentraron en un distrito donde se alzaban los caseríos que algunos *daimyo* de importancia mantenían en la ciudad imperial. Era una vecindad de hombres ricos y poderosos, y alguien debía de haber cedido o rentado aquella casa. Una propiedad ostentosa, con un foso tras el que se alzaba un parapeto que recordaba los tiempos convulsos de las guerras civiles. Aparte de la vivienda principal, había construcciones menores con aleros que se prodigaban sobre los paneles de madera y papel de arroz. Se veían lampiones encendidos y se oía el murmullo de gentes que se ocupaban de apartar el mobiliario y colocar los *futon* para que los dormitorios estuvieran listos.

Un guardia con solo grebas y protecciones en los antebrazos abrió el portalón y se inclinó respetuosamente. Y, cuando el hombre al que seguía traspasó la cerca de la hacienda, Saigo decidió volver a esperar.

Supuso que aquellos a los que vigilaba se hospedaban allí, donde debían permanecer cuando no decidían pasar la noche embriagados por el *mundo de los*

sauces. Así que el *ashigaru* hizo un esfuerzo por memorizar las señas y tomó la determinación de averiguar algo sobre aquel lugar al día siguiente.

Cuando el sol ya comenzaba a alzarse y las dudas sobre si debía regresar o no a la mansión de la glicinia lo atenazaban, vio algo que alimentó sus esperanzas. Por encima de las ramas recién podadas de los árboles del jardín salió volando un pájaro ceniciento con ribetes blanqueados. Saigo tuvo el tiempo justo para ver cómo, atado a la pata rojiza del ave, iba un canutillo de bambú. Era una paloma mensajera.

Aquel borrachín había sido enviado de vuelta para que, con la luz del nuevo día, remitiese un mensaje.

Hortuño de Andrade había tardado unas semanas en darse cuenta: las caballerizas. No debería habérsela encontrado allí y menos sola. No era apropiado para una dama de compañía de la archiduquesa Margarita de Austria y Estiria, esposa de su majestad, el muy cristiano Felipe el Tercero. Pero una vez había comprendido lo que sucedía, supo que tenía su oportunidad.

Era la cuarta tarde que se escamoteaba de sus obligaciones y aguardaba a que Constanza apareciese. Estaba desesperado por arreglar la situación. Su último encuentro no había resultado como había imaginado.

Hortuño, el poderoso e influyente amanuense del valido del rey, había esperado que ella reaccionase de un modo muy distinto. Contraviniendo las órdenes del duque de Lerma, advirtiéndole de que la hacía partícipe de un secreto que no podía desvelarse, Hortuño le había dicho que Dámaso viajaría de Manila al peligroso archipiélago del Japón. Sin embargo, la menina no había acudido a él en busca de consuelo. Se había quedado callada, contorsionando sus párpados. Él había tironeado una vez más de los picos de su jubón y había procurado componer una postura digna irguiendo su escaso pecho. Pero Constanza no se había dado por aludida, había alargado un incómodo silencio, tan solo adornado por el murmullo de las conversaciones del resto de damas de la corte.

De pronto, intentando contener el llanto, ella se había deshecho en disculpas y había pedido permiso para retirarse, ignorándolo. Y Hortuño, en pie, con expresión bobalicona, había sentido el peso de la escrutadora mirada de doña Catalina de la Cerda.

Le había costado recuperarse. Hasta que se había acordado de su anterior encuentro con ella, en las caballerizas.

Y allí estaba una tarde más. Aguardando. Las órdenes para el oidor De Morga ya habían salido hacia el archipiélago de las Filipinas. Había sentido un morboso placer al ver como el duque de Lerma les daba su aprobación sin atreverse a firmarlas, para que no quedase constancia de lo que pretendía hacerse. Al enviarlas, para asegurarse de que todo fuese como había planeado, adjuntó una carta personal para su socio en Manila: Antonio de Morga se ocuparía de que Dámaso no regresase jamás.

Y, antes de que la rampante corrupción que había contribuido a diseminar por la corte se descubriese, Hortuño partiría hacia las Indias Occidentales, con ella. Se establecerían como un hacendado matrimonio de bien en algún lugar de futuro próspero, quizá en San Agustín de la Florida. Puede que en alguna de las grandes plantaciones de caña de Cuba, había oído hablar de las bondades de la bahía de Santiago. En cualquier lugar en el que las prevaricaciones y cohechos de la Villa y Corte no lo alcanzasen cuando el privado cayese en desgracia, cosa que, irremisiblemente, sucedería antes o después; estaba convencido de ello. Tanto que ya había enviado una misiva formal a la casa de los Accioli para llegar a un acuerdo con el padre de Constanza.

Pero ella no aparecía y, sin embargo, Hortuño tenía la certeza de que no le faltarían oportunidades en las que escaparse de su aya y quehaceres para concederse un rato de asueto en las caballerizas. Con los preparativos para el traslado a Valladolid, todo el palacio estaba sumido en el caos, desde los galopines a los más altos cargos del bureo de mayordomos trotaban a todas horas de un lado a otro cargando embalajes y gritando órdenes. Un farragoso desbarajuste del que ella debería poder servirse.

Faltaba poco para que en los conventos cercanos al Real Alcázar se tocase a vísperas y la tarde, fría y cubierta de la humedad que se desprendía de los suelos de la ciudad, rezumaderos de las últimas lluvias y la infinidad de pozos de Madrid, lo obligaba a arroparse con la capa y agradecer el calor dulzón que desprendía a su alrededor la mezcla de estiércol y heno. Los palafrenes resollaban de vez en cuando. A aquellas horas, no había nadie más allí, por eso la esperaba, porque sabía que, de aparecer, querría aprovechar esos momentos antes de que los mozos repasasen los pesebres, lustrasen a las monturas y las dejasen listas para la noche.

Lleno de ardor, la imagen de la menina y la vida que imaginaba con ella le servían de abrigo para combatir el fresco. Hortuño quería creerse que ella aceptaría. Solo necesitaba que escuchase, lo presentía. Y se repetía una vez tras otra, con machacona insistencia, que Constanza consentiría.

Y, como cada tarde, se refugió en aquellos pensamientos tan halagüeños. Pero, como sucedía todos los días, las visiones de una gran casa cercada por enormes extensiones cultivadas al sol del mar Caribe se pervertían rápidamente. No podía evitarlo. Antes o después, la quimera de una placentera vida se descomponía, carcomida por la carnalidad de sus bajezas. La representación de Constanza como una amante esposa se diluía; todo se reducía a la exuberancia de los rizos dorados, los matices de nácar de aquellos pómulos sonrosados, la exquisita palidez del rostro, delicado como las mejores porcelanas chinas. Y la tersa piel del cuello, y las curvas que se anunciaban más abajo, y el contoneo de las caderas a cada paso.

Sin poder refrenarse, al poco, aquel espejismo era insuficiente. Necesitaba más.

Casi podía sentir los finos dedos de ella recorriendo su espalda, jugueteando en su pecho lampiño. El sofoco le cubría las mejillas y livianas gotas de tibio resudor se deslizaban por sus patillas. El lobanillo de la sien relucía; y su entrepierna empezó a palpitar.

Tenía que ser suya y, como cada tarde, antes de que pudiera darse cuenta sus manos apretujadas se deshicieron la una de la otra con un chasquido acuoso y se volvieron autónomas. Dueñas de su voluntad.

Al tiempo que sus sesos se recalentaban imaginando la voluptuosa desnudez que descubriría cuando ella aceptase lo que le convenía, la derecha intentó desatar los nudos y la izquierda empezó a restregarse contra el miembro erecto que podía palpar a través de la tela de sus ropas, en las que dejó el húmedo rastro sudoroso que anegaba sus palmas.

Se le escapó un gemido al que respondió el bufido de un bayo recién llegado de las caballerizas de Córdoba. Hortuño cerró los ojos con fuerza, obligándose para poder ver lo que tanto ansiaba: las espiras de aquellos pechos que se anunciaban generosos, el valle de la cintura, la calidez escondida en la horquilla de los muslos, resguardada por un tapiz de ensortijados vellos rubios.

La luz difusa que se escurría por los altos tragaluces colgaba de los techos las telarañas que ondulaban bajo las vigas. El punzante olor de la descomposición del estiércol fresco formaba vaharadas que crecían desde el solado. En un extremo del largo corredor central que dividía la construcción, al final de los paneles de robusta madera que, a ambos lados, conformaban las caballerizas, Hortuño había encontrado un guadarnés en el que podía ocultarse en su espera. En la pequeña estancia, sentado en un taburete con las patas melladas, rodeado por viejas bridas y cabezadas pendidas de clavos oxidados, pilas de bloques de sal, sogas, cubos y horcas para el heno. Allí se escondía el secretario. Gañía al compás de los espasmos de su cabeza, que se sacudía adelante y atrás.

Su mano apretaba con fuerza; la sensación era cercana al dolor, tal y como a él le gustaba. Había enterrado fortunas para callar las bocas de las mancebas que sabían de sus secretos de alcoba, de sus terribles vicios, de las perversiones que lo atormentaban en las noches en que lo invadía su conciencia cristiana. Pero en aquel instante la urgencia le impedía pensar en lo impío de sus costumbres, no había lugar para la contrición; quería sentirla, necesitaba que ella sustituyese su mano, que ya había empezado a moverse arriba y abajo. Se mordió los labios y la piel del mentón se tensó volviéndose blanquecina, resaltando las hebras desarregladas de su irregular barba despoblada.

Sus pies se contrajeron y las punteras de sus borceguíes se miraron la una a la otra avergonzadas, ridiculizando aún más la postura. El brazo, escuálido, bueno para lo poco que estaba haciendo en ese momento y para liarse con legajos, o para amoratar

el rostro de una mujer, pero no para alzarla y llevarla hasta un lecho en el que depositarla con dulzura.

Sentía en la cerviz la inminencia del momento. Su boca se abrió y su lengua recorrió el camino de sus labios dejando un rastro brillante de baba pegajosa. Para él Constanza estaba allí, ante sus ojos cerrados, envuelta en el relumbre de una gloriosa desnudez de tersa piel marfileña. Los orbes de sus pechos se elevaban a cada inspiración haciendo vibrar los pezones. El vientre plano e inmaculado estaba listo para recibirlo, para ser marcado, para dejar en él las huellas de su pasión.

—¡Oh, buen Dios!

La voz, femenina, incluso envuelta en el espanto sonó dulce como ambrosía. La reconoció al momento.

—¡Oh…! —Estaba paralizada, cubriéndose la boca con las yemas de los dedos temblorosos y las mejillas ardiendo.

Sin necesidad de oír una sola palabra más Hortuño sintió que había escuchado toda una condena.

—Yo, lo… Será… —ella intentaba decir algo que no lograba articular.

Su hombría se desinfló y su mano sudorosa quedó ridículamente suspendida. Cuando abrió los ojos sintió como cientos de sueños pergeñados se convertían en miles de terribles pesadillas. Constanza estaba allí, ante él. Y la expresión de horror que contorsionaba sus dulces facciones era suficiente para que Hortuño comprendiese cuánto había perdido en un instante.

—¿Qué sucede?

No había sido Constanza. Era la voz atiplada de un adolescente.

—¿Estáis bien? ¿Habéis visto una rata? —el tono condescendiente dejaba claro que el muchacho rebosaba confianza.

Estaría encantado de espantar a la alimaña que había soliviantado a la dama.

Constanza ni siquiera había oído las preguntas de Juan, que caminaba hacia ella, hasta el guadarnés donde escondían las bridas que usaba la joven cuando tenía la oportunidad de montar. La menina, paralizada, no sabía qué hacer; bajo el ruedo de su falda, uno de los pies quería alzarse para darse la vuelta.

Hortuño se levantó trastabillando, perdió el equilibrio y con uno de sus brazos arrastró ramales y correajes que cayeron con estrépito. Intentaba componer excusas y salvar la situación cuando un mozo de espuelas apareció tras Constanza. Una enorme sonrisa que pronto desaparecería le cruzaba el rostro tiznado.

—Pero ¿qué…?

El amanuense del privado había ordenado matar en más de una ocasión, pero jamás se había manchado sus propias manos, ese no era su modo de hacer las cosas. Era preferible tener a alguien que cargase con las culpas. Sin embargo, cuando su mirada se desvió hasta los correajes que había hecho caer y vio el mango pulido de

una horca, algo se encendió en sus entrañas.

—¿Qué diantres está…?

El mozo de espuelas no llegó a terminar la pregunta. Cuando el secretario alzó el rostro de nuevo hacia donde él estaba, Juan vio cómo el horror se transformaba en locura. Instintivamente avanzó un par de pasos y se puso delante de Constanza. En el abismo de aquellos ojos pardos que excretaban ira había algo terrible.

Ella no se dio cuenta. El semental cordobés relinchó y empezó a cocear nervioso. Hortuño se echó a andar. La mancha carnosa de su fláccido miembro se bamboleaba en el amasijo de telas de su cintura. Juan tuvo tiempo para recordar a la hija del panadero y halar sus brazos para protegerse el rostro.

La horca se alzó y Hortuño descargó todo su peso en el impulso. Era la primera vez que las débiles manos del secretario sentían el mango sobado de una herramienta de trabajo y su incompetencia condenó al pobre mozo a terribles sufrimientos.

Solo dos de las púas entraron en el vientre del muchacho atravesando el chaleco y la humilde camisa llena de lamparones. El bonete que llevaba cayó al suelo. La escasa fuerza de Hortuño solo sirvió para que los hierros aguzados penetrasen apenas un par de pulgadas, pero bastó; de una de las heridas, la del costado, empezó a manar sangre oscura y espesa.

El secretario soltó el apero con asco y se miró las palmas como si estuviesen a una distancia insalvable. Estaba intentando recomponer los pedazos de sus esperanzas, deshechas injustamente en añicos en un instante.

Constanza chilló cuando el mozo se desplomó ante ella gimiendo, vencido por el lacerante dolor que le desgarraba el riñón, tan intenso que ni siquiera conseguía gritar, apenas boquear espasmódicamente intentando llenar sus pulmones con aire suficiente. Sus dedos callosos de uñas quebradas por el trabajo rodeaban incrédulamente las afiladas púas.

Hortuño reaccionó ante los sollozos que empezaron a convulsionar los hombros de la joven y se olvidó de sus manos volviendo a centrar su atención en Constanza. Fue como una revelación, tenía que hacer algo, y de inmediato.

A través de la bruma del llanto, la menina se percató de que el hombre la miraba e intentó huir, pero sus pies seguían sin querer responder.

Él se dio cuenta de lo que ella pretendía.

Se abalanzó hacia Constanza alzando los brazos para atraparla. Tenía que detenerla.

Ella paseó su lengua de arriba abajo. Con tal lentitud que el deseo se transformó en apremio y, al cabo, en una dulce tortura. Repitió el recorrido, varias veces, en cada ocasión un poco más rápido; hasta que lo oyó resoplar y se paró. Al detenerse presionó con aquella humedad los surcos de la piel que precedían al extremo mientras gemía hondamente para complacerlo. Se apartó, y el miembro erecto pulsó llevado

por la sangre que lo hinchaba.

Retirando un largo mechón de la frente para colocarlo tras una oreja con delicados dedos de finos huesos, sopló con suavidad consiguiendo que la brillante huella de su saliva se enfriase. Él corcoveó impaciente, gruñendo, incapaz de articular palabra para rogarle que continuase, la joven lo miró e hizo un significativo gesto con la mano.

—Me daréis… —Los ojos marrones se revolvieron un instante en las cuencas y, como no recordó más palabras en el idioma de él, le hizo la pregunta en el suyo—. *Pwede nyo pong taasan ang bayad*?

Martín alzó el rostro, acalorado y perlado de sudor. Resollando.

—¡Sí! Sí, os daré unas monedas más, pero seguid, ¡seguid! —De haberlos tenido, le hubiera entregado hasta el último de los taeles cantoneses de plata.

La muchacha sonrió complacida y abrió la boca sensualmente. Hizo deambular su lengua por los labios, humedeciéndolos, y se agachó de nuevo sobre la ingle del hombre para lamer el bálano del español.

El madrileño se dejó caer en el sencillo camastro y cerró los ojos. La joven le agarró los muslos y clavó suavemente las uñas. Descendió una vez más, llenándose con él, apretando las mejillas, esparciendo un telón de cabellera negra que cubrió las caderas de Martín. Arrastró las manos y él sintió el feble dolor de los arañazos. Al tiempo, el intenso placer del contacto de la lengua que jugueteaba con su verga lo arrastraba al borde de la locura.

Lentamente, mientras rodeaba la base con una mano, ella fue imprimiéndole ritmo a sus labios, poco a poco; preguntándose si podría estirar aún más la generosidad del soldado, haciendo que sus lacios cabellos revoloteasen caricias.

Martín, que no se acordaba de Madrid, de Manila, o cualquier otra cosa, que ni siquiera hubiera sido capaz de responder cuál era su nombre, sentía la tensión creciente en sus músculos, el calor que tironeaba de sus corvas obligándolo a doblar los dedos de los pies, engarfiados como los de un viejo reumático. Apretó las nalgas, se alzó ejerciendo fuerza con los brazos extendidos. Y, cuando tuvo la certeza de que su entrepierna iba a reventar, ella se detuvo. Cerró ligeramente los dedos que aprisionaban la raíz del falo, violentando a la delicada piel para mantenerla en tensión; aproximando el placer pero coartando su abrazo.

Por unos instantes de dulce agonía, la joven mordisqueó con la delicadeza justa para provocar una rigidez evidente en las caderas de él. Entonces, cuando Martín comenzó a murmurar incoherencias, ella relajó los dedos y empezó de nuevo a ascender y descender.

A Martín le hervía la sangre. Quería derramarse en su boca. Ya no podía aguantar más. Deseaba que ella se bebiese hasta la última gota. Sentía que su cordura se diluía; si se lo hubiese pedido en ese momento hubiera ido a nado hasta Sevilla, incluso

habría accedido a liarse a palos con el duque de Lerma. Bastaba con que ella se lo rogase a cambio de no parar.

Aquella joven se estaba llevando hasta el último cuartillo de su soldada, pero él estaba convencido de que jamás había hecho mejor uso de sus dineros. Aquel lupanar, el más exclusivo de los arrabales de Manila, estaba muy por encima de las posibilidades de un simple piquero de la guarnición del fuerte de Santiago, pero el madrileño parecía no tener otro destino en la vida que el grabado en los coloridos naipes o el escondido en la horquilla que formaban los tersos muslos de una mujer. Conque, gracias a los primeros y por culpa de las segundas, en sus bolsillos crecían agujeros y su salario se acababa con más rapidez que las escasas escudillas de malcocinado que su padre le había servido en su niñez de hambrunas.

Esa tarde, tras cumplir con su guardia en el alcázar, había conseguido que Dámaso le prestase una vez más un par de reales de plata que dilapidar. Y había tardado en salir de la ciudad únicamente el tiempo necesario para llegar al convencimiento de que, como siempre sucedía, su taciturno y acreedor amigo, todavía preocupado por no haber logrado hablar con el oidor De Morga, no lo acompañaría. Había intentado persuadirlo en múltiples ocasiones, incluso le había explicado con profusión de detalles las bondades de aquella casa de lenocinio: la única en el archipiélago filipino en la que ni una sola de las mancebas tenía las erupciones con forma de clavo que llenaban los cuellos y las manos de las aquejadas con el *mal francés*. Un establecimiento que, si bien estaba lejos de sus economías, hacía que mereciese la pena la ruina, pues las jóvenes no solo estaban sanas, sino que eran las más bonitas de las Indias. Sin embargo, como siempre, Dámaso había preferido quedarse. Habían llegado naves desde Ciudad de los Reyes, y su amigo estaba ansioso a la espera del reparto del correo. Le había dado las monedas exhibiendo una sonrisa agridulce y había insistido en su negativa. Martín no lo comprendía, pero aquel gallego taciturno parecía empeñado en servir a la corona con la más intachable de las hojas de servicio, y todo por una inalcanzable mujer.

Aunque, en ese momento, Martín ya no se acordaba de su amigo. Percibía cómo todo en él palpitaba, preparándose para el final. Sus sesos reblandecidos solo podían pensar en aquel par de brasas candentes y húmedas que lo atenazaban.

Ella continuaba con su labor. Ascendiendo lentamente. Entreteniéndose el tiempo justo para obligarlo a rogar que continuase. Descendiendo tan rápido como era posible sin causar dolor.

Ya no aguantaba más. Con que ella siguiera haciéndolo tan solo un instante todo acabaría. Estaba a punto, al límite, cuando, inesperadamente, oyó unos aplausos.

Entre la sorpresa, la ironía y el fastidio, Martín logró abrir los ojos y recurrir a su habitual sarcasmo:

—Comprendo que puede asombrar —dijo mirando significativamente lo que la

muchacha sostenía en su mano—. Pero puedo aseguraros que no me hacen falta ánimos para ocuparme de la tarea…

No le siguieron la gracia. Una mujer mucho más mayor, ajada, con la historia de una vida difícil impresa en el rostro, había irrumpido en la modesta estancia batiendo palmas y aullando una mezcolanza incomprensible de idiomas que, sin duda, había aprendido tras años echando a marinos, soldados y borrachos del prostíbulo que regentaba.

—¡Fuera! *Labas*! ¡Fuera! *Wala!Out*! Vamos, vamos… —Tenía el rostro mustio, estragado por la edad y las noches de insomnio, y los pellejos de sus brazos se agitaban mientras chillaba con ansia—. Rápido, rápido, *bilis! Fora*! ¡Aprisa! ¡Largo! *Yalah*, *yalah*!

La muchacha se incorporó sobre uno de sus codos y se limpió la comisura de los labios con el reverso de la mano libre. Martín quiso entonces gritarle a la madama que fuese a pasear un rato por todos los infiernos. Iba a mandarla a capar micos a dentelladas en la selva cuando oyó algo que le hizo callar:

—Kailangan nating intindihin ang nakakataas na si De Morga. Natutuwa sya. Pabayaan mo ang patay gutom na yan, bilis, gusto ni De Morga na pumili ng ilang babae. Lumabas na tayo, pabayaan mo na yan! —contestó la dueña del lupanar a las preguntas de la joven.

Solo había entendido un par de palabras sueltas, no llevaba tanto tiempo en Manila como para comprender la lengua, pero le había parecido captar que, además de referirse a él como pobre muerto de hambre, la madama también había mencionado un nombre conocido. Y no tuvo tiempo para darle importancia, porque mientras le lanzaba los calzones, recién recogidos del suelo, la ajada mujer le berreaba para que se marchase a la vez que extendía una mano para cobrar la deuda.

—No, no os daré ni un ochavo, esperaré hasta que vuelva Inés y, cuando termine lo que ha empezado —dijo señalando sin pudor su erección—, entonces tendréis vuestro dinero.

Lo hizo, además, sabiendo que así le podría dar algún dinero de sobra a la joven. Pues, al pagarle a ella evitando la intermediación de la madama, tendría ocasión de dejarle una propina a la muchacha; de la que, inevitablemente, se había encariñado en los últimos tiempos.

—Así que traedme vino… Y algo de comer para reponer fuerzas. Yo la esperaré —insistió el madrileño al tiempo que se erguía, echaba los brazos hacia atrás y cruzaba las manos tras la nuca.

La madama, disgustada por la negativa y siendo consciente de que no dispondría de ninguna de las muchachas en un buen rato, consideró por un momento retomar los viejos hábitos, a ver si podía deshacerse del español. Y, acercándose al lecho, hizo ademán de inclinarse sobre Martín, que reaccionó de inmediato escandalizado.

—¡Fuera, bicho! Pero ¿en qué demonios estáis pensando? —le gritó echándose a un lado y, ahora sí, protegiéndose la entrepierna—. ¡Aunque fuese gratis! Si podríais ser mi abuela…

Había sido bella, tanto como para que los caudales ganados en los años de colonización con los marinos de Castilla le hubieran permitido regentar su propio negocio. Pero el tiempo había pasado, su nombre daba fe de ello, no había sido bautizada, no llevaba un apelativo español, como las jóvenes mancebas que contrataba, se llamaba Baitan, aunque hacía mucho, demasiado, que no escuchaba a nadie dirigirse a ella de esa guisa. Aún podía recordar la última vez, del mismo modo que era capaz de describirlo a él mientras lo decía. Pero habían llegado los españoles, con sus armas y su avaricia, y ella lo había perdido todo, obligada a cambiar sus esperanzas por un sordo rencor.

Habría seguido siendo hermosa de no haber sido por los excesos de la vida que había llevado, la única que le habían dejado después de que, con él, su futuro agonizase por culpa de una bala de mosquete. Así que un asomo de orgullo pasado relampagueó en sus ojos ante el rechazo, pero luego pensó en las tareas que debería atender esa noche, tan ajetreada tras la llegada de la flota y la visita del oidor, y cogió la muñeca de la joven Inés.

Cuando ambas mujeres apartaban la cortina de lienzo que hacía las veces de puerta, Martín se volvió a acostar e insistió en su petición.

—¡Que vuelva en cuanto termine! ¡Y que traigan manduca!

La madama hizo un gesto obsceno y murmuró algo que el madrileño no comprendió. Luego desapareció tras la tela arrastrando a la joven, que intentaba componer el sencillo vestido encima de su esbelto cuerpo, permitiéndole al español echar un último y libidinoso vistazo a las bien formadas nalgas.

Cuando se quedó a solas, Martín se preguntó si realmente había escuchado a la mujer mencionar el nombre del ilustre juez de la Audiencia de Manila; o si había sido únicamente un malentendido. Como cualquier otro de los soldados destinados en Filipinas, el madrileño había participado de las lenguaraces habladurías que tildaban al insigne don Antonio de Morga de bebedor sin freno y vicioso putañero, pero casi cualquier superior era objeto de vejaciones semejantes en las largas y aburridas guardias sobre el adarve del murallón que cercaba el fuerte. Sin embargo, no le costaba imaginarse al esmirriado bigote del oidor hocicando en una jarra de vino o entre las piernas de una muchacha a la que doblara la edad. Todos sabían que había abandonado el puesto de consejero de la gobernación por desavenencias con la ristra completa de gobernadores que habían desfilado por la colonia, y muchos decían que lo había hecho porque, desde su nuevo cargo en la Audiencia, podía arreglárselas para manejar con mayor impunidad la retahíla de chanchullos con los que parecía estar enriqueciéndose a ojos vistas. Y, además, como el resto en la guarnición, Martín

había oído sobre su lamentable papel en la batalla contra los holandeses frente al islote de la Fortuna.

Fuese o no el oidor de la Audiencia, lo obvio era que el nuevo cliente no solo disponía de fondos para requerir a todas las muchachas y elegir a placer, sino que también tenía dineros suficientes para despilfarrarlos en lo que debía de ser una gran celebración; a juzgar por la algarabía que pronto llenó hasta el último rincón del lupanar con alegres gritos de las jóvenes y aparatosos ruidos de menaje.

Sin embargo, esa duda intrascendente sobre la identidad de aquel afortunado derrochador se disipó pronto; en cuanto la propia madama, con evidente desdén, le trajo un poco de vino, acompañado de algo de pan y queso, viandas más del gusto de los españoles que la mayoría de los guisados filipinos, pero que, como bien sabía Martín, le saldrían mucho más caras.

Apaciguada el hambre, Martín dormitó a ratos intentando encontrar una nueva excusa para agrandar el préstamo que su amigo Dámaso le venía ensanchando desde que habían puesto pie en Manila.

Cuando, horas después, regresó la joven Inés, encontró en breve otros asuntos mucho más apetecibles en los que ocupar su mente, y tampoco volvió a pensar en ese manirroto cliente que le había coartado la velada.

Mientras la moza retomaba con exquisita dulzura las tareas pendientes y el madrileño comenzaba a gemir, desde el salón central llegaba el cuchicheo contento de la madama, que recontaba los pesados reales de plata. Un poco más allá, en la habitación más lujosa de la casa, una decorada a la manera del continente: con una gran cama con dosel, jofaina, bacía bajo espejo pulido, y hasta con una cómoda en la que se guardaban los mejores vestidos de las mancebas; sobre el amplio lecho, espatarrado, con los escasos cabellos esparcidos, sin más ropa que un trozo de colcha que apenas le cubría las vergüenzas y se escurría desde su abultado vientre, con una estúpida sonrisa de satisfacción cruzada en el rostro, el ilustre juez don Antonio de Morga se quedaba dormido.

Su respuesta al mensaje de Hortuño de Andrade que había recibido la tarde anterior ya estaba en las bodegas de una fragata fondeada en Cavite y, por primera vez en meses, el oidor pasaría la noche sin que las preocupaciones amenazasen con volverle loco, había aceptado el trato que le proponían desde Madrid, y su conciencia le molestaba mucho menos de lo que le había molestado su orgullo malherido o sus maltrechas finanzas tras el naufragio del San Diego.

Las nubes fueron perdiendo poco a poco su aspecto de deshollinador y el sol, a medida que conseguía espantarlas, fue labrándose un hueco en el horizonte, entreverando las siluetas de los montes Hiei y Otowa. El frescor de la mañana se fue disipando. El aire entibiado secaba las calles. La ciudad despertaba.

Las forjas y los hornos comenzaron a humear, las cocinas empezaron a compartir

sus aromas. Ya circulaban los palanquines de quienes los podían pagar, y los esportilleros corrían de un barrio a otro haciendo recados para los artesanos.

Saigo, entumecido tras la velada de guardia al relente, agradeció el calor que el día levantaba. El cansancio había empezado a hacer mella en él, pero estaba decidido a no retirarse hasta que viese salir a todos los clientes que habían pasado la noche en la mansión de la glicinia. Tras ver partir a la paloma mensajera, había regresado a su atalaya en el olmo porque quería confirmar sus sospechas; tenía que saber si, en efecto, los hombres que buscaba habían pasado la noche allí. Además, quería ver el rostro de aquel sureño.

El portalón principal se abrió y un grupo de hombres obesos, vestidos con lujosos *kimono*, salió del caserío para acercarse a las angarillas que los esperaban. Los unos reían a carcajadas las bromas de los otros, alguno se llevaba las manos a la frente para mitigar la claridad, dos de ellos tenían el rostro marcado por los excesos de la velada. Sus voces estruendosas y los comentarios sobre los cierres de cuentas para el año nuevo los delataron como mercaderes.

Corriendo, llegó un chico con una caja lacada a la espalda. Y a punto estuvo de darse de bruces con el más orondo de los marchantes. Pero alzó la cabeza justo antes y consiguió detenerse a tiempo de evitar un altercado. Todo su flequillo se abalanzó sobre las cejas y, bajo la mirada admonitoria del comerciante, el zagal se inclinó con tanta prisa que las cinchas de sus hombros se aflojaron y el canto de la mochila le golpeó la nuca.

Hizo esfuerzos evidentes por mantenerse impertérrito, aguantando el rapapolvo hasta que los comerciantes se instalaron en los palanquines y, a la vez que los porteadores resoplaron, los labios de Saigo se inclinaron en una sonrisa benévola.

Al poco, lo vio alzarse echando temerosos vistazos sobre el hombro y, cuando dobló la esquina, el *ashigaru* tuvo una idea.

El crío fue recibido en una puerta mucho más discreta del lateral de la residencia, por un hombre de ropas humildes con el cabello arreglado según la costumbre de los médicos; quizá, como muchos otros en su profesión, buscaba darle dignidad al oficio y no era, en realidad, más que uno de los cocineros. El mozo desapareció por un rato en el interior de la mansión y, cuando salió de nuevo, llevando la caja colgada de un brazo laxo, Saigo fue tras él.

Acortó por una bocacalle para adelantarlo en la siguiente esquina y, tras apurar el paso, se plantó ante el muchacho, que se detuvo dudando de si debía o no postrarse. Los sables delataban la condición de *samurai*, y el arco parecía de la mejor calidad, pero no llevaba siquiera una ligera armadura de bambú y sus ropas, gastadas, estaban empapadas.

El rostro del chiquillo reflejó sus titubeos. Finalmente, con una agitación del cairel que peinaba, pensando que sería mucho mejor excederse que resultar poco

servicial, se postró con auténtica devoción. Fue un gesto impulsivo y la caja estuvo a punto de golpear el suelo, por lo que el chico hubo de apurarse en un bracear de manos en el que casi perdió el equilibrio.

Saigo evitó sonreír de nuevo y exageró el gesto. El voluntarioso crío le recordaba a su hijo. El muchacho alzó los ojos intentando ver a través del flequillo, sin atreverse a hablar en primer lugar.

—¿Se alojan en la *casa de té* los hombres de la patrulla que trajo al magistrado? —preguntó usando el eufemismo para no resultar grosero.

El esportillero, que había comprendido, se alzó con prisas y contestó efusivamente.

—No, no se hospedan en la residencia de la dama Sayako. Nadie lo hace —aclaró riéndose con alegre picardía infantil—, pero a veces los visitantes se quedan dormidos —explicó evidenciando por su expresión que no llegaba a entender las implicaciones de aquella afirmación—. ¿Necesitáis que les dé un mensaje? —preguntó solícito—. Son buenos clientes y vienen casi todas las noches, y yo tendré que volver en dos días a traer más polvo de arroz —respondió atropellando las palabras.

El *ashigaru* no dejó traslucir su contento por haber visto su intuición confirmada, solo asintió. No pensaba ponerse en contacto con la patrulla, ellos estaban haciendo su trabajo por él; estarían buscando al que se había llevado la cabeza de Ishida. Era posible que tuviese que armarse de paciencia, pero esperar era su mejor opción. Se hurgó en la manga y sacó una moneda de cobre para el zagal.

Ahora, gracias a la información que le había proporcionado el crío y a lo que había visto la noche anterior, ya sabía lo que debía hacer.

* * *

Hubo de aguardar tres semanas. Aunque tuvo la fortuna de que el tiempo no empeorase y, al menos, pudo mantenerse seco. Durante la tarde recorría la ciudad haciendo preguntas discretas, pasaba las noches montando guardia y, cuando la mansión de la glicinia empezaba a vaciarse por las mañanas, buscaba cada día un lugar distinto en el que acomodarse; la mayor parte de las ocasiones, entre las viviendas abandonadas que pertenecieran a los señores feudales de los *ejércitos del oeste*, a los que Tokugawa Ieyasu, tras la victoria en el valle de Sekigahara, había privado de cuanto poseían.

Esa noche, bajo un cielo limpio en el que alguna deidad soplaba las brasas de las estrellas para avivarlas, la luna pasó sobre él envuelta en un halo que anunciaba la llegada de las primeras nieves. Y Saigo, resignado, esperó no estar equivocado.

Sin embargo, su perseverancia se vio recompensada tras tantas jornadas

infructuosas. Poco antes de que amaneciera se repitió el ritual. Apareció el mismo *samurai*, aunque esta vez no perdió su sandalia y tampoco hubo de pedir una prenda con la que protegerse de la lluvia. Y lo siguió de nuevo callejeando por Kyoto hasta el ostentoso caserío donde parecían hospedarse los hombres del sureño.

La vez anterior, el ave había salido hacia el nordeste, así que, dejando al orondo *bushi* traspasar el portalón de la lujosa quinta, Saigo buscó un callejón resguardado de miradas indiscretas que estuviera orientado en la dirección correcta.

Para cuando el sol naciente pintó de ocre las laderas del monte Hiei, una paloma alzó el vuelo desde el patio del caserío y empezó a ganar altura. El *ashigaru* se preparó.

Sabía que sería su única ocasión, lo más probable es que ni siquiera pudiese entender el escrito, pero había sopesado sus opciones y decidido que perder una sola de las mensajeras no despertaría sospechas.

La cuerda, tensa, apenas vibraba en las yemas curtidas de sus dedos. Sus pulmones se vaciaban a medida que expulsaba el aire exhalando entre sus labios fruncidos, dejándolo fluir lentamente. Cuando el pájaro puso rumbo al sol, la flecha partió tras él.

No se preocupó de si había acertado o no; había sentido que el disparo era bueno y, en lugar de mirar al lugar adonde había estado apuntando, se cercioró de que no hubiera nadie en los alrededores que lo hubiese visto.

Lo había hecho miles de veces, incluso a lomos de un caballo al galope con un blanco de pizarra poco más grande que una moneda.

Confió en el hecho de que aún era temprano y no mucha gente transitaba por las calles de la ciudad imperial. Al llegar a su destino, recogió el cuerpo sin vida, asaeteado. Y, al hacerlo, recordó las mañanas de cacería en los alrededores de Fushimi, a Torii Mototada le encantaba salir con el alba para usar sus halcones, especialmente aquella hembra de profundos ojos dorados a la que tanto cariño había tomado.

Empujó el astil a través de la carne caliente, de un intenso color violáceo y, observando en derredor para asegurarse de que estaba solo, envolvió el cuerpo en su *haori*, lo guardó en la pechera y se puso en marcha.

Caminó hacia el norte, hasta las afueras de la ciudad, a un bosque de cedros jóvenes que no quedaba lejos del distrito maderero y, a resguardo de un pequeño cerro, encontró una vieja ermita abandonada en la que crecían las raíces de los matojos. Se refugió en la estragada construcción, desató la cinta de seda y liberó el canutillo de bambú.

Dentro, cuidadosamente enrollado, estaba el diminuto fragmento de papel de arroz, escrito pulcramente con una caligrafía más que aceptable que le dijo que el hombre que había empuñado el pincel usaba bien sus sables. Desafortunadamente, tal

y como era habitual, estaba cifrado. Y sus esfuerzos por hallar la clave, a no ser que fuese obvia, podrían prolongarse hasta el fin de los días mientras no tuviese el texto de correspondencia, el que servía, tanto al remitente como al destinatario, para sustituir los caracteres del mensaje original. Lo usual era utilizar como referente un poema de estilo *waka*, y Saigo, como *samurai* de Fushimi, lo sabía, pues desde el castillo se habían enviado numerosos correos escritos en clave. Iba a resultar complicado, pero no se desanimó.

Hasta el momento, tenía muchas más preguntas que respuestas, y comprendía que iba a necesitar tiempo para sacar algo en claro. Por el momento, buscaría un lugar tranquilo en el bosque en el que intentar descansar antes de la siguiente guardia nocturna.

Nunca había sido escrupuloso con la comida, y hacía mucho que no seguía las viejas enseñanzas, así que, considerando que sería un desperdicio desaprovechar la carne del animal, empezó a desplumarlo.

Como solía decirle su abuela, la impaciencia madrugaba más que un gallo tempranero y apenas había conciliado el sueño.

En los últimos tiempos su dormir había sido ligero, no lograba librarse de las preocupaciones por la precaria situación que ostentaba en Manila, muy lejos de los méritos que ansiaba conseguir. Pero esa noche había sido aún peor, le había dado tiempo a repasar una y mil veces las grietas del enfoscado; tras meses de espera embargado por la nostalgia las cosas cambiarían al fin. Estaba convencido.

Hacía más de un año que había partido de Sevilla, y llevaba casi otro más empantanado en las Filipinas sin que De Morga le hiciese el mínimo caso. Pero la tarde anterior habían llegado nuevos despachos de Madrid y, para bien o para mal, algo sucedería. Incluso podía ser que recibiese carta de Constanza. Así que se había pasado la velada elucubrando, sin más que unos pocos ratos adormecido.

Antes aún de que él arribase a Manila, a instancias de Antonio de Morga, habían partido hacia Ciudad de los Reyes una fragata y un patache requisados por la gobernación, a fin de informar cuanto antes de la batalla que se había librado contra los holandeses. Y el día anterior había regresado.

Desafortunadamente, el gallego no estaba seguro de cómo le afectarían personalmente las encomiendas remitidas desde Madrid. Dámaso ya no sabía si la privilegiada posición de Antonio de Morga se mantendría, si la carta de recomendación que le había escrito Hortuño serviría de algo, o si debería, simplemente, embarcarse de nuevo y regresar a España. Preocupado, había llegado a cuestionarse la relación entre Hortuño y De Morga, quizá su amigo de la infancia y el oidor no se entendían tan bien como le había parecido comprender cuando De Andrade lo había recibido en sus lujosos despachos de la *torre dorada*.

A pesar de que hasta el último de los pordioseros de Manila conocía la verdad, el

juez de la Real Audiencia de Manila, sin prestar atención a cualquier otro asunto, parecía empecinado en llevarle la contraria a todo el mundo y aclamarse como el gran héroe de la batalla librada con los neerlandeses. Y Dámaso temía que, como resultado de las malas prácticas de Antonio de Morga, él pudiera salir perjudicado. El fin de la espera resultaba consolador.

Mientras se frotaba el rostro para terminar de despejarse recordó la tarde anterior. Martín y él, empujados por la noticia, se habían acercado al puerto de Cavite a ver cómo atracaban las naves recién arribadas.

—Lo que haya de ser será —le había dicho el madrileño, que, intuyendo las dudas, quiso restarle importancia a tanta tribulación.

Sin embargo, los bienintencionados esfuerzos de Martín no habían servido de mucho. Por lo que se siguió una retahíla de insistentes ruegos a los que Dámaso no había accedido. Al hijo del bodeguero se le había ocurrido que, si nada podían hacer ellos respecto a las misivas de Madrid, y mucho menos por cambiar la suerte del alférez, entonces, solo quedaba una solución: pasar la noche en algún establecimiento de los arrabales, bien acompañados y, a ser posible, borrachos.

Y, aunque Dámaso se había mantenido firme desde un principio, Martín necesitó un buen rato para dar por perdidos sus enconados ardores. Finalmente, había aceptado las negativas al tiempo que un préstamo y se había marchado solo, lamentando que su amigo no quisiese, como él, desfogarse.

Ya por la mañana, no sin ironía, mientras se quitaba la camisola con la que había dormido, el antiguo furriel se preguntaba si el madrileño habría regresado a tiempo para descansar un poco, o si se habría presentado pisando el último grano de arena del reloj de la guardia, justo para cumplir con sus obligaciones en el fuerte.

El contador vertió agua en la jofaina contemplando por el único ventanuco de la habitación la pertinaz lluvia, un grueso telón de enormes y tibios goterones que apenas servía para aplacar el intenso bochorno de la estación y que difuminaba la escasa luz que se colaba por la aspillera.

Su posición, aunque modesta, le permitía disfrutar de alguna comodidad y, en tanto el oidor se decidía a recibirlo de una vez, tras unas semanas en una hospedería, Dámaso se había granjeado la confianza del capitán del fuerte de Santiago, un alcarreño de venosas manos y expresión cejijunta que había apreciado el pasado en Flandes del joven. Era el clásico veterano curtido en los canales holandeses, se llamaba Cristóbal Cano, aunque todos le decían *el Descubridor*, por aquello de la coincidencia en el nombre. Y en cuanto se había enterado de que el alférez era uno de los que se habían mantenido firmes en el motín de Zichem, le había conseguido una de las pequeñas piezas del alcázar destinadas a los oficiales.

Se lavó las manos y el rostro, poniendo especial cuidado en asearse bien los extremos de los dedos, pues bajo las uñas se metían las lombrices que destemplaban

las tripas; otra de las muchas advertencias que le había dado su abuela cuando solo era un chiquillo que corría sin preocupaciones por las tierras del pazo de la familia en las cercanías de Monforte de Lemos.

Aquella morriña de su Galicia natal hizo esfumarse el escaso buen humor que había traído el recuerdo de las exageraciones de Martín, que, entre exclamaciones, le había prometido encontrarle un glorioso par de tetas con el que olvidar a su amada siciliana, con tanto desparpajo como para que resultase imposible tomárselo a mal.

Se secó acercándose a la tronera que, más allá de sus buenos dos palmos de piedra, se abría sobre Manila; y quedó pensativo, con el lienzo apretado contra el cuello y los ojos queriendo ver más allá de la lluvia plomiza.

Cuando bajó al pórtico que rodeaba el patio de armas se cruzó con un cartagenero que se sacudía como un perro mojado sin dejar de masticar buyo ruidosamente, por lo que parecía, llevaba tanto tiempo en Manila que le había cogido el gusto a la pasta de areca y palmera de betel que tanto agradaba a los locales.

—Acabo de dejar a ese cabeza hueca de Valdés en el calabozo —le anunció sin darle importancia—, llegó tarde… —calló sin querer dar más detalles, pues todos conocían el historial del madrileño—. Me pidió que os dijese que tenía que hablaros de algo importante, muy importante, ¡a saber! —cuestionó con un sonoro escupitajo de desprecio.

A Dámaso le dolía ver la poca consideración en la que tenían a su amigo. Aunque no se le escapaba que Martín lo tenía merecido, no dejaba de resultar incómodo.

—¿No os dijo de qué se trataba?

—No, no, solo insistió en que precisaba veros, pidió incluso que lo arrestasen dos semanas más —aclaró revolviendo los ojos al compás de su mandíbula, que seguía moviéndose, tascando la mezcla vegetal—, pero que antes le dejásemos deciros algo. Que era cosa de vida o muerte…

La expresión de incredulidad del cartagenero dejaba claro que la idea no le había parecido ni medio razonable al sargento de guardia, que le había soltado una patada en las costillas al madrileño al tiempo que le mentaba los muertos.

A la pregunta del gallego, el soldado contestó que en una semana; un par de días por haber llegado tarde y el resto un añadido por tener ideas tan peregrinas. Y Dámaso, asintiendo, consideró si merecería la pena gastarse los cuartos con un soborno a los guardias para poder hablar con su amigo. Sus fondos habían menguado peligrosamente en los últimos tiempos y la escala de valores de Martín no siempre podía considerarse la más acertada. La gran mayoría de las veces, la urgencia del madrileño se explicaba porque había llegado una manceba nueva a alguno de los lupanares de Manila.

Dámaso se despidió rumiando sus dudas.

En el patio, pequeños charcos entre el adoquinado se agitaban con la espesa

lluvia. El ruido metálico de los petos y morriones que vestía la soldadesca resonaba en la humedad. Y las matas que se las habían arreglado para crecer en los mechinales abiertos de los muros se agitaban con las gruesas gotas.

Dámaso intentaba decidirse. Calibrando sus últimos ahorros sopesaba si debía hacer algo por verse con Martín o no, cuando un oficial lo llamó.

—Ayer noche el ilustrísimo don Antonio de Morga dio orden de que se os avisase —le gritó esperando hacerse oír por encima del ruido del aguacero—, debéis presentaros en el puerto de Cavite al mediodía. En el patache portugués —le aclaró bajando el tono de voz ahora que Dámaso ya había llegado a su altura—, debéis preguntar por el piloto Vasco de Novaes.

Dámaso llevaba tanto tiempo esperando que algo así sucediese que no fue capaz de imaginar el terrible significado que había tras esas palabras. Solo acertó a conjeturar que estaría un paso más cerca de Constanza, sin plantearse, ni por asomo, el peligro que corría su vida.

* * *

Iban a matarlo. Quién sabía el porqué. Ni siquiera podía estar seguro de haber comprendido. La pobre Inés había intentado contestar a todas las preguntas que Martín le había hecho; asustada, asombrada de ver la fuerza con la que su amante le sujetaba los brazos insistiendo una y otra vez, alzando la voz, con los ojos desorbitados; había balbuceado en una incoherente mezcolanza de lenguas todo lo que sabía. Pero ella apenas había entendido lo que el alcohol había obligado al ilustre De Morga a contar.

El madrileño estaba prácticamente convencido de que debía de tratarse de Dámaso, era el único que esperaba ser aceptado como ayudante del oidor, todos los que habían llegado en su travesía desde Ciudad de los Reyes habían asumido sus encomiendas excepto él. Sin embargo, no entendía qué diantres pintaba el patache luso, los neerlandeses y el archipiélago del Japón en medio de aquel asunto. Aunque había oído hablar de los puertos del sur nipón en los que comerciaban los portugueses y conocía la historia del San Diego, lo que había podido captar no le cuadraba; y no tenía idea de si era por las trompicadas explicaciones de la filipina, porque no había comprendido o, simplemente, porque estaba trabucándose.

Sin más fondos a los que recurrir que el forro de la faltriquera, después de la interminable retahíla de preguntas, le había prometido a la joven filipina hasta los dientes que había perdido de niño, pero la muchacha ya le había dicho cuanto sabía y él siguió sin encontrar la certeza que buscaba.

Ella había regresado tarde, cuando los refrigerios se habían cobrado su deuda y Martín se peleaba con el sueño. Aun así, en cuanto había dejado caer el vestido, el

madrileño se había espabilado con el ansia de un adolescente verriondo, recuperando en apenas un instante todo el tiempo perdido. Al terminar, apoyada en su pecho, ella había comentado que De Morga había pagado generosamente. El oidor, que se había puesto a beber tras cruzar el umbral, había elegido a media docena de mujeres y había seguido trasegando vino hasta que las venillas de sus bulbosas narices amenazaron con reventar. Exultante, ansioso por pellizcar, manosear y ahogarse en alcohol, todo a un tiempo; se había ablandado pronto y, con la lengua suelta, había comenzado a jactarse del magnífico puesto que iba a conseguir en Nueva España. Entre eructos, enseguida se había olvidado de los muslos a su alrededor y se había centrado en vanagloriarse de la buena consideración y estima que le dispensaban en la corte.

Martín, complacido, enredaba sus dedos en la larga cabellera mientras escuchaba; una sonrisa cínica le aderezaba el rostro. Y, entonces, ella había mencionado que De Morga, entre risas embriagadas, había contado que su nuevo asistente estaba a punto de marcharse para no volver. Ella incluso imitó el gesto titubeante del oidor, que, tras la confidencia, se había plantado el índice alzado frente a la boca y había bajado el tono de voz. Y aunque ya se le echaba la hora encima, Martín no había tenido más remedio que interrogarla.

Por desgracia, tantos esfuerzos por hacerse entender lo habían retrasado aún más, impidiéndole advertir a su amigo.

Era una celducha inmunda, llena de las humedades con las que el trópico carcomía la piedra, pintada con el cardenillo que resultaba testigo de años de dejadez. Con una escudilla abollada, un cubo repleto de excrementos y un montón de paja por todo mobiliario. La puerta, remachada en hierro, parecía pesada y, aunque Martín estaba seguro de que el bochorno de Manila habría reblandecido los maderos, también lo estaba de que no podría forzarla.

Estaba acuclillado en una esquina acosada por las penumbras. Miraba hacia la única salida. Los roblones de las traveseras del portón parecían escarabajos indecisos que, en el cruce que formaban los refuerzos de metal, hubieran perdido la orientación, las brechas de la tablazón anunciaban debilidad. Llevaba horas mirando aquella puerta sin saber qué hacer y aunque cerrase los ojos, no dejaba de verla.

Iban a matar a su amigo y no sabía cómo impedirlo.

Juana de Briviesca y Muñatones, hija del corregidor de Écija, le había dado una docena larga de hijos y una más que respetable dote. Sin embargo, dejando a un lado los contactos y la posición adquirida gracias a su matrimonio, Antonio de Morga Sánchez Garay no le tenía especial aprecio a su esposa. Por eso, cuando había recibido la carta de Hortuño en la que le garantizaba un puesto como alcalde del crimen de la Audiencia de Ciudad de México, el oidor pensó que había compañías mucho mejores con las que disfrutar de un éxito como aquel.

El trato que le ofrecía el amanuense del privado a cambio de auparlo hasta tan

respetable cargo en Nueva España era más que ventajoso. No solo saldría bien parado del desastre del San Diego, sobre el que se echaría tierra, sino que, además, podría enriquecerse si la embajada que enviaba al Japón conseguía regresar con algún beneficio. Y lo que era aún mejor, tanto si volvía como si no, él habría cumplido una encomienda en nombre del duque de Lerma, conque, si se diera el caso, podría cobrarse un importante favor.

De una u otra manera, De Morga saldría ganando, y, tras meses de angustia en los que había visto peligrar su situación, había decidido celebrar tan buenas noticias.

Lo primero, aun a pesar de la hora tardía, había sido poner en su lugar al gobernador. El ilustre Francisco Tello había leído con estupor los poderes sellados por el mismísimo privado del rey, que decían mucho y no explicaban nada, pero que dejaban claro que don Antonio de Morga tenía plenipotenciarias atribuciones para organizar una expedición a las islas del Oro y de la Plata, que había sido el ardid ideado por Hortuño para no darle alharacas al verdadero destino de la travesía: el Japón.

El oidor había disfrutado de cada momento mientras el excelso dignatario repasaba una y otra vez aquellos legajos sin conseguir darles crédito, pero sin atreverse a discutir las órdenes del duque de Lerma.

Luego, tras haber dejado al jefe de la gobernación de Manila lidiando con su asombro, De Morga había dado recado de que se hiciesen ciertas preparaciones para la mañana siguiente y había enviado despachos al puerto y al fuerte.

Satisfecho, una vez libre del ajetreo, y con la noche encima, el oidor se había vestido con sus mejores galas; después, con el bigote encerado y los aires cicalados, risueño como un crío cubierto de regalos, había comido con gula platos especialmente cocinados al modo de la vieja España: potaje de carnero adobado, morteruelo, manjar blanco, unos pedazos de cochino asado y unas frutas de sartén, desechando la que le decían *del pan,* pues no llegaba a acostumbrarse al harinoso sabor de aquel fruto tropical.

Como los naturales usaban tantas plantas extravagantes y estrambóticos ingredientes, Antonio de Morga había tomado la determinación de no fiarse de las asaduras locales. Así que siempre comía al estilo castellano. Y, para acompañar las viandas, había bebido sus dos buenas jarras de vino de Toro apenas rebajado. Aunque, como venía haciendo en los últimos tiempos, siguiendo con sus manías después de que muriese aquel cocinero, se preocupó de tomar el primer vaso con media docena de espachurradas cochinillas traídas desde la isla de Pintados; que eran el mejor remedio contra las ponzoñas. Pues, tras el desastre del San Diego, De Morga se había convencido de que había quien intentaba envenenarlo y, por más que el cirujano de la gobernación dijese lo contrario, el oidor tenía la certeza de que aquel guisandero había muerto por culpa de algún tósigo que le iba destinado a él.

Con los morros todavía pringosos de grasa, había llenado la zaina con una buena provisión de dineros y había salido a emborracharse; dispuesto a desleírse los higadillos con los mejores licores que pudiese encontrar en los suburbios de Manila. No había reparado en gastos y la habitual tacañería había quedado relegada en algún rincón oscuro de su conciencia. Exultante, el oidor De Morga se había buscado compañía más amable que su severa esposa y había echado la noche entre lechos y mancebas.

Sin embargo, a la mañana siguiente, apenas el sol rozó el horizonte sobre las grandes hojas de palmeras de betel que coronaban las montañas de levante, se puso manos a la obra, desdeñando la galopante resaca que le hacía tabalear los sesos.

Y, aunque tras los ojos sentía punzantes agujas de hierro al rojo y la espesa lluvia apenas lograba amainar el viscoso bochorno, ya estaba en el puerto de Cavite, ultimando los bastimentos del pequeño patache requisado para el viaje. A sus órdenes, sin que el gobernador pudiera oponerse, los encomenderos y otros funcionarios apremiaban a los comerciantes para convertirlos en proveedores, y aun pese a que los burócratas ofrecían compensaciones ridículas, todos los mercaderes de Manila se avenían a los tratos propuestos. También se habían enviado hombres al fuerte de Santiago, para decomisar pólvora, mosquetes, astas, morriones y toneles para el agua.

Ahora, bajo el repicar de las gotas del chubasco en el toldillo que habían instalado en el malecón, el oidor De Morga departía con el piloto del pequeño buque portugués chapurreando en la mezcolanza de lenguas que constituía el idioma propio de Cavite. A su alrededor, de los charcos, caldeados por el sofoco, se desprendían vaharadas y la calina que siempre acompañaba las copiosas lluvias filipinas se iba espesando. Los estibadores iban y venían con el ajetreo propio del amarradero, algunos de los soldados del fuerte supervisaban las tareas de la flota, unos cuantos sampanes y otras embarcaciones menores se mecían en la marea, y a bordo del patache se preparaban para la partida.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que unos ojos enfebrecidos los observaban entre la telaraña desencajada de unas guedejas sucias que caían sobre una frente surcada de arrugas.

El marino renegaba con evidentes maldiciones al tiempo que sacudía la cabeza y alzaba una de sus manos.

—*Não! É impossível*! —exclamaba el piloto antes de soltar una retahíla de juramentos—. *Eu não tenho… No tenho o libro de ruta* —añadió intentando usar el castellano que conocía y consiguiendo únicamente una jerga inteligible—, *no se puede fazer una viaxe asimm sen derroteros*…

De Morga, rascándose la punta de sus bulbosas narices, lo miraba sin creerle. El oidor estaba seguro de que, aunque el piloto se negase a admitirlo, en realidad, sí

sabía cómo llegar hasta las islas del Japón. Los portugueses habían sido los primeros occidentales en poner pie en aquellas costas, de hecho, en la isla que llamaban Kyosho los lusos habían establecido una pequeña colonia comercial que les permitía mercadear con todas las avanzadillas instaladas a lo largo de la ruta que, desde Lisboa y bordeando África, tal y como mandaba el Tratado de Tordesillas, les concedía llegar hasta Macau.

El oidor imaginaba que el piloto se olía algo turbio y esperaba conseguir más de lo que le estaban prometiendo a cambio de un viaje que, a tenor de lo que se sabía sobre la inestable situación del archipiélago, se auguraba peligroso. Con el capitán había resuelto el asunto eligiendo a un patán contento por dejarse sobornar con oro suficiente para asegurarse un buen suministro de aguardiente, pero, para ocuparse de la navegación, precisaba de un piloto medianamente competente. Y aquel portugués era la única opción disponible en aquellos días en Cavite.

De Morga hubiera preferido contar con los servicios de los emisarios jesuitas con los que ya había hecho tratos para que actuasen de intermediaros en el Japón, pero, desafortunadamente, el ignaciano del que se había aprovechado en el pasado se había hundido con el San Diego.

—¿Qué queréis? —le preguntó con impaciencia.

El marino, nacido en Sines, hijo de uno de los hombres que habían bojeado por el Brasil con Pedro Álvares, había echado los dientes en una cubierta, pero su experiencia se había visto siempre empañada por su tendencia a descuadrar las cuentas de la travesía, por lo que, acostumbrado a la falsa diplomacia con la que solían cerrarse tratos como aquel, no pudo evitar la sorpresa por una pregunta tan directa.

—¿Qué queréis por hacerlo? —porfió el oidor de la Audiencia de Manila.

Vasco de Novaes calibraba la actitud del español cuando observó que alguien se dirigía hacia ellos con el paso resuelto. Una figura borrosa que apenas distinguió a través del tupido velo de goterones que caían por el ribete del toldillo. La lona, abombada por el peso del agua acumulada, concentraba la lluvia en los costurones del borde, dando cuerpo a un rosario de gotas que caían en rápida sucesión.

Desde el otro extremo del muelle, andando bajo el chaparrón como si no le importase estar calado hasta los huesos, un joven con el ala del sombrero vencida por la lluvia caminaba en su dirección.

Por las indicaciones que le habían dado, siguiendo el trazado marcado por el índice arqueado de un gaviero, Dámaso vio por primera vez al oidor. Hablaba con un hombre al que no conocía pero que, en lo que podía apreciar, estaba realmente disgustado con el funcionario de la gobernación.

Como los otros dos, él tampoco se dio cuenta de que la mujer estaba allí. Más allá del toldillo bajo el que discutía De Morga, tras un rimero de nasas, inadvertida para el

ajetreo de transeúntes que iban y venían.

Estaba acuclillada. El agua escurría por su pelo sucio y enmarañado. La piel ajada, a la vista entre los harapos que quedaban del humilde vestido, lucía el deterioro del dolor y la poca fortuna. Aparentaba mucha más edad de la que tenía. Miraba sin ver más allá del enrejado que formaban los garlitos apilados. Una de sus manos cubría la boca, que no dejaba de susurrar incoherencias. En la otra, entre dedos engarfiados, un viejo cuchillo roñoso como el que usaban los matarifes para despachar a los cerdos. Se mecía adelante y atrás al compás de sus murmurios. Repetía una vez tras otra el nombre de su hijo. Como si pudiese escucharla y regresar de entre los muertos.

—Ese barco —adujo De Morga señalando el patache atracado en las aguas de Cavite— partirá al Japón os guste o no, tanto si decidís llevar el timón como si no. Y me importa un bledo si tenéis o no libro de rutas, ¿está claro?

El piloto, asediado por la rudeza de la amenaza, estaba a punto de asentir, pero calculó que al otro no le gustaría que oídos indiscretos captasen su conversación y alzó el mentón señalándole a De Morga el joven que se acercaba hasta ellos.

El oidor de la Audiencia lamentó una vez más haber perdido al único marino a su servicio que conocía las rutas al Japón, algo en el último envío no había salido bien y ahora no tenía elección; debería conformarse con Vasco de Novaes.

Tras el gesto del portugués, De Morga se giró. Observó al recién llegado, que se detuvo respetuosamente a unos pocos pasos.

Dámaso comprendió al instante a quién pertenecían aquellos ojos oscuros que lo escrutaban y, sacándose el sombrero al tiempo que se inclinaba con una respetuosa reverencia, saludó:

—Buenos días nos dé Dios. Creo que me habéis hecho llamar. Soy Dámaso Hernández de Castro —se presentó el gallego dudando si llevarse o no la mano a la pechera para sacar las cartas de recomendación que tanto tiempo atrás había preparado Hortuño para él—. Me dieron recado de que buscase al piloto Vasco de Novaes —añadió para que no pareciese que albergaba dudas sobre las órdenes que había recibido.

De Morga lo observó preguntándose con malsana curiosidad qué habría hecho para ganarse un enemigo tan poderoso como el secretario del valido de su majestad.

—Él es el piloto Novaes —presentó De Morga señalando al portugués con un gesto cargado de desdén—, pero ahora mismo tiene otros asuntos por resolver, al parecer —añadió lentamente, dándose ocasión de buscar las palabras adecuadas—, no está muy claro cuánta carga podrán transportar sus bodegas… Me temo que corremos el riesgo de que terminen vacías…

El oidor le lanzó una significativa mirada a Vasco y el otro comprendió que tendría que aceptar el trato que le habían propuesto. Dámaso, aunque intuyó el

sinsentido de aquellas palabras, no dijo nada.

—… Así que quizá será mejor que le demos algo de tiempo y yo me ocupe de explicaros vuestro cometido —concluyó el oidor.

El piloto se dio por aludido y se retiró tras una leve inclinación. El ilustre Antonio de Morga le encomendó que regresase algo más tarde y se volvió hacia el alférez que, de no ser por el hundimiento del San Diego, se habría convertido en su secretario.

Dámaso, expectante, sentía en el pecho el golpear de su corazón. Estaba dispuesto a poner toda su voluntad en cumplir las órdenes que recibiese; por ella. Y lo haría bien.

Ni siquiera se dio cuenta de cómo una de las nasas de la montonera que tenían un poco más allá se sacudía por un instante.

—Sí, todo ha sido dispuesto tal y como habíais ordenado, mi señor —afirmó Date Masamune inclinándose respetuosamente.

Como ruido de fondo, se oía el golpeteo cadencioso de los martillos. Los maestros ebanistas obligaban a sus gubias a labrar los encastres de las vigas, junturas precisas con las que lograrían que las uniones resultasen virtualmente invisibles. También había canteros, jardineros y techadores. Y el jefe de cocina discutía con un capataz sobre las dimensiones del horno que habrían de levantar.

En el solar de la avenida Sanjo, los artesanos se afanaban preparando la futura residencia en la ciudad de Edo para el *daimyo* norteño del clan Date. Aún no era un edicto oficial, pero todos los que estaban alrededor de Tokugawa Ieyasu se imaginaban que, antes o después, se redactaría la ley. El vencedor de Sekigahara, ejerciendo su posición, obligaría a los terratenientes que le habían jurado lealtad tras la batalla a pasar ciertos períodos en la villa que iba camino de convertirse en la capital del *país de los dioses*.

—Ahora, solo falta saber qué peces caerán en la red —añadió cargado de intenciones aquel a quien apodaban el *dragón de un solo ojo*.

En la pequeña estancia a medio terminar, una delicada construcción que, una vez finalizadas las obras se dedicaría a la ceremonia del té, solo estaban los dos señores de la guerra. En contra de lo habitual, no había escoltas ni lugartenientes. Tokugawa Ieyasu había viajado de incógnito, con apenas media docena de hombres escogida entre los más fieles de sus guardias de corps, y todos ellos iban mal vestidos, con ropas viejas, como deshonrosos *ronin* que hubiesen sido contratados para proteger el anodino palanquín de un comerciante cualquiera.

—¿Y tenemos ya alguna captura? —preguntó rompiendo su silencio el vencedor de Sekigahara.

Date Masamune era un *samurai* curtido por las viejas costumbres, conocía bien su lugar y midió sus palabras. Antes de contestar, cerró su único ojo sano y recapacitó.

Desde la ejecución pública en Kyoto y el pretendido robo de la cabeza decapitada

de Ishida Mitsunari, sus hombres habían revuelto la ciudad entera buscando averiguar en quién podía confiar el antiguo regente y en quién no. Para el antiguo consejero resultaba de vital importancia conocer a aquellos en la villa imperial que estarían dispuestos a alzarse en armas contra él. No se le escapaba que todavía había muchos dispuestos a apoyar al pequeño heredero Hideyori y a sus acólitos, manteniendo vivo el deseo de que la familia del *taiko* Toyotomi pudiese volver a gobernar el país. Así que Tokugawa Ieyasu estaba deseando encontrarlos y eliminarlos.

—Aún es pronto —determinó tras sus cavilaciones el *daimyo* tuerto—. Se han dejado cocinar los rumores y, por ahora, los que se llevaron los restos del magistrado solo han encontrado asilo en uno de los peores barrios —dijo refiriéndose a la escuadra que él mismo había elegido entre los *shinobi* con los que tanto le gustaba contar a Tokugawa Ieyasu—. Es solo un estercolero bajo el Kiyomizudera, al pie de la colina Sannen, un lugar donde las calles son miserables y los perros comen mejor que los hombres, pero me temo que, y debemos ser realistas, antes o después, lograrán que alguien de mayor relevancia los encubra; casi cada día tientan a los mercaderes y señores más influyentes de la ciudad…

—Entiendo —masculló Tokugawa Ieyasu—. Habrá que esperar —añadió al cabo haciendo vibrar la papada que rodeaba la rotunda mandíbula.

El antiguo regente era un hombre rubicundo, de facciones gruesas y nariz prominente. Muy corpulento, ensamblado a base de los músculos de un joven guerrero y la grasa acumulada de un viejo estadista. Tenía cejas altas y pobladas que, junto a la boca franca, completaban un amplio cerco en el que cabía un rostro redondeado por el tiempo, terminado por un ancho mentón sobre el que dejaba crecer una barba prieta. En sus profundos ojos oscuros brillaba siempre un deje de ingenio que él intentaba ocultar.

No le faltaba mucho para alcanzar los sesenta años, pero su ambición seguía ardiendo con la pasión de la juventud. Albergaba un íntimo deseo que ni siquiera había compartido con sus esposas, quería convertirse en *gran general de todos los ejércitos*, alzarse como *shogun*, y no pensaba permitir que nadie le arrebatase su sueño. Y no dejaría ni un solo resquicio en el que pudiesen engendrarse conjuras que truncasen sus planes.

—¿Y los otros? —preguntó escuetamente.

Estaba interesado por saber si ambos extremos de la cuerda con la que Date Masamune había tendido la trampa que idearan estaban igual de tensos.

—Cumplen con su papel —afirmó el señor feudal—, lucen el estandarte del clan Tokugawa, y aparentan remover cielo y tierra para encontrar a los desdichados criminales que se han atrevido a cometer una felonía tan deshonrosa. Recibo sus palomas con regularidad y, por el momento, nadie les ha negado ayuda, desde el más insignificante mercader a los lacayos del palacio imperial —aclaró haciendo un leve

gesto con las manos—, todos se muestran dispuestos a delatar a los que robaron la cabeza de esa rata sin honor —la inflexión de su voz al referirse a Ishida Mitsunari destilaba odio genuino—. Pero, por el momento, no sabemos quién miente y quién es sincero… Sigo pensando que es pronto —aclaró con énfasis—. En cualquier caso, confío en ellos, Honda Kazumasu siempre ha cumplido su papel con diligencia, es un guerrero fuera de toda duda, competente y minucioso —remarcó antes de hacer una pausa y considerar si debía añadir o no lo que se le había ocurrido mencionar—. Él fue el que se encargó de cerrar el trato de Fushimi y tender el cepo para el magistrado —dijo igualmente aun sabiendo que ese era un tema que el próximo *shogun* solía evitar por espinoso, pero que demostraba la competencia de aquellos hombres—. Así que estoy seguro de que descubrirán a cualquiera en Kyoto que tenga en mente apoyar al heredero Toyotomi.

Tokugawa Ieyasu observó al norteño, disimulando la aversión que todavía sentía por el desagradable movimiento que se había visto obligado a hacer en el asedio al castillo de Fushimi. Date Masamune era nervudo, y más joven, sin embargo, la viruela había causado estragos en su rostro alargado; como si la edad se hubiera dado prisa con él, abultando sus carrillos y soltando la piel de su mandíbula. Su único ojo sano tenía el color grisáceo de la madera de olmo curada a la intemperie. Era un hombre cabal en el que siempre había confiado, tanto como para pedirle que públicamente hiciese insinuaciones de que había estado a punto de pasarse al otro bando. Otra estratagema pergeñada por el antiguo regente con la que había esperado desenmascarar a los que tenían la intención de apoyar al heredero del *taiko*. Esas eran las pacientes maneras de Tokugawa Ieyasu, al que gustaba tender engañifas y esperar a que sus enemigos se condenasen por sí solos, enredándose involuntariamente en las lazadas que había ido tendiendo a su paso. Y, como en el caso del ardid preparado en Kyoto gracias a la ejecución del magistrado, Date Masamune era uno de los pocos en los que había llegado a confiar. El *daimyo* le había jurado lealtad el día de la muerte del *taiko* Toyotomi Hideyoshi y, desde entonces, se habían entendido a la perfección. Llevaban años preparándose para lograr sus metas.

Hasta ellos, rodeados por el armazón a medio hacer de la pequeña construcción, cubierta apenas por un ligero lienzo que garantizaba intimidad, llegaba el olor de la madera recién cortada con la que trabajaban los artesanos, un aroma dulzón y punzante que luchaba con el resto salino del cercano mar.

—Entonces, por el momento, todo va bien —adujo el antiguo regente con una entonación que no llegó a ser una pregunta.

Date, siguiendo con su prudente costumbre, se tomó un instante para meditar antes de responder. Le constaban ciertos pormenores sobre las evoluciones de los dos grupos de hombres de Kyoto que podía revelar, no olvidaba que a Tokugawa Ieyasu le gustaba conocer hasta el último detalle. Pero había algo más importante de lo que

consideraba necesario hablar. Era solo una sospecha, sin embargo, creía necesario hacer partícipe a su señor.

—No sé si ya os habrán dado parte por otros cauces, pero no puedo dejar de mencionarlo, aunque no sé si…

El futuro *gran general* se imaginó de inmediato dos o tres posibilidades, su red de informadores era inmensa. Aun así, calló, quería escuchar la versión de Date Masamune.

—No puedo estar seguro, pero creo que un *hombre de las olas* —dijo intentando moderar el desprecio que sentía por un *samurai* que no era quién de quitarse tras la derrota de su *daimyo*—, un paria ha dado muerte a una de nuestras patrullas cerca de Sekigahara…

Había recibido la crónica sobre el ataque.

—¿Y qué os hace pensar que eso pueda tener relevancia?

Date Masamune inspiró, y el ceño fruncido resaltó las pequeñas cicatrices circulares que estropeaban su rostro curtido. Cayendo en una manía que no había podido abandonar desde su enfermedad infantil, se acarició los párpados cerrados del ojo inútil como si pudiese retirar una pesada tela que le privase del privilegio de ver el mundo a su alrededor.

—En realidad, es solo intuición —confesó el norteño tras su reflexión—. Uno de los soldados de la patrulla escapó, y la descripción que dio concuerda con la que nos ha proporcionado un tabernero que regenta una hospedería mugrienta no muy lejos del valle de Sekigahara. El *hombre de las olas* lo interrogó sobre ese despreciable cagajón sin honor —aclaró refiriéndose al magistrado Ishida del modo más peyorativo que se le ocurrió.

Tokugawa Ieyasu asintió levemente. Su papada concordó el gesto. El *dragón de un solo ojo* aguardó recolocándose el cuello del *kimono*.

—¿Es todo?

Date Masamune volvió a tomarse un tiempo antes de contestar.

—No, en realidad… —El *daimyo* dudó y su intuición le urgió a continuar—. Debe de ser un espadachín excepcional —concluyó recordando lo que sus informadores le habían contado sobre los cuerpos, convencido de que un *samurai* con cualidades así no hubiera dudado en quitarse la vida tras perder a su señor—. No imagino cuáles serán sus intenciones, pero creo que nos conviene estar atentos. Hay algo en ese hombre…

—Es imprescindible evitar que esos herejes neerlandeses mercadeen con el Japón. Ya hay unos cuantos de esos malnacidos paganos en un puerto del sur —porfió De Morga con gravedad refiriéndose a las dársenas de Hirado, sobre las que había oído rumores al cerrar las ventas de mosquetes que Hortuño de Andrade había orquestado desde Madrid—. Ya tenemos bastante con los desmanes de los portugueses y esos

jesuitas entrometidos —alegó sin pudor por denostar a los frailes—. Si consentimos que los orangistas establezcan una misión comercial allí, se cerrarán las puertas para Castilla…

Dámaso llevaba un buen rato prestando atención, pero, muy a su pesar, dudaba. En el Japón se mercadeaba con la seda, pero también crucificaban a los misioneros.

El aguacero no remitía. Y aun en el bochorno manileño, gracias a la humedad, un frescor salitroso se abría camino.

—Debemos seguir manteniendo el control del Pacífico y las Indias —insistió De Morga recargando el pomposo discurso que había preparado—. Hay que impedir a los orangistas hacerse fuertes en el archipiélago, más aún, hay que conseguir que todos los tratos se cierren con Madrid y no con Lisboa —añadió inclinando el rostro en un gesto cómplice.

El oidor no había echado más que un vistazo apresurado a los nombramientos que escribiera Hortuño; y Dámaso, agradecido, supuso que su buen amigo debía haberle presentado con enorme largueza, ya que, tal y como la exponía, la propuesta del funcionario iba mucho más allá de cumplir con sencillas tareas de despacho.

No daba crédito, había esperado que le ordenasen hacerse cargo de los detalles burocráticos de la Audiencia de Manila, o que, viendo la frenética actividad del puerto, le pidiesen que administrase los bastimentos de la flota que partiría de nuevo hacia Ciudad de los Reyes. Cualquier puesto que le permitiese comenzar una carrera diplomática en las Indias Orientales y medrar para asegurarse una posición digna a su regreso a España. Pero ni por asomo se hubiera imaginado que el ilustre De Morga le ofrecería un puesto de tanta enjundia: oficial en jefe de una embajada encubierta destinada a instaurar rutas comerciales estables con el Japón. No tenía sentido. Iba a pedir explicaciones cuando el recuerdo de Constanza le sirvió de freno. No podía permitirse el lujo de fallar.

Era evidente que el alférez percibía el peligro de la encomienda, pero el juez intuía que el enviado de Hortuño no tenía idea de la guerra civil que se libraba en el Japón, o del voluble temperamento de sus nobles, que tan pronto se interesaban por comprar mosquetes y arcabuces como se dedicaban a masacrar conversos. Sin embargo, eso le satisfizo, así no caería en la cuenta de cuál era el verdadero riesgo.

Durante largo tiempo, antes de ser destinado a las Filipinas, el oidor había trabajado como auditor general de las galeras de su majestad y jamás había sentido arrepentimiento alguno por las condenas que había firmado, aun sabiendo que, irremisiblemente, el destino de cada uno de los galeotes no era otro que morir convertido en un huesudo amasijo de piel cubierta de llagas e inmundicias. Y también ahora era consciente de que, de un modo u otro, a manos de los japoneses o del hombre que designase, aquel joven moriría pronto. Pero no hubo remordimientos. Tan solo dudas sobre si Bartolomé de Palos sería el adecuado para asegurarse de que,

tal y como Hortuño le había ordenado, Dámaso no volviese del Japón. Aunque no le iba mucho en el asunto, él ya tenía su propio nombramiento: el juez partiría en el siguiente galeón que emprendiese el tornaviaje a Nueva España. Además, gracias a aquella argucia del secretario, De Morga aprovecharía para librarse de otros indeseables, como el pusilánime Sebastián Vizcaíno o aquellos codiciosos frailes que tanto enredaban. Pensaba embarcarlos a todos rumbo a aquel archipiélago de paganos.

Algo se movió en la montonera de nasas y la que estaba en la cima se tambaleó amenazando con caerse.

—Tengo entendido que los portugueses mercadean a través de un puerto al que llaman Nagasaki —añadió fingiendo conocer menos de lo que en realidad sabía—, al parecer incluso hay allí algunos conversos. Así que ese lugar debería ser vuestro destino. Y, en cuanto arribéis, debéis velar por la seguridad del embajador Vizcaíno y conseguir que se haga valer el nombre del rey. Habrá que firmar un tratado para establecer una línea regular de comercio antes de que lo hagan los holandeses —insistió De Morga con aire afectado—. Hay que rubricar un contrato de derechos únicos, como sucede con las Indias Occidentales, solo la corona de Castilla tendrá potestades para el negocio con el Japón —apuntilló aludiendo al escamoso asunto de la exclusividad de los austridas, tan protestado por ciertas regiones de los reinos españoles—. Antes de partir os proporcionaré una lista con los nombres de varios nobles que han abrazado la fe de Cristo —dijo refiriéndose a los *daimyo* nipones que se habían convertido—, y de unos cuantos renegados portugueses con los que podréis poneros en contacto —añadió sin mencionar que el luso que había servido de intermediario en sus dos transacciones anteriores había muerto a manos de la guardia de uno de aquellos señores feudales.

»Y hay que hacerlo lo antes posible, a tiempo para evitar que una nueva expedición holandesa de esa gran naviera que están empeñados en fundar pueda adelantarse —aclaró haciendo referencia a la información que Hortuño había conseguido en Madrid del desdichado Jacob Claasz—. Vos estaréis al mando de la oficialidad de guerra y al servicio del que ha sido nombrado embajador de esta misión, el ilustre Sebastián de Vizcaíno, con el que debéis encontraros esta tarde en el fuerte de Santiago —concluyó señalando a espaldas del antiguo furriel, hacia un hombre escaso de carnes y de barba afilada que miraba con asco las basuras que decoraban el pantalán.

Y, ante el gesto de Antonio de Morga, que lo miraba con los labios fruncidos, Dámaso asintió.

—Comprendo —afirmó el alférez gallego tendiendo la mano para recoger las cartas de recomendación que le devolvía el oidor.

Para su desaliento, aquellos legajos, tras haber significado un mundo para él

durante meses, parecían ahora ridículamente fútiles. Al recogerlos, los sostuvo entre dedos laxos, dudando sobre si debería conservarlos o no. Algo en todo aquel asunto no le cuadraba. Tras haber sido ignorado durante meses, ahora, sin venir a cuento, recibía un ascenso, pero sin nombramiento alguno de teniente o capitán.

—Bien —repuso el oidor frotándose las manos vacías—. Partiréis en cuanto el barco esté listo… Imagino que en dos días a lo sumo. Mañana tendré preparados todos los documentos y salvoconductos necesarios. Acompañad al embajador Vizcaíno a recogerlos a la Audiencia…

A Dámaso le dolió en el alma lo que hizo a continuación, pero sabía cuál era su obligación; y haría lo que debía, por Constanza

—Se hará como decís —dijo tragándose sus recelos—. A nuestro regreso…

De Morga le espetó un gesto de desprecio, desentendiéndose:

—Para cuando regreséis ya rendiréis cuentas al gobernador Tello o a quien corresponda —le replicó con displicencia—, yo debo preparar mi propia partida a Ciudad de México.

Aquello escamó aún más a Dámaso; pero no tuvo tiempo de valorar si merecía la pena hacer una pregunta. El garlito que estaba en la cima se tambaleó una vez más, peligrosamente. Se inclinó y, finalmente, se precipitó arrastrando un par de nasas más. El ruido fue creciendo a medida que los travesaños se enredaban y las trampas iban derrumbándose. Se convirtió en estrépito cuando media docena de las nasas se rompió contra el suelo entre los crujidos de las riostras y los chasquidos de las salpicaduras que brotaron de los charcos.

—*Ikaw! Ikaw ang pumatay ng anak ko*! *Ang kaisaisang anak ko na si Julián.*

De Morga la miraba con incredulidad. Dio un paso atrás sin siquiera ser consciente de ello y, bajo su ralo bigote, los labios temblaron queriendo abrirse para gritar.

Dámaso la reconoció al instante: era la pordiosera con la que se había cruzado en las calles de Manila.

Las greñas blanquecinas, empapadas, se trenzaban sobre las arrugas del rostro encendido. Los ojos vidriosos miraban con odio al funcionario; relampagueaban con furia. En la mano llevaba un largo cuchillo de matarife, Dámaso recordaba haberlos visto siendo un niño, escondido en los establos del pazo de Monforte, en aquellas mañanas de helada del invierno más crudo, cuando se ponía fin al engorde de los marranos que se habían comprado en primavera.

Los pies descalzos estaban cubiertos de manchurrones desleídos por el aguacero. El harapiento vestido se abría dejando ver el nacimiento de unos pechos marchitos de grandes pezones ajados.

Los españoles no lo sabían, pero era un despojo de la venganza. Ya había intentado matar a De Morga antes, aprovechando los conjuros del abuelo de su hijo

perdido, que había sido curandero en las selvas. Pero solo había conseguido que uno de los sirvientes de las cocinas muriese envenenado, y ahora no pensaba fallar.

—*Pinatay mo sya*!

Alguien se giró gritando. De reojo, a Dámaso le pareció advertir que de entre los estibadores y gentes del puerto había quien se acercaba. La lluvia arreció.

—*Ang aking Julián, ang anak ko* —la voz se quebraba con las emociones que se liberaban como una riada incontrolable.

Estaba a punto de alcanzarlos y ya alzaba el cuchillo. Los colgajos del brazo en alto se bamboleaban a cada paso apresurado. La piel cuarteada del torso, surcada por los regueros del agua que se desprendía desde las guedejas pegoteadas, brillaba con el lustre cerúleo de un cirio de difuntos.

El oidor de la Audiencia de Manila intentaba asimilar la evidente amenaza. Ni siquiera se llevó la mano a la cintura para hacerse con su espada y defenderse.

Dámaso no comprendía lo que la mujer gritaba, pero recordaba haberse preguntado si, entre aquellas divagaciones que la había oído murmurar al mendigar en los portales de la ciudad, había escuchado el nombre del oidor.

Como cualquier otro de los muchos que pasaban por Tercios, Dámaso había recibido instrucción militar en los cómodos destinos del norte italiano, donde solían comenzar todos los novatos de las huestes de su majestad el rey Felipe. Y el deber se impuso a la sorpresa.

No era más que una desesperada al borde de la locura. Para haberlo besado tendría que haberse puesto de puntillas y el alférez hubiera podido alzarla sin apenas brío, como tantas veces había hecho con Constanza. No le costó detenerla.

Apresó la muñeca huesuda con nervio y ella resbaló al perder de pronto el impulso. Sus pies descalzos lucharon con el agua que bañaba el suelo. Dámaso apenas tuvo que hacer fuerza. Sentía los huesos frágiles y consumidos.

Ella tenía la mirada ida y lanzaba espumarajos por la boca al tiempo que gritaba acusando al oidor de la muerte de su hijo:

—*Pinatay mo sya! Ikaw ang pumatay*!

Le chillaba a De Morga intentando zafarse de la presa del alférez. El cuchillo, oxidado, mellado, un desecho encontrado en algún montón de basura, temblaba en la mano.

Dámaso pensaba en cómo calmarla, en cuáles serían las palabras adecuadas para conseguir amansar a la mujer.

Los soldados que servían de guarda para el trasiego de mercancías corrían hacia el toldillo que el oidor había mandado instalar.

Antes de que Dámaso lograse hacer algo más, la hoja centelleó y se clavó en el pecho escuálido de la pobre desdichada, entre los senos, en el hueco deshilachado del escote abierto.

Al antiguo contador se le quedaron las palabras en el cielo de la boca. El sable salió de la carne dejando tras de sí una herida abierta entre pétalos desgajados, la sangre empezó a manar. Ella seguía gritando y, a cada inspiración, burbujas tintas surgían gorgoteando de la huella que había impreso el arma del oidor.

Casi todos los que estaban en el atracadero se concentraron alrededor y la turba formó un corro que los soldados, entre órdenes roncas, intentaban deshacer para llegar hasta el juez de la Audiencia.

Se derrumbó en sus brazos manchándole el torso y perdiendo fuelle. En apenas un parpadeo, los gritos se amortiguaron y la respiración ceceante se volvió dificultosa. El cuchillo cayó al suelo y su tintineo se ahogó con el chapoteo que produjo.

—*Ang anak ko na si Julián…*

Frente a ellos, Antonio de Morga empuñaba su espada.

—¡Maldita loca! Pero ¿qué diantres? Iba a atacarme, iba a atacarme… ¡Condenada tarada!

Dámaso la sintió languidecer y la abrazó al tiempo que se arrodillaba para, con cuidado, tenderla. Los silbidos que brotaban de la herida en el pecho le producían dentera.

—¡Lunática! Estos indios malparidos no saben cuándo han sido conquistados…

Los soldados, interesados por el bienestar del oidor, llegaron hasta ellos. De Morga empezó a contestar lanzando improperios sobre la mujeruca.

Dámaso se dio cuenta de que ella se moría y miró a su superior preguntándose por qué no se había limitado a hacerse a un lado. Él ya la había detenido. Ya no era una amenaza real, había sido una muerte innecesaria y el alférez de los Tercios de Flandes empezó a sentir el peso de una certeza: quizá el ilustre ministro de la Audiencia Real de Manila, del que tan bien le había hablado Hortuño, no fuese un hombre de pro con el juicio necesario como para organizar una expedición al ignoto Japón.

Aún faltaban unos días para partir, y Dámaso, escamado por todo aquel asunto, pensó que más le valdría aprovechar el tiempo para conocer la historia de aquella desdichada pordiosera. Preguntaría por la ciudad, hablaría con los mendigos de los suburbios, se internaría en las selvas. Encontraría a alguien que supiera darle razones. Tenía que saber algo más sobre el propio Antonio de Morga y aquel era un buen cabo del que tirar.

* * *

No muy lejos, en una de las más piojosas tabernas de los arrabales de Manila, persiguiéndose las liendres del bigote con uñas sucias, Bartolomé de Palos trasegaba una jarra de un vino picado y aguado que resultaba prácticamente intragable. Era un hombre desconfiado que había sobrevivido a guerras y deserciones por igual, pero

que ahora se veía incapaz de salir de la trampa que se barruntaba. El encargo de asesinar a alguien no le molestaba lo más mínimo, lo que le preocupaba era el escenario, si iba a aquel archipiélago de monos amarillos con ojos rasgados, tenía muchas posibilidades de acabar crucificado como un mártir. Y eso sí que le disgustaba, el problema era que no tenía muchas opciones, De Morga sabía demasiado y tenía maña a la hora de hacer uso de tales secretos.

—Otra jarra de vino —le pidió a una muchacha nativa de tez cobriza, expresión triste y pelo fosco que soportaba los pellizcos de los parroquianos con estoicismo—, y a ver si no está avinagrado…

Una liendre crujió entre las uñas con un chasquido húmedo y, pensando en concederse algo de solaz lejos de las tribulaciones que le bazucaban el ánimo, Bartolomé de Palos cayó en la cuenta de que no había pasado un buen rato con una de aquellas indiecitas desde que De Morga le mandara regresar de su puesto de veedor en las tierras de la laguna de Bay.

Cuando la camarera le acercó el caldo, el de Palos la miró con ojos de reptil hambriento. Dudando de si sería capaz de contenerse; aun sabiendo a cuántos problemas le arrastraba su perversión.

Había sido por culpa de aquel pueblucho quemado y aquel condenado indio que se le echara encima al intentar aprovecharse de su hermana que él había terminado enfangándose en tan peligrosa empresa; de no haber sido por aquel incidente, Antonio de Morga no hubiera pensado en él para, con su destierro, evitar la sublevación de los ifugao, hartos de los abusos de los encomenderos y veedores de las coronas españolas.

Cuarto magari

PACIENCIA

Aunque no haya comido,
el samurái usa mondadientes.

PROVERBIO JAPONÉS

Para disgusto de Saigo, las semanas se fueron sucediendo sin novedades. En Kyoto, como en osaka, como en cualquiera de los rincones del archipiélago, se tentaba con incredulidad la paz que Tokugawa Ieyasu promulgaba, pero al vulgo le costaba creer que las guerras hubiesen acabado. Todos sabían que el hijo pequeño del *taiko* estaba rodeado de hombres que ansiaban el poder, y hasta el más lerdo temía que las hostilidades estallasen de nuevo. Así había venido sucediendo durante siglos. Mientras tanto, el invierno se comportó como un mercader avaricioso y atesoró con mezquindad la nieve. Las mañanas amanecían bajo mantos de niebla espesa y las heladas fueron, tímidamente, cediendo paso a la primavera. En los barrios de la ciudad imperial se percibía la cercanía de las celebraciones de año nuevo y los más pequeños, incluso los pobres, soñaban con sus regalos.

Saigo, con preocupaciones más importantes, repartía sus días vigilando la enorme mansión de la glicinia y acechando el lujoso caserío en el que parecían hospedarse aquellos hombres. En tanto, se procuraba información sobre los avances de la patrulla e intentaba descifrar el mensaje de la paloma a la que había dado caza, algo en lo que no lograba progreso alguno por más que se devanaba los sesos, pues por mucho que se esforzase, seguía sin conocer el poema que servía de texto para construir la clave.

En el improvisado refugio de la ermita abandonada que había encontrado en las afueras de la metrópoli, a la luz de viejos faroles acampanados ya oxidados, abandonados tras una batalla de la que nadie se acordaba, el *ronin*, combatiendo el sueño, había consumido el tiempo de docenas de varillas de incienso haciendo una prueba tras otra.

En cada pliego de papel de arroz que terminaba arrugado y quemado para no dejar rastros, el *ashigaru* inscribía un cuadro que dividía en pequeñas secciones regulares, como un tablero de *go*. Entonces, empezaba a llenar los espacios con los caracteres del clásico poema *iroha*, que contenía el alfabeto completo y llevaba siglos enseñándose en los templos para que los niños aprendiesen todos los ideogramas de su lengua. Así, añadiendo una fila y una columna adicionales, a cada escaque del tablero inscrito en el papel corresponderían dos sílabas del poema *waka* que se podía escribir en los espacios añadidos, una por fila y otra por columna; de ese modo, se establecía una bivalencia entre el texto original y los versos de la composición en verso; una en la prolongación horizontal y otra en la vertical. Era el mismo tipo de cifrado que había usado en Korea o durante el asedio de Fushimi.

Sin embargo, aunque había probado múltiples combinaciones, no había logrado obtener nada con sentido. Y el tiempo pasaba. Por lo que, temiendo que se estuviese haciendo tarde, no había cejado en otras vías de investigación.

En los lugares adecuados, cuando indagaba en los arrabales al pie de la colina Sannen, escuchaba rumores escapados de rostros gachos y temerosos. Muchos

aseguraban que nunca atraparían a los que habían osado robar la cabeza del magistrado. Algunos se atrevían a decir que los felones habían logrado salir de la ciudad, que ya estaban en osaka, y que aquel símbolo de sedición había servido al heredero del *taiko* Toyotomi y a su camarilla para planear una rebelión que derrocase a Tokugawa Ieyasu. Pero a Saigo le costaba creerlo, de ser así, los hombres que estaba vigilando habrían partido en pos de los ladrones.

Siempre precavido, intentaba que tras él no quedase ni siquiera el recuerdo de sus preguntas. Había hecho sus pesquisas entre los proveedores de la casa del *mundo de los sauces*. Y, poco a poco, había ido descubriendo más detalles sobre los *samurai* del antiguo regente y sus, aparentemente, escasos progresos. Con discreción había realizado ciertas averiguaciones, y no le cabía duda de que aquel grupo estaba revolviendo hasta la última piedra de la ciudad para encontrar a los que se habían llevado la cabeza del magistrado Ishida Mitsurani.

No obstante, la espera de resultados le preocupaba. Temía que, si la patrulla no hallaba algún indicio que los condujese a aquellos randas, entonces sería demasiado tarde para seguir cualquier otra pista. El país estaba sumido en enormes cambios ideados por el vencedor de Sekigahara y las cosas mudaban con demasiada rapidez. Hasta se rumoreaba que los *daimyo* serían compelidos por el futuro *shogun* a pasar largos períodos en Edo, donde los tendría cerca; una estratagema que, y era un secreto a voces que todas las bocas de Kyoto remejían, supondría una oportunidad para mantenerlos vigilados y asegurarse lealtades. Aunque fuese a través de una feble cortina de diplomacia en la que cada cual aparentaría sentirse a gusto, agradecido y honrado.

Saigo podía imaginar que, una vez los señores feudales se instalasen en la flamante y nueva capital, dejando a miembros de las familias en los castillos de sus dominios, Edo se convertiría en un incómodo avispero de intrigas donde todos sabrían que sus vidas penderían de frágiles hilos, pues cualquier gesto malinterpretado podría suponer que Tokugawa Ieyasu les ordenase cometer *seppuku* o, peor aún, que se cobrase venganza con los parientes dejados en los feudos, indefensos sin su señor y escolta. Lo que podría conducir a una nueva revuelta, a que alguno de los *daimyo* intentase arrebatarle el poder al antiguo regente, o incluso a que el heredero Hideyori consiguiese apoyos renovados. Y, si estallaba de nuevo la guerra, ya no tendría oportunidad de cumplir con su cometido.

Así que el *ronin* había tomado una determinación: asumiría el riesgo. O eso, o abandonaba Kyoto para fisgonear en los alrededores del castillo de Sawayama, el antiguo ligio del magistrado hasta que Tokugawa Ieyasu se tomara la revancha y se lo arrebatara para entregárselo a sus aliados del clan Ii. Y si allí tampoco lograba averiguar nada que lo condujese a desvelar lo sucedido en Fushimi, entonces emprendería su propia búsqueda del traidor Ukita Hideie. Si podía encontrarlo antes

de que lo hiciesen los hombres del clan Tokugawa, quizá el *daimyo* fugado que se había vendido en Sekigahara supiese algo sobre el magistrado.

Tras mucho meditarlo, aun pese a los peligros, el *ashigaru* decidió acercarse a los hombres que vigilaba. Le había costado mucho encontrar una forma de hacerlo, aunque, finalmente, había hallado el modo.

Había podido confirmar aquellas palabras del recamador: el líder de la patrulla era originario de Kyosho, como el propio Saigo. Y también supo que se había traído desde su tierra natal una costumbre de la que le costaba desprenderse: le encantaban los combates de arañas luchadoras.

Con aquella información, Saigo había empleado varios días en crear una nueva identidad. Una adecuada para granjearse un lugar en las veladas de apuestas que se organizaban en Kyoto. Había comprado algo de ropa de buena ley, repartido algún soborno, ensayado cómo impostar la voz y cambiar su acento. Y, lo más importante, tras mucho esfuerzo, había conseguido una invitación para esa noche.

Y ya se acercaba la *hora del cerdo*, tenía que ponerse en marcha.

Era una estancia pulcra, amplia. Dispuestas para que en ningún punto se encontrasen tres o más esquinas, quince esteras de la mejor calidad cubrían el suelo. Los tabiques eran sencillos paneles; los que servían de acceso estaban formados por barrotes que tensaban papel de arroz, el resto eran opacos *fusuma* cubiertos por entramados de fibra. El único elemento decorativo era el delicado nicho destinado a servir de *tokonoma*; allí pendía una lámina que mostraba estoicos cedros en la ladera de un risco nevado, algo apropiado para la estación.

Era la ilustración de un artista consumado, se había usado el pincel con maestría para que la mezcla de agua y tinta fuese cambiando de densidad con cada giro del mechón mojado, confiriendo a la imagen una infinidad de matices. En cada tronco, las tonalidades de negro dotaban de fuerza y entereza al árbol; las rocas agrestes se encontraban con apenas dos trazos que dibujaban el horizonte: un mar en calma que inspiraba paz.

El dueño del lugar debía de ser un hombre poderoso y rico, pues aunque aparentase maneras sencillas y se comportase con frugalidad, poseía la obra de uno de los miembros de la dinastía Kano.

Además, refrendando su holgada posición, para resaltar la pintura, el anfitrión había elegido una singular piedra de líneas quebradas e irregulares que había colocado al pie. Una pieza única que valdría varios *kobán* de oro. Parecía una serranía contenida en una miniatura de apenas un palmo; y vetas marfileñas que recordaban a torrentes se escurrían desde las aristas plomizas de esquisto. El *sansui kei-seki* descansaba en una bandeja de latón que se había colocado con estudiada asimetría, y las pendientes de la roca parecían fugarse para encontrar las pinceladas de la lámina que pendía sobre ella. El conjunto procuraba la pausada sensación de

una ventana abierta hacia una abrupta cadena montuosa al borde del mar.

Pero el único que se deleitaba con la equilibrada composición era Saigo. El resto de los asistentes charlaba animadamente; discutían banalidades, ansiosos por que comenzasen las apuestas. El *ronin*, consciente de los peligros a los que se exponía, aguardaba.

En el centro de la estancia, dispuestos en dos filas con un amplio espacio en medio para el servicio de las bebidas y viandas, se habían acomodado un puñado de hombres. Les faltaban dos para completar la docena y, por su aspecto, procedían de diferentes extractos, pero todos semejaban pudientes, por lo que Saigo intentaba pasar desapercibido con las ropas compradas en el barrio de los tejedores de Kyoto. Procuraba aparentar que era un comerciante de ceniza para fabricar tinta, como aquel borrachín con el que se cruzara en la taberna de Sekigahara. Mantenía un aire circunspecto, y los demás lo juzgaban como alguien que se tomaba muy en serio los combates.

Aparte de los alargados escabeles que algunos de los presentes usaban para acodarse con comodidad, solo había una pieza de mobiliario: una estructura hecha con varios listones que tenía la forma de un diminuto patíbulo. Había sido colocada en uno de los extremos de la sala, junto al cojín que ocuparía el anfitrión, quien haría las veces de juez para evitar discusiones cada vez que se resolviera una lucha. Sobre una base amplia que garantizaba estabilidad, el conjunto de pequeños maderos sostenía, a unos dos pies sobre el suelo, un aguilón hecho con una varilla sin desbastar del largo de una barba de ballena. Saigo recordaba ese tipo de artefactos de su niñez, allí pelearían las arañas.

Había vino de arroz en jarras entibiadas, bolas de arroz envueltas en hojas de nabo, encurtidos varios y enharinadas verduras fritas al modo que habían introducido los extranjeros en las islas del sur. El ambiente se mantenía caldeado y agradable con braseros sobre los que el aire reverberaba, y todos, a excepción de Saigo, esperaban ansiosos el primer combate.

Lo habitual era que, a medida que la velada avanzara, la tensión creciese a razón del consumo de *saké*, según los envites iban aumentando y las finanzas importaban menos que el orgullo. El *ashigaru* recordaba haber visto años atrás peligrosos desafíos que habían terminado tintando de sangre las playas de Kyosho, duelos provocados por desacuerdos sobre las decisiones arbitrales de los que siempre había aconsejado a su hijo que huyese. Por eso, siguiendo la misma costumbre que regía en las casas del *mundo de los sauces*, donde las disputas también eran usuales, todo apostador abandonaba sus sables al entrar y se acomodaba desarmado. Sin embargo, consciente del riesgo que corría, ocultas entre los pliegues de su nuevo *obi*, Saigo había escondido cinco púas talladas al modo que le habían enseñado los *shinobi* del castillo de Fushimi. No eran más que afiladas varillas a las que llamaban *boshuriken*,

pero eran suficientes para acabar con otras tantas vidas si se usaban con la precisión de la que hacían gala aquellos *hombres de azul* con los que había hecho buenas migas en la fortaleza. Bastaba equilibrarlas cuidadosamente sobre la palma con los dedos extendidos y usar la yema del medio para dirigir el lanzamiento. Era una técnica ancestral, y se decía que, en los viejos tiempos, había maestros capaces de arrojar de manera letal diminutas agujas que se dirigían a los ojos; como en las leyendas sobre las brujas de las montañas.

Aunque, por el momento, Saigo solo observaba. A sus espaldas, algunos de los asistentes guardaban pequeñas bolsas de redecilla tejida que estaban ahuecadas gracias a sencillos armazones. En su interior, con las largas patas bien estiradas, ofreciendo la silueta de un aspa, esperaban las grandes arañas de abultado abdomen; a la luz de los faroles, las bandas amarillas y negras que los cruzaban parecían ondular.

El *samurai* al que esperaba, de nombre Honda Kazumasu, aún no había llegado y el antiguo campesino escuchaba a la pareja que tenía a su lado discutir sobre las diferencias entre la seda nacional y la china, probablemente se dedicaban al comercio de telas, y ambos se mostraban preocupados por el efecto que la victoria de Sekigahara tendría en los negociados que los monjes extranjeros mantenían con la tierra firme de Tendyiku y otros lugares. Pronto llegaría el año nuevo y el momento de ajustar las cuentas y pagar las deudas, por lo que no querían quedarse sin fondos si es que el antiguo regente prohibía el mercadeo con los foráneos que tan buenos precios conseguían para los tejidos en bruto.

A las ancianas les gustaba encerrar arañas en pequeñas cajas y, después de un tiempo, llevárselas a quienes presumían de poder leer la fortuna en las labores entretejidas por el animalillo. Quizá fuese una buena premonición encontrarse allí. Aunque el *ronin* creía que solo había un modo de conocer el destino de un hombre: a través del acero de su *katana*.

Y, por desgracia, él ya se había dejado atrapar en su propia telaraña; su descripción podía haber corrido entre las tropas de Tokugawa Ieyasu. Aun así, se limitó a tomar un trago de vino de arroz y seguir esperando.

—*Matashi no na wa Hernández de Castro desu*…

El fraile, de cuerpo enteco y hábito tan impoluto como un cáliz antes de consagrar, cabeceó dubitativamente. Al compás del balanceo del patache, mecido por una marejada indecisa que no se atrevía a medrar pero exigía tiento al piloto.

—Supongo que podría valer… —dictaminó el jesuita tras unos instantes.

Dámaso, poco convencido, chistó pegando la lengua al paladar, saboreando las extrañas palabras. Se le ocurrió una pregunta.

—No lo comprendo, si tan difícil les va a resultar entenderlo, ¿por qué no me presento simplemente como Dámaso?

El religioso se rascó la ceja y jaló uno de los pelillos. La piel de la frente se tensó

allanando los profundos pliegues que le anidaban bajo el flequillo. Era un hombre de carnes menudas, parecía un espantapájaros hecho con ramas recién podadas. Los penetrantes ojos castaños habían sido clareados por la edad con infinidad de pequeñas manchas ambarinas. Y los pocos cabellos libres de tonsura eran hebras blancas que tejían poco más que una pelusa alborotada, cuyas sombras rayadas cubrían las arrugas que colgaban de las aristas de cada hueso.

—Bueno, a fuer de ser sincero, es probable que sean capaces de pronunciarlo, no como los apellidos —aseguró moviendo de lado a lado sus dedos—. Aunque no creo que lo viesen con buenos ojos. Los japoneses son amantes del protocolo y las formas, de las suyas, claro está —puntualizó alzando la voz—, que no hay modo de entenderlas… Y se muestran graves para estos asuntos de la genealogía. A mí —aclaró el religioso señalándose el pecho con un dedo—, al cabo de unos cuantos meses entre ellos, me pidieron que escribiese todos los nombres de mis parientes hasta tantas generaciones atrás como me fuese posible recordar…

Dámaso pensó que aquello no era distinto en la vieja España; cualquiera que aspirase a no ser considerado un paria debía demostrar que provenía de una familia cristiana de viejo. Muchos pagaban sus buenos dineros para que un bisabuelo moro o un tío judío fueran olvidados; y, por ciudades como Madrid, se ofrecían cientos de escribanos capaces de falsificar títulos y certificados en los que se apareciera como hijodalgo.

—… Debéis pensar que ellos siempre anteponen el nombre familiar al propio. Ese noble del que os he hablado, Tokugawa Ieyasu —mencionó alzando las cejas—, pues Tokugawa es lo que viene a ser el apellido; aun así, solo los allegados se dirigirían a él por Ieyasu. Aunque, quizá, ese no sea un ejemplo adecuado porque antes se llamaba Matsudaira Takechiyo y se cambió el nombre…

—¿Cómo? —no pudo evitar preguntar Dámaso.

Sebastián Vizcaíno, que había resultado ser un tipo estirado que aceptara su cargo de embajador con poca disposición, pasó por su lado y, con un gesto de desdén al escuchar la conversación, cambió de dirección. Al contrario que Dámaso, y aun a pesar de su designación como embajador, Vizcaíno no mostraba ánimo alguno por conocer la enrevesada cultura del archipiélago.

—Sí, así es. Se cambió el nombre —respondió el religioso alzando la vista—. Primero por el de Matsudaira Motoyasu, y después —explicó revolviendo un dedo en el aire— por el de Tokugawa Ieyasu. Lógicamente, con el permiso del emperador… De hecho, es aún más complicado, empezó a clamar por su ascendencia del clan Minamoto a través de la familia Nitta. —El antiguo furriel ya no sabía de quién le estaban hablando—. Y pueden enredarlo más… Con la costumbre por las adopciones y los nuevos matrimonios, ¡y los divorcios!, no olvidemos los divorcios —puntualizó con enfado—. Al cabo de los años los primos acaban siendo tíos, los sobrinos,

ahijados, y los abuelos, padres —recitó cruzando los dedos de una mano con los de la otra y retorciéndolos en un revoltijo—. Un suegro puede adoptar como hijo al hermano de su yerno —intentó aclarar destrabando los dedos—, y podría terminar casándose con su cuñada —añadió aguzando el índice derecho—, con lo que el hijo adoptivo se habría casado con una hermana… Pasado un tiempo, no hay modo de estar seguro de quién es quién…

El jesuita se tomó un momento para cobrar aire y relajar el tono de fastidio surgido de improviso al hablar de las complejas relaciones familiares de los japoneses.

—De todos modos —continuó sacudiendo las manos sueltas e intentando calmarse—, tampoco es que este asunto de los nombres importe mucho… Hijo —le dijo suspirando—, o mucho me equivoco, o acabarán refiriéndose a vos de cualquier otra forma que les haga gracia… Puede que os llamen marino, o capitán…

El que sí se acercó, con el oído atento, fue el otro fraile de a bordo; el franciscano Luis Sotelo; mucho más preocupado por conocer el Japón que el embajador designado por De Morga. Y el interlocutor de Dámaso, el jesuita Crisóstomo Fernandis, se envaró.

Un poco más allá, quitándole rigor a las explicaciones del ignaciano, un oficial, poco acostumbrado al oleaje, vomitaba ruidosamente por la borda. Lo que hacía a Dámaso abundar en sus desconfianzas; además de aquellos dos frailes enemistados, qué clase de tripulación había escogido el oidor para una encomienda que se suponía de tanta importancia: una que se mareaba con el mar picado. Algo no asentaba en todo aquello y el alférez tenía que esforzarse para contener las suspicacias.

—Veréis, la mayoría de los habitantes no tiene siquiera nombre propio, les dicen por su profesión —continuó el religioso engolando la voz y mirando con evidente desdén al franciscano—. Todos los… —calló buscando un ejemplo—. A los verduleros se les llama Yaoya, a todos. Y lo mismo va con peones, carpinteros y cualquier otro que se os ocurra —enunció con aires alambicados—. Solo llevan nombre y apellidos los nobles… Los hidalgos —apuntilló pensando en los *samurai* —. Y los miembros de la casa imperial, junto a unas pocas dignidades… Ah, y también los monjes —añadió como si fuese algo de suma importancia—, se les conoce por el templo donde profesan o por su lugar de nacimiento… Aunque sí, puede que Dámaso les cuadre —aventuró como coda encogiendo sus hombros escurridos.

Antes de que el padre Luis, al que se veía interesado por terciar en la conversación, pudiese hablar, una ola inquieta hizo cabecear al San Jacinto. Al alzarse la cubierta, los tres hombres se inclinaron, cada cual con sus mañas, para mantener el equilibrio como buenamente pudieron. Y el franciscano, de carnes mucho más generosas que el padre Crisóstomo, no acertó a colocar los pies. Hubiera

caído, a riesgo de dejarse unos cuantos dientes en la arrufadura, de no ser porque Dámaso, el más entero incluso a pesar de la mar gruesa, lo auxilió. Y, al hacerlo, se percató de que el ignaciano no se había molestado en tender las manos para socorrer al franciscano.

Aquella descarada frialdad no le sorprendió, eran como agua y aceite.

Y, mientras los religiosos se miraban el uno al otro con velada suspicacia, Dámaso, repasándose los bigotes con los dedos, recapacitó. Ya se barruntaba que, si el jesuita Crisóstomo le daba lecciones sobre el Japón, lo hacía llevado por propio interés. Aunque desconocía el motivo; el ignaciano parecía empecinado en que aquella expedición diera provecho. En cuanto el religioso había descubierto que el embajador Vizcaíno no tenía el menor interés en el bien de la comitiva, Crisóstomo Fernandis se había convertido en la sombra del alférez. Y Dámaso imaginaba que el jesuita esperaba de él, como oficial en jefe, que, una vez en el archipiélago, hiciera algo de mayor calado que el diplomático, quien solo parecía dispuesto a quejarse por la encomienda.

Y no le parecía mal. Estaba decidido a que aquella extravagante embajada diera los mayores frutos posibles, y asumiría cuantas responsabilidades hicieran falta, por mucho que desconfiase. El éxito le granjearía el consentimiento del señor de Accioli, sería el mejor argumento para que le concediese la mano de su hija.

Sin embargo, no conocer los motivos que guiaban al ignaciano le causaba desazón.

Por lo que sabía, el ignaciano era un burgalés de abolengo que había atendido a la llamada divina en los tiempos en los que su ciudad se había visto azotada por la peste. Había servido de intérprete a De Morga al contratar a los mercenarios japoneses que habían formado parte de la tripulación del defenestrado San Diego. Y, acorde al oidor, el padre Crisóstomo Fernandis habría de ser útil; hablaba el idioma, conocía el país y presumía de conocer al visitador ignaciano en Nagasaki, Alessandro Valignano, quien podría ayudarlos con las diplomacias de la embajada. Era uno de los forasteros expulsados del archipiélago años antes.

En cuanto al franciscano Luis Sotelo, un hombre de rostro ampuloso y barba recortada con esmero bajo mejillas coloradas, Dámaso poco más sabía de él que su gusto por los silencios pertinaces. El acento le decía que era sevillano, y le había escuchado hacer referencia a la universidad de Salamanca. Pero su única certeza era que Antonio de Morga lo había reclamado desde la colonia de Dilao, donde intentaba convertir a los naturales filipinos a la verdadera fe de Jesús Cristo. Por algún motivo, aparte del propio Dámaso, parecía el más interesado a bordo del San Jacinto en que aquella diplomacia de las coronas españolas al Japón resultase provechosa.

Y el alférez no se equivocaba, ninguno de los dos era trigo limpio. Si lo hubieran sido, no hubiesen tenido nada que ver con el oidor De Morga.

Ambos, cada cual a su manera, no deseaban otra cosa que el poder. Tras años de monopolio jesuita, se rumoreaba que el papa concedería al fin sus venias para que las órdenes menores, como franciscanos y dominicos, pudieran catequizar a los nipones. Y tanto el padre Crisóstomo Fernandis como el fray Luis Sotelo esperaban aprovechar aquella embajada para conseguir auparse hasta la máxima dignidad del archipiélago; ambos ansiaban recibir el nombramiento de obispo del Japón y ocuparse de que la orden rival perdiese sus privilegios.

Y, si a aquellos dos peculiares antagonistas, le sumaba el resto de los hombres embarcados en el patache San Jacinto, Dámaso rozaba el convencimiento de que Antonio de Morga había reunido en la nao a la mayor colección de indeseables disponibles en Manila.

—Bien pensado —habló entonces el franciscano con una sonrisa tallada por el fingimiento—, tampoco es tan extraño, a fin de cuentas, no es raro encontrar en la misma Madrid apellidos así… Zapatero, Panadero, o haciendo referencia a una villa o un lugar… Como De Burgos —concluyó levantando una mano como si quisiera enmendarle la plana al jesuita.

El padre Crisóstomo compuso una mirada torva como única respuesta.

—¿Eso creéis? —preguntó malcarado—. ¿Pensáis que ya lo sabéis todo sobre el Japón? —insistió alzando la voz—. Que a lo mejor no son tan distintos…

Dámaso, seguro de que aquello no le incumbía, permaneció al margen.

—Por mucho que os cuente, no podréis concebirlo —dijo el padre Crisóstomo con tono displicente—. Los japoneses son… son como las catacumbas de una catedral, bajo el esplendor grandioso que los rodea hay infinidad de rincones olvidados… Leen en sentido contrario, muestran respeto vistiéndose de modo sencillo, el silencio es más importante que las palabras… Para enhebrar el ojal, en lugar de mover el hilo, lo sujetan y tantean con la aguja… La izquierda es derecha, abajo es arriba… Hay un dicho: tienen tres corazones, uno para los amigos, otro para la familia y el último, que ni siquiera ellos saben para quién es… Son el colmo de la educación y los modales, pero tras sus sonrientes caras pueden esconder una maldad infinita… Cualquiera de sus señores puede, sin más, rebanarle el pescuezo a un plebeyo que ha dudado en el momento de hacer una reverencia, o porque ha titubeado al responder a una pregunta, o, simplemente, porque le apetece; no tendrá que dar explicaciones…

Dámaso había oído las historias sobre los sanguinarios mercenarios japoneses que decapitaran orangistas en la cubierta del Mauritius.

—… Yo estaba con el señor Oda cuando llegó a Sakamoto —soltó entonces el padre Crisóstomo como si supieran de qué hablaba—. Se apercibió de que se encontraba en buena posición para tomar venganza de los bonzos de Hieizan.

El jesuita había adquirido la aparente manía nipona por la pulcritud. Vestía hábito

naranja y se bañaba más a menudo que los mejillones, tal y como se mofaba la marinería. Antes de seguir, perdió un instante repasando las pelusillas de una de las mangas.

—Juntó a todo su ejército, treinta mil hombres —prosiguió mirando al mar, más allá de la regala—. Hasta el mayor pazguato se hubiera percatado de que no pensaba dejar títere con cabeza… Cuando los bonzos se enteraron enviaron un ofrecimiento de trescientas barras de oro, ¡trescientas! Cada una con un valor de casi cincuenta taeles de plata —explicó con asombro—. Pero el señor, el todopoderoso Oda Nobunaga, no aceptó ninguna de ellas. Su respuesta fue que no había ido hasta allí para enriquecerse, sino para castigar sus crímenes.

»Y cuando los monjes recibieron el mensaje cometieron el error de creer que la piedad de Oda Nobunaga los salvaría…

El fraile seguía hablando y, mientras lo hacía, sacó de algún rincón de su hábito un pequeño crucifijo que empezó a manosear con dedos sudorosos. A los pies del crucificado la pieza tenía labrados una calavera y un par de huesos atravesados, era una de las cruces de trueque que los misioneros llevaban a las Indias para los conversos, el alférez sabía que la imagen pretendía representar la victoria del buen Jesús, Cordero de Dios, sobre las fuerzas del mal.

—… Imaginaron que no se atrevería a destruir el ídolo de Sanno —siguió diciendo el religioso—, venerado desde tiempos inmemoriales y al que creían con la capacidad divina de escarmentar al pecador. —Fray Sotelo sacudió la cabeza con disgusto por lo que oía—. Por eso, confiados, se reunieron en el templo de la cima de la montaña, e incluso convencieron a las gentes de Sakamoto para que se unieran a ellos en la cumbre, con las mujeres y los niños…

Hubo un incómodo silencio en el que el fraile se repasó la pechera del hábito y recolocó el cíngulo.

—Se equivocaron. El gran Oda Nobunaga, tan pagado de sí mismo como un demonio del averno —añadió describiéndolo con rencor evidente—, no tardó ni un suspiro en ordenar que pasaran a espada a todos los que quedaron en el pueblo. No hubo supervivientes… Ni uno solo… Pero no se contentó con segar todas aquellas vidas inocentes; para demostrarles a los monjes el poco respeto que tenía por las quimeras y por los castigos de su adorado Sanno, la segunda cosa que hizo fue quemar todos los templos de la ladera de la montaña. Sin embargo —continuó bajando el tono antes de volver a alzarlo admonitoriamente—, tampoco eso fue suficiente.

»Sin dar tiempo a reaccionar a los que se habían acantonado en la cima, *Oda-sama* dio orden de avanzar hacia la cumbre. Aquellos sátrapas, ilusos infelices, comenzaron a resistir… Fueron incapaces de hacer frente a tan feroz asalto y acabaron descuartizados bajo los sables… Junto con los hombres, mujeres y niños de

Sakamoto.

»Al día siguiente incendiaron el gran templo de Sanno. Y tampoco fue bastante. Mientras las cenizas aún humeaban, el venerable Oda —dijo con evidente sarcasmo — ordenó a un gran número de mosqueteros que fueran a las colinas y bosques, de cacería; debían encontrar a cualquiera que se escondiera en la espesura. No pensaba perdonar una sola vida, ¡ni una sola!

Dámaso creyó intuir un deje de culpabilidad en la voz gastada del fraile. Y aunque le costaba dar pábulo a una historia tan cruenta, de algún modo, viendo la expresión del religioso, supo que era cierta.

—Y no fue suficiente. El gran, el ilustre, el poderoso, el vencedor Oda Nobunaga todavía no estaba satisfecho. Su sed de venganza no se saciaba y sus ansias de fama y gloria no se colmaban… Y comandó a su ejército una vez más contra lo que no eran más que ascuas, escombros y cadáveres… Ordenó saquear cualquier casa, por humilde que fuese, mandó incendiar los cientos de pequeños templos de Hieizan. Y sus hombres, como ángeles exterminadores, cumplieron a rajatabla. Las ascuas fueron ceniza, los escombros, polvo y los cuerpos, miembros desencajados…

El padre Crisóstomo respiró un momento con hondura dejando que el salitre del ambiente le ayudase a recordar que ya no estaba allí, contemplando la masacre.

—Me dijeron que la suma ascendía a tres mil, ¡tres mil muertos! Monjes, seglares, mujeres, y niños… Muchos niños…

Todos callaron y la mar acunó el silencio.

—Pero, por lo que me habéis contado —intervino el franciscano—, ese Oda Nobunaga ya ha muerto…

El jesuita alzó los ojos llenos de furia renovada. Resultaba obvio que todo aquel asunto revolvía en él recuerdos que prefería dejar atrás.

—Sí, ha muerto, claro que sí —afirmó con una biliosa mezcla a medio camino entre el cinismo y el sarcasmo—. Muerto. Aunque tras él quedó su general, Toyotomi Hideyoshi, el gran *taiko*, el unificador del país, el que intentó conquistar Korea —fue enunciando en un soniquete como el de la burla de un crío—, el *cara de mono*… El que ordenó la crucifixión de más de veinte cristianos en Nagasaki y tras aparentar su intención de convertirse nos expulsó del Japón —concluyó bajando el tono hasta que fue un susurro que destilaba odio—. Y aunque el *taiko* haya muerto también, otro habrá ocupado su lugar…

El viento racheó y unos cuantos se afanaron del trapo suelto, obedeciendo las órdenes que el piloto gritó desde la popa.

* * *

Martín Valdés, que tanta hambre había pasado durante su infancia, había llegado a

aborrecer las magras comidas de a bordo.

En el trayecto a Ciudad de los Reyes había terminado pensando que no le quedaría ni un solo diente de tanto masticar las duras galletas recocidas del rancho, y maldecía al recordar el regusto entre amargo y ácido de las menestras. Pero ahora que llevaba días sin echarse a la boca otra cosa que las migajas y restos que encontraba en las bodegas donde se escondía, el madrileño hubiera dado cuanto tenía por volver a probar una de aquellas pastas revenidas.

Despertó. Huyendo de una pesadilla. Su cuerpo aterido tardó en reaccionar y, cuando sus párpados se abrieron trabajosamente, la intensa luz blanca que horadó la oscuridad causó estragos. El dolor se extendió rápidamente desde algún lugar tras sus ojos. No sabía dónde estaba.

Jadeaba envuelta en agonía. Intentaba despegar la realidad del terrible sueño que creía haber tenido. No estaba en su lecho; no atinaba con las filigranas de la madera del cabecero, las mismas a través de las cuales había hecho caminar sus dedos mil veces mientras pensaba en Dámaso.

Una claridad malsana acorralaba todo a su alrededor. Sus ojos palpitaban, amenazando con estallar. Y al querer alzar los brazos para restregarse el rostro se dio cuenta de que no podía, le habían atado las manos a la espalda. Con el gesto, un latigazo le recorrió los antebrazos. Tenía las muñecas laceradas y el áspero tacto de la cuerda se trababa en su carne.

Constanza pensó que iba a desmayarse. Le faltó el aire. Y entonces, para su espanto, recordó.

El rictus de enfebrecida locura. El odio. La sangre. El gemido ahogado por la sorpresa de la muerte que se había escapado de la garganta del mozo de espuelas. El horror que la había cubierto con un manto gélido. Hortuño. Estuvo a punto de gritar, pero al abrir los labios un nuevo dolor la atravesó desde el cuero cabelludo hasta la nuca. Quiso palparse la herida y las ligaduras volvieron a morder sus muñecas; lo único que surgió fue un débil quejido.

Necesitó de un momento para reunir fuerzas. Y, cuando lo logró, se incorporó sintiendo como sus brazos, sobre los que parecían correr un millar de insectos que cosquilleaban la sensible piel, agradecían el cambio de posición. Tuvo que apoyar las yemas de los dedos a su espalda, aprovechándose del poco juego que le permitían las ataduras.

Encontró el arrojo necesario para dejar de jadear y libró una batalla con las lágrimas que pugnaban por bañarle el rostro.

Estaba en un espacio abuhardillado de vigas descubiertas entre las que, contoneándose entre nubes de polvo, encajes de telarañas brillaban a la intensa luz de mediodía que se filtraba a través de una ventana sucia. El suelo de tablones carcomidos crujió cuando intentó moverse. Un olor pulverulento la acosaba.

Parecía el piso alto de un caserío, enmarcado por piedras de mampostería en las que codas del armazón de la techumbre se hincaban dejando ver restos de argamasa y agujeros que usarían las alimañas. Un poco más allá, no lejos de la única ventana, los excrementos de una rapaz, ya secos, dejaban asomar pequeños huesecillos enmohecidos. No había otra cosa que grandes cajones de madera basta.

A medida que su mente se fue asentando, fue consciente de más y más detalles. Un gordo escarabajo correteó entre dos de aquellos arcones arrastrando el duro cascarón de su abdomen, tras él, impreso en el polvo, quedó un rastro de surcos y albardillas como el que habría dejado un diminuto carromato en un camino embarrado.

Al alzar la vista vio un curioso cuño en uno de los cajones, parecía hecho con un hierro al rojo. Le recordó a una cruz cuyos brazos habían sido rematados con flores de lis, parecida a la que usaban por emblema en las órdenes militares. Y al girarse reconoció la misma marca en la mayoría de las cajas que podía ver desde donde estaba.

Los esfuerzos hacían que su larga falda se arrastrase por la tablazón levantando el tamo depositado en el suelo. El aire se llenó pronto de miasmas que irritaron aún más su garganta reseca. Tuvo enseguida ganas de toser con fuerza. Y, como temió que pudiesen oírla desde los pisos inferiores, hizo lo posible por reprimirse.

Estaba mareada, pensó que se desvanecería. Su vida entera pareció pasar ante ella hasta que fue capaz de mantenerse erguida apoyando levemente las palmas en un cajón. Descalza, podía notar en sus pies el polvo y la borra del suelo, basto, sin cepillar; de anchos tablones de una madera que los años había vuelto gris. Los maderos estaban cubiertos por millares de pequeños agujeros que habían dejado atrás laboriosas carcomas.

Cada paso pareció uno de aquellos dolorosos partos primerizos que con tanto detalle le había descrito Pacheca. Con el esfuerzo, la herida de su nuca se abrió dejando caer gotas de sangre en la espalda de su vestido, malográndolo para siempre.

Al llegar hasta la ventana apenas pudo distinguir el paisaje que se abría al otro lado. Los vidrios, de mala factura, no ayudaban, pero además habían sido cubiertos por una pasta terrosa que se había secado dejando escamas cuarteadas. El dueño parecía celoso de la intimidad de aquel lugar y los cristales esmerilados anunciaban los secretos que guardaba el altillo. Agachándose, acercó el rostro tembloroso e intentó encontrar un resquicio por el que echar un vistazo.

A través de una grieta en aquella mezcolanza reseca, advirtió copas desnudas de árboles que se mecían con la brisa, y una corneja enlutada que graznaba con aire indignado. Aquello no podía ser Madrid, en lo que alcanzaba a ver no podía distinguir obra alguna, solo un bosque parduzco.

—Veo que os habéis despertado…

Constanza no lo había oído llegar, pero reconoció la voz al instante. Era el chirriante burbujeo complaciente con el que Hortuño hablaba.

—Quizá os apetecería refrescaros, podría traeros un aguamanil —se ofreció el secretario del privado con una voz melosa y servicial que sonaba extrañamente ajena.

Hortuño había aparecido al ascender unas desastradas escaleras pegadas a una de las paredes de la estancia. Apenas los últimos escalones eran visibles; la montonera de cajones tapaba gran parte del hueco. Cuando Constanza consiguió volverse, luchando contra las náuseas, él agachó el rostro, encendido por el rubor.

—No os preocupéis por la ropa —aseguró señalando levemente las estropeadas sayas—, tendréis cuantos vestidos queráis…

Hablaba componiendo las frases con un tono melifluo que consiguió erizar el vello de Constanza; lo miraba con evidente pavor a medida que la escena de las caballerizas volvía a ella con intensidad.

La joven, incapaz de pronunciar palabra, solo pudo dar un paso atrás. Sus manos atadas chocaron con la solera de la ventana y solo mordiéndose los carrillos consiguió evitar el grito.

—Y tierras, y servicio. ¡Y joyas! ¡Cuanto queráis! Viviréis como la reina Margarita —le prometió Hortuño con una enorme sonrisa iluminándole el rostro—. Lo he preparado todo —añadió abriendo aún más la boca y acercándose a la joven—. Llevo años llegando a acuerdos con los que labrarnos un futuro, yo también he invertido en terrenos de Valladolid antes de que se anunciase el cambio de capital, he ayudado al duque de Lerma en sus argucias. Y he comprado y vendido mercaderías en las Indias. Podré daros cuanto necesitéis. ¡Cuanto deseéis! Gracias a mi cargo he logrado amasar una fortuna… ¡Para nosotros! —Con desánimo, Hortuño no veía en la joven la reacción que esperaba—. Partiremos en unos días…

El secretario se expresaba con evidente emoción. Parecía radiante. Casi eufórico. Sin darse cuenta de que entre sus promesas se le escapaban las confesiones de sus delitos.

Constanza se apretó contra la ventana, ahogando con fuerza de voluntad el dolor de las muñecas, queriendo alejarse de aquel engendro del mal que se aproximaba hacia ella envuelto en una sonrisa a través de la que mostraba sus dientes.

—Seremos muy felices, mucho —añadió él con un tono que, por primera vez, mostró algo de titubeo.

Los ojos desorbitados de la menina buscaban cómo huir. Pero la única salida eran las escaleras que Hortuño bloqueaba.

De Andrade no pudo obviar por más tiempo la expresión aterrorizada de Constanza. Un jarro de agua fría que trajo hasta él la realidad de la que con tanto desespero intentaba escapar; de pronto recordó que había perdido su posición, que no podría volver a Madrid, que ya no ocuparía un puesto de relevancia en la corte de su

majestad. Y todo había sido por culpa de ella, porque no había sabido ver lo que él podía ofrecerle, todo el amor que le entregaría, cuánto la amaba. Ella era la responsable.

Los labios de Constanza temblaban haciendo que pequeñas gotas de sudor cabrioleasen en las comisuras. Vio los párpados de Hortuño entrecerrarse y cómo la expresión de él se transformaba; la afabilidad se convirtió en desdén.

Ella tenía la culpa y la ira empezó a bullir en su interior. Antes de darse cuenta estaba apretando los puños, con tanta fuerza que sus uñas se clavaban en el pulpejo de la palma. Había preferido a aquel muerto de hambre que solo tenía un viejo apellido apolillado y una herencia llena de boquetes; lo había elegido anteponiéndolo a él, al que había regido los destinos de cientos de hombres desde los despachos de la *torre dorada*. El odio brotó rezumando por todos sus poros.

—He conseguido que en Sevilla, en Madrid, en Manila, todo se haga a mi voluntad, he usado la misma firma del privado del rey —fue diciendo a medida que se le crispaba la voz y el tono crecía—. He ordenado la muerte de docenas de hombres que se interponían en mis negocios, he dispuesto de la vida de muchos… Y no vais a impedirlo… ¡Seremos felices! ¡Haréis lo que se os dice!

Sin embargo, Constanza no reaccionaba como él esperaba, solo continuaba arredrándose con el rostro plagado de miedo. Y Hortuño se negó a sí mismo lo que empezaba a comprender.

—Morirá…

Lo dijo en un susurro apenas audible, como si no se atreviese a hablar. Y ella ni siquiera pareció oírlo.

—Morirá, puede que ya esté muerto —con cada sílaba, Hortuño alzaba un poco más la voz—, muerto.

Ella debería caer rendida a sus pies; olvidar a Dámaso. Pero no lo hacía, y eso lo enfurecía aún más.

—Muerto —fue el amago de un grito.

Esta vez ella entendió y miró hacia el que había sido secretario del todopoderoso duque de Lerma, negándose a aceptar lo que aquellas palabras significaban.

—¡Muerto! —exclamó él gritando sin pudor—. ¡Muerto! ¡Dámaso está muerto! —gritó sintiendo las uñas clavarse en la palma de su mano—. ¡Muerto!

A él, aparte de odio, le salían espumarajos por la boca. Ella no acertaba con las palabras. No quería creer. No podía ser cierto.

—No… no… no puede… —balbució la joven.

—Sí, ¡sí! Ayer, hoy, mañana. Ni lo sé ni me importa, pero si no está ya muerto, morirá en breve. Lo he ordenado, acaso pensabais que no podría hacerlo. He conseguido todo esto —adujo abarcando con los brazos los cajones—. Le he robado al Consejo de Indias y al mismísimo rey. Acaso pensasteis que podíais negaros…

»No, no será así. Dámaso morirá. Va camino de Japón, no regresará jamás…

Quizá había esperanza, quizá todavía tenía tiempo para avisarlo, para prevenirlo. La pregunta había brotado de sus labios sin que ella fuese consciente.

—¿Cómo puede ser…? Dámaso… ¿Qué habéis hecho?

Oír aquel nombre en boca de ella lo llevó hasta la locura. Hortuño avanzó unos pasos más alzando el brazo, listo para descargarlo con tanta violencia como fuese capaz. Deseaba golpearla, una y otra vez. Castigarla.

—Dámaso está muerto, ¿me oís? ¡Muerto! No regresará, ¡jamás!

Ella ni siquiera tuvo el aplomo o el ánimo para protegerse o agacharse. Solo podía pensar en que él no parecía estar seguro de si Dámaso había perdido ya la vida o iba a perderla, esa era la esperanza a la que deseaba aferrarse. Tenía que estar vivo. Estaba segura de que lo habría sabido si no fuese así.

Hortuño era un hombre enclenque, pero puso en ello todo su empeño y descargó el peso con tanta fuerza como pudo; liberando un latigazo de rabia enjaulada.

Constanza se derrumbó bajo la ventana, lastimándose las rodillas y desplomándose hasta estrellar el rostro en el suelo.

Sus hombros protestaron por haber intentado liberar sus manos para frenar la caída. La brecha del cogote comenzó a manar sangre, con la misma intensidad que en las caballerizas, cuando el golpe de Hortuño la había abierto. Y la mejilla le ardía. Deslizándose entre el paladar y la lengua sintió el sabor ferroso. Pero solo podía pensar en ese resquicio, él podía estar vivo, lejos, allende cualquier lugar imaginable, pero con vida.

—¡No regresará! ¡No regresará! —aullaba Hortuño rabioso, levantando el brazo una vez más, preparándose para abofetearla una y otra vez, tantas como fuese necesario para que ella comprendiera la verdad y se rindiese—. ¡Nunca!

Aquellas palabras dolían mucho más que el guantazo, que la pulsante sensación de sus muñecas, que las abrasiones de sus rodillas. Porque la vida sin él no tendría sentido.

—¡Nunca!

De pronto, con la misma celeridad con la que había empezado, todo acabó. Hortuño se desinfló y sus labios se movieron convulsos. El lobanillo de su sien brillaba perlado de sudor y las venas de su cuello latían con rapidez.

Ella estaba tirada a sus pies, conteniendo sollozos que sacudían burdamente su torso. No había salido como él pensaba. Constanza tendría que haber entendido qué le convenía. Debería haberse mostrado ilusionada y agradecida.

Hortuño se debatía entre la ira y el desaliento.

—¡Nunca!

Se volvió y corrió hacia las escaleras, tenía que salir de allí.

—Si me permitís, vuestra paternidad —intervino uno de Palos de la Frontera que

tenía el rostro del color de las olivas de los acebuches—, intenta deciros que os aliviéis en el tonel, y no por la borda…

Dámaso miró la escena divertido. El jesuita, con evidente disgusto, se había marchado poco antes, sin ganas de seguir dando explicaciones sobre el Japón. Y, una vez solos, a la pregunta del franciscano, el alférez, amablemente, le había indicado al religioso el lugar. Sin embargo, Luis Sotelo no parecía muy convencido; y Vasco de Novaes, que andaba por allí y no había podido evitar interesarse por la curiosa estampa, lo animó con gestos contundentes.

Pero el escepticismo pintaba el rostro del fraile y, bajo el silencio del oficial en jefe, el que se había acercado con ademán complaciente, ensanchando sus mejillas cetrinas con una sonrisa, correspondió a las dudas del religioso:

—Que sí, que lo hagáis ahí —afirmó señalando la cuba atada a la regala, de la que, aun pese a la tapa mugrienta, surgía un fortísimo hedor.

Fray Sotelo continuaba mirando la tina con incertidumbre, con cortos suspiros que volcaban vergüenza entre sus labios.

En tanto el franciscano dudaba, un pañolón que servía de catavientos captó la atención del piloto y Vasco de Novaes, perdida la sonrisa y recuperado el aire taciturno de las últimas semanas, tuvo que marchar para corregir el rumbo del patache. Había aceptado llevar el San Jacinto hasta el Japón, aun sabiendo que los derroteros que poseía solo describían detalles sueltos, apenas unas notas robadas años atrás a un navegante con fama de llevar más orujo que sangre en las venas.

El español De Morga le había ofrecido una cantidad suculenta, un buen porcentaje de los beneficios y la amenaza de cobrarse venganza si seguía regateando, sin embargo, la posibilidad de hacerse rico o la certeza de librarse de las coacciones del oidor de Manila no le juraban que la mar se comportase, que los piratas no los abordasen o que los bajíos no apareciesen en los blancos del libro de rutas. Lo sabía bien, pues había estado enrolado con los ingleses en sus insanas expediciones en busca de los pasos del norte, y muy rara vez la mar perdonaba la incompetencia o la ignorancia.

Además, no estaba seguro de si los vientos le serían favorables. No se lo había mencionado al oidor, pero no tenía ni la más remota idea de si estaban o no en la buena estación para una travesía así. A lo que se sumaba una tripulación escasa, muchos de poca experiencia, la mayoría impuestos por De Morga; poco lastre y demasiado a lo que prestar atención, por lo que, si aquel franciscano no quería vaciar la vejiga donde debía, él no pensaba insistir. Estaba demasiado atareado.

Ya a espaldas del piloto portugués, que caminaba hacia popa rezongando, el fraile seguía dudando, Dámaso tenía una sonrisa a medio colgar de los labios y el onubense, que parecía haberse apiadado del cuitado, se explicó:

—Lo hacen sobre todo los ingleses y a algunos les parece un buen método —

aclaró señalando la cuba—, cuando los orines se curan a la intemperie por unos cuantos días resultan luego buenos para baldear y limpiar.

—¿Cómo? —replicó estupefacto fray Sotelo al tiempo que se movía para evitar que se le metiese en las narices el intenso tufo de la cuba, arrastrado por la brisa que peinaba la marejada.

—Pues no sabría yo daros más explicaciones —aclaró encogiéndose de hombros el de Palos tras echarle una mirada cómplice a Dámaso—. Después de unas jornadas al aire el mejunje resulta ser de lo más efectivo para el restriego —dijo moviendo las manos como si estuviese lavando ropa en una tabla.

—Entiendo… —correspondió el franciscano al tiempo que Dámaso intentaba recordar el nombre de aquel onubense.

El andaluz miró al fraile con ojos oscuros, de un pardo tan prieto que escondía las pupilas. Su expresión destilaba condescendencia.

—Bueno, si no os enojáis por las formas, podría decirse que a mí me cagaron en una cubierta —repuso sin recato abriendo los labios en una sonrisa de dientes mellados—. Creo que he pasado más tiempo en la mar que en tierra. Puedo aseguraros que no es la peor de las costumbres que he conocido a bordo; de hecho, creo que la más insana la tienen los flamencos… Si nos cruzamos con una de esas naves holandesas, seguro que les da por prender las mechas…

Dámaso tenía muy presentes los severos consejos en los que tanto había insistido su padre cuando, siendo un mozo recién reclutado por una leva, se preparaba para marchar al norte de Italia y, de ahí, después de instruirse, a los Países Bajos, a luchar contra los rebeldes orangistas. Y no le gustó el tono aleccionador que el otro estaba empleando con el religioso.

—Si nos apuntan, no hay cuidado —dijo con severidad el franciscano algo amoscado—, ya me apartaré… El Altísimo velará por nosotros…

—No es por enmendaros la plana, pero será difícil que os mate la bala de un pedrero, a no ser que os agarre una de cadenas, que os dejará hecho menudillos. Con los pies en un barco, vive Dios, han muerto más hombres por culpa de las astillas que por gracia de la puntería de los artilleros…

El andaluz entró en detalle, gesticulando con manos callosas de uñas raídas.

—A no ser las eslabonadas, que suelen apuntarse alto para desparejar la nao, es raro que una bala le dé a un hombre de lleno —continuó diciendo como si aquella fuera una verdad que sabían hasta los más chicos, contento con su exageración—. Pasa, de tanto en tanto, se le llevan a uno el brazo o la pierna y, si tiene mal fario, le parte el espinazo. Pero no son más que así, como mucho —dijo pretendiendo abarcar con las manos algo del tamaño de una toronja—, mientras que, si le dan a la tablazón, desparraman una galerna de afiladas esquirlas en todas direcciones —explicó abriendo los brazos hasta ponerlos paralelos a la cubierta—. Así que es mucho más

habitual que uno acabe despellejado o con un trozo de madera atravesado…

Aunque el cielo, limpio de nubes, parecía querer llevarle la contraria al oleaje, el patache volvió a cabecear. Quizá presentía qué le aguardaba en el horizonte y hacía lo posible por detenerse.

El alférez compuso una expresión adusta.

—Será mejor que dejemos al padre atender sus asuntos —intervino Dámaso como si la intimidad fuese un lujo disponible a bordo.

El rostro cetrino del andaluz pareció prepararse para soltar alguna pulla, pero el gesto expeditivo de Dámaso lo retuvo.

Aquel onubense corto de talla, con pinta de malandrín de taberna portuaria, era otro de los malos ejemplos de la dudosa tripulación que De Morga había reclutado. No le gustaba.

Ambos se alejaron hacia la proa, dejando atrás al atribulado franciscano, que seguía mirando la tina de orines fermentados con incredulidad.

Bartolomé, al que le decían *el Santo*, porque, al menos según él, nunca tenía culpa de nada, no llevaba otro apellido que *de Palos*, pues de su padre no sabía ni el nombre y de su madre ni se acordaba; había terminado con sus huesos en las tórridas Filipinas escapando de galeras. Había vagueado un tiempo, se había embarcado y vuelto a quedar en seco, y con la paga se había encerrado una noche entera en la mancebía de la madama Baitan, la más famosa de los arrabales de Manila. Allí, a cuchilladas, le había sacado el alma por una tajada en las tripas a un jerezano tras discutir por una indiecita de largo pelo negro a la que los misioneros habían bautizado Inés. Y aquella noche, por primera vez en su vida, pensaba él, la fortuna le había sonreído. El muerto se había pasado la mitad de la velada reclamándole una deuda a De Morga y, cuando acabó espatarrado ante el encarajinado Bartolomé, el oidor, satisfecho, le había ofrecido enseguida convertirse en veedor para la corona. Un desempeño que le había servido al onubense para vivir, tras años de pobreza, con holgura económica; además de permitirle acercarse a alguna de las muchachitas de los poblados en los que atendía las encomiendas del juez de la Audiencia. Y aunque no era hombre de palabra y tampoco de los que pueden llamarse agradecidos, había obedecido a De Morga cuando le había ordenado embarcarse en el San Jacinto con el cometido de asesinar al tal Dámaso, a ser posible, sin levantar sospechas y una vez hubieran arribado al Japón, para cargarle las culpas a los herejes nipones.

Miró de reojo al alférez y consideró seriamente quebrantar los mandados de Antonio de Morga y ocuparse de él esa misma noche. De hecho, empezó a pensar en excusas con las que enfrentarse al oidor a la vuelta. Pero el onubense era demasiado codicioso como para arriesgarse, y si ya tenía dudas de que aquella desleal comadreja le pagase si todo salía como habían planeado, más difícil resultaría si el funcionario encontraba un pretexto para no saldar la cuenta prometida. Quizá, incluso le

conviniese que aquel tal Dámaso llegase vivo hasta el dichoso Cipango. Parecía un tipo con redaños.

Se había decidido a hablar con él para catarlo, para saber de qué pasta estaba hecho. Y supo que tendría que hacerlo a traición, aquel tipo podía andar algo corto y era evidente que, como todos los demás a bordo, no las llevaba todas consigo en la extraña encomienda en la que habían terminado, pero no era, desde luego, ningún pisaverdes boquiblando.

Aun así, lo mataría, porque conocía bien a De Morga, y era consciente de que no conservaría esa privilegiada posición a la que se había alzado si le fallaba. Ya en Manila le había servido al funcionario de sicario, incluso lo había ayudado sin hacer preguntas a marcar cajones en los envíos que se hacían en los galeones hacia Ciudad de los Reyes.

—¡Polizón!

Bartolomé salió de sus abstracciones al oír aquello, se sacudió los restos de una liendre que acababa de aplastar con las uñas entre los pelos de su barba. Y se giró hacia la popa, de donde había surgido el grito.

—¡Capitán Salcedo! ¡Señor de Novaes! ¡Un polizón!

Dámaso vio al piloto portugués dirigirse al gaviero que, saliendo de los sollados, berreaba a todo pulmón. Toda la marinería miraba. Tras él, dando altas zancadas sobre la brazola, aparecieron otros dos que arrastraban por los sobacos a un tercero que forcejeaba.

Al principio no lo reconoció. Seguía pensando en la calaña de baja estofa que Antonio de Morga había logrado componer para llenar el San Jacinto. Luego dudó. Y, finalmente, comprendió que aquel no podía ser otro que su amigo Martín Valdés.

—Yo conozco a ese hombre —no pudo evitar decir en voz alta.

Bartolomé, tras oír aquellas palabras, se fijó en el rostro del llovido. Aquel tipo alto y delgado había dejado de debatirse entre sus captores y miraba fijamente a Dámaso.

Tombuctú había sido conquistada por un morisco de nombre Yuder Pachá. Un caudillo agareno que, en realidad, había nacido como Diego de Guevara; hijo de una de las familias morunas esparcidas por la diáspora que había seguido a la rebelión de las Alpujarras, la que provocaran las sanciones que prohibían a los muslimes sus cultos mahometanos.

Y desde la antigua capital caravanera usurpada, el caíd Pachá había descubierto las ansias acumuladas por el hijo del corsario Hizir bin Yakup, tan impronunciable para los cristianos que se limitaban a decirle Barbarroja. El pirata berberisco planeaba un ataque sin parangón a las costas levantinas. Y por muy cruel, sanguinario y rastrero que fuera Yuder Pachá, era también codicioso. Por eso, aun pese al rencor que le hervía en las tripas hacia Castilla, no había dudado en vender aquella

información al que mejor la podía pagar.

Así, al mediar entre el duque de Lerma y el caíd musulmán, había sido cómo Hortuño de Andrade hiciera tratos con el renegado hijo de moriscos.

Y el secretario, ávido por medrar, se había servido de todo aquel asunto para mantener también contactos con los restos portugueses del deshecho imperio de Malí por el que campaba Yuder haciendo conquistas en nombre del Islam.

Muchos de aquellos exiliados se mostraban resentidos por la unificación de las coronas de España y Portugal, y el hombre del valido había podido apañar acuerdos en buena parte de los puertos que, en virtud del Tratado de Tordesillas, conformaban las rutas lusas hasta las Indias Orientales, rodeando los peligrosos cabos africanos de Buena Esperanza y las Agujas.

Gracias a aquellos turbios negocios, Hortuño podía optar por las colonias portuguesas en África o las avanzadillas comerciales desperdigadas por el Oriente. Y en virtud de sus estafas en Nueva España y la especiería, también cabía considerar las islas del mar Caribe; allí había mucho donde elegir: las plantaciones de caña de La Española o Cuba, los algodonares de Jamaica, o las perlas que tanto parecían abundar en la venezolana Margarita. Incluso estaban los territorios de aquellas inmensas tierras firmes, como La Florida o Panamá. Con tantos años de secretos a cuestas, Hortuño tenía a su disposición casi cualquier lugar de las Indias Orientales u Occidentales.

Y eso bastaba, porque lo que en verdad importaba era alejarse de los corregidores y vegueres de Madrid. Y no le preocupaba haber matado a aquel mozo de espuelas, o el secuestro de Constanza, si es que alguien relacionaba los hechos. Eso eran menudencias en comparación con lo que le haría el duque de Lerma. Con todo lo que su secretario sabía, como la trama de Valladolid, el valido no lo dejaría escapar con vida; sobre eso, Hortuño no tenía ninguna duda.

En su huida a uña de caballo hacia el caserío donde guardaba su ilícita fortuna, los sesos del secretario habían estado a punto de hervir. Incluso había llegado a arrepentirse de su enloquecida fuga, había considerado que su posición le habría permitido mentir descaradamente y salir bien parado. Pero cada vez que había echado la vista atrás, mientras los árboles de la vera del camino pasaban a su lado, viendo el saco que portaba el otro caballo cruzado sobre el lomo, algo en su vientre se inflamaba de ilusión. Aquel fardo que apenas había logrado manejar era Constanza y ella lo significaba todo.

Y, bajando las escaleras a toda prisa, con el corazón a punto de reventarle el pecho, Hortuño, enfurecido, dudaba.

Sentía en sus dedos un hormigueo cálido que le recordaba lo que acababa de hacer. La mano le dolía. Aunque la había tocado, su piel nacarada y suave. Y la furia dio paso a la lujuria. Rendida, a sus pies, obediente, dispuesta a hacer lo que él le

pidiese.

Tenía los fondos y los medios, le había prometido que le brindaría un sueño, y ella lo había rechazado. Sin más, sin siquiera considerarlo.

Y no era justo. Pero ya era suya. Y, antes o después, ella se daría cuenta.

* * *

Podía estar vivo. Existía una esperanza, por pequeña que fuese, de que Dámaso aún no hubiese muerto.

Constanza logró dominarse tras una eternidad de angustia. Era mucho peor de lo que había imaginado. Hortuño la retenía contra su voluntad, y Dámaso estaba en peligro.

Sin embargo, todavía tenía una oportunidad, quizá no fuese demasiado tarde. Y, en un parpadeo, aquella buhardilla desapareció; su precaria situación, las llagas y heridas, las contusiones, todo dejó de importar, solo Dámaso.

Se irguió con esfuerzos indescriptibles que no remitieron con los gemidos que se escurrían de su boca fruncida. Podía estar vivo, y era muy probable que solamente ella supiese los riesgos que corría.

Y Dámaso lo era todo para ella. La zozobra que la acongojaba al pensar por un solo instante que podía perderlo dio a luz una resolución: tenía que salvarlo. Ni siquiera pensó que fuese imposible. Ni se preocupó por haber sido raptada. Podía acudir a la reina Margarita, ella siempre se había mostrado renuente y desconfiada hacia el poder que ostentaban el duque de Lerma y sus acólitos. La monarca ayudaría. Especialmente si, al hablarle sobre las tropelías de Hortuño, se ponía en entredicho la figura del valido.

Le dolía todo el cuerpo, su estómago revuelto amenazaba con volcar bilis en su garganta y la sangre manaba desde sus heridas, pero eso no hizo flaquear su determinación. Debía escapar, y era necesario hacerlo cuanto antes. Tenía que salvar a Dámaso.

—Querría entrevistarme con el prisionero —insistió el alférez un día más desde el umbral del camarote.

Desde su asiento a la mesa del patrón, el embajador Vizcaíno, con evidente displicencia, miró hacia la silla que tenía enfrente, en un ritual que ya se venía repitiendo con tanta frecuencia como para provocar hastío.

Al gesto sin interés del diplomático le correspondió un vago ademán del capitán Salcedo, que podía significar mucho o nada.

—Ya se os ha dicho que, por el momento —respondió Sebastián Vizcaíno con aire de fastidio al tiempo que servía vino de Rueda en el par de copas que flanqueaba los platos de los dos comensales—, ese condenado polizón no recibe a nadie que no

sea el propio capitán.

Dámaso no quería tensar la cuerda más allá de lo necesario. Su mayor deseo era desempeñar su cometido con cuanto decoro fuera posible; aun pese al terrible hedor que iba ganando la encomienda, seguía decidido a hacer cuanto pudiera para que su hoja de servicios resultase impecable. Sabía que el patrón no se había molestado en interrogar a Martín, se había limitado a ordenar que lo encerrasen en algún cuartucho de los sollados. Por eso estaba allí, un día más, en la cámara del capitán, a popa del San Jacinto, viendo más allá de las pocas y sucias ventanas del patache un mar azogado que, desde su partida de Manila, no les había concedido ni una sola jornada tranquila.

—Con vuestra venia, excelencia —dijo el alférez en tono humilde—, tengo entendido que anteayer le habéis permitido hablar con fray Sotelo…

Entonces terció el capitán Salcedo: un ilicitano de cabellos negros, pequeños ojos aguados y modales de dama de compañía, que había sido coaccionado por De Morga para aceptar aquel encargo envenenado de mandar la nao que llevaría la primera embajada española al Japón.

—Se le ha dado la cristiana oportunidad de confesar antes de que sea colgado —dijo haciéndose con un buen trozo del jarrete asado preparado por el cocinero del San Jacinto, acompañando el bocado con un pedazo del pastel de yuca que servía de guarnición y al que se había aficionado en Manila—. Y por el rostro escandalizado de ese franciscano, yo diría que le hacía buena falta —concluyó con aires de poca importancia, echándole una sonrisa cómplice y de labios grasientos al embajador.

Colgar a un llovido era un método expeditivo, pero habitual en cualquier nave de la Real Armada, en las cuales la rígida disciplina era el mejor método para mantener la obediencia. En ocasiones se dejaba que el contramaestre cansase el brazo a base de latigazos que despellejaban al que se había atrevido a embarcar sin permiso. Sin embargo, aunque el patrón hacía a menudo gala de piadoso orgullo cristiano, hablando con devoción del *Misteri* que representaban en la basílica de su Elche natal cada año para conmemorar la coronación de la Virgen María, el capitán Salcedo no parecía dispuesto a otorgar su merced al prisionero.

Ante aquella revelación, el oficial en jefe del San Jacinto dudó. Hasta ese momento, aun cuando ya había insistido en sus ruegos por casi toda una semana, Dámaso no había aludido a su relación con el madrileño, porque no tenía la certeza de que algo así pudiera servir de algo para beneficiar a su amigo. Y de no ser porque se le ocurrió un nuevo alegato con el que ganar tiempo para Martín, lo hubiera mencionado. Estaba dispuesto a lo que fuera menester para que su amigo no acabase pendiendo del dogal en uno de los palos del patache.

—Si me lo permitís —intervino tragándose amargamente la ira que empezaba a sentir—. Creo que sería buena idea interrogar al prisionero. —Acababa de tener una

idea, el rostro de urgencia que había visto en Martín cuando lo habían capturado le decía que debía insistir—; puede que haya sido enviado para sabotear la embajada…

Los dos comensales, rodeados de la modesta opulencia del camarote privado del capitán Salcedo, intercambiaron miradas de asombro por la premisa del oficial.

—Mostráis un celo muy loable por vuestros cometidos —dijo el patrón con un disgusto que estropeaba el cumplimiento—. Pero dudo que sea cierto. El ilustre Antonio de Morga se ocupó con gran eficiencia de que los asuntos de esta embajada no recibieran alharaca. Las órdenes de Madrid exigían discreción. Aunque vuestra opinión será tenida en cuenta, os lo aseguro…

No le hizo falta seguir escuchando para saber que no le darían permiso para ver a Martín.

—Disculpadme…

—Podéis retiraros —ordenó veladamente el patrón—. En cuanto tengamos un día despejado que permita disfrutar del espectáculo, repartiremos unos cuartillos de licor entre la tripulación y ahorcaremos al polizón. No hay nada más que hablar al respecto.

No comprendía el empecinamiento del capitán. Pero no podía saber que Bartolomé de Palos, tras oír cómo Dámaso reconocía saber quién era el llovido, se había escamado. Y se había tomado la molestia de cubrirse las espaldas.

En un principio, el patrón se había mostrado reticente; acorde al piloto portugués, toda mano a bordo era buena para una nao que había sido armada escasamente y con una tripulación corta de efectivos. Sin embargo, el de Palos se había ocupado de mencionar tanto el nombre de Antonio de Morga como los intereses del oidor; y el capitán Salcedo había accedido a cambiar de idea, en lugar de limitarse a azotar al polizón, lo ahorcarían.

El árbitro, un hombre correoso con una fea cicatriz que le deformaba la mejilla, apartó su mano nudosa y, desde un extremo a otro de la varilla, las dos grandes arañas se vieron. Una de ellas avanzó a la carrera, presintiendo la amenaza de su contrincante; la otra esperó alzando sus patas delanteras. Alguien, encendido por el alcohol, bramó como si él mismo estuviese en un campo de batalla, otro de los presentes coreó el grito de guerra.

Saigo, arrodillado sobre la estera en el lugar más alejado, se echaba hacia atrás levemente, procurando que la hilera de torsos entre él y el hombre de Tokugawa Ieyasu lo mantuviese oculto. Todos los demás estaban pendientes de las dos pequeñas luchadoras.

Cuando estuvieron la una junto a la otra, las arañas parecieron tantearse por un breve lapso, quizá midiendo sus fuerzas mutuamente. Los tomentosos palpos se movían de arriba abajo, las sarmentosas patas delanteras se estiraban, los hinchados abdómenes, barrados de negro y amarillo, vibraban con la tensión. Y, en apenas un

parpadeo, la que había recorrido la varilla a toda velocidad se lanzó sobre la otra, que se hizo ágilmente a un lado consiguiendo que su rival se precipitase al vacío sujeta únicamente por un cabo de seda que había logrado adherir al listón en el último instante. Los espectadores lanzaron exclamaciones de asombro, la mayoría había esperado que la combatiente que había permanecido inmóvil terminase atrapada en un capullo de seda, como un saltamontes caído en una telaraña de jardín. La fiereza con la que se había movido había creado altas expectativas y más de uno lamentó las pérdidas que imaginaba.

La que pendía sobre el suelo equilibraba su filamento con una de las extremidades traseras, mantenía el último y puntiagudo tarso apoyado delicadamente en el finísimo hilo, tocando la cuerda de un instrumento por afinar. Al trasluz de los faroles se distinguían las cortas cerdas que recubrían su cuerpo. Pareció necesitar de toda su entereza para reponerse de la brusca caída, luego comenzó a ascender a toda prisa empujada por la venganza. Sin embargo, su flemática rival no se apuró, se limitó a encogerse sobre la varilla, estirar una de sus largas patas y cortar limpiamente la seta de la que pendía su contrincante, como si manejase una guadaña.

El anfitrión, árbitro hábil en su cometido, recogió en la palma de su mano a la perdedora, que quedó pronto encerrada en una jaula de dedos, y declaró finalizado el combate; con lo que Honda Kazumasu gruñó de satisfacción. Era el único que había apostado a favor de la araña que todavía permanecía en el listón de madera.

Y aquel reniego era prácticamente todo lo que había dicho el líder de los hombres del clan Tokugawa. Se trataba de un *samurai* reservado que guardaba bien sus intenciones y, aunque su posición era pública y notable, apenas había respondido con expresiones sencillas cuando los asistentes habían hecho alusión a su presencia en Kyoto. Y Saigo lo comprendía, aun pese al tiempo transcurrido, él y sus hombres no habían conseguido encontrar a quienes habían robado la cabeza del magistrado, algo que los ponía en entredicho.

—Las quejas amargas de los perdedores hacen que se pierda la fortuna del ganador —dijo Honda Kazumasu roncamente, reprendiendo veladamente a los que se lamentaban.

Todos callaron, percibiendo la amenaza latente; no hubo más protestas. Aquel *seguidor del acero* llevaba semanas actuando como si fuera el corregidor de Kyoto, y al parecer con la venia de Tokugawa Ieyasu. Nadie en su sano juicio hubiera querido enemistarse con alguien así.

—Parece que alguno va a tener que ajustar sus cuentas para poder pagar a sus acreedores a fin de año —comentó un ceramista de la provincia de omi que vendía carísimos vasos *akae*; era una pulla evidente hacia los que se lamentaban.

Nadie replicó, pero los murmullos crecieron y se oyó el descuidado tintineo de quien se servía *saké* sin el refinamiento debido. Saigo se fijó en que el hombre a

quien estaba observando no bebía licor de arroz. Hasta el momento, Honda Kazumasu ni siquiera le había prestado atención, solo un vistazo desinteresado cuando le presentaron al nuevo apostante que se había unido a las veladas de combates; pero al *ronin* le constaba que su descripción había circulado entre las fuerzas de los Tokugawa, así que no bajaba la guardia.

Mientras se preparaba el siguiente enfrentamiento y la discusión sobre las arañas que lucharían ganaba intensidad, uno de los *shoji* se abrió y una joven debidamente arrodillada apareció al otro lado. En su rostro blanqueado de fino mentón solo destacaba el carmín perfilado que hacía resaltar el labio inferior como un pequeño pétalo de azalea. Cuando recibió el gesto de asentimiento que esperaba por parte del anfitrión, se puso en pie delicadamente y avanzó sin que el ruedo de su *kimono* de colores pálidos mostrase el revoloteo de los pies, que se estarían arrastrando con fragilidad, como si apoyar todo su peso amenazase con romper las hebras del *tatami*. Llevaba un alto recogido al estilo *shimada*, tocado con ornamentos tallados, recorridos por filigranas de las que pendían hilos entrelazados de tramos de papel de cáñamo que habían sido moldeados como hojas de liquidámbar y flores de narciso. Sus ojos, bajo las cejas, coloreadas con carboncillo sobre la pasta de polvo de arroz que cubría el rostro, mostraban la timidez apropiada; envuelta en gestos quebradizos que escondían, del mismo modo que el maquillaje, una promesa de lascivia. Saigo la había visto en sus vigilias frente a la mansión, cuando ella paseaba por los jardines rodeados por la gran glicinia.

La joven se desplazó con sigilo hacia el anfitrión, sin hacer un solo ademán ostentoso, pero consiguiendo que todos en la sala la mirasen con detenimiento. Tras ella aparecieron dos acompañantes de menor edad y prendas más modestas cuyos movimientos resultaban más exagerados e inexpertos. Una de ellas portaba uno de los modernos *shamisen* que estaban tan en boga.

Cuando llegó a unos pasos de distancia, la mujer se arrodilló formalmente, recogiendo la tela bajo sus rodillas con una pasada grácil de la mano que, inmediatamente, al tiempo que se inclinaba, llevó al frente para colocar ambos antebrazos juntos, apoyando las yemas de los dedos sobre la estera y haciendo una reverencia sutil. Las hojas de liquidámbar del *kanzashi* con el que decoraba su negrísima cabellera recogida se balancearon con la gracia debida. En todo momento mantuvo una respetuosa mirada de ojos bajos que acentuaba la delicadeza de su rostro blanqueado. El maquillaje se extendía por el cuello, solo dejaba al aire una porción sensualmente delineada de la nuca. Las dos muchachas que la seguían se arrodillaron debidamente tras ella.

Los hombres tardaron en reponerse ante aquel despliegue de lujuriosa modestia. Sus rostros no volvieron a girarse hacia el aguilón en el que luchaban las arañas hasta que uno de ellos, torpemente, derramó una jarra de *saké* al intentar servirse. Entre el

ruido y los comentarios jocosos, Saigo se percató de que Honda cruzaba una significativa mirada con la cortesana que era respondida con recatada coquetería. Y supuso un alivio conocer una debilidad en aquel *samurai*.

—Bienvenida, dama Fujiko —saludó el anfitrión con afabilidad.

Ella volvió a postrarse y se enfrascó en el protocolario ritual de cortesías debidas, prolongado hasta que todos en la sala fueron presentados.

—Y aquel —dijo el anfitrión refiriéndose al *ashigaru*— es el señor Honami Munefusa, un mercader de ceniza de Satsuma…

Saigo percibió el desprecio con el que su perseguido lo ignoró.

A partir de ese momento, con la presencia de la dama, la velada se distendió y, cuando Honda le rogó a la mujer que tocase alguna tonada, nadie volvió a pensar en las luchas.

La cortesana accedió y las tres cuerdas empezaron a vibrar, marcando notas lastimeras a medida que ella movía el plectro rasgándolas delicadamente. Luego, a petición de un hombre obeso que se dedicaba al comercio del papel *washu*, la mujer bailó haciendo malabares con abanicos. Y, para cuando ella suplicó humildemente que los presentes le contasen sobre sus importantes negocios, ya muchos estaban demasiado bebidos como para hacer otra cosa que dar cabezadas intentando mantener los ojos abiertos.

Honda Kazumasu, sin embargo, ordenó que le preparasen cha.

—¿Habéis recibido ya esa carta que esperabais de *Ryo-sama*? —cuestionó la mujer dirigiéndose al líder de los hombres de Tokugawa.

En un principio, Saigo no le dio importancia a la pregunta, después, al pensar en el nombre pronunciado por la dama, tuvo una corazonada. Podía tratarse del *daimyo* Date Masamune. Al que llamaban, precisamente, tal y como había dicho la mujer: *dragón*. Y aunque el resto de los presentes no parecieron darle crédito alguno, él percibió la tensión en el cuello del hombre al que observaba. La inocente pregunta hecha por la cortesana, mostrando la deferencia de interesarse por los asuntos de uno de sus benefactores, bien podía haber sido una indiscreción.

—Estoy seguro de que llegará cuando deba —respondió Honda con estudiada vaguedad, mirando de reojo a su alrededor para valorar las reacciones de oídos fisgones—, basta con esperar.

Date Masamune, el *dragón de un solo ojo*, el díscolo *daimyo* que había sabido mantener los favores del clan Tokugawa a pesar de no mostrarse siempre de acuerdo con el antiguo regente. Su fama de estratega y gran espadachín era bien conocida; tanto como sus excentricidades, que empezaban por su propio aspecto: también tenía el rostro picado de viruela y sobre su casco llevaba siempre una enorme enseña en forma de luna creciente.

Ella percibió la tosquedad de la inflexión y se apresuró a ofrecerse para tocar otra

composición con su *shamisen*. Mientras se preparaba, acomodando el instrumento y tomando el plectro de marfil, uno de los asistentes aprovechó para hacer una demostración pública de su apoyo al antiguo regente.

—Tal y como siempre predica el victorioso Tokugawa Ieyasu —dijo el mercader de cerámica mirando a Honda Kazumasu—, la paciencia ha de ser la mayor virtud del guerrero.

El dejo melifluo y complaciente intentaba evitar suspicacias para granjearse la confianza de aquel hombre en el que el vencedor de Sekigahara parecía haber confiado para mantener el orden en la ciudad de Kyoto. Sin embargo, un norteño de rostro avinagrado por las apuestas, algo más bebido, arruinó el cumplido.

—Si un pájaro no quiere cantar… —entonó banalmente.

Y los que habían trasegado tanto alcohol como para no pensar con claridad lo que decían continuaron con la tonadilla, mofándose.

—¡Espera! —vocearon los más borrachos—. ¡Espera a que cante!

Era una chanza conocida que hacía referencia al cachazudo carácter del antiguo regente, tan distinto al de los hombres que lo habían precedido en el poder de un Japón recién unificado: Oda Nobunaga, tan brutal que hubiera torturado al pájaro hasta obligarlo a cantar. Y el *taiko* Toyotomi Hideyoshi, que hubiese buscado el modo de convencer al ave para que quisiese piar con la mayor ilusión.

La tensión creció hasta parecer una espesa niebla. El anfitrión observó a Honda Kazumasu y el terror se revolcó en sus pupilas. Los más sobrios se echaron hacia atrás disimuladamente, la cortesana se llevó la mano a los labios pintados. Saigo aguardó; bajo las vueltas del *obi*, sus dedos sujetaron uno de los dardos que había escamoteado en el fajín.

El *ashigaru* vio palpitar las venas del cuello del *samurai* al que vigilaba. Todos en la estancia temían su reacción. En cualquier momento, Honda Kazumasu podía ponerse en pie y exigir que le trajeran sus sables.

La damisela, conocedora del voluble carácter de los hombres, orgullosos y borrachines, hizo lo único que se le ocurrió para evitar que la sangre empezase a correr. Tomó entre sus manos el *shamisen* y buscó las notas de una nueva melodía.

Se suponía que la singladura rondaba las setecientas leguas, solo una cuarta parte del larguísimo tornaviaje desde Manila hasta Nueva España. Aunque, tratándose de aquellas aguas bravas e insondables, el piloto Vasco de Novaes estaba convencido de que la cercanía del destino no evitaría sus miserias.

La travesía desde la costa de Nueva España hasta Cavite o el Maluco podía hacerse en apenas algo más que un par de meses, sin embargo, para regresar al Levante, tal y como había descubierto aquel cosmógrafo vasco al que llamaban Urdaneta, había que penar durante casi medio año; pues, esperando librarse de los temibles *laguíos*, o los *tai fun* que describían con terror los mercenarios japoneses,

había que aguardar hasta que los indecisos vientos del monzón viraban, obligando a navegar de bolina con rumbo norte para, con los derroteros adecuados y la experiencia curtida, encontrarse la corriente que cruzaba el inmenso Pacífico hacia el Este, justamente la que había permitido al guipuzcoano, tras años llenos de los fracasos de otros, establecer al fin una ruta fiable de regreso desde las Indias Orientales.

Con la quilla amenazando irse al aire y los velachos restallando, habían marcado derrotas ceñidas contra el viento para dejar atrás la Sierra Madre de isla Luzón y el rosario de islotes al norte de las Filipinas. Y en todo momento el piloto luso no había tenido otra cosa en mente que deshacerse de aquellas rachas que soplaban del norte y encontrar la dichosa corriente descubierta por Urdaneta.

Llevaban ya en la mar tiempo suficiente como para que en los barriles de agua, bajo un cerco de cardenillo, se acumulase un espeso verdín que la malograba. Y en las galletas del rancho los gorgojos habían tenido ya ocasión de dejar más aire que miga.

Y cuando ya hacía mucho que no veían uno solo de aquellos pajarracos de larguísimo pico que abundaban en las Filipinas, pasaron de los suaves colores tornasolados y ligeros de un mar de corales y arenas blancas a unas aguas tan oscuras que parecían enlutadas, y Vasco de Novaes entendió cuanto relataban los mercenarios nipones: a aquellas aguas les decían *el río negro*.

Habían llegado a la corriente descrita por el piloto vasco, y esos sombríos glaucos llevaban ya días empujándolos a sus buenos cuatro nudos hacia el archipiélago del Japón. El San Jacinto recibía el impulso de popa y se mecía complacido, contento por la ayuda que relajaba mástiles y vergas.

Sin embargo, aunque según sus cuentas ya no debía faltar mucho, por más vigías y gavieros que Vasco de Novaes encaramase a lo alto de los palos, en todo el horizonte no se veía otra cosa que agua. Una enorme extensión que desde niño le había resultado acogedora, pero que, en esa noche de luna nueva, sin un derrotero del que fiarse, con el aire presagiando lluvia, parecía estar a punto de erguirse y engullir al patache, y el piloto portugués empezaba a sentirse incómodo. Aquel condenado archipiélago no aparecía y, en aquella oscuridad, completa por las nubes que escondían las estrellas, sin otro lugar al que mirar que los escasos círculos de luz amarillenta de los fanales de a bordo, la tensión roía la cerviz del marino.

No picaban ni los dorados, que eran siempre la esperanza de los náufragos; y el tinte lúgubre de las aguas resultaba inquietante.

El patache era un barco ligero de quilla corrida con apenas cincuenta hombres a bordo. Con solo dos palos y una cubierta despejada, una nave rápida y maniobrera, útil para cargas livianas en trayectos conocidos, pero frágil como una señorita de alta cuna si la mar embravecía. Y el piloto luso lo conocía bien, y temía lo que su instinto

le decía. Lo sentía estremecerse bajo sus pies con las olas, escuchaba el chirrido de las drizas al atiesarse, el repicar de las roldanas batidas por las rachas de viento y su estómago se llenaba de bilis. No le gustaba.

Sin poder dormir, asumiendo más guardias de las que le tocaban, Vasco de Novaes escuchaba las campanadas de los cambios de turno y daba vueltas al reloj de arena de la bitácora cuando correspondía, pero, en realidad, miraba a la lejanía hasta que los ojos le lloraban. Mantenía el rumbo y buscaba frente a él bajíos traicioneros o escollos que no apareciesen en su derrotero.

El marino vio pasar un jirón de nube por encima de los velachos y volvió a inclinar el rostro hacia el horizonte, una vez más, al tiempo que se rascaba la coronilla.

Aunque no se le habría ocurrido compartir sus temores con el resto de la tripulación, la verdad era que cada día su desasosiego aumentaba. Una desazón que había empeorado significativamente esa noche, cuando el viento racheado empezó a ralear por los costados del barco y el aire se cargó con un inconfundible olor. No conocía bien aquellos mares, pero hubiera apostado un par de sus dedos a que se avecinaba tormenta. Y no le gustaba nada.

Y allí permanecía, junto al timón, deseando que llegase el amanecer con la buena nueva de que, a babor, se distinguían las siluetas rotas de aquellas islas que le habían sido descritas como agrestes masas de roca. Tan absorto estaba, rebuscando en su memoria los detalles mil veces repasados en su libro de rutas, intentando encontrar un dato que se le hubiese pasado por alto, algo que le explicase por qué aún no habían visto tierra, que no escuchó cómo alguien se acercaba.

—A las buenas noches —saludó con afabilidad Bartolomé de Palos—. Metiendo la cabeza en el culo de un asno se encontraría uno más luz. Si me permitís las maneras, hay que andar apalpando el aire como si uno se hubiera colado en un burdel…

Vasco de Novaes siguió rascándose la coronilla, demasiado concentrado para oír otra cosa que no fuera el oleaje en su barco y lo que ese bataneo podía decirle sobre las aguas por las que navegaba el San Jacinto. En la última guardia la marejada había ido engrosando.

Una ráfaga de viento aulló haciendo vibrar los obenques. Los trapos restallaron y el patache se sacudió.

Bartolomé fingía que prestaba atención al portugués, pero miraba a la borda, hacia el lugar donde Dámaso parecía hablar en susurros con el franciscano. Sin hacer caso al de Palos, el piloto olisqueaba el aire con los ademanes de un sabueso que siguiera el rastro de una liebre. Lo notaba en los huesos, podía sentirlo incluso en los rizos de su cabello. Y empezó a pensar que debía dar la voz de alarma. Ni siquiera estaba seguro de cuántas millas los separaban de tierra firme.

Mientras el veedor le hablaba, Vasco de Novaes tomó la decisión de despertar al capitán. Habría que recoger trapo, ordenar a los hombres que se atasen y prepararse para lo que iba a venir. Tal y como pintaban, a juzgar por el creciente bamboleo del San Jacinto, el temporal se les echaba encima.

Más allá de los hombres en cubierta. Indiferente a los ojos preocupados de los marinos que observaban por la borda, el viento roló, aulló de nuevo como un lobo hambriento y amenazó con romper el pujamen de la mayor del trinquete. Las olas engordaban y los espumarajos de las crestas empezaban a dejarse arrastrar por las ráfagas.

—Insisto —se repitió el franciscano alzando la voz por encima de una racha fría —, la Compañía de Jesús se ha aprovechado de forma malsana de sus prebendas…

El fraile llevaba un buen rato hablando sin parar sobre las bondades de su orden en comparación con la de los ignacianos. Y parecía empeñado en sonsacarle al antiguo furriel cualquier clase de promesa que lo pusiera en buen papel una vez hubieran regresado.

—Ya os he dicho que nada puedo aseguraros —le repuso Dámaso una vez más.

El alférez veía la inquietud manifiesta del piloto al timón y los gestos nerviosos del luso mirando los catavientos reafirmaron sus sospechas: una tormenta se avecinaba. Pero fue Bartolomé de Palos quien más le llamó la atención; el gaditano fingía que no lo estaba observando.

—Creo que es mejor que nos resguardemos, pronto empezará a llover —le dijo entonces al fraile esperando librarse de él bajo cubierta.

—He de insistir. Cuanto hago, lo hago únicamente por caridad cristiana… Pero os ruego que no lo olvidéis cuando os revele lo que tengo que deciros —respondió el franciscano como si no lo hubiera oído hacer referencia a las inclemencias que llegaban.

Aquello detuvo a Dámaso.

—Mi posición aquí es frágil —reconoció el monje sabiendo que, al no haber concedido aún el papa sus permisos a las órdenes menores, solo la artimaña que había tejido con De Morga le había permitido embarcarse bajo la excusa de que la embajada se dirigía también hacia las Islas de la Plata, y no solo al Japón—. Pero todo sacrificio habrá merecido la pena si es por el bien de esos pobres paganos. Necesitan de un prelado que no abuse de su cargo, que sea mesurado en sus decisiones…

El franciscano volvía a repetir su cantinela. Dámaso, bajo una incómoda racha cargada de humedad, decidió terminar de una vez por todas con aquel asunto.

—Os doy mi palabra de que haré lo posible para que, a nuestro regreso —prometió Dámaso hablando mucho y diciendo poco—, el informe del embajador Vizcaíno refleje cuanto tengáis a bien hacer.

El fraile mascó aquellas palabras con escepticismo, pero pareció convencerse.

—El otro día, cuando confesé al polizón… —Los ojos se abrieron antes de entrar en pecaminosos detalles que no podía mencionar—. Vuestro amigo insistió en que sabríais recompensar el esfuerzo —tentó entonces el franciscano sabiendo que el capitán Salcedo había ordenado que nadie más se reuniese con el prisionero—. Aseguró que bastaba con que os diese recado —dijo levantando la voz por encima del viento y arrepintiéndose de inmediato para mirar con miedo a todos lados por si alguien lo había oído—. Dijo que debía hablaros, que era un asunto de vida o muerte.

Olvidándose de la presencia de Bartolomé de Palos, el piloto ordenó a un timonel que mantuviese el rumbo y abandonó su puesto para ir al camarote del capitán.

Una vez frente a la puerta, dudó, con los nudillos a un par de pulgadas de la madera. No le caía bien aquel hombre, y no se fiaba de él, era un marino incompetente que De Morga había elegido por razones que no comprendía. Pero la jerarquía a bordo era tan sagrada como la Santísima Trinidad. Llamó, se persignó y, mientras esperaba, le dio caza a las liendres que campaban por sus patillas.

Cuando la hoja se abrió, apareció ante él un hombre ojeroso, tocado con una barba rastrojera de la que pendían infinidad de migas aceitosas. Vestido únicamente con una camisola raída y unos calzones sucios que se sacudían al ímpetu de la mano con la que se rascaba la entrepierna. Bajo el ceño fruncido con desagrado, apestaba a resaca de licor barato. Y aunque el piloto no se sorprendió, sí temió por el San Jacinto.

Junto al timón, Bartolomé de Palos pensó que podía tener una oportunidad que no merecía despreciarse: muchos hombres caían por la borda durante una tormenta. Sin embargo, mientras maduraba la idea, sus planes se arruinaron. Dámaso abandonaba la regala y se dirigía a toda prisa a la trampilla que se abría a las bodegas.

Dámaso no era un hombre de mar más que de refilón. Se había criado en las verdes montañas gallegas, rodeado de espesos robledales poblados de helechos y brezo, dentro de un enorme pazo levantado con sillares de granito, saliendo de montería en busca de corzos y venados. Conocía los rastros de liebres y zorros, había escuchado los aullidos de los lobos que husmeaban cerca del ganado en lo más crudo del invierno y había recorrido una buena parte de los dominios de Castilla y Aragón para cumplir con las obligaciones militares contraídas en honor a su apellido y familia. Pero también había navegado a Nápoles para unirse a los Tercios, y hasta las Filipinas con su nuevo destino.

No obstante, habiéndose criado en espacios abiertos hechos de árboles, no de pasadizos construidos con maderos, no lograba acostumbrarse al penetrante hedor a humanidad que inundaba los sollados de las naos. Un indescriptible tufo en el que se mezclaban el sudor rancio, la podredumbre de la tablazón, el revenido del rancho, los vómitos de marinos que ya se habían ahogado tiempo atrás y los desechos de una

tripulación que no siempre se comportaba con la disciplina deseable.

Era la primera vez en su vida que desobedecía una orden. Pero el arrepentimiento por no haber hecho algo más para ver a Martín antes de partir de Manila servía para anular su deseo de hacer lo que se le había mandado. Incluso aunque una parte de él protestase por el perjuicio que podría suponer. Prefería no pensar en lo que ocurriría si el capitán se enteraba; solo esperaba que, si todo se iba al traste, Constanza pudiera perdonarlo.

Dámaso tomó una última bocanada del embravecido aire nocturno y apoyó el pie derecho en el primer peldaño; la escalera no era más que un paso estrecho que aprovechaba el escaso hueco que dejaba la única cubierta del patache.

Pasó bajo la luz cimbreante de un pequeño fanal sacudido por el oleaje. Y al llegar al último escalón sorprendió a dos marineros que, rápidamente, se apresuraron a levantarse llevándose las manos a la espalda. Estando libres de guardia, habían decidido matar el aburrimiento jugando a la *guirguiesca* en la tapa de una barrica, lanzando los dados contra un zuncho oxidado; un tenderete que no les había dado tiempo a desmontar antes de darse cuenta de quién bajaba por la escala. El capitán había prohibido las apuestas a bordo para evitar reyertas, así que la pareja de marineros se daba prisa intentando componer sonrisas forzadas y excusas varias, sabedores como eran de que Dámaso Hernández de Castro había sido el hombre puesto al cargo de la oficialidad de guerra por Antonio de Morga.

—¡A cubierta! Hay que asegurar el trapo —gritó la que parecía la voz del contramaestre a través de la portilla de la escalera—. Y subid sogas; habrá que atarse… Se prepara galerna.

El piloto había tomado la decisión de capear el temporal, pero el patache, que aún no lo sabía, dio un bandazo.

—Vamos, ¡vamos! —insistió el oficial de mar ante la inactividad de los dos marinos.

Los jugadores, vacilantes, miraban hacia la tapa del barril donde habían quedado los dados.

—¿A qué esperáis? ¡Vamos! ¡O subís ahora mismo o este hijo de mi madre os abrirá las espaldas a latigazos! ¡Lo juro! ¡Por estas! —bramó el contramaestre llevándose el pulgar cruzado sobre el índice a los labios y chascando un sonoro beso.

Sin dudar que sería obedecido, se dio la vuelta para seguir gritando órdenes que el viento esparció por cubierta. Y, cuando el curtido marino se apartó, asomó Bartolomé de Palos. El onubense vio a la pareja de jugadores subir a trompicones por la escalera. Los dos llevándose las manos a las sucias gorras para saludar a un Dámaso que, pegado al mamparo para dejarles paso, ya quedaba tras ellos.

—Espero que ese tal Vasco sepa lo que hace, porque el capitán no tiene otra cosa de marino que no sea el cargo… No sé quién de los dos es más fantoche, si el

Vizcaíno o el Salcedo —dijo uno en tono de confidencia.

—Pues más vale que a alguien le entre el sentido. Lo mejor será que corramos el temporal con velocidad —correspondió el otro cuando ya mediaban los escalones—. No me gustaría que a ese portugués se le ocurriera echar una estacha por la borda para frenar la nave, he oído que tienen esa costumbre.

Mientras oía de fondo aquella conversación que se iba difuminando a sus espaldas, Dámaso se fijó en los dados; abandonados junto al fleje metálico, sobre la tapa de la cuba, ambos mostraban el as.

—Si pinta mal deberíamos acuartelar el foque y rizar la mayor —concedió el otro jugador—. Si larga cabos por la borda para aguantarlo, será como intentar detener un caballo desbocado con bridas hechas de cordel… O como pararle los pies a un cornudo cuando te pilla con los calzones por las rodillas —las últimas palabras se ahogaron en las primeras gotas de la tormenta.

Bartolomé se hizo también a un lado para dejar que los otros dos salieran a cubierta y, observando la espalda de Dámaso alejarse hacia el interior del buque, comenzó a descender por la estrecha escalera, caminando con el paso resuelto que le habían dado los años de marino vividos antes de convertirse en veedor, pero sin apurarse, no fuera a ser que el gallego se volviera y lo sorprendiese.

Ensordecidos por el viento y los crujidos del maderamen, los gritos de la tripulación apenas se oían y, a medida que avanzaba hacia el corazón del patache, el hedor se hizo más insoportable. Dámaso bizqueaba cuando se detuvo frente a un cuartucho de almacenaje al lado de la santabárbara.

El San Jacinto no era un barco pensado para los prisioneros. Las únicas cerraduras eran la del camarote del capitán y la de la portañola del compartimento secreto donde Vasco de Novaes guardaba sus imprecisos derroteros. En aquella puerta no había otra cosa que una tranca asegurada en dos estribos chantados en el marco.

Escondido en las sombras que el oleaje sacudía, el de Palos vio cómo Dámaso retiraba el puntal.

En el interior de la pequeña estancia, apenas buena para unos cuantos cabos o algo de munición, Martín parpadeó intentando ver. Hasta entonces había permanecido en una oscuridad casi completa, solo rota por el escaso resplandor amarillento que, desde los faroles, se colaba por las junturas de las tablas.

—¿Habéis decidido ya si voy a ser pasto de los tiburones? ¿O vais a desollarme con el rebenque? —preguntó el madrileño con cinismo.

—Soy yo, Dámaso.

El soldado se levantó de improviso y se lanzó hacia la puerta.

—¡Dámaso! ¡Al fin! ¡El buen Jesús sea loado! —exclamó Martín al tiempo que se detenía a medio palmo de los pies de su amigo, contorsionando los párpados hasta

conseguir distinguirlo—. Intenté sobornar a uno de los carceleros del fuerte…

—Y yo quise despedirme —empezó a decir el alférez recordando cómo le habían negado el acceso a los calabozos—, pero…

—No importa, no importa —lo interrumpió Martín—. He llegado a tiempo, temí que fuese demasiado tarde. Escuchadme —le ordenó sin recato a su amigo—, estáis…

Entonces apartó a Dámaso y miró por encima del hombro del furriel buscando a algún curioso que pudiese estar escuchando. Pero sus ojos, taimados por la oscuridad del cuartucho, no vieron la sombra pegada a los mamparos al pie de la escalera.

—¿Qué sucede?

No hubo respuesta; una ola gigantesca sacudió el patache como si fuera un pelele manteado por una muchedumbre. La nave escoró. Agua espumosa y revuelta se escurrió por las rendijas de las portillas, aun a pesar de que los últimos en subir las habían cerrado. Todo quedó inundado con el intenso aroma del salitre.

La nao orzaba y la mar parecía gobernarla. Aun bajo cubierta, los tres hombres podían oír el viento creciente, contra el que solo se oponía el chirriar de baos y cuadernas, que se lamentaban por los esfuerzos.

Dámaso miraba intrigado el rostro desastrado por los días de cautiverio, esperando una explicación cuando, antes de pronunciar una sola palabra, Martín Valdés, convencido de que nadie los escuchaba, se le echó al cuello abriendo los brazos.

—¡Por Cristo bendito! Pensé que ya estaríais muerto, llevo días intentando… Menos mal, menos mal…

—¿Muerto?

En lugar de contestar, Martín se asomó una vez más al pasillo y miró con preocupación a ambos lados, luego tiró del hombro de su amigo y lo conminó a entrar con él en aquel pequeño cuartucho del San Jacinto.

—Sí, muerto —afirmó con atropello, vomitando las palabras que se encabalgaban unas sobre otras—. Ese hideputa, De Morga, el oidor, os quiere finiquitado…

Con la prisa por explicarse Martín solo lograba farfullar apresuradamente.

—¿Cómo?

—¡Muerto! ¡Sí!… Me enteré la noche que me arrestaron, por eso llegué tarde y me prendieron… Intenté sobornar a un carcelero, pero no se fiaban de mí, todos en el fuerte sabían que lo único que sobra en mi bolsa son agujeros. —Martín braceó ante su rostro al darse cuenta de que estaba divagando—. Me lo contó Inés, la muchacha de la mancebía de Baitan, esa noche estuvo con De Morga y el bebercio le soltó la lengua… —Se percató de que estaba empezando de nuevo a hacer lo mismo y sacudió la cabeza, luego respiró profundamente y continuó hablando a la vez que procuraba ordenar sus ideas—. Antonio de Morga, el oidor de la Real Audiencia de

Manila, os quiere muerto…

Dámaso no podía dar crédito a lo que oía, pero, antes de tener ocasión para pedir explicaciones, el patache se estremeció desde la roda hasta el timón. Los dos amigos acabaron en el suelo y la puerta se cerró bruscamente, atrapando el tobillo de Martín contra el quicio.

El vendaval arreciaba, las olas crecían y el San Jacinto sufría los embates. La tripulación no daba abasto. Algunos achicaban, otros atendían los gritos de los oficiales, los que tenían la posibilidad se habían amarrado para que un golpe de mar no se los llevase por la borda. Vasco de Novaes miraba al horizonte y sentía los esfuerzos del patache que intentaba sobreponerse a la galerna.

Las rachas habían ido rolando desde el suroeste, revolviéndose sobre la arrufadura de babor hasta castigarlos con fuerza inmisericorde desde el noroeste, se habían metido en el corazón del temporal. Los aparejos se tensaban de golpe con cada racha, lanzando chasquidos al aire y estrujando las fibras hasta que un halo de innumerables gotas se desprendía de cada tramo de soga. La lluvia había aparecido, baldeando agua tibia que fregaba la cubierta y empapaba a la marinería. Habían hecho lo posible para domeñar el barco eligiendo rumbos abiertos frente a la ceñida, sin embargo, inevitablemente, se habían ido adentrando en el temporal y poco más podían hacer que esforzarse por amurar el oleaje.

Llegó un silencio incómodo y el San Jacinto se enderezó por un instante. Como si el viento y la lluvia se tomasen un momento para arrepentirse. Todo pareció detenerse en aquel acto de contrición de la mar y una falsa sensación de calma despertó incredulidad en los rostros empapados de los marinos. Por desgracia, antes de que se pudiese escuchar una blasfemia más, empezó de nuevo, con renovada intensidad, con una palpable ansia de destrucción. El océano se había tomado un respiro para reunir fuerzas.

E, inevitablemente, un gigantesco paredón de agua se acercó, creciendo, lleno de oscuras pinceladas de aspecto ominoso, como el lomo de un monstruo marino. Vasco de Novaes, amarrado junto al timón, lo percibió, le faltó el aire; el patache descendió en el seno entre las olas. El piloto pudo ver con detalle, a través de la cortina de goterones que caían sobre cubierta, la cresta coronada de espuma, muy por encima de la borda, parecía una fila de dientes aserrados. Sintió como su escroto se encogía hasta doler y tuvo tiempo de persignarse una vez más. Si había tierra cerca, si aquel escurridizo archipiélago del Japón no estaba lejos, podrían acabar lanzados contra la costa de sotavento.

Quinto magari

NAUFRAGIO

Puede decirse que la navegación de las Filipinas
a las Américas es la más larga y terrible del mundo…

GEMELLI CARRERI,

Hortuño no volvió a subir, ni siquiera para traer un poco de agua. Y Constanza no sabía cuánto tiempo había pasado; una eternidad que las sombras polvorientas habían ido midiendo al desplazarse lentamente sobre las viejas tablas.

No había escuchado un solo ruido, únicamente los graznidos que llegaban desde más allá de la sucia ventana. Y, aunque intentaba no pensar en ello, de tanto en tanto, un escalofrío le recorría la espalda; quizá él la había abandonado allí.

Sus labios resecos y agrietados protestaban. Su garganta era un camino polvoriento en la canícula del verano. Tenía mucha sed, un hambre atroz torturaba su estómago, y entre sus sienes percibía un intenso dolor palpitante que agujereaba las cuencas de sus ojos. Pero el mayor tormento eran sus muñecas laceradas; las ligaduras habían ido abriéndose camino, y tenía la angustiosa sensación de que las fibras de la basta cuerda habían obrado su carne hasta llegar al hueso. El más mínimo movimiento la obligaba a apretar las mandíbulas hasta temer que sus dientes se rompieran como cáscaras pisoteadas.

Aun así, no pensaba gritar. Podía ser que él siguiese allí, en algún rincón oscuro del piso de abajo, y ella no iba a concederle el lujo de oír sus lamentos.

Había llorado, intentado consolarse en el rezo, caído en la desesperación y, finalmente, contemplando el abismo desde el cantil de la locura, había encontrado una esperanza a la que aferrarse.

Se había pasado horas frotando las cuerdas de esparto con el canto de uno de aquellos cajones, uno del que sobresalía la cabeza de un clavo mal amartillado. Desafortunadamente, hasta ese momento, solo había conseguido hacerse aún más daño.

Sin embargo, no desfallecería; porque no lograba dejar de pensar en lo que Hortuño le había dicho. Y el horror de una vida en la que no podría volver a encontrarse con Dámaso espoleaba su voluntad. Tenía que salvarlo.

Debía escapar. Llegar a Madrid.

Y entonces se detuvo, ignorando las protestas de su piel lacerada. Había caído en la cuenta de que, aun cuando consiguiera romper las ligaduras, encontrar el modo de salir de aquella casa polvorienta, y llegar hasta la capital, en la corte estaría rodeada de hombres y lacayos que trabajaban y se debían al duque de Lerma, el privado del rey, el grande de España que había elegido como lacayo de confianza a Hortuño. No la creerían.

Nadie lo sabía. Habrían encontrado el cadáver del pobre Juan en el heno ensangrentado, pero quién aceptaría que uno de los secretarios del valido de Felipe III era el culpable. La echarían en falta. Incluso alguien podría preguntarse si ambos sucesos no estarían relacionados, no obstante, en la rígida formalidad del gobierno de los austridas, a ninguno de los cortesanos se le ocurriría pensar que el ilustre Hortuño

de Andrade hubiera sido capaz de cometer semejantes tropelías.

Un graznido áspero volvió a romper la quietud. De pronto, todos sus esfuerzos le parecieron inútiles. No le bastaría con llegar a Madrid y lograr que la creyesen, luego tendría que encontrar el modo de impedir que matasen a Dámaso, perdido en algún lugar a miles de leguas de distancia.

—¿Y qué debe hacerse ahora?

Le había preguntado su padre palmeando el hocico de un manso rabicano que miraba con grandes ojos dulces a la pequeña amazona caída.

La niña Constanza, intentando contener las lágrimas, se había frotado las rodillas con manos menudas que, para disgusto de su madre, tenían el saludable tono dorado de demasiadas tardes al sol.

—¿Quedarse ahí lamentándolo? —había insistido Gualterio Accioli refrenando la severidad.

La cría no había sabido qué responder. En aquel momento la idea de un paseo a caballo por entre las praderías donde las labruscas maduraban sus racimos de uvas silvestres ya no le parecía tan buena idea.

—Es mejor levantarse y volver a montar. —Y Constanza recordaba cómo el dócil garañón había piafado como para darle la razón a su padre—. Eso es lo que uno debe hacer. Como el león rampante de nuestro escudo, en pie, con orgullo, como una verdadera Accioli.

Y la chiquilla había asentido.

—Volver a montar —susurró en aquel desván polvoriento.

Y empezó de nuevo. Frotando las ligaduras con la cabeza torcida y oxidada de aquel clavo.

* * *

Sobre el lecho de cenizas de la chimenea, las brasas brillaban, recordaban a filigranas de los estampados chiné con los que se decoraban las sedas que llegaban desde las Indias Orientales.

Al amor de la lumbre, la reina Margarita charlaba tranquilamente con las que, y tenía la certeza, eran las dos únicas personas en las que podía confiar en palacio: su confesor y la más querida de sus damas de compañía.

—Y todo el asunto de Valladolid hiede como bosta fresca —reconoció el sacerdote con la voz engolada y el rostro tan tieso como era habitual en él—, como un enorme montón de bosta fresca.

La monarca, que conocía desde que tenía uso de razón a aquel hombre altivo de narices tan prominentes como para que sus labios viviesen en sombras perpetuas, ni siquiera tuvo que fingir al escandalizarse por tan soez comentario, impropio del

austero y rígido Richard Haller. Dejó los ojos en blanco echando la cabeza atrás y uno de los rizos pelirrojos de su prieta melena se fugó del tenso recogido. Sus manos abandonaron el abultado regazo, entregado a la preñez, y el dogo blanquinegro que descansaba a su lado se alzó sobre las patas delanteras, preocupado por la agitación de su ama. Pero antes de que la reina pudiese reprender al ignaciano, intervino María de Sidonia para caldear aún más el ambiente:

—Como si eso fuera lo único que apesta… Y su timorata posición en Flandes, o el tira y afloja que se trae con el almirante de Castilla, o sus apaños con el corregidor —enumeró con hastío la dama de compañía—, por no hablar de todos los caprichos que se ha concedido en estos mismos pasillos de palacio, haciendo y deshaciendo a su antojo…

La reina sabía bien de qué hablaba su menina. Y allí mismo, junto a ella, en aquella sala de la torre del Real Alcázar, de las pocas que no estaban en obras, se encontraban pruebas de los oscuros tejemanejes del valido de su majestad. Sus dos acompañantes eran de los pocos a su alrededor que no habían sido vilipendiados, denostados o, simplemente, ignorados por el privado del rey. Al menos hasta ese momento.

A su llegada a Madrid, para confirmar su matrimonio por poderes con el que ascendiera al trono de España como el tercero de los Felipes, Margarita de Austria ya había sido objeto de las sutiles amenazas e indirectas de Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma. Y, aun sin pretenderlo, se había visto obligada a romper con una antigua tradición de la corte trayéndose desde Graz al jesuita bávaro que había sido su confesor desde la más tierna infancia. Una contradicción que, además de levantar ampollas, rompía con la costumbre de que los sacerdotes de la casa real fuesen franciscanos; pero que resultó ser el único modo de librarse de las presiones del valido.

Oponiéndose a aquella decisión, el duque de Lerma se había empeñado en que alguien de su cuerda fuese el responsable del confesionario de la reina. Lo que había constituido uno de los primeros duelos entre la monarca y el hombre que contaba con la privanza de su esposo, ya que el valido estaba deseando mandar de vuelta a Richard Haller al corazón del Imperio y perderlo de vista. Y Margarita de Austria estaba convencida de que aquel desplante había definido pronto dos facciones intestinas de la corte que, primero con prudencia y, más tarde, sin pudor ante los rumores, se habían venido enfrentando en una escalada que no presagiaba nada bueno.

Subrepticiamente, poco a poco, el privado había ido infiltrando a gentes de su apego en el círculo de damas de compañía de la monarca, que ya apenas podía fiarse de alguien más que de su favorita, María de Sidonia y Siderer.

Y había mucho más. El duque había cambiado a la camarera mayor para poner a

su propia esposa al frente de las gentes de la reina en palacio. Incluso había sustituido al maestresala por un cuñado suyo, una codiciosa sabandija casada con Leonor Sandoval, a la que el privado, antes incluso de que la reina saliese de cuentas, ya proponía como aya para la vida que crecía en el vientre de la monarca.

Pero con aquella insinuación el valido había llegado demasiado lejos. La reina Margarita había ya decidido el futuro de su primogénito: si nacía varón sería el cuarto de los Felipes, algo que se daba por descontado; si no, y ella tenía el convencimiento de que sería una niña, la pequeña se bautizaría con el nombre de Ana y traería grandeza al trono de España. La monarca sabía que María de Medici estaba también en cinta, esperando dar a luz al heredero de la corona de Francia, y la reina Margarita anhelaba, secretamente, que en breve llegase al mundo un nuevo Luis para ser delfín de los francos. Y planeaba hacer lo que fuese menester para que su hija se casase con el príncipe galo que estaba por nacer.

—Efectivamente —concedió el confesor agitando sus cabellos blancos—, efectivamente. Se ha rodeado de una camarilla de aduladores codiciosos capaces de vender su alma al diablo…

—O a su propia madre por un ardite —dijo sin recato la menina.

El dogo olisqueó cariñosamente la mano de la reina, que respiró incómoda por las molestias de su estado. Sentía cómo los pies hinchados se apretaban en la piel de sus borceguíes y la *pequeña*, revoltosa en el seno, presionaba su bajo pecho haciendo que le costase encontrar una postura confortable.

—De acuerdo —terció la monarca intentando sacar algo en claro de aquel concilio—, esas son verdades que conocemos, nadie en su sano juicio alberga duda alguna al respecto. Sin embargo, repetirlas hasta la saciedad no va a ayudar —afirmó mientras se recolocaba el mechón de pelo que le bailaba sobre la pecosa mejilla—. Debemos hacer algo para evitar que el poder del duque siga medrando…

—Es como una comadreja —dijo la dama de compañía sin poder contenerse.

La reina rascó la enorme cabeza cuadrada del perro, que la miró con aire bondadoso, e ignoró el impulsivo comentario de su dama de compañía.

—Lo que debemos hacer es buscar aliados —indicó—, y usar la información que tenemos. Hay que intentar hablar con la esposa del almirante —ordenó con sutileza al tiempo que miraba hacia su confesor—, si lo que nos han contado es cierto…

Richard Haller, aludido, pensó que podía concederse la venia de intervenir.

—Si me lo permitís, alteza, creo que deberíais hablar con su ilustre merced el rey. —El jesuita tragó saliva un instante—. Quizá si su majestad pensase un poco menos en las cace…

La reina Margarita era joven, pero había sido educada en la más estricta de las cortes, con los mejores preceptores, y preparada desde el mismo día de su nacimiento para ocupar el trono; por lo que, aun siendo cierto que su esposo no era un monarca

que ejerciese su cargo como debía, dejando que el privado gobernase, no pensaba permitir que su confesor cuestionase al rey de España.

—Opiniones y lenguas cada cual tiene la suya. Y la diferencia entre los cabales y los mentecatos es que los primeros se guardan las unas y atan las otras; mientras que los segundos son incapaces de hacer ni lo uno ni lo otro —dijo con una severidad que su can refrendó alzando levemente los belfos hacia el bávaro.

El sacerdote se dio cuenta de que se había excedido e inclinó el rostro respetuosamente, pidiendo disculpas sin atreverse a decir nada más.

—Así que hablaréis discretamente con la esposa del almirante —le dijo la reina mirándolo con vehemente frialdad—. Y en cuanto a vos —continuó volviéndose hacia su dama de compañía—, intentaréis averiguar con quién podemos contar en estos pasillos, pero con sutileza, no podemos permitir que doña Catalina se aperciba de lo que estamos haciendo —advirtió refiriéndose a la esposa del valido—. Ahora bien, eso no será suficiente…

La reina sabía que en la Villa y Corte muchos compartían su animadversión hacia el duque de Lerma, y no solo porque el valido los hubiese perjudicado con sus tropelías, sino porque se percataban de que el antaño poderoso imperio español, ahogado en un océano de inútil burocracia, se estaba despedazando tras los fracasos políticos y militares de los últimos años. Como también era consciente de que esos sentires contrarios de nada servían, porque su esposo, demasiado preocupado por los venados y la caza, no prescindiría del hombre en el que había depositado su confianza a no ser que no le quedase otro remedio.

—Lo que precisamos es que el pueblo quiera su cabeza —declaró sorprendiendo a sus dos acompañantes y aburriendo al dogo, que se echó al suelo ahogando un gran bostezo—. Ese es el camino a seguir… Pero hay que ser cuidadosos, no podemos permitir que los desmanes de unos pocos pongan en entredicho a la corona, el privado debe ser el único que resulte malparado y no puede conocerse que atales opiniones parten del mismo palacio —puntualizó levantando un dedo y retrepándose en el asiento para acomodarse—. Debemos apoyar a cualquier escritorzuelo al que se le ocurra una copla que ridiculice al duque, hay que conseguir que en cada esquina de la ciudad circulen rumores que cuestionen su gobierno y sus decisiones…

El bebé quiso mostrarse de acuerdo y se movió con brusquedad, obligando a la reina a callar un instante mientras procuraba mitigar el repentino dolor.

—… Tenemos que airear todos los trapos sucios de la casa de Lerma, y no será fácil, es un hombre comedido —afirmó conteniéndose.

—¿Comedido?, ¿comedido? —refunfuñó María de Sidonia—. Ya lo he dicho y lo repetiré, es una sanguijuela ladina que baila al viento que le place, diciendo lo que más le cuadre según quien escuche, pero haciendo lo que más le convenga sin importar si se contradice a sí mismo.

La reina ignoró una vez más la temperamental salida de su menina y continuó exponiendo sus argumentos.

—Lo ideal sería encontrar algún asunto turbio relacionado con el propio duque o alguno de sus hombres de confianza —aventuró—, algo ruin a ojos del pueblo llano… Sus presiones en el Consejo de Indias, o el revoltijo de sobornos en Ciudad de los Reyes no sirven; ha de ser más cercano… Algo que las gentes sientan como suyo…

Pensaba en qué añadir cuando su *pequeña*, revoltosa como siempre, pareció calmarse; y la reina sintió cómo la presión en su pecho se aliviaba y podía respirar con facilidad.

Era una madre primeriza, y no supo ver que el alivio que sentía era una de las primeras señales del difícil parto que se aproximaba.

A medida que el ocaso le ganaba la partida al día, la desolación de la vivienda abandonada se convertía en un laberinto de sombras inquietantes en las que Hortuño veía una amenaza tras otra. Sus más íntimos miedos cabalgaban desbocados. Temía haberlo perdido todo.

A la vuelta de cada esquina le parecía vislumbrar una silueta que aguardara la oportunidad de abalanzarse sobre él. Entre la penumbra creciente le parecía ver por todos lados las trusas acuchilladas que vestían los hombres del sayón; como si toda una legión de justicias estuviera esperando a que se descuidase.

No sentía el más mínimo remordimiento por todo lo que había sucedido, lo único que realmente le preocupaba era acabar bajo el peso de los grilletes, a la espera de que ni siquiera el hecho de haber manipulado la elección del mismo alguacil de Madrid le sirviese para librarse. No quería perder lo que tenía, todo lo que había conseguido a lo largo de años de sacrificado esfuerzo.

Repasaba los acontecimientos e iba tejiendo enmarañadas excusas para alejar la culpa. Era inocente, no había hecho nada malo. Solo amarla.

Un sudor rancio se resguardaba en sus cejas y, de tanto en tanto, una gota se escurría hasta sus párpados haciendo que los ojos le escociesen, pero sus manos entrelazadas no abandonaban el abrazo con el que atrapaban las rodillas. Estaba en un rincón, refugiado en la paulatina oscuridad. Tenía el escaso pelo revuelto y sucio, pegoteado junto al lobanillo que palpitaba en su sien. Sus ojos saltones estaban tan abiertos que parecían a punto de escaparse al siguiente parpadeo. Miraba fijamente sin ver nada frente a él y, al escuchar el crujir de las tablas del piso de arriba, pensó de nuevo en ella.

Quizá no todo se hubiera ido al traste; el mozo estaba muerto, si el único testigo también moría, nada le impediría regresar a sus despachos de la *torre dorada*.

Podía matarla y abandonarla en el bosque; como una víctima de bandoleros. Con el tiempo incluso cabría inventar alguna mentira plausible o, mejor aún, un cruce de

falacias que dejase al señor de Accioli tranquilo a la vez que barría cualquier posible sospecha en la corte. Si ella desaparecía podría poner coto a las desgracias que lo amenazaban.

* * *

Las carcomidas tablas la traicionaban chirriando, y Constanza miraba angustiada hacia el ángulo en penumbras de las escaleras.

Las muñecas le sangraban y había desgarrado el ruedo de la falda para improvisar unos vendajes. Pero lo había conseguido, tenía las manos libres, aunque no sabía cuál debía ser el siguiente paso. No se atrevía a bajar por aquellos lóbregos peldaños, estaba convencida de que su captor la estaría esperando.

Caminaba de un lado a otro tanteando de puntillas antes de asentar el pie. Intentando no pensar en Dámaso y buscando una vía de escape. Sin embargo, allí no había más que aquellas enormes cajas y no tenía modo de abrirlas para comprobar si en su interior podría encontrar algo de utilidad.

Cuando había dado ya dos vueltas completas, se dejó caer tan sigilosamente como pudo junto a la sucia ventana y se sintió tan desdichada que incluso echó en falta los graznidos altisonantes de la corneja.

No podía apartar de sí el recuerdo del horrible gesto de sorpresa de Juan al sentir que las púas de la horca le atravesaban las entrañas. Tenía tanta sed que su lengua hinchada parecía a punto de romperle los dientes, el dolor migraba por su cuerpo entreteniéndose en todas y cada una de sus articulaciones. Y el miedo a no volver a ver a su amado era casi palpable.

Miró los burdos vendajes y se sintió horrorizada por las manchas retorcidas de tonos parduzcos de su propia sangre seca. Al volverlas vio arañazos, mugre, restos rojizos y las uñas melladas. Estaba a punto de desfallecer.

Echó la cabeza atrás cerrando los ojos e intentó descansar apoyándose en el enyesado desconchado bajo el alféizar de la ventana.

Estaba tan exhausta que la dulce tentación de dejarse atrapar por el sueño resultaba irresistible. Y, antes de que pudiese darse cuenta, su voluntad cedió y empezó a conformarse. Se deslizó hasta quedar tumbada y se acurrucó. Se prometió a sí misma que sería solo por unos breves momentos, que enseguida seguiría buscando el modo de huir.

Se quedó dormida y los ruidos que comenzaron en el piso de abajo no llegaron a despertarla. Hortuño se afanaba, preparándose. Pero Constanza no podía oírlo, estaba soñando. Dámaso la acompañaba, hablaba sobre las verdes montañas de su Galicia natal, del lugar en el que podrían vivir. Había mucha gente a su alrededor y todos miraban hacia el cielo disfrutando de las peripecias de los atrevidos alambristas que

arriesgaban su vida a varas de altura sobre el empedrado de la plaza. Incluso le pareció percibir el aroma meloso de los buñuelos recién hechos de un puesto ambulante. Él le cogía la mano sin recato y ella sonreía. Eran felices.

Una pequeña polilla de alas pardas y manchadas salió del canto de uno de los cajones y echó a volar. Tras ella quedaba la puesta para una nueva generación. Sus larvas se alimentarían de carísimos pliegos de las sedas más exquisitas que Antonio de Morga había enviado desde Manila. Se paseó indecisa sobre la joven dormida y se posó en la pared, no lejos de los largos bucles dorados de la melena de la muchacha. Batió sus alas como si quisiera librarse del polvo, y se quedó quieta hasta que se abrió la puerta al final de la escalera. El ruido la convenció de buscar un rincón más tranquilo.

Hortuño, desde el quicio desvencijado, con la manija en una mano y una hachuela que usaba para abrir los arcones en la otra, miraba la sucesión de tabicas de los viejos y malbaratados peldaños. Solo tenía que subir y acabar con todo aquello.

Constanza no oyó aquellos ruidos. Dámaso se estaba ofreciendo a comprarle unos buñuelos.

El pie de Hortuño se alzó dispuesto. Pero antes de llegar a apoyarlo, el secretario del valido se retiró de golpe y cerró con movimientos convulsos. La amaba, no quería renunciar a ella. No tenía por qué perderla. Ella lo comprendería, antes o después. Y le correspondería. Su mano izquierda dudaba, pensaba en abrir de nuevo.

Más allá del bosque morían las últimas luces anaranjadas en el horizonte del ocaso y las alimañas abandonaban sus guaridas para acechar en la noche.

Constanza tuvo suerte, una jineta de caza fue demasiado ambiciosa y la corneja, al huir indignada, graznó. La joven Accioli se despertó envuelta en la ominosa sensación de estar en peligro. Abrió los ojos de golpe, pero no se movió. Se limitó a escuchar. Ruidos apagados le llegaron del piso inferior.

Esperó hasta estar segura de que seguía sola y se levantó con cuidado. Sus muñecas protestaron y, al ver aquellos harapos atados, Constanza tuvo una idea.

Al primer intento no sucedió nada, parecía atorada, y tuvo miedo de hacer más fuerza, quizá la ventana chirriase.

Pero tras varios fiascos, el marco cedió apenas una pulgada; y a partir de entonces fue fácil, la sucia hoja se abrió y el aire fresco de la noche le alborotó el cabello revuelto. Estuvo a punto de gritar, ya había conseguido su primera meta. Se inclinó hacia delante y observó.

Hortuño, indeciso, había dado unos cuantos pasos hacia atrás y miraba la puerta descascarillada intentando reunir el valor suficiente para hacer algo. Había prendido un velón de sebo que guardaba en el caserío y la escasa luz enseñaba como la oscuridad crecía.

Como había supuesto, no podía saltar, se descalabraría. Pero siempre había

montado y sabía cómo apañárselas con los arreos. Respiró hondamente para calmarse y se puso a la tarea calculando que tendría tiempo de sobra antes de que amaneciese.

Acallando las protestas de sus muñecas, empezó a desgarrar sus ropas en largas tiras deshilachadas. Hasta quedarse solo con la camisola interior.

Iba tirando de las fibras con tiento, justo para romperlas y, aun así, el murmullo que producían le parecía tan estridente que, a cada poco, inclinaba el rostro intentando escuchar los ecos del piso inferior.

Los reflejos de la luna ya plateaban las ramas desnudas haciendo compañía a las primeras estrellas. Ahora, tenía que empezar a trenzar y, aun a pesar del insufrible dolor de sus manos, lo hizo con tanta celeridad como le permitían sus dedos entumecidos y lastimados.

Al terminar tenía ante ella un remedo de cuerda. Un espantajo destejido en el que se entreveraban los colores de sus ropas. Había desechado las puntillas y los forros más delicados, y había empleado únicamente aquellos jirones que le habían parecido más robustos, sin embargo, viendo su obra terminada sintió que las rodillas le flojeaban, no parecía que fuera a resistir. Tenía el aspecto de una ridícula sirga hecha de retales que, después de haberse pasado años arrastrando redes, hubiese sido abandonada en la línea de la marea durante décadas.

Asomó la cabeza por la ventana y recibió una ráfaga de aire frío que amenazaba helada y, al mirar hacia las sombras imprecisas del suelo de grama, salpicado por calvas de tierra pisoteada, tuvo la amarga sensación de que aquella pobre imitación de soga era, de hecho, demasiado corta.

No tenía adonde amarrar el extremo, y no se atrevía a intentar mover uno de los cajones para acercarlo a la ventana, resultaría muy ruidoso. Así que, haciendo equilibrios en el alféizar con pies indecisos, se aupó hasta alcanzar una de las crucetas descubiertas del entramado de la techumbre. Consiguió estirar los brazos lo suficiente para poder maniobrar y, poniendo en ello tanta atención como fue capaz, ató el cabo con un nudo mordido que hubiese servido para mantener en su sitio al semental más rabioso.

Sin bajarse de su improvisada atalaya, tuvo que vencer la mareante sensación de vértigo que la inundó al dejar caer la cuerda a través del hueco de la ventana. Al asomarse, apenas pudo distinguir el extremo de aquel esperpento destejido, pero no parecía que llegase hasta el suelo.

No se arredró. Tironeó de la soga poniéndola a prueba y, sin pensarlo dos veces, se descolgó por encima de la solera.

Suspendida en el vacío, tuvo que reunir cuanto valor le quedaba para que el pánico no la obligase a chillar y, cuando consiguió serenarse, notando como las heridas de sus muñecas se abrían y la sangre fresca empezaba a escurrir por sus antebrazos, comenzó el descenso apoyando las puntas de los pies en la pared.

No volvió a mirar hacia abajo hasta que tuvo la sensación de que había transcurrido una eternidad. Pero aunque sus brazos aullaban de dolor por el esfuerzo, al volver el rostro advirtió con aflicción que no había recorrido más de la mitad.

Se tomó un respiro procurando calmarse. Algo se movió en el bosque con un lamento de hojas marchitas. El fresco de la noche le erizaba el vello. Intentaba reunir fuerzas cuando una sacudida tiró de ella.

Lo oyó antes de entender lo que estaba sucediendo. La cuerda se rasgaba con un soniquete rijoso. Pero no tuvo tiempo de temer que Hortuño pudiese descubrir su huida. Sus cabellos se alborotaron y sintió cómo el viento pegaba la camisola a sus corvas; estaba cayendo.

—¡Muerto! —insistió una vez más el madrileño cogiendo por los hombros a su amigo—. Inés comprende mucho más de lo que aparenta, ella hace como que no entiende, pero… —Martín sacudió la cabeza al darse cuenta de que estaba alejándose de lo crucial—. Antonio de Morga os quiere muerto…

El patache se estremeció con un fuerte bandazo y los dos dieron sendos traspiés. Afuera, las olas encabritadas barrían la cubierta y los hombres, aun atados, eran zarandeados como peleles. El viento aullaba como una manada hambrienta.

—¿Muerto?

Martín, logrando estancar su impaciencia, se limitó a inclinar el rostro en un gesto de aquiescencia.

—¿Por qué? —cuestionó Dámaso en voz alta mientras acallaba mil preguntas más de las que no sabía si deseaba conocer la respuesta—. ¿Por qué?

El alférez alzó los ojos para mirar a su amigo.

—¿Y qué importa? Ni que a tal hideputa le hicieran falta razones… Algo tendrá el asunto que ver con el desaguisado del San Diego —tascó Martín—. Ese malnacido pisaverdes llevaba el culo tan prieto que los pedos los silbaba, no recordáis que ni siquiera os recibió a nuestra llegada; como si no quisiese abrir los despachos de Madrid, no fuera a ser que le quitasen la silla en la Audiencia —aventuró con un retintín sarcástico—. Y, de buenas a primeras, la noche que me encerraron, se le pasó el repente… Por lo que me dijo Inés, parecía que le hubieran regalado un tonel de plata de Potosí. A buen seguro que encontró el modo de librarse de las culpas de haber metido la pata con los holandeses… Esa noche en casa de Baitan ese condenado De Morga parecía un sacristán al que acabasen de pagarle cuarenta años de amechar cirios…

Dámaso intentaba comprender. Y aunque no le parecían descabellados los razonamientos de su amigo, tampoco hallaba en ellos las respuestas que necesitaba. A su alrededor, los cambios se sucedían con rapidez. El peso de sus nuevas responsabilidades, la certeza próxima de que podría volver a España con la cabeza bien alta, aspirando incluso a lograr la mano de Constanza, y todo se rebelaba en su

contra; de un nido de esperanza había caído a un zarzal de desconcierto.

—Sea cual sea el motivo —insistió Martín balanceándose con el barco para no perder el equilibrio—, podéis estar seguro de que a bordo hay un matarife dispuesto a despellejaros por orden de ese malparido…

El patache dio un nuevo bandazo y la puerta de la pequeña estancia batió. Se abrió para volver a cerrarse con un golpe sordo que resquebrajó el quicio enmohecido por la humedad. Estaban a oscuras y, por primera vez, oyeron la fuerza de las olas que luchaban con la quilla y los gritos de la cubierta. El olor salitroso de las bodegas, punteado por los hedores de una tripulación hacinada, los abofeteó.

Aunque los faroles de a bordo habían sido apagados para evitar incendios, como era habitual cuando la mar se agitaba, nadie se acordó del que había estado usando la pareja sorprendida jugando a los dados junto a la escalera de los sollados. El fanal se había caído con la cabalgada de una ola y rodó malamente hasta el nicho bajo los peldaños. Con cada vaivén había ido desperdigando el aceite de su interior.

La llama azulada de la mecha iba y venía al capricho de la marejada, acercándose y alejándose del rastro oleoso. Bartolomé, que salía a toda prisa, no se dio cuenta del tenue resplandor que se filtraba entre los escalones.

El de Palos había dejado a su aire al alférez y al polizón, pero al subir a cubierta había comprendido que tenía una oportunidad de oro. La lluvia arreciaba y las olas parecían engendradas por míticos monstruos marinos, el viento se apelmazaba en ráfagas furiosas que amenazaban con levantar la tablazón. Los hombres se persignaban. A gritos entendió que a tres ya se los había llevado el océano. Y, al mirar en derredor, descubrió a un gallego cejijunto con espaldas de oso que tenía fama de estómago de hierro, era un marinero curtido que había mamado tempestades desde antes de echar a andar en un mar al que llamaban Costa da Morte; señalaba con mano temblorosa una cuarta a babor. Y Bartolomé no tardó en ser consciente de qué asustaba a un tipo al que había visto hacer nudos con un calabrote del grueso de un antebrazo. Cuando el batir del oleaje elevaba al patache, se distinguía la negra silueta de la tierra firme. Iban a encallar.

Bartolomé tomó una decisión al instante. Antonio de Morga le había ordenado que no matase a Dámaso hasta que llegasen al Japón, más aún, a ser posible debía parecer cosa de aquellos nativos salvajes y herejes. Sin embargo, si iban a naufragar, aquella era una ocasión que no podía desperdiciar, luego tendría que preocuparse de sobrevivir él mismo, pero, encerrando al alférez en aquel cuartucho, lo condenaría.

Bajó a toda prisa haciendo retumbar los peldaños. Se aproximó cuidándose de hacer ruido. Aun a través de la puerta cerrada oyó las voces de la conversación agitada del polizón y el alférez. A toda prisa, sin darles tiempo a reaccionar si es que se daban cuenta, pasó la tranca hasta trabarla en los estribos del quicio. Ya no podrían abrirla. Solo perdió un momento para contemplar su obra antes de lanzarse escaleras

arriba.

Una vez en cubierta, Bartolomé se procuró su propia soga y se amarró al trinquete, si el viento seguía ganándole la partida al patache, iban a encallar de popa, así que imaginó que junto al palo de proa estaría más seguro.

Bajo los pies del onubense, el incendio se extendía alimentándose del aceite del candil, apañándoselas con los maderos húmedos. El agua que escurría por la portañola de las escaleras, que él había dejado abierta, caía más allá de las llamas; danzaban entre las traseras de los escalones iluminando la mugre acumulada en aquel rincón de la nave.

Mientras Bartolomé, *el Santo*, terminaba de anudarse la cintura, Martín esperaba a que su amigo reaccionase. Dámaso pensaba en Constanza. También recordaba a su padre, que toda la vida había esperado dar lustre a un apellido que apenas había conseguido la atención de la corte. El océano aún tuvo tiempo de revolcar el patache con malas artes en otro par de ocasiones. Sin embargo, poco a poco, una fría tranquilidad se fue extendiendo como un bálsamo.

—Entonces, habrá que hacer algo al respecto —declaró al fin encajando la mandíbula.

La oscuridad le impidió al madrileño ver la determinación cincelada en los ojos de su amigo.

—Pues lo primero será salir de aquí —repuso Martín con ironía, sorteando a Dámaso a tientas y buscando la puerta.

El alférez asintió para sí, obviando que el gesto no podía verse, y empezó a cavilar. Antes de nada debía averiguar quién era el asesino. Después, se ocuparía de él. Sin embargo, sabía que tendría que hacerlo intentando no levantar sospechas. Creía a pies juntillas lo que su amigo le había contado, confiaba en él, así que, si hasta entonces el esbirro del oidor no había intentado cobrarse su presa, Dámaso quería estar seguro de no darle motivos para apresurarse haciendo algo que lo pusiese en evidencia. Tendría que maniobrar con tiento.

—¡No se abre! —clamó Martín aporreando los maderos—. La condenada se ha atrancado…

Antes de que Dámaso pudiese contestar, los dos rodaban por el suelo, el patache se inclinaba peligrosamente enseñando gran parte del maderamen de su obra viva. Colgada en la cresta tejida con tercianelas blancas, la quilla llegó a ver el cielo enlutado. Cuando intentaron ponerse en pie el buche les dio un vuelco, la embarcación, pasada la ola, caía descontrolada, aproando hacia el profundo valle de agua oscura.

—¡Tenemos que salir de aquí! —bramó el madrileño intentando hacerse oír.

Dámaso escuchó el grito inquieto de su amigo y mantuvo la calma. No tenía ni idea de lo que estaba sucediendo, pero imaginaba que estaban a punto de naufragar.

Había visto la sangre correr en las guerras de Flandes y había aprendido una valiosa lección, solo los que conservaban la serenidad salían por su propio pie del campo de batalla embarrado.

Bartolomé, con el nudo bien ceñido, empezaba a sentir como la soga empapada le apretaba la cinturilla del jubón, pero no aflojó la atadura, los paredones de agua que asediaban el patache anunciaban la catástrofe.

Al timón, Vasco de Novaes repetía en monótona cantinela una oración tras otra. Rogaba por su alma a todos los santos de los que podía acordarse. Sus brazos temblaban por el esfuerzo, pero la nao no respondía. El viento rugía exagerando las historias que los marinos viejos contaban en las noches de calma chicha para asustar a los grumetes. La lluvia bailaba al capricho de las ráfagas abofeteando a los hombres de cubierta. El escaso velamen no hacía más que amenazar con hacerse jirones. Las drizas quedaban muertas chorreando y, al instante, restallaban tensas como cuerdas de tamboril, exprimiendo vaharadas de finísimas gotas. El piloto miró una vez más sobre su hombro y, descorazonado, advirtió que, negándole cualquier anhelo, lo que ya había visto seguía allá, a su popa.

Apenas distinguía otra cosa que las orlas de espuma batidas por las olas que rompían inmisericordes. Estaba oscuro, y la costa no era más que una intuición, pero aquellos cercados blancos le decían todo lo que necesitaba saber. Cada uno de ellos rodeaba un escollo; rocas negras y afiladas que abrirían el vientre del patache como un pescadero con un cuchillo oxidado. No les quedaba mucho.

El jesuita Crisóstomo Fernandis, arrodillado sobre la encharcada cubierta, con las manos entrelazadas ante el pecho escuálido, rogaba por el alma de todas las almas a bordo del San Jacinto. Y, por una vez, fray Sotelo estaba de acuerdo con el ignaciano y oraba junto a él.

Sebastián Vizcaíno, aterrorizado, callaba todas sus quejas y protestas por aquella misión absurda, al mirar el oleaje por la borda recordaba a un pajarillo mesmerizado por los ojos de una víbora.

Y el capitán Salcedo, tan borracho como para haber perdido la consciencia, roncaba sonoramente en el lecho de su camarote.

Date Masamune se acarició los párpados laxos de su ojo inútil. Habían pasado varios *jun* desde su último encuentro con Tokugawa Ieyasu. Las celebraciones de año nuevo empezarían en apenas unos días, pronto llegaría la primavera para pintar los campos de colza. Y desde el comerciante más humilde hasta la escuela de artes marciales de mayor prestigio, todos repasaban las cuentas que habrían de saldarse. Los más previsores elegían las ramas de pino con las que decorarían sus casas y los más pequeños jugaban ya en su imaginación con los regalos que recibirían.

En los futuros jardines del caserío sito en la avenida Sanjo de la ciudad de Edo, la cabaña para la ceremonia del té ya estaba completa; lista para el rito tal y como se

había concebido doscientos años antes, en tiempos del *shogun* Ashikaga Yoshimasa. Sin embargo, en la vivienda principal aún faltaba mucho por hacer; los carpinteros ya habían terminado el entramado de vigas, pero todo el tabicado estaba aún sin empezar. Y los patios precisarían todavía de diez generaciones para empezar a presentar un aspecto decente.

El invierno seguía guardándose la nieve para sí, pero todas las mañanas los campos aparecían tejidos con los encajes blancos de la escarcha: y los campesinos cambiaban las cintas de sus sandalias, sustituyendo las hebras de broza por jirones de tela, para que, al calzárselas por la mañana cuando salían por primera vez, no se partieran por haberse congelado.

El *daimyo* meditaba sobre la promesa que el vencedor de Sekigahara le había hecho. Un feudo de un millón de *koku* en la *tierra de las mil generaciones*: Sendai. Un señorío más cercano a Edo y mucho mayor que sus antiguos territorios norteños, la producción de arroz se multiplicaría por casi cincuenta; su lealtad estaba siendo recompensada.

Y Date Masamune ya había ordenado que comenzase la construcción de su nuevo castillo en el monte Aoya, no muy lejos del conocido *templo de las mil estatuas*. Y también había tomado la decisión de cambiar la grafía del lugar, mudaría los *kanji* para que el alcázar prosperase tanto como una montaña habitada por un ermitaño inmortal. Además, tendría que diseñar la distribución del pueblo y preocuparse por cómo habrían de pavimentarse las calles. Había mucho que hacer, pero antes era necesario concluir lo ya empezado.

Desde Kyoto habían llegado por fin noticias y, para el nuevo año, Tokugawa podría llevar a cabo la purga de detractores que, con tanto cuidado, habían estado preparando entre ambos.

Así había sido desde la alianza forjada tras la muerte del *taiko*. Date Masamune había creído firmemente en la visión del hombre que ahora se postulaba como *shogun*, y no había dudado en jurarle sumisión, previendo los tiempos convulsos que vendrían cuando el joven heredero quedase en manos del Consejo de Regencia.

Y así lo había seguido haciendo durante los últimos años; incluyendo la arriesgada maniobra en la que Date Masamune había intercedido frente a los barbudos *gaijin* para comprar mosquetes sin que el nombre de Tokugawa Ieyasu pudiera verse comprometido; brindándole, de hecho, la oportunidad de condenar públicamente aquel comercio con los hombres de la cruz. Una distracción para evitar que el resto de los miembros del Consejo conociesen los verdaderos planes del que vencería en Sekigahara. Al final, se había pagado un alto precio por aquella argucia, pues muchos hombres fieles habían perdido la vida por culpa de las odiosas armas de fuego; pero había servido a su cometido: Tokugawa Ieyasu había logrado librarse del estigma de ser considerado en exceso afable con los *gaijin*, una consecuencia de su

relación con uno de los primeros misioneros que llegara al archipiélago.

En aquel tiempo, lleno de prudente curiosidad por conocer a aquellos extranjeros que, llegado el momento, podrían convertirse en enemigos, el que sería regente había entablado con los *gaijin* un trato de aparente afabilidad. Incluso había aceptado un codiciado regalo de los monjes *kirishitan*, un complejo artefacto mecánico occidental capaz de medir el tiempo de cada día y señalar las horas sin equivocarse jamás. Lo que había excusado a muchos para tildarlo de haberse dejado influir por los forasteros.

Habían pasado por muchas tribulaciones en la política y en la guerra, pero, hasta ese día, siempre habían tenido éxito. Y parecía que también lo estaban teniendo en Kyoto, sin embargo, había algo que le robaba el sueño al *dragón de un solo ojo* privándole cada noche de encontrar acomodo en la sobada almohada de madera que había usado desde niño y que viajaba siempre con él: no había recibido más noticias sobre aquel *ronin* que acabara con la patrulla de su señor, aunque él, íntimamente, seguía convencido de que volverían a saber de aquel paria. Y temía que no fueran nuevas halagüeñas; la determinación que aquel *hombre de las olas* había demostrado era la mejor de las pistas.

Date volvió a pasarse la mano por el rostro y tomó la decisión de enviar una paloma a su hombre en Kyoto con la orden expresa de que se mantuviese ojo avizor, pendiente de cualquier indicio que pudiese ser significativo. Confiaba en Honda Kazumasu y sabía que cumpliría con su cometido.

El *daimyo* tenía el presentimiento de que pronto ese despreciable *ronin* aparecería de nuevo, y estaba seguro de lo que Tokugawa Ieyasu le ordenaría al respecto. Y si llegaba el momento, Date Masamune no tendría miramientos. Ese indeseable sin señor que no había tenido el valor de cometer *seppuku* recibiría su merecido.

* * *

—No, no, no y no —logró articular abriendo mucho la boca y haciendo esfuerzos evidentes—. No debemos molestarlo, no le gustará, nada de nada, ¡no! —negó Matsue Kakubei convencido—. Si uno de nosotros va hasta allí terminará despellejado, sin nariz y sin orejas… ¡Y eso como poco! No, de ningún modo.

Y, para enfatizar sus palabras, terminó el discurso con asertivos gestos grandilocuentes.

—Pues enviemos a alguien en nuestro nombre —terció el gordo Obata Kanegori jugueteando con el pequeño *netsuke* con el que prendía la zaina en la que guardaba sus monedas—. Podemos decírselo a cualquiera de los muchachos que ayudan en cocina…

Estaban en la mansión de la glicinia, disfrutando de una velada más. Ante ellos,

desperdigadas por las prisas, quedaban fuentes de comida revueltas, pequeños platos, restos de pescado y verdura, las manchas de salsas derramadas y un surtido de jarros de *saké* que, en su mayoría, ya estaban vacíos. Uno de ellos, un *samurai* siempre silencioso que pertenecía al clan de los Asano, roncaba ruidosamente derrumbado sobre el *tatami*, por completo ajeno a lo que estaba sucediendo a su alrededor. Otros dos se esforzaban por alcanzarle en las notas más altas y, disciplinados, ya dormitaban. De hecho, los que todavía eran capaces de mantenerse despiertos no estaban mucho mejor, pero eran conscientes de que tenían que tratar el asunto de inmediato.

Como Honda Kazumasu no estaba esa noche con ellos, sumaban seis; un número de fortuna contradictoria y escurridiza, tal y como había dicho uno de los que ya no volvería a hablar hasta la mañana siguiente. Estaban solos, en cuanto les habían dado la noticia, habían despedido a las cortesanas, que se habían marchado obedientemente entre tímidas protestas.

—¿Y creéis que enviar a un muchacho va a cambiar algo? —preguntó Matsue sacudiendo la cabeza para intentar despejarse—. Puede que no le haga nada al crío —dijo de un tirón consiguiendo que no se le trabasen las palabras—, pero a nosotros nos obligará a tragar estaño hirviendo por haberle mandado hasta allí. Insistió en que no lo molestásemos, ¡lo repitió! ¡Varias veces!

Obata Kanegori consideró lo dicho por su compañero sin alzar la vista del pequeño *netsuke* de marfil tallado con la forma de un tejón, era el único modo en el que conseguía centrarse, a cada intento que hacía por mirar hacia el otro *samurai*, los paneles de la habitación parecían empezar a moverse, causándole una inmediata sensación de mareo que amenazaba con terminar convertida en un violento vómito.

—Lo sé, lo sé —concedió haciendo correr los cordeles prendidos en la diminuta talla—. Pero tampoco podemos olvidar el mensaje que envió *Date-sama*. Se nos ha ordenado que, si teníamos cualquier noticia, actuásemos.

Y le asistía la razón, el mensaje transportado por la paloma que había enviado Date Masamune era muy explícito, si llegaban a albergar la más mínima sospecha sobre alguien, debían ponerse en movimiento sin dilación, había que confirmarlo.

—Pero tampoco podemos estar seguros de si se trata de él —se excusó Matsue Kakubei—. Hay muchos con la cara picada por la viruela —dijo sin mencionar al mismo *dragón de un solo ojo*—. ¡Muchos!

Los ronquidos cambiaron de tono y ambos se volvieron a tiempo de ver cómo su compañero se revolvía en sueños y murmuraba algo incomprensible. Al hacerlo, Matsue tiró uno de los últimos jarros llenos de vino de arroz, pero no se molestó en recogerlo.

Yoshioka Seijuro, un *samurai* que descendía de los fundadores de una prestigiosa escuela de esgrima de la isla de Hokkaido conocida por tener estilo propio, se había

mantenido al margen hasta ese momento; picoteando las migajas sobrantes de unos lomos de *saba* hechos en la parrilla y condimentados con rábano, como si el plato fuese una exquisitez nunca antes probada. Solía mostrarse reservado porque su pasado le pesaba como una losa, y siempre temía que sus compañeros pusieran en tela de juicio su valía o capacidad. De niño, como gesto de buena voluntad, había sido uno de los escogidos en el feudo de su *daimyo* para convertirse en discípulo de los monjes extranjeros y eso aún provocaba recelos entre sus camaradas.

Sin embargo, lo cierto era que Yoshioka podía ser considerado un recalcitrante defensor de las viejas y sanas costumbres, y odiaba con tanto ahínco como le era posible a los hediondos barbudos. Y, si había soportado tanto, era por una única y firme razón: la obligación moral de no deshonrar a su familia, elegida expresamente por su señor feudal. Eran los tiempos anteriores a que el *taiko* decidiera expulsar a los extranjeros, y muchos *daimyo* habían pensado en el comercio y complacido a los velludos *gaijin* ordenando a sus súbditos que se convirtieran. Así que Yoshioka Seijuro, para su eterno sonrojo, había sido enviado a Nagasaki, al seminario *kirishitan* de los frailes de la Compañía de Jesús, donde había recibido clases de latín y portugués, se había vestido con hábito y peinado tonsura, había aprendido teología y escuchado misa tantas veces como para llegar a aborrecer cualquier bendición. Se le había inculcado el deseo de llegar a ordenarse sacerdote y había sido obligado a aprender sobre la vida de las vírgenes y los santos, y, en cada ocasión que le había sido permitido visitar su casa paterna en el norte, humildemente, había pedido, sin lograrlo, el beneplácito de su padre para requerir al *daimyo* la venia de quitarse la vida.

Había aguantado años sin atreverse a degollar a aquellos forasteros malolientes de hábitos roñosos que hablaban de hombres que se dejaban asesinar sin honor y mujeres que concebían hijos de pájaros samaritanos, todo para evitar que su familia pudiera ser humillada porque él había faltado a su obligación. Por eso, cuando el edicto de expulsión del *taiko* Toyotomi Hideyoshi había sido sellado, Yoshioka Seijuro, al contrario que otros compañeros suyos que habían abrazado sinceramente la fe del crucificado, viajó de nuevo a su isla natal y pidió una vez más permiso para quitarse la vida. Pero, de nuevo, le fue negado. Sabiamente, su señor había intuido que las guerras volverían y que necesitaría de cada hombre útil. Especialmente de quien, siendo un muchacho, había sido un espadachín excelente.

Yoshioka había hecho una cuidada reverencia arrastrando su frente por el *tatami*. Y había contestado con firmeza en la voz, flaqueza en el alma y determinación en la razón. Desde entonces, obediente, había cumplido con sus cometidos del mejor modo posible. Y no había resultado fácil, los años pasados entre los *gaijin* habían limitado su entrenamiento, mal considerado por aquellos frailes puritanos que no veían otro camino que el inscrito en las páginas de su libro sagrado. Pero, como siempre a lo

largo de su vida, Yoshioka no se había rendido.

En una ocasión, al poco de retomar sus deberes como *samurai*, un duelo le había dejado una cicatriz afilada que le afeaba una mejilla recordándole la destreza perdida, y en los años siguientes no había dejado pasar una sola jornada sin entrenar duramente según los preceptos del *ryo* de su tierra natal. Era un hombre atormentado por un pasado en el que solo veía la mácula de la deshonra infligida por la cercanía de los extranjeros. Cada día procuraba borrar los restos de aquella terrible mancha. Y esa noche, bajo los ronquidos de sus compañeros borrachos, fue de nuevo tan cabal como pudo.

—Hay muchos que llevan la cabeza afeitada —señaló inclinando su propia calva, sin rastro del ritual moño que solía denotar la condición de *samurai*—. Sin embargo —puntualizó Yoshioka Seijuro con una voz clara que demostraba que apenas había bebido alcohol—, no creo que eso importe. Pienso que, si existe la más mínima posibilidad de que el hombre sobre el que ha hablado ese bordador sea, en efecto, el que andamos buscando, nuestro deber es hacer algo al respecto —concluyó recogiendo hábilmente un pequeño trozo de la caballa asada con los palillos de bambú.

Sus compañeros permanecieron en silencio, uno asintiendo agradecido por la concordancia, el otro inclinando el rostro con un gesto de evidente titubeo, como si quisiera añadir algo más pero no supiese el qué.

—Aunque también es cierto que yo no molestaría a *Honda-sama* si no estuviera totalmente seguro de que tengo motivos para ello —el modo en el que Yoshioka había pronunciado el nombre de su líder demostraba el respeto que sentía—. Hacía años que no tenía ocasión de disfrutar de los combates de arañas, no es algo que se vea a menudo fuera de Kyosho —aclaró con el tono de quien dice una verdad tan obvia que solo un niño pequeño pediría explicaciones.

Por un momento, pensó añadir que le había parecido ver auténtica ilusión en el semblante de Honda Kazumasu cuando les había dicho que, esa noche, no los acompañaría a la mansión de la glicinia. Luego pensó que no era apropiado mencionar algo que podía ser interpretado como una debilidad; así que decidió ir al grano y exponer su idea.

Habían recibido la confidencia de un ratero, un descuidero muerto de hambre al que habían permitido vivir únicamente porque les servía de enlace con sus compañeros escondidos bajo el Kiyomizudera, en los arrabales al pie de la colina Sannen. Y no hubiera sido extraño que el ladrón mintiese por el simple hecho de complacerlos y así evitar males mayores.

—Debemos ir ya mismo al negocio de ese bordador —habló Yoshioka—, aprovechemos la hora, se llevará un buen susto y no se atreverá a mentirnos —afirmó convencido—. Y, si es cierto —puntualizó mirando alternativamente a sus

compañeros con una expresión cargada de severidad—, si realmente ese costurero ha hablado con un *hombre de las olas* con la cabeza afeitada y el rostro picado por la viruela, entonces, y solo entonces, avisaremos a *Honda-sama*.

Como una fiera enjaulada que aventase el olor de los perros con los que iba a ser azuzada, Hortuño iba y venía por el angosto zaguán ante la puerta de la escalera. Sostenía la hachuela por el extremo del mango, lánguidamente, y la cabeza de hierro se balanceaba a la altura de sus rodillas, justo donde las calzas encontraban los arruinados greguescos que vestía, los mismos que tan cuidadosamente había elegido para presentarse ante Constanza.

Pensaba en ella, en las Indias, en el duque de Lerma, en sus cajones marcados, en Antonio de Morga, en las plantaciones caribeñas, en las perlas de isla Margarita, en todo a la vez, y, de nuevo, en Constanza.

Tenía que hacer algo, y tenía que hacerlo pronto, pero no sabía el qué. Su avaricia pugnaba con el ansia por conservar a Constanza de Accioli a su lado, y de aquella batalla cruenta entre ambos anhelos dependía la vida de la siciliana.

* * *

Ni siquiera pudo reunir el horror que hubiese querido sentir. Apenas se dio cuenta de que caía.

Su cabello alborotado se revolvía ante sus ojos, veía la ventana abierta y la colorida cuerda deshilachada, que se columpiaba doblándose por cada nudo; incluso distinguió el laborioso nido de barro seco que una golondrina había acantonado en el alero. Duró un instante, pero a ella le pareció vivir una eternidad de agonía.

Golpeó el suelo de espaldas. El fuerte impacto le aplastó las costillas y le robó el resuello. Un latigazo de dolor restalló desde los talones hasta la nuca. Sus ojos se quedaron en blanco, su boca rebosó con el sabor metálico de la sangre que manaba profusamente de la lengua mordida, los dedos de las manos se contrajeron en un espasmo. Por un instante estuvo segura de que iba a perder el conocimiento. Ya no distinguía la sucia hoja abierta del tragaluz, ni la soga, apenas una confusa nebulosa que se mecía ante ella.

Y creyó que se ahogaba, como si una gigantesca lauda de piedra le aprisionase el torso. No conseguía ni siquiera jadear. Empezó a boquear y la angustia la dominó. Intentó desesperadamente inspirar, pero su pecho seguía vacío.

Recordó la voz de Dámaso cuando le describía el valle cubierto de verdes bosques en el que había crecido. Cuando le hablaba de la catedral de Compostela, a la que acudían peregrinos desde cualquier parte del mundo imaginable. Y se sintió reconfortada mientras se abandonaba a la laxitud que la arropaba.

Un rebullir en la hojarasca se aproximó. Algo se acercaba. Constanza,

abandonada, no se dio cuenta de que, tras la conmoción del impacto, sus músculos y tendones comenzaban a distenderse; preparándose para hacer lo que les era natural.

Dejando atrás el crepitar de pasos en hojas marchitas, algo sacudió su hombro, pero ella no lo percibió.

Inesperadamente, el aire inundó sus entrañas. Volvía a respirar, su visión se fue aclarando, la acedía que la había anegado se disipaba.

De reojo entrevió una sombra que se movía, volvieron a golpearla, con más fuerza. Un soplo cálido la cubrió como si le hubiesen lanzado un balde de agua. Estaba desorientada, demasiado sorprendida porque vivía; no comprendía qué estaba sucediendo.

La empujaron de nuevo, con gentileza, algo húmedo y mullido. Sonó un resoplido cuya tibieza lamió su rostro.

Logró moverse para intentar erguirse. Luchaba con el doloroso esfuerzo, confusa, cuando una negrura enorme la cubrió y el susto le dio la agilidad que le faltaba para echarse hacia atrás empujándose con los tacones y trastabillando con las palmas de las manos.

La oscura silueta cabeceó, rebufando con indignación, como si le molestase la reacción de la joven. Todavía tuvo tiempo de recular un poco más antes de comprender. Era aquel precioso semental zaino que había llegado a Madrid desde las caballerizas de Córdoba.

El animal la miraba con sus grandes y bondadosos ojos castaños, divertido. Y ella necesitó un instante más para entender que Hortuño lo habría usado para llegar hasta allí.

El caballo se acercó agachando la frente y Constanza logró ponerse en pie. Se tambaleó y el semental se colocó a su lado.

—Hola, precioso… ¿Dónde estamos? —consiguió preguntar la joven siciliana con la voz rasposa—. ¿Y agua? ¿No tendrás algo de agua?

El rocín inclinó la cabeza y las riendas tintinearon. Hortuño ni siquiera se había tomado la molestia de almohazarlo, y Constanza estaba segura de que el animal se sentiría incómodo.

La joven palmeó con cariño el morro velludo, que parecía pintado con carbón, y el palafrén reaccionó con agradecimiento, resoplando a través de los grandes ollares y piafando contento.

Constanza miró hacia la casa, a través de un tragaluz del piso inferior se veía el resplandor anaranjado de una llama y un escalofrío reptó por su espalda. Hortuño estaría allí, y podía salir en cualquier momento.

—Tenemos que irnos —le dijo al caballo como si pudiese comprenderla.

Constanza se anudó la camisola a un lado para que no le estorbase, tensó las cintas de las calzas de lino y montó con la agilidad de la costumbre.

—¿Crees que sabrías volver a las caballerizas de palacio? —le preguntó con un susurro, agachándose hasta la oreja del animal.

Los níveos dedos de la cortesana parpadeaban en el aire. Labraban con soltura el mástil del *shamisen*, acariciaban grácilmente las cuerdas, las encarcelaban con los celos de un amante para liberarlas con la ternura de una madre. Y cada nota surgía para revolotear en la agonía inspirada por la nostalgia de la tonada.

La tensión de la pelea que había estado a punto de comenzar se había disuelto entre los acordes.

Era una virtuosa. Cada punteo era acompañado por la presión justa, ejercida por la mano que manejaba el plectro en la piel que cubría la caja del instrumento.

Bajo las galanterías de la melodía, las vetas blanquecinas de la imbricada roca expuesta en el *tokonoma* parecían fluir como arroyos dispersos entre los diminutos riscos montañosos a los que el *sansui kei-seki* se asemejaba.

El aire sonaba a la bella melancolía de las memorias de infancia y, afuera, envidioso, el viento se revolvió bajo los aleros. Y uno de los remolinos agitó la cinta de seda azul atada al badajo de un pequeño *fuurin* de latón. La delicada campanilla repiqueteó, colándose bajo los sincopados que las tres cuerdas lloraban, trayendo recuerdos al *ashigaru*.

Las flores amarillas de la mostaza se habían abierto a la primavera y acosaban los faldones de las montañas. El sabor dulzón del tallo de mijo que mordisqueaba le ayudaba a sentir una placidez merecida tras el duro día de trabajo en las tierras labrantías.

Una nueva jornada de humilde labor llegaba a su fin, pero eso estaba bien, era confortante, porque, a la mañana siguiente, comenzaría una vez más una rutina abrigada que constituía, al fin, después de haber errado de una batalla a otra, un hogar.

Las incesantes guerras fraternas de los últimos tiempos habían dejado tras de sí el firme testimonio de la devastación. A lo largo y ancho de todo el *archipiélago de los dioses* habían quedado desperdigadas las ruinas de los castillos de los *daimyo* derrotados. Por las cordilleras pululaban numerosas manadas de perros cimarrones, acostumbrados a alimentarse de los cadáveres. Su padre se había convertido en un lisiado y el propio Saigo Hayabusa había hecho acopio de las amargas pesadillas de toda una vida.

Sin embargo, en aquel breve período de paz logrado por Oda Nobunaga tras arrasar con gran parte de sus enemigos, mientras el mayor de los varones de la familia Saigo hilaba cuerdas de cáñamo con su única mano útil, bajo los refunfuños que mentaban la gloria de los viejos tiempos, como otros tantos miles de tullidos testigos de la guerra; su hijo, por el contrario, había hallado la paz, la concordia de la comunión con la tierra en la sencilla vida del labriego, y era feliz.

Una mariposa con etéreas alas veteadas de matices violáceos pasó a su lado, revoloteando grácilmente, y Saigo Hayabusa, cambiando el tallo de mijo de posición, regodeándose en el gusto meloso que desprendía la hierba, estirando los brazos tras la nuca, atesorando el momento antes de regresar a la modesta cabaña desde los cultivos, pensó en su esposa y en su hijo pequeño, Onaka y Hayato. Estaba tendido entre la grama espigada de un cerro que rodeaba las terrazas anegadas de los arrozales.

Ellos dos lo completaban, daban sentido a su existencia, y por aquel entonces, a Saigo Hayabusa no se le hubiera ocurrido pensar que podía perderlos.

Las melancólicas notas del *shamisen* seguían vibrando en la estancia. Uno de los apostadores se atrevió a susurrar algo al oído del hombre que tenía a su derecha. El *ronin* observó el semblante de desprecio que compuso Honda Kazumasu por aquella falta de delicadeza y sintió cierta simpatía por ese *samurai* de recias costumbres. La cortesana obvió los devaneos de su audiencia; no se molestó por la subasta que había empezado. Como solía suceder, los presentes comenzaban a tantearse para calibrar las pujas que harían. El *ashigaru*, manteniendo una mano apoyada con regalo en el *obi*, junto a las letales púas, volvió a sus recuerdos.

En aquellos días felices, el pequeño Hayato no era más que un chiquillo. Un muchachito obediente y responsable que, en tanto esperaba el regreso de su padre desde las tierras de labor, estaría ayudando a su madre a amasar la pasta de alubias de la cena, cuya humilde guarnición serían pastelillos horneados con verduras y mijo; el mismo que Saigo mascaba, algo mucho más modesto que el arroz de los señores feudales, pero mejor que verse condenados a contentarse con hojas de nabo.

Hayato era un chicuelo risueño al que su madre consentía demasiados caprichos, un modo inevitable de desquitarse del miedo que había inundado a Onaka al creer que jamás escucharían los pasos titubeantes de un bebé en su hogar. Aún le faltaban años para que llegase su ceremonia de mayoría de edad, en la que recibiría como regalo un delicado abanico ritual y se le afeitaría la parte frontal de la cabeza para recogerle el pelo de la nuca en un moño; a partir de entonces sería ya un hombre que no podría escudarse en las concesiones de su madre. Aunque, en aquella tarde en la que Saigo mascaba plácidamente un tallo de mijo, Hayato era solo un pequeño preocupado por la llegada del calor del verano, para poder pasarse el día corriendo desnudo, bañarse con el resto de los chiquillos del pueblo y perseguir ranas rojas con gula. Nunca tendría uno de aquellos cortos apodos que usaban los hijos de las familias ricas. No podría aspirar a otra cosa que a seguir cultivando el mismo arroz en los mismos bancales. Pero Saigo Hayabusa había sentido la seguridad plena de que esa era la vida que debía llevar su vástago.

La mariposa había vuelto a pasar sobre él, como si colgase del hilo que un titiritero tensara de cuando en cuando, ascendiendo un palmo para dejarse caer

frágilmente. Y el *ashigaru* había pensado que sería buena idea buscar un hueco en la jornada del día siguiente para llevar a su hijo a pescar. Podían intentar atrapar unos cuantos *ayu*, cuya carne blanca con regusto a pepinos y melón era de las pocas cosas que lograba hacer que el abuelo olvidase las viejas batallas. Al mayor de los varones Saigo le gustaba comerlos cocinados a la vieja usanza, ensartados en espetones con la espina ondulada como si todavía siguiesen nadando, asados lentamente al amor de las brasas.

Y al pequeño Hayato le encantaba ir de pesca. Cuando tenían una tarde que podían dedicar al asueto, padre e hijo ascendían por las estribaciones buscando los arroyos de aguas cristalinas en los que se refugiaban aquellos peces plateados tan territoriales a los que perdía su ferocidad. Los *ayu*, al crecer, iban buscando su propio recodo en el río. Algún rincón entre los rápidos en el que, como pastores de piedras, amparaban un cercado de cantos legamosos de los que obtenían las algas con las que se alimentaban y que daban a su carne tan peculiar sabor; cada pez defendía su propia despensa con la agresividad de un guerrero y los hombres, a lo largo de generaciones, habían aprendido de ello para capturarlos. Bastaba con emplear uno de los mismos *ayu*, algunas familias incluso conseguían mantener su propia reserva en nasas conservadas en los cauces cercanos a sus viviendas; se tomaba uno de ellos y se cuidaba de hacerle el menor daño posible al pasarle una lazada de tanza a la que se unían un par de hijuelas con anzuelos, el aparejo preparado se descolgaba utilizando una larga percha de bambú y, en cuanto entraba en el territorio de un congénere, se producía un veloz ataque que condenaba al belicoso *ayu*. Y, mientras limpiaban las capturas, Hayato solía contarle a su padre cómo, cuando fuese mayor, conseguiría adiestrar a un cormorán para que pescase para la familia, tal y como le habían contado que hacían en Honsho.

—Basta con ponerles una anilla en el cuello —decía siempre el pequeño, simplificando infantilmente la tradición y echándose las manos a la gola—, y atarles un cordel a la pata, claro, para que no se escapen —precisaba con el rostro de un severo maestro.

Saigo se había deshecho del tallo de mijo y puesto en camino. Había tomado una decisión, se llevaría a Hayato de pesca. Aunque sería cuidadoso al hablarle de ello a Onaka. Su esposa, madre diligente y siempre preocupada, no veía con buenos ojos aquellas excursiones. Como muchas otras mujeres cuando se trataba de sus hijos, Onaka temía a las leyendas sobre las criaturas de los ríos; sentía un miedo atroz a que el *kappa* le arrebatase a su pequeño.

Para el *ashigaru*, las historias de aquel endriago feroz de los ríos, mitad humano, mitad bestia, como los cuentos sobre los hechizos de los zorros, servían para persuadir a los chiquillos contra la imprudencia de bañarse solos o de internarse en un bosque sin la compañía de los adultos. Pero no le llevaba la contraria a su esposa,

simplemente intentaba contentarla sin decepcionar al pequeño Hayato. Además, estaba convencido de que el *kappa* devorador de niños no era más que una versión exagerada de las grandes salamandras propias de los cauces de montaña, animales de piel verrugosa y enorme cabeza que podían llegar a medir un *ken* de largo. Había visto a aquellos machos *hansaki* custodiando a su prole en las aguas más altas y, aunque nadie podía negar que, de tanto en tanto, le daban un susto a algún pescador descuidado que terminaba perdiendo unos cuantos dedos cuando metía sus manos bajo las piedras, no eran, desde luego, terribles monstruos.

Quizá, en lugar de buscar los limpios riachuelos de la sierra, para que Onaka estuviese más tranquila, podrían pescar en los arrozales intentando capturar alguna carpa, como las que los ricos usaban de ornamento en sus estanques, pero que, para las castas humildes, servían de alimento.

Irían de pesca, y luego, más tarde, si Hayato era capaz de aguantarse sin rogarle por ello, en lugar de practicar caligrafía, Saigo le permitiría entrenar con su *bokken* de madera de níspero algunas posturas de esgrima, tal y como él mismo había aprendido en la *Jigen ryo* años atrás. Y no porque desease que su hijo siguiese el camino del acero, sino porque era bueno templarse en las artes de la espada para conocer por qué no debía sucumbirse a su aparente poder. Pronto, Hayato tendría que ingresar durante unos años en algún templo en el que se encargasen de su educación, pero a Saigo, en aquellos días, le había parecido que no se equivocaba al marcarle a su hijo el camino del *bushi* para que Hayato supiese alejarse de él.

Desafortunadamente, aquella quietud colmada de felicidad había durado poco, demasiado poco. La ambición de los hombres se había desperezado pronto. Oda Nobunaga había sido traicionado y asesinado; y el que llegaría a convertirse en *taiko*, Toyotomi Hideyoshi, se lanzó en pos del poder con el ansia de un tigre hambriento. Vinieron nuevas guerras. El dolor y la muerte se desperdigaron en una siembra macabra de luchas entre hermanos. Inmersas en todo aquel sufrimiento, muchas familias se rompieron, algunas se deshicieron.

La cortesana detuvo sus dedos con un estertor contenido y dejó agonizar la última nota de la tonada. Todo quedó en silencio, hasta que el viento quiso añadir algo más, para no permitir que los hombres se olvidasen de que si a él le placía, podía soplar hasta convertirse en un *tai fun* que traería catástrofes.

La pequeña campana de latón bajo el alero repicó una vez más y Saigo se obligó a dejar a un lado sus recuerdos.

La dama giró el rostro, barriendo la mirada que dirigió al suelo con largas pestañas negras que tremolaron sobre el fondo inmaculado por el maquillaje blanco. Los adornos de su pelo oscilaron deliciosamente y, cuando un comerciante de cerámica de rostro abotagado se disponía a hablar, uno de los *shoji* se abrió. Un guardia de la casa esperaba respetuosamente a que el anfitrión lo invitase a pasar.

—Lamento la intromisión —se disculpó el corredor de apuestas antes de granjearle permiso a su hombre.

El escolta se acercó con expresión severa y se colocó tras su señor, aguardando a que estuviese dispuesto a escucharlo.

El dueño del *sansui kei-seki* se postró en una reverencia hacia sus invitados y consintió. Cuando el guardia terminó de hablar, el anfitrión lo despidió con sequedad.

—Disculpad, mi señor Honda —dijo inclinándose nuevamente—, os esperan fuera, parece que es urgente —anunció echándose un poco más hacia delante.

El interpelado gruñó por toda respuesta y, dejando caer el mentón con ligereza como único saludo, se puso en pie con soltura.

—Pues será mejor que me retire…

Saigo cruzó una mirada con el *samurai* que este sostuvo un momento más de lo necesario para un respetuoso saludo. Y mientras aquel hombre abandonaba la estancia, el *ronin* empezó a pensar en qué excusa plausible podría argüir: debía salir de allí a tiempo para seguir a Honda Kazumasu.

Mo estaba. Se había ido. Hortuño recorrió el altillo una y otra vez, primero, presa de la incredulidad, con calma, dando por sentado que aparecería antes o después aun a pesar de la ventana abierta y la burda cuerda. Luego, a toda prisa, casi corriendo, lleno de una sorda cólera que fue creciendo en sus entrañas. Para cuando se convenció de que Constanza había huido, jadeaba trabajosamente.

Vaciló, miró de un lado a otro girándose con brusquedad. Gotas de sudor salieron despedidas de sus lacios cabellos grasientos. En su áspera piel, bajo las patillas, desperdigadas cañotas negruzcas punteaban el rostro echando en falta un afeitado. Las venas azuladas que rodeaban el lobanillo de su sien pulsaban.

Se acercó hasta la sucia ventana y se asomó al exterior, apoyándose en el batiente y apartando con rudeza la hoja de mugrientos vidrios. Al mirar hacia abajo vio el cabo roto y deshilachado de la soga trenzada, que se bamboleaba al capricho de las ráfagas de viento. Más allá, en el suelo, donde se distinguía la hierba pisoteada, encontró el resto: una ridícula culebra hecha de harapos y enroscada sobre sí misma.

Se giró de nuevo hacia el desván, volvió a asomarse al vacío. Por vez primera en su vida sintió el vértigo de las alturas. Temió caerse. Tuvo que aferrarse al alféizar con dedos temblorosos e indecisos. Constanza había escapado.

Y cuando bajó se confirmaron sus peores presentimientos: los cascos del semental que había robado en las caballerizas de palacio estaban bien marcados en la tierra donde la hierba raleaba. Puede que Constanza hubiese llegado ya a Madrid. Y, si lo había hecho, lo sucedido sería de dominio público. Los pasillos de palacio tenían los mejores oídos; desde los más altos cargos del bureo hasta el más joven de los galopines, todos lo sabrían. Después, los mentideros extenderían el rumor.

Sus ilusiones y esperanzas se desintegraron, había perdido cuanto tenía. Ella se lo

había arrebatado.

La ira que había estado bullendo en su interior se desató en una rabia irrefrenable. Ya no quería acariciarla, ni prenderle el pelo con dedos traviesos, ni besarla; si ella estuviera allí, le enseñaría lo que había hecho mal, se ocuparía de que comprendiese que con él no podía jugar a su antojo, él era el que tomaba las decisiones. Solo él. Y si Constanza estuviera allí, no haría ningún esfuerzo por contenerse.

La encontraría, le demostraría que se había equivocado al ningunearlo así. La educaría para que mostrase el respeto debido.

No podía volver a Madrid. Aunque gran parte de la corte se hubiese trasladado, todavía quedarían muchos que lo reconocerían. Y tampoco a Valladolid, en la nueva capital aún sería peor. Pero no pensaba huir, no iba a marcharse a Ciudad de México o a alguna plantación a orillas del Caribe; él solo no podía empezar sin más la vida que había imaginado compartir con Constanza. No iba a dejar que ese fuese el final.

Quería que sus informadores pudiesen encontrarlo y recibir la noticia de que Dámaso había muerto en Japón. Y tenía que encontrar a Constanza, no podía quedar impune. No podía marcharse.

Caminó de nuevo hacia la casa con paso resuelto. Se hizo con la hachuela y un par de viejas alforjas de cuero cuarteado que habían sido olvidadas allí antes de que él comprase la propiedad abandonada. Fue al desván y, tras pelearse con uno de los cajones que le había enviado De Morga desde Manila, llenó los talegos con tantos dineros como fue capaz.

Le iba a hacer falta disponer de fondos; los sobornos y los tratos con los indeseables salían caros. Hortuño llevaba años dedicándose a asuntos de la más baja estofa y sabía que el oro resultaba siempre el mejor patrón, así que hizo acopio de cuanto pudo.

Tendría que hacer un alto en alguna venta y comprar una montura, del otro caballo del Alcázar no había ni rastro. Y debería hacerlo a tiempo de evitar que los hombres del alguacil lo encontrasen. Dudaba de que Constanza fuese capaz de guiarlos. Pero no pensaba correr riesgos, así que pasó horas cavando en el bosque, lleno de prisas, mirando a cada poco por encima de sus escuálidas espaldas. Apenas pudo enterrar una pequeña fracción de su tesoro, pero evitaría que todo se perdiese si los hombres del veguer llegaban hasta allí.

Sucio, lleno de tierra, arrastrando las alforjas, demasiado pesadas para él, logró ponerse en marcha para cuando el ocaso teñía el horizonte.

Se dirigiría a Sevilla. Sin embargo, haría primero un alto en Madrid; intentaría no llamar la atención y buscaría el modo de hablar con el corregidor.

Diego Martínez le debía muchos favores. Solo unos meses atrás, la intervención de Hortuño lo había librado de que el duque de Lerma pidiese su cabeza. Y gracias a eso, antes de partir hacia el destierro, Hortuño se aseguraría de seguir teniendo a

alguien con quien contar en los alrededores del Real Alcázar.

Luego, saldría de la ciudad por la Puerta de Toledo y viajaría a uña de caballo hasta la ciudad del Guadalquivir. Allí labraría su trampa.

El incendio trabajaba con afán la madera de la nave y, en el angosto pasillo, el humo se arremolinaba con los golpes de mar. Desde cubierta cayó el cuerpo desmadejado de uno de los mosqueteros que había designado De Morga para la embajada. Un indeseable que había escapado por los pelos de ser condenado por traición tras las batallas del Cagayán. Rebotó en varios peldaños dejando en el aire gritos de dolor y, en el último escalón, donde se le quebró el pescuezo, le pareció ver el rostro sombrío de uno de los heridos que había abandonado en aquella selva a merced de los salvajes.

En el cuartucho, entre cabos enredados y un revoltijo de utensilios que botaban de un lado a otro chapoteando, los dos amigos intentaban echar abajo la puerta atollada.

—Juntos —propuso Dámaso asentando los pies lo mejor que pudo—, tenemos que hacerlo juntos.

—A la de tres —confirmó Martín aceptando la idea.

Cargaron con los hombros al terminar la cuenta, pero la puerta no se abrió, solo crujió amenazando partirse. Al otro lado, las grietas de la tranca que bloqueaba el postigo daban fe de los esfuerzos, sin embargo, la pesada tabla de *molave* de Cebú no se rompía.

Volvieron a cargar sin necesidad de mediar palabra y, esta vez, la hoja cedió lo suficiente como para que una rendija de fulgor anaranjado se colase en la estancia. Aun así, no lograron derrumbarla. Apenas tenían espacio para tomar impulso, el movimiento del barco les restaba fuerza y, cuanto más porfiaban, más cansados y doloridos se encontraban.

—Mi padre solía decirme que no llegaría muy lejos… —declaró sin más el madrileño, pensando en el puesto de malcocinados de la plaza de Santa Cruz—. Y mi madre solía repetirme que no podía empeñarme una y otra vez en llevarle la contraria a su santo y bendito esposo, que se deslomaba de sol a sol… —dejó las palabras a merced del aire cargado de la pequeña habitación y Dámaso no supo si es que Martín no compartía las opiniones de su madre o si es que prefería no añadir nada al respecto —. Ya le roncaría que fuera yo a estirar la pata aquí —añadió con ironía forzada—, en el quinto infierno…

Y, tras un momento de silencio, inclinando la cabeza y haciendo un ademán con los hombros, añadió:

—Mi madre será capaz de pensar que lo he hecho aposta para negarle los caletres al viejo —terminó sonriendo.

—Será mejor que lo intentemos de nuevo —dijo Dámaso con voz calmosa, poniendo una mano en el brazo de su amigo y apretando suavemente.

—Sí, mejor será… —accedió Martín reconociendo el amago de consuelo.

No llegaron a la puerta. Cuando se preparaban para tomar carrerilla un estruendo como el de una andanada de artillería se desató en las sentinas. Una sucesión de gruesas detonaciones atravesó el patache como si el enemigo hubiese encuadrado las miras con acierto. Los crujidos de la madera se siguieron unos a otros, las cuadernas rechinaron con agudos lamentos. Los dos amigos cayeron al suelo escuchando a su alrededor como la nao era aplastada sin remisión.

Las rocas mordieron la tablazón y permitieron que el buque se acomodase como el metal candente que un herrero apoyase en el yunque. Y las olas martillaron, templando el alma de la nao, que se quebró a los pocos embates, tragando agua como los gatitos del saco que un granjero acabase de arrojar al río.

Al timón, Vasco de Novaes sintió los plañidos de su nave en los pies y en las manos, y le pareció que el San Jacinto, consciente de que estaba a punto de morir, temblaba de miedo echando de menos la tranquila atarazana de Cebú, donde los hábiles carpinteros de ribera habían ajustado sus maderos con mimo.

Bartolomé de Palos no perdió el tiempo. Se desató antes de que el resto de los hombres en cubierta pudiese hacer otra cosa que intentar asimilar lo sucedido. Agarró uno de los toneles de bastimentos que se amarraban en la roda; tentó varios antes de encontrar uno vacío, y, cuando lo tuvo, se preparó para defenderlo con su vida si hiciera falta. Se dio cuenta de que el barco, escorado, hundía el codaste y alzaba la proa, estuvo seguro de que el agua pronto llenaría la estancia en la que había encerrado a Dámaso y al polizón. Si era capaz de salir con bien de aquella y regresar a Manila, sería un hombre rico.

El San Jacinto estaba siendo despedazado. Las tablas se abrían siguiendo las grutas de los teredos, los clavos saltaban para hundirse en las aguas revueltas, pequeños moluscos de conchas negras adheridos al cardenillo del casco se desprendían, una inmensa hendedura se extendía por la quilla.

En la costa, difuminadas por la lluvia que el viento dispersaba, parpadeaban las luces de algún villorrio de pescadores y unos pocos de entre la marinería tuvieron la alocada idea de echarse a la mar. Muchos a bordo no sabían nadar, la mayoría había visto los estragos del cuerpo hinchado y mordisqueado por los peces de algún ahogado, y unos pocos, conscientes de que iban a acabar aplastados entre las rocas si se quedaban en el patache, prefirieron arriesgarse; aun cuando no tenían más que una remota posibilidad.

El agua, tan fría que parecía morder la piel de sus pantorrillas con el ansia de un perro rabioso, se filtraba en el cuarto, revelando la inclinación del suelo. Con tan poco espacio para maniobrar, sus hombros resultaban arietes muy pobres, y el nivel creciente hacía que, en cada ocasión, tomar impulso fuera un poco más difícil.

—O rompemos esa condenada puerta o nos ahogaremos como ratas —sentenció

Martín desde su considerable altura entre jadeos rasposos—, como ratas…

Afuera, las sacudidas avivaban el fuego que había prendido en las escaleras y, aunque el agua que caía por la escotilla sofocaba algunas llamas, el calor acumulado y las brasas que ya se habían formado conseguían mantener el incendio, que se propagaba poco a poco por los mamparos.

Volvieron a cargar y la tranca aguantó una vez más. Se desprendieron unas pocas astillas y el madero vibró sacudiendo sus estribos. Sin embargo, no se partió.

Desde cubierta llegaban órdenes y gritos que el viento enmascaraba. El patache se sacudía como si quisiera aflojar la presa que habían hecho en él las rocas de la costa japonesa. Pero a cada embate del mar, estaba más cerca de romperse en pedazos que de liberarse.

Se lanzaron de nuevo contra la puerta. Golpearon con todas sus fuerzas. Se escapó el aire de sus bofes con un resoplido. Y, por fin, uno de los tablones cedió con un chasquido de gro al rasgarse. La tranca aguantaba y no se quebraría, era un madero de duro *molave*, sacado de un árbol crecido al abrigo de los monzones en los lucos de isla Luzón, pero las tablas de la hoja eran de *ipil*, de un bello rojo prieto, de grato perfume, pero mucho más débil. Una de ellas tenía un nudo enrevesado de vetas oscuras, un punto flaco que había ido abriéndose poco a poco con cada arremetida.

Al partirse, cayó una cuña alargada de aquella madera de color tinto y las ánimas anaranjadas del incendio entraron en la habitación perfilando las sombras de los rostros agotados de los dos hombres.

Martín se apresuró a golpear el tramo quebrado hasta que pudo abrir la oquedad lo suficiente para colar el antebrazo. De no haber sido por su altura y largos miembros, ni siquiera hubiera podido intentarlo.

El madrileño se apretujó contra la hoja y dejó que la tabla rota se acomodara en la axila mientras él estiraba los dedos por el lado exterior. Apenas lograba rozar el madero. Gruñó, se puso de puntillas, sintió cómo los bordes resquebrajados se trababan en la delicada piel del sobaco, pero no se detuvo. Alcanzó la tranca, sin embargo, la incómoda postura le impedía manejarse.

Dámaso, consciente de que no había nada útil que pudiese decir, permaneció en silencio, tranquilo.

La madera había sido cepillada diligentemente, aun así, el tacto era áspero. Apenas con las uñas llegaba hasta la parte inferior y, aunque las astillas se le clavaban, Martín echó su peso hacia atrás con toda intención.

El pasador saltó de los estribos con una protesta y el esfuerzo de Martín se volvió en su contra, cayó aparatosamente, la tabla resquebrajada arañó la sangradura del interior del brazo dejándole una hilera de feas heridas.

La puerta, abierta al fin, batió con las sacudidas del patache haciendo remolinos en el agua que se estancaba. Se crearon corrientes que arrastraron los residuos

desperdigados por la habitación. Dámaso advirtió que olía a quemado.

Ayudó a su amigo a ponerse en pie.

—¿Estáis bien?

Martín asintió, echándose la palma izquierda sobre los irregulares cortes del brazo derecho. Sangraban profusamente, y a cada latido se le escapaba la vida fluyendo entre los dedos apretados.

Al salir, con el pasillo al frente, vieron que el suelo escorado había dejado que el agua se acumulara hacia la popa. En el otro extremo, junto a la escalera, el maderamen no estaba anegado, sin embargo, allá donde el nivel no alcanzaba, las llamas deshacían los peldaños.

—Bueno, es evidente que no viene a ser el día para abrir una taberna, o se nos pica el vino, o nos dejan a deber todo lo fiado, pero nos arruinamos seguro —soltó Martín conteniendo una risa nerviosa—. Solo falta que nos encuentre el sastre y reclame los pagos del último jubón…

Dámaso se giró hacia su amigo. El madrileño contenía la hemorragia del brazo y sonreía lacónicamente. Ambos se echaban hacia adelante intentando mantener el equilibrio a pesar de la inclinación del suelo.

—No me miréis así —le espetó el hijo del bodeguero—. Si salimos de esta —dijo como quien entona una coplilla—, no me van a creer cuando lo cuente, nos hundimos mientras ardemos…

Dámaso se volvió y observó los escalones. Los maderos estaban ennegrecidos y cuarteados, como cubiertos por un mosaico de teselas hechas con carbón. Donde el fuego no prendía con llamas, humeaba siseando por las salpicaduras de agua. Era obvio que, al riesgo de quemarse, se unía la feble condición de los travesaños rustidos, no era una buena opción. Pero a sus espaldas era peor, no había más que una oscuridad anegada.

—Vamos, no podemos perder tiempo —le tascó al madrileño dando un paso con el que negoció la pendiente de la nave escorada.

El oleaje sacudió el barco una vez más. La mar parecía dispuesta a triturar a conciencia el buque. Bartolomé, junto a la coz del trinquete, esperaba echando vistazos de tanto en tanto hacia la escotilla de las escaleras, para asegurarse de que sus planes no se truncasen. En derredor suyo cundía el pánico, unos cuantos, arrodillados, se empapaban bajo la lluvia rezando, otros discutían sin más, un sevillano con fama de tahúr facineroso capaz de cambiar de asiento los dados tras echarlos miraba de un lado a otro, guardándose algo bajo la cuera.

El primer peldaño crujió en cuanto Dámaso puso el pie, un revoltijo de cenizas salió despedido al alzarse el talón. Temió que toda la escalera se derrumbase. En los últimos peldaños el fragor de la galerna le llenó los oídos y el aguacero le caló el frío hasta los huesos. Echó una sola vez la vista atrás; Martín, sin soltar su brazo herido,

iba tras él.

El de Palos se llevó un disgusto al ver aparecer el rostro anguloso del joven del que quería deshacerse De Morga. Había logrado salir de la trampa que había ideado. Pero no tuvo ocasión de lamentarse, la quilla gañó como una bestia herida, una nueva ola tronchó unas cuantas piezas de la obra viva y el patache se deslizó a trompicones sobre los escollos. De los que estaban en pie, los afortunados cayeron en cubierta, el resto se perdió en algún lugar oscuro entre la noche y las aguas agitadas.

Dámaso levantaba el pie de la última zanca y sorteaba la brazola cuando todo se derrumbó. Oyó el grito de Martín a sus espaldas.

Bartolomé se preparaba para caer a sotavento, agarrado al tonel que le ayudaría a mantenerse a flote. Antes de echarse al agua vio a Dámaso tenderse en la cubierta con el torso embutido en el hueco de las escaleras.

Aturdido por el golpe y la pérdida de sangre, Martín logró abrir los ojos para ver cómo, sobre él, se amontaba un caótico rimero de tablones quemados entre los que se elevaban volutas de humo. La lluvia caía empapándole el rostro y haciéndole difícil mirar hacia arriba, hacia la escotilla. Algo en su pierna dolía terriblemente. Su brazo herido estaba aprisionado bajo los restos de la escalera y una brasa candente castigaba su palma derecha.

—¡Aguantad! ¡Aguantad!

Era la voz de Dámaso, que alargaba los dedos hacia él.

—Os sacaré de ahí, ¡aguantad! —volvió a gritar alzándose.

Bartolomé vio cómo el alférez se erguía mirando con nerviosismo de un lado a otro, como si buscase algo. Luego miró de nuevo hacia el hueco de las escaleras. Parecía indeciso. Y el de Palos pensó que más le valía sobrevivir, porque si el tal Dámaso salía bien parado y él no llevaba a cabo el encargo del oidor, De Morga lo iba a despellejar. No lo dudaba.

Cavilaba sobre cómo no perderlo de vista en medio de aquel caos cuando lo vio hacer algo inesperado. Aquel tipo miró una última vez de un lado a otro con una cara de angustia que el aguacero desdibujaba y, después, se lanzó de un salto a las escaleras.

Solo quedaba un peldaño, colgado malamente de un tramo tronchado. Dámaso cayó a un lado.

—Condenado loco… Esa siciliana os sorbió todos los sesos… ¿Qué habéis hecho? Ahora moriremos los dos —increpó Martín.

El alférez buscó la única mano libre de su amigo y la recogió entre las suyas.

—Así es, o salimos los dos… —calló por un instante—. O quedamos los dos…

Aquella fría calma que había inundado a Dámaso seguía allí. Iba a cumplir la palabra dada, no pensaba abandonar a su amigo.

Algo se había quebrado en la pierna del madrileño, percibía lo incómodo de una

postura inconcebible si los huesos hubiesen aguantado enteros, podía sentir el calor de la sangre que manaba, sin embargo, una terrible gelidez incongruente se extendía por sus miembros a medida que el nivel del agua crecía, ya le cubría la nuca y taponaba los oídos.

Del fuego, ahora que la escalera se había derrumbado y el barco se había nivelado, no quedaban más que rescoldos que protestaban con silbidos humeantes.

Dámaso empezó a retirar los escombros. Haciéndolos a un lado, sin miramientos, aunque las astillas se le clavaran en las yemas de los dedos y alguno de los trozos le achicharrase la piel.

—¡Aguantad!

Bartolomé se impulsaba pataleando. Echaba cuando podía la cabeza atrás para mirar hacia el patache. La mar revuelta lo sacudía. La costa parecía una quimera lejana.

El San Jacinto, vencido, se iba rompiendo por más y más juntas, la estopa embreada se desprendía, los trancaniles, cimbreados por la tensión, echaban los tarugos fuera como disparos de arcabuz, todo el maderamen suplicaba una tregua, pero el océano no cedía; seguía amolando el buque contra las grandes rocas llenas de aristas, era como un puñado de trigo en la gigantesca muela de piedra de una aceña.

El aguacero no remitía. En el horizonte, nubes de plomo se desmembraban sobre el agua, deshaciéndose en un diluvio. Las ráfagas de viento rifaron el escaso trapo que Vasco de Novaes había dejado, se llevaron jirones deshilachados incluso de las velas acuarteladas.

Crisóstomo Fernandis oraba, pero en su fuero interno lamentaba perder la oportunidad de haber destacado en su cometido en Japón y llegar a alzarse con el episcopado.

—¡No os rindáis! ¡Aguantad!

Dámaso tenía el rostro tiznado por el carboncillo. Los dedos llenos de ampollas y rasguños. El nivel del agua subía, ya llegaba a las comisuras de los labios de su amigo, que se esforzaba por alzar la cabeza. Ya no faltaba mucho.

Sin embargo, el Pacífico no le dio cuartel al antiguo contador de Flandes. El agua se retiró haciendo acopio de ánimos, se formó un enorme seno, un regazo que, amorosamente, acumuló ímpetus con avaricia, preparándose para armar un gigantesco paredón añil que se derrumbaría sobre el indefenso patache.

—No dejéis que ese hideputa se salga con la suya —balbuceó Martín con una voz que era poco más que un susurro—. Matadlo. Y después mandadlo todo al carajo…

El alférez, con la pena pintada en el rostro, no se giró; siguió trabajando para intentar liberar a su amigo.

—Matadlo y marchaos, lejos, donde no puedan encontraros. Y llevaos a esa siciliana que os ha sorbido los sesos…

Dámaso no tuvo tiempo de asentir. La enorme ola se desplomó sobre el San Jacinto convirtiéndolo en un amasijo informe de tablas resquebrajadas, maderos astillados, serrín, arrapiezos de lino arrancados a las velas; y cadáveres, muchos cadáveres.

Cada rama desnuda parecía una garra famélica dispuesta a lanzarse hacia ella y detenerla desgarrando su carne. La silueta barrada del bosque que rodeaba la calzada semejaba una inmensa jaula de la que sería imposible escapar.

No tenía la menor idea de dónde estaba o hacia dónde se dirigía el semental zaino con su trote. Nunca en su vida Constanza había sentido un miedo semejante; temía que cualquiera de las sombras se convirtiera en una alimaña terrible que la devorase, la envolvía un horror casi palpable a que Hortuño estuviese a punto de alcanzarla.

Estaba aterida de frío. Las muñecas laceradas palpitaban dolorosamente; se había desollado las palmas al descender por la soga. El tobillo derecho había comenzado a hincharse de manera preocupante. Cada vez que inspiraba, un latigazo azotaba su pecho. Tenía el cuerpo entero lastimado.

Luchaba contra el irrefrenable deseo de acurrucarse en cualquier parte, de esconderse hasta que, de algún modo inconcebible, todo pasase. Pero no lo hizo; no consentiría que el secretario del privado se saliese con la suya. Estaba decidida a salvar al hombre que amaba.

Cuando el sol empezó a alzarse ante ella, cercando con varas doradas el camino que seguía su montura, el consuelo que sintió por la llegada del día solo le duró hasta que el frío de la amanecida la obligó a enterrar las manos en las crines del semental. Su aliento se volvía un jirón de niebla en cuanto abandonaba los labios cuarteados. Removió los dedos en aquel tibio laberinto de áspera pelambrera, apenas podía doblarlos, intentaba aprovecharse del calor que desprendía el potro.

Al principio, después de haber ganado algo de distancia desde el caserío, había animado al caballo a echarse al galope, a lo que el corcel, receloso de la oscuridad, no se había prestado de buen grado. Sin embargo, consciente de que no podía abusar de las fuerzas del animal, lo había dejado pronto relajarse hasta un trote pausado e, interminables, las horas habían ido sucediéndose, marcadas por el discurrir de las estrellas en la bóveda celeste.

Tenía sed, y un hambre atroz que había pasado de ser una molestia a convertirse en un sordo rumor que hacía tremolar su estómago con la desagradable sensación de que iba a desprenderse.

El cansancio la vencía y los ojos se le cerraban. Divagaba intentando averiguar hacia dónde se dirigía el semental cordobés y no lo vio cuando se plantó renqueando ante ella en el camino. Fue el caballo quien intentó avisarla sobre el extraño al resoplar ruidosamente. Sin embargo, ella ni siquiera lo oyó.

Era un viejo correoso hecho de trozos de cuero revenido que, bajo un harapiento

sombrero estropajoso, se había plantado en medio del pasaje mirando hacia la imponente montura y la desmejorada amazona.

Espumarajos resecos de sudor afeaban las ancas del caballo. La joven no llevaba otra cosa puesta que unos calzones sucios y una camisola enguirnaldada de sietes deshilachados.

El vejancón silbó por lo bajo, sacudiendo los pelos de un largo bigote encanecido. Se quitó el sombrero desvelando un cerco blanquecino que le cruzaba la frente, justo por encima de la marca morena que el trabajo al aire libre había dejado en su rostro reseco. Colgado de un tiracol que llevaba años sin sostener una espada, pegado a la cintura, llevaba un cántaro desportillado lleno de liga y, al otro lado, recogido bajo el antebrazo, un haz de varas de esparto. Había salido temprano, con tiempo para dejar las cañas untadas de ajonje chantadas en la ribera del tramo calmo de un arroyo cercano, un pequeño pozo cristalino que servía de abrevadero a las aves a primera mañana.

Se llamaba Gaspar de Silva, era un veterano de Flandes que, al regresar de aquella interminable guerra con los orangistas, había descubierto que en los ejércitos del católico rey Felipe, al contrario de lo prometido al partir para instrucción en Italia, la única fortuna que encontró fue una pierna malograda cerca de Ostende y haberse librado del tifus, que diezmaba los Tercios con más eficacia que los neerlandeses.

Se ganaba la vida cazando pajarillos que luego vendía en las tabernas de los barrios de peor estofa de Madrid, intentando que no le pillasen los hombres del alguacil, pues burlaba el pago de impuestos colándose en la villa por la Puerta de Segovia cuando le tocaba turno a un compañero de armas que le permitía pasar sin cobrarle porque, muchos años antes, le había salvado la vida en una batalla ya olvidada en los canales cercanos a Den Bosch.

Sin soltar el roñoso sombrero, Gaspar se rascó el cogote con dedos engarfiados que daban prueba de la edad. Bizqueó, intentando discernir si le había sentado mal la escasa cena de pan reseco de la noche anterior o si lo que veía era verdad. Y, después de un momento de duda, dio por sentado que debía de ser cierto, a fin de cuentas, cosas más raras había tenido ante sus narices a lo largo de tantos años dando tumbos por aquellos mundos de Dios.

Por el camino a Segovia había visto pasar incluso a la comitiva real, y en la guerra se había topado con una banda de gitanos que, en un carromato tirado por dos borricos y pintado de estrafalarios colores, llevaban un becerro con dos cabezas que, en Madrid, hubiera sido quemado por la Santa Inquisición. Y en una campaña que nunca olvidaría, porque habían caminado tanto como para que no hubiera botas ni remiendos que aguantasen, había llegado hasta Colonia; y allí había visto con sus propios ojos un impresionante relicario de oro tallado con increíbles miniaturas en el que se guardaban los restos de los Reyes de Oriente que habían visitado al buen Jesús

en el pesebre, una arqueta que en aquellos días estaba en boca de todos porque su católica majestad de entonces, el rey Felipe II, andaba en disputas con los de la ciudad para que devolviesen los restos a Milán, de donde los había robado Federico Barbarroja. Y en el sitio de Breda había oído confesar a un orensano que se desangraba lentamente por culpa de una bala neerlandesa que le atravesaba las tripas, había jurado por la memoria de sus muertos que se alistara porque se lo había pedido un ánima de la *santa compaña* en nombre de su padre. Así que, recapacitando, darse de bruces con una montura de caballero que llevaba a cuestas a una joven desastrada y a medio desnudar tampoco era cosa de escándalo. Como mucho, una historia más que contar en una taberna junto a una jarra de buen vino de Toro.

Una vez decidido, Gaspar se caló el rijoso sombrero de nuevo, sorbió los mocos tirando del fondo del pecho y soltó un gargajo preciso que cayó más allá de la vera del camino, justo en la mata de tomillo a la que había apuntado. Y, divertido por la sorprendente novedad, esperó a ver saciada su curiosidad.

La joven se balanceaba al paso del caballo y, ahora que la tenía más cerca, Gaspar caviló que, o los sesos no le regían, o estaba a punto de desmayarse.

El corcel se detuvo al llegar de la altura del viejo y cabeceó reclamando atención. Y solo cuando el veterano de Flandes alzaba la mano para palmear el cuello del caballo, Constanza consiguió reaccionar. Se le abrieron los ojos y se irguió. Miró con incredulidad al vejancón detenido en la senda, la observaba con media sonrisa entreverada en las rugas de un rostro curtido por el sol.

—¡Ayudadme! —gritó la siciliana con voz ronca sacando las manos de las crines del semental—. ¡Ayudadme!

Y, antes de que el baqueteado veterano tuviese tiempo de hacer la primera pregunta, la joven se desplomó y le cayó en los brazos.

La pierna mala protestó y a punto estuvieron de terminar los dos despatarrados en el polvo, pero Gaspar aguantó y, por primera vez en muchos años, sintió el rubor subiéndole a las mejillas cuando, a través de uno de los desgarrones de la camisola, advirtió el nacimiento de los generosos pechos de la muchacha.

El caballo, un zaino de mirada noble, volvió a resoplar, como si quisiera dejar claro que le venía a dar lo mismo el aire que le diera al veterano. El haz de cañas de esparto se alejó rodando con un bisbiseo. Y bajo las ramas de una verdolaga en la vera del camino, un erizo que ya se recogía miraba extrañado sin decidirse a cruzar hacia su madriguera.

Los brazos de Gaspar se resintieron y, con toda la delicadeza de la que fue capaz, dejó a la moza en el suelo cuidando muy bien que los bajos de la andrajosa prenda no se alzasen.

El veterano miró al rocín, que no le correspondió, bajó la vista hacia la zagala, que parecía delirar entre labios cuarteados, y se sacó una vez más el mugriento

sombrero en tanto que revolvía una flema en el fondo de la lengua.

—¡Válgame el Señor! —exclamó antes de soltar certeramente un nuevo escupitajo en la misma mata de tomillo de la vez anterior—. Ni rezándole cuarenta rosarios al Santísimo Cristo de San Ginés vuelvo yo a agarrar un jilguero así de gordo…

Cuando, después de mucho dudarlo, Gaspar tomó una decisión y se marchó, el erizo, que había esperado pacientemente bajo la verdolaga, cruzó el camino a Segovia.

Las flores de los ciruelos habían llegado para tejer en las montañas nubes blancas que se prendieron de las laderas; y, olvidándose de su timidez por las heladas tardías, los pétalos se habían abierto con la pasión de amantes primerizos. Aunque, impacientes por apagarse, se habían agostado en unos pocos días, dejando solo el recuerdo de su belleza. Ahora, los atardeceres se alargaban haciendo sitio para el calor húmedo que cubriría el verano y en aquellas mismas ramas brotaban ya las primeras hojas de los frutales.

En los bancales, asustando a las carpas doradas, los campesinos se afanaban plantando pequeñas matas de arroz germinado y, según la variedad, se intuían los tonos que cobraría el cereal al crecer. En los bosques y lucos, los artesanos de la laca revisaban las hileras de tajos en la áspera corteza de los mejores árboles, anticipando la cosecha del final del estío. Y en los campos, los niños más pobres perseguían a las abejas despistadas para comer con gula los abdómenes llenos de golosa miel.

El aire se llenaba de fragancias confitadas entre las que volaban pequeñas mariposas que, sin remordimientos por la infidelidad, se olvidaban de las delicadas flores de los bruños y buscaban los pequeños capullos abiertos entre las hojas de los mirtos.

Como un monje *yamabushi*, en su escondrijo, en la ermita abandonada de las afueras de Kyoto, ante el cambio de estación, el *ashigaru* recordaba el sosiego de aquellos años en los que, acariciándose los cuadriles doloridos tras un día agachado en el arrozal, miraba hacia el campo labrado y se atesoraba la satisfacción de haber terminado con la labor.

Todo se había esfumado. Primero, la recompensa del esfuerzo del labriego. Después, el honor del servicio. Ahora, era un *hombre de las olas*, el superviviente de una derrota, un despojo sin integridad al que no se le había permitido cometer *seppuku*. Compelido por la obligación de cumplir con la última voluntad de su *daimyo*, lo que mortificaba su alma.

Y el aguardo no ayudaba a mejorar su ánimo, eran días tediosos.

Aun así, el sentido del deber apremiaba. Y había llegado el momento de tomar una decisión, no podía esperar mucho más o correría el riesgo de fallar en su cometido.

Al principio, había sido solo una sensación diluida, pero ahora estaba seguro de que el tiempo se acababa; debía actuar. En una de sus últimas visitas a la ciudad lo habían seguido.

Saigo había dejado pensar a su perseguidor que no se había percatado de ello, pero, de hecho, incluso lo había reconocido. Era el más joven de los *samurai* de Honda Kazumasu. Un *bushi* apenas convertido en hombre que también llevaba la cabeza afeitada, pero que, a pesar del rostro bisoño y la expresión pueril, afeada solo por una larga cicatriz en la mejilla, portaba los sables con dignidad. Y por el modo en que se movía, aquel joven sería un rival a tener en cuenta.

Había más: de los ladrones que se habían atrevido a robar la cabeza del magistrado nada se sabía. Se habían hecho algunas detenciones públicas y, entre los indeseables que poblaban los arrabales de Kyoto, unos cuantos habían resultado ejecutados tras haber sido acusados de colaborar con los infames que se atrevieran a llevarse los restos de Ishida Mitsunari.

No era mucho. Sin embargo, el tiempo transcurrido le daba mala espina. Tenía la sensación de que los hombres de Honda Kazumasu deberían haberse ofrecido a abrirse el vientre por su incompetencia. Sin embargo, parecían seguir disfrutando del beneplácito de Tokugawa Ieyasu.

Aquel grupo continuaba alternando sus días, callejeando o resguardado en la casa del corazón de la ciudad en la que se hospedaba; con sus noches, consumidas en la mansión de la glicinia. Con la excepción habitual del propio Honda, que acudía regularmente a apostar en los combates de arañas luchadoras. Y, en apariencia, lograban llevar su ajetreada vida sin cejar en sus empeños por resolver el insolente y terrible crimen; pero sin resultados.

Después de mucho indagar, haciendo preguntas entre las gentes humildes que daban servicio a la casa de la rica vecindad en la que se habían instalado, Saigo solo había descubierto que aquel caserío era la antigua propiedad mantenida en la ciudad imperial por el clan Chosokabe de la provincia de Tosa. Algo que no parecía valer de mucho.

Tras la gran batalla de Sekigahara, el vencedor Tokugawa Ieyasu había reordenado los ligios del Japón, castigando a sus detractores de la coalición del llamado *ejército del oeste*; solo unos pocos *daimyo* de la isla natal de Saigo se habían librado de la ira del que parecía encaminado a ser nombrado *shogun*, y únicamente porque aquellos feudos estaban tan alejados que no hubiera sido fácil controlarlos si hubieran decidido rebelarse. Sin embargo, con el resto de los señoríos, Tokugawa había hecho y deshecho a su antojo. Y, por el momento, nadie había sabido explicarle al *ashigaru* si aquella propiedad de los Chosokabe había sido ya entregada en prenda a un nuevo *daimyo* de los favorecidos por el antiguo regente. Pero fuera como fuese, la patrulla la ocupaba y Saigo había decidido que tenía que registrarla.

En Kyoto no había ninguna pista sobre los hombres que habían intentado lavar el honor de Ishida Mitsurani que el *ronin* no hubiera seguido. Y su esperanza inicial de que la patrulla de Honda Kazumasu le ayudase a llegar hasta ellos se había desvanecido. Considerando además que, aun a pesar de sus precauciones, parecía haber sido descubierto. No le quedaban opciones.

Tendría que seguir otros posibles rastros: viajaría hasta el castillo de Sawayama, el viejo señorío del magistrado; e intentaría averiguar algo más que le permitiera obtener respuestas sobre el asedio de Fushimi. Pero antes, como último recurso, dadas las extrañas circunstancias que parecían rodear a la patrulla de Honda Kazumasu, había llegado a la conclusión de que debía cambiar de estrategia. Le costaba creer que, tras tantas semanas, no hubieran logrado nada, por lo que asaltaría la casa.

Si tenía suerte, incluso cabía la posibilidad de encontrar alguna copia del poema *waka* que estaban empleando como clave para cifrar sus mensajes.

Lo había considerado durante unas cuantas jornadas; durante el día era muy extraño que los siete estuvieran a un tiempo fuera y, a lo largo de las noches, lo habitual era que los acólitos del apostador en los combates de arañas se dejasen arrastrar por sus impulsos a la mansión de la glicinia. Aun así habría sirvientes y guardias que mantendrían vigilado aquel caserío del acomodado barrio. Sin embargo, los *shinobi* del castillo de Fushimi le habían desvelado a Saigo algunos de sus secretos.

El monje Zongji, un hombre correoso con el aspecto encurtido de haberse pasado media vida sumergido en un pichel de vinagre, fruncía el ceño mientras observaba, lleno de curiosidad.

En su cabeza afeitada brillaba una pelusilla entrecana que solo crecía en una franja por encima de las orejas. Vestía ropas holgadas de un naranja desvaído por el roce y los lustros de viaje, destacaban las polainas blancas, sobre las que se cruzaban las cintas negras de sus sandalias de suela gastada. Y portaba una larga vara de madera hecha de la palmera a la que llamaban *rattan*. Un báculo que, apoyado en el suelo, le llegaba justo al nacimiento de la ceja, tal y como mandaban los cánones aprendidos tantos años atrás.

Contemplando el horizonte con verdadero interés, divertido por la chocante novedad, decidió quedarse a disfrutar de aquel inédito acontecimiento. Y, con la soltura propia de un gesto adquirido al que recurría a menudo, golpeó suavemente la contera del bastón con el pie; cuando el extremo de la vara se apoyó en la arena, apenas un *shaku* por delante de él, tomó el cabo opuesto con ambas manos enlazadas y dejó caer el mentón en el dorso de la que quedó por encima. Con el ademán se le arrugó la barbilla y el defecto que le partía el labio superior se afeó, dotando a su rostro del extravagante aspecto que solía incomodar a los extraños. Sus ojos, de un

castaño oscuro que la edad había clareado, miraban de un lado a otro de la playa.

Se le abrió la boca con un tajo seco que recordaba a una sonrisa y, a través de la deformidad que le estropeaba el rostro, podía verse buena parte de los incisivos, supervivientes escasos en unas encías desnudas que el tiempo ya había endurecido.

—A lo mejor es cierto que en la adversidad se conoce a los amigos… —murmuró entonando el sarcasmo como si alguien pudiese oírlo y apreciar el curioso humor ácido.

Llevaba tanto vagabundeando por el mundo en soledad que había adquirido la costumbre de hablarse a sí mismo.

En la distancia, veía cómo un hombre zanquilargo, con espesas barbas, se afanaba sacando el cuerpo de otro de aquellos extranjeros del agua. Más allá, entre las rocas, a merced del contenido oleaje de la bahía, despuntaban los restos del naufragio de una nave de curiosa factura que el monje nunca antes había visto.

El que tiraba semejaba exhausto. El arrastrado, aparentemente inconsciente, se dejaba hacer, parecía tener la piel tan oscura como los habitantes de Tendyiku. Y había otros, la mayoría no daban otra impresión que la de cadáveres a disposición de los cangrejos. En algunos incluso creyó apreciar la hinchazón de la podredumbre; aunque los ojos de Zongji no eran ya los mismos de su mocedad, cuando todavía profesaba en el *monasterio del joven bosque*, y prefería no apresurarse en sus juicios, pues había oído decir que muchos de aquellos extranjeros comían carne sin mesura y que eran presos a menudo por gulas incontenibles.

El océano, plácido y reluciente al sol del verano, se mecía con la marea como si se arrepintiese de haberse excedido en sus juegos con el barco de los hombres. Unas cuantas gaviotas graznaban con enfado, indignadas con los pescadores que intentaban ayudar a los náufragos porque les estaban arrebatando el festín que se prometían.

Por toda la playa, entre las madejas de algas que marcaban la línea de la pleamar, se veían desechos de la nao descalabrada. Algunos de los supervivientes gateaban por la arena intentando ponerse en pie, entre ellos, afanosos, se movían los lugareños. Al principio, con las luces del amanecer, el desconcierto y la desconfianza habían calado entre los aldeanos, sin embargo, después de escuchar los lamentos de aquellos *gaijin*, vencida la reticencia inicial, los paisanos ayudaban en lo que buenamente podían.

El samaritano animoso que había sacado a uno de sus compatriotas del agua corría ahora hacia el otro extremo de la cala, por lo que parecía, con la intención de salvar a otro de los suyos; uno que vestía un hábito similar al de los bonzos pero que, por la tonsura que le encerraba la coronilla, no podía tratarse de un hijo del *país del sol naciente*; y Zongji, que tuvo que bizquear hasta que los ojos le lagrimearon para cerciorarse de lo que veía, razonó que aquel estrafalario personaje, que intentaba desesperadamente aferrarse a una rocalla, debía de ser uno de aquellos predicadores de la incomprensible fe del santón crucificado traída por los *kirishitan* hasta

Tendyiku, China y el mismo Japón.

Sus muchos años se habían encargado de hacer flaquear sus creencias; a esas alturas, Zongji dudaba sin vergüenza de los hombres, llenos de debilidades, y alimentaba un rancio escepticismo que lo perseguía en su interminable peregrinación en busca de una verdad que ni siquiera sabía si existía. Sin embargo, y no sin reconvenirse por dejarse convencer tan fácilmente, decidió que caminaría hasta la arena. Había oído muchos rumores sobre aquella incomprensible religión, y podía ser interesante escuchar aquellas historias de primera mano.

* * *

Resollando, a punto de desfallecer, tras haberle salvado la vida al que, de hecho, tenía la tarea de asesinarlo, Dámaso se alejaba del cuerpo sin sentido de Bartolomé de Palos y se volvía a la carrera para recorrer la lengua de arena.

Envuelto en su llamativa saya naranja, inconfundible, a lo lejos pedía auxilio el fraile Crisóstomo Fernandis, que, intentando no ahogarse, apresaba un peñasco como un macaco nervioso.

Mientras cubría la distancia, de poco más de cien varas, Dámaso miraba a todos lados intentando encontrar a su amigo Martín. Y veía prodigios desconocidos: como el de aquellos lugareños que ofrecían sus manos a los náufragos. Iban vestidos únicamente con taparrabos trenzados, tenían una piel pajiza, ojos almendrados y cabellos con todos los matices de negro; aunque no distinguía al madrileño por parte alguna. La comezón de la congoja empezaba a expandirse por su pecho. Y el alférez tuvo que hacer un esfuerzo por concentrarse en lo que estaba haciendo.

Las piernas le pesaban, le dolía la cabeza, sentía la garganta aprestada como una vela nueva, tensa y seca; los labios cortados, cubiertos de pellejos, los dedos plagados de llagas diminutas abiertas por el salitre. Y su mente, incapaz de atinar con el presente, divagaba dándole vueltas al torbellino de recuerdos entrecortados que se agolpaban unos sobre otros, sin que Dámaso lograse enlazar el relato completo de todo lo sucedido en las últimas horas.

A medida que avanzaba, reconocía rostros, prendas, siluetas; unos muertos, otros moribundos, algunos al cuidado de los aldeanos. Vio de espaldas el chaleco de sarga que siempre vestía un cartagenero contrahecho amigo de los naipes y las trampas, un desdichado que manejaba la faca como un gitano hambriento y que nunca más podría volver a esconderse un triunfo en la bocamanga; también a uno de aquellos muchachos que había sorprendido jugando a los dados bajo la escalera del San Jacinto, estaba arrodillado sobre el cuerpo inerte de su compañero de *guirguiesca*; pero no veía a Martín.

Estaban en un pequeño arenal de poco más de cincuenta brazas, una playa

encerrada entre rocas abruptas que la hacían servir de puerto tranquilo a resguardo de mar gruesa. Poco más allá, se distinguían raras construcciones, alrededor de una veintena de casuchas de madera de aspecto endeble. Y, a lo lejos, la silueta de un indescriptible castillo que prácticamente parecía flotar sobre las aguas. Había unas cuantas chalupas fondeadas, y los lugareños habían botado una de ellas para acudir hasta los restos del patache. Un hombre bajo y fornido con un casquete de oscura pelambre bogaba a popa, de pie, usando un solo remo largo que no apoyaba en escálamo alguno, sino que movía de un lado a otro para ganar impulso al tiempo que lo empleaba como timón.

—¡Socorredme! ¡Por el buen Jesús y la santa Virgen! ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Voy a desfallecer!

La voz destemplada del fraile le llegó para sacarlo de sus abstracciones y Dámaso apuró el ritmo en lo que pudo, tumbando con voluntad la fatiga. Fue dejando atrás a las gentes del lugar y al resto de los náufragos; por algún capricho del mar el jesuita era, de todos ellos, el que estaba más alejado.

En aquella parte de la cala, un costurón de ásperas rocas negras cortaba el páramo extendiéndose hasta el mar, donde despuntaba entre el suave oleaje como el espinazo de un gigantesco animal de las profundidades ignotas que hubiese quedado varado en el arenal. Abrazado al último escollo gritaba el fraile. Y el alférez, buscando el mejor modo de auxiliar al religioso, sorteó el roquedal bajo la mirada contrahecha del franciscano Luis Sotelo, que, bajo el hábito empapado, contemplaba la escena de un modo incierto, como si le costase decidir qué opinar al respecto de las desgracias del otro fraile.

Bartolomé de Palos abrió los ojos a un sol canicular que esparcía una esplendorosa mañana desde su cénit. El inmaculado aspecto del día no dejaba adivinar ni el más mínimo resquicio de la devastadora tormenta de la noche anterior.

El onubense, aturdido, se incorporó sintiendo los dedos enterrarse en el recebo y, tras unos instantes de desconcierto, recordó enseguida cómo había escapado del San Jacinto. Tras vencer un escalofrío, logró hacerse una rápida composición de lugar. Era evidente que habían llegado al Japón.

Un hombre bajo, desnudo a no ser por un sencillo y escueto calzón de tela blanca, le acercaba un cuenco con agua, mirándolo con ojos rasgados en los que costaba interpretar la sonrisa que acompañaba al ofrecimiento.

—*Mizu o dozo*? —le preguntó el lugareño abriendo los labios.

Bartolomé no entendió una palabra, pero bebió con avidez antes de levantarse para mirar en derredor.

Por unos instantes se permitió el lujo de albergar la esperanza de que su trabajo ya estuviese hecho, luego vio a Dámaso saltando sobre unas rocas. Seguía vivo.

El nativo se alejaba, probablemente con la intención de socorrer a otros náufragos

en peor estado y Bartolomé, algo inseguro sobre sus piernas maltrechas, intentó valorar la situación.

Y antes de preocuparse de cómo regresarían ahora que su nave era solo un montón de maderos tronchados, sus cavilaciones lo llevaron a pensar que tenía ante él una nueva oportunidad.

Usando la mano como parasol, distinguió a Dámaso. El joven hacía por llegar hasta el jesuita que había embarcado en el San Jacinto para servir de intérprete, estaban en la otra punta de la playa, medio ocultos por una serie de peñas salpicadas por algas pardas y lapas.

Bartolomé de Palos miró de un lado a otro y vio que cada cual intentaba apañárselas como podía para ponerse a salvo. Parte de los aldeanos empezaban ya a hacerse cargo de los cadáveres. Pero entre los náufragos no había mucho más por hacer que lamerse las propias heridas, algunos atendían a sus amigos, aunque, en general, cada cual no tenía atención más que para sí mismo. El franciscano, con el rostro avinagrado, venía en su dirección, repartiendo bendiciones y atendiendo a quien le pedía confesión.

No sería más que otro cadáver entre muchos. Un golpe adecuado, el pescuezo roto. Nadie podría saber que no había llegado ya muerto o moribundo a la playa misma.

Decidido, el de Palos se encaminó también hacia el roquedal en el que el jesuita Crisóstomo Fernandis seguía pidiendo auxilio.

Se despertó con un sobresalto y se irguió de golpe con el corazón desbocado.

Algo húmedo le cayó en el regazo y, asustada, le sacudió un revés para apartarlo.

—¡Pardiez! Es solo una compresa de manzanilla, pero si os sentís más tranquila, voto a Dios que bien puedo darle unos estacazos…

Constanza, desorientada, se giró hacia la voz.

—¿Estáis mejor? Tendréis la boca como una alpargata con media romería, ¿os apetece un trago de agua fresca?

Tenía el aspecto de haber sido curado al sol, era un anciano que, desde una silla sin desbastar, con los codos apoyados en una mesa tosca, la miraba sonriendo.

—También podría ofreceros un buche de aguardiente, pero me da en las narices —adujo señalándose con el dedo extendido— que, como mucho, os animaríais a probar algo de vino rebajado.

—¡Dámaso! —le espetó de pronto Constanza al recordar.

El vejancón cambió la sonrisa de lado.

—De hecho, Gaspar de Silva, para serviros —remató inclinándose en una frágil reverencia en la que no consiguió estirar del todo los dedos de la mano que echó al frente—. Encantado.

Constanza no supo muy bien cómo reaccionar ante aquella impasible naturalidad.

Iba a gritar de nuevo cuando se dio cuenta de que debía hacer un esfuerzo por serenarse. Aquel hombre la había ayudado; estaba a cubierto en lo que parecía una cabrera, tendida en un camastro, abrigada por una pesada manta de lana, tenía las muñecas vendadas y la expresión afable de aquel rostro, tan viejo que semejaba un campo labrado para la siembra; podía ser cualquier cosa menos una amenaza.

—Yo soy Constanza, Constanza de la casa Accioli… Gracias, os estoy muy agradecida —dijo sinceramente.

Gaspar asintió dejando caer el mentón una pizca.

—Está bien, era mi deber cristiano, no podía dejar que anduvieseis por ahí así —reconoció señalándola con las dos manos abiertas y consiguiendo que Constanza se arrebujase en la manta—; vagando a merced de salteadores y bandoleros —añadió antes de componer un semblante más serio e interesarse por la historia de la joven—, ¿qué os ha sucedido?

Al preguntar, Gaspar se puso en pie. Estaban en una humilde casucha de piedra basta trabada con argamasa, el suelo era de tierra pisada, la techumbre de zarzo sujeto únicamente por unos cuantos travesaños en ángulo, y en una esquina había una amplia chimenea descuadrada con el tiro fabricado a base de escombros. Sobre las brasas, una olla vieja y tiznada burbujeaba encima de un trébede que tenía uno de los pies un pellizco más corto que los otros dos. El mobiliario era escaso, apenas el camastro, la mesa y la silla; y un desbarajuste de mueble indefinible hecho de estanterías y tan abarrotado que parecía sostenerse únicamente gracias a la colección de irreconocibles objetos que se apilaban en su interior.

El veterano caminó hacia aquella pesadilla de ebanista con indigestión y mala noche de ronda. Cacharreó en un anaquel a medio caer y se hizo con un cuenco de barro cocido en el que sirvió algo de agua que tenderle a Constanza con una jarra descascarillada.

—Soy una de las damas de la reina Margarita —adujo la joven antes de aceptar la escudilla.

A la siciliana, después de tragar, se le atropellaron las palabras en el cielo del paladar. No sabía qué contar primero, no tenía idea de por dónde empezar. Sin embargo, cuando se disponía a relatarle lo acontecido a Gaspar para pedirle que la ayudase a llegar hasta Madrid, de repente, cayó en la cuenta de que no sabía si Hortuño se habría adelantado.

—No puedo ir…

El viejo soldado la miró inclinando el rostro como un cachorro.

—Si él está allí —el peso de la realidad aplastó de pronto a la menina—, oh, señor, si…

Ante esa incertidumbre, todos sus esfuerzos le parecieron inútiles a Constanza, y la angustia acumulada se derramó de repente en un mar de lágrimas frente al que

Gaspar dio un involuntario paso atrás, incómodo.

—Niña…

El veterano, poco acostumbrado a las lindezas, se sentía tal como lo habría hecho el forzudo que acompañaba a los gitanos tantos años atrás si le hubieran pedido que echase la tarde haciendo encaje de bolillos.

—Niña —repitió el viejo soldado acercándose de nuevo hasta Constanza—, ¿por qué no intentáis tranquilizaros y me lo vais contando según se os vaya ocurriendo? —le propuso—. Ya preguntaré si hay algo que no me rija…

Constanza logró contenerse ante la sonrisa forzada del pajarero. Usó la vainica de la manta para enjugarse las lágrimas e inspiró profundamente.

—Tranquilizaos, yo os escucharé…

Como la menina había dormido casi todo el día, el ocaso cubrió la pequeña casucha mientras Constanza hilvanaba su desordenado relato, en el que tan pronto hablaba de su padre, como pasaba a mencionar los paseos con Dámaso, o empezaba a titubear para relatar entre sollozos lo sucedido con Hortuño.

El sol se fue acostando sobre los jarales que rodeaban la cabaña del veterano, invitando a que llegasen la noche y su frío; y Gaspar, sin dejar de escuchar, atendió el hogar.

—Ese hideputa de Hortuño es un mal bicho, muy mal bicho —declaró Gaspar cuando la siciliana terminó—. Y parece muy capaz de quitarle las uñas a un galgo corriendo… No me gusta, no me gusta… Me recuerda a un jerezano que…

Gaspar calló dejando la anécdota sin terminar, probablemente, no era el mejor momento para historias de guerra.

Constanza no dijo nada. Se había sentado en el borde del camastro con la manta sobre los hombros y todavía sostenía en una de sus manos la bacía resquebrajada en la que el viejo soldado le había servido el agua.

El pajarero abandonó la silla y se decidió por servirse un poco de aquel orujo que le había ofrecido a la joven un rato antes. Así que revolvió en el rebujo de estantes hasta encontrar lo que buscaba.

—No, no creo que debáis ir a Madrid —dijo el veterano—. Hay que tener la mollera como un canto o haberse caído de lo alto de la *torre dorada* para no percatarse. Asaz estúpido sería negarlo… Ese malnacido con mánfanos por sesos ha podido llegar ya, y si lo ha hecho, habrá removido Roma con Santiago para que sus embustes cuadren en cualquier oído… Sería mejor que buscásemos el modo de que pudierais regresar a Sicilia, o de que avisásemos a vuestra familia… Pero no me parece buena idea que volváis a Madrid…

Constanza le puso voluntad porque el veterano le recordaba a su padre, pero fue incapaz de esperar hasta que Gaspar terminase.

—¡No! ¡No! Tengo que avisar —dijo la joven con vehemencia—, he de encontrar

el modo de advertir a Dámaso, hay que evitar…

Ahora fue Constanza la que no quiso acabar su parlamento, tan solo mencionar que el hombre al que amaba pudiese morir le encogía el alma.

El veterano asintió comprendiendo, la edad le había otorgado el privilegio de contemplar las locuras de los jóvenes con cierta distancia indulgente. Y se tomó un tiempo para cavilar en tanto arrastraba los dientes por el bigote.

—Bueno, bueno… No sé si servirá de mucho. A las nuevas y a los chismes les cuesta llegar hasta aquí, pero ¿no se trasladaba la corte a Valladolid?

Tras la pregunta, se levantó y, con pasos renqueantes, se acercó hasta el anaquel atiborrado de trastos del que había sacado la jarra y el cuenco.

—Es cierto —concedió la siciliana—, pero no creo yo que se haya hecho en un día —le soltó con algo de ira contenida al viejo sin comprender que el veterano solo se esforzaba en buscarle una excusa para no hacer una majadería—, imagino que el palacio no se habrá movido de sitio…

Gaspar, de espaldas a la moza, cacharreaba en aquella repisa, que parecía hacer las veces de fresquera, sagrario, despensa y botiquín, todo a un tiempo. Cuando halló lo que buscaba chasqueó la lengua, disgustado porque no encontraba un ardid mejor con el que disuadir a la muchacha de sus alocadas ideas.

—Debéis ir vos —dijo Constanza con ímpetu—, a vos no os conocerán.

Y entonces, como si hubiera estado esperando una ocurrencia como aquella, Gaspar de Silva suspiró.

Se volvió, atacando una vieja y renegrida cachimba con una mezcla de hierbajos secos entre los que había tan pocas hilas de tabaco que olía más a pasto de verano que a los cigarros de las Indias.

Constanza, como dama de la corte, sabía bien que el padre del rey Felipe había prohibido el nefasto hábito del tabaco, y, aunque no dijo nada, sus ojos la delataron.

—Pequeña —le dijo Gaspar prendiendo la escandalizada expresión—, la edad solo tiene el mérito de no haberse dejado matar, pero tiene muchas ventajas, entre ellas que a uno le asusta poco lo que puedan hacerle ya… —sentenció rematando el trabajo en la pipa y prendiendo los hierbajos con una astilla que sacó ardiendo del hogar—. Llevaba años soplando esta cachimba antes de que al *papelero*, bueno… Mis disculpas —añadió con una reverencia—, antes de que a su graciosa majestad el rey Felipe el Segundo se le ocurriera que le disgustaba el asunto…

»Los reyes viven y mueren, como sus leyes; mientras, las mancebas seguirán cobrando y los hombres caeremos en los vicios… Los fuertes y nobles de espíritu en las pequeñas manías, los mansos fariseos en las perversiones… Pero —dijo echando una calada que inundó la estancia de un repugnante olor a monte quemado— no es ese el asunto que tratamos…

Constanza, boquiabierta, perdió el hilo de sus pensamientos y, cuando intentaba

hacer memoria para retomar la conversación, fue asaltada por una idea reveladora, necesitaban a alguien de confianza.

—Debéis ir vos a Madrid y, una vez en el palacio, habréis de preguntar por la dueña Pacheca —anunció con entusiasmo—, Pacheca Ramírez, ¿lo recordaréis?

Gaspar quedó sorprendido al ver la determinación de la joven, tan segura de sí misma como el duque de Alba al mando del gran ejército de Flandes. Asintió levemente al tiempo que aspiraba tan fuerte como podía para evitar que aquel mejunje de hierbas que usaba como tabaco se apagase.

—Cuando la encontréis —siguió hablando Constanza—, le contáis todo lo que ha sucedido… Bueno, no todo, no debéis dejar que se preocupe en demasía, mejor que lo ablandéis un poco… —le dijo reflexivamente antes de lanzarse a toda prisa—. Y le decís que busque el modo de enviar un despacho a Sevilla, con destino a Manila… Tendrá que partir con la flota en la siguiente travesía a las Indias…

El veterano volvió a intentarlo con la cachimba y una brasa tímida chispeó en la cazoleta renegrida. El contrabando solo permitía conseguir pequeñísimas cantidades de tabaco, y eso, al precio del azogue. Como además solía venir picado con otras hierbas, si se contaba lo que él mismo tenía que añadir para poder racionarlo, era casi un milagro que, en el fondo, tuviera, al menos, algo del regusto adecuado.

—Bueno —empezó a decir conteniendo la retranca con una nueva calada—, visto así… Mejor me acerco a Roma y le pido al papa Clemente que me empreste a unos cuantos cardenales para una novena por el alma de un pardal que se me enfrió el otro día…

El veterano lo había dicho con tanta seriedad que Constanza no captó la ironía hasta que la sonrisa de Gaspar se amplió, amenazando con dejar caer la cachimba.

—A ver, vayamos por partes —dijo el viejo soldado en tono conciliador—. ¿Quién es esa tal Pacheca?

Antes de aquel asedio de once interminables días, los hombres de Fushimi habían tenido que luchar en más de una escaramuza. El país, envuelto en el conflicto político por la sucesión del heredero del *taiko*, se había estado preparando para una nueva guerra civil y las dos facciones, a favor y en contra de Tokugawa Ieyasu, habían tomado castillos, fortificado sus baluartes, reunido armas y acosado rutas comerciales, intentando hacerse fuertes en los enclaves estratégicos que definirían las grandes batallas por venir.

Y en uno de aquellos enfrentamientos, Saigo había salvado la vida de uno de los misteriosos hombres embozados en azul oscuro. Uno de los *shinobi* de Koga que el antiguo regente había destacado en el alcázar.

Para fortuna del *ashigaru*, aquel reservado guerrero había resultado ser uno de los *junin* que comandaba el grupo. Y, en contra de la costumbre, Saigo Hayabusa no solo se ganó su respeto, sino que también recibió la bendición de una inesperada amistad

que le brindó respuestas a unas pocas preguntas formuladas con el acato adecuado.

Y lo aprendido en aquellas tensas jornadas, ahora que había tomado la determinación de no perder más tiempo en Kyoto, iba a serle de gran ayuda.

Dedicó las noches a vagabundear por los alrededores del caserío de los Chosokabe, intentando idear un plan, descubriendo las rutinas de los empleados, escrutando la cerca en busca de puntos débiles, analizando el foso. Tras una semana, sabía de los hábitos de los jardineros, cocineros, mandaderos y hasta del maestresala; intuía la distribución de la vivienda principal, podía precisar con los ojos cerrados la disposición de los árboles del jardín que servirían de escala y sabía que la guardia estaba compuesta por una docena de jóvenes *samurai* de rango inferior. Con toda seguridad, el antiguo regimiento del clan habría cometido *seppuku* tras la derrota de su señor Chosokabe en el valle de Sekigahara.

Sin embargo, aun con todo lo que había averiguado, cuanto se proponía hacer sería difícil. El caserío estaría lleno de compartimentos secretos y trampas previstas para, precisamente, evitar un asalto. Al fin y al cabo, había sido la residencia oficial de un poderoso señorío feudal.

Precavido, Saigo todavía esperó unos pocos días más antes de entrar en acción. Se proveyó de cuanto necesitaba sin comprar dos veces en el mismo comercio. Adquirió pequeñas cantidades que no llamasen la atención y, al terminar, conocía todas las herboristerías de Kyoto; incluso había regateado en la apoteca de un inmigrante chino que le facilitó el arsénico blanco que necesitaba.

Además, todo lo que pudo hacer por sí mismo lo elaboró en la ermita que le servía de escondrijo.

Faltaban tres noches para la siguiente luna nueva, y el *ronin* se preparó para aprovechar la oscuridad que envolvería la ciudad.

* * *

Al amparo de una negrura casi completa, apenas comenzada la *hora del tigre*, Saigo observaba uno de los laterales del murallón que cercaba el caserío del clan Chosokabe. Oculto en un callejón, aguardaba el momento oportuno.

Era una sombra más. Vestía ropajes oscuros, cinchados en antebrazos y pantorrillas a fin de que no hiciesen ruido. No estorbarían si tenía que combatir.

Llenas de cuanto había pensado necesitar, portaba varias escarcelas de tela ennegrecida atadas al fajín. Sirviéndole a mayores de armadura ligera, un largo tramo de cuerda tiznada le rodeaba el torso con varias vueltas. Para los utensilios más voluminosos, de un hombro le colgaba una bolsa hecha con retales fuscos. La escasa piel que asomaba entre las rendijas de sus prendas había sido ensuciada con los carbones de la última hoguera prendida en la ermita. E iba armado: el par de sables,

los dardos *boshuriken*, un puñado de abrojos; y sus propias manos.

Al fondo del callejón maulló melosa una gata en celo que buscaba compañía para esa noche sin luna.

Su mayor desafío era el foso. Si lo cruzaba a nado el chapoteo lo delataría, y las ropas empapadas le restarían agilidad obligándolo a dejar un rastro de salpicaduras. Había tardado en hallar una solución.

Muchos creían a los *shinobi* capaces de caminar sobre ríos y canales calzándose *arañas de agua*, pero Saigo sabía de aquella treta que parecía sacada de la magia Mou Shan, y no era verdad. Aquellos zuecos con enorme suela de madera ayudaban a atravesar fangales, el resto era leyenda. Así que había ideado algo distinto.

Antes de ponerse en marcha, girándose para tapar con su cuerpo la luz tenue del rescoldo, con uno de sus ojos cerrado para que no se desacostumbrase a la oscuridad, comprobó el ascua resguardada en el *dobi* de madera vaciada al fuego. El tizón resplandecía levemente y, alzando la tira de tela que le cubría los labios, Saigo sopló para avivarlo. Si llegaba el momento, no quería fallos.

Por último, se agachó y tanteó hasta encontrar un guijarro que le pareció conveniente y, al alzarse, levantó la larga pértiga de bambú manchado con hollín que había dispuesto. Estaba listo.

Se asomó hasta la intersección, comprobó que no había nadie a la vista y echó a correr hacia el caserío. Sin detener la carrera, lanzó la piedra que había recogido y, con las dos manos libres, preparó la garrocha.

El pedrusco cayó con estrépito en el agua y, antes de clavar el extremo de la vara en el suelo, a pocos *sun* del borde del foso, Saigo pudo ver cómo el resplandor de un farol se movía apresuradamente, pasando de una tronera a otra en el adarve del murallón. El guardia caminaba hacia el ruido.

Las ranas habían detenido su croar y la gata encelada le dedicó una cariñosa serenata a algún amante que trotaba hacia ella por los tejados.

El impulso lo llevó hasta el otro lado y apenas amortiguó la caída cuando ya se apretaba contra la parte exterior del muro, buscando las sombras. Esperó hasta que estuvo seguro de que no se había dado la voz de alarma, mientras, fue desenrollando la soga que le envolvía el pecho.

Tal y como aprendiera en Fushimi, Saigo había preparado la cuerda enhebrando cada poco pequeñas piezas lacadas en negro y, en uno de los cabos, tras sacarla del morral, acopló una *zarpa de un oso* hecha de hierro de buena calidad. Cuando terminó de estirar la soga, la tomó a un palmo de la garra *kumade* y, tras balancearla, lanzó el artilugio al borde del murallón.

Consciente de que era vulnerable, apresuró cuanto pudo su escalada. Se ayudaba con las manos y, usando hábilmente los dedos de los pies gracias a la ranura de sus sandalias, se aupaba en los tarugos insertados en la cuerda. Nadie acudió.

Tras descender al otro lado, lo dejó todo dispuesto por si debía huir; el garfio separado y la cuerda recogida en vueltas amplias que no corriesen el riesgo de enredarse, disimuladas al pie de un boj podado hasta parecer una burbuja.

Al caminar en la grava fue cruzando sus pies, desplazándose de lado para no hacer ruido y no dejar huellas evidentes. Y cuando pasó entre los dos cedros del jardín que ya había escogido unos días antes, se tomó un instante para preparar su fuga.

Sacó de su fajín un tubo de bambú de algo más de dos pulgadas de ancho. Había mezclado el fino polvo entregado por aquel reservado *shinobi* con la proporción adecuada de lo comprado en la apoteca china. Y, precavido, aguantando la respiración, tal y como le habían advertido, fue de un árbol a otro, lentamente, esparciendo sobre el cascajo del suelo un reguero de aquel tamo de color ceniciento.

Al terminar, no se puso en marcha hasta que, tras una esquina, desapareció el resplandor del farol que rondaba los soportales de la vivienda. Una vez seguro de que el guardia no lo vería, dejó a un lado el *terreno del rocío* que rodeaba a la casa del té y se dirigió a la construcción principal.

Junto al panel que había pretendido, se apresuró; la ronda del vigilante tasaba su tiempo. Rebuscó una vez más en los landres de su fajín y se procuró las ganzúas que había fabricado. Apenas tuvo que hacer un par de intentos para conseguir el suave chasquido metálico que le granjeaba el paso.

Deslizó la corredera con suma cautela y, al traspasar el umbral, tensó un cable de parte a parte, amarrándolo a unas pequeñas escarpias que clavó en las jambas con la única fuerza de sus dedos. Si tenía que salir corriendo, él sabría que estaba allí, pero sus perseguidores no.

Llevaba un pequeño farolillo de mano, como los que solían usarse en los días de lluvia. Lo prendió con el ascua del *dobi* y, a la exigua luz, examinó la estancia y empezó su trabajo.

Recorrió la planta baja con el sigilo de un ladrón, sin resultados; incluso a pesar de que las falsas llaves le permitieron abrir casi todos los arcones y armarios que encontró.

Era consciente de que, si los hombres de Honda Kazumasu decidían aquel día enviar un mensaje, uno de ellos regresaría para utilizar alguna de las palomas; y la llegada del *samurai* obligaría al servicio a prepararse y a encender más faroles. Podrían descubrirlo.

Por desgracia, tras esforzarse infructuosamente durante el lapso que hubieran tardado en consumirse dos varillas de incienso, hubo de renunciar al piso inferior y subir a hurtadillas por las amplias escaleras; hacia un corredor de maderas nobles que parecía llevar a las estancias principales.

En cuanto dio el primer paso se dio cuenta de que era una trampa.

Tuvo tiempo de retirar el pie y esperar, había sido solo un pequeño ruido, un chirrido agudo, así que aguardó antes de decidir si debía huir.

Ante él, tenía uno de aquellos entarimados que llamaban *piso de ruiseñor*. Era la primera vez que se topaba con uno de ellos, pero había oído historias. Eran un eficaz sistema de alarma cuando los *daimyo* se podían permitir el lujo de pagar a los escasos artesanos que sabían montarlos. Las tablas se habían tratado y colocado de tal modo que, al caminar sobre ellas, cedían levemente, produciendo, con la sucesión de pasos, una serie de inconfundibles crujidos altisonantes que alertarían a la guardia. No podía cruzar aquel corredor sin delatarse.

Los *shinobi* de Fushimi le habían enseñado sus *garras de tigre*, ganchos acoplados a las palmas de las manos que le hubieran permitido sujetarse al entramado de vigas del techo, pero él no llevaba nada parecido encima.

El *piso de ruiseñor* rodeaba el hueco de la escalera y moría en un distribuidor cerrado por varias correderas, tras las cuales estarían los dormitorios. Y su intuición le decía a Saigo que aquellas habitaciones, las más seguras al otro lado del peculiar pasaje, le brindarían las mayores probabilidades de éxito.

No tenía idea de cómo funcionaba el complejo entarimado, y no se atrevió a hacer una prueba intentando arrastrarse. Podía ser que, al repartir su peso, burlase el mecanismo de alarma; pero la incertidumbre lo llevó a idear otro modo. Aun pese al riesgo que supondría, Saigo desanduvo sus pasos y retrocedió hasta el vestíbulo que coronaba las escaleras. Allí, un gran ventanal alargado se abría sobre el jardín.

De haber sido en los tiempos de prosperidad del clan Chosokabe, no hubiera podido hacer algo así, lo hubiesen descubierto. Pero ahora, como apenas había personal de guardia, Saigo logró salir por el mirador del zaguán y acceder, sin que le dieran el alto, a la cornisa que coronaba el tejadillo de los soportales que rodeaban el piso inferior.

Una vez fuera, tras volver a correr la hoja de la ventana, pegó una vez más la espalda a la pared y aguardó. Sus ropas teñidas se camuflaban con las sombras de la noche. Bajo sus pies, barrando la columnata que sostenía la galería de la planta baja, pasó el resplandor del farol que portaba el *samurai* encargado de la ronda del jardín.

Apoyándose con prudencia en las tejas para evitar desprenderlas, Saigo fue avanzando; hasta una estrecha lucerna que, calculó, correspondería con la zona que deseaba registrar.

Para evitar intrusos indeseables, el pequeño tragaluz tenía una contra romboidal que únicamente se abatía unas pocas pulgadas, haciendo imposible que un hombre adulto pudiera pasar a través de ella. Pero Saigo, que en sus largos turnos de vigilancia había visto aquellas angostas lumbreras, ya había previsto la posibilidad de que surgiese una eventualidad así.

El *ronin* esperó hasta que el centinela pasase una vez más y abrió el morral.

Dentro, envuelta en un trapo para evitar que tintinease, había una barra de hierro que le serviría como palanca.

Hubo de detenerse dos veces al paso de la ronda, pero, tras varios esfuerzos, paulatinamente, logró desmontar el batiente y su quicio. Y consiguió que la apertura fuera casi tan amplia como necesitaba. Aun así, hubo de encoger los hombros y contener la respiración para poder introducir el torso.

Notó cómo sus prendas se tensaban, atrapadas por alguna astilla, y por un ridículo instante, temió quedarse atascado, con las piernas colgando en la fachada. Tuvo que romper las cinchas del morral y terminó arañándose el torso y los antebrazos, pero lo logró.

Fue a parar al distribuidor de suelo entarimado que ya había visto desde el comienzo del *piso de ruiseñor*. Con la certeza de que, si había alguna pista útil en la vivienda, tendría que estar allí.

Diáfana, aquella amplia sección del lujoso caserío estaba arreglada al modo habitual. Anchas y livianas correderas dividían tres estancias contiguas: dos más pequeñas a un lado y otra mayor a la izquierda, tan larga como el par anejo. Y a excepción de las paredes que daban al exterior, hechas de un prieto entramado de bambú enlucido con arcilla, aquellos ligeros paneles eran los únicos tabiques. Saigo los fue descorriendo uno tras otro para continuar con su inspección.

El suelo estaba cubierto con espesos *tatami* de la mejor calidad y extensos murales decoraban los paneles. Había piezas sueltas de mobiliario que habían sido recogidas para la noche: pequeñas mesas, escañuelos, repisas para los *daisho* de los *samurai* y reposabrazos descansaban junto a las paredes, despejando el espacio. En previsión de que los hombres de la patrulla regresasen de la mansión de la glicinia, los *futon* se habían extendido con pulcritud y las almohadas de madera había sido cubiertas con papel.

Para su decepción, no había nada que prometiese la evidencia que con tanto ahínco buscaba.

Y ya estaba a punto de admitir su fracaso.

En la estancia más grande, la que probablemente usaba el propio Honda Kazumasu como alcoba, destacaba un enorme biombo ricamente decorado y, más allá, al fin, descubrió algo extraño; una nota discordante en aquel lugar regido por largas y pulcras rectas: uno de los encuentros de los tabiques al fondo de la habitación parecía estar torcido. Una menudencia apenas perceptible de no ser por el exquisito trabajo que se apreciaba en el resto de las esquinas.

Emocionado por la perspectiva, se acercó hasta la corredera central y, alzando el pequeño farolillo que portaba para iluminar el frágil tabique, pegó la mejilla al papel pintado que forraba el *fusuma*. Entonces, poniendo en ello toda su atención, siguió con su mirada el raso de la pared, cerrando uno de sus ojos y fijándose en cómo, cada

uno de los sucesivos paneles, hasta el fondo de la habitación, encajaba en el precedente. Aunque la luz era escasa, podía ver que el último no estaba bien alineado.

Conteniéndose, apartó el rostro y corrió el ligero tabique que daba acceso a las dos piezas contiguas. Una vez al otro lado, abrió todas las puertas. Necesitaba ver sin impedimentos.

Miró alternativamente a uno y otro lado, observando la disposición de las esteras. A su derecha, entre las dos estancias que ocupaban el espacio, la suma del número de *tatami* que cubría el suelo era menor que en el gran dormitorio de la izquierda. Tenía que haber un compartimiento secreto.

En cuanto la vio, tan rotunda como la cornada de un toro bravo, algo se le descoyuntó en el discernimiento al viejo soldado y supo, sin duda alguna, que los problemas que tantos años llevaba esquivando con éxito habían encontrado al fin el modo de agarrársele a los talones.

Y, por lo visto, no pensaban soltarse. Apenas había podido hacer otra cosa que agachar la cabeza y aguantar estoicamente el rapapolvo. Después de la larga caminata, tras arriesgarse a entrar en palacio a través de las cocinas con la ayuda de un galopín conchabado gracias a una buena propina, tal y como había mencionado Constanza; y luego de aguardar hasta que, en el bullicio del traslado de la corte, el aya se había dignado a presentarse con la desconfianza grabada en el semblante; al parecer, tenían mucho más por recriminarle que por agradecerle.

—Pero ¿qué despacho? ¡Paparruchas! Ni *despacho*, ni lento, ni deprisa. Ni despacho, ni carta, ni comedia… Ni las epístolas del mismo san Pablo —a la dueña le dio tiempo a persignarse en medio de tanto grito—. O me lleváis ahora mismo junto la muchacha o aviso a la guardia…

El galopín, un zagal de Chinchón que había escapado de casa para buscar fortuna y no había encontrado otra cosa que aquel trabajo en palacio, había aceptado el cuartillo ofrecido por el viejo soldado porque recordaba bien el trato dulce y cariñoso de la hija de los Accioli, y ahora miraba divertido cómo la ampulosa aya amonestaba al curtido veterano como si regañase a un criajo.

—No fue eso lo que ella me pidió —se atrevió a decir Gaspar sin saber si mirar a aquellos grandes ojos castaños o a las generosas curvas que el brocado no lograba disimular—, me rogó que os dijese…

Pacheca no le dejó terminar, su labio superior temblaba enseñando grandes dientes cuadrados.

—¿Y qué sabrá esa chicuela? ¡Casi muero de preocupación con el corazón en vilo… Cuando descubrieron al pobre…!

En las largas partidas de naipes con el mozo de espuelas, la dueña le había tomado cariño al caballerizo y tuvo que tragar para evitar un sollozo que le partió del fondo del pecho. El desdichado Juan Vázquez, ahora lo sabía, había muerto

intentando proteger a la que el aya consideraba como su hija, y Pacheca sentía una pena honda y tenebrosa que le anegaba el ánimo.

—… Cuando lo descubrieron muerto, ¡el Señor lo tenga en su gloria! ¡Pobre rapaz! Se dijo enseguida que habría sido un panadero de la Puerta de Toledo —le explicó venciendo el rostro—. El mozo, pobrecito, andaba enamoriscado y muchos pensaron que el padre de la muchacha se cobró la virtud de la hija con la vida del cuitado, hasta dijeron de llamar al alguacil para que anduviese a buscarlo a la tahona. Pero a mí no me cuadraban las cuentas, ¡ni por asomo!

Gaspar no supo hacer otra cosa que asentir, encandilado por aquellos ademanes firmes que le recordaban a una lechera de Flandes. Una rubia pálida de amplios mofletes, enrojecidos como manzanas, que se le había encasquillado en la sesera de tal modo que, aun después de tantos años, seguía suspirando cada vez que tenía delante un tazón recién ordeñado.

—Además, anda medio Madrid buscándola. Y eso no es lo malo —adujo alzando un dedo a la manera de un sacerdote en una homilía apocalíptica—, no, en absoluto, lo peor es que con tanto escándalo se sueltan las lenguas mal pensadas y ya inventan por ahí hasta coplillas obscenas… ¡Ay! Mi pobre niña, ¡desdichada…! ¡Vamos! ¡Vamos! Hay que avisar al mayordomo, hay que correr la voz en palacio y hay que enviar a alguien a buscar a las gentes del alguacil…

Gaspar negó suavemente, sin atreverse a llevarle la contraria a aquel portento de mujer.

—No podemos saber si ese montón de estiércol de Hortuño tiene gente en palacio dispuesta a desgraciarla si volvemos a traerla hasta aquí —logró decir el veterano mientras el aya tomaba aire—, aunque él no haya aparecido, ha podido enviar recado —remató cargando su voz con seriedad.

Pacheca se llevó la mano a los labios para obligarse a callar.

—¡No! ¿Aquí? ¡No se atrevería! Esto es…

Y se detuvo sin necesidad de que el veterano le recordase que, de hecho, ya se había atrevido matando al mozo de espuelas.

—Entonces ¿qué haremos? —preguntó Pacheca sin poder remediar que se le escapase en voz alta.

Gaspar volvió a asentir, complacido de que, tras la bulliciosa arrancada, la dueña, que se santiguaba una vez tras otra, entrase en razón.

—Pues lo mejor será ir saltando los agujeros uno en uno, no vaya a ser que nos caigamos —dijo el veterano haciendo un alarde de sensatez—. Coged algo de ropa, unas mudas y cualquier cosa que creáis que puede ser importante para ella. Y en cuanto a este pillastre —añadió señalando al galopín—, se vendrá con nosotros, no vaya a ser que se le escape la lengua.

* * *

Gaspar intentó obviar los comentarios escandalizados sobre la suciedad y el desorden de su hogar. Mandó al crío a buscar agua fresca, y, como no había podido salir a poner el cáñamo con la liga, a falta de pajarillos, preparó en el fuego un puchero con algo de tocino viejo y unos garbanzos medio secos que se quedaron duros como grava.

El galopín de palacio, que decía responder al nombre de Ruy, pero que insistía en que lo llamasen «Cucañas» argumentando que en las fiestas del pueblo siempre era el primer mozo en alcanzar la cima del poste que colocaban en la verbena, se entretenía echando ramillas secas de jara al fuego.

—¡La reina! —exclamó de repente Pacheca rompiendo el bisbiseo de los susurros que se había traído con la menina—. Hortuño es uno de los hombres del duque de Lerma. Y hace tiempo que su majestad anda a la gresca con el valido. Todos en palacio saben que son como agua y aceite. Busca razones que la asistan para poner en entredicho al privado, dizque incluso ha hablado con el almirante —señaló el aya haciéndose eco de lo que no era más que un secreto a voces—. Tenemos que contárselo a la reina, ella os ayudará —afirmó convencida—. O mucho me equivoco o estará encantada de tener una soga que apretar en torno al pescuezo del valido…

La dueña se detuvo y se sonrojó de inmediato, preocupada por haberse excedido, miró al suelo luchando por apagar el rubor que le cubría las mejillas.

Gaspar contempló el encantador arrobo de la mujerona y suspiró antes de levantarse de su estragada silla para ir en busca de la cachimba. Mientras atacaba la pipa sin dejar de observar al aya, que aún se comportaba como una chiquilla descubierta en medio de una travesura, el veterano razonó que aquello que había dicho Pacheca tenía pocos visos de ser verdad, porque la edad le había enseñado que a los poderosos solía aquejarles una singular dolencia por la que se ponían malos cuando pensaban en alguien distinto de ellos mismos. Pero no se molestó en comentarlo.

En lo que ninguno de ellos pensó fue en el corregidor de Madrid, Diego Martínez, que ya había empezado a mover los hilos tal y como Hortuño le había forzado a hacer.

Pacheca estaba en lo cierto: los rumores en la corte se habían extendido enseguida. La desaparición del ilustre secretario y la menina había levantado suspicacias fomentadas por la muerte del mozo de espuelas; en cuanto fuese pública la versión de Constanza de Accioli, Hortuño necesitaría una profunda madriguera. Sin embargo, Diego Martínez se había asegurado de salir ganando con todo aquello.

De no haber sido porque el último en hacer uso de aquel cuarto oculto había sido descuidado, Saigo no lo hubiera descubierto. En todo el caserío destacaba la

perfección con la que se habían empleado los carpinteros. Cada viga y travesaño encajaban pulcramente, con junturas por las que no hubiera podido deslizarse un pliego del papel más fino; y el entramado del techo, acoplado con exquisitez, jugaba con las vetas de la madera descubriendo delicados dibujos. Solo aquel panel mal encajado le había permitido intuir al *ronin* que había algo raro al fondo de la estancia.

Golpeó suavemente y el sonido hueco que recibió como respuesta resultó gratificante. Aunque parecía una sección más del tabicado interior que sostenía las correderas, aquel era un tramo falso que, sin duda alguna, escondía una estrecha habitación secreta, probablemente un requisito del *daimyo* del clan Chosokabe, como el *piso de ruiseñor*. Un escondrijo en el que resguardar algo de valor, o incluso unos pocos hombres de confianza ante una recepción sobre la que hubiera albergado dudas.

Tanteó la pieza con suspicacia, no quería dejarse sorprender por una nueva argucia dispuesta para delatar ladrones y espías. Algo tan simple como una campanilla con un cordel bastaría para ponerlo en aprietos.

Tras meter los dedos en el resquicio junto al pilar de madera oscura encajado en la pared exterior, fue tirando poco a poco, haciendo presión con las yemas en el borde mismo, al tiempo, observaba a la luz del farolillo la rendija que se iba ensanchando.

No sonó ninguna alarma. Y, al terminar, se encontró con un cuarto alargado y oscuro en el que apenas había más que un par de cajas lacadas y una vasija de humilde factura que destacaba por parecer fuera de lugar. El aire pesaba, cargado con un olor punzante que le resultó familiar pero que no supo identificar.

Cerró el panel tras de sí y aguzó el oído, cuando se convenció de que seguía sin llamar la atención de los guardias, se puso a examinar más detenidamente la pieza. Como había supuesto, cuatro hombres armados y colocados en fila hubieran podido resguardarse dentro esperando la orden de su *daimyo* de acabar con un invitado inoportuno.

Al tomar el jarro en las manos sintió el lastre que lo llenaba y escuchó un ruido acuoso que revolvió el tufo salobre que había percibido al entrar. La boca estaba cubierta por un lienzo doblado, amarrado con una cuerda de paja que ceñía el reborde cerámico.

Antes de deshacer el nudo, se fijó en cómo había sido atado para poder repetirlo y, finalmente, pudo iluminar el interior con el farolillo.

Mientras el *ronin* trasteaba en el cuarto secreto del caserío, Obata Kanegori, tambaleándose, intentaba no perderse en el laberinto de calles del corazón de Kyoto. Caminaba desde la mansión de la glicinia. Procuraba que las nieblas del *saké* no le permitiesen olvidar el mensaje que Honda Kazumasu le había dictado para ser enviado hasta Edo. Debía escribirle al señor Date, y la embriaguez hacía que Obata sintiera una inmensa pereza ante la lista de tareas necesarias para transcribir la

misiva: codificarlo, convertirlo en una miniatura, elegir la paloma. Lo único que le apetecía era tumbarse y dormir hasta que los efluvios del vino de arroz abandonasen su cuerpo.

La incertidumbre duró solo un instante. En un líquido ambarino, en el que flotaban inmundicias y espumarajos, descansaba una cabeza deformada; envuelta en una red deshilachada de negros cabellos sueltos, marcada por un rictus de horror ya tumefacto. En uno de los ojos, los párpados entrecerrados dejaban ver la neblina enrojecida de la muerte cubriendo el iris, de un color oscuro inidentificable, zurcido por hilos castaños que habían sido venas. Al mover la vasija, los despojos de su interior se agitaron y Saigo pudo ver el cuello. Terribles laceraciones terminaban en picudos colgajos sanguinolentos que oscilaban como un macabro collar en la espesa salmuera. Era, sin duda, la cabeza aserrada de Ishida Mitsurani.

El *ronin* no se incomodó ante la tétrica imagen, sino ante las implicaciones de lo que acababa de descubrir.

Aparentemente no tenía sentido, si los hombres de Honda Kazumasu habían encontrado ya los restos del magistrado, Saigo no podía comprender por qué no lo habían hecho público. Toda la ciudad llevaba meses revuelta; en nombre de Tokugawa Ieyasu, la patrulla barría una y otra vez los mismos barrios y lugares preguntando insistentemente, interrogando a cualquiera sobre el que se vertiera la más mínima sospecha, buscando el rastro de los irreverentes ladrones que habían privado al vencedor de Sekigahara de su trofeo.

Obata Kanegori pasó ante la boca de un callejón del que salió corriendo un gato listado como si un maligno *kami* lo hubiese pateado. Tras él se oían los maullidos encelados de una gata y el ronco gruñir de otro macho.

En el interior del caserío los centinelas seguían con sus rondas y el personal de servicio descansaba, solo quedaba despierta una mocita en la cocina, preparada por si los inquilinos llegaban y deseaban un tentempié antes de acostarse.

En el cuarto secreto de la segunda planta, Saigo razonaba sobre lo que acababa de averiguar. Al pensar en las posibles motivaciones del antiguo regente para haber ordenado a sus hombres que ocultasen el éxito, recordó la velada de los combates de arañas. Tokugawa Ieyasu había demostrado en muchas ocasiones a lo largo de los años su capacidad como estratega y su inacabable paciencia.

—A ti también te va a tocar pasar la noche solo —le gritó entre risas al felino que huía—. Si quieres, ven conmigo, creo que habrá algo de vino en la casa…

Pero el gato ya estaba dos esquinas más allá, lamiéndose diligentemente las heridas de un flanco, donde los zarpazos del macho rival le habían alcanzado.

—No te preocupes —siguió hablándole al animal, que ya no podía oírlo—, para capturar al cachorro hay que entrar en la guarida del tigre, ¡otra noche tendrás más suerte!

Se lo dijo tanto al cazador de ratones como a sí mismo, esperando que en próximas veladas no se viera obligado a abandonar el *mundo de los sauces*. Luego se rascó groseramente el cogote deshaciendo aún más el moño, levantó ligeramente un pie y dejó escapar un estruendoso cuesco, volvió a reírse y, tras sacudirse la pereza agitando los hombros, cruzó la calle hacia el caserío de los Chosokabe. Que estaba frente a él. A apenas una docena de pasos.

Inmerso en sus dudas, Saigo volvió a tapar el cántaro y, sin dejar de darle vueltas a lo que acababa de ver, forzó una de las cajas lacadas usando las ganzúas. Había recado de escribir: solo unos pinceles, unas cuantas piedras de tinta y unos pliegos de papel, incluyendo diminutas tiras preparadas para meter en los canutillos que se ataban a las patas de las palomas mensajeras.

En la otra, con un curioso sistema de cerraduras dobles que le costó un buen rato abrir, había unos cuantos legajos a medio completar, ristras de sílabas sueltas dispuestas en toscas cuadrículas.

Estaba mirando, intentando descifrar aquellos garabatos, cuando comprendió. Todo encajaba. De repente, olvidándose de aquellos papelajos, el *ronin* entendió la estratagema empleada por Tokugawa Ieyasu.

Había sido el propio regente el que había organizado, de principio a fin, todo el asunto. La maniobra le permitía al futuro *shogun* descubrir a amigos y enemigos en la ciudad imperial. Con aquella pantomima, y la vasija le daba a Saigo cuanta certeza necesitaba, Tokugawa Ieyasu había cribado Kyoto consiguiendo averiguar quién, en aquellos tiempos en que las brasas de la guerra civil aún podían reavivarse, estaba dispuesto a apoyarlo en sus pretensiones de convertirse en *gran general.*

En la planta baja del caserío, Obata Kanegori tanteaba ya los peldaños de la escalera para ascender, al tiempo, repasaba una vez más el mensaje dictado por Honda Kazumasu.

Sexto magari

VOLUNTAD

… que no me deje perecer
en esta prisión donde agora me llevan…

MIGUEL DE CERVANTES,

¡Ayudadme! ¡Por el amor de la Santa Providencia! ¡Ayudadme! —seguía gritando Crisóstomo Fernandis con la voz ronca.

A su alcance no tenía más asideros que los recovecos afilados de una rocalla demasiado grande para abarcarla con los brazos. Las lapas y los racimos de moluscos laceraban la piel, el hábito empapado tiraba de él hacia el agua. Cada vez que intentaba agarrarse, sus manos, acostumbradas a rosarios y bendiciones, terminaban soltándose; parecía que el peñasco fuese una olla calentada a fuego vivo.

Según él mismo creía, si había salido con bien del naufragio, no podía ser sino por gracia divina, pues el buen Señor no hubiera abandonado a uno de sus siervos más devotos. Pero si no lo auxiliaban pronto moriría.

—¡No sé nadar! ¡Ayudadme!

El fraile había sentido cómo, en medio del océano, la costa más cercana quedaba a miles de leguas; y no se había preocupado por aprender siquiera a mantenerse a flote. Si había que ahogarse, más valía evitar una larga tortura braceando hacia una tierra firme inalcanzable y perecer de agotamiento.

En ese momento se arrepentía de su mal juicio. Con ser capaz de cubrir las veinte brazas que separaban su asidero de las aguas someras podría alcanzar la salvación.

Por el contrario, el alférez había aprendido a bracear en el río cuando era solo un niño. Para disgusto de su aya y enfado de su severo padre al descubrirse la travesura, se había escapado más de una vez con los hijos de los palafreneros del pazo bajo el escudo de los Hernández de Castro. Había pasado muchas tardes de verano combatiendo el calor en las represas anguileras que abundaban en las cercanías de Monforte. Incluso en alguna de ellas, a regañadientes, Hortuño de Andrade había sido un compañero más; aunque aquel chicuelo enclenque siempre se había apresurado en apuntar que no era propio de gentes de su condición perder su asueto entre ahogadillas compartidas con los mozos del servicio. Más de una vez había tenido Dámaso que salir en defensa de su amigo para que los demás zagales no le dieran una lección por repeinado.

Sin embargo, aquella mañana, aun a pesar de que la distancia no era mucha, el antiguo furriel no las tenía todas consigo. El jesuita parecía a punto de desmayarse y a Dámaso no se le escapaban sus propias flaquezas; su estado era lamentable y las fuerzas que había sentido nada más despertar en la playa parecían haberse esfumado.

Ahora, que estaba al abrigo de la irregular sucesión de rocas que despuntaba en la arena para internarse en el océano, ya no podía ver a ningún otro de los supervivientes. Para pedir ayuda debía volver sobre sus pasos y rodear una vez más la cadena de peñascos; y el tiempo corría en su contra, el jesuita se ahogaba y él quería continuar buscando a Martín.

Estaba seguro de que no podría cargar con el fraile. Así que el contador miraba en

derredor buscando algún madero o barril con el que ayudarse.

—¡Ahora voy! —le gritó al ignaciano para intentar tranquilizarlo—. Estaréis a salvo en un santiamén —le prometió con voz ronca, comida por el salitre de las bocanadas de agua que no recordaba haber tragado.

Quería encontrar a Martín, saber si todavía seguía con vida; pero aquel tonsurado era el único que conocía el idioma del Japón. Lo necesitaba.

—¡Ay, hijo mío! Eso piensan los pecadores antes de confesar… —logró decir Crisóstomo, en apenas un susurro que solo escucharon los mogotes de mejillones.

En tanto Dámaso buscaba con afán alguna boya de la que ayudarse, Bartolomé caminaba por la playa en dirección a la fila de peñas tras la que había visto pasar al alférez. Rumiaba lo que haría intentando idear un modo para que la muerte del joven pareciese una de las muchas que había causado el naufragio. Podría arreglárselas si lograba aprehenderlo desprevenido.

En su camino, enredado en unos manojos de algas, se topó con un tramo del candelero del patache. Miró a ambos lados. Los lugareños se afanaban en las tareas de socorro y no le prestaban atención. Entre los náufragos conscientes unos pocos rezaban juntando las palmas y cerrando los ojos; otros lamentaban su suerte señalando los restos de la nao; algunos vociferaban discutiendo: de un lado los que renunciaban a toda esperanza por regresar desde aquel país de herejes, de otro los que se empecinaban explicando que podían construir un nuevo barco o hacer por llegar hasta el puerto de Nagasaki. En el extremo del roquedal, el ignaciano parecía haberse desmayado y Dámaso quedaba oculto por alguna de las peñas. Nadie le prestaba atención y Bartolomé de Palos se agachó para coger uno de los barrotes del barandal. Al alzarse, lo pegó al antebrazo con disimulo y siguió caminando.

Junto a la hilera de rocallas, el antiguo contador advirtió algo más allá: un barril que iba y venía con el oleaje, rodando sobre la espuma que se repartía por donde el agua se desvanecía en la arena.

Aparte de los náufragos, los japoneses también lidiaban con sus propios problemas. Allá donde la playa empezaba a perder identidad, en la franja en que la arena se diluía entre grava y arbustos de artemisa, junto a unas matas de carrizo, dos hombres de cierta edad conversaban con rostros tensos. Los ojos sesgados estaban tejidos por arrugas llenas de preocupación.

Uno de ellos, que no tenía otro nombre que el de Mura, ni otra dignidad que la del trabajo duro de cada día, cargaba además con el peso de ser el responsable del poblado para con el *daimyo*.

Mura era hijo y nieto de humildes pescadores; y aunque su padre había luchado en las guerras civiles cuando los campesinos de manos encallecidas todavía podían aspirar a portar un sable, la breve paz que había traído Oda Nobunaga lo había condenado, como a muchos otros, a regresar a la esclavitud de la mar. Era un hombre

contraído, de espalda vencida y hombros robustos. Se había pasado toda su vida remando de sol a sol. Y, al levantarse aquella mañana antes del alba, la alegría de que la tormenta no se hubiera llevado a ninguno de sus paisanos se había disipado al descubrir lo que el océano había arrojado en la costa: problemas.

Había reaccionado ordenando a todos en el pueblo que ayudasen a los náufragos; había sentido una inmediata piedad por los marinos de la nave zozobrada. Pero ahora que el *karma* había decidido qué luces se apagarían para siempre y cuáles seguirían brillando por un día más, el apremio por las decisiones que debía tomar le preocupaba.

Tras la batalla de Sekigahara, muchos de los señoríos habían cambiado de manos a capricho del vencedor. Las fronteras no estaban claras y los derechos sobre cada feudo, sujetos a maledicencias.

Aquellas tierras, en el extremo de la pequeña provincia de Shima, correspondían al *daimyo* Kuki Moritaka, que había apoyado a Tokugawa Ieyasu y a sus *ejércitos del este*; sin embargo, el padre y antiguo señor feudal, Kuki Yoshitaka, había sido uno de los partidarios del joven heredero del *taiko*, como resultado, vástago y patriarca habían luchado en bandos opuestos en la última guerra civil. Una disputa familiar que a punto había estado de causar la desgracia de todos y cada uno de sus súbditos en el ligio de Shima. Pero que una vez más había demostrado la capacidad de adaptación del clan Kuki, quienes siempre se habían mostrado especialmente hábiles para inclinarse según soplase el viento, ya desde los tiempos en los que sirvieran de piratas a las órdenes de Toyotomi Hideyoshi.

Ahora, acorde a los dictados de Tokugawa Ieyasu, aquellas tierras correspondían, como recompensa por su alianza, al leal hijo Kuki Moritaka. Pero aun así, Mura temía los recelos del vencedor de Sekigahara. Por eso, con otro de los pescadores de mayor edad, otro más con cuadriles desfondados por el remo y manos curtidas por las redes, valoraba sus opciones. Los dos discutían sobre qué hacer y a quién avisar, lanzando temerosas miradas de reojo a la impresionante silueta de la fortaleza de Toba, la cual les recordaba su condición de meros plebeyos sujetos a la voluntad de los señores *samurai*.

Mura intentaba decidir si debían informar al señor del castillo, o si sería mejor enviar un mensaje directamente a Edo. Temía que la opinión de Tokugawa Ieyasu sobre el clan Kuki volviese a cambiar y que hubiese represalias si llamaban al alcázar de Toba. Aunque, por otro lado, si sorteaban a su *daimyo* y le notificaban el naufragio solo a quien se postulaba como *shogun*, también corrían el riesgo de que fuese el propio Kuki Moritaka quien se sintiera ultrajado.

Mura estaba tan contrariado que no tuvo tiempo de extrañarse cuando apareció por allí un bonzo con *labio de liebre*; el peregrino pasó de largo sin otro saludo que una leve inclinación de cabeza.

Al llegar cerca de aquel roquedal que zurcía la playa, el monje Zongji advirtió cómo, por delante de él, caminaba también el *gaijin* al que había visto ser rescatado. Y pensó que quizá tendría en mente agradecerle al otro forastero que le hubiese salvado la vida. Luego se dio cuenta de que la tensión le atenazaba los hombros y de que, disimuladamente, portaba una vara corta intentando esconderla entre el costado y el antebrazo. Miraba a un lado y a otro.

—Los huevos y los juramentos se rompen igual de fácil —se dijo a sí mismo Zongji al barruntarse malas intenciones.

Tras haberla sorteado el extranjero, la hilera de peñascos le impidió ver a Zongji como era recibido por el otro barbudo y el bonzo apuró el paso.

—Si me ayudáis será mucho más fácil —le gritó Dámaso al onubense cuando ya tenía el agua por la cintura y el barril flotando frente a él—, mucho más fácil…

No había hecho comentario alguno para apuntar que había sido él quien lo salvara. Había sacado al de Palos de una poza entre rocas donde podría haberse ahogado en cuanto la marea empezase a subir.

—Lo lamento, creo que me he lastimado el hombro —mintió Bartolomé intentando distinguir si el jesuita había sufrido un vahído—. Va a serme imposible, pero regresaré a ver si encuentro ayuda —añadió como si tuviese la intención de volver a la zona de la playa donde estaban el resto de los náufragos.

Zongji se percató de que el religioso extranjero, exhausto, con los ojos cerrados, apoyaba el rostro en la roca a la que se había encaramado; mientras, el más bajo de los forasteros dio unos pasos al frente en el agua, hacia el joven que se disponía a echarse a patalear usando una extravagante *baketsu* para ayudarse a nadar. Los oyó hablar. No entendió lo que decían, pero intuyó lo que harían.

No conocía las costumbres de los *gaijin*. No podía saber si aquel hombre actuaba a traición, o si era un señor feudal ejerciendo su derecho a impartir justicia. Los hábitos de los forasteros eran extraños, quizá aquel hombre de piel oscura estaba en su derecho de matar al más alto.

Finalmente, como Zongji no podía saberlo, se decidió por una solución intermedia. Mojándose apenas los pies en el oleaje, alargó su vara y tocó suavemente la espalda de aquel hombre antes de que el brazo en el que sostenía el barrote de madera pudiese alzarse peligrosamente sobre la cabeza del que se echaba a nadar. Era algo atrevido, pues si el forastero era un *daimyo* con pleno derecho a juzgar digna la vida de sus plebeyos, aquello que iba a hacer el bonzo resultaría una ofensa imperdonable; pero el monje empezaba a estar bastante seguro de que no sería así.

Al tiempo que lo tocaba con la contera de su vara, Zongji ensayó su mejor sonrisa y se inclinó respetuosamente. Bartolomé, sorprendido, se volvió de golpe.

—*Ohayogozaimasu* —saludó con un amago del tono melifluo y cortés que hubiera sido apropiado para desearle un buen día a alguien respetable.

Al no conocer el idioma, el onubense no percibió el cinismo.

Dámaso, ayudándose del barril, comenzó a nadar dejando aquella curiosa escena tras de sí.

No había tenido tiempo para volver a pensar en la terrible advertencia que Martín le había dado poco antes del naufragio. Tras recobrar el sentido, no había cejado en su empeño por encontrar a su amigo; y seguía sin saber si estaba o no entre los fallecidos. Estaba deseando auxiliar al jesuita para continuar buscando al madrileño.

El padre Crisóstomo, divagando en los efluvios de la consciencia, aún tardó en percatarse de que venían a por él. Seguía aferrado a aquella roca como una beata al rosario en misa de difuntos.

En la cala, Sebastián Vizcaíno protestaba indignado porque un hombre de su posición hubiera sido obligado a terminar empapado y rebozado en arena en aquella condenada playa; ninguno de los supervivientes le prestaba atención.

Mura tomó la decisión que le pareció más acertada, la única con la que podía estar razonablemente convencido de que la seguridad del pueblo quedaría garantizada. Enviaría dos mensajes: uno al castillo de Toba y otro a Edo. Avisaría al vencedor de Sekigahara de que un barco extranjero había zozobrado en la provincia de Shima. Y, al tiempo, daría recado en el castillo de su feudo; no solo notificando el naufragio, sino también especificando que, con el ánimo de ayudar y resultar diligente, había ordenado que se llevase una copia de la misiva a la capital de Tokugawa Ieyasu.

El de Palos no había entendido ni una palabra. Y en el silencio de la respuesta que no supo dar, oyó los chapoteos de Dámaso al alejarse.

Sobre la estrambótica sonrisa, deformada por un labio superior abierto, dos ojos almendrados se entornaban en una expresión desconocida. Y, tras el hombre, vestido con algo similar a unas calzas y a un jubón de naranjas desvaídos, Bartolomé, *el Santo*, veía las siluetas de unas construcciones de aspecto enclenque que jamás hubiera imaginado. Aquel personaje estrafalario con aspecto de cuelgacapas continuaba hablando, pero el onubense no comprendía. De pronto, mientras disimulaba escaqueando el garrote tras la espalda, el de Palos tomó conciencia de que estaba en un lugar del que nada sabía.

El capitán Salcedo era un borracho que, probablemente, se había quedado en las bodegas del San Jacinto. Vizcaíno, un petimetre que no hacía otra cosa que lamentarse y que había renunciado a aprovecharse de las lecciones que el ignaciano Crisóstomo había impartido a bordo. El propio jesuita podía no salir con bien de aquello; echó la vista atrás y lo vio desfallecido sobre la roca, más allá de las brazadas del alférez.

Había oído aquella terrible historia sobre la crucifixión de los conversos de Nagasaki, conocía la fama del trato de los japoneses hacia los extranjeros.

De nada le servía el generoso pago prometido por De Morga si no podía volver a Manila. Por poco que le gustase, Bartolomé de Palos hubo de asumir que, al menos por el momento, necesitaba a su oficial en jefe con vida.

Constanza perdió la concentración por un instante. El modo en que Gaspar apretujaba el ajado sombrero la obligó a sonreír. Ni la propia Pacheca, ni los demás presentes parecían advertirlo y Constanza pensó que, quizá, hacía falta estar enamorado, como ella misma, para darse cuenta de que una mirada o un gesto podían significar tanto como el más apasionado de los discursos.

—… de ningún modo, ¡no! Si así lo hiciéramos se pondría en entredicho a su majestad, ¡bastante tenemos ya! —recalcó sin más especificaciones la dama María de Sidonia; todos sabían de las coplillas y befas que circulaban por Madrid a causa de la aparente pasividad del monarca Felipe, y ella no parecía dispuesta a darles nuevos motivos a los irrespetuosos para componer más sátiras—. Esto no puede convertirse en un asunto público, bajo ningún concepto. ¡Sería un escándalo! ¡No lo consentiré! ¿Acaso pretendéis avisar a los pregoneros de la Puerta de Guadalajara para que lo canten a voz en grito?

»No. Hay que resolverlo —concedió—, pero hay que hacerlo sin que se entere hasta el último mendigo de la plaza Mayor…

Las altisonantes afirmaciones de la dama de compañía preferida de la reina Margarita sacaron a la menina de su abstracción y Constanza retomó el hilo de la conversación. Pero no se atrevió a intervenir. A ella no le importaban las consecuencias políticas del escándalo que estaba por estallar, solo le preocupaba el cómo iba a evitar que matasen al hombre al que amaba.

—¡Pero ese… ese…! —Pacheca vaciló, sin atreverse a perturbar las maneras propias de palacio pronunciando sin recato los calificativos que le hubiera gustado dedicar al indeseable Hortuño de Andrade—. ¡No puede quedar impune! Lo que ha hecho es terrible, ¡terrible! Debe ser castigado.

Sin siquiera ser consciente de ello, Gaspar asintió levemente. Estaba de acuerdo con las firmes palabras de Pacheca, que había alzado la voz hasta el límite de lo que resultaría decoroso en los que eran, al fin y al cabo, los aposentos de la monarca.

El galopín, que ahora se hurgaba la nariz sin atender a la discusión, era quien los había llevado hasta allí.

Como decían los marinos, el muchacho se había librado por los pelos de que lo pillasen; y en la cabrera del veterano les había confesado ser uno de los que se habían robado parte de los cortinones de la galería del Cierzo.

—Además de un repostero de bellos escudos —había puntualizado para escándalo de Pacheca.

Y ante aquella sorprendente revelación ni siquiera Gaspar había logrado adivinar las intenciones del mocoso, sin embargo, mientras el viejo soldado se servía un poco

de aguardiente y Pacheca cambiaba los vendajes de las muñecas de su pupila, el muchacho Ruy, contento de ayudar a la joven Constanza, había admitido que estaría encantado de desvelarles cómo habían logrado él y sus compinches sacar su curioso botín del Palacio Real. El chico había empezado excusando su delito con la escasa paga que recibían, como si necesitara la aprobación de los adultos para expiar su felonía, pero, después de que Gaspar tuviese tiempo de mediar sus reservas de orujo, les había expuesto su idea: usar una vieja montonera de escombros que disimulaba uno de los desaguaderos de la torre a la que llamaban de Carlos I. Con todas las obras y reformas que llevaban haciéndose durante años en el palacio, si uno se aprovechaba de la amistad de albañiles y artesanos, podía descubrir interesantes recovecos; y aquel angosto respiradero, a saber por qué pago pendiente, había quedado sin enrejar.

El crío, de ojos hundidos y nariz aguileña como tope a un rostro redondo y pequeño con aires de mochuelo, tras escuchar las divagaciones de los adultos en la casucha del viejo soldado, les había explicado así cómo podían hacer para llegar hasta la *torre de la reina*. Aunque se había abstenido de mencionar que el estrecho desaguadero le iría un poco justo a la dueña.

Lo que el galopín no les había dicho, porque no podía haberlo sabido, era que, cinco días más tarde, cuando Constanza estuvo lo suficientemente recuperada para acometer el trayecto, la reina Margarita habría empezado con las labores de su primer parto. Asunto que retrasó el traslado de las cohortes reales a Valladolid y gracias al cual encontraron los pasillos alborotados y el palacio revuelto en un indecible maremágnum de sirvientes a la carrera que, afortunadamente, les sirvió para encubrirse, pero que también impidió que pudiesen entrevistarse con la monarca.

A la preferida de la reina le había faltado un suspiro más para que le diera un soponcio cuando el galopín, escondido tras una columna y dejando la voz escurrirse bajo un susurro, le había reclamado atención. Era un atrevimiento inconcebible, peor aún, cuando reconoció al crío como uno de los que el bureo de mayordomos había investigado por el robo de las tapicerías de palacio, poco le había faltado para llamar a la guardia; algo que Ruy solo había podido evitar al entregarle una nota manuscrita de Constanza de Accioli.

Y allí estaban, sucios y empapados por su trayecto a través del escurridero, pero sin contratiempos; cansados, a excepción de Gaspar de Silva, que parecía capaz de caminar de ida y vuelta hasta Finisterre sin siquiera tener que sacarse el sombrero para enjugarse el sudor de la frente.

Recelosa, María de Sidonia había decidido fiarse y ahora, tras haber escuchado el espeluznante relato de la menina siciliana, calibraba el impacto de aquellas revelaciones. Especialmente de cuanto Hortuño parecía haber confesado.

—No estoy diciendo que ese malandrín vaya a quedar sin castigo —aclaró María de Sidonia envarándose con una mirada de reconvención con la que apuñaló al aya—.

Claro que no, pero antes que una dama de compañía, que el valido o que cualquiera, está la corona ¡por encima de todo! Y no podemos llevar este asunto pensando únicamente con el corazón —añadió concediendo una única mirada compasiva a Constanza—. Cuando hable con su majestad —continuó con acritud—, no pienso pedirle que se preocupe por los desmanes de esa sabandija, al menos, hasta que sepamos algo más sobre la corrupción del duque de Lerma y los suyos… Eso es lo más importante, descubrir si podemos usar algo de todo esto en provecho de la corona.

Estaba contenta de poder darle a la reina una excusa para poner en entredicho al duque de Lerma y a su camarilla de indeseables.

—Debemos pensar antes de actuar —insistió la dama María—. Hay que decidir a quién acudimos, si dejamos caer este asunto en manos inadecuadas podría resultar que previniesen al valido y todo quedase en agua de borrajas. Deberíamos, en primer lugar —puntualizó—, encontrar ese caserío en la calzada a Segovia, con eso tendríamos pruebas para una acusación… Y no podemos olvidarnos de sus cómplices, debemos saber quiénes son sus contactos en las Indias y en los Consejos.

Constanza comprendió con desazón que, por las tornas que tomaba la conversación, a María de Sidonia le preocupaba bien poco lo que le sucediese a ella o, lo que era más importante, lo que pudiera acaecerle al hombre al que amaba. Por eso mismo, aunque hasta aquel instante se había limitado a responder a la retahíla de preguntas a la que la habían sometido, la menina se decidió a hablar:

—Pero ¿cómo avisaremos a Dámaso de que está en peligro? Hay que mandar recado a Sevilla, debemos enviar un despacho a las Filipinas, quizá —quiso aventurar fruto de la esperanza—, quizá todavía esté en Manila, puede que no hayan tenido tiempo de organizar esa expedición al Japón…

Fue alzando la voz presa de la impaciencia; sin querer admitir que, en los largos meses transcurridos, aquella condenada travesía había tenido ocasiones de sobra para completarse. Cohibida, calló de pronto.

—Ahora mismo hay asuntos más importantes que el destino de un simple furriel de Flandes en un lugar como el Japón —espetó la dama María sin ambages—, ¡mucho más importantes!

La siciliana fue a hablar y se contuvo, apretando los labios en una mueca que no consiguió afearle el rostro. Había albergado el tímido anhelo de que todo se resolviese cuando llegasen a palacio.

Pacheca la miraba consternada, como si realmente comprendiese su zozobra. María de Sidonia la observaba con altivez y un cierto desprecio pendido en su expresión. Gaspar de Silva, sacado de sus ensoñaciones, consideraba las palabras de la menina; tristemente, la edad le daba la razón. En la corte, las desgracias de la joven Constanza solo tenían valor porque, para aquellos cercanos a la soberanía de la

corona, el vil comportamiento del secretario del valido les permitía mover piezas a su favor en el tablero del poder.

—¡No! ¡No! Tenemos que mandarle aviso, puede que aún no sea tarde —insistió la siciliana con el apremio rizándole la voz.

Tenía las manos alzadas en un gesto de súplica que, sin querer, mostraba las terribles heridas de sus muñecas; ya no llevaban vendajes pero seguían tiernas e inflamadas.

Ante el rostro impasible de María de Sidonia, tan tiesa como para no pretender fingir siquiera que el tal alférez de los Tercios, Dámaso Hernández de Castro, a miles de leguas, la inquietaba al menos un poco, el viejo soldado sintió una honda conmiseración por Constanza.

—Una vida tiene que ser más…

Quiso alegar la joven sin verse capaz de terminar su discurso bajo la mirada de reconvención de la otra dama de compañía.

—¡Basta! Si algo puede hacerse, ya se hará —habló María de Sidonia con la frialdad de un sargento de picas curtido en mil asedios—. Por el momento, como ya se ha dicho, hay otros asuntos de los que ocuparse. Y son ciertamente delicados, pues debe elegirse con tino el modo de proceder…

—Pero, pero… ¡No puede ser! ¡Tenemos que enviarle recado! ¡Van a matarlo! —gritó Constanza al borde de las lágrimas.

Pacheca incluso se guardó la regañina que, en otras circunstancias, le hubiera soltado a su pupila por comportarse con tan poco decoro. Gaspar negaba suavemente moviendo el mentón punteado de la barba cana que, milagrosamente, encontraba su camino entre los cientos de arrugas que rielaban en los alrededores de su boca.

—¡He dicho que basta!

La favorita de la reina Margarita se puso en pie y se recolocó un mechón de cabello que se había escapado de su recogido con la excitación.

—¡Es suficiente! Ya se verá —insistió—. Ahora mismo está naciendo el heredero a las coronas de Castilla y Aragón, el futuro rey del imperio español. Y un escándalo como este no puede tratarse a la ligera. No permitiré que la reina quede en entredicho una vez más. Todo este asunto se usará como más convenga, y punto.

En ese momento llamaron a la puerta y, tras el adecuado momento de espera, un lacayo entró. Era un hombre anodino, con la expresión reservada de la experiencia en quienes tienen la obligación de enterarse de todo pero no hablar de nada. Miró a María de Sidonia y carraspeó sin querer decir en voz alta lo que le había traído hasta allí.

La dama de compañía avanzó unos pasos y escuchó al sirviente. La noticia tenía a su vez relevancia para lo que acababan de contarle; pronto empezarían las negociaciones para concertar la boda, pues María de Medici también estaría a punto

de dar a luz. Y si nacía un varón, no se podía consentir que en la monarquía del país vecino se planteasen problemas al enlace porque en la corte española la corrupción campase a sus anchas. La hija de Margarita de Austria y el tercer Felipe en el trono de las Españas se casaría con el delfín.

—Su majestad ha dado a luz a una pequeña sana que, si Dios quiere, será reina de Francia —dijo con solemnidad—. En cuanto lo considere prudente, pondré a su señora al corriente. Por el momento, no podréis abandonar el palacio, diré que os den acomodo adecuado. Aquí, ella estará a salvo —apuntilló refiriéndose a Constanza.

Terminado su discurso, María de Sidonia recompuso su golilla y salió de la estancia siguiendo al criado. No les dedicó siquiera una última mirada.

Gaspar intuyó que, con aquel último gesto, la dama de compañía les estaba anunciando que estaban retenidos en palacio hasta considerar que podían campar a sus anchas sin hacer peligrar aquella oportunidad de desbaratar al valido. Tuvo la sensación de que la favorita de la reina quería a la joven siciliana en el alcázar, pero no por la seguridad de la menina, sino para controlar cómo y cuándo usaría lo que ahora tenía en contra del duque de Lerma.

Apabullada, sin atisbar la verdad con tanto acierto como lo hacía el veterano, Constanza intentaba asimilar que sus esperanzas por salvar a Dámaso se convertían en cenizas al viento.

Consciente de que el tiempo corría en su contra, el *ronin* hizo un esfuerzo por olvidarse de la cabeza de Ishida Mitsurani y cuanto acababa de descubrir. Aún debía examinar aquellos papeles garabateados.

Ante él, en la segunda de las cajas lacadas, tenía viejos mensajes a medio transcribir; borradores dejados atrás por algún descuidado. No había orden aparente, más bien parecían abandonados a toda prisa por alguien deseoso por concluir la tarea.

Lamentablemente, no tuvo ocasión. Cuando apenas había podido leer unas cuantas palabras sueltas, una cacofonía de chirridos trajo el peligro. Alguien caminaba sobre el *piso de ruiseñor*.

Sin otra opción, Saigo Hayabusa eligió uno de aquellos legajos: uno escrito con abundancia por ambas caras. Lo guardó doblado bajo la pechera.

Cerró ambas cajas y procuró dejar aquel cuarto tal y como lo había encontrado. Sacó del fajín uno de los *boshuriken*, se giró hacia la entrada e intentó aquietar su respiración para hacer el menor ruido posible. Aun pese a la amenaza, por el momento, prefirió aguardar y tentar la suerte, quizá el que caminaba por el corredor no se dirigía hacia allí.

Obata Kanegori canturreaba burdamente una de las últimas tonadas que había escuchado en la mansión de la glicinia. Despejado tras el largo paseo, dudaba si pedir un jarro más de *saké* antes de acostarse, en cuanto hubiese enviado el mensaje que le habían ordenado.

El *ashigaru* oyó el bisbiseo de una corredera al abrirse y percibió el cambio en el sonido de las pisadas que se aproximaban. El rechinar disonante del entarimado del *piso de ruiseñor* pasó a la sincopada percusión de la tarima del distribuidor y, por último, se transformó en impactos mullidos por las gruesas esteras de paja que cubrían el suelo de las habitaciones.

Por si acaso, no sin renuencia, Saigo había trenzado una gavilla de paja de arroz; seca y embreada. Incluso húmeda prendería. Era una medida desesperada, a la que solo recurriría si terminaba acorralado, sin otro remedio para garantizar la huida. El fuego intencionado era un crimen imperdonable, se extendía devastando pueblos y consumiendo las livianas viviendas de madera de cualquier ciudad. Aun así, por más que le doliese, no iba a permitir que lo capturasen; si era necesario calcinaría el caserío.

Las pisadas se detenían; una larga y sibilante ventosidad se siguió de un bostezo terminado con un burdo gañido.

—Traed un jarro de vino de arroz —gritó el gordo *samurai* hacia sus espaldas sin preocuparse de si alguien lo había oído o no—. ¡Y que esté caliente! —precisó rascándose ruidosamente una nalga.

En cuclillas, apagó de un suave soplido el farolillo que portaba y recolocó de nuevo la afilada aguja entre sus dedos y la palma.

Obata Kanegori sacudió con brusquedad su cabeza mientras resoplaba. Ya paladeaba el *saké* pedido. Sorteó el biombo de la mayor de las estancias, la que usaba como dormitorio Honda Kazumasu, y se aproximó al panel que ocultaba el compartimento secreto. Antes de abrirlo, se refregó con fruición una vez más.

Escuchó como trasteaban con la puerta disimulada de su escondite. Cerró los ojos, dejó salir lentamente el aire de sus pulmones, asentó el dardo que apoyaba en su mano derecha. Percibió la tibieza del metal, le había robado calor a su piel. Los músculos de su hombro comenzaron a tensarse.

El panel se abrió y Obata no vio a la muerte acercarse; sus ojos no distinguieron al *ronin* agazapado en la oscuridad.

Soltó el brazo como un látigo y el venablo hendió el aire. La aguja se clavó en la papada del grueso *samurai* y, al instante, Obata Kanegori se llevó la mano a la herida; el vástago sobresalía entre sus dedos rechonchos. Empezó a manar un cuchicheo ininteligible entre borbotones carmesí.

Vio como su enemigo se tambaleaba y caía con estrépito hacia atrás, justo cuando una luz ambarina inundó la estancia. Alguien prendía los faroles del corredor.

Obata Kanegori intentaba respirar sin comprender que el hálito que tanta falta le hacía no encontraba su camino a través de la garganta perforada. La sangre se filtraba en el prieto entramado de paja de arroz de las esteras.

Observaba los estertores del hombre tendido ante él. Sin dejar de mirar, sacó de

su fajín otro de los letales dardos y lo acomodó en sus dedos. Escuchaba cómo la agonía se colaba en el cuello de Obata Kanegori. Los pies se tensaron y el cuerpo se sacudió, los sordos ronquidos se volvieron arrítmicos. El *piso de ruiseñor* volvió a quejarse.

La joven que había estado esperando en la cocina había sido avisada. Cargaba una bandeja con un bocal de *saké*, un platillo donde servirlo y unos pocos encurtidos por si la bebida abría el apetito del *samurai*. Diligente, a medida que avanzaba, encendía alternativamente los pábilos de las lámparas del piso superior del caserío.

Dispuesto a enfrentarse a un nuevo enemigo, reptó saliendo de su escondite. En la derecha llevaba otro *boshuriken*. Mientras lo hacía, empezó a sopesar sus opciones en función del número de rivales. Por el momento, nadie había dado la voz de alarma, aún tenía tiempo. Sin embargo, cuando vio a la moza cargada con la bandeja, el *ronin* dudó.

La muchacha apenas distinguió una sombra sobre el suelo, más allá del biombo; en el que un tigre blanco cazaba entre la nieve de un espeso bosque de montaña cubierto de invierno.

No supo muy bien qué era aquello; hasta que, con el rabillo del ojo, al otro lado del cancel, la jovencita vislumbró el torso y la cabeza de *Obata-san*. Un charco, lúgubre y viscoso, se extendía bajo el *bushi*. El cuerpo se sacudió y ella se asustó. Dio un titubeante paso atrás. El moribundo tuvo fuerzas para girar la cabeza y la sirvienta reaccionó.

—¡Guardias! ¡Guardias!

El *ronin* devolvió el dardo al fajín, obvió a la muchacha que gritaba y echó a correr. Antes de la segunda zancada ya había desenfundado su sable más largo.

La mandadera dejó caer la bandeja con estrépito, el delicado platillo de cerámica se quebró y la habitación se llenó del aroma intenso del *saké* que se derramó. Aquel extraño, vestido con los colores oscuros de un mar profundo, pasó a su lado como una exhalación y ella se cubrió el rostro con manos asustadas.

Alejándose de los chirridos del *piso de ruiseñor*, Saigo llegó al vano del fin de las escaleras y, tras sacarlos de una de las bolsas que llevaba en la cintura, lanzó un puñado de abrojos sobre los peldaños; retrasarían a los que se le iban a echar encima. Ese sería el camino que seguiría la guardia, pero él buscaría una ruta distinta.

Sin vacilaciones, abrió de nuevo el ventanal del descansillo y, tras salir, lo cerró cuidadosamente. Antes de asegurar el postigo, percibió el barullo de hombres a la carrera; y también los gritos del primero en pisar las púas de los ingenios que había esparcido.

Manos prestas encendían todos los faroles del caserío. Los sirvientes se resguardaron en las cocinas. En la escalera, los guardias que podían soportar el dolor de sus pies perforados advertían con gritos entrecortados al resto.

Consciente de que la escasa ventaja obtenida no le serviría de mucho si se entretenía, afianzó las sandalias en las tejas del alero. Atento a cualquier movimiento en el jardín, el *ronin* se fue desplazando con ligereza, para que, si había algún guardia más en la galería, no pudiese oírlo caminar sobre el tejaroz.

En el interior, los *samurai* se gritaban órdenes e intentaban organizarse. Cuatro de ellos, con los pies zaheridos por los aguzados abrojos, esperaban la atención de un médico.

Uno que había llegado más tarde escarmentó en cabeza ajena. Antes de pisar cualquiera de los peldaños miró con atención; logró subir hasta la planta superior sin resultar herido. Y, una vez en el gran dormitorio, se arrodilló junto al inmóvil Obata Kanegori: uno de sus ilustres huéspedes no era ahora más que un cadáver y el escolta sentía la abismal preocupación de las consecuencias.

Llegó otro centinela más, aquel en quien Honda Kazumasu había dejado recaer el mando de la guarnición; apenas le dedicó una mirada desvaída a la escena antes de retroceder hacia la sirvienta y comenzar a interrogarla. La muchacha apenas podía explicar qué había visto. Estaba nerviosa, tartamudeaba. La sujetaban por los brazos y, entre sacudidas, le repetían una y otra vez las mismas preguntas.

—Era como una sombra…

El *bushi* cabeceó, disgustado por la poca información que podía aportar la adolescente, coaccionada bajo la férula del miedo. Llegaron los últimos centinelas.

—¡Repartíos por la cerca! Puede que haya entrado, pero no saldrá —aseguró vehementemente tras convencerse de que no obtendría nada útil de ella—. Y no lo matéis, lo necesitamos vivo, tiene mucho a lo que responder; ¡dispersaos! —ordenó con determinación.

La joven, aún asustada, se zafó como pudo de las manos del guardia y salió corriendo. Los *samurai* que todavía eran capaces de caminar obedecieron.

—No saldrá… —repitió el jefe de los escoltas en un susurro.

Era un hombre de apenas veinte años, ambicioso, deseoso de aprovechar la oportunidad que había surgido al encargarle la protección del caserío Chosokabe; soñaba con medrar por sus méritos y conseguir ascender hasta un puesto de relevancia en el feudo de Sendai, al servicio del señor Date Masamune. Y estaba resuelto a atrapar al intruso. No iba a permitir que Honda Kazumasu regresase antes de que el asaltante hubiese sido detenido. Haría cuanto fuese menester, pero no dejaría las cosas así.

—¡No saldrá! —insistió para sí poniéndose en marcha.

Llegó a la esquina del tejadillo y, resguardado por la oscuridad, Saigo vio a varios hombres correr por el jardín hacia el muro que rodeaba la propiedad. Portaban faroles que oscilaban con cada zancada, enmarcando los arriates con círculos ambarinos. Se tomó un instante para ver si aparecían más centinelas que pudiesen sorprenderlo por

la espalda. Luego se descolgó por el alero.

Una vez en el suelo, se asentó en la grava con un suave crujido y desenvainó de nuevo su *katana*. Antes de echar a andar tuvo que girarse para encarar el par de cedros que le servía de referencia. Entre él y su escapatoria los guardias se habían ido repartiendo al pie del muro.

No se apresuró, no quería llamar la atención; aun así, lo sorprendieron cuando apenas había dado unos pocos pasos hacia los árboles.

—¡Ahí! ¡Ahí está! —oyó gritar a uno de los centinelas al tiempo que lo iluminaba encarándolo con el farol.

Los chasquidos del cascajo le dijeron al *ronin* lo que necesitaba saber. Varios hombres se cernían sobre él como perros azuzando un zorro.

Intentando sorprenderlos, en lugar de huir en dirección contraria, hacia el interior de los jardines y estanques, Saigo corrió hacia el cercado abriendo el *dobi* en el que portaba el ascua. Sujetaba el cuenco de madera con la mano izquierda mientras usaba la diestra para blandir su *katana*.

—¡A por él! ¡Que no alcance el muro!

Sobreponiéndose a los crujidos de la grava, las voces se entremezclaban dando órdenes.

—¡Por allí!

Marchaba hacia los cedros y los dos guardias que lo habían visto en primer lugar, tras recuperarse del asombro que les produjo ver cómo el hombre al que daban caza se enfrentaba con ellos, desenvainaron sus sables y se prepararon para luchar.

Cuando faltaban apenas unos *shaku* para llegar junto a los árboles, el *ronin* frenó en seco. Aparentemente, tentó a sus rivales asumiendo una posición defensiva, listo para usar su acero.

Les ofrecía su costado izquierdo con las manos a la altura de la cadera más retrasada, el punzante extremo de la *katana* apuntaba hacia algún lugar a su espalda. En la hoja, templada al amor del fuego, bajo la marca de agua que recorría de un extremo a otro el sable, el filo amenazaba la grava y el romo cotillo miraba al cielo. Para el par de centinelas del caserío fue solo una extravagante postura sobre la que habían oído hablar en sus *dojo*; ellos dos, mucho más convencionales, alzaron las espadas por encima de sus cabezas disponiéndose para descargar un mandoble devastador que pudiese partir por la mitad a cualquiera que cometiera la imprudencia de acercarse. No se dieron cuenta de lo que su rival estaba haciendo en realidad.

Saigo Hayabusa sostenía todo el peso de su sable con la zurda, apoyada ligeramente en el muslo, mientras, juzgaba la distancia hasta los cedros y recolocaba subrepticiamente el cuenco de madera vaciado al fuego en su mano derecha, junto a la empuñadura de su *katana*.

Cuando estuvo seguro, dedicó un último pensamiento a aquel *shinobi* del castillo

de Fushimi.

Bajo el apacible olor de las verdes agujas de los *sugi*, los tres hombres imaginaban los movimientos que se seguirían; se preparaban e intentaban anticiparse, eligiendo las posiciones, los bloqueos, los golpes.

Más centinelas corrían sobre la grava. Y, peligrosamente cerca, detrás de la casa de té, apareció otro par; sostenían frente a ellos los filos de largos *yari*.

—¡No lo dejéis escapar! ¡Atrapadlo! —aulló uno de ellos dejando a un lado la *cha shitsu*, rodeada de un asimétrico jardincillo de rocas cubiertas de musgo.

El cerco se cerraba. Saigo hizo girar el *dobi* y dejó caer el rescoldo en su mano enguantada. Antes de que el calor llegase a hacerle daño, avanzó ruidosamente el pie izquierdo moliendo la grava. Sus rivales bajaron los ojos y él aprovechó su momento. Lanzó el ascua hacia el rastro de polvo que había esparcido a su llegada.

Prendió de inmediato. Chispas recorrieron aquel reguero como si fuese de pólvora; y un humo ceniciento, espeso como engrudo, se elevó de inmediato entre los dos cedros creando un muro de apariencia impenetrable, casi sólida.

Antes de que los otros dos pudiesen reaccionar, el *ronin* se agachó y se puso en movimiento con toda la celeridad de la que fue capaz; era consciente de que disponía de breves instantes antes de que sus rivales se recuperasen o de que nuevos enemigos lo alcanzasen. Agazapado, se movió a un lado para rodear los troncos de los *sugi* y llegar hasta el vallado despistando a los guardias.

Los dos centinelas, sorprendidos, tardaron en reaccionar. Y cuando lo hicieron, el más aguerrido se atrevió a lanzarse hacia delante ignorando el humo, que seguía creciendo como una masa hirviente. Se extendía hasta las copas podadas de los cedros, trenzadas por ramas que algún jardinero hábil había encordado y sujeto.

Resuelto, el *samurai* echó a correr hacia aquella barrera bulbosa y palpitante. Su compañero, recordando viejas historias oídas a los veteranos, dio inconscientemente un paso atrás.

Atravesó la humareda y llegó al otro lado envuelto en volutas que se prendieron en sus miembros como zarcillos de una parra, se estaba girando para encontrar al intruso cuando la piel empezó a arderle como si le hubiesen prendido fuego a sus ropas. Su corazón perdió el compás y se atropelló intentando recuperarlo. La garganta se cerró y el aire se negó a abrirse paso.

Cayó al suelo desmadejado. Quiso toser sin conseguirlo, en su lugar, un vómito agrio le llenó la boca.

Los demás centinelas llegaron a tiempo de ver cómo sus dedos se contraían cerrándose en vano sobre las piedras sueltas del suelo. Sus ojos se tornaron vidriosos. Su estómago, acorralado por violentas bascas, se resentía. El rostro parecía diluirse como si hubiera sido rociado con ácido. Exhaló su último aliento con un suspiro ronco salpicado por gotas regurgitadas que mancharon el mentón barbilampiño.

Ante aquel horror, ninguno de los guardias que apareció junto a los cedros percibió lo que sucedía en la cerca. Observaban cómo moría su compañero mientras una cuerda ennegrecida era izada desde lo alto del muro que rodeaba el caserío de los Chosokabe. Recordaba a un sinuoso reptil que acechase a un pájaro anidado en el ramaje de uno de los *sugi*. Las sombras de la noche ocultaban las manos que tiraban de la gaza.

Solo un gato, acomodado en el adarve mientras se lamía las heridas de un costado, vio cómo un hombre embozado en colores oscuros se escabullía hacia un callejón.

Sobre el *tatami*, el enorme charco de sangre se extendía con exasperante parsimonia; una criatura viscosa, repulsiva, que cobraba vida avariciosamente. El hedor acre y punzante de las entrañas recién abiertas se volvía opresivo. El silencio se acomodaba.

Honda Kazumasu, con el rictus cargado de desprecio, sin remordimiento alguno tras haber ordenado el *seppuku*, observaba el cuerpo inerte del jefe de la guardia. Las manos, engarfiadas por el último estertor, todavía sostenían la afilada hoja del *tanto* envuelta en el pañuelo ritual, empapado de vísceras derramadas. Genuflexo, tal y como ordenaba el viejo ritual, había clavado la daga en un costado, la había hecho recorrer su vientre, la había obligado a regresar y, por último, conteniendo la tortura con una voluntad encomiable, había hecho ascender el acero en busca del corazón antes de derrumbarse. De bruces sobre la estera, el rostro, contorsionado por el intenso dolor, quedaba misericordiosamente oculto. En la coronilla afeitada brillaban las últimas gotas de sudor.

Yoshioka Seijuro, en cuclillas, a espaldas de su líder, observaba, al fondo de la estancia, el otro cadáver. Y no le hacían falta entelequias para intuir lo que había sucedido. El descuidado Obata Kanegori se había dejado sorprender por un asaltante y el testimonio era la afilada varilla que surgía desde el cuello de su compañero muerto. Lo único que restaba por saber era cuánto podía haber averiguado el intruso antes de ser descubierto.

Resopló con resignación antes de volverse. Honda Kazumasu había mandado al *samurai* abrirse las entrañas, pero no porque con aquel gesto pudiese resolver algo, sino, simplemente, porque era lo debido tras haber fracasado. Ahora, había perdido a otro hombre útil y no tenía ni la más remota idea sobre la identidad del asaltante.

Se pasó la mano por el rostro cansado y terminó el gesto pellizcándose la piel que le cubría la barbilla. Se inclinó hacia su subordinado antes de hablar:

—¿Cuánto habrá averiguado? —le preguntó a Yoshioka Seijuro, que continuaba agachado sobre el otro cadáver.

El interpelado no se apresuró. Echó un nuevo vistazo al cuarto oculto, el panel descorrido mostraba el angosto espacio envuelto en las sombras que escapaban del

sol de la mañana alargando la cicatriz que le cruzaba la mejilla. Estudió con detenimiento lo que allí veía, juzgando si los objetos seguían o no tal y como recordaba. Finalmente, renunció a las elucubraciones.

—No podemos saberlo; apostaría por que sorprendió a *Obata-san* antes de entrar —aventuró sin convicción—. Pero no hay modo de averiguar cuánto tiempo llevaba ahí dentro cuando sucedió… Y aunque revisemos las cajas, yo no tengo idea de qué anotaciones conservaba —aclaró señalando al muerto con la mano abierta—. Me temo que ni siquiera podemos asegurar si falta algo…

Honda Kazumasu rezongó un asentimiento desganado rindiéndose a la evidencia.

—Podría tratarse de ese indeseable —conjeturó ahora.

Entendió a qué se refería su superior. Habían recibido más informes sobre el *samurai* con el rostro picado de viruela que se había estado dedicando a hacer indagaciones por la ciudad, aparentemente, buscando a los que se habían atrevido a robar la cabeza del magistrado.

—No lo sé, parece más bien el trabajo de un *mercenario del sigilo* —aventuró apuntando ahora sus dedos hacia el dardo que sobresalía del cuello de Obata Kanegori, refiriéndose a los *shinobi*—. Actúa solo, estas armas, el muro de humo…

El líder de la patrulla que había escoltado a Ishida Mitsurani hasta su ejecución se quedó mascando aquellas palabras un buen rato antes de resolver qué hacer. Tal y como mencionaba su subalterno, aquellas técnicas eran más bien propias de un discípulo del *ninjutsu* y no de un paria, de un envejecido *hombre de las olas* con una curiosidad que podía no significar nada. No obstante, su intuición se negaba a hacer caso de la razón. Algo en su interior le decía que eran demasiadas coincidencias. Tenía el pálpito de que ambos asuntos estaban relacionados.

—Lo dudo —reconoció tras un instante observando como Yoshioka Seijuro se levantaba—, puede parecerlo, pero no me convence…

Se había asombrado Diego Martínez al encontrarse con el desastrado aspecto del siempre impoluto y maniático secretario del valido. Hasta esa mañana, jamás había visto en Hortuño de Andrade un cabello fuera de lugar o un botón mal engastado en ojales tan prietos que solo podía haber cosido un sastre de alcurnia. De ahí que, cuando el hombre de confianza del duque de Lerma había aparecido llamando a la puerta de su lujosa vivienda en la calle del Arenal, a punto había estado el corregidor de tragarse el bigote con la impresión.

Pero aun sorprendido, no había perdido las buenas costumbres y, desde el mismo momento de franquearle el paso, había empezado a pensar en cómo sacarle provecho a aquella inesperada visita.

El corregidor era un hombre obeso, hinchado por los excesos del vino y la mesa, un haragán que no se había dejado corromper, sino que había buscado él mismo la manera más cómoda de sucumbir al fácil camino del fraude. En su vida, aparte de

inflarse a codornices cuando tenía ocasión, Diego Martínez no había pretendido otra cosa que trabajar lo menos posible. Lo que le había llevado a servir como títere al alcance de la mano para cualquiera con una fracción de poder en la corte. Había ido pasando de cargo en cargo, cumpliendo con la difícil premisa de contentar a todo el mundo, aunque no por altruismo, sino por el mero interés de evitarse problemas y la oportunidad de aceptar un soborno de tanto en tanto.

Sin embargo, aun cuando Diego Martínez intentase siempre complacer a quien pudiera proporcionarle una oportunidad de mantener su lujoso modo de vida, Hortuño de Andrade le había dado siempre repeluznos. Comenzando la misma velada del banquete en el que conociera al secretario, justo a la llegada de Hortuño desde Monforte para, según recomendación del conde de Lemos, entrar al servicio del privado. Despistando los guisados de cordero y lamentando perderse el apetitoso manjar blanco que ofrecían los camareros, el futuro corregidor había escuchado para terminar desconfiando del aspecto escurrido de aquel tipo en el que lo más destacable era un grueso lobanillo que le afeaba una sien. Aun así, Diego Martínez no habría conseguido el cargo que vendría de no ser por la intervención del secretario, por lo que, después de haberle ofrecido un aguamanil para lavarse el rostro polvoriento y una copa de vino especiado a modo de reconstituyente, lo había invitado a explayarse a gusto.

—La recuerdo —había acertado a decir después de escuchar un relato que se le antojó lleno de falacias—, la hija del señor de Accioli. Cuando llegó no hablaba otra cosa que italiano, es muy…

Y había dejado la frase en suspenso al barruntarse que, dadas las aparentes mentiras de Hortuño, bien podía ser que el llamativo aspecto de la muchacha tuviera que ver con lo que le proponía el secretario.

Al terminar con el parlamento, como las suyas hubieran sido tan grandes como para que De Andrade se amortajase con una sola pernera, el corregidor le había cedido unas prendas de su hijo: unas calzas de velludo, jubón y cuera.

Y, al marcharse el antiguo subalterno del duque de Lerma, Diego Martínez había decidido que usaría todo aquel embrollo como mejor le conviniese, pero que se cuidaría con especial atención de actuar en contra de Hortuño de Andrade a no ser que llegase a estar completamente seguro de que el riesgo merecía la pena. Porque aquel tipejo era el peor de los alacranes de la corte y, desahuciado o no, Hortuño seguiría siendo peligroso. Así que había movido sus hilos.

Por eso ahora, noches después, no se extrañó cuando uno de sus propios criados le anunció la visita de un lacayo del Alcázar Real. Dio orden de que lo dejasen pasar por el portón de las caballerizas y esperó en la planta baja.

—¿Y bien? —le preguntó al mandadero sin andarse con formalidades.

El mayordomo miraba a todos lados con nerviosismo.

—La he encontrado, está en palacio.

—¿Estáis seguro?

—Sí, sin ninguna duda. Con su aya. Y también había un don nadie con trazas de veterano. Y un galopín, creo recordar que fue uno de los que robaron los cortinones… —entendiendo que divagaba, el sirviente retomó el tema que le había traído hasta casa del corregidor—: Estoy seguro de que era ella, Constanza de Accioli —aseveró inclinando repetidamente la cabeza—. Estaban todos reunidos con María de Sidonia.

Aquel último nombre retumbó en los oídos del corregidor con un repique que sonó a rebato advirtiendo de peligro.

—¿La dama? ¿La preferida?

El mayordomo cabeceó una vez más para asentir y Diego Martínez, tras un par de preguntas adicionales, lo despidió tendiéndole la zaina con monedas que había preparado.

—Y de todo esto, ni una palabra, ¿habéis oído? Ni una palabra a nadie —le dijo al mayordomo mientras se volvía.

Bien podía ser que el lacayo no guardase el secreto y que, antes o después, apareciese alguna jácara o coplilla circulando por las esquinas de Madrid, pero contra eso nada podía hacer. Al menos, ahora ya tenía la certeza, a la larga carrera de embustes de Hortuño de Andrade, podían añadirse unos cuantos más. Y, lo que era aún peor, alguien tan cercano a la monarca como María de Sidonia y Siderer, quien además sentía una conocida animadversión por el duque de Lerma, parecía estar también al tanto, y eso podía complicar mucho la situación. Sin embargo, el corregidor Diego Martínez decidió seguir haciendo lo que había hecho durante toda su vida; la recompensa que había ofrecido Hortuño de Andrade era formidable.

Apenas el mayordomo se hubo marchado, empezó a escribir el escueto mensaje que enviaría a Sevilla. Y a la mañana siguiente hablaría con su teniente de alguaciles y daría órdenes concretas para los corchetes que hacían las rondas por la ciudad.

En las afueras de Kyoto, más allá de los límites de la abarrotada ciudad, existían lomas sombreadas donde se cultivaban algunas de las más antiguas matas de té de todo el archipiélago *elegido por los dioses*; ideales para preparar el espeso *koi cha* servido en las ceremonias más formales. Eran plantaciones modestas que no tenían otro remedio que imbricarse en el irregular terreno, labranzas que aprovechaban la pendiente para evitar que el agua de las abundantes lluvias se estancase malogrando los arbustos. Y, para asegurarse de que la producción mantuviese la altísima calidad de las singulares y delicadas hojas, eran cuidadas con mimo exquisito durante todo el año. Motivo por el que Saigo, todavía embozado con aquellos ropajes oscuros que delataban intenciones, se preocupó de evitar los senderos más concurridos. No quería verse obligado a sacrificar a un inocente por culpa de una casualidad. Así que, para no cruzarse con uno de los modestos campesinos que, con espaldas vencidas,

caminaban bajo las sombras de los cónicos *sugegasa* de paja con los que se cubrían la cabeza, Saigo Hayabusa fue eligiendo con cautela una trocha tras otra.

Retrasado por tanta prudencia, el *ronin* no alcanzó su destino hasta bien entrada la *hora del dragón*.

Cuando llegó a la pequeña ermita, el sol de la mañana ya se escurría por las grietas, enseñando el polvo acumulado durante años de abandono. Y, aunque estaba deseoso por analizar el fragmento de papel con el que se había hecho, no corrió riesgos. Como siempre hacía, antes de entrar, observó pacientemente los alrededores para cerciorarse de que nadie lo sorprendería.

Y, después del susto por la intrusión, los grillos volvían a cobrar confianza ahora que el hombre se había acomodado. Siguiendo a sus antenas, salían de sus escondites entre las rendijas del emplasto de las paredes.

En una esquina, sobre brasas de madera seca que apenas desprendían humo, una vieja tetera de hierro colado se calentaba y Saigo, arrodillado, examinaba con atención los papeles que tenía frente a él mientras esperaba a que el agua para el cha estuviese lista, ya había desechado las dos primeras maceraciones de la infusión y, no sin reconvenirse por dejarse llevar por sus apetitos, aguardaba a que la reconfortante bebida estuviese preparada.

Además de los retazos de información que había ido reuniendo en los meses transcurridos, sobre los que cavilaba a menudo, ante él, sobre un madero roto, tenía los desangelados frutos de sus pesquisas: el correo cifrado de la paloma mensajera abatida y el pequeño pliego que había robado en el caserío Chosokabe; con la esperanza de que la falta de aquel único pedazo, asumible en el aparente desorden en el que lo había encontrado, sirviese para que sus perseguidos pensasen que habían sorprendido al entremetido husmeador a tiempo de evitar que averiguase algo útil.

Hasta ese momento, cuando ya había pasado más de un año desde que Torii Mototada le encomendase su misión, Saigo todavía no sabía quién había planeado la encerrona que había terminado con el funesto asedio del castillo de Fushimi.

Ahora, tenía la certeza de que la cabeza de Ishida Mitsunari había sido, en realidad, usada como un poderoso purgante con el que el vencedor de Sekigahara pretendía descubrir con quién podía contar y de quién debía recelar entre las calles de la ciudad imperial. Pero eso volvía a dejar al *ronin* sin una sola pista sobre lo sucedido durante el asedio a Fushimi.

Suspiró. Se levantó, apoyó las manos en los cuadriles y se estiró al tiempo que se inclinaba a un lado y a otro. No era un muchacho y buena parte de los músculos de su cuerpo protestaba por el violento traqueteo de la noche anterior. Los verdugones, las pequeñas heridas, el raspón de una de las mejillas y las molestias en el tobillo derecho daban fe de ello.

Por un instante fugaz pensó en su hijo, en la carta que Torii Mototada le había

entregado para exonerarlo; recapacitó, deseando la apacible vida a la que podría regresar si marchase a su isla de Kyosho. Luego, la plácida serenidad de la certeza en el destino escrito de cada individuo se ocupó de alejar aquel pensamiento. Nada podía hacer sino tratar de llevar a cabo la tarea que le habían encomendado, si triunfaba, mejor; si no, moriría intentándolo. El *karma* se ocuparía de que cada cual se encontrase, antes o después, con su merecido.

El té, cálido y aromático, intenso gracias a haber esperado hasta la tercera infusión, reconfortó su cuerpo y animó su espíritu. En un lugar de alcurnia, como en la acendrada casa de té de los jardines de Fushimi, junto a la colección de *bonsai* de Torii Mototada, hubiese sido una tisana de mejor calidad, y como taza hubiera podido emplear un exquisito cuenco de boca ancha y paredes delgadas, algo que permitiese a la bebida humeante templarse aun en el calor de ese otoño. La melancolía se estaba convirtiendo en su peor enemigo. Allí, en la ermita abandonada, no tenía otra cosa que una vieja jícara descascarillada que, por su grosor, hubiera sido mucho más apropiada para una fría mañana del más crudo invierno.

Y no podía contar con nada más; para su vergüenza, ahora no era sino un despreciable *ronin* ahogado en la penitencia de la derrota.

Todavía con el cuenco de cha en la mano miró hacia el exterior, donde la jornada se abatía sobre los bosques. Algo más allá, en las copas de los árboles, el otoño empezaba a puntear las hojas olvidándose en ellas recuerdos pajizos. Desperdigados en lo alto de los arces, cobraban notoriedad tintos encajes de hilos pardos.

La brisa se revolvió despertando a cada rama, y todas ellas se sacudieron desperezándose. Las lluvias, amantes del invierno que llegaría, se anunciaban con coquetería. La ventolina se fue abriendo paso y cada hoja se volvió para saludar respetuosamente, el vaivén se propagó de un árbol al siguiente en una ola benevolente. A Saigo le recordó al pulsar inquieto de un banco de pececillos que se vieran acosados. Fue un instante bello, efímero en el tiempo, eterno en la memoria.

Para cuando el té se acabó, había tenido ocasión de recomponer el tentadero en el que encerraba sus desolaciones y, sin más ceremonia que servirse algo más de infusión, se sentó de nuevo ante aquellos papeles.

El legajo que había conseguido en el caserío de los Chosokabe parecía, tal y como había esperado, una clave. Un cifrado casi completo, que, a través de las sílabas de un fragmento de una poesía *waka*, ordenadas en las cabeceras de una cuadrícula algo desmañada, desgranaba una correspondencia con los ideogramas del alfabeto, inscritos en las filas y columnas que quedaban rodeadas por los versos del poema. Lo que servía para establecer una equivalencia con la que se pudiera escribir un mensaje criptográfico en el que únicamente se empleasen aquellas pertenecientes a la rima.

El fragmento estaba deshilachado por los bordes, emborronado por varios goterones de tinta y muy sobado, era obvio que había sido arrancado de un pliego

mayor y que se había usado con frecuencia. De hecho, aunque había una sección que no estaba muy clara, a un lado, en la misma letra menuda de pésima caligrafía, parecía haberse incluido el borrador de cifrado de una carta antigua. Saigo incluso temió que el código ya no fuese útil, quizá, por simple desidia, aquel trozo se había dejado con papeles más recientes cuando, en realidad, la clave ya no correspondía con la empleada en el mensaje de la zurita capturada. No lo sabría hasta que se pusiese a trabajar.

Se hizo con su propio recado de escribir, mojó la piedra de tinta y, con la sana intención de no desaprovechar el poco papel que tenía disponible, se puso a ello, meticulosamente, haciendo rendir su escaso material y calibrando bien sus menesteres antes de usar el pincel.

En primer lugar, preparó una pequeña lámina que sujetó con un canto del suelo en ruinas. Luego, pinceló ordenadamente los ideogramas del alfabeto disponiéndolos en columnas de a siete. Entonces, a su derecha, para comenzar, colocó sobre su improvisada secretaría el mensaje interceptado. A continuación, dispuso el papelajo hurtado la noche anterior y comenzó a tomar notas, intentando usar las sílabas ordenadas del poema para relacionar el mensaje cifrado e ininteligible con un texto que tuviera sentido.

A mediodía, con el sol trabándose entre las nubes altas, todavía seguía enfrascado en su tarea. La correspondencia entre algunas sílabas no parecía lógica y no dejaba de obtener como resultado galimatías incomprensibles. Le hicieron falta abundantes dosis de té y paciencia para no desanimarse.

Así siguió hasta bien entrada la tarde, cuando advirtió que, a pesar de la basta caligrafía, lo que al comenzar había atribuido a un error del amanuense que había ordenado las sílabas de la poesía, podía ser, de hecho, algo intencionado. Gracias a la cuadrícula trazada, el silabario hacía correspondencia con el fragmento del poema *waka,* pero había un lapso en una de las columnas. Al principio, Saigo había pensado que era un simple descuido, pero luego se dio cuenta de que algunas palabras del mensaje cifrado semejaban tener sentido y otras no, y entonces comprendió lo que sucedía.

Debía tener en cuenta aquel espacio en blanco para relacionar correctamente la posición de los ideogramas. De no ser así, la bivalencia entre el alfabeto y la poesía no sería válida para todas las sílabas.

Emocionado por su descubrimiento, se preparó un poco más de cha antes de llevar a cabo la transcripción completa. Saboreó la infusión disfrutando del suave deje amargo y tomó el pincel.

El problema fue que el mensaje, una vez legible, no parecía otra cosa que una simple lista de *daimyo* y comerciantes de relevancia de la ciudad de Kyoto. Probablemente una parte de los que, según habían averiguado los hombres de Honda

Kazumasu, apoyarían al vencedor de Sekigahara en sus pretensiones de alzarse con el título de *shogun*.

Fue una terrible decepción. No había conseguido nada más que unos cuantos nombres.

El ocaso ya planeaba sobre el horizonte, encintando de púrpura algunas nubes bajas que se iban cerniendo sobre las estribaciones montañosas de la metrópoli. Pronto llegarían las primeras lluvias.

Tomó la decisión de comer algo ligero y pasar la noche en el templo en ruinas, razonando que sería mejor evitar aparecer por la mansión de la glicinia o el caserío de los Chosokabe por unos cuantos días. Por una temporada no bajaría a la ciudad.

Su despensa era escasa y no contaba más que con unos cuantos pastelillos de mijo resecos y unas pocas verduras encurtidas, aunque la frugalidad nunca había sido un escollo insalvable.

Empezó a recoger sin lograr que la decepción lo abandonase cuando se percató de que había olvidado algo. La resma robada en el caserío Chosokabe tenía por una de sus caras las sílabas ordenadas del poema *waka*, pero también había algo más escrito en el envés.

Era un texto incompleto del que apenas se podían leer unos pocos renglones, daba la impresión de que quien había copiado allí la clave lo había hecho en la parte de atrás de un mensaje anterior y luego había roto el papel.

Sin demasiadas esperanzas, apaciguando a su estómago con promesas, Saigo se puso a trabajar de nuevo y la fortuna le sonrió por fin.

Fushimi. Repitió la transcripción por dos veces, esforzándose en cada una por mantener la calma.

El roto que cruzaba la hoja deshacía las columnas de ideogramas del mensaje; solo dejaba palabras sueltas que impedían comprender el contexto. Pero Fushimi era una de ellas.

Y también se hacía referencia a que un trato había sido cerrado con un subalterno del *shogun* de los bárbaros forasteros para la compra de los mosquetes que se emplearían en la alcazaba de la colina Momoyama. Ahí estaba la confirmación de lo que el *daimyo* Torii Mototada había supuesto.

El *ronin* imaginó que los hombres de Honda Kazumasu, antes de su misión en Kyoto, habían trabajado como espías para las fuerzas de Tokugawa Ieyasu y, en algún momento, habían descubierto que los forasteros apoyaban a los restos del antiguo Consejo de Regencia, quizá con esperanzas de establecer lazos comerciales.

Por lo que podía leer, los mosquetes occidentales habían sido vendidos gracias a la intermediación de un servidor de los forasteros en las que habían sido las tierras del rajá Soleymán en Maynila, en los archipiélagos meridionales, adonde huían los piratas *wako* dispuestos a trabajar para extranjeros y mercaderes de pocos escrúpulos.

Lo que no servía de mucho, porque al Japón habían llegado gentes desde lugares distintos, estaban los *komojin*, los *hombres del pelo rojo*, que se habían instalado en el puerto de Hirado; y los *nanbanjin*, los *bárbaros del sur*, que tenían su escuela de religión en Nagasaki; sin embargo, por lo que Saigo podía deducir, el asunto debía de estar relacionado con los últimos.

—*Moluga-san* —intentó leer en un susurro al procurar descifrar el nombre de Antonio de Morga.

Todavía miró los ideogramas un instante más, sabía que los impronunciables nombres de los extranjeros podían resultar ininteligibles para los suyos, cabía la posibilidad de que no se correspondiese con el modo en el que lo dirían los forasteros. Fuera como fuese, al fin tenía una respuesta para lo sucedido en Fushimi; los *gaijin* se habían inmiscuido en la guerra civil intentando favorecer a los *ejércitos del oeste* y a la coalición formada por el magistrado Ishida. Su insaciable codicia pretendía el Japón.

No era mucho, pero ahora sabía que buscaba a un *nanbanjin*. A uno que tuviese relación con las esferas de poder de la corte de aquel país extranjero que había ocupado Maynila.

Bartolomé miraba con desconfianza a aquel estrafalario personaje. Por lo que le había dicho el padre Crisóstomo, se trataba de una especie de monje impío, un adorador pagano que peregrinaba de un lado a otro.

—Pues, como vaya a Compostela, lleva el camino trabucado —le había respondido con sorna el de Palos al jesuita.

El onubense intentaba tapar con algo de humor la preocupación que sentía. No había comprendido lo que el ignaciano había explicado, pero no eran el herético dios de aquel tipo ni su vagabundeo los que le causaban desazón, sino la posibilidad de que aquel citano pudiese delatarlo. No sabía cuánto había visto o adivinado, aun así, por si acaso, el de Palos procuraba no separarse del extravagante monje. Por eso todavía seguía allí.

En un corro disperso, cada uno de los supervivientes procuraba aceptar la situación. Algunos, todavía conmocionados, permanecían sentados en la playa mirando los restos del patache que se mecían más allá de la franja donde las olas rompían. Otros, despreocupados, prestaban atención a la comida que les habían traído los aldeanos.

—Ha dicho que no lo comprende —aclaró Crisóstomo Fernandis con hastío—. No tiene claro si sois o no un, bueno…, supongo que la mejor traducción sería si sois o no, si somos… Es la palabra que ellos usan para referirse a la casta de soldados… Eso es, quiere saber si somos soldados…

Dámaso observó al singular monje una vez más, intentando no detener su mirada en el defecto que le afeaba el labio. Todavía trataba de asumir que Martín no aparecía

por ninguna parte; le había pedido a base de gestos a uno de los aldeanos que lo llevase hasta los despojos del San Jacinto en uno de aquellos botes en los que remaban de forma tan particular, y había repasado dolorosamente los rostros de todos los cadáveres. Había continuado buscando a su amigo hasta que el franciscano Luis Sotelo, preocupado por él, lo había obligado a abandonarse a la verdad.

Y, ahora, después de una interminable retahíla de estrambóticas preguntas que le habían hecho dudar de las capacidades como intérprete del jesuita, aquel extravagante monje apenas le daba tiempo para pensar. Le pedía infinidad de aclaraciones sobre aquello que más curiosidad le había causado entre las respuestas del alférez. Al parecer, el bonzo llevaba años peregrinando; venía de un templo lejano en algún lugar de la China, un cenobio al que llamaban Shàolínsì. Algo que el ignaciano había traducido como *monasterio del bosque nuevo*. Y semejaba dispuesto a averiguar de una sola tacada cuanto tenía que ver con los náufragos.

—Supongo que podéis decirle que sí —repuso el antiguo furriel con voz exhausta —, que muchos de nosotros lo somos. Aunque debéis procurar que entienda que no estamos aquí para luchar, venimos en son de paz, con voluntad de negociar, con una investidura oficial del gobernador de Filipinas en nombre de su majestad el rey Felipe el Tercero…

—Eso debe quedar totalmente claro —intervino Sebastián Vizcaíno con su voz aflautada, deshaciendo el semblante de asco que se le había compuesto por las viandas ofrecidas—. Que no le quepa duda a este tuercebotas de que tiene ante él a un embajador de las coronas españolas, ¡y este no es el trato adecuado!

Crisóstomo Fernandis, el único de todos que era capaz de usar los palillos sin desperdigar el mijo hervido como si fuera época de siembra, tomó otro bocado del cuenco antes de traducir las últimas palabras de Dámaso. No se molestó en insistir en las protestas del embajador.

Los aldeanos, en un ejercicio más de afanosa eficiencia, obedeciendo las órdenes del que parecía ser el jefe del poblado, habían traído ropas secas, algunos cobertores, agua y comida. Todos los supervivientes estaban reunidos en el friso de tierra y grava donde terminaba el arenal, confundiéndose entre matas verdes de plantas crasas y juncales.

Mura, preocupado por no haber recibido aún respuesta del castillo de Toba, no había logrado tomar otra decisión. Habían intentado incinerar los cadáveres, aprovechando que había aparecido por allí un bonzo que podría oficiar la ceremonia. Pero los extranjeros habían protestado enérgicamente, en especial uno de ellos que, aun pese a su juventud, parecía estar al cargo. Según había llegado a suponer por las explicaciones de un monje que se las apañaba como intérprete, los *nanbanjin* querían enterrar a los suyos, así que Mura había determinado que, hasta recibir respuesta del *daimyo* Kuki Moritaka, lo mejor sería dejar las cosas como estaban. Había ordenado

que se agrupasen los cadáveres en un extremo de la playa, discretamente ocultos tras una serie de peñascos que rompían la barrera de arena y que, al otro lado, se amontonasen los restos del naufragio.

Y pensaba que ya podría tomarse un descanso hasta recibir noticias de su señor feudal, pero cayó en la cuenta de que debían cubrir los cuerpos para evitar que las gaviotas se dieran un macabro festín.

Zongji advirtió cómo el jefe de la aldea se retiraba mandando a los locales que trajesen esteras de paja con las que tapar a los muertos. Después volvió a mirar a aquel forastero de piel tan oscura, calibrando las respuestas del religioso y lo que había visto. Había sido un alivio descubrir que aquel devoto del crucificado era capaz de hablar, aunque fuese de aquel modo tan detestable; usaba las palabras como si solo tuviesen un único significado. Aunque, y Zongji sabía que era pronto, no lograba encuadrar a cada uno en su lugar. Sentía el insidioso pálpito de que en aquel grupo de forasteros había algo más que las supuestas intenciones sobre comercio y relaciones diplomáticas de las que le hablaban.

Los observó con algo más de detenimiento. Eran extraños. Se dejaban llevar por sus emociones y necesidades de una manera vergonzosa que distorsionaba sus rostros con una abierta sinceridad pueril. Y, aunque las respuestas querían contar algo diferente, no tenían aspecto de mercaderes. Tampoco asemejaban *samurai*, ni siquiera unos que, como en los viejos tiempos antes del *taiko*, hubiesen abandonado el camino marcial para dedicarse a labrar el campo con jadas roñosas; el más bajo de tez oscura no sujetaba el cuenco de mijo como un hombre que siguiese el camino del *bushi*, lo tenía apoyado descuidadamente entre la palma y los dedos extendidos. El único que lo hacía del modo correcto era el de los ojos que parecían tallados en jade.

—*Shonin-tachi kamoshiren… Shikashi samurai dewanaina.*

Lo dijo con un franco escepticismo que tampoco podía calificarse de apropiado, aunque Zongji se permitió la descortesía resguardándose en su edad y condición.

—Que le parecemos mercaderes y no soldados —tradujo sin demasiada precisión Crisóstomo Fernandis.

Sebastián Vizcaíno asintió complacido. Dámaso, que empezaba a intuir la importancia de las palabras para aquellos hombres, no se mostró tan seguro.

Todavía indeciso, Zongji decidió remarcar su discurso; alzó su vara y, con un ágil movimiento, golpeó la base del cuenco de mijo con la contera de su bastón de *rattan*.

A Bartolomé, aunque había estado pendiente del bonzo, no le dio tiempo a reaccionar, el ademán fue tan rápido que, antes de poder apartar las manos, el tazón había saltado por los aires y él estaba cubierto de granos del cereal desperdigados por sus ropas y sus cabellos.

Zongji sonreía abiertamente y su labio de liebre le daba una expresión de falso y feroz cinismo que hacía muy difícil tasar sus intenciones.

El padre Crisóstomo Fernandis se atragantó por la sorpresa. Sebastián Vizcaíno empezó a aullar quejas. El franciscano Luis Sotelo miró al jesuita esperando alguna explicación. El antiguo contador intentó comprender. De entre los otros supervivientes solo unos pocos lo advirtieron y soltaron alguna risa distraída, el resto estaba demasiado ocupado con la comida, discutiendo cómo regresar o lamentándose sin más. Pero Bartolomé reaccionó como la carga prendida de un arcabuz. Se puso en pie de un salto, esparciendo el mijo.

—¡Maldito mono! ¡Hideputa pagano! —le espetó al bonzo dando un paso hacia Zongji—. Os voy a empalar con esa maldita vara. —Y en algún lugar de las selvas de Luzón todavía quedaban indiecitos que le habían visto hacerlo cuando trabajaba como veedor para Antonio de Morga—. ¡Voy a despellejaros!

Dámaso se alzó raudo y se interpuso entre el de Palos y el bonzo.

—Preguntadle a qué ha venido eso —le gritó al ignaciano.

El jesuita tosía sin lograr articular una sola palabra.

—Os voy a varear como a un acebuche, os haré tragar plomo hirviendo, como les gusta hacer a los bucaneros en las Indias. —El alférez percibió que el tono del onubense descendía hasta una fría calma que, de algún modo, hacía mucho más creíbles aquellas amenazas—. Nadie se burla de Bartolomé de Palos…

El furriel miró en aquel rostro cetrino, contraído por la ira, y vio los ojos oscuros relampaguear. Pero no recordó la advertencia que le había hecho su amigo Martín antes del naufragio.

—¡Basta! No hemos venido aquí a pelear —ordenó con vehemencia—. Seguro que si le dais tiempo os ofrecerá una explicación y una disculpa, ¿verdad, padre? —añadió buscando al jesuita de reojo.

—Esto es intolerable, ¿pero qué se han creído estos macacos amarillos? —renegó el embajador Vizcaíno sin aportar nada.

Zongji seguía sonriendo, despreocupado, y ninguno de los españoles supo juzgar que, aunque todos se le hubieran echado encima a un tiempo, no hubieran sido capaces de reducirlo; de no haberse marchado para ocuparse de los cadáveres, Mura se habría percatado; la leyenda de aquellos monjes guerreros llevaba generaciones dando pábulo a increíbles historias.

—Antes o después… Antes o después —repitió sacudiendo el dedo índice—. Por estas —insistió besándose los dedos cruzados.

—Tranquilizaos —pidió Dámaso—, en cuanto el embajador Vizcaíno pueda hablar con uno de sus líderes, les dejará claro que este no es el modo de tratar a los delegados de su majestad el rey Felipe.

Ufano por la mención, el diplomático cambió sus protestas por promesas y empezó a gesticular con grandilocuencia entre palabras vacías.

Bartolomé resopló como un toro bravo en un encierro, dio media vuelta y se alejó

hacia la playa haciendo lo posible por contenerse.

Crisóstomo consiguió emitir un gorgorito que se escapó entre carraspeos. El bonzo se hizo a un lado y, bajo las miradas de los hombres del San Jacinto, se plantó frente al alférez.

—*Damaso-san, subete umaku itteiru* —dijo pronunciando el nombre del español de un modo caricaturesco.

Sonriendo de aquella manera tan particular y enigmática, palmeó entonces el pie de la escudilla. Una serie de golpes secos que no consiguieron mover el cuenco, haciendo evidente para todos que, si Bartolomé lo hubiera sujetado de ese modo, con el pulgar sobre el borde, habría evitado terminar sembrado de mijo.

Zongji se inclinó respetuosamente. El contador, aunque escamado, no llegó a entrever que, con aquel gesto, el bonzo le estaba haciendo en realidad una advertencia sobre el onubense.

—Agachaos, agachaos y haced una reverencia —soltó de pronto el padre Crisóstomo interrumpiendo la extravagante escena.

Un grupo de japoneses vestidos con ampulosos ropajes se acercaba. Portaban sables y todos ellos llevaban la frente afeitada de un modo peculiar. El jesuita ya se había postrado sobre el suelo con sumisión y, como él, todos los nipones a su alrededor.

—¿Y por qué había de rendirle yo pleitesía a nadie en un lugar como este? —preguntó indignado el embajador Vizcaíno.

Zongji, con algo menos de prisa que los lugareños pero sin recato, también se arrodilló.

—*Yanagi no eda wa yuki nimo orenai* —dijo usando un nuevo proverbio sin preocuparse de si era o no entendido.

Dámaso, con las lecciones del jesuita en el patache muy presentes, decidió actuar obviando al escandaloso embajador Vizcaíno.

—Inclinaos, ¡todos! ¡Haced lo mismo que ellos! —ordenó a los del San Jacinto antes de postrarse él mismo.

Kuki Moritaka y una escolta adecuada caminaban hacia aquel singular grupo. Con la determinación propia de quien sabe que el suelo que pisa le pertenece.

Con la frente en la arena, Mura intentaba contener su miedo. Estaba casi seguro de que había hecho lo que debía, pero temía la reacción de su *daimyo*. No quería que nadie en la aldea sufriese por culpa de sus juicios.

El abstruso Sebastián Vizcaíno, convencido de que había sido llamado por el mismo Dios para grandes logros en el paño de lágrimas que era la vida terrenal, esperaba con anhelo su oportunidad para presentar las credenciales que le diera De Morga. Nada conocía del Japón; menos de la frágil paz que atravesaba el *país de los dioses*, y en su incompetencia como embajador ni siquiera imaginó que, en realidad,

las vidas de todos ellos dependían de la decisión que tomase Tokugawa Ieyasu. Si la incómoda presencia de los *nanbanjin* no le resultaba útil, todos ellos morirían.

Para el *samurai* no había otra verdad que la inmediata. Solo el presente importaba, no existía más obligación que la de estar preparado para morir valiendo a su señor. Ya podía seguir el camino del acero, practicar caligrafía, componer poesía, leer los versos de los treinta y seis inmortales o cultivar su espíritu con la meditación, pero aquel que erraba por la senda de la guerra no podía permitirse jamás olvidar cuál era su obligación primordial: servir a su señor hasta la muerte.

Y la esposa principal del *daimyo* Date Masamune lo sabía bien, era hija y nieta de hombres que habían hecho de sus vidas compromisos con el código. Ella misma era una *samurai*, una auténtica guerrera que estaría dispuesta a rebanarse el cuello con una daga si el señor Tokugawa Ieyasu lo ordenase; pero, además de llevar hasta su último término el juramento de lealtad hecho, como una de las consortes de un *daimyo*, dama Megohime tenía una infinidad de tareas banales de las que ocuparse.

En ese día, contenta de asumir su papel, sabedora de las responsabilidades de su marido, como cualquier otra esposa diligente, la mujer de Date Masamune había estado sumida en una frenética actividad desde la amanecida. Ultimaba los detalles para el traslado al nuevo feudo de Sendai, noticia sobre la que dama Megohime sentía un íntimo orgullo que tan solo había dejado traslucir en la intimidad de la alcoba, alabando a su esposo por la sabia decisión de aliarse con el antiguo regente durante la guerra civil.

Daba órdenes a los servidores sobre cómo empaquetar los *kimono* o qué viandas preparar para el próximo viaje, disponía de la administración del clan y la tesorería para que las obras de la mansión en Edo se terminasen en el plazo debido. Ella era consciente de que, mientras el sinfín de tareas amenazaba con desbordarla, su esposo tenía que lidiar con asuntos mucho más complejos, por lo que no debía molestarle con nimiedades propias del gobierno de una hacienda o una familia, esas no eran atribuciones propias de los hombres. Así la habían educado y así se ocupaba de que tutelasen a sus hijos; siguiendo la tradición.

—Tened en cuenta que no deben pasar más de diez días. El pago a los carpinteros no puede retrasarse, nos comprometimos con el nuevo año… Y quiero que enviéis recado a Aoya, hay que saber cómo avanzan las obras del nuevo castillo —le decía a uno de sus mayordomos en el patio de la mansión de la avenida Sanjo, junto a la etérea *cha shitsu* donde su esposo se había reunido en secreto con *Tokugawa-sama*—. Y que sea pronto —le recalcó sin dejar ver que, en el fondo, se sentía impaciente por viajar al recién estrenado feudo del clan Date—. Cuanto antes mejor…

Calló al ver que, a apenas unos pasos, uno de los escuderos encargado del palomar se apresuraba hacia la construcción principal; aquello solo podía significar que un mensaje urgente había llegado. Debía de ser algo verdaderamente importante.

Su esposo había dado orden de que no lo molestasen a no ser que fuera totalmente necesario; y ella sabía que nadie se atrevería a desobedecer sin un motivo crucial. Aquel hombre casi corría, con el rostro lleno de contrariedad y la frente perlada de sudor. Y ella pudo imaginar que algo grave sucedía. Por fuerza debía tratarse de un asunto de suma relevancia. Si el encargado del palomar había juzgado mal, el venerable Date le ordenaría que se abriese el vientre.

El *karma* dictaminaría; aunque ella creía que las buenas noticias nunca tenían prisa, eso solo sucedía con las malas. Pero incluso aunque las nuevas fuesen tan decisivas como imaginaba, aquel escudero tenía muchas posibilidades de morir por haber desobedecido, y dama Megohime lamentó profundamente que la armonía de aquel nuevo hogar del clan Date se viera amenazada.

El señor feudal Date Masamune, arrodillado formalmente, con el rostro severo, contemplaba el tramo de jardín que podía ver desde la veranda. Por encima de los travesaños ensamblados con precisión, envuelto todavía en el aroma fresco y penetrante de la madera recién cortada, observaba los sutiles encajes que formaban los brotes de la temporada, analizaba el mecerse pausado y cadencioso de las hojas y buscaba inspiración.

Los pinos, jóvenes y delgados como *yari*, todavía no habían ramificado apropiadamente; los arces, poco más que espigas, aún no habían madurado para que los colores de sus hojas en el otoño fueran los debidos. Harían falta al menos cincuenta años para que la parcela de aquella nueva casa en Edo fuera algo siquiera digno de verse, los jardineros tendrían que esforzarse mucho, pero el *daimyo* lo consideró como algo adecuado, ese era su presente y se sentía afortunado de ver cómo el jardín nacía. Recordó incluso una ocasión cuando, con la impaciencia de la pubertad, le había preguntado a su tío, aficionado al cultivo de *árboles en maceta*, por qué alguien plantaría semillas para esperar un siglo a tener un *bonsai* que mereciese la pena ser considerado como una obra de arte. Ahora, que había sobrepasado la edad de aquel adulto que escuchara la curiosidad de su sobrino, creía comprender la virtud que tantos años atrás le había parecido un sinsentido.

Masamune, *daimyo* del clan Date, alejó de sí la nostalgia y se concentró en la delicada rama de níspero que intentaba recortar para conformar el arreglo *ikebana*. Procuraba crear una composición floral que recordase al temprano otoño que estaban viendo comenzar, pero no conseguía el equilibrio que esperaba cuando colocaba la vara en la bandeja. Estaba a punto de cortar una de las hojas del vástago cuando, a sus espaldas, el *shoji* que daba acceso a la vivienda se abrió.

—Disculpad el atrevimiento, mi señor…

El hombre se postró en una reverencia exagerada, apoyando la frente en el entarimado de la veranda. Era el escudero al cargo del palomar y sus manos sudorosas querían resbalar en los maderos de la galería.

Date gruñó, había dado orden de que no lo molestasen. Y no se volvió, siguió considerando el espacio que resultaría de privar a la pequeña rama de níspero de uno de sus brotes.

El *samurai* siguió esperando, consciente de que su vida pendía de un hilo. Aunque estaba seguro de que cumplía con su deber al contravenir el mandado de su *daimyo*, también sabía que, aun cuando la razón lo asistiera, podía ser compelido a cometer *seppuku*.

El señor feudal siguió prestando atención a su arreglo floral. Era un hombre frugal de costumbres recias; vestía ropas sencillas, un *kimono* ligero del color de la corteza de los olmos sujeto en la cintura con un *obi* marfileño. Como Tokugawa Ieyasu, denostaba a los que se dejaban llevar por los caprichos del lujo, la gula o la lujuria. Y pensaba terminar lo que estaba haciendo, pues detestaba la desidia de aquellos que siempre dejaban para más tarde el deber de concluir las tareas que se habían propuesto; además, quería templar el carácter de aquel *samurai* antes de decidir si le ordenaría o no quitarse la vida.

Y el escudero tuvo que aguardar, postrado en su reverencia exagerada, manteniendo silencio. Su agonía cubierta de dudas aún se prolongó el tiempo que tardaba en consumirse una varilla de incienso.

Tras mucho deliberar sobre la armonía de los colores y las posiciones, cuando hubo considerado todas las opciones que se le ocurrieron, Date Masamune pareció, al fin, sentirse satisfecho con el modo en el que la ramita de níspero pendía sobre la salvilla; en una manera precaria y frágil que recordaba sutilmente la senilidad del otoño. Solo entonces se giró levemente, lo justo para que el escudero supiese que podía, al fin, acercarse.

El expectante siervo oyó el frufrú de las telas al moverse y se atrevió a aproximarse y hablar:

—Lamento muchísimo interrumpiros, mi señor, estoy dispuesto a recibir el castigo que sea necesario, pero he creído que debía avisaros. Disculpadme, por favor —rogó diciéndolo todo de carrerilla, sin tomar aliento y postrándose de nuevo.

Date Masamune inclinó la cabeza sutilmente. Su único ojo sano quedó escondido en la sombra de su poblada ceja.

—Ha llegado una paloma de Kyoto, el mensaje trae el sello de máxima urgencia. —Hurgó en la manga de su *kimono* y terminó tendiéndole el pequeño rollo de papel a su *daimyo*.

Date lo recogió entre sus dedos. Consideró la situación con calma y, finalmente, echando un vistazo a la tinta roja del estampado, hizo un gesto vano despidiendo al *samurai*, que no dejó que el alivio se reflejase en su rostro.

El rulo estaba, efectivamente, marcado con el cuño bermellón. Pero, antes de dedicarse a la tarea de descifrarlo, el *daimyo* observó una vez más su arreglo *ikebana*.

En la bandeja de latón verdoso reposaba apenas un dedo de agua cristalina en la que el señor feudal había dispuesto unos guijarros como los usados en el juego del *go*, de entre ellos surgía la retorcida rama de níspero con cinco hojas de tamaño parecido, coronada por una voluble inflorescencia de las pequeñas flores blanquecinas, y el conjunto, sencillo, semejaba a punto de quebrarse.

Cuando terminó de trasponer las sílabas del poema, Date Masamune tuvo que releer el mensaje descodificado para asegurarse de haber comprendido.

Lo peor era la incertidumbre. Honda Kazumasu no sabía si el intruso había llegado a ver la cabeza del magistrado, y tampoco tenía constancia de si se había llevado algún documento o anotación con los versos que servían de clave para su sistema de cifrado; el *samurai* muerto, Obata Kanegori, era precisamente el encargado de aquellos asuntos.

El *daimyo* rumió un buen rato la nueva. Cuando resolvió qué hacer, el sol ya declinaba en el horizonte.

Asumió el señor feudal que lo más prudente sería ponerse en el caso más desfavorable. Considerarían que se trataba del mismo *ronin* que ya había atacado a la patrulla de Sekigahara, darían por sentado que había descubierto los restos de Ishida Mitsunari aunque el rumor no se hubiese extendido por Kyoto y, a partir de ese momento, cambiarían el poema *waka* que usaban para reglar sus mensajes.

El ocaso perfiló el arreglo floral de Date Masamune, otorgándole una trémula sensación, y el *daimyo* lo observó complacido antes de ponerse a escribir su respuesta.

Pero no tuvo tiempo siquiera para mojar el pincel en la tinta, uno de los sirvientes aguardaba de nuevo tras la corredera que tenía el señor feudal a sus espaldas. Tras él había otro *samurai* que lucía en su sobretodo las tres hojas de malva del *mon* de los Tokugawa.

—Un barco extranjero ha naufragado frente a la fortaleza de Toba —anunció el recién llegado—. Mi señor os pide que acudáis de inmediato a su residencia.

Date Masamune apenas tardó un instante en dejar atrás la sorpresa. Era un hombre eficiente y ya pensaba en las preguntas que le haría el antiguo regente y los consejos que le pediría. Rápidamente tomó la determinación de aplazar el envío de su respuesta a Kyoto. El *daimyo* sabía que uno de los hombres de Honda Kazumasu podía hablar la jerga incomprensible de algunos extranjeros, si a Tokugawa Ieyasu le parecía bien, podían enviarlo hasta Shima.

En ese caso, si el antiguo regente daba su consentimiento, al amanecer remitiría el mensaje que había pensado para Honda Kazumasu añadiéndole, además, la orden de que enviase al castillo de Toba al *samurai* Yoshioka Seijuro.

Pacheca se había pasado días refunfuñando para que nadie se pudiera olvidar de lo descontenta que estaba. Gaspar, armado de paciencia, no se había separado de ella.

Y Constanza, ansiosa por encontrar un modo de ayudar a Dámaso, se había ido sumiendo en el desasosiego.

Y hubieran seguido así, aguardando a que algo sucediese, de no ser por el aya. Pacheca Ramírez, enferma de preocupación, había decidido por su cuenta que no podían continuar de manos cruzadas. Llevaba años suficientes en palacio como para haber oído al menos dos veces cada uno de los rumores que corrían por las galerías, y había tenido una idea.

Durante esos días de tensa espera, el aya de Constanza se había estrujado los sesos pensando en cómo salir del atolladero en el que se encontraban por las reservas con las que María de Sidonia, en nombre de la propia reina Margarita, parecía querer afrontar el escándalo que se cernía sobre las coronas unidas de Castilla y Aragón. Y Pacheca, consciente de que su pupila seguiría en peligro hasta que Hortuño de Andrade pendiese de una soga, había buscado una solución.

Sabedora de que el duque de Lerma despertaba la animadversión de un buen grupo de los ilustres de la corte, se había acordado de alguien en quien quizá podrían confiar. Y Constanza se había mostrado exultante.

Acatando el mandato de María de Sidonia, habían intentado pasar desapercibidos en las cocinas y las dependencias del servicio en el Real Alcázar, por lo que les había llevado una semana larga acordar una cita. Principalmente por las reservas del viejo soldado, que había insistido una y otra vez en que tomaran todas las precauciones posibles en sus intentos de ponerse en contacto con tan excelso personaje. Gaspar de Silva estaba convencido de que una alimaña execrable como el secretario del valido habría dejado un palangre cebado que recorrería Madrid de punta a punta, a la espera de capturar a cualquiera con información sobre Constanza, así que el antiguo combatiente se había mostrado muy escéptico, obligando a Pacheca a cobrarse todos los favores que tenía pendientes entre el abundante personal del palacio. E inesperadamente, fue Ruy, *el Cucañas*, el galopín que los había acompañado, quien de más ayuda sirvió; pues resultó que tenía una tía monja en el convento a la que pudieron pedir que moviera los hilos.

No había sido fácil, pero lo habían conseguido y, en ese instante, rodeados por altas paredes de severo estilo clásico, después de haber sido guiados por un laberinto de oscuros pasillos en los que se habían empleado piedras del palacete original, se encontraban en el corazón del monasterio de las Descalzas Reales, llevando a cabo la propuesta del aya.

Y, tras tantas cautelas, Gaspar estaba más que satisfecho. Parecía que Pacheca había acertado y que la regia dama no los defraudaría.

Era una mujer serena, con el rostro de alguien que le da permiso expreso a los años para sucederse. Los había recibido con ciertos recelos, pero ahora parecía encantada de que le brindasen una excusa con la que hundir al duque de Lerma y a

todos los corruptos de los que se rodeaba el privado envenenando la corte. Semejaba dispuesta a manejarse como en tiempos de antaño y aplastar a todos aquellos indeseables.

—No quedará así, no lo consentiré… Tendré que recurrir a viejos aliados, pero no saldrán impunes. Me ocuparé personalmente.

Los ojos, glaucos, barnizados de un garzo desvaído, mostraban la seguridad de alguien acostumbrado a regir la vida de los hombres. Había sido la mujer más poderosa del mundo, y el tiempo pasado profesando en el cenobio no era óbice para que la huella de aquella potestad siguiese resultando visible. Si algo se percibía en su semblante era un aire de hastío nostálgico.

—Va para veinte años desde que abandoné Viena, poco después de enviudar —continuó diciendo doña María, infanta de España y archiduquesa de Austria, emperatriz del Sacro Imperio, reina consorte de Hungría y de Bohemia, tía de su majestad el rey Felipe el Tercero, el que era testa de una corona en la que el sol nacía y se ponía sin abandonar tierras en las que ondeaba el aspa de Borgoña—. Veinte años en los que esperaba encontrar la paz que no tuve en mi juventud, inmersa en la obligación para con el pueblo…

Incluso al soldado, vejancón resabiado, le pareció que la dama era sincera en sus tribulaciones sobre las gentes llanas.

—… Me traje a mi hija y pensé que podría terminar mis días en este santo lugar sin más preocupaciones que mantener la devoción de mis rezos —el tono de voz, sentido, reflejaba aflicción; los ojos recorrieron aquel rincón discreto de las Descalzas Reales donde habían acordado la cita—. He dejado dispuesto que me den sacra sepultura al pie del altar de la Oración del Huerto, en el claustro bajo, con una sencilla laude que no recuerde otra cosa que mi devota piedad. Pero también llevo mucho temiendo que algo así sucedería… Es lo único que podía esperarse después de meter al zorro en el gallinero.

»Advertí a mi hermano, se lo dije en más de una ocasión. —A Pacheca le llamó la atención que, aun pese a la relación fraterna, la emperatriz hablase del padre del rey de un modo tan informal—. Lo avisé de cuanto sucedería si no dejaba algo más dispuesto. A mi sobrino lo gobiernan, y él, antes de morir, también se lo barruntó, pero no logró… —Entonces la regia dama pareció darse cuenta de que no era apropiado compartir aquellas intimidades y, cambiando el semblante, quiso conocer más detalles sobre el relato que acababan de desgranarle—. ¿Habéis tenido constancia de algún otro movimiento de ese…?

Gaspar de Silva, sin el recato de la posición y con el auxilio de la edad, intervino para terminar la frase.

—Ese hideputa malnacido. —María de Austria le concedió el exceso al viejo soldado con una leve caída de párpados; por el contrario, mucho más incómoda por el

exabrupto, Pacheca le lanzó una mirada furibunda, en la que se intuía la contención a la que el aya se aferraba para no gritarle en público—. No, lo cierto es que no —continuó el piquero obviando la ira de la dueña—, pero estoy seguro de que esa alimaña se ha escondido en alguna madriguera oscura a la espera de su oportunidad, no va a dejar las cosas así, no me cabe duda —sentenció Gaspar.

Mientras escuchaban aquellas palabras ninguno de los cuatro era consciente de los esfuerzos en los que se afanaba el corregidor Diego Martínez en aquellos instantes. La red tendida por todo Madrid se estrechaba en torno a Constanza.

—Ella se quedará conmigo —aseveró la dama mirando hacia la joven siciliana—. Entre estas paredes estará a salvo. Ni el mismo alguacil se atrevería a perseguirla en suelo sagrado. Lo arreglaremos como si ingresase en el convento, y yo misma me ocuparé de que no usen el nombre verdadero para la nueva novicia —apuntilló—. Es necesario que seamos precavidos, aquí hay oídos indiscretos incluso tras el retablo. —Gaspar, siempre rijoso, pensó con sorna que no sería difícil esconder a todo un batallón de cotillas tras la inmensa talla que había visto allende el altar mayor, de hecho, en cualquier parte del enorme edificio, y le pareció intuir que la emperatriz tendría sus motivos para mencionarlo—. El duque de Lerma se encargó de que sus tentáculos llegasen hasta aquí —reconoció doña María sin especificar que, según le constaba, entre las coadjutoras del cenobio había parientes del valido—, así que no podemos permitirnos levantar sospechas…

Pacheca estuvo a punto de intervenir para expresar su agradecimiento, pero la antigua soberana se lo impidió alzando la mano levemente por encima del regazo, recogido en el modesto hábito que, aun pese a la sencillez, no le restaba ni un ápice de su elegante porte.

—Mañana mismo dispondré el envío de algunos despachos —aseguró la emperatriz con el aire de tener en mente a quién avisar sobre la corrupción que estaba pudriendo la corte—. Vamos a resolver esto y lo haremos cuanto antes. Las malas hierbas deben arrancarse de raíz. Aunque lo primero es asegurarnos de no regalar oportunidades para que uno de los secuaces de Hortuño encuentre a esta joven.

Constanza, que hasta ese momento había aparentado preocuparse únicamente por la maestría con la que el alarife del cenobio levantara aquellos muros, hizo amago de terciar. Su conciencia protestaba; sabía que estaba rompiendo el protocolo que su padre se había empeñado en inculcarle, pero no se pudo contener.

—Y tenemos que avisar a Dámaso. Van a matarlo —dijo conservando la calma lo mejor que pudo—, hay que hacer algo por él.

A ella no le preocupaba su seguridad, solo Dámaso le causaba desazón.

—Cada cosa a su tiempo. Nos ocuparemos de eso, no os apuréis —le dijo la emperatriz conciliadora—, entre los mensajes que envíe mañana habrá uno para el presidente del Consejo de Indias. Lo conozco bien, es un hombre devoto, nos ayudará

—aseguró con vehemencia.

Sin embargo, a Constanza aquello le pareció insuficiente. Y ya había empezado a hacer planes por sí misma. Ahora que iba a quedarse en el monasterio, veía una posibilidad muy distinta. Podría intentar acoplarse a alguna de las expediciones misioneras que partían hacia las Indias Orientales. Todos los años, en las flotas que zarpaban de Sevilla, iban decenas de religiosos con la intención de predicar la palabra del Señor. Desde España, baluarte del cristianismo, cabeza de la Liga Santa y azote de moros y hebreos, la fe del crucificado se esparcía por el mundo para sacar a los infieles de su ignorancia. Y no solo eran frailes los que tenían aquella piadosa misión de sembrar las enseñanzas de Jesucristo. También las monjas abandonaban su patria.

A pocos pasos del Real Alcázar se alzaba el inmenso complejo del convento de las Descalzas Reales. Era un recinto enorme que daba cobijo a una importante congregación de devotas, capaces de abastecerse de una amplia huerta y de mantener establos propios. Además de las dependencias monacales, contaba con una bella iglesia; una construcción que había ido creciendo con las aportaciones de la casa real y las familias nobles de la alta aristocracia que hacían generosas donaciones cuando una joven emparentada comenzaba su noviciado. Y gracias a los dineros de damas de tanto abolengo, poseía una destacada colección de obras de arte, como el impresionante retablo mayor que, a la escasa claridad de la noche filtrada por los lunetos, podía verse al fondo del templo, tras el altar.

Gaspar lo miraba recordando la mención que doña María había hecho a oídos indiscretos pululando por aquel lugar santo. Y no le cabía duda de que los adláteres del privado y los amigos del indeseable Hortuño andarían cerca. Sabía que debían tener cuidado.

Observando en la penumbra los complicados detalles que adornaban el magnífico retablo, el viejo piquero esperaba a que Constanza y Pacheca se despidieran. En el domo del templo vacío, el bisbiseo del rumor de las mujeres cobraba eco resonando en los altos muros de la bóveda. El frío madrileño del invierno parecía venir con prisa y Gaspar podía ver el vaho de su aliento esparcirse ante su rostro. El aroma pesado del incienso y la liturgia lo inundaba todo.

Oyó pasos que resonaban en el suelo empedrado y se volvió para ver a la dueña; parecía haber terminado de sermonear a la joven siciliana, se acercaba haciendo extraños con la mano en las mejillas. Cuando llegó junto a Gaspar se restregaba la comisura de los párpados, usando con práctica una punta de la manga de su camisa con la que se había cubierto el índice. El viejo soldado la vio tan afectada que a punto estuvo de no decir nada.

—Supongo que os aventáis que esa muchacha no va a quedarse quieta, ¿verdad? —No le gustaba tener que mencionarlo, pero temía que Pacheca no quisiese reconocer lo resuelta que parecía Constanza.

El aya tuvo la maña suficiente para dar un respingo y sorberse los mocos, todo a un tiempo. Había estado tan preocupada por la seguridad de su niña que no se le había ocurrido pensar algo así.

—No, ella sabe que debe quedarse aquí, lo sabe, está en peligro…

Gaspar sonrió torciendo apenas la boca y las rugas de su rostro se esforzaron por acomodarse.

—Está enamorada, y a veces los enamorados se dejan llevar por el corazón y no por la razón…

Pacheca iba a llevarle la contraria, hilvanó la negativa, pero cayó en la cuenta de que el piquero podía estar en lo cierto y se guardó las palabras frunciendo el ceño. Luego se fijó en los ojos clareados del viejo soldado, que la miraban con intensidad y las mejillas se le arrobaron.

Gaspar esperó a ver si la dueña captaba la intención escondida de su comentario; le pareció que ella se sonrojaba levemente. Estuvo a falta de un último arrebato para inclinarse.

—Será mejor que regresemos y hablemos con doña María —dijo el aya al darse la vuelta azorada, negándose por bochornoso lo que le había parecido intuir—. Mañana antes de que cante el gallo…

Gaspar se deleitó con el rotundo contoneo de las caderas de la mujerona y suspiró largamente antes de seguirla. Abandonaron el templo por la sacristía y cruzaron una pequeña puerta, mientras caminaban, el veterano decidió que podía decir algo más sin resultar indecoroso.

—Creo que, si os parece bien, me quedaré en palacio. Le he tomado aprecio a la niña y… y no me gustaría que le sucediese algo malo.

No se aventuró a añadir nada más. El aya ralentizó el paso.

—No esperaba menos —concedió Pacheca en un susurro que le pareció un exceso de atrevimiento.

Apenas pudo ensancharse la sonrisa de Gaspar cuando la dueña ya volvía a apurar el ritmo. Él se detuvo y se regaló el lujo de mirarla caminar, como si algún alquimista afortunado le hubiera quitado treinta años de encima.

Bartolomé se acercaba tentando cada zancada. Regresaba al interior de la fortaleza y Dámaso lo vio aproximarse desde más allá del padre Crisóstomo, que hablaba animadamente con el estrambótico bonzo; el monje budista no se había separado del grupo de supervivientes desde la mañana tras el naufragio. El furriel percibió la mirada de rencoroso recelo que el de Palos vertió sobre el oriental al esquivar la pareja de religiosos.

Como en las últimas largas y tediosas semanas, lo que quedaba de los hombres del San Jacinto estaba en un amplio patio despejado en la zona sur del castillo, no lejos de una de las tres lenguas de tierra que unían el promontorio de la fortaleza con

tierra firme, donde una sucesión de oteros cubiertos por bosques desdibujaba el horizonte.

En un almacén cercano que les servía a todos de dormitorio común los heridos y convalecientes habían sido atendidos eventualmente. Unos por los sanadores locales y otros por la intromisión del inquieto fray Sotelo, que decía haber estudiado en Salamanca más medicina que cuanta sabían en todo el Japón. Pero ya no quedaban heridos.

El último en morir había sido un leonés que trabajara en la Audiencia de Manila, designado por De Morga como contador para la embajada. Había agonizado durante días entre las vaharadas a naterón de la podredumbre de su carne, infectada en una tajadura abierta en el muslo por donde asomaban astillas de hueso.

Quedaban solo once de los hombres del San Jacinto.

No eran prisioneros, o eso había traducido el padre Crisóstomo. Sin embargo, los mantenían vigilados y no les permitían moverse con libertad; a no ser que fueran acompañados por hombres armados que no les quitaban el ojo de encima. Y, para terminar de colmar las dudas del alférez sobre su precaria situación, el jesuita le había advertido de que, según recordaba de sus años en Nagasaki, el clan Kuki era conocido por haber servido como piratas a las órdenes de Toyotomi Hideyoshi. El antiguo furriel temía que, antes o después, el señor del lugar decidiera acabar con todos ellos; el trato despectivo que les dispensaban sus anfitriones bien podía ser el preludio de una tragedia.

El guarda que había escoltado al onubense se quedó junto a los camaradas de la entrada del patio y el de Palos, que seguía caminando, rodeó a los religiosos occidentales y al bonzo para pasar junto al piloto Vasco de Novaes. El luso charlaba en una mezcolanza de portugués y español con el único carpintero de la nao que había sobrevivido, un gaditano que jamás perdía la sonrisa y no paraba de sacudirse el flequillo rubio que se agitaba por encima de sus cejas prominentes. Dámaso sabía que, como la noche anterior, aquellos dos estarían elucubrando sobre cómo podrían apañárselas para construir un barco con el que regresar. Lo que era una alentadora novedad, pues la conversación habitual de los supervivientes se llenaba de quejas por la extraña comida que les servían sus anfitriones. Y solo él mismo parecía ser consciente de que los síntomas de hartazgo de los nipones hacían evidente que la embajada había fracasado y que debían salir de aquel país cuanto antes.

En su camino a través del empedrado del castillo de Toba, Bartolomé de Palos, sin detenerse, le dedicó un saludo escueto a un muchacho de barbas ralas que respondía al nombre de Malaquías Graciano; quien buscaba convencer, sin que se le notase el ansia, a algún compañero para matar el tiempo jugándose los cuartos; era uno de los que Dámaso había visto echando los dados junto a las escaleras del San Jacinto. Y el alférez sabía que quien acabaría enredado en una partida de *guirguiesca*

sería un marino menorquín de nombre Lucas, del que no recordaba el apellido.

Ya un poco más cerca del antiguo furriel, el onubense se cruzó con otros dos que, sentados en sendos poyetes de granito, compartían escupitajos y piedra de amolar para afilar sus hierros: un corpulento gallego de nombre Mateo y un tal Hernán de Alarcón. El primero venía de una buena familia de canteros, y había terminado en Flandes por un amorío con una casada; luego había acabado en Manila por un desliz en un burdel resuelto con su daga, perdida en la riñonada de un teniente del Tercio de Cartagena en un lupanar de Nieuwpoort cuando aún intentaban aguantarse los bamboleos del barco del que acababan de bajar. El segundo, un jerezano taciturno que de conquistador no tenía más que el nombre, pero que hablaba de la guerra como si hubiera escapado de aquella *noche triste* de Nueva España bajo las órdenes de Cortés.

A espaldas de Dámaso, el cansino Sebastián Vizcaíno, más descontento a cada día que pasaba porque no se le dispensaban los honores que, según él, merecía un flamante embajador de su católica majestad Felipe el Tercero; le chistaba sus quejas a un impertérrito *samurai* del clan Kuki, uno de los que siempre guardaban a los supervivientes del San Jacinto, demostrando la desconfianza del señor del castillo hacia los forasteros.

Una gaviota de alas grises y cola tan negra que parecía prestada por un cuervo graznó desde lo alto del murallón que cercaba el laberinto formado por las construcciones interiores del castillo. Se aventó las plumas con un par de picotazos y alzó el vuelo hacia el cielo cristalino de la mañana, roto únicamente por lejanas trazas blancas de nubes altas, hilvanadas en el manto azul como un remiendo. Alguien venía.

En los pocos días que llevaban en el Japón, Dámaso se había esforzado por dejar a un lado sus propias tribulaciones y mantener el ánimo de la marinería. Constatada la incompetencia del embajador, había intentado ocuparse de los hombres asumiendo el mando y, con la ayuda del jesuita, se había esforzado por reclamar la atención debida como miembro de la embajada enviada por las coronas españolas. Sus avances, sin embargo, habían sido escasos. Lo único que había conseguido era comprender parcialmente la convulsa situación política del archipiélago.

—Las buceadoras han encontrado el cuerpo del polizón… —le espetó el de Palos al llegar a su altura con voz meliflua, disfrutando de dar la mala noticia—. No entiendo la mitad de lo que dicen estos monos amarillos, pero ya están arrastrando el fardo hasta la playa…

Como el resto de los hombres de la embajada, Dámaso había visto a aquellas valerosas mujeres sumergirse en las mismas aguas batidas que habían vencido al San Jacinto. En las primeras jornadas tras el naufragio, a excepción de los escandalizados frailes, casi todos los supervivientes habían acudido cada mañana a las playas bajo los aleros del castillo de Toba para ver el espectáculo: vestidas únicamente con una

suerte de calzones blancos, usando como boyas grandes cubos en los que iban dejando las capturas, sin mostrar pudor por sus senos desnudos, obviando la fuerza incomparable de aquel rugiente mar, las mujeres del lugar se zambullían bajo las mareas bravas.

Sin otra ayuda que un cuchillo y su coraje digno de admirar, menoscabando el ímpetu del fiero oleaje, las *ama* se ganaban la vida recogiendo abulones y ostras perlíferas en los recovecos entre las rocas a más de diez brazas de profundidad. Probablemente habrían hallado los restos maltratados del pobre Martín atrapados en alguna apretura entre las peñas de aquellos abruptos fondos de la bahía de Ise.

Aunque la esperaba, la noticia no dejó de ser violenta. Fue un mazazo que resquebrajó las inevitables esperanzas que había cobijado. Sin embargo, el alférez no tuvo tiempo para reaccionar.

Como había visto la gavina, que se alejaba volando hacia el mar, un grupo de japoneses entraba en el patio desoyendo las quejas del embajador Vizcaíno.

En un principio, Dámaso supuso que querrían preguntarle sobre los restos de Martín; cada enterramiento había supuesto una pequeña disputa. Los nipones preferían proceder con la cremación de los cuerpos en complicadas ceremonias que, por lo que el jesuita le había explicado, terminaban con la familia recogiendo los huesos calcinados. Pero se equivocó.

Eran tres de los hombres de la guardia del castillo. Y junto a ellos caminaba un *samurai* altivo de rostro anguloso con la cabeza afeitada. Vestía un sobretodo en el que se podía ver el emblema con tres hojas que Dámaso había aprendido a reconocer como el de Tokugawa Ieyasu.

Apartando su aflicción, se puso en pie. Convertido sin quererlo en el responsable real de la expedición, el antiguo furriel imaginó que aquel hombre de aire autoritario lo estaba buscando.

—Hablaremos más tarde —le dijo a Bartolomé dando el primer paso hacia la comitiva de japoneses.

—Ya era hora de que apareciese alguien con quien parlamentar —interrumpió como siempre el indignado embajador Vizcaíno.

Tragándose la amargura que inundaba su ánimo al recapacitar sobre el terrible estado en que estaría el cuerpo de Martín, el alférez se echó a andar cavilando en dónde diantres estarían los documentos adverados con sus nombramientos. En apenas un susurro, moviendo los labios imperceptiblemente, Dámaso repetía las fórmulas de cortesía que le había enseñado el jesuita para presentarse como era debido.

Zongji, que había estado atento a los movimientos del forastero de rostro cetrino, sobre el que siempre mantenía un ojo, dejó su última pregunta sobre el crucificado sin terminar y calibró la nueva situación. El *samurai*, que lucía el *mon* del clan Tokugawa, apenas llegaba a la madurez, pero al bonzo no se le escaparon los gestos

fluidos y la forma de caminar del *bushi*; probablemente la cicatriz que le cruzaba la mejilla era la huella de su único error manejando los sables.

Dámaso vio al guerrero japonés detenerse ante los monjes y aceleró el paso. No le dio tiempo a hablar.

Yoshioka Seijuro, que, aun disgustado, no pensaba dejar que se adivinase lo mucho que le repugnaba tener que acatar aquellas órdenes que lo obligaban a estar de nuevo cerca de los forasteros. Había dejado a una de las mujeres del *mundo de los sauces* sirviendo exquisito *saké* de Nada en una de las bellísimas tazas de la vajilla de la mansión de la glicinia; y había recorrido al galope los doscientos *ri* que separaban Kyoto de la provincia de Shima. Primero hasta Edo, por el cómodo empedrado del Nakasendo, que bajo el mandato de Tokugawa Ieyasu estaba siendo remozado. Luego, después de haberse entrevistado con Date Masamune en la capital que se estaba erigiendo el vencedor de Sekigahara, había continuado a través de senderos que amenazaban con embarrarse a la llegada de las lluvias.

Había sido una travesía extenuante, aun así, aunque deseaba darse un baño y descansar, aun pese a que preferiría volver a la ciudad imperial para ayudar a Honda Kazumasu a encontrar al *ronin* que había asaltado el caserío de los Chosokabe, allí estaba, obedeciendo.

Sabía más sobre su fe que acerca de los forasteros, así que, en cuanto los vio en aquel patio del castillo flotante de Toba, imaginó que debía dirigirse al jesuita, al que vio departiendo con otro *nanbanjin* y con un monje budista de aspecto correoso que portaba un bastón de combate hecho con *rattan*.

—*Bon dia pai* —logró decir retomando su oxidado portugués y echando de menos las expresiones correctas de su propio idioma, con las que hubiera podido fingir adecuada cortesía—, *chamo-me Seijuro Yoshioka.*

El piloto Vasco de Novaes dejó caer la mano con la que se rascaba la picazón de los piojos y el brazo descansó en el cabestrillo que usaba desde el naufragio; los esfuerzos con el timón durante el temporal le habían descoyuntado el codo y aún no había recuperado la movilidad.

—¡Santa Madre de Dios! —consiguió exclamar el jesuita tras recuperarse de la sorpresa—. Debéis de ser uno de los muchachos del seminario de Nagasaki…

Yoshioka no comprendió una sola palabra y no supo si su portugués tenía más robín de lo que suponía o si era que el ignaciano había hablado demasiado rápido.

Alguien corrió a avisar al *daimyo* de que un emisario del señor Tokugawa Ieyasu había arribado al castillo de Toba.

Les llevó toda la mañana aclararse chapurreando a ratos en los distintos idiomas, ya que lo que Crisóstomo no comprendía del portugués del *samurai* se liaba con lo que Yoshioka no entendía del japonés del jesuita.

Para cuando Kuki Moritaka llegó, deseando agasajar al enviado del futuro *shogun*

con las muestras apropiadas de hospitalidad, Dámaso ya había tenido tiempo de hacerse una idea de lo que estaba sucediendo, aunque Yoshioka Seijuro, tal y como se le había ordenado, no les había explicado toda la verdad.

Date Masamune había sido muy explícito: debía sacar a los *gaijin* de Toba y llevarlos hasta el nuevo feudo que se le había concedido en Sendai. Y, aun no habiendo recibido aclaración alguna, a Yoshioka Seijuro no le costó aventurar el porqué. Casi con toda seguridad, Tokugawa Ieyasu, todavía inmerso en el proceso de afianzar su posición, querría alejar a los extranjeros de Kyoto, osaka y la misma Edo; fuera del alcance de los restos de la facción leal al heredero del *taiko*. Los que quedaban de aquellos que apoyaran al magistrado Ishida Mitsurani y al resto de los miembros del Consejo de Regencia siempre se habían mostrado animosos por establecer relaciones con los forasteros, y Yoshioka intuía que el vencedor de Sekigahara temía las poderosas armas de fuego de los hediondos barbudos. Si le daba una posibilidad a los que estaban en su contra para establecer un pacto con los *nanbanjin*, Tokugawa Ieyasu podría ser derrocado por los cañones de unos nuevos e inesperados aliados.

—Parece que nos llevan al norte —concluyó Crisóstomo hablándole a Dámaso bajo la mirada sonriente y la expresión afable del antiguo seminarista—, dicen que es un gran honor. Hemos sido invitados a hospedarnos en el feudo del señor Date Masamune.

Yoshioka Seijuro no les explicó que sería un largo y penoso viaje. Tenía órdenes de conducirlos por pasos secundarios y lugares despoblados; y las nieves del invierno cerrarían los despeñaderos.

—Esto ha sido, sin duda, gracias a que han reconocido la valía de quien tenían enfrente —adujo entremetiéndose un ufano Vizcaíno al que nadie hizo caso.

Zongji se reservó para sí las implicaciones que vislumbraba en aquellas revelaciones. Acababa de descubrir que el *dragón de un solo ojo* había sido condecorado con un señorío inmenso en el norte y eso aun cuando durante meses, mientras la terrible batalla de Sekigahara se gestaba, Date Masamune se había mostrado afín a ambos bandos, navegando sutilmente entre dos aguas. El bonzo entendió que, si había recibido una recompensa de tal magnitud, en realidad, pese a sus movimientos públicos, el *daimyo* tuerto se había mantenido siempre fiel a Tokugawa Ieyasu; y sus aparentes acercamientos a la coalición de *ejércitos del oeste* habían sido una pantomima, orquestada por el que ahora aspiraba a ser nombrado *shogun*. Zongji palmeó su vara y observó a los hombres agrupados a su alrededor, preguntándose si los forasteros comprendían siquiera una pequeña parte de todo lo que sucedía en torno suyo. Después de tantos años de apática peregrinación había encontrado un curioso entretenimiento. Su labio de liebre se retorció de un modo inusual con una sonrisa.

Yoshioka Seijuro le entregó al *daimyo* Kuki las acreditaciones recibidas y, en tanto el señor feudal las leía, el *samurai* miró al horizonte con aflicción. Tardaría mucho tiempo en terminar con su misión y poder regresar a Kyoto para ocuparse de lo que realmente deseaba: encontrar a aquel indeseable *hombre de las olas*.

Saigo Hayabusa abandonó la ermita tras echar un último vistazo para asegurarse de que no quedaba rastro de su presencia. Había llegado el momento de partir hacia el sur, en una amarga vuelta a su isla de Kyosho en la que no podría visitar su hogar. Tenía que llegar hasta el puerto de Nagasaki y encontrar la casa de sabiduría de los religiosos extranjeros, debía averiguar más sobre aquellos *nanbanjin* y sus hombres de poder, sobre aquel extraño nombre relacionado con Maynila.

El ocaso se tendía sobre las montañas al norte de Kyoto. En los bosques, los lobos empezaban a moverse mientras los zorzales buscaban acomodo en las ramas verdes de los alcanforeros, que no se habían desnudado para el invierno.

Ante su viaje, el *ashigaru* pensó en su hijo. Tuvo que eludir la nostalgia, y consolarse con que algún día podría borrar la vergüenza de haberse convertido en un *hombre de las olas* gracias a la dispensa que le había entregado Torii Mototada.

Tenía que ponerse en camino, pero primero haría una última parada en la mansión de la glicinia, quería saber algo más sobre Honda Kazumasu y su patrulla; los había dejado en paz desde su incursión en el caserío de los Chosokabe, sin embargo, antes de marchar, deseaba averiguar cómo les iban las cosas a los *samurai* de Tokugawa Ieyasu en la ciudad imperial.

Volvió a su acomodo en el olmo del solar frente al *mundo de los sauces* y ejercitó la paciencia una vez más. Era una noche clara que iba enfriando el aliento del mar sobre la ciudad. Un amanecer cubierto de bruma se preparaba.

Vio entrar a varios clientes. Algunos, escapando de las vergoñas de ser descubiertos, se cubrían el rostro con el ala de grandes sombreros de paja; otros, no tan cohibidos, traían la juerga consigo y anticipaban la diversión.

Honda Kazumasu no tardó en aparecer. Aún no podía distinguir el rostro del *samurai* cuando lo reconoció por sus andares robustos. Como era de esperar, el hombre grueso de maneras grotescas, al que había dado muerte en el caserío de los Chosokabe, no caminaba con su líder. Pero también faltaba alguien más: el *bushi* de rostro anguloso que también llevaba el cráneo afeitado no estaba.

Vio cómo eran recibidos con el loor apropiado, entre reverencias y palabras de elogio. Al entrar en la mansión dos lacayos de cabeza gacha los seguían diligentemente.

El hábito fue capaz de aliviar las incomodidades y penurias. Arropado por la costumbre, el *ronin* aguantó la noche de guardia como tantas otras a lo largo de los últimos meses.

Al amanecer, Honda Kazumasu, sobrio y sereno, abandonó la plaza del *mundo de*

los sauces y echó a andar en una dirección que bien podía ser la del caserío de los Chosokabe. El *ashigaru*, que ya había ideado una estrategia ante las novedades, siguió aguardando.

La mañana se fue descorriendo en la niebla que inundaba la ciudad imperial. De la mansión de la glicinia salieron algunos borrachos, la mayoría con el semblante arrepentido por una noche de excesos vencidos por tentaciones. Y llegaron proveedores. Un pescador encorvado de piel cuarteada y manos encallecidas se acercó con un cesto lleno de verdeles frescos. Un hombre enjuto, de nariz enrojecida y grandes orejas, trajo un barril que Saigo conjeturó repleto de *saké*. Y cuando la neblina ya había tenido tiempo de calar las ropas del *ronin* y la somnolencia amenazaba con hacerle caer del olmo, apareció el esportillero del mercader de polvo de arroz con su caja lacada. Había crecido y podía notarse, a su edad, unos cuantos meses operaban un cambio apreciable y la nariz, desproporcionada, desentonaba en el rostro juvenil. Imaginó que el zagal empezaría pronto a pensar en lo interesante que sería entregar sus pedidos durante las noches de pasiones y no en las mañanas de resaca.

En cuanto el muchacho entró por la puerta de servicio para hacer su entrega, Saigo Hayabusa descendió y se acercó cautelosamente a la calle, dispuesto a esperar junto a las ramas nudosas de la glicinia que se enroscaban en la esquina de la valla.

Se acomodó apoyando la espalda y uno de sus talones en la empalizada, bajó el rostro y, recuperando el viejo gesto, posó la muñeca en la empuñadura de su *katana*. Su pulgar recorrió el áspero tacto de la piel de raya que asomaba bajo los cordajes trenzados.

El crío salió con una sonrisa radiante. El *ronin* supuso que ahora, cada vez que visitaba el interior, el muchacho soñaba escenas que le acompañarían durante sus noches hasta despertar para descubrir que había manchado su lecho.

El gesto cambió de pícaro a afable y el *ashigaru* inclinó el rostro levemente a modo de saludo.

—Oh, buenos días —correspondió el muchacho respetuosamente, con una altivez adolescente que no había mostrado en su último encuentro—, buenos días. ¡Cuánto tiempo ha pasado! Supongo que lograsteis hablar con los hombres del señor Honda —aventuró el chico demostrando que recordaba al *samurai* con el rostro picado por la viruela.

Saigo apoyó ambos pies en el suelo y miró hacia el crío. El silencio severo amedrentó al esportillero, que, como todos los muchachos que aún peinaban flequillo, no ahorraba tanto valor como imaginaba.

—Me alegra volver a veros —habló de nuevo el chico con una aguda voz pubescente que correspondía a su mentón lampiño.

El recadero del mercader de polvo de arroz tabaleó en su caja lacada con

expresión dubitativa. El *ronin* siguió callado, se limitó a dar un paso hacia el muchacho sin levantar la mano de la empuñadura de su *katana*.

—¿Hay algo que pueda hacer por…?

Movió los dedos lo justo para simular que rodeaba la *tsuka* de su sable, sin embargo, como un prestidigitador, cambió el ademán antes de completar el gesto y, rápidamente, se hurgó en la manga hasta sacar el puño cerrado. Los ojos del esportillero, entornándose, siguieron la mano de aquel *samurai*.

El chico se tragó el nuevo ofrecimiento que pensaba hacer e intentó adivinar cuánto de malo habría en las intenciones del *bushi*.

Desenvolvió el puño lentamente, sobre la palma había cinco monedas de cobre. Eran las típicas piezas que se acuñaban para imitar la escasez de caudales que llegaban al Japón a través de la piratería china; no suponían ninguna fortuna, pero serían más que suficientes.

En la faz del muchacho ya no quedaba ni rastro de picardía o miedo, simplemente codicia.

—¿Dónde está el más joven, el de la cicatriz en la mejilla?

El zagal todavía se tomó un instante para mirar las monedas.

—Os referís al venerable Seijuro, del clan Yoshioka —contestó el esportillero separando los ojos de la calderilla—. Ha partido hacia la provincia de Shima.

Se las arregló el *ronin* para no dejar traslucir la sorpresa que le provocó una revelación así.

—Ya se fue hace unos días. Y tenía mucha prisa —aclaró volviendo a mirar las monedas de cobre, preguntándose si tendría un trozo de cordel en el que atarlas para asegurarse de no perderlas—. Si queréis saber mi opinión, diría que llegaron órdenes importantes, muy importantes —recalcó cambiando el tono de voz—. Se armó un buen revuelo y tuvo que salir a todo correr en mitad de la noche. Se habló de ello durante días —logró decir con un gallo adolescente que se le escapó al intentar darle notoriedad a sus palabras.

El *ashigaru* había estado en Shima años atrás, poco después de que los trabajos de construcción del castillo hubiesen terminado, y podía recordar la imagen de la impresionante fortaleza de Toba que, cimentada en una pequeña península, parecía flotar sobre las olas de la bahía. Era un fortín difícil de olvidar por su singular disposición, el alcázar estaba pintado de negro en el lado que daba hacia el mar, mientras que las fachadas que miraban hacia tierra firme habían sido coloreadas de blanco. Eran los dominios de la familia Kuki, corsarios que habían servido como mercenarios para el *taiko*. Lo que no intuía eran los motivos que podían haber llevado al hombre de Honda Kazumasu hasta allí.

—¿A Shima? —preguntó Saigo haciendo tintinear las monedas de su palma.

El muchacho inclinó el rostro y el flequillo le barrió las cejas.

—Sí, a la provincia de Shima.

Quiso alzar su propia mano para coger las piezas de cobre, pero el gesto del *samurai* le aclaró que su respuesta no había sido suficiente.

—Bueno, no sé por qué allí —confesó el esportillero—. Pero imagino que tiene algo que ver con el naufragio del barco extranjero. Uno de esos de los que llaman dios a un crucificado…

Otra nave forastera encallaba en las costas de Japón abriendo nuevas incertidumbres. Y tenía que tratarse de los *nanbanjin*, esos eran los que se preocupaban por la religión de cada uno; los otros, los *komojin*, por lo que él sabía, solo tenían en mente los acuerdos comerciales, no iban acompañados de una retahíla de estrambóticos monjes. Esta vez, Saigo no pudo evitar que sus ojos se abriesen con la sorpresa.

—¿Los que adoran al dios de la cruz? ¿Los *bárbaros del sur*? —preguntó para estar seguro.

El muchacho miró alternativamente hacia las monedas y al rostro del *ronin*. Se dio cuenta de que aquel debía de ser el único en todo el Japón que no había oído los rumores sobre el estrambótico barco que había zozobrado en la bahía de Ise. Y le pudo la codicia. Pretendió componer un gesto rudo que demostrase que se guardaría sus secretos a no ser que la recompensa fuera mayor, pero se ablandó al instante; bastó con que el *samurai* bajase la vista hasta las empuñaduras de sus sables.

—Sí, una especie de embajada que ha llegado desde Maynila —dijo entre dientes —, es todo lo que sé…

Precisamente venido desde los antiguos dominios de los rajás de las islas del sur, para Saigo Hayabusa aquella inesperada noticia traía aparejados importantes cambios y le costó un enorme esfuerzo mantener el semblante adecuado.

—… Estoy seguro de que ha de haber relación entre ambas cosas —continuó el muchacho ante el rostro impertérrito del *samurai*, el picado de la viruela le resultaba amenazante—, ¡no es una simple coincidencia!, ¡todos lo dicen! —exclamó para excusarse por la suposición previa—. *Yoshioka-sama* estaba muy disgustado y no habría dejado Kyoto de no ser por algo realmente importante —siguió diciendo—. Un indeseable ladrón entró en el caserío en el que se hospedan, no se hubiera marchado si no fuera serio —insistió—, y no se me ocurre otra cosa que podría llevarlo hasta Shima que no sea ese naufragio, ¡todos lo dicen!

Rumiando cuanto acababa de oír, el *ronin* inclinó la mano y dejó caer las monedas. El esportillero, con una agilidad asombrosa, fue capaz de cogerlas sin que una sola cayera al suelo. Las ató con un trozo de hilo que enhebró por los ojales centrales, con tanta prisa que a punto estuvo de sembrarlas a sus pies y, lanzando una última mirada desconfiada al *samurai*, echó a correr. Y la caja del comerciante de polvo de arroz, impecablemente cubierta con laca de Shunkei, empezó a rebotar en su

espalda.

Saigo relajó finalmente el semblante, sonrió al pensar que el mercader de maquillaje era afortunado. Si su recadero se hubiera echado a trotar de esa manera antes de hacer la entrega, a la mansión de la glicinia apenas hubiera llegado otra cosa que un revoltijo infame.

Cavilando sobre qué hacer, se puso también en camino. Erró un rato callejeando por la ciudad y llegó hasta la ribera del Kamo por entre los parches de niebla persistente que parecía enredarse en las ranguas de los soportales. Y aunque intentaba razonar en lo que le había contado el muchacho, terminó pensando que más le valdría al esportillero no dejar caer la caja lacada con las prisas de su carrera por alejarse, aquella no era una de las humildes *bento* que se usaban para transportar comida, era una pieza de artesanía taraceada con madreperla y las cinco monedas que se había llevado el muchacho no pagarían una nueva.

Se detuvo ante un puesto ambulante de bollos *fu* que le resultó vagamente familiar y ofreció otro de sus cobres.

—Gracias, honorable señor —le dijo el vendedor.

—¿Algo que merezca la pena saber? —preguntó con precaución, sin dejar ver lo que ya le habían contado.

El tendero le alcanzó uno de los panecillos y lo miró ensanchando una sonrisa que se deslizó sobre unos pocos dientes mellados.

—Bueno, se rumorea que su excelsa divinidad, el *hijo de los dioses* —hablaba mientras hacía repetidas reverencias—, nuestro emperador, le dará el beneplácito a Tokugawa Ieyasu para convertirse en comandante supremo de los ejércitos…

Ofreció una moneda más entre sus dedos, pero no dejó la mano tendida para recoger otro de los bollos. Todos sabían desde hacía meses que el vencedor de Sekigahara aspiraba a convertirse en *shogun*, los más atrevidos incluso se habían aventurado a decirlo entre bisbiseos mucho antes de la batalla.

—Lo cierto es que —dijo el abacero comprendiendo la indirecta y guardándose el nuevo cobre—, en los últimos días, de un extremo a otro de la ciudad, solo se habla de ese barco extranjero que ha naufragado frente al castillo de los dos colores de Toba.

Saigo Hayabusa afirmó con el mentón y abandonó el puesto. Siguió caminando mientras observaba el río.

No iría a Nagasaki. Viajaría hasta Shima; en busca de aquellos *bárbaros del sur*. Ellos eran los que siempre se habían esforzado por comerciar, con armas de fuego, o con lo que terciase, empeñados en retorcer a conveniencia las ambivalentes posturas de los miembros del antiguo Consejo de Regencia. Y, de entre los *gaijin*, eran precisamente los *nanbanjin* los que dominaban los archipiélagos meridionales; y la nota que había encontrado se refería a ellos.

Los días se perseguían unos a otros sin tregua y los meses ya se habían tornado años.

Hacía tanto que no lo veía que no podía sentir el tacto abrigado y tibio de sus manos; vestirse en la complicidad de una mirada entre la multitud; refugiarse con la entrega intuida tras una sonrisa.

Aun así, seguía amándolo, con todo su ser. Hasta el fin. Por siempre. Como había hecho desde el primer momento. Y, aunque las largas noches del frío invierno se empeñaban en mostrarle su soledad, Constanza no pensaba desfallecer.

Tenía que estar vivo. Lo sentía. Estaba segura de que las horribles premoniciones de Hortuño no se habían cumplido. Y es que Constanza de Accioli miraba dentro de sí y descubría un inmenso amor que la llenaba de calor; que la cubría de sueños, que traía mañanas en las que despertaba al alba para encontrar el rostro de Dámaso junto a ella, mirándola con la comisura del labio alzada en aquel gesto tan suyo, entre vergonzoso y pícaro. Si se olvidaba de las gélidas paredes del convento, podía imaginar la pasión a la que se entregarían, los hijos que llegarían, la vejez que compartirían.

Eventualmente, después de los rezos, si las tareas de novicia se lo permitían, paseaba entre los arriates de la huerta del cenobio y, tras asegurarse de que ninguna de las religiosas podría verla, sin detenerse, alzaba una mano, temblorosa, expectante, como si él pudiera cogerla y caminar a su lado.

Siguiendo los encajes de brisa que se colaban en los atrios del monasterio, recorría los senderos entre los árboles y los surcos arados y, a veces, cuando el aire se revolvía en derredor, sentía la calidez de un beso donde el cuello se esconde bajo el cabello; escuchaba el resquebrajarse de una risa, grave y sencilla, franca; olía aquel aroma lleno y almizclado, con un deje de cuero, el de las ropas de soldado que llevaba cuando lo conoció; y sus dedos se cerraban como si él estuviera allí. Porque en esas ocasiones afortunadas, podía sentirlo a su lado.

Lo amaba y no pensaba abandonarlo, aunque le fuera en ello la vida.

María de Sidonia y Siderer, la dama favorita de la reina Margarita, no había proporcionado más que elusivas respuestas a sus requerimientos. La reina de Francia, la augusta María de Medici, había dado a luz a un varón, al delfín del trono, y en la corte española el poder se repartía pensando en el futuro casamiento con la infanta Ana de Castilla y Aragón.

—¡Basta! —le había gritado la dama de compañía la última vez que Constanza había intentado exponer su caso—. ¿Acaso creéis que lo que le suceda a un contador de los Tercios en el otro extremo del mundo es más importante que el futuro del reino? Si hay oportunidad, ya nos ocuparemos de ello, por el momento hay otros asuntos que tratar —le había espetado antes de darse la vuelta haciendo añicos las esperanzas de la joven siciliana.

Los altos estamentos del gobierno no parecían dispuestos a arriesgarse a que la corona pareciese afeblecida, incapaz de mantener el orden en sus propios fueros. Y en cuanto a doña María, la emperatriz viuda, las perspectivas no eran mejores.

Aquejada de fiebres, la anciana soberana languidecía presa de los frutos de la edad entre las novenas que organizaban las monjas de las Descalzas Reales. Había intentado cumplir su palabra, pero los resultados esperados no habían llegado.

Con tino para disimular sus verdaderas intenciones, doña María había organizado una recepción real en el mismo monasterio con el pretexto de hacer que el monarca cambiase de opinión y trajese de nuevo la capital a Madrid. Y, a la sazón, sutilmente, con mañas diplomáticas que no habían llegado a oxidarse a lo largo de su reclusión en el convento, la antigua emperatriz se había atrevido a exponer sus quejas sobre el rumbo del reino. A la menina siciliana le constaba, creía en la palabra de doña María. La soberana había intentado negociar con el monarca a fin de que coartase la libertad del duque de Lerma, de que tomase medidas contra la evidente corrupción que estaba pudriendo la corte. Sin embargo, la regia dama en persona le había dicho que su sobrino el rey había hecho oídos sordos, preocupado únicamente por una jornada de caza que organizaba con el duque de Alba, que al parecer había apartado su odio por los ingleses por unos días para ir en busca de cornamentas de corzos. Ahora, enferma, no había mucho más que la emperatriz pudiese hacer. Y Constanza estaba harta de esperar.

Había tenido la idea tiempo atrás e intentaba llevarla a cabo.

Era noche de luna nueva, los humos de los hogares de Madrid se elevaban a un cielo bruñido punteado por estrellas. En el convento de las Descalzas Reales la grey acababa de terminar el oficio de vigilia y las religiosas volvían a sus celdas para intentar descansar hasta ser llamadas para el largo servicio de salmos de maitines, en cuanto rayase el alba.

Constanza, incómoda con los ropajes talares, a los que no había llegado a acostumbrarse, caminaba entre el resto de las novicias mirando de reojo. La siciliana sabía que aquello que iba a hacer necesitaba de la máxima discreción, no se le escapaba que la abadesa de las clarisas era pariente del duque de Lerma. Comprendía que había sido la influencia de la emperatriz la que, hasta el momento, la había mantenido a salvo: la propia doña María la había auspiciado en su ingreso haciéndola pasar por la hija de unos allegados, sin dar más explicaciones que una duradera amistad familiar. Y era consciente de que compartiendo sus planes se pondría al descubierto, sin embargo, no pensaba echarse atrás.

Siguiendo obedientemente el ejemplo de las demás, que, a lo largo del pasillo, se fueron repartiendo en sus aposentos con el orden que se esperaba de ellas, Constanza entró en su celda tras echar un último vistazo unas puertas más allá. Donde una muchacha de aspecto enteco y carnes magras, en las que el hábito parecía a punto de

escurrirse, sujetaba la manija con una mano blanca de lánguidas venas azules y aire de delicada porcelana.

Isabel Lardinois, como muchas otras en aquella congregación de clarisas descalzas, provenía de las viejas familias del continente. Y además era pariente del ilustre Everardo Mercuriano, el que había sido general de la Compañía de Jesús. Las malas lenguas de las novicias incluso se atrevían a cuchichear por lo bajo mientras desgranaban los guisantes del huerto; había quien decía que, de hecho, la muchacha era nieta del clérigo, al que acusaban de indecente y amoral, vicioso de amoríos inconfesables.

Constanza no sabía qué había de cierto en aquellas habladurías. Y no le importaba; lo que sí le preocupaba era ganarse la confianza de la joven valona.

Aunque no iba a ser fácil. La disciplina en el convento era rígida. De cada una de ellas se esperaba devoción y trabajo duro en las muchas tareas necesarias para mantener el enorme monasterio; repartidas según marcaba el rigor de los oficios divinos. Solo tras los rezos de vigilia se les concedía algo de tiempo para sí, aunque no para conspiraciones, sino para entregarse al reparador descanso que les permitiría afrontar un nuevo día con el piadoso ánimo que necesitaban. Y las adjutoras se encargaban de evitar que las jóvenes novicias de ascendencia noble, las únicas que disfrutaban de celdas individuales, cayeran en las tentaciones de la edad en lugar de dormir plácidamente.

Sin embargo, tras mucho considerarlo, pese al riesgo de ser descubierta, Constanza había decidido que aquella sería su mejor oportunidad para abordar a la monja en ciernes.

Esperó hasta que supuso que todas estarían ya durmiendo y rezó, rogando para que fuera la hermana Catalina la que estuviese aquella noche de guardia; a la mujerona le gustaban las cenas pesadas y siempre se las arreglaba para charlar con la encargada de la cillería a fin de acomodarse un dulce antes de la velada. Con un poco de suerte, tras la primera ronda, la monja estaría dormitando en la incómoda banqueta del final del corredor, con el rosario entre los dedos y el regusto de un bizcochito de última hora en el paladar.

Intentando serenarse, la joven siciliana movió apenas una pulgada la pesada hoja de madera recia, procurando no hacer ruido y, entreabriéndola, aguzó el oído. Esperaba no escuchar el repicar amortiguado de los pasos de alguna de las hermanas, caminando por los largos pasillos de piedra con el rostro severo y la reprimenda preparada. Aún tardó unos instantes en atreverse a salir.

El helor vespertino se escarchó enseguida en su tez. A un lado quedaban los arcos que miraban sobre el claustro, grandes bocas negras por las que se colaba la noche oscura, y al otro, dispuestas regularmente, las puertas de las celdas. Al fondo, se intuía la silueta desdibujada de la hermana Catalina, con su opulencia despatarrada en

un taburete dos tallas chico, durmiendo a pesar de la postura incomprensible. Constanza ni se dio cuenta de que caminaba de puntillas mientras avanzaba hacia el dormitorio de Isabel.

A las novicias, ignaras de las continuas sutilezas y armas del mismísimo demonio, presas fáciles de las artimañas del maligno en su candidez pubescente, no se les suponía necesidad de intimidad. Por lo que no había cerraduras y Constanza tiró de la manija suavemente al tiempo que apretaba el pestillo con el pulgar. Cuando atrajo la puerta hacia sí, contuvo la respiración esperando que los goznes no chirriasen.

—Pero qué… —le dio tiempo a decir a la valona incorporándose en el lecho.

A la menina, que no había esperado encontrar despierta a Isabel, le entró la prisa de golpe y, temiendo que la hermana Catalina pudiera oír las protestas, no se le ocurrió otra cosa que abalanzarse sobre la pobre valona para taparle la boca con la mano. Con el impulso, ambas acabaron cayendo de mala manera sobre el camastro de la celda.

—Silencio, por favor, no gritéis —rogó la siciliana en un susurro que no aplacó la sorpresa incómoda de los ojos de la otra novicia.

Isabel parpadeó lentamente y consideró la situación. Al cabo, imaginó que la recomendada de doña María querría compartir con ella alguna confidencia y, asintiendo, relajó la expresión de su rostro. Quizá justamente porque había sido objeto de los más variopintos rumores desde su llegada al convento, Isabel Lardinois había adquirido la costumbre de atesorar cuanto chismorreo se ponía a su alcance con la intención de tener habladurías suficientes con las que aplacar las que circulaban sobre ella misma.

Se sentaron la una al lado de la otra en la yacija y, mientras Constanza se limpiaba la palma de la mano en el hábito, Isabel habló en voz baja.

—¿Qué queréis? —preguntó sonriendo, ilusionada ahora por compartir aquella charla fuera de la rígida rutina.

Y entonces Constanza se dio cuenta de que no había pensado en cómo iba a plantear sus ideas.

—Venís a contarme lo de Leocadia, ¿verdad? —se interesó Isabel haciendo referencia al cotilleo que cobraba más importancia aquellos días—. La van a obligar a volver a casa —dijo como si fuera evidente que, después de una conducta tan impropia, la novicia sería expulsada.

Pero Constanza no estaba allí para hablar sobre los supuestos escarceos de una de ellas con el hijo del leñero que abastecía el monasterio.

—Ah, entonces es por lo que dicen de la abadesa —continuó elucubrando Isabel, emocionándose ante la perspectiva de que el pasado de la superiora tampoco fuera el motivo y que aquel furtivo encuentro terminase con una verdadera novedad—, o es sobre lo que se oye de que la corte francesa no quiere concertar el matrimonio de la

infanta Ana —aventuró antes de tomar aire.

Constanza, intentando pensar, negó suavemente ante cada opción.

—Entonces… ha de ser por todo ese asunto sobre el secretario del valido —apuntó Isabel terciando el gesto—, es por eso, ¿verdad? ¿Sabéis algo más? ¿Será cierto que robó una fortuna al Consejo de Indias? Dizque logró escapar, me han contado que lo vieron embarcar en el puerto de Sevilla para las Indias haciéndose pasar por comerciante de azogue… Ay, Señor, ¿será verdad? Menudo escándalo…

La joven siciliana cerró los ojos con fuerza, respiró y luchó contra el ansia repentina de darle una bofetada a la otra novicia.

—¿Conocéis a alguien en el generalato de los jesuitas que tenga relación con las misiones? —logró preguntar tras esforzarse por mantener la calma.

Isabel volvió a parpadear haciendo que aquel rostro insulso, tintado de blanco lechoso y terminado malamente con una nariz chata, pareciese una máscara rota. Pero no dijo nada.

La antigua menina suspiró. Ella solo quería saber si gracias a la novicia valona podría averiguar cómo partir hacia las Indias Orientales con alguna de las expediciones evangelizadoras que organizaba la orden, pero parecía que tendría que darle algo a cambio. No le gustaba lo que estaba por hacer, pero no sacaría nada en claro a no ser que cediese algo de liña.

—Debéis jurarme que guardaréis el secreto —pidió la siciliana esperando únicamente que la otra fuera capaz de callarse hasta haber partido—. Si lo hacéis, os contaré la verdad a cambio de vuestra ayuda…

Asintió con tanta impaciencia que los dientes le castañetearon a Isabel Lardinois.

—Necesito embarcarme en la próxima partida de misioneros a las Indias —concedió Constanza logrando que los ojos de la valona estuviesen a punto de caerle en el regazo—. He de ir al Japón…

La adjutora había esperado oír alguna de las muchas tonterías propias de jovenzuelas y estaba dispuesta a echarles una buena reprimenda. Se había hecho la dormida adrede, a fin de descubrir a la cómplice de la recomendada de doña María. Pero lo que acababa de escuchar lo cambiaba todo. Tenía que ser la muchacha que el corregidor andaba buscando.

La hermana Catalina apartó los dedos de la manija, miró de un lado a otro como poco antes había hecho la misma Constanza, y pegó la oreja a la rendija entre la hoja de la puerta y el quicio.

—¿Creéis que sabrá comportarse? ¿No se irá de la lengua?

Gaspar miró a Pacheca repasando con mimo la curva de las mejillas y deteniéndose en los ojos vivaces, luego templó la respuesta que daría. Era la misma conversación de tantas otras veladas, a la mujer se le iba el alma en las preocupaciones por su pupila y el viejo soldado se esforzaba por consolarla sin

permitir que la realidad se marchase muy lejos.

—No creo que sea un trabajo de discreciones; no hay que atar muchos cabos para ingeniarse la verdad —concedió en un tono neutro, intentando no mentir pero sin descarnar la verdad—. Toda la ciudad sabe algo de las andanzas de esa alimaña de Hortuño —afirmó el viejo piquero sardónico—. No puede decirse que a las monjas les vaya a hacer falta prenderles velas a los santos; antes o después lo sabrán.

—Eso no es cierto, hay rumores, de acuerdo —aceptó el aya de mala gana—. Pero no hay quien sepa que fue a nuestra Constanza a la que se llevó ese malnacido.

Estaban sentados junto al hogar en las cocinas del palacio, disfrutando del amor de la lumbre y de la tranquilidad de la noche en el complejo. Desde que la corte se había trasladado a Valladolid, en las dependencias del servicio se vivía en una apacible quietud monacal.

—De todos modos, no deberían preocuparnos los rumores —dijo con desdén Gaspar—. La chicha del asunto va en que, por el momento, nadie sabe que está en el convento. Aunque apostaría mi vieja soldada a que nos dará un disgusto, esa chiquilla es culo de mal asiento… No le va mucho andarse con cencerros tapados…

Pacheca se persignó con evidente inquietud y el piquero la miró inclinando el rostro.

—Hay cosas de mí que aún no he confesado —dijo el veterano cambiando el rumbo de la conversación, asumiendo cierta seriedad—. Más de las que yo quisiera… Estropicios en los que hubiera preferido no verme incluido, y de algunos me arrepiento —reconoció sin pudor—. Pero dicen que hasta los perros viejos pueden aprender trucos nuevos —añadió mirando a la dueña con franqueza—. A veces, al final del camino, cuando uno piensa que ya no le queda otra cosa por hacer que resignarse con su destino, se encuentra un desvío prometedor…

El piquero, deseando que la mujer comprendiese lo que se escondía tras sus palabras, trabó en los suyos los ojos del aya.

Pacheca estuvo a punto de preguntar a qué se refería, entonces comprendió y el rubor le cubrió las mejillas en oleadas. Bajó la vista hacia el regazo; miró el entramado de la sarga de su falda como si entre las hebras se hubiese aparecido san Esteban asaetado.

Gaspar inspiró hondo y, tal y como había hecho en los asedios en Flandes durante su juventud, echó al miedo a base de tozudez. Alzó la mano e inclinándose hacia el aya la apoyó en la rodilla de la mujer.

Había abandonado muchos años atrás la esperanza de encontrar un amor. Y Pacheca Ramírez miró aquella mano ajada en la que la edad había pintado lunares oscuros que punteaban los nudillos afilados; la piel seca se abultaba en las venas marcadas por el trabajo duro; en los dedos, todavía fuertes, se adivinaban los huesos.

El piquero esperó intentando asir las riendas del semental desbocado que

galopaba por su pecho.

Ella se decidió y, con un impulso, moviéndose con la celeridad que solo da la timidez vencida, posó su mano en la de él.

Se miraron. Encontraron el uno en el otro el entendimiento que solo puede otorgar la experiencia. Podían haber hablado durante horas sobre los inconvenientes, pero ambos llegaron al acuerdo tácito de que no merecía la pena perder el poco tiempo que tenían luchando contra lo que no podían cambiar.

Se quedaron así, sonriendo el uno para el otro, y fue bastante.

* * *

El corregidor pidió que le sirvieran una jarra de su mejor barril de Cariñena. Ahora que tenía algo de importancia que venderle a Hortuño, deseaba disfrutar del momento.

No solo había descubierto dónde estaba Constanza, sino que también sabía lo que la joven pretendía. La muy cándida iba a abandonar el seguro refugio de las Descalzas Reales, un lugar donde no hubieran podido atraparla, e iba a ponerse al descubierto. Sería vulnerable, solo habría que preocuparse de averiguar en qué momento se dirigiría a Sevilla para embarcar. Y esa sería una información de valor incalculable, Diego Martínez no tenía duda de que incluso podría pedirle su sangre al antiguo secretario del privado.

Escribió con tiento, alargando cada letra y, mientras echaba mano del tarro de secante, llamó a uno de sus lacayos.

El sirviente llegó cuando su señor estampaba el canto de una moneda en el lacre fundido que sujetaba el pliego de papel. En asuntos como aquel el corregidor no tomaba el riesgo de firmar con su rúbrica o usar su propio sello.

—Avisad a Nuño. Decidle que puede escoger el mejor caballo de los establos. Debe llevar esto a Sevilla —aclaró tendiéndole el mensaje—, cuanto antes.

—¿Y la dirección, mi señor? —preguntó el mayordomo tomando la misiva.

—Él ya lo sabe, basta con que le digáis que debe ir a Triana, ya ha estado allí otras veces. Limitaos a repetirle que debe darse prisa.

Cuando su sirviente se hubo marchado, el corregidor Diego Martínez repantingó su obesa humanidad en la silla lujosamente labrada de su despacho y saboreó un buen trago. No estaba seguro de lo que Hortuño de Andrade haría con la información que le proporcionaría si accedía a pagar el precio, pero el corregidor sí podía intuir que no le hubiera gustado encontrarse en el pellejo de la díscola muchacha. Diego Martínez había visto al antiguo secretario del valido, con aquel cuerpo menudo con pintas de no haber comido en la vida otra cosa que hierbajos moros para astringencia, ordenar la muerte de docenas de hombres sin siquiera pestañear. Y algunos de esos pobres

desgraciados habían sufrido inimaginables torturas antes de exhalar su último aliento.

Terminó la copa y abandonó aquellos pensamientos funestos para dilucidar qué caprichos iba a concederse con lo que Hortuño le pagaría.

Séptimo magari

SEVILLA Y SENDAI

La nieve no rompe las ramas del sauce.

PROVERBIO JAPONÉS

Su odio era enemigo de los días y amante de las noches. Y, mientras el sol rielaba en el horizonte, Hortuño, como un perro rabioso, escapaba de la luz para esconderse en su madriguera de las afueras de la ciudad, con las contras cerradas a cal y canto y la única compañía de unos pocos cirios prendidos; pero en cuanto llegaba el ocaso, salía ansioso, rayando la desesperación, enloquecido por saciar su sed. Las nieblas del alcohol eran el único bálsamo que lograba mitigar su impaciencia.

Al llegar a Sevilla, consciente de que era un fugitivo, Hortuño de Andrade había intentado borrar su rastro. Con lo que se había llevado en las alforjas había buscado el modo de apañar un acuerdo sin nombres o preguntas para comprar una madriguera al poniente del río, en el viejo barrio de Triana.

Había elegido una casucha al norte de la ancha vía que llevaba al *puente de las barcazas* sobre el Guadalquivir. Era una destartalada construcción en las humildes barriadas del alfoz que rodeaba el barrio pesquero de Triana. El último eslabón con la tierra patria de algún desdichado que había ido en busca de fortuna a las Indias y no había regresado; una vieja propiedad en la que un par de palmeras desatendidas iban marchitando sus hojas, olvidándose de los tiempos en los que habían sido testigos del dominio agareno sobre la villa.

Y, una vez asentado, en cuanto le había parecido que no llamaría la atención, poco a poco, procurando no levantar sospechas, había empezado a tirar de los hilos adecuados, los que ya traía pensados; como establecer correspondencia con el corregidor de Madrid.

Ahora llevaba meses en la ciudad, y había tenido tiempo de sobra para repartir sobornos y reclamar viejos favores. Sus caudales no tenían que ver con la fortuna que había abandonado en el caserío del camino a Segovia, pero seguía siendo un hombre acomodado, aunque viviese como un pordiosero. Atesoraba cada cuartillo con el fin de alimentar su insaciable venganza; estaba dispuesto a dejarse estrangular por la indigencia con tal de conseguir acabar con ellos, no solo con Dámaso, sino también con Constanza. Los quería muertos, y de su ávida codicia de antaño solo quedaban humeantes cenizas de rencor

Si el alférez lograba regresar, cosa que dudaba, lo sabría, lo estaría esperando. Y en cuanto a ella, gracias a que mantenía correspondencia con el corregidor de Madrid, ya sabía que se había refugiado en el monasterio de las Descalzas Reales, bajo la tutela de doña María de Austria. Más de una meretriz de *lamancebía* que mantenía el cabildo de Sevilla había pagado parte de sus ensoñaciones cuando Hortuño, aterecido por la pasión, golpeaba una y otra vez, con su miembro fláccido colgando lánguidamente y sus ansias de venganza inflamadas, imaginando que la pobre muchacha era la misma Constanza vestida con el hábito de monja.

Lo peor era la paciencia obligada, tenía que acumular su odio, que se iba recociendo, olvidado sobre el fuego, asurado y renegrido como el guiso de una sirvienta despistada.

Ese encono sordo lo consumía. Hortuño apenas comía. Encogía, arguellándose día a día, era poco más que pellejo, huesos y bilis amarga. El lobanillo de su frente se había abultado hasta tener el tamaño de medio albaricoque. Su tez se había vuelto cérea, enfermiza. Su apetito, a no ser por el vino y los espirituosos, era escaso. Y los ojos, hundidos en una calaverna que tensaba el rostro como un lienzo, miraban siempre bajo la penumbra de cejas prominentes.

Ya habían pasado las fiestas de la Natividad del Señor, y el invierno templado de Sevilla parecía capaz de espantar los fríos gracias al calor que la ciudad ribereña había atesorado a lo largo de las canículas del verano, en las que incluso las cigarras no podían hacer otra cosa que amodorrarse en la primera sombra y esperar que llegase la fresca. En esa estación, se podía cruzar el *puente de las barcazas* sobre el verdoso Guadalquivir al mediodía sin quedar calcinado en medio del paso; y la ciudad vibraba desde la salida del sol hasta el ocaso con la frenética actividad de sus miles de almas; al menos, hasta que las lluvias de abril arreciasen amenazando con desbordar el río y embarrar la villa.

Era una mañana despejada, con aire de haber sido limpiada concienzudamente. Las puertas de la muralla, abiertas desde el amanecer, cedían paso a los campesinos de las huertas del Rey y de la Macarena, a los esclavos negros que atendían los mandados de los amos, o a los que, desde Triana, cruzaban los postigos para servir sus negocios en la ciudad. Y, aun pese a su desmejorado aspecto, esa mañana, mientras caminaba hacia la gran plaza de la Laguna, Hortuño sonreía; y su rostro contento casi semejaba sano. Prácticamente resplandecía.

Le constaba que los hombres del alguacil habían recibido aviso desde Valladolid de que andaba escapado, pero ningún corchete le dio el alto. El trajín era continuo. Sevilla, además de enorme, rebosaba riquezas que mantenían ocupados a los potentados y a los ladrones. A todos menos a las legiones de mendigos que no tenían otra cosa que llevarse a la boca que la sombra de unas migas de pan en la trasera de una tahona.

A la ciudad del Guadalquivir regresaban, y de ella partían, las flotas de Castilla, en la urbe se contaba el oro de las cecas de Lima y Potosí, se distribuía la seda de China, se comerciaba con la canela del Maluco; y en ella tenía su sede el poderoso Consejo de Indias, del que se rumoreaba que el conde de Lemos sería nombrado pronto presidente, algo que le hacía intuir a Hortuño que en la capital los vientos rolaban, pues el noble gallego, aun emparentado con el privado, era de los pocos que se atrevían a poner en duda al duque de Lerma.

Y, contraviniendo su costumbre, entrecerrando los ojos, doloridos por el fuerte sol

que los aguijoneaba, Hortuño andaba por las calles angostas de la parte vieja. Las que todavía no habían sufrido las últimas reformas de los tiempos modernos, las que, con sus ajimeces y saledizos hechos de ladrillos de adobe, tenían matices del señorío musulmán de antaño. Y al secretario no le importaban ni la suciedad ni las bostas de los animales de tiro que abundaban en el casco antiguo, solo pensaba en el encuentro que había planeado.

Alguien gritó desde un ventanal y, desobedeciendo la ordenanza que castigaba hasta con diez días de cárcel y multa de otros tantos maravedíes, vertió una enjabonadura a la calle; las aguas espumosas se escurrieron hasta las albardillas que dejaban tras de sí las ruedas de los carros. Hortuño ni siquiera se molestó en apartarse, tampoco sintió cómo el agua sucia le caló los borceguíes que calzaba. Estaba ensimismado. Remedaba un guiñol en manos de un titiritero empeñado en llevarlo de un lado a otro de la ciudad.

Se había vestido con su camisa de mejor lino, y todo lo llevaba de fina seda y buen cordobán. Deseaba causar una grata impresión, era consciente de que, si no tenía cuidado, podía acabar atrapado en la red que procuraba tender.

Había recibido el mensaje del corregidor Diego Martínez en la segunda feria de la semana anterior y, ahora, tras mucho meditar, iba a poner en marcha su idea.

Con tanta mercadería, oro e instituciones, en Sevilla había un funcionario por cada ladrón y, entre ambas castas, había más desaprensivos que honrados. Hortuño buscaba a uno de ellos, un familiar que respondía por Pedro de Arbués al que el mismo secretario había conseguido los papeles que demostraban su linaje de romín de antiguo, libre de conversos en generaciones.

Desde sus despachos en la *torre dorada*, De Andrade, a cambio de sus buenos beneficios, había preparado más de un certificado que demostraba la condición de cristianos viejos de muchos que querían ocultar su pasado.

Y ya en su momento el secretario había intuido que el caso de Pedro de Arbués sería una flagrante mentira, como tantos otros que ansiaban el codiciado puesto de familiar; así que Hortuño pensaba aprovecharse ahora de ello. Sabía que en otros lugares, como en la vecina Francia, los prebostes de la Iglesia no eran tan escrupulosos con sus esbirros, pero las dispensas que habían conseguido los Reyes Católicos siglos antes hacían que, en las tierras bajo el yugo español, aquellos asuntos se manejasen de un modo bien distinto y tenía en mente sacar partido de aquella palanca. Le bastaba amenazar a Pedro de Arbués con delatarlo.

El conde de Barajas había reformado no mucho tiempo atrás la plaza de la Laguna y, por encargo del noble, en el zoco se mecían altos álamos espigados de corteza plateada.

Dos fornidos esclavos de piel negra como el betún se afanaban con grandes esportillas cargadas con ladrillos de adobe. Resoplaban por el esfuerzo hinchando sus

narices gruesas y, aun así, canturreaban alternándose el uno al otro en un alegre tarareo. Tras ellos, bajo la fachada que parecían estar reformando, indiferente a la prohibición, un capataz aguileño de mirada torva escupía el humo intenso de un cigarro de las Indias mientras lanzaba pestes poco piadosas. Un petimetre de aspecto enclenque escuchaba apartándose de las fumaradas y dándole la razón con displicencia. El agrio hedor del sudor rancio se revolvía con el tufo del tabaco.

Un chiquillo de rostro tiznado y guedejas piojosas pasó corriendo frente a un tullido que pedía limosna. Un pordiosero con aires de marino, que se ganara la vida en las flotas hasta perder las manos en algún accidente con un cabo suelto, tuvo tiempo de rogar un óbolo antes de que, tras el zagal, un tipo de sombrero calado y greguescos sucios gritase que atrapasen al ladrón, palmeándose el lugar donde había estado su faltriquera hasta que la mano ágil del crío había usado la cuchilla.

Junto a las obras, un posadero con un delantal hilvanado de grasa refunfuñaba protestas por la polvareda. A su espalda se abría el portalón de un figón que, según rezaba el cartel de madera astillada, se conocía como *Lachopera*. Ese era el lugar.

Hortuño no sorteó a los esclavos, que se hicieron a un lado con resignación, y entró a la oscuridad lardosa de la taberna. Le bastó un paso para darse cuenta de que, pese a ser uno de los locales del centro de Sevilla, ni un ciego tomaría a los parroquianos por gentileshombres de noble cuna.

Distinguió a Pedro de Arbués en una mesa al final del tugurio, donde le habían dicho que le encontraría, envuelto en la penumbra de una esquina en la que revoloteaban los hollines de la cocina y adonde la luz de la mañana parecía incapaz de llegar. Era un hombre obeso de enorme papada sobre la que el entrecejo y la nariz formaban una prominente cruz que despuntaba como una amenaza; al fondo, entre las generosas curvas que las patillas pobladas no lograban disimular, destellaban dos ojos del mismo color lodoso del barro que dejaba el Guadalquivir en sus crecidas. Sus dedos, gruesos como morcillas de matanza, tamborileaban sobre la mesa junto a la jarra de vino. Era inconfundible.

Hortuño se escurrió bajo la mirada del tabernero y se aproximó hacia el familiar. Sabía que no podía flaquear, debía mostrarse firme y no darle la oportunidad a Pedro de Arbués de cuestionar la denuncia o a quien la hacía. De ser así, él mismo podría salir mal parado.

—Buen día nos dé Dios —dijo el antiguo secretario sentándose a la mesa sin pedir permiso.

Pedro de Arbués hizo girar sus ojos lentamente y cruzó sus brazos, rechonchos como jamones, sobre la abultada pechera; la amplia golilla de inmensa talla parecía poco más que una puntilla de encaje inglés. Y el familiar medía sus gestos como si hasta el más mínimo ademán fuese un esfuerzo titánico.

—¿Puedo invitaros a una jarra de vino?

El otro paladeó las palabras, era un hombre acostumbrado a que se acercasen a él para desgranar denuncias. Pero aún no sabía cuáles eran las intenciones de aquel hombre menudo con aspecto de oveja roída por la peste comalia.

—Donde come uno comen dos —soltó con una voz ronca y grave al tiempo que miraba sin disimular su desagrado el lobanillo de la sien de Hortuño.

El que había sido secretario del valido captó el mensaje y alzó la mano hacia el tabernero, que miraba con curiosidad hacia el desconocido. El figonero se santiguó como si pensase en la próxima víctima del familiar y se fue a la cocina.

Guardaron silencio esperando intimidad y Pedro de Arbués echó un trago de vino con parsimonia. Cuando el tabernero se marchó, tras dejar un par de cuencos de barro cocido en los que nadaba un estofado de liebre y nabos en el que habían disimulado la carne pasada con pimienta, Hortuño se decidió a hablar.

—He oído algo sobre una joven que se hace pasar por novicia de clarisa en un convento de Madrid…

Pedro de Arbués había escuchado relatos mucho más truculentos. Impertérrito, no tardó en ventilar su bacía de guiso. Hortuño intuyó lo que el otro pensaba de sus palabras y se agachó bajando el tono de voz; no había probado bocado.

—… Según parece, ha obligado a otras de las jóvenes del convento a guardarle el secreto —continuó en apenas un susurro—. Las convence bajo amenaza para que le dejen hacer noche en sus celdas y abusar de ellas con prácticas impúdicas; y las tienta hablándoles de hombres como si fuera un súcubo del maligno…

Las denuncias no eran a menudo más que palabras sueltas con las que algunos facinerosos aprovechaban para librarse de un cofrade con tierras lindantes, así que aquella acusación con poca enjundia no era de las más flojas que había oído el falso converso.

Hortuño, que intuía la apatía del familiar, siguió apuntalando sus mentiras.

—… Y he averiguado de buena tinta que entre las víctimas de su perversión se encuentra Isabel Lardinois. —De Arbués alzó una ceja al oír el sonoro apellido del que había sido general de los jesuitas.

El familiar chistó como animando a una montura a echarse a galopar, pero no logró desprender el correoso trozo de liebre de entre sus dientes y alzó su mano regordeta para hurgarse en las muelas en busca de mejor suerte.

—Estamos a tiempo de pararle los pies para los autos de fe de cuaresma —apuntilló el antiguo subalterno del valido—. Debería indagarse —recalcó—. Estoy seguro de que se trata de una moza que mantiene tratos con el mismo Satán…

El familiar, que había tenido éxito en sus tareas, examinó las hilas de chicha en la punta de su grueso índice antes de llevárselas de nuevo a la boca.

—La Santa Inquisición tiene asuntos más importantes por tratar que los rumores sobre las desventuras de una mocica calenturienta que desata las enaguas de las

novicias o que quiere robarles los calzones a los frailes… Creo que bastará con que su padre le dé una buena tunda —sentenció el familiar minusvalorando la historia e interpretándola a su modo particular.

El desprecio de Pedro de Arbués era aún más palpable que la grasa pitañosa de la mesa, hecha borlas que se pegaban a las mangas. No obstante, Hortuño ya había previsto que el familiar no atendería su denuncia fácilmente; lo habitual era que los hombres de su posición se aprovecharan para pedir doblones a cambio de poner en marcha los engranajes del todopoderoso Tribunal del Santo Oficio. Aunque el secretario prefería acudir a algo distinto al soborno para inclinar la balanza a su favor.

—Entonces quizá sea más del interés de vuestra merced si le hablo de unos escritos sospechosos que he tenido oportunidad de leer —dijo Hortuño con cierto tono de misterio.

Pedro de Arbués volvió a alzar una de sus cejas arrugando la frente protuberante y perlada de sudor.

—Son de un tal Alonso de Espina…

El rostro demudado del familiar se volvió del color de un palio del mejor lino.

Fray Alonso de Espina, tras predicar en Valladolid contra los judíos como causantes de una terrible epidemia de peste que asolara la ciudad, había escrito pocos años atrás un compendio antisemita en el que aseguraba que los hebreos serían los aliados del Anticristo en la hora final.

Pedro de Arbués era un hombre de luces y no le hicieron falta más explicaciones. Tardó unos momentos en reaccionar mientras intentaba encontrar algo reconocible en aquel rostro enfermizo. Sin embargo, poco después tuvo que resignarse ante lo evidente, aquel hombrecillo repugnante con pinta de mojama de anguila sabía su terrible secreto: las credenciales con las que había conseguido su puesto de familiar de la Santa Inquisición española valían menos que la vitela en la que estaban escritas.

El converso suspiró haciendo retumbar sus enormes labios hinchados y alzó el brazo con la parsimonia habitual.

—Traed algo con lo que enjugar el gaznate, ¿queréis? Un poco de ese espiritoso de Jerez que guardáis bajo llave de alcancía…

El tabernero se limitó a asentir, sabía que el familiar tenía fondos para pagar el caro aguardiente y no pensaba llevarle la contraria.

—¿Qué queréis a cambio de vuestro silencio? —preguntó sin ambages después de vaciar de un trago la primera copa del vino con solera.

Hortuño sonrió recordando a una comadreja ante un nido desvalido, sus rasgos enfastiados parecieron crujir ante el cambio.

—La quiero presa y condenada —reverberó la voz del antiguo funcionario escupiendo las palabras con una animadversión que hubiera podido cortarse—. Condenada por brujería, amante del mismísimo demonio y de cuantas atrocidades se

os ocurran. Para empezar, lo del convento os servirá, es cierto, lo sé de buena fuente…

Pedro de Arbués no quiso preguntar; aquella era una historia como tantas otras que había escuchado, la única diferencia era que en esa ocasión no podría sacarle partido aceptando algo de oro a cambio de procesar su denuncia.

—¿Cómo se llama? —inquirió con su voz grave el familiar tras despachar otro trago del licor.

—Constanza de Accioli —respondió Hortuño ensanchando su sonrisa sin que el gesto lograse aparentar buen humor.

Al ver aquel semblante ceñudo, Pedro de Arbués, que había presenciado las torturas de los sótanos del castillo de Triana, recordó cómo se había sentido muchos años atrás, fue un viejo e incómodo escalofrío que resultó conocido.

Siendo un crío, a fin de aparentar devoción a la nueva fe que había adoptado, su padre lo había llevado de peregrinación a Compostela, a visitar las reliquias del apóstol Santiago. En la inmensa catedral, tan diferente a cualquier sinagoga, echando de menos el tacto de la tradicional kipá en la coronilla, el niño Pedro había mirado con ojos desorbitados el pórtico del maestre Mateo; donde el apocalipsis rezaba sus lecciones para los fieles. Allí, en los tímpanos de granito tallado, entre las grandes piedras del templo, el habilidoso escultor había representado a los desdichados sufriendo por sus pecados los fuegos del averno. Entre aquellas escenas macabras de castigo divino había una inquietante figura: un enrevesado demonio de rasgos aguzados que, con garras afiladas, usaba una tenaza para arrancarle la lengua a un pobre infeliz condenado a los fuegos eternos del orco. El dolor del penitente palidecía ante la expresión de deleite de aquel engendro maligno que había cobrado vida gracias al tallador.

Y aquel hombrecillo enclenque y enfermizo que tenía ante él sin probar un bocado era el vivo retrato del diablo que le había causado pesadillas durante meses de su niñez. Pedro de Arbués casi esperó ver que aquel rostro quebradizo y reseco se abriese en una sonrisa tétrica sembrada de dientes afilados.

A punto había estado el oidor de sufrir un síncope al desembarcar de su tornaviaje y poner pie en la tórrida bahía de Ciudad de los Reyes. Incluso había creído que el infernal sofoco de las Filipinas, del que intentaba huir, se le había agarrado por siempre al pecho; sin embargo, para su sorpresa, fue mejorando. Después de una tortuosa peregrinación a través de abruptas sierras, los calores se fueron apagando, hasta convertirse en algo llevadero, cuando alcanzó aquella enorme ciudad rodeada por las aguas del lago Texcoco y tocada por escarpadas montañas, la antigua capital mexica de Tenochtitlan, la que Hernán Cortés conquistara para las coronas españolas y que, ahora, tras el pacto hecho con Hortuño a cambio de la vida de aquel insignificante alférez de Flandes, se rendiría a los pies de Antonio de Morga.

Así, la impresionante Ciudad de México, todavía enmarcada por la grandeza de los poderosos reyes nativos muertos a manos de los conquistadores, fue del agrado del nuevo alcalde del crimen desde el primer instante. Además del clima atemperado que le concedía la altura, la villa flotaba en un mar de burocracia en el que el flamante alcalde esperaba encontrar millares de oportunidades con las que enriquecerse. Bastaba ver la grandiosidad del palacio de gobernación, un edificio que nada tenía que envidiar a los más suntuosos de Madrid. Al contrario que en las lejanas Filipinas, en Nueva España todo un océano no bastaba para abandonar las viejas costumbres.

—Su excelencia el virrey don Juan de Mendoza y Luna os recibirá ahora —oyó De Morga que le decían sacándolo de sus ensoñaciones sobre los caudales que acumularía.

Miró al lacayo de aire sospechosamente mestizo que le había hablado, se alisó la pechera, recolocó las calzas para que apareciesen bien tensas y asintió.

—Pues estoy seguro de que es un hombre al que no le gustará esperar —dijo ensanchando una sonrisa que le descolocó el bigote.

Las enormes puertas de madera labrada, tan lujosas como las de la misma *torre dorada* del Real Alcázar en Madrid, se abrieron a un despacho de insanas proporciones en el que se veían reposteros, tapices, sillones y un facistol con un lujoso libro acantonado en oro. Y al fondo, un hombre de mirada torva que alzaba sus ojos desde los legajos que acababa de firmar. En la capa de velarte que llevaba sobre los hombros se distinguía la cruz bermeja que lo acreditaba como caballero de la Orden de Santiago.

Antonio de Morga, llevando en su mano los nombramientos oficiales que Hortuño le enviara, cruzó el vano. Ahora tenía algo nuevo de lo que ocuparse; el virrey, recién nombrado por el rey Felipe a instancia de su privado, acababa de tomar posesión de su cargo y De Morga hervía en deseos por saber si sería un hombre con el que podría contar para aumentar sus propias posibilidades de lucro.

—Buen día nos dé Dios —saludó el nuevo virrey componiendo los ángulos de su rostro en un semblante que no llegó a ser afable.

—Buen día —repuso De Morga adelantando sus acreditaciones—. Espero que hayáis encontrado la Ciudad de México tan agradable como yo mismo —añadió intentando ser conciliador.

Don Juan de Mendoza y Luna, capitán de lanceros distinguido en la batalla de Portugal a las órdenes del duque de Alba, noble de España con el título de marqués de Montesclaros, frunció el ceño y examinó con detenimiento al hombre que tenía ante él. Vio en De Morga a un pretendido hidalgo enteco y corvo, de lorzas que afeaban la buena hechura de la cuera que vestía y el herreruelo de lana fina con el que se cubría; eran ropas demasiado lujosas para un funcionario apartado a las Filipinas.

Aún no había tenido tiempo de hacerse con los entresijos de su cargo, pero el nombramiento de Antonio de Morga hedía, había algo oscuro, y estaba dispuesto a descubrirlo. Así que decidió tender su trampa con cuidado, tentándolo con disimulo.

El virrey suspiró, relajó la expresión, hizo un gesto hacia el lacayo para que cerrase las puertas del despacho y se puso en pie para recoger los documentos que le tendían.

—Habéis llegado con buena fortuna, a tiempo para libraros de la inundación…

Antonio de Morga había visto a las cuadrillas de limpieza deshaciéndose de los lodos, pero se guardó el comentario. Quería ver adónde pretendía llegar el virrey con una acometida así.

—… He estado pensando en trasladar la capital a Tacubaya. —El nuevo alcalde ni siquiera sabía por qué lugar caería aquella ciudad, apenas conocía los territorios de Nueva España—. Pero, y os lo digo en confianza —añadió mirando a los ojos de Antonio de Morga para calibrar su reacción—, eso tendría un coste elevadísimo… Quizá sería mejor idea ordenar algunas reformas aquí mismo a fin de no abandonar estos lares dejados de la mano de Dios —terció haciendo por abarcar con los brazos las paredes del lujoso despacho del palacio del virreinato—. Se han invertido muchos dineros en estos pagos y no es cuestión de desaprovecharlos. Podrían construirse algunos desagües para las lagunas y así evitar que nuevas lluvias repitan el desastre… Puede que merezca la pena empedrar las calles, hasta sería posible levantar un acueducto desde Chapultepec.

Antonio de Morga fue precavido, en cualquiera de esas obras habría pellizcos de los que aprovecharse. Pero aún no conocía a aquel hombre y no quería delatarse antes de tiempo. Podía ser que tuviese que buscar nuevos aliados. A su llegada, había oído las últimas noticias venidas de España, se rumoreaba que la capital volvería a Madrid, había voces críticas contra el duque de Lerma, y quizá el nuevo virrey pensaba reconducir los asuntos de la corona de un modo distinto al habitual.

—Estoy seguro de que el Señor os ayudará a encontrar el mejor modo de complacer a su majestad y al duque de Lerma —aventuró De Morga esperando una respuesta que le dijese algo más sobre su interlocutor.

Don Juan de Mendoza ponderó la mención del valido, no sabía si el nuevo alcalde conocería ya las habladurías que corrían por Madrid e intentaban acallarse en Valladolid.

—Ojalá esas fuesen mis únicas preocupaciones —dijo entonces el virrey estrechándose la chiva del mentón con sus dedos de nudillos marcados—, debo asignar también puestos a hombres de confianza. No es que menosprecie el trabajo de mi predecesor —añadió como si compartiese una confidencia—, pero me gustaría conocer bien a los que habrán de ser auditores y asesores… Y también debo elegir a un consultor para el Santo Oficio…

Antonio de Morga intuyó que en el discurso se habían sucedido demasiados ofrecimientos. Quizá le estaban tendiendo una trampa y decidió ser cauto.

Los dos hombres quedaron mirándose el uno al otro, ambos se dieron cuenta de que se habían estado midiendo mutuamente para saber a qué atenerse. Se siguió un silencio incómodo.

Como muestra de su carácter piadoso, apegado a las tradiciones, Tokugawa Ieyasu asistió a las ceremonias de fuego y agua del *shuni e* que se celebraron en el zaguán principal del santuario Todai ji, en la antiquísima ciudad de Nara, la que había sido sede imperial mil años antes.

Poco antes de que llegasen las festividades del año nuevo y la primavera abriese las flores de los ciruelos, en conmemoración de las enseñanzas del monje Jitcho, los devotos del templo se entregaban a los preparativos del ancestral rito. Se recogían pesadas ramas de pino de varios *ken* de largo que se aviaban como antorchas, y que, durante la ceremonia, serían quemadas recorriendo las balconadas para dejar caer sobre los asistentes una lluvia de chispas sagradas, centellas que protegerían a los fieles de los demonios malignos.

Los devotos elegidos, orlados acorde a costumbres arcaicas, entonando rezos ancestrales, ascendían las escaleras hasta la veranda sobre el altar principal y sujetaban por la base las enormes ramas, prendidas como teas gigantescas. Corrían de un lado a otro de la galería del piso alto del tabernáculo y sobre los congregados; en la oscuridad de la noche, se precipitaba una bandada de incandescentes adarmes que simbolizaba la salvaguarda contra los *kami* diabólicos.

La *ceremonia de fuego* se repetía en honor de la forma con once rostros del *bodhisattva* Kannon y se completaba con otra liturgia en la que se extraía agua de un pozo sagrado Wakasa. Eran ritos seculares y resultaban el ejemplo perfecto de tradición y buenas costumbres que el antiguo regente necesitaba para mostrarse al pueblo tal y como deseaba antes de viajar a Kyoto.

De ese modo tan fervoroso, el vencedor de Sekigahara intentó alejar las sospechas de las gentes llanas, entre los que había quien se atrevía a rumorear que había sido la ambición de Tokugawa Ieyasu la que lo había llevado a romper la concordia del Consejo de Regencia. Así, todavía joven de espíritu a sus más de sesenta años de edad, austero y poco proclive a los lujos, echando incluso de menos la oportunidad de salir de caza al amanecer con sus halcones, el hombre que había sometido al *país de los dioses* llegó a la ciudad imperial de Kyoto arropado por el halo de divinidad de los rituales de Nara.

A los pocos días, con la bendición del *hijo de los dioses*, el emperador Go-Yozei, el noble *daimyo* Tokugawa Ieyasu del clan Matsudaira fue nombrado *supremo general de todos los ejércitos*, gobernante *de facto* del Japón; alcanzó por fin la dignidad que tanto había soñado y que tan poco se había atrevido a imaginar. El

duodécimo día del segundo mes del octavo año de la era Keicho, el antiguo regente Tokugawa Ieyasu fue erigido *shogun*.

Sin embargo, la concesión de semejante prerrogativa no apaciguó su prisa. En cuanto pudo librarse del boato de las celebraciones, fiel a su carácter, sin permitir que trascendiese su urgencia, partió hacia Edo con la excusa de comenzar las obras del que sería el castillo más grande del país, mayor que el de osaka, aunque se trataba únicamente de una triquiñuela. En su capital le estaba esperando Date Masamune para recibir órdenes sobre el espinoso asunto del naufragio de los extranjeros en la bahía de Ise.

* * *

Sobre el *go kang* estaban distribuidas las piedras blancas y negras, dos ejércitos rivales que luchaban por controlar el mayor territorio posible en el tablero de madera amelgada. Tras los dos jugadores, lucía un magnífico mural en el que una grulla estilizada contemplaba el agua entre las grandes hojas de los nenúfares. Y, a un lado, con una negrura ribeteada por cenefas de rojo vivo, las brasas del *kotaken* ayudaban a calentar la estancia.

—¿Qué sabemos hasta ahora? —preguntó Tokugawa Ieyasu cuando ya habían finalizado las aperturas del juego y quedado atrás las frases de la protocolaria cortesía.

Date Masamune alzó su ojo sano y comprobó que, como debía ser, los guardias del *shogun*, formalmente arrodillados a más de una docena de pasos, les daban la espalda para encararse con el *shoji* de entrada. A esa distancia no podrían oírlos.

—Era un barco pequeño que había zarpado de las islas, de los territorios del antiguo rajá de Maynila —comenzó a enumerar con eficiencia—. Son *bárbaros delsur* y dicen estar al servicio de un emperador al que nombran el tercer Felipe —dijo pronunciando la transliteración de la palabra castellana de modo peculiar y dubitativo—. Hay entre ellos un hombre que, según parece, fue designado como embajador para establecer nuevos tratos comerciales que favorecieran a su país antes que a los otros *forasteros de pelo colorado*; aunque mis informadores aseguran que es uno de los soldados quien parece estar al mando. Lo cierto es que apenas han sobrevivido unos pocos y la nave no podrá volver a utilizarse, está inservible —concluyó el *dragón de un solo ojo*.

Entonces recordó algo más y se decidió a añadirlo antes de que su señor pudiera hacer una nueva pregunta.

—También hay entre ellos un *monje del crucificado* que conoce nuestra lengua —añadió Date Masamune—, debe de tratarse de uno de los desterrados tras los edictos del difunto Toyotomi Hideyoshi…

—¿Una embajada? Ummm… ¿Están ya en Sendai? —inquirió Tokugawa con su habitual parquedad.

—Sí, lo están, ayer mismo recibí una paloma de Yoshioka Seijuro que lo confirmaba. Yo he retrasado mi partida hasta que pudieseis llegar y proporcionarme nuevas órdenes —se ofreció con una ligera reverencia.

El flamante *shogun* gruñó una afirmación apenas inteligible al tiempo que inclinaba su robusto mentón. Si los *gaijin* ya se alojaban en el norte, al menos había ganado tiempo, pero no por ello la situación política dejaba de ser peliaguda. Aun a pesar de su nombramiento, las aguas del Japón no estaban en calma, el heredero del *taiko* parecía amenazar, conspirando desde osaka para recuperar el poder que su padre le había legado a través del fallido Consejo de Regencia. La repartición de los feudos y el trato a los vencidos en Sekigahara parecía no haber bastado para dejar claro a todos los *daimyo* el rumbo que tomaría el *país de los dioses* bajo el bastón de mando de los Tokugawa. Había demasiadas incertidumbres y eso le desagradaba.

Date Masamune podía intuir las tribulaciones de su señor tras los penetrantes ojos castaños, que aparentaban estudiar la disposición de las piedras sobre el tablero.

—¿Cuántos son?

El *dragón de un solo ojo* sabía que la pregunta esperaba una respuesta con algo más que un número, conocía bien a su interlocutor.

—Además de ese supuesto embajador, solo quedan diez, los que no murieron en el naufragio lo hicieron en tierra por culpa de las heridas —aclaró—. Entre los que han sobrevivido está también el piloto.

El antiguo regente volvió a gruñir, esa noticia podía resultar útil. Pero como deseaba algo de tiempo para digerirla, llevó una de sus piedras al tablero.

El *daimyo* del clan Date bajó la vista hacia el *go kang* y examinó la jugada, aparentemente inofensiva, pero con graves implicaciones si se descuidaba. Estaba valorando sus posibilidades de contraataque cuando Tokugawa Ieyasu habló de nuevo:

—¿Y Kuki Moritaka?

—Oh, no hay problema —logró decir el *dragón de un solo ojo* alzando su rostro picado de viruela y perdiendo el hilo de sus planteamientos sobre el juego—. Está más que agradecido porque le hayáis permitido conservar sus dominios en el castillo de Toba, no creo que debamos dudar de su lealtad —aseguró—. Solo os ruega que le deis permiso para viajar también a Sendai y deshacerse del embajador de los forasteros. Parece ser que se ha quejado incansablemente por el acomodo y la dieta, debe de ser un hombre muy maleducado. Estoy seguro de que, de no haber sido por vuestras órdenes, *Kuki-san* hubiera degollado a todos los forasteros.

Bajo el gruñido del antiguo regente ante aquellas últimas palabras, el tuerto aprovechó el silencio que se siguió para dilucidar qué hacer en el campo de batalla

contenido en el tablero. En la superficie tallada de la madera, como en la vida real, parecía imposible evitar que Tokugawa Ieyasu se alzase con la victoria.

Mientras, el *shogun* pensaba en los estrafalarios *bárbaros del sur* y, tal y como hacía sobre el *go kang*, consideraba todas las variantes. Aunque la iniciativa hubiera partido desde Maynila y no de aquella distante capital de impronunciable nombre al otro lado del mundo, el envío de aquel barco no parecía estar relacionado con los tratos que ya había mantenido con ellos. Ese había sido su temor inicial, pero no parecía ser el caso.

Así que debía de haber otras implicaciones que no lograba aprehender.

Tokugawa Ieyasu había escuchado de labios jesuitas los pormenores sobre el infame Tratado de Tordesillas, aquel pacto absurdo que dividía las tierras conocidas y por conocer, incluyendo el Japón. Y años atrás, pese a los rumores incomprensibles y el desprecio de muchos *daimyo*, había intuido que aquellos forasteros con naves capaces de recorrer distancias inimaginables, y armas que podrían barrer cualquier castillo fácilmente, eran hombres a tener muy en cuenta. Por eso había mantenido buenas relaciones con ellos al principio, para conocerlos lo mejor posible, aunque en realidad los detestase y el simple olor de sus cuerpos le resultase repulsivo. Había aceptado sus regalos y prebendas, sus muestras de buena voluntad, y no les había creído. Desde el primer momento le habían parecido hombres falsos y corruptos.

Aun así, se había aprovechado de ellos, como en los preparativos de la batalla de Sekigahara. Sin embargo, ahora que había conseguido alzarse con la victoria, temía dos posibilidades: o que los *nanbanjin* quisieran reclamar su pedazo del Japón aprovechándose de aquel infame tratado, con lo que se embarcaría en una guerra difícil de ganar; o que en realidad quisieran establecer un comercio que, de hecho, podría terminar armando con una peligrosa potencia de fuego a cualquier *daimyo*, o incluso al heredero. Y Tokugawa Ieyasu no iba a consentir ninguna de las dos alternativas.

El *shogun* contempló el tablero y estudió la posición de los guijarros blancos y negros. No podía arriesgarse a que los extranjeros se soliviantaran y tuvieran la peregrina idea de intentar atacar el *país de los dioses*, y tampoco cabía permitirse el lujo de que a cualquier señor feudal se le ocurriera establecer relaciones mercantiles por su cuenta. Las armas de fuego que se construían en el Japón no alcanzaban la calidad de las que podían vender los *gaijin*, y aunque la tuviesen, sus soldados no estaban acostumbrados a esa guerra sucia e indolente en la que el honor parecía menos importante que la pólvora.

Tras unos instantes de duda, bajo la inquisitiva mirada de Date Masamune, el vencedor de Sekigahara tomó uno de sus guijos del exquisito cuenco de madera y lo colocó lejos de la concentración principal de piedras, su posición no era tan fuerte como hubiera deseado y escalonadamente, los guijarros de su rival estaban

encerrando a los suyos propios, así que decidió llevar la acción a una parte más lejana del *go kang*. Entonces, se le ocurrió.

—Habrá que afianzar esos lazos con los extranjeros —se movieron los labios bajo la prominente nariz aguileña—, deberíamos estudiar las propuestas de ese embajador, quizá incluso las de los *hombres de la cruz* y los conversos de Nagasaki.

Date Masamune sabía que la aparente buena relación que Tokugawa Ieyasu había mantenido en el pasado con los forasteros era una falacia. A los *komojin*, mientras los mantenía olvidados en el puerto de Hirado, llevaba años prometiéndoles permisos para comerciar en el archipiélago. Y con los *nanbanjin* había mantenido escasos tratos. Hasta el presente, el antiguo regente, o bien se había servido de ellos, o bien los había ignorado, pero nunca había planteado confraternizar con los extranjeros. Por lo que, ante aquella inesperada declaración, el *dragón de un solo ojo* estuvo a punto de dejar caer la piedra que acababa de tomar para contrarrestar el inteligente movimiento del *shogun*.

—Como ordenéis —dijo con cierta expectación esperando que su señor concretase un poco más.

—Es una verdadera fatalidad que su barco quedase destruido —comentó con cierto aire de misterio, rechazando una vez más la idea de matar sin más a los extranjeros, lo que hubiera podido desencadenar una acción bélica de aquel lejano emperador español que tantos feudos poseía—. Un verdadero contratiempo…

Al nuevo señor de Sendai se le escapó un inapropiado mohín de incomprensión; no lograba entender qué intenciones albergaba el *shogun*.

—Desde luego —ratificó con incertidumbre colgada en el tono, depositando su guijarro en el *go kang*.

El vencedor de Sekigahara observó una vez más el tablero. En el tercio de la esquina a su izquierda, las piedras propias y las de su rival libraban una dura batalla en la que se veía acorralado; en el extremo opuesto, gracias a su movimiento anterior, se abría un horizonte despejado que, al haber tomado la iniciativa, tenía muchas posibilidades de terminar controlando. Colocó una piedra más en aquel área, amenazando la tímida defensa iniciada por Date Masamune.

—Suele decirse que es mejor mantener al enemigo cerca —comentó Tokugawa aludiendo a la vieja máxima—. Sin embargo, también es cierto que, si hay más de uno, entonces, más vale asegurarse de que no nazcan alianzas entre ellos; conviene que estén alejados…

Las pobladas cejas castañas de Date Masamune se elevaron, dotándolo de una curiosa expresión en la que su ojo inhábil destacó más de lo habitual. Tenía entendido que el país de los *komojin* y las naciones de los *nanbanjin* estaban en guerra, claro que, si convenía, dos enemigos podían apartar fácilmente sus diferencias para unirse frente a un tercero. Además, las facciones rebeldes del heredero podían arrimarse a

unos o a otros.

—Afortunadamente, si el piloto sigue vivo, lo único que les resta es tener un barco con el que poder zarpar… Entonces ese embajador podría darse por cumplido ante su emperador, y los creyentes de la cruz podrían pedir venia a ese santón suyo que dicen vive en un país sagrado —dijo Tokugawa refiriéndose al papa Clemente el Octavo, del que era incapaz de recordar el nombre—. Si los *bárbaros del sur* creen tener motivos para estar satisfechos, entonces evitaremos inoportunas coaliciones —tascó entre dientes.

Los *komojin* de Hirado se habían atrevido a plantear alianzas con Tokugawa Ieyasu para asaltar Maynila y otras posesiones de los *nanbanjin* en Oriente. Los dirigentes de aquellos lejanos países semejaban dispuestos a pelear incluso a miles de *ri* de sus cortes. Sin embargo, el *shogun* no conocía los detalles de la guerra de Flandes y el complejo entramado de las políticas de aquella larga confrontación; su preocupación por la impensable unión entre holandeses y españoles resultaba lícita. Y, como en el tablero, solo considerando todas las opciones uno podía alzarse con la victoria.

—A mayores, debemos evitar prender las iras del resto de las naciones extranjeras —puntualizó con cierta preocupación—, una invasión sería peligrosa por parte de cualquiera —añadió consciente del poderío naval de cualquiera de las naciones europeas—. Enviaremos algún escrito esperanzador a Hirado sobre esa flota de *barcos bajo el sello rojo*, para alimentar las esperanzas de los *bárbaros de pelo colorado*. Hemos de impedir que, al menos por el momento, se pueda intuir que fingimos favorecer a uno de ellos.

—Supongo que sí —se atrevió a aventurar el *daimyo* tuerto empezando a comprender.

—Necesitamos a alguien leal y eficiente, pero prescindible.

Date Masamune creía barruntarse lo que su señor ideaba y comenzó a repasar los señoríos menores de sus nuevos ligios, apenas conocía poco más que los nombres de algunos *samurai*, aun así, no tardó en pensar en uno de ellos sobre el que ya le habían llegado ciertas menciones.

En tanto, sin desatender la partida de *go*, el meditabundo Tokugawa Ieyasu se obligaba a mirar la situación con cierta lejanía, incluyendo muchas más opciones. Tenía en mente retirarse pronto y delegar en su hijo, no porque se sintiera sin fuerzas, sino porque pretendía instaurar de seguida las bases de una dinastía que, esperaba, fuese perdurable durante siglos; y debía ocuparse también de los últimos rebeldes que parecían reunirse en osaka a la espera de que el heredero los llamase a combatir a su lado. Bien podía ser que no estuviera en sus manos finiquitar aquel espinoso asunto de los extranjeros, el *karma* podía mostrarse por caminos tortuosos, sin embargo, fuera cual fuese el destino que estaba aguardándole, todas las consideraciones lo

llevaban a la misma decisión.

—Lo haremos sin apresurarnos; para brindar a los traidores la tentación de iniciar diplomacias —aclaró pensando también en los adláteres de los Toyotomi y su posible interés por comprar armas de fuego—; pero, llegado el momento, designaremos a nuestro propio embajador y a unos cuantos burócratas —continuó en un tono que no admitía réplica—. Y les facilitaremos buenos carpinteros y abundante mano de obra. Construiremos un barco para los forasteros y los enviaremos de nuevo a su país con parabienes y los mejores deseos de establecer tratados comerciales. Hasta podríamos incluir presentes adecuados para su emperador y sus señores más importantes.

Tokugawa Ieyasu volvió a observar el lado opuesto del tablero, donde la actividad de las piedras empezaba a resultarle favorable, decantando las tornas de una partida que hasta entonces había parecido incierta. Date Masamune entornó su único ojo, nunca en toda su vida había escuchado a su señor engranar tal cantidad de frases una tras otra.

—Los devolveremos a sus tierras envueltos en la mejor seda —sentenció el *shogun*—. Eso nos dará tiempo…

El antiguo regente no dijo para qué necesitaban ese tiempo, pero al recién nombrado *daimyo* de Sendai no le costó imaginarlo. Y de repente se sintió afortunado de servir a alguien con una mente tan aguda y perspicaz, casi sin darse cuenta se inclinó en una reverencia.

—Se hará como ordenáis.

Tokugawa volvió a emitir uno de aquellos ásperos regaños que pretendían resultar afirmaciones y colocó una piedra más en el tablero de *go*, confirmando su dominio de un extenso territorio. Era un jugador de amplia experiencia, con tiento de sobra para no adelantarse a los acontecimientos, así que no se permitió imaginar que la partida ya estaba ganada aunque así lo pareciese a primera vista.

—Viajad a Sendai y, mientras os ocupáis de establecer el orden en vuestro feudo —apuntilló el antiguo regente para dejar meridianamente claro que un *daimyo* competente debe preocuparse de apagar más de un fuego con un solo cubo de agua—, os aseguraréis de que los forasteros van disponiendo poco a poco de cuanto necesitan. Y os encargaréis de la seguridad de ese embajador y sus hombres…

La locuacidad del *shogun* le demostró a Date Masamune lo importante que resultaba aquel asunto para Tokugawa Ieyasu. Entonces, al reparar en que el *shogun* lo miraba como si esperase algo, comprendió que las últimas palabras tenían un doble significado. Estaba admirado; con un solo movimiento, su señor despejaba varias de las amenazas que hacían peligrar el poder que había logrado ostentar. De una tacada tentaba a los traidores a desvelarse, contentaba a los *nanbanjin* y, por si fuera poco, apaciguaba a los *komojin* con promesas vagas.

—Nadie sin mi permiso se acercará a los extranjeros —dijo para dar a entender

que había comprendido la necesidad de evitar que cualquier *daimyo* de los cercanos al heredero pudiera establecer tratos con los *bárbaros del sur*—. Nadie —recalcó, para no olvidarse de los forasteros de Hirado y Nagasaki, que ya habrían tenido noticia del naufragio.

El *gran general* asintió levemente con un brusco ademán del mentón y movió la mano para indicarle al *daimyo* del ligio de Sendai que era su turno para colocar uno de los pequeños cantos en el tablero.

Con sus intereses divididos en tantos frentes, a Date Masamune le costó decidir dónde colocar la piedra que tomó de su cuenco y, cuando lo hizo, la depositó preocupado por si había abusado de la paciencia de su señor.

Pero el *shogun* no pareció darle importancia; seguía cavilando sobre sus movimientos. Había decidido librarse de todos los extranjeros en cuanto hubiese enviado a los náufragos de vuelta a su país. No le gustaban las influencias de ninguno de ellos y los quería a todos fuera del *país de los dioses*. Aunque por el momento siguiese aparentando complacencia.

—Debéis partir al norte —ordenó tajante dejando atrás sus tribulaciones sobre los forasteros—. Y no olvidéis encontrar a alguien del que podamos desprendernos.

Y, tras tanta locuacidad, Date Masamune se sintió reconfortado al ver que su señor recuperaba la severa parquedad habitual.

El cetrero hizo girar el cimbel con aire tentador, describiendo sobre su cabeza círculos tan amplios como le permitía el cordel que sujetaba el señuelo; pero el halcón, reticente, permanecía rondando las alturas muy por encima de las copas de los árboles. Al *ronin* incluso le pareció intuir cómo la rapaz miraba el engaño del cazador con desdén.

Debía tratarse de un pájaro joven, uno que no llevaba demasiado tiempo en manos del halconero. Aunque se le escapó una sonrisa quebrada, al pensar que también podía ser un animal demasiado viejo para dejarse engatusar por los hombres. Patrullaba el horizonte ganando cielo poco a poco, elevándose; quizá, simplemente buscaba una víctima distinta de aquel ardid de plumas raídas que le ofrecían.

Bien podía haber visto algo suculento zascandileando entre las matas, en aquellos lares abundaba la caza. El sotobosque era un pasto fértil colmado de perdices. Y había gordos faisanes de brillantes colores, tocados con sus peculiares máscaras rojas, como modernos actores de teatro; y ahora que los días comenzaban a extenderse sobre poniente, ya habrían empezado a luchar para ganarse el favor de las hembras, volviéndose descuidados, dándole una oportunidad a la rapaz.

Saigo Hayabusa lo sabía. En el pasado, en aquellos mismos montes, había conseguido lerchas abundantes, combadas por numerosas piezas. Y aunque eran memorias que se habían tornado añejas, todavía lo recordaba: esperando siempre la oportunidad de recibir la dispensa de regresar a su hogar en el sur, había recorrido

cientos de veces aquellas florestas de la colina Momoyama, asistiendo a Torii Mototada, ambos caminando bajo la silueta alada de aquella prima a la que tanto aprecio le había tenido su *daimyo*.

Pero, al contrario que el señor de Fushimi, esa era una partida con poca experiencia y los batidores no habían logrado levantar siquiera una codorniz. Aun así, la rapaz se dejó convencer. Descendió con majestuosa languidez hasta el puño del cazador para hincar las garras en el grueso cuero del guante. Daban la jornada por concluida y el halconero les gritó a sus hombres para que empaquetasen el equipo. Saigo podría seguir camino en breve.

Había partido de Kyoto con la intención de tomar la senda del Nakasendo y, bajo la sombra del poderoso monte Fuji, desviarse hacia el sur para poner rumbo al castillo de Toba, en pos de aquellos forasteros que, con suerte, podrían llevarlo a finiquitar su misión. Sin embargo, tras abandonar la ciudad imperial, no había podido aplacar la necesidad de regresar al pasado; y había decidido dirigirse hacia la ribera del río Yodo.

Había seguido el cauce hasta el castillo de Fushimi, como una de las grandes piedras que los canteros transportaban en barcazas para la reconstrucción del alcázar. Porque no lograba desprenderse de la sensación de que, como para el resto de los hombres de la guarnición, todo debía haber acabado allí, en la última noche del asedio.

Desgraciadamente, su búsqueda de consuelo se había visto truncada por aquel halconero y, como tantas veces en esos últimos meses, estaba agazapado entre las murtas observando furtivamente. Porque no era más que un *ronin* fugitivo y su única aliada era la precaución.

Melancólico, mientras la patrulla se alejaba, se llevó la mano al interior del *kimono* y tanteó la cánula de bambú. Por un instante fugaz lo imaginó como la última vez que lo había visto, en los arrozales, un chiquillo espigado con un sable de madera en la mano, ansioso por recibir instrucción, por llegar a poseer uno de aquellos certificados que, bajo el cuño de un *sensei*, demostraban haber estudiado esgrima en alguna academia de prestigio. A ella no le habían gustado las aspiraciones de su hijo, aun así, Saigo, más comprensivo y menos temeroso, había pensado en acercarse hasta la escuela *Jigen ryo* para hablar con el maestro. Pero aquello había sido justo antes de que llegasen los jinetes de Edo y todo cambiase para siempre; en un pasado aún más lejano que el de sus cacerías con el *daimyo* de Fushimi.

El cetrero y sus hombres fueron engullidos por los bosques y Saigo se alzó entre los arbustos de mirto con un agradecimiento de sus rodillas cansadas. Intentó despedirse de la nostalgia y se puso en marcha de nuevo, ascendiendo las estribaciones del monte.

La *hora del caballo* iba quedando atrás. La soleada mañana empezaba a decaer.

Los arrayanes abrían sus flores diminutas y los campesinos del valle recogerían pronto las nuevas cosechas y podrían abandonar su magra dieta a base de raíces y cáscaras de arroz.

Tras bordear un joven hayedo de troncos apelotonados escuchó el repicar de los martillos de los picapedreros y supo que ya estaba cerca. Caminó con cautela, atento a no ser descubierto y, en un pequeño promontorio entre berruecos, escabulléndose de sus recuerdos, volvió a contemplar, por primera vez en más de dos años, el murallón de la fortaleza de Fushimi.

Bajo las órdenes del *shogun*, el castillo estaba siendo reparado. La destrucción del terrible asedio al que había sido sometido empezaba a olvidarse. Las torres estaban prácticamente terminadas y, de no ser porque él mismo las había visto arder, a Saigo le hubiera costado encontrar pruebas de los incendios.

Observó el trajín de los obreros hasta la *hora de la cabra* y entonces, abandonando sus añoranzas, volvió a internarse en la floresta. Fue rodeando la ladera hasta encontrar lo que buscaba: los restos del que había sido el campamento de Ishida Mitsunari durante el asedio al castillo.

Era evidente que el magistrado había tenido prisa por reunirse con el resto de los *ejércitos del oeste* para perseguir a Tokugawa Ieyasu. Gran parte de la intendencia y de los materiales de campaña seguían todavía allí, en las laderas de levante del Momoyama.

Antes de continuar, precavido, escuchó: los cinceles de los canteros seguían tocando a rebato, y no había signos de miembro alguno de la nueva guarnición en los alrededores. Cuando se convenció de que estaba solo, prosiguió con su inspección asustando a un alcaudón que alzó el vuelo desde un allozo junto al que el *ronin* pasó.

Plantas y animales habían ido recobrando su territorio, los restos de las tiendas y del paso de los batallones de Ishida quedaban ahora difuminados entre las matas de silvas.

En lo que debió haber sido la retaguardia todavía se mantenía en pie un gran alfaneque de recia tela clareada por el paso del tiempo. Por su tamaño no podía ser otra cosa que una de las tiendas principales de las fuerzas del magistrado, probablemente un almacén. Solo los *samurai* de mayor rango tenían el privilegio de dormir a cubierto; una estructura así se habría dedicado a algo de mayor relevancia que proteger de la lluvia a la soldadesca.

Alzando los pies para evitar las espinas, Saigo sorteó un frambueso cuyas yemas empezaban a despuntar y se abrió paso hasta los repliegues de lona que, en su momento, habían permitido la entrada a la gran tienda.

Desperdigadas por la penumbra, las sobras dejadas daban fe de las prisas de Ishida en su persecución de Tokugawa Ieyasu. Movió con la puntera de su sandalia el peto resquebrajado de una armadura y un ciempiés salió a toda prisa. Había manojos

de astiles preparados para recibir las puntas de flecha, un brasero volcado, lientos papeles de arroz emborronados por la humedad. Y una montonera de grandes arcones alargados le llamó la atención por su extraña factura.

Estaban hechos de listones bastos claveteados con refuerzos atravesados y era obvio que no habían sido fabricados en el *país de los dioses*, ningún carpintero del archipiélago hubiera dado por bueno un trabajo tan chapucero. Saigo se acercó, ignorando los pasos de algún animalillo que se escurrió bajo los restos de un sobretodo que el moho había cubierto.

Pasó la mano por uno de los tablones notando el tacto áspero y le pareció ver una extraña marca que despertó su curiosidad, pero la penumbra del alfaneque no le permitió distinguirla. La tapa, desclavada, cayó tras los arcones en cuanto la empujó y un remolino de un olor rancio le subió a las narices. Tenía un deje metálico revenido con grasa. En el fondo, con la culata destrozada, descansaba una de aquellas indignas armas de fuego que habían traído hasta el Japón los extranjeros.

Saigo la tomó entre sus manos con cierta repugnancia. No eran piezas de buena calidad, la madera carcomida cubierta de barniz desvaído debió de haberse roto durante el transporte, por eso lo habían abandonado allí. Aun así, no tuvo problemas en reconocerlo, era uno de los que habían usado las fuerzas del magistrado Ishida.

En las cargas de caballería que Torii Mototada había dirigido contra los miles de sitiadores del castillo, Saigo había escuchado las balas de aquellos cañones silbar a su alrededor entre maldiciones de mosqueteros que renegaban porque sus armas fallaban.

Él nunca los había usado, siempre le habían parecido despreciables, pero sabía que un buen porcentaje de los disparos se atascaban. Aquellos chismes podían dislocarle el hombro al tirador, desollarle el rostro en una explosión de pólvora o, simplemente, desahogar un bufido húmedo cuando el detonante fallaba. Y, sin embargo, habían sido la causa de la caída de Fushimi.

Volteó el arma en sus manos. Las inscripciones del cañón y la pobre talla le decían que no era una de las réplicas en las que los artesanos japoneses llevaban años esforzándose. Había sido fabricada por los *gaijin*. Y ellos eran quienes la habían puesto en manos de Ishida Mitsurani. Era una prueba más de que los extranjeros se habían inmiscuido en la guerra surgida al desmoronarse el Consejo de Regencia.

Dejó el mosquete en la caja desvencijada y, al volver a verlo, se dio cuenta de que, aun cuando aún no significase nada para él, en el futuro aquel sello en los tablones podría servirle para encontrar a quien le hubiera proporcionado aquellos artefactos indecentes al magistrado. Revolvió los arcones y, tras girarlos según fuese menester, comprobó que todos tenían la marca inscrita.

Regresó junto al primero y le bastaron un par de golpes secos para desprender la tabla en la que se había grabado el sello. Se la llevó al exterior, en busca de luz para

examinarla.

No reconoció el símbolo, remembraba a algunos ideogramas, pero Saigo no supo discernir si se trataba de un nombre o una firma. No conocía la escritura de los forasteros, pero no podía tratarse de un garabato sin más, en todos los arcones aparecían los mismos trazos grabados a fuego.

Dos líneas se cruzaban perpendicularmente en el centro y, en los cuatro extremos, a cada lado, se extendían florituras que miraban a la intersección. Recordaba vagamente al símbolo que tanto les gustaba usar a los *nanbanjin*, a la representación de su dios torturado.

El *ronin* recogió un pedazo viejo de carbón del brasero abandonado y arrancó un trozo de papel de una ligarza atada con cuerda de cáñamo.

Hizo un calco de aquel extraño emblema y lo miró detenidamente antes de guardarlo en el *obi*.

* * *

Exultante por haber encontrado al fin un escondrijo apropiado en aquella pestilente Ciudad de México, el ilustre Antonio de Morga calentaba al fuego su sello con la cruz de sable, tan similar a la que usaban los caballeros de la Orden de Montesa.

Aún no llevaba mucho tiempo en su nuevo destino, pero las ansias reformadoras del virrey le habían dado una oportunidad y el recién nombrado alcalde del crimen de la villa ya preparaba su primer envío para Sevilla.

Cuando el hierro al rojo tocó la madera, Antonio de Morga sonrió.

—Su excelencia, el obispo don Juan de Ladaria, quiere fundar un convento en Cartagena de Indias —oyó que le decía en un tono neutro.

Constanza se quedó mirando aquel rostro apático de Isabel Lardinois, donde las emociones se escurrían asustadas.

—¿Cómo? —preguntó la joven siciliana también en un susurro.

En esta ocasión la que había irrumpido en una celda en mitad de la noche había sido la novicia valona, que, tras el oficio de vísperas, se había escabullido de las miradas de la adjutora para presentarse en el dormitorio de Constanza.

—Hay multitud de muchachas descarriadas que necesitan un hogar que las acoja y guarde —comentó Isabel en el limbo entre la piadosa devoción y la desidia.

A la dama de compañía le resultaba familiar el tema. Había oído la distante preocupación de las mujeres de la corte expresando su disgusto por las desamparadas hijas y nietas de los conquistadores, mestizas excluidas por ambas sociedades sin otra opción que emplearse en los lupanares donde las marinerías se desfogaban. Junto a las chimeneas de palacio, antes de que se sirviese la cena en las interminables mesas

de los comedores, la misma reina Margarita había comentado en más de una ocasión, antes o después de rematar una puntada en el lienzo de su bastidor, su desasosiego por aquellas pobres indiecitas.

Isabel Lardinois, aburrida porque Constanza no parecía seguir sus razonamientos, encontró entre la borra de su hábito una pelusilla de la que estirar deshaciendo los hilos de lana.

—Comprendo —mintió la menina siciliana sin querer albergar esperanzas prematuras.

La otra novicia pareció perder el interés por los entresijos de sus talares y alzó el rostro al tiempo que sacudía los dedos de la mano derecha.

—Y los franciscanos quieren enviar a unas clarisas para que presten su ayuda al obispo en la fundación…

Lo aclaró en tono cómplice, y Constanza supuso que la mención a los frailes mendicantes del santo de Asís tendría que ver con una nueva lucha de poder entre su orden y la de los jesuitas. Pero a la mujer a la que Dámaso amaba no le iba un bledo en la eterna confrontación de los monjes. De todo lo dicho por la valona, había algo mucho más importante.

—¿Y ya han elegido a esas hermanas piadosas que irán a las Indias?

Constanza ya había empezado a elucubrar sobre rutas y distancias; seguramente la nao atracaría en el Puerto de la Vera Cruz y las misioneras habrían de viajar por tierra hasta Cartagena. También cabía la posibilidad de que las enviasen al puerto de Callao, en Nueva Castilla. Desde cualquiera de ellos podría buscar el modo de llegar al Japón.

—No lo sé, no tengo noticia de si ya han escogido a las que enviarán, pero imagino que si se lo pedís a doña María ella podrá hacer algo…

Isabel entonó las últimas palabras con deje a confesionario y se alzó para regresar a su celda.

La adjutora oyó el frufrú de las telas y se apartó tan rápido como pudo de la puerta, recogiéndose el hábito hasta las pantorrillas en un gesto que tuvo muy poco de castidad, pero gracias al cual evitó tropezar y quedar en evidencia. Se alejó corriendo tanto como le permitían sus gorduras y sus deseos de sigilo.

—Espero que mañana cumpláis vuestra parte del trato —dijo Isabel ya en pie, deslizando los dientes de su quijada sobre el labio, como si saborease los secretos de la protegida de la emperatriz.

Constanza asintió sin prestar atención. Estaba intentando alejar los recuerdos de Dámaso que la asaltaban y, al tiempo, preocuparse por cuestiones más inmediatas: en primer lugar debería convencer a doña María para que la ayudase a conseguir una de aquellas plazas; y tenía que apresurarse, la muerte le estaba ganando la partida a la antigua emperatriz. Después, había que llegar a Sevilla. Las naves a las Indias

siempre partían del puerto fluvial del Guadalquivir.

—¡Por el buen Señor Jesús! Esos papistas malnacidos. Como si esa reata de entrometidos jesuitas no fuera suficiente…

Jacob Quaeckernaeck, evidentemente sulfurado, calló; y se dio tiempo a tomar aire antes de continuar echando pestes sobre los españoles. Además, como era de esos hombres a los que les costaba mantener la boca cerrada, mientras pensaba cómo continuar con sus imprecaciones, echó un trago de aquel insípido vino de arroz que no lograba sustituir a su añorado *rum*.

Flemático, de poblados bigotes rubios y narices coloradas, a las que daba rubor un laberinto de venillas enrojecidas sobre las que el mundo era observado por unos ojos del color de las aguamarinas, hasta su naufragio en las costas del Japón, había sido el capitán del navío holandés conocido como Liefde. Desde entonces, evitando las perniciosas presiones de los ignacianos establecidos en Nagasaki, había intentado, junto con sus hombres, sobrevivir sin soliviantar a los reyezuelos del archipiélago. Además de halagar al inglés Adams cuando le era posible, para conseguir que el piloto, mejor relacionado con los locales, lo ayudase a ser designado para tripular uno de los barcos usados por los japoneses para el cabotaje y el comercio en las aguas del Oriente.

—Estábamos tan cerca…

Como si el tono de desesperación no fuese suficiente, se sirvió otro cuenco de aquel licor japonés y lo bebió con aire melancólico. Aquellos españoles podían hundirle las aspiraciones.

—Aún no está todo perdido —repuso William Adams con su acento británico—. Estoy seguro de que pronto recibiremos correspondencia de *Tokugawa-sama*. Puede que todavía logremos que financien nuestra expedición…

Los otros dos presentes, Melchior van Santvoort y Jan Joosten van Lodensteijn, también supervivientes del Liefde, mantenían silencio y bebían apocadamente tragos cortos de *saké* mientras miraban a uno y otro lado según la conversación avanzaba.

—¿Conque no? —volvió a intervenir el capitán Quaeckernaeck tras golpear con el cuenco vacío la tosca mesa hecha al estilo occidental; un pobre intento de obviar las esteras del suelo y los *shoji* del tabicado—. Antes de su gran nombramiento de excelentísimo jefe de todos los monos amarillos —la ironía de la inflexión hacía gala de los ampulosos movimientos de manos que refrendaban la baja opinión que le merecían los japoneses—, ese Kokuga… Tokuga… ¡Ese macaco! Nos dijo, no, de hecho, nos prometió que nos permitiría construir y fletar un barco… *shu*… *shi*…

William Adams, algo menos ebrio y de temple más sereno, tomó aire atusándose los largos bigotes castaños e intervino:

—*Shuinsen*, creo que ese es el modo de decirlo —aclaró el antiguo piloto del Liefde, que, desde su llegada al Japón unos años antes, había logrado aprender los

rudimentos del complicado idioma del archipiélago—. Significa algo así como *barcos del sello rojo*…

—Como diantres se diga —saltó Jacob Quaeckernaeck golpeando esta vez con el puño—, nos lo prometió… Y ahora son los españoles los que van a construir el barco…

Además del idioma, Adams se había esforzado por comprender un poco mejor la compleja cultura japonesa y creía intuir que, en realidad, el recién nombrado *shogun*, a pesar de ciertas dosis de afabilidad, detestaba a todos los extranjeros. Aunque su acercamiento a la cultura de las islas le había abierto ciertas puertas, el piloto inglés se barruntaba desde tiempo atrás que las buenas palabras de Tokugawa Ieyasu estaban tan vacías como las jarras de vino de arroz que trasegaba su capitán.

—Es cierto —concedió el piloto cerrando los párpados y apartándose el pelo de la frente—, pero, por lo que se rumorea, es para regresar a Nueva España, no para comerciar —puntualizó abriendo sus ojos verdes y procurando mantenerse calmado —, quizá…

—Esos papistas malnacidos…

Jan Joosten van Lodensteijn se había mantenido al margen hasta ese momento. Pero ya no pudo callar por más tiempo. Era un hombre corpulento de cejas pobladas y labios gruesos, tenía la frente despejada y su melena, partida al medio, estaba tan sucia como la de cualquier otro europeo, pues a pesar de los ahíncos de los japoneses por mejorar la higiene de los *gaijin*, solo unos pocos se acostumbraban a los baños diarios de los orientales. Era nativo de una ciudad amurallada del sur de las provincias holandesas conocida como Delft, uno de los baluartes de la revolución contra los odiosos españoles. La villa se había autoproclamado capital *de facto* de los nuevos e independientes estados neerlandeses y era una de las poblaciones adoradas por el príncipe de Orange. Así que Van Lodensteijn sentía un odio cerval hacia los españoles y sus Tercios desde la más tierna infancia, en la que ya había oído canciones de cuna aderezadas con las tropelías de los piqueros de las coronas de Castilla y Aragón.

Jan Joosten van Lodensteijn había pasado hambre y penurias durante la guerra con los sarnosos perros del viejo rey Felipe. Había correteado entre los charcos cenicientos de las calles de Delft buscando una bolsa que robar o el corazón de una manzana a medio fermentar que poder llevarse a la boca. Había visto a su madre consumirse entre las liendres y los cadáveres abotagados que flotaban en los canales trayendo miasmas y muerte. Su rencor era una sima insondable.

—Matémoslos, acabemos con ellos…

Lo dijo con el rijoso tinte del odio arañando la entonación. Soñaba con regresar a su ciudad cargado de riquezas y ahora los españoles se interponían una vez más. Aquel mandamás endiosado de los monos amarillos les había prometido a los

holandeses que podrían abandonar su encierro en el puerto de Hirado, más aún, tendrían venia para partir en una misión comercial oficializada con el *sello rojo* y mercadear en el floreciente reino de Pattani, al sur. Y Jan Joosten van Lodensteijn no estaba dispuesto a dejar que esa oportunidad se diluyese en la nada.

—¡Matémoslos! —insistió poniéndose en pie—. Podemos contratar a esos asesinos de… De Koga, esos *hombres azules*…

—*Shinobi*, se llaman *shinobi* —aclaró Adams con hastío—. Y desde la gran batalla de Sekigahara son fieles a *Tokugawa-sama*, aunque reuniéramos los caudales para pagarles no aceptarían el encargo, son asesinos, sí, pero no actúan como…

William Adams, mucho más comedido, prefirió no dejar en evidencia a los holandeses, o a sus propios compatriotas, y no quiso terminar la comparación. Se produjo un cruce de miradas que escondían reproches.

En el tenso silencio, se oyeron los cacareos de las gallinas que los holandeses mantenían afuera; las aves, traídas en el Liefde, picoteaban las lombrices de los descuidados parterres en el exterior de la humilde casa que ocupaban los orangistas en el villorrio pesquero, descolgado sobre el puerto de Hirado. Un poco más allá, no lejos del mar, que batía con fuerza en una mañana desapacible, había hombres del pueblo que fileteaban bonitos. Para ganarse la vida, primero hervirían los lomos de los musculosos peces y les retirarían las espinas, luego los ahumarían sobre brasas de madera de pasania y, finalmente, los curarían al sol ayudándose de una sazón de hongos que les daría un característico sabor que se conservaría durante meses en la mojama.

En el interior de la cabaña el ambiente continuó enrareciéndose.

—Pues hagámoslo nosotros mismos —insistió Van Lodensteijn—. Sabemos que se los han llevado al norte. Acabemos con ellos.

El capitán Quaeckernaeck estaba a punto de intervenir cuando el piloto lo interrumpió.

—Eso es una locura, Tokugawa Ieyasu no nos lo perdonaría jamás, si luchamos contra los españoles en sus tierras las pocas libertades que hemos conseguido aquí —dijo apuntando con el índice al suelo para referirse a su asentamiento en el puerto de Hirado— serán revocadas. No nos concederá licencia para viajar al reino de Pattani… De hecho, nos aplastará, ¡no!, nos hará crucificar… No tendrá piedad… Estoy seguro de que no consentirá que traigáis vuestra guerra hasta el Japón… Y ese contrato que esperáis no se firmará jamás. ¡Nunca!

Los holandeses, a imagen de los ingleses y para intentar librarse del dominio español en los mares del mundo, presionados por la falta de pimienta, intentaban formar una Compañía de la Indias Orientales a semejanza de la que había aprobado la reina Isabel de Inglaterra. En ese momento, tras tantos meses varado en el Japón, William Adams no podía saber que el año anterior la Vereenigde Oostindische

Compagnie ya había sido formalizada, consolidando el deseo de financiación de los Estados Generales de los Países Bajos, que buscaban un modo de enriquecerse para continuar su rebelión contra las coronas de Castilla y Aragón.

—Pues a mí me parece una buena idea —intervino el capitán Quaeckernaeck terminando una jarra más de *saké*—. Matemos a esos condenados papistas. Debemos evitar que se nos adelanten.

Adams negó con vehemencia.

—Es una sentencia de muerte, os lo aseguro, *Tokugawa-sama* nos despellejará si atacamos a sus invitados.

—Ese maldito mono amarillo no tiene por qué enterarse —añadió Melchior van Santvoort rompiendo su silencio.

Van Santvoort, el más enclenque de todos, de calva incipiente y maneras apocadas, hasta entonces apenas había levantado la vista de la pequeña taza de cerámica. Paseaba un dedo por el borde concentrado en el fondo, como un taseomante chino que hubiese aprendido a leer el futuro en el licor en lugar de en las borras del té.

—Si esos *shinobi* no quieren ayudarnos —dijo sin estar convencido de la pronunciación—, ya encontraremos a otros que estén dispuestos, nos queda oro de las bodegas del Liefde. Tenemos mucho que perder si dejamos que esos malnacidos españoles se salgan con la suya. Nosotros llegamos primero.

El capitán asentía. Van Lodensteijn cogió otra jarra de *saké* y volvió a tomar asiento antes de servirle un trago más a su patrón.

—Es cierto, debemos matarlos —insistió depositando la frasca en la mesa a tiempo para que Quaeckernaeck, tras vaciar su taza de vino de arroz una vez más, volviese a cogerla—. Hemos llegado hasta aquí y no podemos permitir que sea en vano, ahora que estábamos a punto de conseguir algo de provecho después de tanta penuria…

La desazón de los tres holandeses era fácil de comprender para Adams, habían pasado casi dos años navegando por mares peligrosos; muchos hombres habían quedado atrás, varios barcos de la expedición original se habían hundido. Agua podrida, encías hinchadas y sangrantes que apenas sostenían dientes consumidos, estómagos vacíos, el naufragio del Liefde, las conspiraciones de los jesuitas de Nagasaki que habían presionado a los *daimyo* para que los matasen como a piratas. Habían pasado por mil desgracias para lograr enriquecerse y ahora estaban a punto de ver todos aquellos esfuerzos convertidos en algo inútil. Pero no estaba dispuesto a involucrarse. Como inglés detestaba a los españoles casi tanto como los holandeses, sin embargo, había aprendido mucho sobre los peculiares japoneses y preveía un futuro para sí en el archipiélago.

—No participaré en algo así. Me niego —constató con vehemencia—. No es una

buena idea.

El piloto se levantó y tomó su sombrero. Y aún dijo algo más antes de salir de la estancia:

—Os arrepentiréis…

El capitán Quaeckernaeck despidió al britano con un ademán despectivo de la mano y se volvió hacia sus dos compatriotas. En su voz y sus gestos se percibía la embriaguez.

—Y bien, ¿qué se os ocurre para acabar con esos papistas?

Semanas después de haber coaccionado a Pedro de Arbués, mientras intentaba reencontrarse con su consciencia, embotada por el alcohol servido en una taberna de escasa reputación encelada en los callejones de Triana, Hortuño de Andrade cayó en la cuenta de que, al igual que había hecho con el familiar de la Santa Inquisición, también podía apretar las clavijas de muchos otros prohombres de Sevilla. Él era depositario de inconfesables secretos que obligarían a buena parte de los consignatarios del poder de la antigua Hispalis romana a actuar a su antojo. Sus años de nepotismo y sinecuras al servicio del duque de Lerma podían ahora devolverle valiosos réditos.

Y a la mañana siguiente, tras rumiar un día más la falta de noticias desde Madrid, Hortuño ya había ideado varios chantajes que le permitirían sanear sus maltrechas finanzas.

Sin embargo, le seguiría faltando un escollo por salvar a fin de cumplir con todos sus anhelos de venganza: aun cuando reparase sus caudales, habría ciertos asuntos que lidiar de los que no podría ocuparse en persona.

Si la suerte le sonreía y sus enemigos se ponían al alcance de su mano, Hortuño iba a necesitar, además de los dineros, hombres de pocos escrúpulos dispuestos a rebanar un gaznate sin hacer preguntas. Y ahora que había dado con el modo de sufragar semejantes gastos, las gentes de esa calaña nunca salían baratas, todavía le restaba encontrarlos.

Y no le hicieron falta muchas preguntas. A la luz de las candelas de los peores tugurios del viejo barrio ribereño, le dieron siempre la misma respuesta.

No lejos del arroyo Tagarete, junto al que discurría el tramo de muralla que cerraba la ciudad por el sur, en la que llamaban *calle Ancha*, al lado de una pequeña iglesia bajo la advocación de san Roque, inmersos en los desperdicios del matadero y el perneo de gorrinos, se arracimaban corrales viejos de viviendas humildes en las que residían los egipcianos.

Había allí una posada de terrible reputación a la que llamaban de José, *el Carnicero*.

Algunos gitanos, como ya habían hecho en las tierras del Indo o en las montañas que servían de antesala a las grandes llanuras del Oriente, habían traído consigo, en

su interminable viaje a las tierras españolas, los saberes de la herrería; y habían hecho vida decente ganándose el título de *castellanos nuevos*, gracias al que conseguían mantenerse alejados de los hombres de ley del cabildo. Pero esos no eran los que Hortuño quería encontrar. Al antiguo secretario no le interesaban las habilidades de los egipcianos como caldereros o herreros.

Hortuño buscaba a otros de asaduras más cuajadas.

Y entre los descendientes de aquellos nobles que alegaban haber partido siglos atrás del Egipto Menor, también había quienes se ganaban la vida con el robo, el latrocinio y el asesinato a sueldo; tan sabido era que hasta lo mencionaban las noveluchas modernas que gustaban de leer las damas de palacio, como tantas veces había visto Hortuño en manos de las meninas de la reina Margarita.

Por eso, una anochecida que aventaba luna llena, dejando su bolsa y sus dineros en la casa del alfoz, vistiendo su capa más raída, Hortuño se dirigió a la taberna del Carnicero sin otra protección que una pequeña daga al cinto y el único acicate de su desquite. Aún no había recibido noticias del Japón, nada sabía sobre De Morga, y Pedro de Arbués se lamentaba de que no le sería fácil tender una trampa a Constanza mientras estuviera en Madrid, encerrada en un convento.

Para evitar preguntas al costear el pontazgo, pagó los servicios de un remero mugriento que guiaba una chalana desvencijada. Y, a cada palada, a medida que la ciudad crecía ante él, miraba de reojo el imponente castillo de San Jorge, donde la Santa Inquisición tenía sus mazmorras.

Mientras Hortuño cruzaba Sevilla buscando el perneo y la taberna del Carnicero, en una venta de Toledo, el correo enviado por el corregidor de Madrid paladeaba vino rebajado, esperando un guisado de oveja con el que matar el hambre del camino.

Abandonada junto a él en el escaño carcomido, bajo el pellizco que recibió en el trasero la moza que servía las viandas, quedaba una alforja de cuero viejo y sobado, amelgado por grietas y con la hebilla desportillada. Dentro iba un mensaje para el que había sido secretario del duque de Lerma: Constanza había escapado del cenobio de las Descalzas Reales; iba camino a Sevilla para partir con la flota en cuanto llegase abril.

La sangre goteaba desde el mentón, caía sobre el pecho amoratado, formaba regueros tintos que serpenteaban entre los surcos de las costillas, desliéndose con el sudor. El rostro era una masa informe que se contorsionaba con cada inspiración. Los brazos, extendidos, cubiertos de cardenales, temblaban por el esfuerzo. Los pies estaban grotescamente hinchados. Los empeines imbricados de bultos dejaban adivinar que los huesos estaban rotos, desmenuzados, haciendo que el mero hecho de alzarse para tomar aire fuese un suplicio.

No eran más que dos travesaños cortados con prisa, ensamblados con tramos de la cuerda hecha con paja trenzada que usaban los campesinos, pero aun así se podía

reconocer la forma. Saigo la había visto en otras ocasiones. Era el símbolo de los extranjeros, el signo de su religión. Una cruz.

Puede que las viejas costumbres regresasen tras sacudirse el polvo. Por culpa de su origen humilde, el *taiko* había visto vetado su nombramiento como *shogun*, y en respuesta había intentado soslayar su condición de campesino estableciendo un sistema de castas con el que refrendar la posición adquirida por las armas. Por decisión de Toyotomi Hideyoshi, descontando a la familia imperial de Kyoto, por encima de cualquier juicio, cada habitante quedaría confinado en una clase social. Desde aquel entonces, bajo el edicto del *taiko*, en el *país del sol naciente* los hombres de la guerra, los *bushi*, se convirtieron en los habitantes de mayor valía, los que regirían sobre todos los demás. Tras los *samurai* quedaron los campesinos, los artesanos y los mercaderes; en el escalón inferior, los cómicos, los parias, y los indeseables bandidos, y más abajo, como seres de un inframundo sin derecho siquiera a tener nombre, la calaña de los *eta*, dedicados a los oficios más indeseables: como enterradores, curtidores, verdugos o mutiladores. Y en el último peldaño, sin otro derecho que el de respirar: los extranjeros barbudos; pues, dejando a un lado las armas de fuego, de las que desconfiaba, el déspota solo había encontrado una cosa útil entre las enseñanzas de los misioneros jesuitas: el rito de la crucifixión. Del que se había servido en más de una ocasión para sembrar escarmientos.

Pero, desde aquellos conversos de Nagasaki que habían languidecido hasta la muerte en la cruz, que Saigo supiera, nadie había vuelto a sufrir aquel tormento. Hasta ahora.

Sin olvidar que seguía siendo un fugitivo, el *ashigaru* había abandonado Fushimi hacia el nordeste, para encontrar y seguir la senda del Nakasendo. Aunque había tenido que cambiar de planes; se había topado con que la travesía estaba atestada: monjes que tocaban sus *shakuhachi*, peregrinos de sandalias gastadas, *ronin* a lomos de bueyes arrendados y, lo más preocupante, patrullas con el emblema de las tres hojas de malva real. Así que había decidido viajar refugiándose en los bosques que flanqueaban el camino. Escondrijos que conocía de muchos años antes. Los había recorrido durante los preparativos para la batalla del cercano río Ane.

Como un perro mapache, moviéndose durante el alba y el crepúsculo, ocultándose por el día, usando sus recuerdos, había trazado una ruta paralela al Nakasendo, bordeando la orilla meridional del gigantesco lago Biwa y desplazándose siempre hacia el este. Y como las madrugadas cubrían las mañanas de rocío, había cambiado las cinchas de sus abarcas por tiras de tela, porque las ataduras de broza de arroz terminaban rompiéndose con la humedad.

Por la ribera sur, el Biwa era somero, un marjal lleno de cañaverales salpicados de manchas de agua que acumulaban algas; y servía de hogar a multitud de criaturas que, como Saigo, se movían al abrigo de la noche; hacia el norte, la profundidad

aumentaba convirtiendo el lago en un misterioso lugar de fondos ignotos en los que, según contaba la leyenda, el dios Kashima sujetaba con una enorme piedra a un inmenso bagre de mal carácter que pugnaba por liberarse; y cuando el pez lograba zafarse de los esfuerzos de la deidad, sus poderosos coletazos hacían que la tierra temblase, sembrando el terror y la destrucción en el archipiélago. Y quizá, aquella sombra del crucificado era el augurio que el mitológico bagre esperaba para enfurecerse y provocar un terremoto.

Tras sobrepasar el lago y, antes de llegar al valle de Sekigahara, Saigo se había desviado hacia el sur para viajar hasta la bahía de Ise, la de las *rocas esposadas*, bajo los aleros del majestuoso Fuji coronado de nieve; sin embargo, al llegar hasta el castillo de Toba, había descubierto que los forasteros ya no estaban allí: tendría que continuar viaje a Sendai. Y en su largo camino hacia el norte de la isla de Honshu se había topado con aquella estrambótica escena.

El crucificado languidecía y sus torturadores solo bromeaban, parecía que disfrutasen.

Aquel desdichado que padecía el tormento de la cruz no era asunto suyo, pero la suave brisa y el aire cargado de humedad habían llevado hasta él la conversación de la patrulla, y Saigo Hayabusa se había decidido a acercarse para escuchar a hurtadillas. Su continuo vagar evadiendo a las gentes lo privaba de noticias frescas, y su intuición lo había conducido a quedarse allí; aquellos irrespetuosos parecían tener las lenguas muy sueltas. Y no tardó en oír algo que hizo a la espera merecer la pena.

—… me han contado que Sanada Yokimura sigue oculto en las montañas —había dicho uno de los guerreros, acodado en el vástago de la lanza que mantenía cruzada sobre las rodillas—, reclutando a todo aquel que se acerca y preparándose para que el heredero *Hideyori-chan* pueda contar con un ejército con el que enfrentarse a Tokugawa Ieyasu.

A través de las ramas de un árbol de la laca, agazapado en un pequeño otero, el *ashigaru* vio al compañero del que había hablado mirar con evidente preocupación hacia las espaldas del resto de los miembros del grupo, que permanecían en pie bajo la cruz, azuzando al torturado. Eran un total de cinco hombres, cada uno iba vestido de un modo distinto, con restos de viejos uniformes y ropas astrosas; parecían una pandilla más de los miles de *ronin* que, como él mismo pretendía, seguían vagando por el país desde el fin de la guerra civil.

Por la incómoda expresión del rostro de altos pómulos, Saigo comprendió que al *samurai* le había disgustado el tratamiento tan familiar con el que el otro se había referido al hijo del *taiko*.

—¿Quién sabe? Es lógico que el venerable heredero Toyotomi continúe albergando alientos por recuperar el poder perdido… —repuso relajando el gesto sin cuestionarse si un chicuelo podía o no tomar decisiones de tal envergadura—. Fue

una victoria muy ajustada… Más aún —apuntilló alzando la mano desde las empuñaduras de sus sables—, creo que si la guarnición de Fushimi no hubiese aguantado, Tokugawa Ieyasu no hubiera conseguido suficientes hombres para vencer en Sekigahara. De haber caído el castillo antes, las cosas podrían ser ahora muy distintas…

»Tokugawa Ieyasu solo consiguió reunir suficientes hombres gracias al tiempo que aguantaron los hombres de Fushimi… Debió de ser un asedio terrible; las fuerzas del magistrado disponían de un increíble número de armas de fuego, muchísimas. —Se pasó la mano por la frente evocando batallas propias—. Los hombres de la guarnición del castillo se convertirán en leyenda. No se rindieron… Murieron con honor…

Saigo Hayabusa, incómodo, cambió de posición.

—También he oído —añadió el que había hablado en primer lugar, extendiendo los brazos y apoyándolos en el asta de su *yari*— que *Hideyori-chan* está repartiendo oro entre los señores que escaparon de Sekigahara. —Su compañero volvió a torcer el gesto—. Sanada Yukimura, Akashi Kamon e incluso el joven Chosokabe Morichika me han contado que viven ocultos en una casa alquilada de las afueras de osaka. Parece que el heredero no ha perdido la esperanza.

—Lo sé, lo sé —concedió el otro moviendo la cabeza de arriba abajo—. Dicen que el señor Chosokabe se ha afeitado la cabeza como un sacerdote budista, y que ha cambiado su nombre por el de Ichimusai. —Al oírlo, el *ashigaru* se preguntó cuál sería la intención de un hombre al elegir, precisamente, un significado así para ser reconocido; Ichimusai podía interpretarse como *hombre de un solo sueño*. Al menos ahora ya sabía qué había sucedido con el dueño del caserío de Kyoto—. Los rumores son que, con el oro del heredero, mantiene a su propio ejército de casi mil *hombres de las olas*…

De ahí la intensa presión de las patrullas que seguían rondando todo el archipiélago complicándole la vida a Saigo; el nuevo *shogun* procuraba evitar la rebelión que parecía estar fraguándose entre unos derrotados que no olvidaban.

—… Claro que *Hideyori-chan* está encerrado en la fortaleza de osaka —quiso añadir el de la lanza obviando el gesto represivo de su compañero—, por el momento, el *gran general* no puede matarlo u ordenarle que cometa suicidio, debe conservar las apariencias. El heredero es un prisionero en una cárcel de oro…

Los otros tres, bajo la cruz, estallaron en carcajadas ante una petición de misericordia que se coló entre los ininteligibles lamentos del crucificado. Saigo supuso que, probablemente, se debía a que el torturado habría aludido a sus estrambóticas creencias. Por lo que tenía entendido, la fe de los extranjeros se prodigaba en la piedad y el amor fraternal, no en el deber o la lealtad.

—Ahora quiere ceder el título a su hijo —añadió el otro refiriéndose al *shogun*—,

y está en su derecho.

—Puede, y parece que cuenta con poderosos aliados para garantizar la continuidad de su estirpe —puntualizó dejando apoyarse el filo de su lanza en el suelo frente a él y estirando las piernas—. Date Masamune siempre ha mostrado su lealtad, él está acogiendo a los forasteros en Sendai —aclaró señalando al crucificado.

De nuevo aquel *daimyo* se cruzaba en el camino de Saigo.

—Cierto, pero eso no es nada nuevo, he oído que ha negociado con los extranjeros en más de una ocasión —el *ashigaru* no podía saber que, precisamente, aquello hacía referencia al mensaje que había interceptado en Kyoto—, y que ha dado cobijo a conversos —tras decirlo señaló a su vez al pobre desdichado que sufría en la cruz—, pero aun así, parece que *Tokugawa-sama* no ha dudado nunca —dijo usando el tratamiento formal una vez más—. Le ha concedido el ligio de Sendai, un millón de fanegas de arroz.

Teniendo en cuenta que cada *koku* equivalía a la cantidad de cereal necesario para alimentar a una persona durante un año, que el *han* prometido al clan Date llegase a producir tal cantidad significaba que el *shogun* premiaba a su vasallo con una fortuna de proporciones inmensas. Saigo no sabía qué relación tendría todo aquello con los *gaijin*, pero esperaba averiguarlo a su llegada a Sendai.

Los tres al pie de la cruz se giraron hacia sus compañeros y les recriminaron por estar de cháchara. Mencionaron que debían despachar a su prisionero, que ya habían cumplido con su encargo, algo que escamó a Saigo. Al parecer alguien les había pagado para hacer lo que estaban haciendo.

—Tengo hambre —anunció el del *yari* poniéndose en pie—. Acabemos con esto y vayamos a buscar una posada donde comer algo, este ya no dirá nada más —aseguró señalando con la lanza al moribundo en la cruz—, y ya sabemos dónde encontrar a otros como él. Hubiera sido más fácil en Kyosho. No entiendo por qué nos han pedido que vengamos hasta aquí…

—No nos han pagado para encontrar respuestas. Nos han pagado para encargarnos de unos cuantos conversos —le oyó el *ashigaru* reponer al otro.

—Ah, sí —dijo el del *yari* con suspicacia—. Pues yo pienso que esos condenados barbudos avariciosos quieren asegurarse de que se arme un buen revuelo, no quieren que nadie más pueda conseguir las concesiones del *sello rojo*. Eso creo yo… Y si no fuera porque no hay un solo señor que esté dispuesto a tomarme a su servicio, yo no los ayudaría —renegó sacudiendo la cabeza.

Al oír aquello, Saigo decidió que había llegado el momento de ponerse en marcha. Eso quería decir que aquellos *ronin* habían sido pagados por los *forasteros de pelo rojo*, no por los *bárbaros del sur*; y significaba que podía tener relación con lo mismo que le llevaba a él hasta Sendai. Podía ser que los forasteros de Hirado

hubieran contratado a aquel grupo de *hombresde las olas* para que asesinasen a unos cuantos conversos con el rito occidental a fin de culpar a los extranjeros que Date Masamune había acogido, probablemente para fingir que los *nanbanjin* de Sendai se habían atrevido a ajustar sus propias rencillas en suelo japonés.

Ahora sabía a qué atenerse y aquella pareja podría ofrecerle algo más de una información que presentía podría serle útil.

Consideró las opciones y, finalmente, dejó el arco y las flechas al lado de un alcanforero, junto a su *haori*. Sacó el brazo derecho de la manga de su *kimono* y sujetó la tela sobrante con una cinta de cuero. Movió los hombros para desentumecerlos después del largo rato acostado. Cerró los ojos un instante y buscó serenidad.

El crucificado gritó. Exangüe, su lamento lo borró la brisa que se alzó.

Al poco, mientras uno de los hombres de la patrulla se afanaba limpiando el filo de su *yari*, Saigo Hayabusa descendió sin preocuparse del ruido de sus pisadas. El crucificado no reaccionó, parecía haber perdido la consciencia, pero cuando los *ronin* se giraron, el *ashigaru* les habló en una voz que fue casi un susurro. En el pulgar de su mano derecha ya podía sentir el áspero y familiar tacto de la piel de *same* de la empuñadura de su sable.

—¿Quién os contrató?

Hasekura Tsunenaga era muchas cosas. Apenas podía aspirar a mantener un feudo ridículamente pequeño que no hablaba de la grandeza de sus antepasados, pero sí de los errores de su padre y su tío, que se habían unido al bando equivocado en la última de las guerras civiles. Atesoraba la fortuna de sentirse amado, todos y cada uno de los días, por la bella esposa que el santo Buda había tenido a bien poner junto a él. Conocía las viejas máximas y no pensaba convertirse en el clavo que despuntase, listo para ser remachado por el mazo de los *daimyo* más poderosos. Era muchas cosas, pero no estúpido. Y le bastó el tiempo de un parpadeo para comprender que lo habían elegido para aquel insano cometido porque era, ante todo, prescindible.

—Se os hace depositario de un inmenso honor y se espera que actuéis en consecuencia —habló Date Masamune con la severidad que desprendía su rostro tuerto y picado de viruela.

Hasekura Tsunenaga, vestido con el *kimono* ajado que había usado su abuelo años atrás para ser recibido por el *taiko* tras su nombramiento, se inclinó en una profunda reverencia. Era un hombre de rostro redondeado como una ciruela madura, de hombros aplastados por el peso de las complicaciones; las bolsas bajo sus ojos sesgados enmarcaban una pequeña nariz que tildaba un bigote ralo. Sus manos ásperas daban fe de que pasaba más tiempo ayudando en los campos que practicando esgrima.

Se sentía incómodo en aquellas envolturas de los poderosos; Hasekura Tsunenaga

se había hecho a su vida humilde, a doblar el espinazo con sus vasallos en los campos de cultivo para asegurarse de que, al cabo del año, tendría suficientes fanegas de arroz para cubrir los impuestos. Las penurias lo habían convertido en un hombre melancólico. Taciturno a no ser bajo la sonrisa de su esposa, había aprendido a sobrellevar la desdicha acostumbrándose a masticar los gorgojos del mijo sin emitir una protesta, escuchando las sempiternas quejas de su tío abuelo, un lisiado que, junto al hogar, le recriminaba una y otra vez su apatía por recuperar los antiguos feudos de la familia.

—Se os expedirán cartas de presentación como diplomático al servicio del *gran general* —puntualizó Date inclinando el rostro—. Vuestro cometido es el de fomentar el comercio, y se espera que se puedan firmar acuerdos que garanticen un mercado único entre el país de los extranjeros y el Japón —mintió el *dragón de un solo ojo* exponiendo solo las contrapartidas lógicas a la misiva que habían recibido del embajador Sebastián Vizcaíno—. Hay que brindar lazos de amistad y confraternizar con los forasteros. Para nuestro señor es de vital importancia que correspondamos debidamente al gesto diplomático que han tenido hacia nosotros.

Hasekura, que únicamente conocía la hipócrita postura que Tokugawa Ieyasu había mantenido en público respecto a los *gaijin*, no se extrañó. Y tampoco se cuestionó las órdenes, eso mismo era lo que había sumido a su familia en la desgracia. Pero incluso pese a las promesas del flamante *daimyo* de Sendai, no albergó esperanzas respecto a que el clan recuperase sus antiguas tierras. El *karma* diría si es que regresaba de aquel viaje allende todo horizonte conocido para los hijos del *país del sol naciente*. Había estado en las campañas de Korea bajo el mando del *taiko*, y hubiera preferido volver a batallar en aquella conquista imposible; temía fallar en su cometido, prefería que fueran otros los que tomasen las decisiones.

Date Masamune calibró las reacciones de aquel hombre anodino que tenía ante sí. Por un momento incluso alejó cierta conmiseración. Todo era una pantomima, el *shogun* había compartido con él su deseo de cerrar para siempre las fronteras del Japón. Tokugawa Ieyasu quería instaurar una dinastía que perduraría por generaciones, y lo último que deseaba era que españoles, holandeses o cualesquiera otros pudieran comerciar con sus armas e influencias para decantar la balanza de poder. Hasta el más pequeño de los *daimyo*, provisto de suficientes mosquetes y ayudado por alguno de los barcos de guerra de los extranjeros, podría aspirar a inclinar el fiel a su favor, y eso era algo que Tokugawa Ieyasu no pensaba consentir.

—Hay entre ellos un religioso que se hace entender en nuestra lengua. Y Yoshioka Seijuro, que estudió en la escuela santa de los forasteros en Nagasaki, ha sido enviado hasta allí. Gracias a ellos podréis comunicaros, aun así, debéis hacer cuanto sea posible por aprender su idioma. —El antiguo regente había ordenado que recabasen cuanta información pudiesen para conocer a su enemigo—. Es necesario

que aprendáis todo lo posible sobre ellos, sus costumbres, su país…

Mientras su *daimyo* insistía en la obligación de averiguar todo lo posible respecto a los españoles, Hasekura volvió a inclinarse para mostrar aquiescencia y las viejas puntadas de su *kimono* amenazaron con deshilacharse.

—Uno de sus carpinteros sobrevivió y pronto empezarán a construir un navío —aclaró Date Masamune dando por sentado que no eran necesarias más explicaciones —. Desde hoy mismo, no os separaréis de ellos hasta que llegue el momento de vuestro regreso.

El *dragón de un solo ojo* no aclaró que todo el proceso debía llevarse a cabo con lentitud, aguardando nuevas órdenes del *shogun*. Y tampoco que así tendría a dos hombres con la orden de vigilar a los extranjeros. Por un lado, dispondría de un par de fuentes de información que le permitirían conocer a fondo a los extravagantes *gaijin*. Por otro, Tokugawa Ieyasu deseaba que, mientras no abandonasen el Japón, se garantizase la seguridad de los forasteros, y con Yoshioka y Hasekura como escoltas, además de los *samurai* que ya había designado para acompañarlos, Date Masamune se estaba asegurando de cumplir con lo que se le había mandado hacer.

Por un momento, el *dragón de un solo ojo* consideró la posibilidad de hacer partícipe a Hasekura Tsunenaga de los informes que se habían recibido gracias a los espías de osaka: el heredero del *taiko* y su camarilla de admiradores habían oído ya las noticias sobre la llegada de los *nanbanjin* y cabía la posibilidad de que interviniesen. Luego desechó la idea.

—También debéis enviar despachos a todos los mercaderes de importancia. Laca, cerámica, tinta, prendas… Lo que se os ocurra, hay que buscar hombres dispuestos a establecer esos nuevos lazos comerciales —el tono de Date Masamune dejaba entrever que no tenía especial aprecio por la casta de mercaderes—. Es crucial que los dignatarios forasteros vean nuestra buena disposición.

Lo que el *dragón de un solo ojo* calló fue que, con esa maniobra, Tokugawa Ieyasu esperaba filtrar el gremio de comerciantes. Cuando aprobasen la lista que presentaría Hasekura Tsunenaga, el *shogun* pensaba asegurarse de dar su conformidad de manera muy selectiva: únicamente a aquellos marchantes proclives a financiar al heredero del *taiko* y su coalición de rebeldes acantonados en osaka.

Se siguió un escueto silencio cubierto de tensión. Hasekura consideraba cuidadosamente cuanto le pedían, el *daimyo* de Sendai medía sus palabras para no dar pistas.

—Seréis responsable de su bienestar —añadió Date Masamune—. Cuando llegue el momento, deben regresar a su país sanos y salvos.

Sintiéndose abrumado, Hasekura tragó como pudo aquel mandato. Su esposa le hubiera dado ánimos, ella incluso le hubiera asegurado que sería capaz de hacerlo. Su tío abuelo, de haber oído aquellas órdenes, habría aprovechado cada silencio para

urgirlo a cumplir con decoro sus cometidos, se hubiera empecinado en recordarle que esa era la oportunidad que habían estado esperando en su clan, al fin podrían recuperar los feudos perdidos.

Más bien preocupado, el humilde *samurai* se limitó a hacer una nueva reverencia, forzando las viejas telas de sus ropas ajadas, aguardando a que Date Masamune le diese permiso para retirarse.

Era una locura. Podían contar con el piloto y con un calafate, pero ni el marino era tripulación suficiente, ni el único carpintero completaba una dotación competente.

Y aun así, por primera vez en muchos meses, gracias a aquella idea descabellada, Dámaso había logrado desprenderse de la ominosa sensación de haber caído en un cepo.

Además, no podía negarse que aquellos disciplinados japoneses fuesen capaces de trabajar a destajo sin una sola protesta, como tampoco cabía duda de sus buenas dotes como artesanos, bastaba ver la celeridad con la que estaban levantando la fortaleza de aleros combados que dominaría la colina. Tanto era así que, más allá de las viviendas construidas a toda prisa para los hombres del San Jacinto, en la improvisada atarazana que hacía las veces de astillero, ya se distinguía una promesa de quilla que, con mano mimosa, el ebanista gaditano del patache recorría de punta a punta cada mañana. Y las cuadernas, fabricadas con la madera de un árbol parecido a los olmos aragoneses, ya empezaban a adivinarse.

No obstante, costaba creer que los supervivientes de la embajada enviada desde Manila saldrían con bien; pero, y Dámaso era consciente, no tenían otra opción que aferrarse a aquel clavo ardiendo.

Desde que pusieran pie en el Japón, a las desgracias se habían sucedido las suspicacias y aquel remedo de navío que comenzaba a tomar forma era, hasta el momento, después de tanto tiempo, la única buena nueva de la que habían disfrutado.

—No será bonito, parecerá un engendro panzudo con la gracia de una monja patizamba, mas navegará. Nos llevará de vuelta —aseguró Lope cambiando de lado la astilla de *zelkova* que mascaba—. Lo haremos tentándolo con la vieja regla murciana —puntualizó moviendo los cantos de sus manos callosas al frente, como si cortase maderos en el aire ante su pecho—. Navegará, por estas —juró llevándose los pulgares atravesados a los labios.

Creía recordar que aquello significaba que la eslora sería el triple que la manga y esta el doble que el puntal; o algo semejante. Aun así, Dámaso no pidió más explicaciones. Se limitó a asentir, contento de ver que el otro se mostraba tan seguro e ilusionado.

—Servirá, puede que se me lleven los demonios de tanto chillarles, pero servirá —concluyó Lope el carpintero sacándose el improvisado palillo de entre los dientes y apuntando con él hacia el incipiente armazón.

A Dámaso se le escapó una sonrisa, el gaditano parecía empeñado en que, si gritaba lo suficiente, repitiéndose media docena de veces, podía hacerse entender por los japoneses.

—Me alegro de que así sea…

A aquellas palabras conciliadoras, el ebanista contestó encogiendo los hombros con fingida resignación.

—A Dios rogando y, alimón, con el mazo dando —añadió el calafate levantándose para volver al trabajo.

Y el artesano andaluz empezó a alejarse hacia la atarazana apalpándose el vientre; como al resto de los tripulantes del patache naufragado, al carpintero le estaba costando acostumbrarse a la curiosa dieta local y parecía querer ayudarse para digerir el almuerzo.

—Por cierto, gracias… De no ser… Gracias —dijo el gaditano volviéndose un instante, con el rostro cohibido por la muestra de afecto.

Para no avergonzar al otro, Dámaso se limitó a inclinar el mentón como única respuesta. Dejando que el gesto dijese más que cualquier discurso.

Cavilando, lo miró marchar. No se creía merecedor de reconocimiento alguno; cierto era que se había esforzado por suplir la incompetencia de Sebastián Vizcaíno. Se había dejado la piel intentando convencer a los impasibles japoneses de que los del San Jacinto valían más vivos que muertos, sin embargo, el alférez no contaba entre sus méritos las iniciativas para la construcción de la nueva nave. Bastante había tenido mediando entre el señor del castillo de Toba y el embajador que designara De Morga para la expedición; estaba convencido de que les había faltado muy poco para acabar degollados. Así que, en cuanto al ensamblaje de la nao, el antiguo furriel suponía que el proyecto había sido idea de los regentes locales, aunque, por más que se estrujaba los sesos, no adivinaba las intenciones de una propuesta así.

Pensativo, tomó otro de aquellos buñuelos de arroz envueltos en hojas de nabo; una muchachita sonriente los había llevado poco antes para que almorzasen, delicadamente empaquetados en una caja lacada de brillante color rojo.

Había pasado hambre y frío en Flandes, sin más que llevarse al gaznate que el barro de las caponeras que atravesaban los atrincheramientos orangistas, y no le disgustaban los magros cocinados de los orientales.

Su rostro se había afilado. Alguna cana suelta punteaba una mata de pelo que echaba en falta a un barbero competente, sin embargo, como su barba, que se había espesado, aquellos no eran signos del cambio en los hábitos, eran solo huellas del paso del tiempo, baqueteado por las azarosas circunstancias; la última de las cuales había sido una larga y penosa travesía hasta aquel feudo norteño.

En los días de aquel camino, Dámaso había recordado los pasos transalpinos que cruzaban los Tercios para enfrentarse a los holandeses, con la diferencia de que en

aquel viaje de años atrás, el furriel que fuera había podido saber a qué iba a enfrentarse cuando llegara a las tierras de los canales y las lecherías. Y ahora se sentía abrumado por la incertidumbre, aprisionado por la responsabilidad que sentía hacia los supervivientes, casi tan pesada como la penitente culpa que cargaba por los muertos.

Pero podía ser que el ansiado regreso estuviera ya al alcance de la mano. El tal Yoshioka Seijuro, entremezclando su pobre portugués con expresiones japonesas, le había explicado que el regulo del lugar, un hombre tuerto de rostro severo a quien habían conocido en una curiosa ceremonia en la que ni una sola frente había abandonado la arena de la playa, les había prometido que pronto llegarían miles de artesanos: cientos de armadores, herreros y carpinteros. Especialistas de lo que era llamado *bakufu*, algo que Dámaso había interpretado como el gobierno del recién nombrado *gran general de todos los ejércitos*. Al parecer, vendrían desde una ciudad llamada Ito, en donde, por lo que había contado el jesuita Crisóstomo, ya habían aparejado un pequeño navío al estilo europeo para los orangistas que se habían establecido en el puerto de Hirado. Algo que el embajador Vizcaíno había obviado, pero que el antiguo contador consideraba con preocupación, no porque diese pábulo a las advertencias de aquel indeseable de Antonio de Morga sobre la presencia de los herejes neerlandeses en el archipiélago, sino porque le hacía dudar de la buena voluntad del todopoderoso Tokugawa Ieyasu; quien parecía querer jugar siempre con los triunfos, sin preocuparse por el palo de los naipes.

Al fin y al cabo, Dámaso no olvidaba sus cometidos, ya no por su lealtad a la corona, sino porque, aun pese a los años, su inquebrantable deseo de ganarse el permiso del señor de Accioli no había disminuido un ápice. Ni siquiera bajo la amenaza revelada por su amigo Martín de que un asesino pago por Antonio de Morga lo rondaba.

Aunque, si aquella locura salía adelante, ya habría ocasión de pedir explicaciones.

Embelesado por los honores que se prometía y receloso de un regreso a Manila, el embajador Vizcaíno se había empecinado en que, si acaso podían conseguir el tan ansiado barco, navegarían rumbo a Nueva España, para rendir cuentas directamente al virrey de Ciudad de México. Y Dámaso recordaba lo dicho por el oidor en el puerto de Cavite; el juez marchaba en aquellos días al virreinato para desempeñar un nuevo puesto. Así que, si todo salía como planeaban, podría rendirle cuentas a De Morga.

Y, mientras tomaba otro de aquellos pastelillos, pensaba en quién podría ser el asesino contratado y en si seguiría vivo. Sin saber que, a apenas cien varas de donde él estaba, la advertencia de Martín charlaba con Lope, *el Mondadientes*, sobre los progresos en la construcción del navío.

—¿Cuánto tiempo necesitaremos para echar a flote este trasto? —le preguntó

Bartolomé de Palos al carpintero gaditano.

—¿A este ritmo? Pues una eternidad —se contestó a sí mismo el artesano—. Aunque, a lo que parece, vendrán unos cuantos a echarnos una mano —añadió sin llegar a creer que la espera terminase algún día—. Con un poco de fortuna acabamos antes del próximo invierno. Claro que no sé ni en qué carajo de día estamos…

El corrupto veedor arrugó su ceño oliváceo considerando las posibilidades y abandonó al ebanista sin siquiera reírle la gracia; lo que no pareció afectar a Lope, que de seguida encontró otro asunto al que atender, pues se topó un japonés al que gritarle cómo debía cepillar los baos.

Todo pintaba bien y las dudas zancadilleaban a Bartolomé, recordaba las órdenes de Antonio de Morga, pero todo había cambiado desde el naufragio. Dámaso había terminado por conseguir cierta ascendencia con los locales. Y el onubense temía que, si mataba al alférez, las aguas se revolviesen; no se fiaba de los japoneses, podía acabar con un tajo en el pescuezo o colgado de una cruz; había oído rumores.

Al tiempo, lejos de Sendai, hacia el sur, en el puerto de la pequeña isla de Hirado, las vidas de todos los supervivientes del San Jacinto y de cualquiera que les fuese afín estaban siendo puestas sobre la balanza. Un holandés de nombre Jan Kouwernood y tres de sus compatriotas, acompañados por un par de japoneses renegados que habían huido del seminario jesuita de Nagasaki, se habían puesto en marcha con la intención de, aun cruzando las montañas y evitando los caminos oficiales para que nadie pudiera reclamarles los salvoconductos que no tenían, llegar hasta el nuevo feudo de Date Masamune en poco más de un mes. A ser posible, reclutando hombres por el camino.

Llevaban una buena provisión de la pólvora de la santabárbara del Liefde y armas suficientes como para iniciar un abordaje por su cuenta. Y hubieran salido antes, pero habían tenido que esperar hasta encontrar a un sastre dispuesto.

Unos días después de su partida, el alguacil de Hirado, un *samurai* joven y deseoso de cumplir con decoro, había puesto su cabeza a disposición del *daimyo* del feudo. Descompuesto y picado por los cangrejos, el cadáver del hombre que hacía los mejores *kimono* de la isla había aparecido en una rocalla batida por las olas y el oficial no había sido capaz de dar con los asesinos.

—¡Ha *chicharra*! ¡Ha sido la *chicharra*! La tienen presa en Sevilla.

En cualquier otra circunstancia, Pacheca no hubiera dudado en regañar a Gaspar por referirse a la Santa Inquisición por aquel apelativo tan vulgar e insidioso, pero en ese momento las fuerzas se le escurrieron de golpe.

—No puede ser, ¿cómo?, ¿cuándo? —logró preguntar llevándose las manos a la boca y cerrando los ojos sobre sus generosos carrillos.

El veterano temió que la mujerona sufriera un vahído y dio un paso más hacia ella; a la vez, tendía los brazos para sostenerla, por si le fallaban las piernas.

—Mi pequeña… ¡Señor misericordioso…! ¿Cómo ha sido? —Pacheca preguntaba entre balbuceos—. ¿Cómo ha podido…? ¿Cuándo?

La pena de Gaspar se repartía y, aun así, no era capaz de abarcar la desdicha de Constanza y el desamparo de la dueña por la noticia. El viejo soldado había considerado seriamente mantener el secreto tras descubrir lo sucedido con la joven siciliana, sin embargo, en cuanto había regresado a las dependencias del servicio en el palacio, Pacheca le había lanzado una pregunta tras otra, atosigándolo, sin darle un instante para pensar, y no le había quedado más remedio que reconocer la cruda verdad: había averiguado que Constanza se había fugado del convento de las Descalzas Reales unos días antes y, de algún modo, la joven se las había arreglado para llegar hasta Sevilla; ahora, acusada de cualquier falacia, estaba presa en las mazmorras del Santo Oficio en la ciudad del Guadalquivir.

—No creo que importe mucho cómo ha sucedido —dijo Gaspar acercándose un poco más hacia el aya y atreviéndose a poner sus manos sobre los hombros de la mujer—, lo que debe preocuparnos es sacarla de allí —puntualizó con una voz que luchaba para no quebrarse—. Antes de que las torturas la lleven a confesar cualquier locura que se le pase por la cabeza al inquisidor de turno… Esos *cucarachos* con hábito serían capaces de conseguir que a Simón, a Pablo y a todos los puñeteros apóstoles se les cayera la lengua de repetir una y otra vez que son moros…

Pacheca sabía que el piquero tenía razón. Las ordalías y suplicios que los interrogadores de la Inquisición podían infligir a los pobres desgraciados que caían en sus garras terminaban siempre con confesiones del agrado de la Iglesia. Los dominicos del Santo Oficio eran implacables.

Los pensamientos que atoraban la mente de la dueña eran evidentes para el veterano, las lágrimas de la mujer caían desde la comisura de los párpados y se enterraban en los dedos del soldado. Pacheca sollozaba y Gaspar dejó a un lado los formalismos.

—La salvaremos —le dijo cogiendo las manos de ella en las suyas y mirándola a los ojos—. No debemos perder la esperanza. Iremos a Sevilla y se la arrebataremos a esos condenados hideputas rastrojeros y putañeros del *tostadero*…

El aya ni siquiera oyó el desmán, simplemente se consoló gracias a las sinceras hebras de gris que torneaban los ojos entrecerrados del viejo soldado. Sintió que podía creerle.

—Le pediremos a ese cabeza hueca de Ruy que nos eche un capote —propuso Gaspar refiriéndose al galopín de palacio que ya los había ayudado en el pasado—. Ya no queda mucho en las caballerías, se han llevado casi todas las monturas a Valladolid, pero seguro que puede conseguirnos un par de pencos…

El veterano apretó los dedos de Pacheca queriendo transmitirle ánimos y escondiendo sus propias dudas.

—… Yo no tengo mucho —añadió con una sonrisa forzada—. Lo poco que ahorré de la paga —reconoció sin entrar en detalles—, y unas monedas de vender pajarillos de tanto en tanto, pero si pasamos por mi cabaña —añadió de carrerilla—, lo desentierro y ya tendremos algo para el viaje.

Trató de recuperar el aire que se le había agotado y miró al rostro de la mujer.

—La salvaremos, aún no se cómo —volvió a apretar las manos de ella, todavía entre las suyas—, pero la salvaremos, se la arrebataremos a esos escarabajos del *tostadero*…

La dueña logró detener sus lágrimas y aprehender la sinceridad de aquel hombre ajado por los años, baqueteado por las dificultades de toda una vida. En él había encontrado un compañero inesperado capaz de despertar sentimientos desconocidos y, en ese instante, agradecida, descubrió como el rubor subía a sus mejillas. Ella también flexionó sus dedos y correspondió al gesto.

Sus rostros estaban tan cerca que él podía ver el color que iba arrobando la tez de ella; y ella podía distinguir los hilvanes entrecanos de la recia y rebelde barba, que ya punteaba aun pese al afeitado de la mañana.

—Pongo en ello mi palabra, esos malnacidos de la *chicharra* se arrepentirán —insistió envalentonado por el apretón—. La sacaremos de allí aunque tengamos que prenderle fuego a la mitad de los conventos de Sevilla.

—Del Santo Oficio —logró decir Pacheca en un susurro cuando consiguió deshacer el nudo que le atoraba la garganta—. Lo cortés no quita lo valiente, no hay por qué ser mal hablado…

Gaspar abrió la boca para soltar una maldición, pero la tímida sonrisa que tildó los labios de ella logró detenerlo.

—¿La salvaremos? ¿De verdad?

El veterano resopló, correspondió el retozo de la dueña curvando su propia boca y asintió.

—Sí, la salvaremos, cueste lo que cueste —afirmó con voz serena—. Lo haremos.

Entonces, reconfortada por aquellas palabras, sintiendo el corazón palpitar en el paladar, Pacheca se atrevió a algo que jamás había hecho en su vida. Apretando aún más las manos del veterano, acercó su rostro al del hombre, lentamente, luchando contra su propia sorpresa y la que vio reflejada en los ojos de Gaspar y luego, como un relámpago, se abalanzó estrujando los párpados con timidez y frunciendo los labios con pasión.

Fue un beso breve, torpe y vergonzoso. Y ella se retiró cohibida, colorada como una manzana madura.

El veterano, perplejo, tardó en asumir lo que acababa de suceder. Había mucho que hubiera querido contarle, pero no se sintió capaz, llevaba demasiado tiempo sin más compañía que su propia soledad.

—Mi señora…

Fue lo único que acertó a decir antes de perder todo recato, rodear al aya con sus brazos, mirarla con fijeza y besarla de nuevo. Y, esta vez, se entretuvieron el uno en el otro. Gaspar pudo saborear la sal de las lágrimas recientes y Pacheca encontró el cálido consuelo de la intimidad esperada tan largamente.

Eran dos peregrinos que alcanzaban el final de su camino y se abrazaron con fuerza porque no tenían a otro que no fuera ellos mismos y, durante esos instantes en los que sus bocas se amaron, no necesitaron a nadie más. Fueron el uno para el otro un bálsamo largo tiempo esperado para una herida abierta. Durante un momento, ni siquiera recordaron el difícil trance en el que estaba Constanza.

Desafortunadamente, ni cuando se separaron ni después, cayeron en la cuenta de que debían preguntarse quién habría denunciado a la joven siciliana para que terminase en las garras del *santo tostadero*.

Al cuidado del monte Aoya, donde el *daimyo* construía una imponente fortaleza con la que dominar su ligio, fluía el río Hirose. Y los hábiles capataces que levantaban el castillo aprovechaban el cauce para hacerlo servir como foso del alcázar que erigía el nuevo señor feudal de Sendai. Aguas abajo, hacia el levante, la corriente seguía su camino hasta el mar, abriendo una brecha en las rectas playas bañadas por el océano. Y allí, a unos veinte *jo* sobre la línea de la pleamar, se había construido el improvisado astillero, un par de chamizos con fragua para los herreros, algunos alpendres que servirían de almacén, los barracones que albergarían a los retenes de Ito, y unas cuantas viviendas de una sola planta donde se cobijaban los artesanos llegados hasta entonces, los comerciantes que habrían de embarcarse, los *nanbanjin* y el embajador designado por el *bakufu*.

Y, ante aquel panorama, desde su modesta casa recién estrenada, Hasekura Tsunenaga se sentía abrumado por el maremágnum de tareas todavía por acometer. Había llegado a Sendai la mañana del día antes y aún no había tenido un solo descanso.

A cada poco recibía un requerimiento nuevo. El peor de ellos: la noticia de que los trabajos de construcción del navío no avanzaban al ritmo debido, pues, según los cálculos del piloto extranjero, los vientos favorables estaban a punto de rolar, con lo que perderían la oportunidad de zarpar y tendrían que retrasar la botadura, como poco, un año más.

Así que Hasekura Tsunenaga temía el momento de rendirle cuentas al flamante señor del ligio; estaba seguro de que Date Masamune se mostraría muy disgustado. Además, para colmo, Yoshioka Seijuro, el *samurai* al mando de los guardias del asentamiento, parecía intuir el pasado de la familia Hasekura y lo trataba con evidente displicencia.

Afortunadamente, el *daimyo* aún no le había llamado a capítulo; estaba

demasiado ocupado con la toma de posesión de su nuevo feudo, construyendo una nueva y ordenada ciudad que aspiraba a convertir en un ejemplo para todo el país. Y mejor que fuera así, porque al retraso en armar el barco se sumaban otros problemas: como el asentamiento llevaba camino de transformarse en una pedanía de la villa que el señor feudal levantaba, habían llegado buhoneros y mercachifles de dudosa reputación; los emisarios enviados para atraer a los comerciantes apenas traían respuestas positivas; la mayoría de los extranjeros no hacía más que quejarse por la comida; y el fraile que les servía de dragomán traducía con un terrible acento que hacía difícil comprender cuanto decía, aunque la nariz de Hasekura agradecía la preocupación del jesuita por la higiene, más cercana al estilo japonés que a las costumbres del resto de los forasteros.

En suma, aplastado por sus muchas responsabilidades, al embajador nipón no le hacía gracia alguna enfrentarse a la reunión que se había pactado con los *gaijin*. E intentaba aprovechar aquellos preciosos momentos a solas, antes de la cita acordada, para encontrar algo de sosiego frente al pequeño altar con las deidades de su nuevo hogar en la costa de Sendai.

Mientras tanto, en el exterior, sobre aquella costa del norte de la isla de Honshu, la tarde caía y las pardelas abandonaban sus zambullidas en busca de peces para recogerse en tierra firme. La marea cambiaba y la brisa, avariciosa, se iba cargando de humedad, prometiendo las lluvias del cercano otoño que tanto preocupaba a Vasco de Novaes.

Abandonando su abstracción, Hasekura oyó cómo el *shoji* del fondo de la estancia se abría.

Tras la corredera apareció uno de los *samurai* que Date Masamune había puesto a su disposición, aunque el recentísimo diplomático tenía la sensación de que no solo estaban allí para ayudarlo según fuera menester, sino también para vigilarlo e informar de sus errores.

—Los extranjeros han llegado —anunció el *bushi* desde la puerta sin alzar el rostro.

El embajador cerró los ojos, tomó aire como si estuviera junto a los vapores sulfurosos de un volcán y, tras espirar lentamente, asintió.

—Hacedlos pasar.

Afuera, bajo la ventolina, esperando permiso frente a la veranda de la casa, el jesuita Crisóstomo Fernandis intentaba apaciguar su nerviosismo.

—Debéis procurar no olvidar lo hablado —le insistió por enésima vez al cogote de Sebastián Vizcaíno—, una sola falta de respeto y nos harán decapitar, estas gentes se toman muy en serio las formas —porfiaba el fraile, porque, hasta ese momento, el embajador que había nombrado De Morga en Manila no había hecho otra cosa que incomodar a sus anfitriones con infinitas reclamaciones.

Por su parte, Dámaso, que había hablado esa tarde con Vasco de Novaes sobre el momento apropiado para la partida, echaba sus jaculatorias para hacerse una idea de la fecha. Había descubierto que de nada serviría preguntarle a los japoneses, quienes llevaban un complicado calendario regido por acontecimientos muy distintos al nacimiento del Señor; y, dadas las preocupaciones del piloto portugués, Dámaso hacía memoria procurando llevar la cuenta. Estaba casi seguro de que ya habría pasado la festividad de Santa María; si no se equivocaba, eso significaría que iban camino de dos años en aquel extraño país. Mucho tiempo, demasiado.

Envarado, Vizcaíno no se molestaba en contestar y Dámaso se sintió obligado a intervenir.

—Perded cuidado, todo saldrá bien —le habló al jesuita rogando a la vez que el céfiro que soplaba llevara aquellas palabras hasta la mujer que seguía amando.

El ignaciano chistó poco convencido. El padre Crisóstomo temía que un solo desplante más de Vizcaíno se convirtiera en la gota que colmase el vaso.

—Eso espero, hijo, eso espero…

—También yo —se entrometió el carpintero Lope—, le va a costar creerlo, pero le tengo mucho cariño a mi cuello. Además, no sería nada piadoso por parte de estos tipos —añadió consiguiendo que Bartolomé y el piloto lo mirasen—. Claro que no, pobres liendres —dijo con misericordia apalpándose las greñas—, ¿adónde irían si la mitad de estos paisanos llevan la cabeza afeitada? Atal desfachatez…, ¿acaso no son todas las criaturas sobre esta tierra hijas de Dios?

El jesuita se giró para reprenderlo; al embajador Vizcaíno se le escapó una blasfemia; el de Palos contuvo la risa; uno de rostro apagado, que hablaba tan poco como para que se olvidaran del apellido Mendes y lo llamasen Lucas, *el Retrato*, soltó un resoplido en el que contuvo media carcajada e intentó decir algo que se le atragantó; y el carpintero miraba al cielo de la anochecida con la expresión de un ángel tallado en el retablo de una catedral. Y cuando Dámaso se disponía a poner orden entre los supervivientes del San Jacinto, el *samurai* que había ido a anunciarlos apareció de nuevo en los escalones de la entrada, logrando de golpe que todos recompusieran el gesto.

El japonés dijo algo que Dámaso no comprendió, le sonó como si le hubieran dicho que iba a llover; pero el ignaciano lo sacó de su error.

—Podemos pasar —susurró el padre Crisóstomo inclinándose respetuosamente —. Y vosotros, mentecatos trafalmejas —añadió girándose sin perder la reverencia —, no olvidéis descalzaros.

Al *samurai* que les granjeaba la entrada se le unieron pronto otros; llegaron con pasos sigilosos y amplias sonrisas tras las que Dámaso había aprendido a ver que, en realidad, aun cuando se mostraban corteses, estaban vigilando; listos para desenvainar sus sables en un suspiro.

El alférez sentía la amenaza de la amargura que le asaltaba tras haber caído en la cuenta del tiempo que llevaba alejado de Constanza; pero al entrar en aquella vivienda, también tuvo que reconocer cómo, con el paso de aquellos largos meses, la obligación desprendida del deber, la misma que lo había llevado a esforzarse con los chapurreos aprendidos a bordo del San Jacinto, se había ido transformando. Ahora, admirado, encontraba en los japoneses mucho que alabar y poco que criticar.

Mientras entraban, el gaditano no supo callarse y Dámaso, olvidándose de sus reflexiones, sintió de nuevo la amenaza de la nostalgia; el carpintero le recordaba al fallecido Martín.

—Es increíble que hayan levantado todo esto de la nada, cuando llegamos había maderos y unos pocos hombres, y ahora tienen aquí un pueblo —dijo el ebanista sinceramente encandilado por el exquisito trabajo de los nipones—. Esos reyezuelos atiesados deben de hacer con los peones lo mismo que los egipcianos con los jacos de mi pueblo —comentó antes de bajar la voz hasta un tono cómplice y descolgar los labios con una sonrisa—, que les meten guindillas por donde nunca alumbra el sol…

Al jesuita no le dio tiempo a hablar, Malaquías se le adelantó:

—Puede —admitió con un retozo por la chanza—, pero son casas enclenques hechas con cuatro palos, no creo que duren mucho —aseguró mirando con desprecio las vigas.

—Mal encaminado vais, hijo mío —intervino el ignaciano—, yo he visto templos con más de mil años que están hechos así, con simples maderos. No sé cómo lo hacen, pero son buenos artesanos. Además, cuando se propaga un fuego, hay inundaciones o la tierra se mueve, pueden reconstruir los desperfectos en unos pocos días. Así que no juzguéis si no queréis ser juzgados; adonde fueres, haz lo que vieres —sentenció como si estuviese imponiéndoles una penitencia a los hombres.

Lucas habló entonces con el característico acento balear de su Menorca natal. Era tan raro que abriese la boca que, con aquellas palabras, consiguió que Lope se parase en seco y los demás lo mirasen.

—¿Cómo que la tierra se mueve?

Dámaso quedó sorprendido por el vozarrón grave del enteco cuerpo del marino; el Retrato siempre se las apañaba para contestar moviendo apenas la cabeza según conviniese.

—Sí, ¿qué es eso de que la tierra se mueve? —inquirió el gallego Mateo con aquel entonar que parecía preguntar incluso cuando afirmaba.

—Pues eso, ¡que se mueve!… Ellos dicen que es culpa de un pescado gigante que habita en el fondo de un lago; se libera de la presa de uno de sus dioses impíos y los coletazos sacuden los montes —relató el jesuita con gesto contrito, sin dejar de caminar, adelantándose a los demás mientras seguían a los *samurai* por el interior de la vivienda—. Una blasfemia como otra cualquiera; pero la verdad es que la tierra

tiembla… Yo lo viví en Nagasaki; fue como si el Señor zarandease la isla con todas sus fuerzas. Las paredes del seminario se resquebrajaron y la ciudad se llenó de fuegos descontrolados… Los caminos del Altísimo son inescrutables…

—Eso ya lo sabía yo —dijo Lope llegando a la altura del fraile y guiñándole un ojo a Dámaso—, desde el primer día…

Todos se detuvieron mirando hacia el carpintero, mientras, los guerreros japoneses, intrigados, intercambiaron miradas dubitativas ante el *shoji* que estaban a punto de abrir.

—No hay más que verlos —aclaró señalando a los locales con el mentón—. Es evidente. Por eso tienen ese color amarillo, están mareados…

A Dámaso se le escapó un resoplido. El piloto portugués se quedó pensando si había entendido y a Lucas, *el Retrato,* entre carcajada y carcajada, le dio tiempo a ponerse colorado.

—Sois… Sois un…

Al fraile no le dejaron encontrar el improperio que buscaba entre los rincones de su piadosa memoria; los *samurai*, atónitos, preguntaron si sucedía algo.

Cuando los supervivientes del San Jacinto recobraron el decoro, siguieron a los guardias a una pieza amplia donde Hasekura Tsunenaga los esperaba, listo para cumplir con su cometido.

Mientras Dámaso se aplicaba, forcejeando con su memoria para no cometer errores en las fórmulas de cortesía que había aprendido, el diplomático japonés escuchaba, sin dejar que su expresión afable trasluciese el dolor de oídos que le producía el destrozo de su excelso idioma.

Ni japoneses ni españoles oyeron el barullo que provenía de las sombras del bosque que crecía más allá de la playa. Un grupo de hombres se movía entre los árboles. Seis de entre ellos iban embozados con prendas teñidas de azul, como si fueran seguidores de las doctrinas del *ninjutsu*, pero sus escandalosos pasos y las armas que portaban parecían contar algo bien distinto. Iban acompañados por una docena larga de *hombres de las olas*, renegados de Sekigahara, guerreros de rostros enflaquecidos y ropas andrajosas; habían aceptado la paga y estaban dispuestos a matar.

Además, en el camino desde el sur, el oro holandés había tenido oportunidad de reclutar a muchos más. En total, les faltaban dos para sumar cincuenta. Y todos ellos se preparaban para atacar.

—…*Sochitachi to tomoni shigoto o surunowa hijou ni kouei na kotodearu. Wagakuni ga sochitachi no kuni to shoubai nado dekiruyouni shitai to omotteoru* —dijo Hasekura Tsunenaga en tono conciliador después de haber cumplido con los rituales de obligada cortesía ante sus invitados—. *Kanarazuya ryoukoku no han-el ni tsunagaru kototo to omotteoru*.

Aun pese al empeño que le puso, de aquellas palabras que pronunció el japonés, Dámaso solo comprendió algo que le pareció relacionado con el mercadeo, así que no le quedó otro remedio que esperar la traducción del jesuita.

En tanto, ignorando las advertencias del ignaciano, Sebastián Vizcaíno despreciaba la recepción con el rostro altivo y la actitud compuesta, como si esperase a hombres de mayor calado que aquel que les hablaba. El embajador designado por De Morga pensaba que los orientales no eran otra cosa que monos vestidos ampulosamente, y no se molestaba en ocultar con algo de diplomacia su franco desprecio.

Malaquías, el más joven de los supervivientes, aburrido, hacía esfuerzos porque no se notase su abulia. Estaba deseando regresar a la casa que les habían asignado a los del San Jacinto. En las últimas semanas, entre la colección de advenedizos llegados al floreciente feudo de Sendai, el marino había descubierto que las mujeres japonesas eran mucho menos pudorosas que las castas y devotas españolas. Así que esperaba con impaciencia a que la reunión terminase. Pensaba jugarse unos doblones que no tenía con Lucas, *el Retrato*, y luego buscar manos cariñosas que lo ayudasen a aplacar su fogosidad al tiempo que lo consolaban por las pérdidas.

—Son solo lisonjas —aclaró el jesuita dirigiéndose al embajador Vizcaíno—. Se muestra querencioso de que salgamos con bien de la travesía, y de que se firme un acuerdo provechoso para las islas del Japón y los reinos de España —relató el religioso sin darle valor al asunto—. A buen seguro que se juega el pescuezo —añadió en un susurro, cubriéndose los labios con la mano y hablando a la sordina, por si alguno de los escoltas sabía algo de portugués que le permitiese captar alguna palabra al vuelo—. Probablemente, ahora que Tokugawa Ieyasu ha dado su visto bueno, si algo sale mal, él responderá con la vida —dogmatizó el ignaciano señalando con el mentón hacia el diplomático oriental—. Además, permitidme recordaros que debéis insistir en lo importante: no habrá trato alguno hasta que él mismo y todos los mercaderes que deseen hacer comercio se conviertan —añadió con cierto aire de desprecio—, su cristiana majestad, nuestro rey Felipe, no consentiría que fuera de otro modo.

Hasekura se extrañó por la larga traducción del religioso, aunque permaneció en silencio, esperando que sus palabras hubieran complacido al embajador *nanbanjin*. Frente a él, tras el ataque de sinceridad del jesuita, Dámaso agradeció que no se encontrase allí aquel otro al que le decían *Yoshioka-san*, quien hubiera podido entender buena parte de lo dicho.

El que sí estaba, pero ninguno de los españoles lo conocía, era un *samurai* que llevaba el cristiano nombre de Vicente. Era hijo de uno de los mártires de Nagasaki; un hombre cejijunto de fuerte complexión y semblante austero que, aun callando, comprendía cuanto se hablaba. Su obligación era informar al legado Hasekura

Tsunenaga una vez se diese por concluida la reunión.

—Sea como fuere, no os fieis —advirtió el ignaciano con otro susurro—, a estas gentes les gusta decir una cosa y hacer la contraria. Aún no las tenemos todas con nos, bien podría ser que construyesen el navío y luego cambiasen de opinión…

Dámaso pensaba de modo muy distinto, había descubierto que las formas severas de los orientales resultaban difíciles de interpretar, sin embargo, había en ellos una hondura que era muy de su agrado; eran hombres obsesionados con el honor y el buen hacer.

Ante el taimado silencio infantil del embajador Vizcaíno, el antiguo furriel decidió intervenir.

—Podéis decirle que haremos cuanto esté en nuestras manos —le pidió Dámaso al jesuita inclinando el rostro hacia el japonés—. También es para mí un honor hacerme cargo de esta encomienda y, como él —añadió haciendo su reverencia más pronunciada—, espero ansiosamente que nuestros países obtengan grandes beneficios con esta nueva alianza, que nos ayudará a mantener alejados a terceros indeseables —concluyó pensando en los holandeses.

Gracias a Martín, Dámaso había descubierto que De Morga planeaba matarlo. Y aunque esperaba poder pedirle pronto explicaciones al oidor de la Audiencia de Manila, estaba igualmente decidido a cumplir con lo que le habían ordenado: evitar que los herejes neerlandeses se adelantasen a los intereses de los reinos españoles. Su determinación por abrirse las puertas del palacio de los Accioli no había flaqueado.

Mientras esperaba a que el ignaciano tradujese sus palabras, Dámaso intentó acomodarse. Le dolían los muslos por llevar arrodillado tanto tiempo y, como el resto de los náufragos, que se revolvían inquietos en la sala picoteando con reservas las viandas que les habían servido, no lograba acostumbrarse a los hábitos nipones y echaba en falta una silla. Al menos había aprendido de los japoneses a dejar las armas a un lado. Los orientales se despojaban de sus sables y los estribaban en soportes de madera trabajada, con tanta devoción que parecían ofrendas en un altar sagrado. Y esa noche, al modo local, además de descalzarse junto a la veranda de entrada, Dámaso había seguido el ejemplo dejando su espada tras él, apoyada en la tarima, por lo que no tenía que estar peleándose para que el hierro no estorbase.

Lo que sí lamentaba era no contar con mejores prendas para tan digna ocasión, no tenía más que ajados restos del naufragio; sobre un jubón hecho de sietes llevaba un coleto acolchado que disimulaba los rotos y se cubría con una capa raída, a juego con unos calzones valones de botonadura por encima de la rodilla que eran una colección de remiendos.

Para compensar el pobre aspecto de la delegación y darle algo de enjundia al asunto, frente a él, Dámaso había depositado los documentos que De Morga le diera en Manila, donde se mencionaba la buena fe de la embajada enviada por las coronas

de Castilla y Aragón, bajo refrenda del duque de Lerma, privado del monarca Felipe el Tercero, para el país del Japón y los archipiélagos de la Plata, aunque en ese momento no parecían de mucha utilidad.

Hasekura Tsunenaga había escuchado la traducción del fraile y valoraba su respuesta, preguntándose por qué le contestaba aquel joven y no el nuncio del que debía de ser el *shogun* de los forasteros. No tuvo tiempo a conjeturar, del exterior llegaron unos gritos hacia los que se volvieron los presentes.

—¿Pero qué diantres…?

Antes de que Dámaso terminase se oyó el inconfundible disparo de un mosquete. La sala se llenó al instante de los votos y juramentos de los hombres del San Jacinto, entremezclados con las órdenes secas de los japoneses.

Sonó otra detonación. Algunos se pusieron en pie. Hasekura Tsunenaga tomó sus sables y los sujetó al fajín que le ceñía la cintura; al tiempo que exhortaba a sus guardias a salir, desenvainó el más largo. Una bala atravesó la corredera de papel de arroz dejando un agujero limpio; se empotró en una de las vigas desprendiendo un puñado de astillas secas.

—¿Qué sucede? —logró preguntar el ignaciano apretando pliegues del hábito entre nudillos blanqueados.

—Santa Madre de Dios —balbució el hasta entonces silencioso fray Sotelo.

—Deben de venir unos cuantos a ver si encuentran quien los bautice —dijo sardónico el carpintero gaditano.

—Nos están atacando, padre —repuso Dámaso al escuchar el barullo de la contienda que se acercaba, obviando la chanza del ebanista—. O mucho me trabuco, o alguien ha decidido que no le gusta lo que estamos haciendo… ¡A las armas! —les ordenó a sus hombres al tiempo que él mismo cogía su espada—. Sea quien sea, le plantaremos cara.

Crisóstomo Fernandis no acabó de persignarse porque otra bala de mosquete le despeinó la tonsura antes de estrellarse en uno de los postes a su espalda con un soplido de aserrín. En lugar de levantarse, como el resto de los occidentales, se echó al suelo y encontró un fervor exacerbado con el que ponerse a rezar.

Entraron dos *samurai* que hablaron apresuradamente con Hasekura Tsunenaga. Cruzaron palabras que Dámaso no comprendió y la pareja recién llegada flanqueó al español con los sables en alto. El resto de los orientales salió a toda prisa.

—Vamos con ellos —ordenó Dámaso echando un pie al frente.

Se oyeron más disparos. Los guerreros japoneses se pusieron ante el contador y soltaron de carrerilla algo ininteligible.

—¿Qué han dicho? —bramó el gallego hacia el fraile.

El jesuita alzó el rostro y miró con desconcierto hacia los orientales, que, comprendiendo, repitieron el discurso.

—Tienen órdenes de protegernos, no debemos inmiscuirnos —anunció el ignaciano con evidente relajo en la voz tras haber oído a los nipones—. No nos compete. Ahora vendrán más hombres para servir de escolta. Ellos se cuidarán de que estemos a salvo…

—Ah, sí, ¿y de verdad creen que vamos a quedarnos de brazos cruzados? ¡Vamos! ¡A luchar! ¿Acaso pensáis dejar que alguien queme nuestra única posibilidad de volver a casa? —preguntó Dámaso arengando a sus hombres.

Hasta los más recelosos consideraron lo que acababan de oír. Todos tenían grandes esperanzas depositadas en el armazón de madera que debía convertirse en un navío que los llevase de regreso al hogar.

—¡Vamos! —gritó el piloto portugués con su extraño acento a la vez que desenvainaba una puntilla oculta en la hebilla del cinto.

Dámaso tanteó con las yemas los gavilanes que adornaban su espada, aguardando a que el resto de las miradas cargadas de incertidumbre se preñase también con la determinación del luso. Pero, ante aquel gesto, los *samurai* recién llegados pegaron hombro con hombro y negaron moviendo sus cabezas.

—Micer —dijo entonces el marino menorquín alargando las vocales y usando el antiguo título de los nobles baleares para referirse al hombre que los comandaba—, ni un mal ardite llevo en la bolsa, pero, ¡voto a Dios!, me jugaría el que tuviera a que no va a hacerles gracia —terminó señalando a los orientales.

—Si es por gracia les dejamos al pisaverdes de Lope para que les cuente lo de aquella moza de la plaza de la Providencia —intervino el jerezano Hernán con el acero fuera de la funda—. Yo no voy a dejar que conviertan en teas ese condenado barco, ¡pienso volver a casa!

El carpintero quiso protestar al sentirse aludido. Dámaso no le dio opción. Bartolomé de Palos, más preocupado por su propia seguridad, lamentó que en el naufragio del San Jacinto se hubieran perdido o malogrado todas las armas de fuego de la expedición, no tenían ni un mal pistolón de serpentín agarrotado.

—Podéis explicarles a estos dos que más les vale apartarse —dijo el alférez refiriéndose a los *samurai* y hablándole al fraile—. Les guste o no, vamos a salir.

Sin darse cuenta de que se convertía en el líder, Dámaso estaba satisfecho al ver que los hombres respondían a su llamamiento. No advirtió la extravagante mirada de Bartolomé de Palos.

Vestía hábito de lana blanca cubierto por un abrigo de bayeta negra del que colgaba una amplia capucha, talares propios de los dominicos predicantes que lo delataban como fraile de la orden.

Ignorando el calor sevillano, caminaba pensativo. Pasada la almona, dejaba atrás el tufo a los grasos potingues con los que se hacían los jabones. Era de cuerpo raído y hábitos holgados, de pellejo revenido y tirante que esbozaba la osamenta frágil, de

ojillos oscuros ribeteados de pardo, y sufría desde niño de algún moquillo que ningún cirujano había podido sanar, así llevaba siempre pegado a las narices un pañuelo mugriento cubierto de lamparones que, solo de tanto en tanto, estrujaba en una mano para esconderlo en algún rincón ignoto de sus vestiduras. Rogaba a Dios traqueteando apenas los labios en la costumbre de la oración; seguía la ribera del río, rumbo hacia la silueta inconfundible del castillo de San Jorge, marcado por el *puente de las barcazas*.

Silvestre de Marsico y Batiste era un hombre devoto de fe incólume que, acosado por las dudas, solía refugiarse en las sagradas escrituras siempre que necesitaba hallar solaz. Había leído a santo Tomás de Aquino hasta la saciedad y llevaba años enteros deseando saber qué había de cierto en cuanto le decían sus sentidos y su razón interpretaba. Tenía el noble convencimiento de que su vida, sujeta al yermo mundo terrenal, no era más que un paso por un valle de lamentaciones, casi una ordalía impuesta para segregar a justos y pecadores antes de la llegada de la salvación eterna. Había nacido en Nápoles y hallado su vocación a muy temprana edad, siendo apenas un niño. De tal modo que su existencia de rectitud y piedad solo había encontrado un camino posible: convertirse en inquisidor del Santo Oficio.

Era una mañana clara de cielos diáfanos que pintaban las tejas y el plomo de los tejados con brillos cálidos, la recién remozada Torre del Oro arropaba con su sombra las carabelas atracadas en las verdes aguas del Guadalquivir y, más allá del puente, afanosas chalupas se ocupaban de las bodegas de los navíos. El chirriar de las ruedas de un carro sacó al dominico de su abstracción y se hizo a un lado para dejar paso al coche, que rodó a su lado entre el ruido de los cascos. De frente, venía un hombre de jubón raído en el que se veían los trazos agudos y bermejos de la cruz de Santiago, tras él, apareció un negro cargado con un cestón lleno de rotas piezas horneadas que lo anunciaban como esclavo de uno de los muchos alfareros de Triana. Un corro de chiquillos de piel aceitunada pasó corriendo al trote, jugando a ser soldados del rey en Flandes. Sevilla, puerto de las Indias, bullía llena de actividad, como siempre.

Sin embargo, al dominico Silvestre de Marsico no se le pegaba aquella agitación. Dejando a la mula que le correspondía por su cargo en los establos del castillo, había salido a caminar porque necesitaba meditar y recogerse. Ese día empezaba un nuevo proceso que se le antojaba peliagudo.

Por lo habitual, en la mayoría de los casos, las denuncias de los familiares llevaban hasta conversos agazapados en la fe verdadera para evitar el destierro y la ignominia y, en muchas ocasiones, fray Silvestre lo presentía, no se trataba de otra cosa que rencillas entre vecinos en las que un mal cristiano se aprovechaba del poder de la Santa Inquisición para poner en tela de juicio a su semejante. Pero siempre había que tener en cuenta que el maligno era un maestro de ardides y engaños, por lo que un inquisidor no podía fiarse jamás de sus intuiciones. Y eso precisamente era lo

que le estaba amargando el día al dominico.

Bajo el muro de la barbacana, el fraile dobló alrededor del guardacantón de una esquina, la protección de piedra estaba marcada por los bujes de las ruedas de los carruajes guiados por cocheros con prisa y, más allá, la hilera de sillares ofrecía rendijas para multitud de helechos y líquenes que se servían de las frecuentes crecidas del río para sobrevivir. Por encima de las manchas de humedad se erguían los amplios muros y las torres del castillo de la orden de San Jorge, el hogar de la Santa Inquisición Española en la ciudad de Sevilla.

Cruzó los enormes portones claveteados y, al siguiente paso, el aire lúgubre del gigantesco edificio lo envolvió robando la claridad de la mañana. Fray Silvestre pasó bajo la torre de San Jerónimo, donde se encerraba la cámara de los tormentos; un trecho después, unas angostas escaleras llevaban a la Sala del Secreto, donde se tomaban las decisiones sobre el futuro de los reos condenados. Pero el dominico siguió avanzando entre aquellos altos muros parcheados de musgo liento.

Mientras atravesaba el segundo de los patios, pensaba en el nuevo proceso y en la joven encausada. El dominico dudaba, pero la misma indecisión le preocupaba, pues podía ser obra del mismo demonio y Silvestre de Marsico temía ser engañado por su pobre juicio mortal.

Al primer peldaño entró en la oscuridad del pasadizo a las mazmorras y la pesadez de la humedad se le agarró al pecho con avaricia. Las cárceles bajas siempre quedaban inundadas tras las riadas del Guadalquivir, y los correderos y las mismas celdas, en las que apenas había lugar para ponerse en pie, estaban anegadas de un limo barroso y putrefacto lleno de miasmas y pestes que se comían a los cautivos desde las entrañas. Había también otras mazmorras en la torre de San Jerónimo, a las que llamaban *altas* y estaban alejadas de las arremetidas del río, pero cuya ocupación era un privilegio que costaba muy caro a los pocos presos que se lo podían permitir.

Las teas apenas espantaban las sombras, los lamentos de los reclusos se colaban a hurtadillas bajo las puertas de sus calabozos. Era una letanía monocorde, una macabra liturgia que acompañaba los pasos del fraile.

En aquellas lóbregas catacumbas, un alguacil sentado en un taburete apolillado esperaba al dominico, mataba el tiempo hurgándose con un mondadientes hecho con una espina de escaramujo. Se levantó en cuanto vio al religioso y tuvo tiempo a chistar intentando sacarse las hebras de tasajo reseco de entre las muelas antes de saludar.

—Buen día nos dé Dios, vuestra paternidad —le dijo educadamente el corchete antes de abultarse los carrillos con la lengua, de la que se ayudaba para rebuscar entre sus dientes picados—. ¿Queréis que llame al amanuense y que traiga recado de escribir?

Para puntuar la pregunta volvió a chascar como si arrease una mula.

—No, no es necesario —repuso el sacerdote siguiendo su costumbre—. ¿Cuál es la celda?

El alguacil señaló con el mondadientes mugriento hacia el calabozo del final del corredor. No insistió porque sabía que a Silvestre de Marsico le gustaba darles a los reos la oportunidad de confesarse en el primer encuentro.

—¿Hay quien se haya hecho cargo de la manutención? —inquirió el dominico antes de encaminarse hasta la mazmorra.

El guardia, mientras sacaba de su bolsa una cabeza de ajo con la que proseguir su desayuno, pareció toparse con otro jugoso trozo de cecina entre sus muelas podridas y se entretuvo en la respuesta.

—No, nadie la ha reclamado todavía, pero llevaba encima unos cuantos maravedíes, supongo que darán para unas jornadas —aventuró dándole vueltas al bulbo para decidir por dónde morderlo.

Fray Silvestre distinguió las típicas protuberancias en forma de clavo que la lúe había empezado a colgar, como un collar, en el pescuezo roñoso del alguacil; no se molestó en explicarle que el ajo no iba a sacarle el mal contraído en los lupanares.

—¿Solo unos maravedíes? —preguntó desconfiado el fraile.

Olvidándose de sus mordidas a la raíz, el alguacil encontró algo interesante en la puntera de las botas.

—Puede que fueran unos reales…

El religioso hizo por contener la ira que pugnaba en su interior. Si daba crédito a la denuncia y la prisionera era quien se le suponía, entonces hubiera sido mucho más lógico que llevara encima unos cuantos escudos de oro y no monedas menores de cobre o plata. Pero, hasta el momento, la rea no había reconocido ser quien se le conjeturaba ser.

—Ya veremos —aseguró con displicencia el dominico—, ya veremos.

Y se echó a andar procurando encontrar piedad en su alma para rogar por aquel pecador vencido por la lujuria, la gula y la avaricia. En los pasos que dio hasta la celda, seguido por el repicar de las llaves con las que trasteaba el alguacil, fray Silvestre se reconvino a sí mismo por haberse disgustado con aquel hombre mendaz.

—Os aseguraréis con vuestra propia soldada de que no le falte qué comer —dijo con vehemencia sin girarse hacia el corchete.

Cuando se abrió la puerta de la mazmorra el húmedo hedor de la podredumbre lo abofeteó. Como tantas veces en los últimos años, Silvestre esperó de buena fe que las lluvias del invierno no desbordasen el Guadalquivir; muchos reos morían ahogados en las inundaciones.

Al fondo, sobre un montón de paja que había empezado a fermentar se movió un revoltijo de ropa. Unos grandes ojos azules se abrieron en la oscuridad de la mazmorra. El dominico Silvestre de Marsico y Batiste se recompuso el ánimo, le

ordenó al alguacil que los dejase con el mayor desprecio que pudo sin caer en el pecado, y miró con calma hacia la joven.

—Buen día, la paz del Altísimo sea con vos.

No hubo respuesta, solo el roce de las prendas al acomodarse.

—Comprendo que estaréis asustada —le dijo entonces procurando mantener el sosiego—, pero no debéis temer, si sois inocente, nada os sucederá. Debéis confiar en el Señor, él os arropará y os librará de todo mal si sois digna. Yo solo soy su instrumento —aclaró con el tono de una homilía—. Si no cargáis culpas en contra de Su voluntad, saldréis con bien…

Siguió el silencio, roto únicamente por el monótono caer de una gotera en algún rincón oscuro, y el fraile pensó que no había mejor modo de empezar que el principio.

—¿Sois Constanza de Accioli?

La joven se irguió y lo miró con una franqueza que al dominico se le antojó inusual para alguien en manos de la todopoderosa Inquisición.

—No, no lo soy.

—Entonces, decidme, ¿cuál es vuestro nombre?

Hubo un momento de duda que el fraile percibió.

—Isabel, Isabel Lardinois.

Tras su largo viaje, Saigo había llegado a Sendai unos días antes. Y no le había resultado difícil pasar desapercibido. Aunque los artesanos de Ito, retenidos por las montañas en su camino hacia el norte, aún no habían alcanzado el feudo de Date Masamune, era tanta la gente en la desembocadura del Hirose que nadie le preguntó quién era o qué hacía allí. Le bastó no dejarse ver demasiado y permanecer la mayor parte del tiempo en los bosques que rodeaban las franjas arenosas de las playas, donde se había alzado el inmenso tinglado necesario para que los forasteros tuvieran su barco.

Prudente, el *ashigaru* se había ocupado vigilando. Había estado observando a los forasteros en sus idas y venidas. Había hecho algunas preguntas discretas y, a excepción del papel que desempeñaba un bonzo que siempre se apoyaba en un largo bastón de lucha, creía haber comprendido cuál era el cometido de cada uno de los miembros del grupo de los barbudos *nanbanjin*. Y ya estaba empezando a considerar cuidadosamente sus opciones; tenía que seguir avanzando, encontrar las claves de la relación entre las fuerzas de Ishida Mitsurani y los extranjeros. Necesitaba más información.

Esa noche, mientras los forasteros eran recibidos por el hombre puesto al cargo por Date Masamune, el *ronin* estaba refugiado en la espesura. Entre las nubes se intuía una esquirla de luna creciente, el otoño se acercaba; y Saigo intentaba robar algo de calor a la tímida hoguera de madera seca acercando las manos a las brasas

cuarteadas. Reconfortado al amor de la lumbre, pensaba en su hijo cuando oyó el primer disparo.

Antes de alcanzar la playa se cruzó con rostros asustados que huían hacia los bosques; no vestían otra cosa que los taparrabos con los que se habían ido a dormir. Los alaridos y el oleaje se sumaban en una cacofonía que arrastraba el resonar de los sables al batirse.

El largo cobertizo de la atarazana ardía, las llamas amenazaban con prender en la quilla. Bajo las órdenes de un *samurai*, un grupo de artesanos empezaba a baldear agua para sofocar el incendio. Tenían mucho trabajo por hacer, parte de las viviendas era también pasto del fuego.

Saigo vio al *bushi* señalar algo con la mano y luego darse la vuelta para coger él mismo uno de los cubos. Lo reconoció al instante. Era uno de los hombres de Honda Kazumasu, el joven de la cicatriz en la mejilla al que llamaban Yoshioka Seijuro. Eran malas noticias. Tendría que vigilar sus pasos.

De la vivienda más amplia, la que ocupaba el *daimyo* que había sido designado para representar al Japón en aquella embajada al reino de los *bárbaros del sur*, salieron en tromba los forasteros. Intentaban correr y calzarse al tiempo sus extraños zapatos; todos seguían a uno con bigotes al que Saigo había visto pasear por la playa. Al *ronin* le gustó la fiera expresión que cuajaba aquel rostro occidental.

Ya había cadáveres repartidos por doquier. Unos cuantos heridos rogaban auxilio. Un joven lampiño, despatarrado en la arena junto a la mancha oscura de unas algas enmadejadas, miraba horrorizado el muñón sanguinolento que había quedado bajo el codo derecho. Los pocos que no huían peleaban. Un herrero entrado en años se defendía usando sus brazos correosos, picados de chispazos de la forja, para lanzar pedazos de escoria; cayó de pronto abatido por un disparo, con un trozo de hierro todavía agarrado en la mano. Todo parecía depender de los guerreros que Date Masamune había destacado allí; se repartían como buenamente podían ante un enemigo disperso del que no sabían el número.

En una de las esquinas de la tena que hacía las veces de taller del astillero, bajo las llamas, un grupo que lideraba el propio Hasekura Tsunenaga cruzaba aceros con lo que parecían dos *ronin*. Tras ellos, tres desharrapados abusaban de un joven con pinta de ser uno de los aprendices de los artesanos; un muchacho valiente que había logrado mantenerse en pie hasta entonces, pero que se encontró la muerte en el filo de una *katana* manejada por un hombre descuidado. Saigo vio al verdugo envainar sin destreza, con un gesto burdo que no hubiera sido enseñado en escuela alguna; muchos aprendices negligentes habían sajado sus propios dedos y quedado inútiles para el combate al enfundar descuidadamente. Cualquiera de los sables del *daisho* de un hombre que había seguido la senda de la guerra podía rebanar con facilidad la vaina, y ningún *samurai* de alcurnia hubiese recogido su *katana* de aquel modo.

Aquel ademán hizo que cuanto había oído a los pies del crucificado cobrase sentido.

Algo más allá, otro puñado de hombres de Sendai, con el *mon* de los gorriones y el bambú en sus ropas, atacaba a una pareja embozada de azul, al modo de los *shinobi*. Sus armas de fuego delataban los disfraces y confirmaban las sospechas de Saigo. El ataque no había sido orquestado por un *daimyo* rebelde que apoyase al heredero del *taiko*.

Escondido en la espesura, Jan Kouwernood se rascaba con fruición la cabeza, aquellos ropones que habían encargado coser en Hirado lo estaban asfixiando. Con la mano libre sujetaba la mecha, prendida por los dos extremos, no fuera que uno se apagase. Esperaba su oportunidad. Junto a él, también con un mosquete cargado, estaba uno de sus compatriotas, uno de Fleurus que sentía una aversión malsana hacia los españoles, su impaciencia podía palparse.

Tal y como le había ordenado el capitán Quaeckernaeck, en su camino a los feudos de Sendai, Jan Kouwernood había aprovechado todos los escondrijos en las montañas y cualquier posada de mala muerte para gastarse buena parte de lo poco que quedaba de las bodegas del Liefde. Había contratado a todo aquel con un par de sables que le salió al paso y, ahora, mientras sus mercenarios luchaban, él aguardaba su ocasión. Los *ronin* sembraban el caos y pretendían servir de excusa para que los orientales pensasen que el heredero Toyotomi intentaba hacer fracasar los planes del *shogun* Tokugawa. Pero el propio Jan tenía disposiciones muy concretas: matar a los papistas.

En cuanto los forasteros pisaron la playa, dos disparos se estrellaron a los pies del grupo levantando fumarolas de arena. El *ashigaru* vio a aquel occidental alto con espesos bigotes, fue el primero en reaccionar, exhortando a sus hombres al tiempo que movía el brazo hacia el lugar del que provenían las detonaciones de los mosquetes. Sin duda, aquel *nanbanjin* resoluto debía de ser el que los comandaba, y Saigo Hayabusa memorizó aquel rostro anguloso, ese era el hombre con quien debía hablar sobre Maynila.

En el aire se degustaba el sabor acre de la pólvora, entremezclado con el deje a carbón del incendio que los artesanos, pese a los esfuerzos de Yoshioka, no parecían capaces de controlar. Todos en derredor corrían, unos se alejaban del combate, otros lo buscaban.

Incomprensiblemente, sentado en un soportal sobre el que las llamas danzaban, impertérrito, observando el caos a su alrededor con un colgajo cínico en su rostro contrahecho, estaba el bonzo al que Saigo había visto rondar por allí. Miraba con expresión divertida, las sombras se alargaban en su entrecejo y bailaban en sus mejillas al capricho del fuego. Cuando uno de los artesanos pasó junto a él, perseguido por uno de aquellos sucios *ronin*, el monje se alzó como una centella, bloqueó un envite del espadachín y lo golpeó usando la contera de su vara, logrando

que los huesos de la frente se partiesen con un crujido maduro, el sable cayó a la arena desde las manos laxas del muerto, y el bonzo volvió a sentarse, como si su trabajo ya hubiera terminado.

Se oyó un nuevo mosquetazo y Saigo tuvo que mirar hacia otro lado; uno de los *nanbanjin* cayó al suelo con un grito de dolor. De inmediato se siguió una nueva detonación; con un siseo agudo que pasó por encima de los occidentales.

Dámaso, que fue el único que no se agachó con aquel tiro que les agitó los sombreros, escuchó el aullido del Retrato. La primera bala se le había incrustado en el hombro, abriéndole un rosetón de piel y carne requemada.

—¡Que nadie se amilane! —bramó hacia sus hombres el alférez—. Nos va en ello la única oportunidad de regresar…

Los dos *samurai* que les habían asignado como escolta se acuclillaron junto al balear. Lucas, *el Retrato,* fiel a su temple aguado, soportaba el dolor estoicamente, sin demasiadas protestas, con miradas desconfiadas hacia la herida.

Bartolomé de Palos, que había abandonado durante tanto tiempo sus planes, consciente de que corría el riesgo de quedarse por siempre en el Japón si a Dámaso le sucedía algo, razonó que se le había presentado una ocasión difícil de desaprovechar.

Con los pies en el agua, Yoshioka Seijuro supervisaba la línea de hombres que baldeaba el incendio. El fuego de la atarazana parecía asentado y el *samurai*, tras gritar una última orden, se dirigió al grupo más cercano desenvainando. Dos *hombres de las olas* asesinaban con indiferencia a unos cuantos artesanos sin otra defensa que sus herramientas.

—¡Sacadlo de aquí! —ordenó Dámaso—. Llevadlo hasta la casa —añadió refiriéndose al herido—. El resto, ¡al astillero! Hay que proteger el barco…

El alférez espantó los recuerdos de Flandes; tenía la espada en la mano y analizaba el macabro desarrollo de los acontecimientos: entre los orientales que estaban de su parte, el número de hombres de armas era muy inferior al de artesanos; la mayoría de aquellos japoneses que no habían huido estaba siendo masacrada a la luz de los rescoldos.

—¡Vamos! A por ellos —exhortó Dámaso a los suyos enfilando la toledana a los mismos *ronin* hacia los que se dirigía Yoshioka Seijuro—. ¡Sin cuartel!

Entre los reniegos que soltaba por la picazón, Jan Kouwernood maldijo en cuantos idiomas se le ocurrió por haber fallado otra vez y, tras urgir a su compañero a que recargase, se ocupó de su propio mosquete sin dejar de mirar al español que parecía al mando de los papistas. Influenciado por el pusilánime Vizcaíno, el orangista había cometido el mismo error que Saigo Hayabusa al juzgar al alférez.

Los fogonazos de los disparos le señalaron al *ashigaru* hacia dónde dirigirse. Había tenido la intención de no inmiscuirse, pero no podía permitir que los *nanbanjin* muriesen en aquel ataque; eran los únicos a quienes preguntar sobre los cajones de

mosquetes que descubriera en Fushimi.

El franciscano, el único con mañas para atender al herido, se agachó junto al Retrato. Pero no podían permanecer al descubierto. Y tanto el ignaciano como el piloto portugués reaccionaron a las órdenes de Dámaso cogiendo en andas al marino para refugiarse en la casa. El embajador Vizcaíno, encantado con la excusa, siguió a fray Sotelo entre gritos indignados en los que reclamaba un trato apropiado para un hombre de su alcurnia.

Ideando que no se percibiesen sus miras, sacándole provecho al barullo, Bartolomé de Palos avanzó en la columna. Se puso al costado del antiguo furriel.

Se apuró la brisa, y sus ráfagas, descolgadas desde las olas que seguían batiendo, esparcieron chispas incandescentes y avivaron las llamas. Los gritos cambiaban de garganta, se propagaban fértilmente por la playa.

Tomando aire, Yoshioka Seijuro recuperó la guardia, del filo de la *katana* se derramaban gotas bermejas; se convertían en grumos de arena sobre la playa. Ante él tenía cinco cadáveres: tres peones de rostros contorsionados y los dos *ronin* a los que había abatido. Vio a los extranjeros correr hacia la tena del astillero. Y se apuró para protegerlos, eran huéspedes de Sendai y no debía sucederles nada.

Antes de poder elegir adversario, mientras marchaban a toda prisa hacia el armazón del buque en ciernes, un puñado de aquellos espadachines japoneses se plantó ante los hombres del San Jacinto obligándolos a luchar.

Saigo se movía hacia el bosque, al lugar donde había visto los fogonazos de los mosquetes.

Estaban en inferioridad y Dámaso, que estuvo a punto de ordenar a un par de los suyos que ayudasen a baldear agua, comprendió enseguida que los necesitaría a todos; aquellos diablos de ojos rasgados manejaban sus hierros con asombrosa rapidez. Un intenso chasquido resonó a sus espaldas y, al volverse, vio al otro gallego del San Jacinto: Mateo sujetaba lo que quedaba de su espada al frente, en un inútil remedo de guardia, entre los dedos sostenía apenas un palmo de hoja, el sable del japonés había despachado el buen acero español dejando un inservible pedazo que el marino, al recular, miraba con ojos desorbitados y muñeca dolorida.

Yoshioka vio cómo la *katana* del guerrero partía con facilidad la frágil espada extranjera y desenfundó su sable más corto para intentar lanzarlo, pero otro *nanbanjin* reaccionó a tiempo y el *samurai* pudo seguir corriendo.

Dámaso giró sobre sí mismo, agachándose para librarse del amplio tajo en arco de otro de los atacantes, un hombre enteco de ropas raídas y ojos brillantes, ágil aun pese a los años evidentes; aunque le hacía falta repasar el afeitado, llevaba los cabellos arreglados como solían hacerlo los guerreros del archipiélago, pero sus harapos combinaban con las mejillas enflaquecidas, en las que se adivinaba el hambre reciente. El alférez desenvainó la vizcaína que llevaba al cinto desde su partida de

Madrid.

Lope se interpuso sin lograr que el japonés se arredrase, Dámaso ayudó y consiguió bloquear con su espada el sablazo que hubiera acabado con Mateo. Y, después de que el antiguo furriel tirase de nuevo, el *ronin*, como los había llamado el jesuita, recibió más de una cuarta de acero en las asaduras con un gruñido. En cuanto la hoja salió, el oriental, con un manchurrón de sangre que se expandía por su cintura, se le encaró sin miedo.

Vio que su adversario se acomodaba en una guardia inaudita, llevando el sable a la frente para dejarlo caer como un relámpago. Retrocedió el contador para abrir distancia, su rival avanzó para contrarrestarlo.

El *hombre de las olas* dejó manos y empuñadura junto a la mejilla derecha; el aguzado extremo miraba hacia el rostro del español. Este, consciente del riesgo, se concentró; recordó las muchas tardes copadas con lecciones de esgrima en su pazo natal.

Adelantando el pie derecho, cambió el reparto de su peso y recolocó los dedos en el pomo de su hierro. Amagó y lanzó una estocada a la axila descubierta del japonés, demasiado cerca de aquel centro de guardia tan alto como para que hubiera respuesta. Sin embargo, no sirvió de nada.

Los ojos almendrados del oriental destellaron reconocimiento por la adaptación del contrario, logró evitar el filo del alférez por varias pulgadas y se volteó con presteza en tanto volvía el sable para barrer la pantorrilla adelantada del español, quien mantenía una defensa repetida mil veces contra hombres armados como él mismo; pero nunca para enfrentarse a las *katana* de los orientales.

Se oyó un disparo. Dámaso sintió cómo el aire caliente y acre pasaba junto a su oreja; de no haber reaccionado al envite del espadachín japonés, la bala lo hubiera alcanzado.

Se despistó. Afortunadamente, solo llegó un corte superficial que le arruinó las calzas y le permitió dejar de pensar en lo poco que le había faltado al mosquetero. Y aprovechando que su rival abatía el arma, Dámaso contrarrestó con un revés al muslo que no encontró carne. El oriental había dado un paso atrás.

En su carrera Yoshioka saltó por encima de un cadáver embozado de azul y, al momento, intuyó que todo aquello tenía algo de farsa, los *shinobi* jamás dejaban a uno de los suyos atrás, eso acrecentaba la leyenda de inmortales que tan a gala mantenían.

—*Iza sendai-han no shishi-tachiyo*! —gritó sin detenerse, ordenando que se acercasen refuerzos.

Otro de los extranjeros cayó con su frágil espada quebrada todavía en la mano, aullaba presa del dolor. El antiguo seminarista no supo cuál de ellos era, aquellos rostros le parecían todos iguales.

Frente a la reacción de su adversario, antes de darle tiempo a rehacerse, Dámaso lo embistió. Su astroso sombrero no supo seguir el impulso y quedó atrás, meciéndose en el aire hasta Yoshioka Seijuro, que llegaba a toda prisa y lo pisó arruinándolo.

El *ronin*, mucho más menudo que el gallego, saltó por los aires dejándose una de las abarcas que calzaba enterrada en su propia huella en la arena. Cuando ambos rodaron por el suelo, Dámaso se revolvió, forcejearon, el español tenía a su favor una mayor corpulencia. Usó la zurda para rematarlo rebanándole el gaznate con la vizcaína.

El hedor de la muerte empezaba a extenderse con las rachas. Un perro cimarrón ladró en las montañas, desde la batalla de Sekigahara la paz había traído el hambre a las manadas que erraban por las colinas.

Lope, al que podían los años de carpintero, manejaba la espada como una gubia. Pero no se amilanó, a falta de un broquel con el que protegerse, envolvió la capa en el brazo izquierdo y le hizo frente a otro de aquellos endiablados espadachines japoneses. Se salvó del tajo que le hubiera abierto la cabeza porque Yoshioka Seijuro atinó a interponer su propio sable.

Algo más alejados, justo bajo la esquina de la atarazana, que amenazaba con derrumbarse, el joven Malaquías, Bartolomé y Hernán, con ímprobos esfuerzos, contenían malamente los rápidos lances de otro de aquellos *ronin*.

Yoshioka Seijuro tendió una mano a Dámaso y el español se alzó con el tiempo justo para inclinar el rostro a modo de saludo y repeler una nueva embestida.

Sonaron más disparos. Una bala se enterró en la arena con un sonido sordo y lascivo. El muchacho Malaquías trastabilló preguntándose quién le habría empujado; tosió, y se extrañó al sentir la boca colmada de aquel sabor metálico. No llegó a saber la respuesta, cayó muerto con un boquete abierto junto al espinazo. Cuando lo levantaron a la mañana siguiente, los dados que llevaba siempre en una faltriquera quedaron enterrados en la playa de Sendai.

Bartolomé ni siquiera intentó ayudar, estaba pensando en cómo zafarse de su adversario para disfrutar de una oportunidad con la que acuchillarle los higadillos al alférez.

Apareció el bonzo del labio de liebre con su largo bastón. Y el alférez, preocupado por el monje, retrocedió, se apartó de los suyos para echarle una mano. Sin embargo, aun cuando se limitaba a defenderse sin atacar jamás, pronto fue evidente que se las apañaba bien por su cuenta. Y el furriel quedó aislado entre los dos grupos que luchaban.

Antes de poder reunirse con los suyos, hubo de enzarzarse con otro *ronin* de fiero aspecto, un hombre maduro de anchas narices que llevaba en su sobreveste extraños símbolos que Dámaso no reconoció como el *mon* del clan Sanada.

En el instante en que la línea de tiro se abrió, Jan Kouwernood ensanchó su sonrisa.

—Ese ha ser el patrón —le dijo a su compatriota—. Apunta con cuidado…

No faltaban enemigos y pronto surgió otra sombra a la que enfrentarse. Dámaso fintó y buscó el gaznate del japonés con la punta afilada de la espada, pero el otro se apartó con habilidad y aprovechó el movimiento para rebanarle la pierna a Hernán, que apenas acababa de incorporarse con las costillas entumecidas por un terrible golpe.

Desangrándose, el jerezano cayó salvándole la vida a Dámaso; un disparo que llevaba el nombre del alférez lo alcanzó en el rostro mientras se derrumbaba. No quedó más que un amasijo desfigurado que se estampó en la arena. Otra bala se perdió en el horizonte hasta hundirse en el océano.

Jan Kouwernood se deshizo una vez más en maldiciones y se aprestó a atacar la pólvora para recargar. Yoshioka pudo ver a un *ronin* con la cabeza afeitada y el sable desenvainado que corría al lugar del que provenían los disparos, más tarde lo recordaría, porque no había comprendido cómo, de pronto, sus enemigos parecían dispuestos a pelear entre sí. Dámaso esquivó el arco ascendente que le hubiera abierto las entrañas desde la ingle, y consiguió acertarle en la nuez al japonés que lo acosaba.

Saigo había dejado atrás los cadáveres de tres de aquellos mercenarios que atacaban Sendai. A toda prisa, enfilaba hacia los tiradores que estaban mermando a los extranjeros.

Las pocas nubes desvelaban un cielo azogado con estrellas que miraban la locura de los hombres. Las aguas latían con sus olas, ajenas a las vidas perdidas; aquellos no eran sus hombres, no eran marinos que perecían en las calmas o desfallecían en las tormentas, no eran asunto suyo.

Buscando algo más de precisión, Jan se alzó y, como estaba harto del calor que sufría, se arrancó las telas que le envolvían la cabeza y se apoyó en el tronco de un árbol cercano para apuntar. Ni siquiera vio al japonés que llegaba como una exhalación. En un instante estaba con vida, concentrándose en centrar el torso de Dámaso Hernández de Castro en el extremo del cañón de su mosquete, al siguiente, había muerto. La *katana* hecha por el maestro Osafune entró por la axila del holandés y salió junto al cuello. Antes de llegar a sentir dolor, la hoja volvió a descender y le cortó la cabeza.

El otro orangista tuvo tiempo a hacer un último disparo. El miedo a lo que le estaba sucediendo a su compañero, solo unos pasos más allá, le hizo titubear, pero aun así, el serpentín cayó con la mecha, la pólvora prendió y la bala salió rumbo a los españoles.

Dámaso empezaba a pensar que no saldrían tan mal parados de aquel trance; la situación comenzaba a tornarse en su favor, apenas quedaban enemigos. El sudor de

su frente se secó con una ráfaga de aire y un escalofrío lo recorrió.

Amenazando la ingle con la vizcaína y alzando la diestra para apuntar la espada al pecho de otro de los *hombres de las olas*, estaba a punto de arremeter con su estocada cuando un dolor lacerante lo atravesó. Algo ardía dentro de él.

A Bartolomé de Palos le cruzó el rostro una sonrisa codiciosa, después de haberse visto obligado a esperar durante tanto tiempo, resultó un alivio ver como el alférez se derrumbaba.

El último neerlandés, disfrazado burdamente para pretender pasar por un *shinobi*, murió con la tapa de los sesos abierta de un tajo. Saigo Hayabusa ni siquiera lo miró, cuando detuvo el impulso de su *katana*, giró el rostro hacia los españoles. Había conseguido evitar uno de los disparos, pero el segundo había partido del cañón al tiempo que él descargaba su sable.

Dámaso había sentido la brutal embestida, se tambaleó. Se estrelló en el suelo. De lejos se oían alaridos, el rechinar del acero al trabarse, órdenes en aquel idioma áspero de los japoneses. Le fallaron los párpados. Antes de perderse en el abismo que se había abierto de repente a sus pies, recordó aquel nido de tirabuzones rubios enredado sobre ojos brillantes y azules. Se dijo a sí mismo que no podía perderla. Ella era lo mejor que le había pasado en la vida.

El punzante olor de la pólvora se entremezcló con un deje a carne quemada. Luego, todo se diluyó.

Octavo magari

ENCIERRO

Lo que cuenta no es el mañana, sino hoy…

FÉLIX LOPE DE VEGA Y CARPIO

Está presa —dijo el egipciano antes de prender el cigarro con el velón que había sobre la mesa—, los escarabajos de la *chicharra* la tienen en las mazmorras de San Jorge.

No se trataba de la displicencia con la que ignoraba la prohibición que hiciera el segundo Felipe sobre el tabaco, tampoco de la irrespetuosa referencia a los frailes dominicos, y menos aún por la habitual alusión al Santo Oficio; ni siquiera tenía que ver con su peculiar habla y aquel acento indescifrable, era la torva expresión de aquellos ojos en los que no se distinguía la pupila; destilaba un mirar escurrido que se aferraba como una amenaza por la espalda. Era un hombre de ensortijado cabello prieto, barba cerrada de tintes rojizos, narices marcadas por viejas riñas de taberna, manos callosas y rudas, acostumbradas sin duda a usar la enorme navaja que despuntaba entre los pliegues del fajín de aires sarracenos que vestía, de un bermejón desvaído que cuadraba con la camisa y los calzones, también de los vivos colores habituales en los suyos. Y, aunque le pagaba por sus servicios, el que había sido secretario del valido no se fiaba de él.

Estaban sentados en una mesa al rincón en la taberna del Carnicero, tan al fondo del estrecho local que ni siquiera la radiante luz sevillana se abría camino entre los toneles, las sillas, el entramado de vigas y el hollín acumulado que ennegrecía la cal de las paredes. Y por algún motivo que no necesitaba más razones que las que siempre se callaban los vocingleros parroquianos, habían dejado un cerco de mesas y lugares vacíos en derredor del amanuense y su interlocutor.

Lo conocían por el nombre de Tomás de Sabba. Contar con él y sus hombres había costado sus buenos escudos de oro, en los que el desconfiado gitano había dejado marcada la dentadura para saber si eran de buena ceca. Sin embargo, a pesar de la desconfianza y la merma de sus caudales, Hortuño estaba convencido de que era el ideal para hacerse cargo de aquel asunto.

—Así que vuestra excelencia dirá…

De Andrade apartó el rostro de la bocanada de humo que el gitano exhaló antes de coger la taza de moscatel sin rebajar, de la que iba echando buches de tanto en tanto.

Había empezado a cobrarse cuantos favores recordaba de sus tiempos en los despachos de la *torre dorada*, y se había servido del chantaje para recuperar parte de su fortuna perdida. Y, aunque no había abandonado la cochambrosa casa del alfoz, su posición había cambiado radicalmente. Podía pagar los precios exorbitantes que le exigía el gitano, pero no por eso le gustaba.

—Dejaremos que los buenos padres dominicos hagan lo que mejor saben hacer —repuso finalmente Hortuño—. Avisadme si hay alguna novedad.

Tomás de Sabba relamió la coda del cigarro y se deleitó con el sabor de las hojas, escamoteadas de las grandes corachas de cuero que traían las bodegas de la flota

desde las plantaciones de la isla de Cuba.

—Eso ya lo barruntaba yo mismo por mi cuenta y riesgo, pero no me creo que sea el final del cuento —comentó el egipciano inclinando el rostro con el gesto pícaro de un confidente.

Todos los presentes parecían ocupados con sus propios chanchullos, la mayoría eran cabezas gachas concentradas en los azumbres de vino. Los únicos oídos atentos eran los de un par de mozalbetes, quienes escuchaban las chanzas de un boquirrasgado de mugriento sombrero y el áspero aplomo del que no discutía con otra cosa que el acero de la espada que le pendía del tahalí al cinto. Aun así, Hortuño echó vistazos recelosos por doquier antes de encararse con el gitano Tomás.

—Podría ser que, antes o después, alguien se interesase por ella…

El antiguo secretario no quiso entrar en más detalles; sabía por los rumores que Antonio de Morga había sacado provecho de las recomendaciones que él mismo había hecho antes de huir, pero no tenía la certeza de que Dámaso estuviese muerto, y aunque confiaba en que la maquinaria del Santo Oficio se encargaría de Constanza, no quería dejar ni un solo cabo sin atar.

—Supongo que tanto podría ser que sí como podría ser que no —dijo De Sabba con el deje de la lengua a la que su pueblo se aferraba con encono—, pero no se me iluminan a mí los caletres si no me cuenta algo más vuestra excelencia.

Hortuño volvió a hacer la ronda por el lugar con ojos suspicaces. El jaque del chapeo roñoso terminaba su historia, haciendo el gesto de una estocada propia de callejón oscuro en noche de luna nueva, y los muchachos le reían el relato.

—Pues que si alguien aparece, también pueden desaparecer —habló finalmente entre dientes.

Se tomó un instante para rellenarse la taza el gitano, bebió, repasó el sabor del cigarro ahumando una vez más al secretario, se rascó la barba y, cuando parecía a punto de decir algo, volvió a echarse un trago de moscatel; como si necesitase templar las ideas. Y aquella indecisión fingida fue signo suficiente para el antiguo funcionario.

—Habrá más —dijo rebuscando en la escarcela las dos únicas piezas de a ocho reales que se había atrevido a llevar encima conociendo su destino—. Se podrá convenir según resulte la tarea —añadió apoyando la calderilla discretamente junto al azumbre de vino.

El egipciano pareció pesar la calderilla con aquel mirar avieso con el que atravesaba todo lo que se le cruzaba y, después de valorar la expresión del que tenía enfrente, cuando creyó a la intuición que le decía que esa mañana no sacaría nada más del señoritingo de sucios negocios, posó una mano en el mango de la navaja e hizo desaparecer las monedas de la mesa con la otra, como si fuera un trilero en ferias.

—Mientras vuestra excelencia tenga más de estas con las que hacer cabales las palabras, se hará como decís —sentenció antes de rematar el moscatel que le quedaba en la taza—. Os lo haré saber si aparece alguien.

—San… Sanc…

Los titubeos del galopín Ruy, que aún estaba aprendiendo a leer gracias al empeño de Pacheca, terminaron por exasperar a Gaspar, tenso como la cuerda de una vihuela antes de una tonada. El calor bochornoso de la ribera del río, la incertidumbre sobre el destino de Constanza y la consternación que veía en el rostro de la dueña le apretaban las clavijas al veterano.

—*Sanctum Inquisitionis officium contra hereticorum*…

Leyó Gaspar la frase labrada en el fuste que abría, en la barbacana del castillo, el amplio zaguán de la antepuerta.

—Es latín —declaró el viejo soldado.

Ruy, encantado con la aventura del viaje, embrujado con la fastuosidad de Sevilla, preguntó sin pensar:

—¿Y qué significa?

Un pañuelo de hilo blanco se paseó por la frente de Pacheca y el veterano la miró preocupado. El zagal volvió a mirar la inscripción y tanteó las piedras enredando los dedos en los brotes de una alcaparra que crecía malamente en una grieta.

—El Santo Oficio de la Inquisición… —Gaspar dejó de mirar la leyenda; usó sus propias palabras—. Reza que han purgado las almas de veinte mil conversos, aunque no cuenta que fueron torturados hasta abjurar…

—¿Nada más? —preguntó el galopín examinando la larga talla y comparándola con el corto discurso del viejo soldado.

—También habla de otros mil condenados más… —Observó el ancho rostro de la mujer y continuó en voz queda—. Mil desdichados que terminaron achicharrándose en la hoguera… Eso significa —concluyó Gaspar escupiendo las palabras con desprecio.

—¡Señor bendito! ¿Qué va a ser de mi niña? —se le escapó a Pacheca.

La acémila de un aguador rebuznó pidiendo paso. Tirando de las riendas venía un paisano arrastrando su cansancio, era escurrido, de piel cuarteada y, tocado con una gorrilla basta, mantenía la mirada gacha dejándole al asno la responsabilidad del trayecto. Los tres se hicieron a un lado, pegándose al muro del castillo para hacerle sitio al animal cargado, las grandes cántaras que llevaba sobre el lomo dejaban oír el chapotear de su contenido. Los ojos pardos de largas pestañas los miraron con conmiseración, como si el borrico comprendiese los problemas de los humanos. Ruy echó la mano para acariciarle el hocico y el agradecido pollino resopló de contento, arrancándole una sonrisa al galopín; que se acordó de la dama Constanza y lo mucho que le gustaba pasar el tiempo en las caballerizas de palacio.

Habían salido dos semanas atrás, una noche sin luna, dejando a sus espaldas una villa de Madrid convulsionada por las noticias de que la capital volvería de nuevo a trasladarse desde Valladolid.

La corte era un hervidero de palabrerías entre las que se movían favores y secretos. Se hablaba de escándalos políticos y de faldas. Las compras del almirante de Castilla y las reventas del duque de Lerma circulaban en octavillas sarcásticas por la ciudad. Los irreverentes turcos campaban por las aguas de levante atreviéndose con razias y saqueos. La interminable guerra contra los orangistas de Mauricio de Nassau seguía levantando ampollas en la política interna; y no había modo de que a uno y otro lado de los pasillos del Real Alcázar se llegara a un acuerdo sobre qué hacer con las levantiscas Provincias Unidas. A los que querían firmar la paz se les acusaba de cobardes, a los que pretendían seguir con la guerra se los tachaba de locos. Los Tercios aguantaban en su lucha contra los rebeldes, pero solo a costa de dilapidar la mitad del oro y la plata que llegaban de las Indias, el resto lo hundían o lo saqueaban los corsarios de la reina Isabel de Inglaterra. Mientras tanto, su majestad, Felipe el Tercero, parecía callar; sin otra ocupación que cazar en las tierras que su valido le ofrecía en las huertas de Valladolid.

Dejando aquella turbamulta atrás, Gaspar y Pacheca, cómplices del silencio, se habían marchado al poco de saber la noticia de que, a denuncia de un familiar, los alguaciles del Santo Oficio habían aherrojado a Constanza.

Primero habían agotado su paciencia rogando ser recibidos, luego habían templado sus nervios ante las negativas. Gaspar había viajado en balde hasta Valladolid a uña de caballo. Y, cuando la desesperación les pudo, acabaron las excusas a preguntas que habían respondido con evasivas y liaron los fardos. No tenían idea de si María de Sidonia y Siderer habría pedido a los corchetes del corregidor que los encontrasen, la dama se había mantenido indiferente al saber que Constanza había escapado del convento de las Descalzas Reales; por lo que creyeron entender, a la menina preferida de su majestad únicamente le preocupaba la tensa situación de la corte y las relaciones para el matrimonio de la princesita.

Habían partido de Madrid llenos de esperanza y, cuando en una venta cerca de Toledo había aparecido el galopín, deseoso de seguir viviendo aventuras, apenas lo habían regañado. Bien avenidos, ligados por una misma cuita, habían formado una extraña familia confiada en rescatar a una hija y hermana pródiga; sin embargo, en ese instante, ante la mole coronada de almenas que alzaban las torres del castillo de San Jorge, sus certidumbres se estaban derrumbando.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo la vamos a sacar de ahí? —inquirió el aya pespunteándose el rostro con la esquina de su pañuelo.

Gaspar miró hacia las atalayas del alcázar haciéndose las mismas preguntas. Había visto demasiadas tripas esparcidas por los campos de Flandes, bajo manos que

la muerte había guardado unidas para el rezo; era hombre de acero y cuajo, no de plegarias y fe. Le molestaba la ironía. Resultaba frustrante pensar que uno con dineros pudiese comprarse indulgencias plenarias garantizándose una eternidad sin tormentos; si se dejaban caer suficientes doblones en el cepillo adecuado en Madrid, Toledo, Sevilla o Compostela, uno se libraba del infierno y sus demonios. Y los criminales de más baja estofa, hasta el más execrable de los rufianes, podían eludir la justicia acogiéndose a sagrado bajo las arcadas de cualquier iglesia. Bastaba con no volver a salir de suelo santo para que no lo prendiesen los vegueres. Sin embargo, cuando la *chicharra* se entrometía, no cabía piedad alguna.

Gaspar de Silva había recorrido los dominios italianos, se había batido en duelo escondido en los callejones oscuros de Nápoles, había pisado la villa inundada de Venecia, había cruzado las montañas de Saboya, había visto morir y había matado en los canales neerlandeses, pero nunca había oído hablar de un preso del Oficio que fuera declarado inocente.

—Por lo pronto —adujo al fin el veterano—, habrá que buscar acomodo. Por ventura, lo único que tenemos a nuestro favor es el tiempo…

El viejo soldado sabía que la condena de la *chicharra* era inexorable, aunque también era consciente de que la maquinaria de la Santa Inquisición era lenta y ensarnecida de burocracia.

Lo malo era que, por cuanto habían averiguado, las acusaciones que pesaban sobre Constanza no quedarían satisfechas con un simple sambenito u otro castigo de poca enjundia. Lo bueno era que los autos de fe solían celebrarse por Pascua, y eso les daba margen de maniobra, incluso aunque el proceso de la joven fuera inusualmente corto. Si todo seguía el camino habitual, la menina siciliana podía pasarse años encerrada en las mazmorras del castillo. Si no desfallecían, con un poco de fortuna, podrían idear algo antes de que los inquisidores ordenasen que Constanza fuese llevada hasta el quemadero de San Diego.

—Me pasé dos años, largos como siglos, comido por los piojos y enterrado en el barro pestilente de las puertas de Amberes… Muerto de hambre y frío. —Delante de Pacheca el soldado prefirió no contar sobre sus atribulados encuentros para combatir las heladas de la madrugada con la hija de un mantequero—.Y cuando ya parecía que no quedaba más remedio que comerse las botas, la ciudad cayó. Iremos poco a poco —declaró convencido el veterano—. Por el momento, busquemos un lugar donde hospedarnos sin levantar sospechas.

Los otros dos asintieron, Ruy con una sonrisa, Pacheca con la duda pintada en el rostro pero, aun así, dispuesta. Y se pusieron los tres en camino hacia el sur, siguiendo la ribera del río y dejando a sus espaldas la silueta del castillo y las torres de Sevilla.

—¿Me contáis eso de Amberes? —preguntó ilusionado el galopín con una amplia

mueca de felicidad que le alzaba los mofletes.

* * *

—Tendréis que ayudarme un poco más, sigo sin entender cómo puede ser.

Tras los nidos de cabellos cardados que le caían sobre la frente sucia, los ojos de la joven relampaguearon.

—Digo que a vuestra paternidad le han dado las señas erradas.

Silvestre de Marsico suspiró para disimular la sonrisa. Y al instante se recompuso sabiendo que debía estar bien atento a cualquier duda; el maligno era bestia de mil mañas y las semillas de la incertidumbre podían no ser otra cosa que un artificio del ángel caído.

—Entonces, ¿pretendéis decirme que la abadesa y las adjutoras mienten? —preguntó alzando el pliego que había llegado desde el convento de las Descalzas Reales de Madrid—. Esas santas mujeres que han dedicado su vida al servicio de Dios nuestro Señor, ¿es eso lo que decís?

—No, ¡líbreme el buen Jesús Cristo! No es eso —repuso ella en tono conciliador —, ¿cómo voy yo a saber de dónde salieron los embustes? Sin embargo, no puede negarme vuestra paternidad que ellas bien podrían creer estar diciendo toda la verdad y, por el contrario, estar mintiendo…

—¿Y cómo habría de ser?

—Sencillo, basta con que, como a vuestra paternidad, a ellas también las hayan engañado. Os repito una vez más que mi nombre es Isabel Lardinois.

—¡Pero si tenéis acento italiano y no valón! —saltó el dominico con un gallo en la voz arrancado por la exasperación.

Intentó entonces el fraile recobrar la compostura. Se miró el regazo, dejó la carta y se alisó el hábito con sus largas manos sarmentosas. Medía con tiento cada bocanada de aliento y procuraba tomar resuello. Rezó un padrenuestro con un bisbiseo y volvió a alzar la vista hacia la joven cautiva. En la celda no había más luz que la cimbreante claridad de las teas que ardían en el corredor y costaba adivinar los rasgos; el dominico ya no sabía qué pensar de todo aquel embrollo.

—¿Y quién habría de engañarlas en asunto semejante? ¿Y con qué provecho? —masculló el fraile mascando cada palabra como un sabueso royendo huesos.

—¿Y cómo habría de saberlo yo?

Aquellos dedos nudosos abandonaron el regazo y vacilaron un instante entre hacer un gesto admonitorio o soltar una bofetada; después de un momento de incertidumbre, cayeron en el rostro del dominico y arrastraron los pellejos desde la frente al mentón.

—Regresaré mañana —aseguró el religioso con la boca aún cubierta por su mano.

Se alzó, ignoró al guardia que lo miraba con sonrisa rusca y salió de la celda haciendo esfuerzos por no blasfemar.

Cuando la puerta se cerró, Constanza de Accioli se derrumbó encima del montón de paja y respiró aliviada. No se le escapaba la verdad. Aunque aquella alocada idea había funcionado hasta ese momento, pronto se le acabaría la paciencia al fraile y su suerte sería bien distinta.

El primer día, aterrorizada, había usado el nombre de la otra novicia de las Descalzas Reales, simplemente porque era lo primero que se le había ocurrido, y había mantenido su mentira. Pero tenía la certeza absoluta de que estaba siendo afortunada, y mucho. Si fuera otro el inquisidor, estaría ya sufriendo tortura.

Debía pensar en algo y rápido, no sabía cómo, pero no estaba dispuesta a dejar que la detuviesen, ni la Santa Inquisición ni toda la cohorte de curas del mismo arzobispo de Sevilla. Constanza no contemplaba la opción de rendirse. Y paseaba por su prisión como una fiera enjaulada, dando apenas cuatro zancadas en cada sentido y volviéndose con un resuelto llamear de sus ropas desastradas. No había mucho más que hacer.

Era un recinto angustioso. Apestaba. Las riadas del Guadalquivir habían hecho mella durante años en las piedras del castillo de San Jorge y, aun en la oscuridad de la celda, se advertían los líquenes parcheados y los manchurrones enmohecidos.

Al fondo de la angosta celda, una vieja portañola tapiada con ladrillos de adobe desentonaba entre los grandes sillares con los que se construyera el alcázar. La joven Accioli había advertido cómo la humedad, cargada de paciencias, había obrado su camino entre las rasillas, la argamasa supuraba un verdín de fuerte olor y las hileras de ladrillos ya no se veían aplomadas.

Constanza volvió al pestilente cubo que tenía para sus desperdicios y, conteniendo la respiración, forcejeó con la armella sobre la que giraba el asa oxidada. En cuanto logró soltarla, como cada día desde el primero, se abalanzó hacia aquella pared del fondo.

Aun sabiendo que la tarea parecía imposible, la menina, acurrucada, se despellejaba los nudillos pasando aquel trozo de hierro una y otra vez por las juntas entre las piedras. Apenas comía porque no le daban más que una escudilla mugrienta de gachas infectas en las que flotaban los gorgojos, pero apaciguaba el asco y las engullía tapándose las narices con dedos temblorosos. Racionaba la jarra escasa de agua fresca que le ofrecían todas las mañanas. Luchaba contra el sueño porque pensaba en Dámaso y eso le daba fuerzas.

Y, cuando el dominico no estaba en la celda, la joven siciliana no hacía otra cosa que restregar aquella débil armella contra las hilas de argamasa que unían las piedras de su mazmorra.

En el undécimo año del Keicho, los campesinos del Japón veían con temor cómo

los círculos de poder de su archipiélago se sacudían de nuevo.

En osaka, el heredero del difunto *taiko*, todavía poco más que un niño, seguía recluido; estaba confinado en los muros de su propio castillo y conspiraba despertando vientos de rebelión mientras su camarilla más fiel soñaba con recuperar la gloria pasada de la familia de los Toyotomi. En Kyoto, no sin pudor por el atrevimiento, había quien osaba especular sobre los rumores de que el emperador Go-Yozei, presionado por los vientos de cambio, estaba pensando en abdicar. Y, en la creciente Edo, la nueva y flamante capital de la nación unificada, el gran Tokugawa Ieyasu fingía haberse jubilado, aunque, en realidad, seguía dirigiendo el país desde la sombra; haciendo gala de su prudencia, había dejado que su hijo, Tokugawa Hidedata, heredase la dignidad de *gran general de todos los ejércitos*. Una dinastía de *shogun* había sido instaurada por el clan de las tres hojas de malva, y el antiguo regente se había retirado proclamándose *ogosho*, pero todo aquel con algo más que salvado de arroz por encima de las cejas sabía que era simple apariencia política, el poder seguía siendo del patriarca.

Y Tokugawa Ieyasu, que estaba lejos de ser un hombre apocado, no se molestaba en ocultar la potestad de ese imperio que ejercía por encima de su hijo. Además de continuar con el drenaje de las marismas que rodeaban a la ciudad; de organizar a los gremios por barrios, incluyendo uno para las discípulas del *mundo de los sauces*; de obligar a los *daimyo* de todo el archipiélago a rendirle pleitesía compeliéndolos a pasar largas temporadas en Edo; y de tensar las relaciones con los forasteros; el vencedor de Sekigahara también se estaba ocupando de que su ciudad brillase con el esplendor apropiado para la nueva casta de *shogun*.

En la fértil llanura del Kwanto que le otorgara años atrás el mismo Toyotomi Hideyoshi, la urbe crecía moldeando el *país de los dioses*, hilando un reflejo de la ambición del *gran general* retirado.

En el centro de la villa, con mano de obra llegada desde todos los rincones del Japón, florecían los nuevos distritos. Las orillas del río Tone se domeñaron con parapetos de piedra para evitar las peligrosas crecidas y asegurar el riego de los arrozales del alfoz. Como término de las rutas del Nakasendo y Tokaido se construyó un puente de casi treinta pies de ancho y más de doscientos de largo, un prodigio de la ingeniería desde el que se medirían todas las distancias de la nación. Y se levantó un gigantesco mercado de pescado que pasó a regir la vida de cientos de familias.

Aunque todas aquellas reformas palidecían ante la mayor de las obras, el inmenso castillo que el *ogosho* edificaba como símbolo de su poder.

En tierras que habían sido robadas a los marjales gracias a los esfuerzos de miles de peones, viendo en persona cómo se encumbraban las insalvables murallas y se finiquitaba la circulación de agua para los fosos, el propio Tokugawa Ieyasu caminaba acompañado por su fiel vasallo Date Masamune. Los dos dignatarios eran

seguidos a una distancia discreta por una poderosa escolta de decenas de guerreros.

Paseaban junto a los muros en los que se adivinaba el futuro bastión central del inmenso terreno dedicado a la fortaleza. Aquel complejo, inmerso en el dédalo del resto de las dependencias, sería la residencia del propio *shogun*, y un mar de cabezas, tocadas con humildes sombreros de paja salpicados de barro, se inclinaba respetuosamente a su paso.

En todas direcciones, hasta donde se perdía la vista, había hombres trabajando en las ciudadelas del recinto; peones ocupados en los inacabables jardines, carpinteros laborando en la sala de recepción para los enviados imperiales, artesanos del papel que terminaban las correderas de las casas de té, canteros que remataban las pilastras de los barracones, herreros que preparaban los remaches de bronce que lucirían el *mon* de los Tokugawa. Sería un castillo capaz de albergar guarniciones de cientos de guardias repartidas entre un laberinto de corredores por el que los intrusos se perderían. Además de los lacayos, los cocineros, los sirvientes, los palafreneros y toda una multitud de pajes; una vez terminado, el alcázar de Edo daría cabida a más de cien mil efectivos dispuestos a defender al clan del *gran general*.

—Entonces, han sido *forasteros de pelo colorado*. ¿No es cierto?

Seguramente ya sabía tanto como necesitaba, pero deseaba escucharlo una vez más; Date Masamune conocía bien a su señor y, aunque el *shogun* retirado caminaba por su lado tuerto, al *dragón de un solo ojo* no le cupieron dudas. No le hizo falta ver la expresión del rotundo rostro, el tono contenido revelaba ira que corría el peligro de derramarse como lava.

—Así es. No hay duda —dijo al cabo—. Se disfrazaron burdamente para hacerse pasar por *artistas del sigilo*, pero estamos totalmente seguros. Se trataba de forasteros, del grupo de Hirado diría yo… He enviado a dos de mis hombres hasta allí y pronto sabremos más —aclaró Date Masamune—. En cualquier caso, fue una idea estúpida, aunque hubieran salido con vida habríamos averiguado la verdad, se hicieron acompañar por cincuenta mercenarios, *hombres de las olas* incluidos, algo inaudito…

La única respuesta fue un asentimiento; y el *daimyo* de Sendai se preguntó si no habría ido demasiado lejos con las explicaciones. Los auténticos *shinobi* no hubieran usado armas de fuego, y no habrían contratado jamás a *ronin* que los ayudasen con la tarea. Por no mencionar que los más conocidos entre los practicantes del *ninjutsu*, los de Koga, habían mostrado lealtad hacia el señor Tokugawa desde antes del asedio al castillo de Fushimi.

El polvo de la piedra manejada por los picapedreros y el serrín de las argalleras de los ebanistas flotaba en el aire. El bullicio de la turbamulta de artesanos llegaba hasta los dos señores de la guerra y Date, pensando en la transformación de su propio ligio de Sendai, orgulloso de servir a un hombre así, se dio cuenta de que Tokugawa Ieyasu

estaba cambiando la faz del país. Sería un honor morir para cumplir con la voluntad de un líder así.

—Habrá que actuar en consecuencia…

No eran palabras vanas y el *dragón de un solo ojo* lo sabía. Los *gaijin* se habían atrevido a traer su propia guerra hasta suelo japonés y pagarían por ello. No le cabía duda.

Siguieron caminando en silencio. Tokugawa rumiaba la posibilidad de cerrar para siempre las fronteras del Japón y evitar la perniciosa influencia de los extranjeros; Date repasaba las últimas disposiciones hechas antes de partir, estaba seguro de que su señor le ordenaría cometer *seppuku* y ya solo esperaba tener la oportunidad de componer un poema digno antes de que el acero sajase su vientre y le abriese las entrañas.

Bordearon un rimero de maderos desbastados y evitaron un charco lodoso con un pequeño rodeo. Había muchas pozas como aquella por la zona, habían quedado atrás al levantar las piedras almacenadas para los cimientos de las murallas que rodearían el *honmaru* que ocuparía el lugar de honor en el laberíntico complejo de corredores y dependencias del castillo.

Date Masamune se fijó en el *ogosho*; a pesar de su posición, el vencedor de Sekigahara, el hombre que había instaurado una dinastía en la que germinaba una paz desconocida, vestía con la sobriedad de un *daimyo* pobre. Se cubría con un austero *kimono* de ormesí tintado de colores discretos y calzaba unas sencillas *zori*, la misma clase de humildes abarcas de paja que hubiera llevado cualquier campesino.

—Pero no es el momento, ya habrá tiempo para ocuparse de ellos —anunció el *shogun* retirado con aire cachazudo antes de cambiar de tema—. Tiempo habrá… ¿Qué hay de los otros?

Era la pregunta que había estado esperando y Date Masamune no vaciló, se echó al suelo, postrándose ante su señor. Con la brusquedad del gesto saltaron gotas espesas que se abrieron en un amplio abanico y cayeron con un repiqueteo sordo, punteando la silueta del *dragón de un solo ojo*. Tokugawa Ieyasu, imaginando las intenciones de su vasallo, se detuvo.

En su frente afeitada podía sentir el barro pegajoso, el olor lodoso del charco le llenó los pulmones, el agua terrosa empezó a calar sus prendas, pero no se alzó, por el contrario, forzó aún más la reverencia y enterró sus dedos en el fango.

—Mi señor, ¡he fallado! ¡Es imperdonable! Ruego humildemente que me concedáis vuestra venia para abrirme el vientre —suplicó sinceramente Date Masamune.

El légamo le llegaba al puente de la robusta nariz. La voz no tuvo otro remedio que someterse a la sordina del charco, los labios rozaban el agua sucia. Pero la determinación del *dragón de un solo ojo* era evidente. Date Masamune estaba

convencido de que su señor ya había sido informado sobre los *nanbanjin* muertos, y era probable que, aun pese a los esfuerzos de los médicos, sucumbiesen más. La seguridad de su nuevo feudo había fracasado. Era injustificable. No había otra cosa que pudiese hacer aparte de ofrecer su cabeza para evitar la vergüenza del fracaso.

Tokugawa Ieyasu no dijo nada; miró en derredor y contempló con aire analítico los esfuerzos de un grupo de obreros que levantaban un enorme pilar de madera. Luego cerró los ojos y dejó que su vasallo esperase por la respuesta, tanto si le otorgaba o no permiso para cometer *seppuku*, no pensaba hacerlo sin más. No hubiera sido apropiado.

Como casi siempre a lo largo de su vida, el *ogosho* templó la rabia que sentía bullir en su interior y recurrió a su paciencia. Visualizó el tablero y la distribución de los guijarros, tenía mucho que considerar. El desplante de los *komojin*, que hasta entonces había mantenido ocupados en Hirado con falsas promesas, no era su único problema. Tenía también que lidiar con los aires de sedición que soplaban en osaka, debía considerar los rumores sobre la abdicación imperial, había que deshacerse de los otros extranjeros, los *gaijin* de las islas del sur. En el *go kang* que imaginaba había territorios en los que sus cantos parecían indefectiblemente amenazados, pero existían salidas para ganar la partida y, aunque no le gustaban porque suponían asumir riesgos, tendría que acometerlas.

—Nada se ganaría con una muerte más —expresó Tokugawa sinceramente, sin querer mostrar un afecto más efusivo—. No, hay otras cosas que debemos hacer —siguió diciendo—. Debemos usar todo esto en nuestro favor…

Date Masamune alzó los ojos con timidez y su señor asintió levemente, acompañando el ademán con un gesto de la mano, invitándolo a alzarse. Tokugawa sabía que, si concedía su anuencia para que el *dragón de un solo ojo* cometiese suicidio, no solo perdería a un hombre valioso, sino que también admitiría que había sido cogido por sorpresa. Algo que no pensaba hacer aunque fuese cierto.

—… Debemos hacer correr la noticia de que ha sido el heredero el que ha incitado a los extranjeros a atacarse entre ellos —afirmó pensando en cómo quedarían entonces los guijarros distribuidos por el tablero de *go*—. No podemos permitir que parezca que ahora tenemos más de un enemigo, es imprescindible asociar a unos con otros.

Levantándose con un ruido de chapoteo, *el dragón de un solo ojo* se puso en pie; en su propio feudo la vida de cada uno de los hombres de Sendai dependía de sus decisiones, pero allí, ante Tokugawa Ieyasu, aceptaba sin pudor su posición. La única pupila sana seguía trabada en el suelo fangoso.

—Se hará como digáis —admitió con pasmo al darse cuenta de la hábil estrategia que planteaba su señor.

El *ogosho* asintió antes de continuar. La lealtad demostrada le satisfacía y, aunque

no expresó cumplido alguno, decidió premiar a Date Masamune haciéndole partícipe de sus planes.

—No solo eso. Debemos ocuparnos de que hasta los insurrectos ocultos en las montañas sepan que, a falta de efectivos, al heredero no le ha quedado otra opción que recurrir a los *hombres del pelo colorado* —apuntó poniéndose a caminar de nuevo—. Como ya he dicho, ya habrá tiempo de ocuparse de los forasteros de Hirado… Por el momento, es mucho más importante que todo aquel con ansias de unirse al heredero en osaka piense que las fuerzas rebeldes son débiles. Tanto que no han tenido más remedio que acudir a unos desdichados extranjeros famélicos para dar un golpe contra el gobierno…

Date Masamune, admirado, no se atrevió a expresar los halagos que se le ocurrían.

—Entonces, ¿qué haremos con los forasteros de Hirado?

—Esperaremos a saber qué descubren los enviados, por el momento, actuemos con sigilo. Hay que averiguar si todos ellos están involucrados.

Tokugawa dudaba de que el inglés William Adams hubiera apoyado aquel alocado plan. Y deseaba que no fuera así, era un hombre que había demostrado su valía en anteriores ocasiones y el *shogun* retirado esperaba poder hacer uso de aquel extranjero si la expedición de los otros forasteros no salía como planeaba. En realidad, estaba considerando cerrar el país a cualquier influencia y comercio venido del exterior, pero, si finalmente decidía mantener las fronteras abiertas, quería estar seguro de que podría contar con el favor de una nación con la que mercadear. Y el inglés era, además de ambicioso, un piloto capaz de navegar hasta Occidente, por lo que el *ogosho* no pretendía deshacerse de él a no ser que no le quedase otro remedio.

—De acuerdo —concordó Date Masamune sin limpiarse el barro que salpicaba su rostro picado de viruela—. Enviaré una paloma a Hirado ordenándoles que sean discretos.

Tokugawa Ieyasu asintió con un gruñido sordo.

—¿Y qué sucede con Sendai?, ¿qué debo hacer con los otros forasteros? —preguntó el *dragón de un solo ojo* sintiendo como caían los goterones lodosos que se desprendían de su barbilla.

—Ha llegado el momento de darle un impulso a ese asunto. Enviaré hasta allí al almirante Mukai Shogen, para reforzar el carácter oficial de la embajada —aclaró ladinamente el *ogosho*—. Debe quedar claro que el ataque no ha conseguido debilitar la voluntad del gobierno, y la expedición ha de partir en cuanto sea posible. Y respecto a Sendai y a su señor —añadió mirando a Date Masamune—, será recompensado largamente por haber evitado que murieran todos los *forasteros de las islas del sur* —concluyó Tokugawa mirando con complicidad a su vasallo.

El *dragón de un solo ojo* tardó solo un instante en comprender. Su señor no pedía

su cabeza, sino que, una vez más, usaba la adversidad para sacar ventaja. Al premiar a Date, Tokugawa Ieyasu estaba, a la vez, anunciando que había elegido al hombre adecuado para gobernar el feudo de Sendai.

Y el envío del almirante del gobierno al norte era también un gesto significativo, con el que se manifestaba que el régimen del *shogun* no se dejaba acobardar por el ataque. Mandando hasta Sendai a un cargo oficial de tal relevancia, el *bakufu*, conformado por el hijo de Tokugawa y todos sus ministros, mostraría su compromiso con el propósito de promover una embajada hasta las naciones extranjeras, incluso a pesar del pretendido recelo del heredero.

El viejo y astuto general, camino ya de sus setenta años, demostraba que seguía siendo un estratega formidable.

—Me siento muy honrado, no soy merecedor de una dispensa así —declaró con absoluta sinceridad Date Masamune inclinando repetidamente su rostro manchado de barro—. Gracias, muchas gracias. Estoy abrumado. Mi familia y yo haremos lo posible por ser dignos de tanta generosidad —insistió sin dejar de hacer reverencias —. Y el almirante —añadió acordándose— será recibido con todos los honores.

—Así debe ser —contestó Tokugawa obviando las muestras de gratitud—, lo deseable es que hasta la última bruja escondida en los bosques se entere de que ha llegado a Sendai. Los rumores tendrán que viajar hasta osaka.

El *dragón de un solo ojo* asintió. Estaba abrumado.

—Y ahora será mejor que nos acerquemos hasta la casa de baño, creo que será conveniente —adujo el *ogosho* sin mencionar directamente el deplorable aspecto de su vasallo—. Luego pediremos que nos traigan algún refrigerio. Y quizá también sería buena idea algo de música, o una representación con abanicos… Ah, y un poco de vino de arroz —añadió con una de sus ásperas sonrisas.

—Cuando las coronas se tomaron a las bravas los intereses francos en Navarra, se llegó a las armas —explicó el jesuita Crisóstomo Fernandis—. Y un lunes de Pentecostés una bala de cañón le malogró las piernas a un joven soldado —aclaró con cierto enigma, mirando hacia el herido que se debatía por vivir—. Los huesos ligaron de través y hubo que abrirle las carnes para mejer en ellos. —La mueca del fraile pretendió dar una idea del insufrible dolor que imaginaba—. Pero, ayudado por el Señor, soportó aquel suplicio con estoicismo, aunque quedó inútil por meses tras la escabechina de los matasanos —al decirlo volvió a echar un vistazo cargado de significado hacia la márfega—. Tuvo que aprender a caminar de nuevo…

—No sé qué pretendéis —dijo el franciscano Luis Sotelo.

—Ahora veréis, ahora veréis —repuso el ignaciano—. Mientras convalecía, lisiado, aquel hombre de armas encontró solaz en los libros. Descubrió la obra sobre la vida de nuestro buen Señor Jesús que había escrito un cartujo de Sajonia, conoció el martirologio de Jacobo de Vorágine…

Bartolomé, en pie tras los religiosos, no tenía idea de a qué o a quiénes se refería el jesuita, aunque suponía que Dámaso sí lo sabría. Como hidalgo, el hijo del noble gallego habría aprendido a leer y a escribir, las cuatro reglas, e incluso latín. Habría tenido todas las oportunidades que a él mismo le habían sido negadas.

El ceño de Luis Sotelo se frunció al modo de una astilla al quebrarse.

—… Fue tal el regocijo del joven que tuvo una visión —anunció el ignaciano complacido—. La Santa Virgen se le apareció portando al niño. Y aquel soldado se convenció de viajar hasta Jerusalén con la noble meta de lograr conversiones en Tierra Santa. Así que partió al Oriente confiado en el santo fin de su peregrinación. Pero Dios le tenía reservados cometidos mucho más elevados —aclaró alzando una ceja—. Al hacer un alto en el monasterio de Montserrat, la fe lo abrazó —afirmó juntando ambas manos con devoción—. Abandonó el santo lugar descalzo y cubierto de harapos; y de esa guisa pasó meses de recogimiento en una cueva de un lugar al que llaman Manresa. Allí, viviendo como un ermitaño, encontró la inspiración: abandonaría su peregrinación para trabajar por el bien de las almas de la grey del Dios único y verdadero…

Dámaso se sacudió en sus delirios febriles y emitió un gemido prolongado que se apagó con un soplido ronco. En un santiamén se abrió la corredera al fondo de la estancia y entró una de aquellas doncellas japonesas que iban y venían como hormigas laboriosas. La muchacha, sin alzar la vista para mirar a los hombres de la habitación, cambió con mimo las compresas húmedas que ayudaban a combatir las calenturas del alférez gallego.

—Sigo sin saber qué pretendéis —insistió Luis Sotelo con brusquedad.

De no ser por los *samurai* apostados en la puerta y la continua presencia de médicos y asistentes que velaban al enfermo, Bartolomé se habría colado a hurtadillas en la estancia para asfixiar al furriel con sus propias manos. Sin embargo, algo así hubiera sido un pasaje para conseguir que uno de aquellos monos amarillos le metiese tres palmos de acero en los hígados; por algún motivo que el de Palos no comprendía, el reyezuelo del lugar, aquel hombre tuerto de maneras arrogantes, parecía empecinado en que el oficial siguiese con vida. Y había puesto todos los medios a su disposición para lograrlo.

—Encontró su vocación… Era el fundador, el de bondad pobre, Íñigo de Loyola, el padre de la Sociedad de Jesús —declaró con una amplia sonrisa—. Pero hay más —añadió emocionado—, junto a él, luchando con el buen Íñigo, estaba también Francisco de Javier, ellos fueron los primeros.

Luis Sotelo volvió el rostro con gesto de hastío; Bartolomé pensaba si sería capaz de encontrar el modo de burlar la guardia y rematarlo. La mandadera japonesa se movió hasta el siguiente *futon* y atendió los vendajes del muñón del carpintero gaditano. Más allá, Lucas, *el Retrato*, con el hombro envuelto en compresas,

escuchaba con curiosidad al jesuita.

—Y sería, justamente, el mismo Francisco de Javier quien traería por primera vez la palabra de Dios a estos pobres infieles —aclaró señalando con sus manos abiertas el suelo de esteras—. Hasta aquí, al Japón. —Hizo una pausa para remarcar su conclusión—. ¡Y ahora este hombre puede seguir el ejemplo del fundador!

Bartolomé giró el rostro hacia el fraile; el jesuita se mostraba emocionado por aquellas coincidencias que veía, parecía esperar que el gallego viviese para convertirse en un nuevo santo que predicaría en el archipiélago nipón. Cansado, el de Palos se dio la vuelta para abandonar la estancia y buscar algo de aquel vino caliente que servían los orientales.

Cuando salía de la sencilla estancia abriendo la corredera con brusquedad, se encontró con dos que departían con los guardias. Uno era el ridículo monje al que también deseaba matar, el espantajo del labio deforme; el otro, por lo que había averiguado gracias a las traducciones del jesuita, era el culpable de que el gallego estuviese tan solo malherido y no muerto.

Zongji y el *ashigaru* se hicieron a un lado para dejar pasar a aquel *nanbanjin* de rostro cetrino y ojos de zorra que era incluso más corto de estatura que ellos. El antiguo labriego observó el caminar extraño y la forma extravagante de erguir la espalda. Algo en la patibularia mirada del extranjero le hizo recelar y el bonzo, que leía los secretos de los hombres en sus caras, sonrió.

—Ahí lo tenéis, mi venerable señor Saigo Hayabusa —dijo Zongji antes de que el gesto se desvaneciese en sus labios deformes—, el forastero a quien habéis salvado la vida.

El *ronin* miró entonces al bonzo y escrutó aquella expresión indescifrable. El respetuoso tratamiento era de agradecer, pero, dadas las rocambolescas circunstancias, le costaba adivinar si había algo de sarcástico en aquellas palabras. Su condición había cambiado inesperadamente y todavía estaba tratando de acomodarse.

Tras el vil ataque de los orangistas y la muerte de los huéspedes del ligio de Sendai, Yoshioka Seijuro había ofrecido su cabeza al señor feudal; y el mismo Date Masamune había viajado a Edo a fin de pedir permiso al todopoderoso Tokugawa Ieyasu para quitarse la vida. Sin embargo, el *ogosho* había sido benevolente; más aún, había vuelto la situación en su favor haciendo correr rumores que lo favorecían. Políticas que habían tenido consecuencias también para el propio Saigo.

Tres días antes, escoltado por los *samurai* de Sendai que lucían el emblema de los pardales entre brotes de bambú, siendo consciente de que tenía muy pocas oportunidades de salir con vida de aquel lugar, había sido conducido ante el *dragón de un solo ojo*.

Tras ascender por los senderos del monte Aoya hasta la fortaleza que dominaba los terrenos del ligio, el *ronin* se había arrodillado formalmente bajo la mirada severa

del *daimyo* en una pulcra sala recién terminada. Allí, acorde a la sobriedad que siempre demostraba Date Masamune, no había otro elemento decorativo que un *kakemono* de papel de arroz; una composición de un solo ideograma cuya excelente caligrafía transmitía fuerza a través de los trazos bien ejecutados. Únicamente se leía una palabra: lealtad.

Bajo la influencia de aquel lema, Saigo Hayabusa había pensado en aquella última noche en Fushimi.

Obligado a mentir, había inventado una excusa para explicar su presencia en Sendai: compungido por la vergüenza, había admitido su ignominiosa condición de *ronin* y había relatado cómo, sabiendo de la futura grandeza del nuevo feudo de Sendai, tras oír que contaría con un millón de *koku* de arroz, se había decidido a peregrinar al norte para pedirle al honorable Date Masamune, triunfador aliado del benemérito Tokugawa Ieyasu en la campaña de Sekigahara, que lo admitiera a su servicio para el clan en cuyo *mon* los gorriones volaban entre el bambú. Y para terminar con su parlamento el *ashigaru* también se había ofrecido a cometer *seppuku*.

Tras aparentar meditarlo, el *dragón de un solo ojo* había seguido el benevolente ejemplo de Tokugawa Ieyasu, ni siquiera le había preguntado por qué no se había abierto el vientre al convertirse en un *hombre de las olas*. Y ahora, vestido también con un sobretodo en el que lucía el emblema de Sendai, Saigo Hayabusa, antiguo campesino de la isla de Kyosho, *samurai* educado en el camino de la espada de la escuela *Jigen ryo*, estaba al servicio de Date Masamune. Aunque ni el modesto estipendio anual en fanegas de arroz, ni la seguridad de dejar atrás la deshonra, le sirvieron de bálsamo. No olvidaba la última orden que le había dado su señor. Sabía que los *nanbanjin* habían tenido algo que ver, ellos habían vendido los mosquetes al magistrado, y por eso estaba allí, esperando que aquel forastero barbudo no muriese, con la esperanza de que le diese respuestas.

Observó al hombre herido, Saigo lo había visto luchar con el valor propio de un japonés y sus ideas sobre los *bárbaros del sur* habían comenzado a tambalearse. Quizá eran mejores de lo que parecía, podía ser que conociesen el honor.

El tajo del *ronin* había desviado la bala de mosquete lo suficiente como para no acertar en el pecho, pero había atravesado ambas piernas causando una escabechina de esquirlas y astillas de hueso, aun así, aquel forastero, incluso después de haber caído, obligado por las terribles heridas del arma de fuego, se había vuelto a levantar y había plantado cara a los enemigos que quedaban, no había renunciado a la lucha hasta que había perdido la consciencia. Como si no hubiera un mañana, como si solo aquel instante en el que el acero tasaba cuánto valía un hombre fuese importante.

—Si por fortuna logra continuar con vida —dijo Zongji señalando el *futon* donde Dámaso se revolvía en un sueño agitado por la fiebre—, los médicos no están seguros de que pueda volver a caminar.

Saigo oyó las palabras del bonzo, pero no dejó de mirar al enfermo. Tras abrir la corredera del fondo con exquisito silencio, una joven de rostro marfileño y buenos modales se retiró sin hacer ruido.

—No sé cómo lo explicarán si muere. Tengo curiosidad por saber qué dirán —reconoció Zongji con una expresión a medio camino entre la picardía y la sorna—. Para los artesanos de ahí fuera, y para cualquier otro que no pertenezca a la guarnición de Sendai, las heridas no han sido más que superficiales —continuó diciendo—, el señor Date ha dado órdenes estrictas de que se corra la voz de que pronto se recuperará…

La última afirmación sonó para el *ronin* como un eco lejano. Ante aquel rostro extraño, atrapado por el sufrimiento y el dolor, Saigo Hayabusa se había zambullido en su pasado. Recordando algo que le había contado a su hijo años atrás, al tratar de explicarle al niño que todo hombre de honor debe reconocer la valía de su adversario.

Gyotaku. Muy de vez en cuando, a lo largo de sus duras jornadas, los pescadores entablaban una interminable refriega con un pez excepcional que se defendía con tesón irreductible, tanto que parecía imposible que pudieran capturarlo, y si, al fin, tras la batalla, lograban hacerse con él, entonces se sentían obligados a honrar su memoria. El pez moría, pero para recordar por siempre la noble lucha en la que se habían enfrentado, el pescador compraba una hoja del mejor papel de arroz y, con exquisita paciencia, calcaba el perfil del animal usando diluciones de tinta para crear sombras y claros que semejaran devolverle a la vida. Con aquellas pinturas *gyotaku* inmortalizaban para siempre el momento álgido de la pelea, encomiando la memoria de un digno adversario.

—Espero que sobreviva, he aprendido a tomarle afecto a pesar de su aspecto —reconoció el bonzo cambiando su vara de mano.

Saigo volvió al presente. Él necesitaba que el *nanbanjin* viviese, pero no solo para saber más sobre el nombre extranjero que había visto en la nota robada en el caserío de los Chosokabe, sino también porque intuía que, para bien o para mal, el *karma* había querido que las vidas de ambos quedasen ligadas indefectiblemente.

—No somos otra cosa que una hoja de otoño al viento —habló entonces por primera vez—. Su destino le aguarda —dijo antes de dar media vuelta y abandonar la estancia.

Fuera, bajo el manto nuboso y pesado del invierno que se acercaba, Yoshioka Seijuro completaba su ronda por la atarazana recién reconstruida. Los trabajos del barco se habían retomado y los artesanos de Ito habían llegado al fin. Todavía sentía un hombro dolorido por un fuerte golpe recibido durante el ataque. Pero las aguas habían vuelto a su cauce y se sentía reconfortado.

Vio a aquel misterioso *ronin* con el rostro picado de viruela salir de la casa asignada a los extranjeros y entonces, olvidándose de que se había puesto en camino

para hablar con uno de los intendentes, recordó algo: la descripción que había hecho el esportillero del mercader de arroz de la mansión de la glicinia de Kyoto, cuando la patrulla de Honda Kazumasu había descubierto que alguien se interesaba por sus avances.

Mientras Saigo andaba, dos pares de ojos lo observaban por motivos bien distintos: Zongji se preguntaba qué guardaría aquel *samurai* en su pasado; el seminarista intentaba recordar todos los detalles de lo que había dicho aquel mocoso.

Olvidando por completo el asunto de los bastimentos que tenía pensado discutir, Yoshioka apoyó instintivamente la mano en la empuñadura de su *katana*.

En los últimos años del siglo anterior, las catástrofes se habían sucedido. Un día de San Mateo las avenidas de los ríos norteños se habían llevado cientos de ahogados y, cuando aún había lutos sin abandonar, los calores de un estío reseco calcinaron el rastro de las crecidas; entonces llegó la peste. La *negra enfermedad* llenó las villas de las Españas con médicos encapuchados que aspiraban efluvios de vinagre para combatir el miedo y las miasmas; abarrotó los caminos de gentes que huían aterrorizadas; cubrió las fosas de cadáveres abandonados que ni los más osados se atrevían a quemar; y convirtió a los labriegos más fornidos en sombras plagadas de bubas ardientes que los agostaban.

Al verlo acercarse, Esteban Casares, a cargo del cobro del paso en el *puente de las barcas* sobre los verdes espejados del Guadalquivir, estuvo a punto de salir corriendo temiendo que aquel demacrado de caminar arrastrado fuera un emisario del mismísimo *mal negro*.

El del pontazgo era un veterano, lleno de cicatrices que le remendaban el pellejo, curtido contra los herejes de Flandes y los rebeldes portugueses. Uno de los pocos que, aun habiendo perdido dos dedos por un tiro de arcabuz en la derrota de Calés, había sobrevivido al combate en el Canal de la Mancha, incluso había estado cobrando venganza en A Coruña contra los indeseables ingleses cuando, al año siguiente, con el corsario Draque al frente, los hideputas de la ramera Tudor habían intentado conquistar Galicia para levantarle el norte al católico y segundo de los Felipes.

Había visto a hombres curtidos correr por cubierta, resbalando sobre sus propias entrañas, intentando volver a meterse los hígados en el vientre con manos temblorosas. En Amberes, cuando los Tercios pasaron meses sin ver un mísero real, había sufrido tanta hambre que se rebuscaba en las guedejas liendres que masticar para engañar a la gazuza. Había perdido compadres con los sesos descerrajados por un pistoletazo a boca de jarro y, como cualquier otro veterano de la armada, había bailado con la muerte tantas veces como para haberle tomado cierto cariño a la hideputa de la guadaña. Y aun así, al ver a aquel ser enfermizo y consumido acercarse a su garita, no pudo hacer otra cosa que dar un paso atrás, pues volvió a vivir aquellos

años del fin de siglo en los que la peste rampó por las montañas del norte cobrando parvas facturas y dejando rosarios de huérfanos.

Hortuño de Andrade avanzaba bajo la sombra del ala del chapeo como si el sol de Sevilla fuera a quemarle la piel. Iba todo de negro prieto y se cubría con un capote basto. No era más que una carcasa pálida y cenicienta, consumida por el odio.

Al amor del alba, del río se levantaban andrajos de niebla que cabrioleaban en los maderos de los barcos del puerto. Sevilla despertaba y la suave brisa del aire que el sol comenzaba a calentar callejeaba llevando consigo el aroma del pan recién hecho en las tahonas.

El veterano Esteban Casares lo dejó pasar sin pedirle cobro por el pontazgo. El caminante no se molestó en recordárselo, solo le dejó caer una mirada lábil, remejida con desdén, y se arrebujó en el capote; cruzó como si ese fuera su derecho. Hedía como un cadáver al sol. En el rostro, la piel reseca y tensa de las mejillas aparecía desportillada y el viejo soldado estuvo seguro de que, bajo los ropajes, las landres de la terrible enfermedad cubrían aquel cuerpo enteco. Unos días antes, jugándose los cuartos a los dados, Casares le había ganado la mitad de la paga a un ojigarzo de la guardia tudesca y, con aquellos dineros en la bolsa, tomó la decisión de abandonar Sevilla esa misma mañana.

Con el paso de los meses, Hortuño había empezado a hallar un indescriptible regocijo en el efecto que producía en las gentes que lo veían. Lo que colmaba su ira.

Desde su llegada a Sevilla, el antiguo secretario del duque de Lerma había encontrado el modo de recuperar gran parte de su fortuna malograda, se había hecho con los servicios de una panda de facinerosos matones a sueldo y había recobrado mucho de la posición que perdiera sin que se descubriera su nombre o pesase sobre su cabeza denuncia alguna. Pero su codicia no tenía límite, porque aquello que más anhelaba no eran dineros o poder, sino ver en la hoguera a Constanza de Accioli y saber de la muerte de Dámaso en el Japón.

El día anterior le habían enviado recado y, aunque no le gustaba salir a la luz de la mañana, se había animado a llegarse a la taberna del Carnicero.

Tras esquivar a una de las cuadrillas que rastrillaban el estiércol dejado en las calles por las monturas y tiros de carruajes, dobló en una bocacalle estrecha hacia el norte y se encontró bordeando los que llamaban caños de Carmona. En unos pocos pasos más le dio de lleno el regüeldo que desprendía, incluso a aquella hora temprana, el perneo de los gorrinos. Antes de lo que hubiera llevado terminar un padrenuestro ya estaba en la posada, donde Tomás de Sabba lo esperaba en su mesa habitual tras una jácara mediada del moscatel que tanto le gustaba al egipciano.

Los escasos parroquianos ya se habían hecho al estrafalario personaje, la mayoría había aceptado ya algún encargo al servicio del antiguo secretario, así que nadie se extrañó cuando Hortuño tomó asiento y rechazó el vino que el gitano le ofreció.

Tomás escrutó el aspecto demacrado del payo, pero se limitó a chistar con desgana y, tras apoyar la mano en la culata guarnecida de la navaja agarena que llevaba en el fajín, habló con poco más que un susurro, como tenía por costumbre cuando había que tratar negocios.

—Buen día, excelencia, como ya veo que no le envida echarse un trago al coleto, le voy separando la paja —dijo el gitano con un deje a reniegos—. Al pariente ese del alguacil al que había que arrimarle candela ya lo aviamos anteayer de vísperas —declaró antes de echar un trago—. Sin embargo, salió algo más caro de lo previsto —le anunció al antiguo secretario secándose los labios con el dorso de la mano—, hubo que dejar caer unas monedas en el pote del alfarero que le anda de vecino, para que nos dejase saltar la tapia del taller y poder entrar en el otro patio a cencerros tapados, no fuéramos a despertar a todos los santos…

Hortuño supo enseguida que la intención del egipciano era sacarle más de lo prometido. Días antes le habían puesto precio al encargo de darle una paliza al tío de un alguacil que no se plegaba al chantaje que el antiguo secretario pretendía. Y se barruntaba que el alfarero, en lugar de cuartos, habría recibido amenazas para dejarlos hacer a Tomás y sus hombres. Aun así, aquel era el proceder habitual; primero se regateaba hasta llegar al acuerdo, luego, una vez hecha la faena, siempre se pedía algo más. No obstante, aunque le iba al pairo soltar algo más de calderilla, no pensaba convenir sin más. A mayores, no creía que aquel asunto fuera de tanta importancia como para que, en contra de lo acostumbrado, lo hubiese llamado para acudir tan temprano a la taberna.

—En este caso, como con el ganado, el pago va en función de los dientes —farfulló con voz cascada—. Solo que al revés, aquí se paga más cuanto peor queden. —El egipciano aceptó la pulla con una sonrisa maliciosa de la que no se adivinaba el significado—. Así que ya veremos, primero habrá que saber qué tal le ha quedado la mordida al susodicho…

Hortuño se dio un respiro y escrutó los ojos acantonados del gitano. Se rascó el lobanillo de la sien y pequeñas escamas de pellejo reseco y blancuzco llovieron sobre la mesa.

—Pero no creo que me hayáis hecho llamar antes de tercia para contarme algo así.

El gitano Tomás consideró aquel tono rasposo y el cambio que en los últimos meses se había obrado en el hombre que tenía ante sí. Aquel boquirrubio de la corte no le había gustado nunca, pero los dineros siempre eran las mejores razones y, hasta entonces, el egipciano había aparentado dejarse mandar porque le convenía. Sin embargo, en las últimas semanas, aquella calaverna paticorta había empezado a provocarle repeluzno. Por lo que sabía el gitano, el señoritingo ya no salía para saciarse en noches de ronda, ya no comía, ya no bebía, bastaba mirarlo a los ojos para

ver que ya solo tenía tiempo para una única cosa: odiar. Tomás de Sabba lo había visto entre los suyos, las venganzas de las reyertas entre las familias podían durar hasta diez generaciones. Pero el encono que destilaba aquel espantajo demacrado no era lo que más le alarmaba; lo que realmente había empezado a inquietar al egipciano era que al lechuguino parecían haberle crecido agallas. Ahora se comportaba como si fuera dueño de cuanto pisaba y asemejaba haberse vuelto un tipo ahigadado, al que ya no le preocupase que en una esquina oscura apareciese quien pudiera ensartarle la riñonada con cuarta y media de toledana.

—Pues ahora que lo decís —habló Tomás al cabo—, lo cierto es que podría ser que no. Quizá haya otro asunto… Pero me temo que, con dientes o sin ellos, ese precio ya lo pongo yo, que tuve un tío que se ganaba la vida vendiendo yeguas y lo de tasar el bocado lo aprendí de chico.

—No creo que pasasen de jacas pulgosas, probablemente no serían más que acémilas con el costillar a la vista —repuso Hortuño sin recato.

El egipciano entrecerró los ojos. Paseó los dedos por la empuñadura de la enorme navaja y sopesó lo que había oído. De aquel tío que decía, no sabía nada desde que unos corchetes de Valladolid, celosos de las viejas pragmáticas de su majestad el rey, lo habían sacado a rastras de una ermita abandonada donde había intentado acogerse a sagrado. Y era cierto que no vendía yeguas, sino burras famélicas. Pero, a su entender, eso no le daba derecho al señoritingo a dudar de su palabra. Y Tomás no pensaba consentírselo.

—¿Conocéis a Giuliano Rovere? —preguntó de improviso Hortuño barruntándose lo que pasaba por la cabeza del gitano.

Aunque solo asintió levemente, la verdad era que Tomás de Sabba conocía muy bien al citado, aunque para él y los suyos el nombre era, simplemente, Julián. Era un matasiete, un jaque escapado por algún oscuro motivo de Venecia y que se ganaba la vida junto al Guadalquivir cobrando a tanto la estocada.

—No sabéis cuánto me alegra que compartamos amistades —continuó Hortuño —. En ese caso, estoy seguro de que os agradará saber que es hombre con el que he hecho buenas migas recientemente —añadió abriendo el tajo que tenía por boca en un remedo de sonrisa siniestra—. Y también estoy convencido de que puedo decir que me ha tomado aprecio, más bien, un gran aprecio —anunció el antiguo secretario alzando una ceja que era apenas una hilera cosida sobre el hueso prominente—. Tanto que me atrevería a aseverar que se preocuparía mucho en caso de que, digamos, yo tuviese un tropiezo…

No se molestó en dar más detalles. En asuntos como aquel, al gitano le sobraban entendederas.

Tomás no dejó traslucir la sorpresa de verse atrapado en un renuncio por aquel señoritingo. Aunque tampoco le dio el gusto de darse por enterado, simplemente se

sirvió un poco más de moscatel y aguardó.

—Pero tengo la certeza de que mis amistades no son asunto que os preocupe —razonó Hortuño amagando con el tono una gatería—, así que, como bien decíais, ocupémonos del grano y no de la paja, ¿para qué me habéis mandado llamar a horas tan intempestivas?

El gitano, ante aquella nueva protesta porque el alba apenas rayase, viéndolo todo vestido de negro y con el rostro pálido como un cirio de misa, empezó a pensar en el antiguo secretario como *el murciélago*. Se prometió a sí mismo que se tomaría la revancha en cuanto tuviese oportunidad y cedió.

—Hay un veterano de los Tercios que anda preguntando por la muchacha —reconoció Tomás sirviéndose moscatel—. A lo que parece se hace llamar Gaspar de Silva.

Tras oír los rumores que habían llegado de Madrid, el prelado Fernando Niño de Guevara había llegado a pensar que jamás tendría que volver a enfrentarse con los fantasmas de las conjuras del pasado; sin embargo, muy a su pesar, allí mismo, en la mesa de su despacho, estaba la prueba de que los demonios de los hombres podían ser mucho más crueles que aquellos que servían al Maligno en los avernos.

Con las herejías de los últimos lustros todavía en el cogote, la Iglesia de Roma se tambaleaba, en apenas un mes habían sido tres los vicarios de Jesús Cristo en ocupar la silla de Pedro.

Dejando vacante la soberanía de los inmensos Estados Pontificios, Clemente el Octavo había muerto. Y su sucesor en el papado, León el Undécimo, enfrentado en su elección con las coronas españolas, apenas había llevado la casulla de armiño tres semanas; antes de ser reclamado por la parca le había dado tiempo a poco más que a establecer los cimientos de una red de espías al servicio de la Santa Alianza. Ahora, Paulo el Quinto regía el episcopado católico de la ciudad de las siete colinas y marcaba las doctrinas de una fe que se sacudía los desapegos luteranos y calvinistas.

Y el arzobispo de Sevilla, Fernando Niño de Guevara, estaba satisfecho con la elección del cónclave. De sus tiempos en la corte como inquisidor general, el nuncio hispalense guardaba buen recuerdo del nuevo pontífice, que, en aquellos días, había sido legado papal para las Españas del segundo Felipe. Con aquel papa reciente soplaban vientos mucho más favorables para el prelado, y su excelencia, Fernando Niño de Guevara, había dejado que crecieran en él las ansias por recuperar el poder que había perdido en el Santo Oficio. A su juicio, el mayor y más glorioso al que podía aspirar.

Desde hacía años la corte de Madrid era hogar de la Liga Santa, la sede de una corona que había auspiciado una coalición cristiana destinada a erradicar el islamismo de las costas mediterráneas dominadas por los otomanos. Ser grande en la Iglesia española significaba, a la fuerza, postularse para el papado o, cuando menos,

para las más altas cotas de poder en la casa de la que el santo Pedro era la primera piedra.

No había más luz que la de una vela de sebo que ardía con parsimonia. En el amplio despacho de cornisas repujadas, los muebles taraceados y el gran facistol coronado por una Biblia de colorida iluminación daban fe de la opulencia del obispado de Sevilla. Junto a los legajos que cubrían la amplia mesa, el bronce tallado de la escribanía recogía destellos de la llama que danzaba en el pábilo, sacudida por las idas y venidas del arzobispo.

Barriendo el suelo con los fondillos repulgados de su camisa de dormir, el arzobispo de Sevilla, insomne penitente, medía su despacho yendo de un extremo al otro bajo el gran retrato que le hiciera aquel griego de nombre impronunciable que se había aupado a la fama pintando a san Esteban y san Agustín auxiliando en el entierro del señor de Orgaz.

En el lienzo del Greco Doménigo un hombre severo de magras carnes sostenía en el puente fino de sus narices unos gruesos anteojos que parecían antifaz de malandrín. Tocado de púrpura y con la barba completa que solían lucir los mismos papas, el prelado del óleo parecía seguir con los ojos el caminar inquieto del modelo.

Fernando Niño de Guevara, incapaz de conciliar el sueño, maquinaba su nuevo ascenso al poder. Años atrás, por mor de una disputa con los jesuitas, el ahora muerto Clemente el Octavo había convencido a su majestad el rey Felipe de que le arrebatase el cargo de inquisidor general al futuro arzobispo de Sevilla. Pero ahora había un nuevo pastor en los Estados Pontificios, uno con el que no había reñido en el pasado, y Niño de Guevara contaba con recobrar la grandeza perdida. Únicamente le hacía falta la palanca adecuada.

Y a juicio del arzobispo, preso en el castillo de San Jorge estaba su salvoconducto para recobrar sus añoradas dignidades en el Santo Oficio, tan solo tenía que asegurarse de aprovechar la oportunidad.

En la corte todo andaba revuelto. La reina Margarita se recuperaba de su tercer parto y, según decían las malas lenguas, aun convaleciente lanzaba pestes contra el duque de Lerma y sus corruptelas. La capital, tras el fiasco de Valladolid, se trasladaba de vuelta a Madrid y, si se concedía crédito a los rumores que se empeñaba en fomentar la monarca, parecía que el valido, tal como ya había hecho cuando años antes se había mudado la capitalidad hasta la ribera del Pisuerga, había estado especulando de nuevo con los terrenos de la villa para enriquecerse. Más aún, si se daba pábulo a los lenguaraces, el mismo corregidor de Madrid había entregado doblones a espuertas con tal de que el privado devolviese la dignidad a la ciudad del Manzanares. Así que el arzobispo Fernando Niño de Guevara esperaba pescar en río revuelto.

Si la joven prisionera era en verdad quien se suponía, la hija del señor de Accioli,

y si tan solo la mitad de aquella extravagante historia era cierta, entonces, ante un nuevo pontífice que no se opondría, la misma corte accedería gustosa a devolverle el cargo que tanto ansiaba si el arzobispo callaba lo que sabía: como que había sido la misma emperatriz María de Austria quien había ocultado a la cautiva, haciéndola pasar por novicia en las Descalzas Reales.

Pero había un problema, aquel dominico enteco de sombra frágil que vivía pegado a un moquero mugriento aún no la había llamado a audiencia. Con sus paciencias y su escasa facundia el entremetido Silvestre de Marsico se estaba interponiendo entre el arzobispo y sus propósitos. Y Fernando Niño de Guevara, tras abandonar el lecho consumido por la inquietud, paseaba por su despacho buscando el modo de no perder la oportunidad que se le brindaba.

Arrastrando los pies en una vuelta más para volver a recorrer aquellos mismos doce pasos que lo llevaban al otro extremo de la estancia, sabía que no sería suficiente con pretender. El asunto tenía tal envergadura que, si se servía del chantaje, habría de hacerlo sobre bases fundadas. Sin embargo, para su desesperación, el comedido Silvestre de Marsico ni siquiera había conseguido que la joven reconociese su identidad.

Y Niño de Guevara sabía que no podría sobornar también a fray Silvestre, el inquisidor dominico era un hombre de convicciones elevadas que no aspiraba a medrar en la jerarquía del Santo Oficio o, tan siquiera, en la de su propia orden. Pero sospechaba de alguien a quien sí podría utilizar: el provisor Mauricio de Sigüenza, él sí era la clase de hombre al que podía reconducir según su conveniencia. Aun así, para lograr algo con la intervención del juez diocesano tenía que conseguir que fray Silvestre abandonase sus interminables confesiones con la prisionera. El proceso de la audiencia debía comenzar y, si era necesario, también el tormento.

El inconveniente era que el dominico no se arrancaría, lo conocía bien y tardaría una eternidad en decidirse, así que aquello no le dejaba otra opción que conseguir que fuese la propia joven quien rogase audiencia.

Y sabía cómo hacerlo, en sus tiempos de inquisidor general, Fernando Niño de Guevara había convertido en costumbre la fea artimaña de engañar a los reos para que ellos mismos tirasen del dogal.

En las celdas del castillo de San Jorge había un corchete al que le gustaba desayunarse con ajos para equilibrar los humores, un facineroso con los dedos largos y afición a diezmar los escasos fondos que solían tener los reclusos para su manutención. El arzobispo de Sevilla ya se había servido de aquel mezquino en el pasado y ahora, bajo la mirada escrutadora de su propio retrato, había decidido hacerlo de nuevo.

El alguacil tendría que mostrarse amable durante un par de jornadas; bastaría con ser generoso con las raciones de pan e intercambiar un par de palabras afables.

Después, como si se apiadara de la pobre reclusa, tendría que sugerirle que fuera ella misma la que rogase audiencia. Entonces, una vez en la sala de tormentos, ya no todo dependería de fray Silvestre; allí estaría el provisor, junto al verdugo y al escribano, todos prestos a escuchar la confesión.

Y Fernando Niño de Guevara, ilustre arzobispo de Sevilla, necesitaba aquella confidencia. Y ya no porque ansiase recuperar glorias pasadas. Sino porque, de no hacerlo, las amenazas de aquella carta que descansaba en su mesa se harían verdad y eso era algo inconcebible. Significaría perder cuanto había logrado.

El fantasma de Hortuño de Andrade había salido de su escondrijo en los infiernos para enviarle aquel chantaje en un pliego lacrado. Si aquella joven no era condenada, el antiguo secretario del valido revelaría los secretos del arzobispo.

Abrió los ojos de golpe. Todo era oscuridad. Y tuvo que decirse a sí mismo que era cierto, que seguía vivo.

Incrédulo, probó sus sentidos, balanceándolos con tiento, como ensayando el equilibrio de una espada antes de batirse en duelo.

El dolor se esparcía por todo su cuerpo; se sentía como sujeto a uno de los potros de la *chicharra*, presa del tormento. Por fortuna, una vez más, el recuerdo de Constanza acudió a él para servirle de bálsamo.

Intentó incorporarse, pero le faltaron fuerzas. Un hierro candente le atravesó la cadera y consiguió no gritar. Procuró aferrarse a una imagen del pasado: ella mientras paseaba por los jardines de la fuente del Acero, sonriendo con pudor, temerosa de que las gentes percibieran el juego de miradas. Pero los detalles se desvanecían amargamente; habían pasado años desde aquella mañana. Y entonces la agonía que se repartía por todo su cuerpo le pareció una leve molestia. Volvió a desfallecer, derrumbándose en la márfega.

* * *

Unos días después, la resaca de las altas fiebres todavía le ondeaba por las sienes y Dámaso no estaba de humor para atender a las divagaciones del fraile. Su estado, todavía precario, lo obligaba a permanecer enclaustrado en aquella estancia; ya había contado una y mil veces todas y cada una de las fibras de las esteras, había descubierto todas las rutas posibles entre las vetas de la madera. Además, en la última semana, aparte de lidiar con esa frustrante sensación de inutilidad, su pasado se había dejado poseer por indeseables demonios. Y si aquel jesuita no iba a exorcizarlos, nada ganaba con apechugarle el discurso.

—Tenéis que escucharme, hijo —insistía el padre Crisóstomo Fernandis—, aún no me habéis dejado que os cuente la vida de Francisco de Javier, él trajo la fe a estas tierras lejanas.

—Vuestra paternidad…

—Esperad, veréis como entráis en razón, debéis oír lo que he de deciros…

Sentía la garganta reseca y un dolor sordo que le ascendía por ambos muslos. Le acuciaba la imperiosa necesidad de aclarar lo que había pasado.

—Vuestra paternidad. No es el momento —le repuso al jesuita con voz ronca, conteniéndose para no mandarlo a predicar por los infiernos.

El bonzo Zongji, que empezaba a comprender parte de lo que hacían los extravagantes forasteros, no necesitó traducción y, cambiando de mano su bastón de lucha, sonrió. Cada jornada acompañaba en su visita al monje *nanbanjin*, sentía curiosidad por ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Los dos españoles y el budista estaban en el improvisado dispensario de los nipones. El carpintero gaditano, recuperado, pululaba ya por la atarazana, inspeccionando las nuevas cuadernas; y el marino menorquín le andaría a la zaga al ebanista, ansioso por terminar la nao y abandonar el Japón. El resto de los heridos había pasado a mejor vida. Solo quedaba el antiguo furriel, que intentaba hacer callar al jesuita para lograr que contestase a las preguntas que deseaba formularle. Aún no sabía cuántos habían sobrevivido al ataque, no tenía idea de cuál había sido la reacción de los orientales, tampoco le habían dicho si la construcción del navío se había detenido; pero el jesuita no le prestaba atención, empecinado en exponer sus estrambóticas ensoñaciones.

Al otro lado de la yacija de Dámaso, una muchacha japonesa de rostro feliz y mirada tímida, que se alegraba sinceramente de que el *nanbanjin* pareciese haber recuperado el sentido, esperaba para cambiarle unos emplastos en las piernas heridas; complaciente, lo instaba con palabras quedas. Ahora que estaba despierto, el forastero se mostraba pudoroso de su desnudez, de un modo que a la joven japonesa le resultaba incomprensible.

—Muchacha, ¿pero qué pretendéis? —se escandalizó el jesuita a la siguiente vez que la solícita enfermera intentó retirar el cobertor con el que Dámaso se tapaba—. Hijo —siguió porfiando con el alférez en cuanto recibió un asentimiento de la joven —, siempre hay tiempo para hablar de la fe.

Se giró taciturno conteniendo un gañido por el latigazo que le recorrió la cadera. Pensó por un momento antes de hablar y, al recapacitar sobre la figura del padre Crisóstomo Fernandis, escupió lo que había callado por tantos meses.

—Habéis venido hasta aquí para hacer méritos y conseguir que los jesuitas sean los únicos con permiso de misiones en el archipiélago —logró decir aun pese a la lengua rasposa—. Y, si no me equivoco, que no lo creo —la muchacha japonesa se arredró ante aquella muestra de ira, instintivamente, se echó atrás e inclinó el rostro —, esperabais que os nombrasen obispo. Probablemente, algo así os prometió De Morga cuando os convenció para que embarcaseis en el San Jacinto. ¿Qué os dijo?

¿Que si ayudabais en el comercio, él mismo escribiría al secretario del valido…?

Se detuvo con la siguiente frase zarandeándole los labios. Aquella mención airada y al vuelo sobre Hortuño resultó dolorosa, pues, al recriminar al ignaciano sus ambiciones, temió haber encontrado razones para sospechar de alguien que había sido como su hermano.

—¿Cómo os…?

No le dejó terminar la protesta. Las compuertas de la represa habían reventado. Hasta entonces, Dámaso se había contenido, siempre pensando en hacer un buen papel que, a su regreso a Madrid, le otorgase el beneplácito de Hortuño y del valido del rey, aspirando a que el señor de Accioli le concediese la mano de Constanza.

—¿Os dijo que mandaría despacho al mismo duque de Lerma para que intercediese por vuestra paternidad ante la curia? ¿O es que ya os veíais de púrpura en el cardenalato? ¿Y qué pretendéis conmigo? ¿Alardear de que habéis conseguido que un oficial de la embajada de su majestad se haya convertido en misionero? ¿Esperáis que el mismo papa os llame a Roma?

El rostro del jesuita pasó del blanco pálido al mismo rojo bermellón de los pendones de la Real Armada. En silencio, agradeció que los únicos otros dos presentes no hubieran entendido una palabra de aquello que el contador había adivinado; no quería perder su ascendencia con el embajador Vizcaíno, al que había logrado traer a su cuerda en perjuicio del franciscano Luis Sotelo. Antes de que se le ocurriese una sola respuesta, las mejillas congestionadas ya tenían un tono violáceo

La sonrisa de Zongji se ensanchó. En el tiempo que había compartido con el monje extranjero había entrevisto la mezquindad de aquel hombre y se alegraba de que le parasen los pies.

Le costaba hacerse a la idea. El joven Malaquías, el ambicioso Hernán; ambos estaban muertos. Lucas, *el Retrato*, al que le habían cambiado el gesto de callar para siempre, sufría todavía las secuelas del mosquetazo recibido en el hombro. El pobre Lope, que ya no podría ganarse la vida como carpintero; había perdido una mano y sus continuas chanzas sobre mancos no lograban disimular su desasosiego. Y los hombres que habían muerto aporreando los maderos del San Jacinto mientras la tormenta engullía el patache.

Y Martín, su amigo, el hombre que lo había arriesgado todo por advertirlo de la amenaza que pendía sobre su cuello.

Dámaso se sentía responsable de todas y cada una de aquellas desgracias. Como en Groninga, bajo la roñosa banderola que ondeaba con la cruz de San Andrés, cuando más de la mitad de su compañía había terminado tiñendo la nieve recién caída del mismo color tinto que el vino de Toro; el ascenso a alférez no había servido de consuelo. Y tampoco lo era en ese momento el saberse con vida.

Tras una mata de belcho, sentado en la arena, bajo un cielo cristalino que

encerraba al sol en un halo difuso, Dámaso miraba cómo las crestas de las olas se deshacían en complicados encajes ingleses.

Cien varas más allá, en la atarazana, los disciplinados japoneses trabajaban sin descanso a pesar del frío; el galeón que había ideado Lope estaba a punto de terminarse. Remataban los palos y pulían los penoles. Ya faltaba poco más que aparejarlo, y a partir de ahí, como insistía el piloto Vasco de Novaes, solo habría que esperar a que los vientos fueran favorables. No sería una nave digna de los astilleros cantábricos, pero navegaría.

El jesuita no se había vuelto a acercar a él. Pero fray Sotelo le había tomado el relevo, e intentaba allegar al antiguo furriel a la causa franciscana. Así que Dámaso lo ignoraba, tenía mucho de qué preocuparse; seguía sin saber si entre sus hombres había un asesino pagado por De Morga, y debía arrancarle al antiguo oidor de Manila una confesión que aclarase el porqué. Estaba impaciente por que la nave se hiciera a la mar, pensaba buscar al juez en Nueva España y sacarle la verdad como fuera. Aquel indeseable engolado tendría mucho que explicar; el alférez no lo había conocido hasta llegar a las Filipinas, y Antonio de Morga no podía albergar contra él razón alguna para desear su muerte. Así que Dámaso pensaba estrujarlo hasta que piase; por culpa del oidor lo había perdido todo.

En su convalecencia había caído en la cuenta: su ausencia ya no le iba en meses, sino en años. Y desde su partida de Manila no se habrían recibido noticias en Madrid de su paradero. Nada sabía de Constanza, podía ser que ya le hubiesen dado por muerto; era la historia de tantos y tantos otros. Se partía hacia las Indias en busca de fortuna y no volvían jamás. No había casa en Compostela, Barcelona, Cádiz o Bermeo en la que una viuda compungida o un padre afectado no pudiesen contar algo parecido. Podía ser que Constanza de Accioli estuviera ya casada, que hubiera vuelto a Sicilia, que estuviese en la corte de Venecia, o de Saboya. Quizá la había perdido para siempre. Y Antonio de Morga cargaba con esa culpa.

Y, al contrario que las de sus piernas castigadas, esa era una herida que no dejaría jamás de supurar amargura, en el alma no cuajaban las cicatrices. Estaba decidido a encontrarlo.

El mar ondeaba violetas arrullándose con su propia melodía. La escarcha de la amanecida pendía todavía de los juncos. Unas cuantas gaviotas sin aprehensión al frío rondaban la playa, esperando que alguno de los pescadores locales volviese de faenar. Algo más allá, un viejo de aires taciturnos y ceño fruncido arreglaba los reteles para cangrejos que se usarían en la primavera, cuando resultaba más fácil capturar a los enormes centollos con patas como alabardas que poblaban aquel mar; los mismos que, con la llegada del buen tiempo, buscarían aguas someras para hacer sus frezas.

El bucólico paisaje no sirvió para templar su ánimo. Dámaso sintió la ira bullendo en su interior, ascendiendo desde el abismo de sus entrañas cargada de bilis acre,

quemaba como plomo fundido. La había perdido. Aquellas manos de largos dedos recorrerían otra piel, deteniéndose en cada surco, deslavazando caricias llenas de amor. Y en aquellos ojos pintados de arabescos azules ya no volverían los brillos pícaros. Otro hombre la haría suya; ella se dejaría caer rendida en los brazos de él, alegrando el instante con su risa clara, entregándole besos que sabrían como una vuelta al hogar, regalándole retozos que serían noches de pasión prometida, susurrando lujuria entre labios húmedos que servirían de abrigo para las madrugadas más gélidas de los inviernos. Ya no estaría.

Quiso odiarla; y buscó dentro de sí los redaños para olvidarla. Intentó dejarse llevar por el enojo que se le colaba por las venas atosigándole el alma. Deseó poder tenerla delante para decirle que ya no la necesitaba.

Apretó los puños y la arena se escurrió entre sus dedos como el tiempo, indefectible. La brisa se agitó a sus espaldas revolviendo los flequillos de las matas de budas. Y a lo lejos, en un bosque de pinos aferrado a las peñas del acantilado, las ramas se agitaron haciendo sonar las notas graves de un recuerdo.

No podía. Ni el frío del acero atravesado en las entrañas hubiera sido más doloroso. Era imposible. Ella había sido su refugio, el principio y el fin de sus esperanzas. Y, ahora que le faltaba, el filo aguzado de una angustia que no conocía piedad amenazaba su cuello. No podía odiarla.

—Te extraño…

Las palabras salieron entre lágrimas que no se atrevieron a abandonar su escondrijo. No las escuchó el mar, la brisa no las llevó hasta el viejo que luchaba con la artritis mientras tejía los reteles, solo el bosque respondió con un crujido lejano; una rama se partió en manos del viento.

—Te extraño…

Era al tiempo confesión y penitencia.

—Espero que seas muy feliz…

Esa era la única verdad. Había perdido la batalla y no le quedaba otra que rendirse. No cabía hacer otra cosa, por mucho que doliese.

—Te amo.

Un petrel se revolvió tomando altura. A lo lejos apareció una barca en la que un hombre se afanaba bogando con un único remo.

Dámaso Hernández de Castro había sido educado bajo el escudo de la familia, seis roeles de plata sobre fondo azur pendían sobre la arcada de la entrada principal del pazo. Lo habían acunado con la creencia de que un hombre valía tanto como su palabra. Y juró que encontraría a Antonio de Morga y lo haría pagar.

Se miró las piernas, se acarició la cadera derecha, por donde había entrado la bala del holandés, dolía como si el demonio hurgase con uñas mugrientas, y esa mañana que el tiempo amenazaba cambio, el suplicio era aún más intenso.

Alzó el rostro y miró al horizonte, al otro lado del mar estaba Nueva España, y allí estaría De Morga. Ahora entendía aquel odio entrevisto en los ojos del viejo ifugao, aquel indio desdentado al que lo había llevado el rastro de la mujeruca que el oidor matara en el puerto de Cavite.

Interrumpiendo sus pensamientos, el antiguo contador oyó la voz del viejo de los reteles, deshaciéndose con sumisión en halagos que no necesitaban traducción. Alguien se acercaba.

El bonzo y el hombre que le había salvado la vida, uno de aquellos *samurai* que jamás abandonaban los dos sables que les adornaban la cintura, caminaban hacia él.

En el tiempo que llevaba en el *país de los dioses* había aprendido a intuir mucho de lo que debía o no hacer. De modo que recompuso el semblante, se guardó las protestas de dolor y, ocultando lo mejor que pudo la agonía, se puso en pie sin apenas tambalearse. Al momento, las piernas amenazaron con fallarle. Pero aguantó para hacer una reverencia respetuosa que perló su frente de sudor.

—*Gokigenyou Hayabusa-san* —logró decir sin saber si aquel era el tratamiento adecuado—. *Gokigenyou Zongji-san* —repitió tensando con tanta fuerza como pudo sus agarrotados muslos para evitar caer.

Aunque era evidente que sufría, los esfuerzos le parecieron a Saigo más que dignos.

—*Buen noche, Damaso-san* —apañó el *ashigaru* mezclando los idiomas y dejando que su acento cerrado hiciese el saludo prácticamente incomprensible.

El poco castellano que podía haber aprendido el bonzo no había caído en saco roto. Aun así, Dámaso entendió que no sería adecuado corregir al guerrero japonés, y se limitó a procurar acentuar la reverencia dejando caer un poco más el rostro; a punto estuvo de perder el equilibrio.

El monje, que se sentía respaldado por su edad y condición, dejó de lado los protocolos y sonrió abiertamente de modo paternalista.

—Idea… Idea vuestra… para…

Incapaz de terminar la frase, Zongji se limitó a señalar primero al antiguo *ronin* para indicar que la ocurrencia había sido suya y, después, giró levemente la mano libre hacia Dámaso.

—Aquí —logró decir entre sus labios deformes el monje budista.

Dámaso alzó el rostro y se percató entonces de que el extraño fraile llevaba dos de aquellas largas varas semejantes a las pértigas que usaban los guanches de las Canarias. El bonzo alternó sus manos y, tomándola con la zurda, le ofreció al español la que parecía más nueva.

—*Kansha itashimasu* —logró corresponder el alférez sin demasiados titubeos antes de aliviar parte de su peso en la garrocha.

El bonzo observó la posición de las manos del *nanbanjin* al tomar el bastón; y se

dijo a sí mismo que tendrían mucho por hacer si esperaban que el forastero pudiera usarlo para algo más que para ayudarse a caminar. Al menos, algo habían ganado si aquel otro extranjero de piel oscura estaba, efectivamente, buscando la oportunidad de matar al líder de los *bárbaros del sur*.

Dámaso percibió que en el gesto de los orientales había alguna razón escondida, pero no se sintió con fuerzas para entablar una conversación trabada por culpa del idioma. Se acomodó en el bastón y, regresando a sus pensamientos, prendió de nuevo la vista en la atarazana.

Zongji, que intuyó mucho más de lo que merecía la pena decir, se hizo el loco, sonrió abiertamente y palmeó la mano de Dámaso, cerrada sobre el bastón de combate. Dejándoles una significativa mirada al *hombre de las olas* y al español, se dio media vuelta para marchar como si tuviera prisa.

El vejancón de los reteles seguía con su faena después de hacer una nueva reverencia al paso del bonzo. Saigo observó a Dámaso y, acompañando el vaivén de la marea, rompió el silencio.

—¿Quién es el *gran general* de vuestro país? —cuestionó en su idioma pronunciando con extrema lentitud.

Dámaso, abstraído, tardó en comprender.

—*Wakarimasen* —dijo el alférez tras pensar en cómo componer la negación.

El *ronin* asintió y volvió a repetir la pregunta esforzándose por entonar cada sílaba asépticamente.

—¿Quién es el *gran general* de vuestro país?

Entornando los ojos y rebuscando en su memoria, Dámaso creyó comprender.

—No hay en… —intentando traducir directamente al japonés, Dámaso dudó, pues no conocía la palabra para referirse a la corte—. En nuestro gobierno —dijo finalmente usando el término tantas veces oído de *bakufu*—. No tenemos un *gran general*. Supongo que el duque de Lerma, él es quien manda a los ejércitos —dijo simplemente, sin hablar de los Tercios o la Armada, refugiándose en los modos de un infante, inseguro ante el idioma—. Sí, supongo que el duque de Lerma —insistió mezclando ambas lenguas—, don Francisco de Sandoval y Rojas.

El *ashigaru* no intentó repetir el nombre, pensaba en aquel mensaje cifrado que había robado en el caserío de los Chosokabe. Se limitó a contemplar el océano y señalar con semblante interrogativo hacia levante.

—Sí, en Madrid —afirmó Dámaso regresando al castellano—. El duque de Lerma estará en Madrid.

El alférez miró por un momento aquel rostro picado de viruela; las arrugas entornaban los ojos pardos y almendrados, bajo la barbilla la tez ajada daba fe de los años, en las mejillas la edad había dejado huella. Le debía la vida y asintió diciendo mucho sin pronunciar una palabra. El japonés dejó caer el mentón con aquiescencia.

Ambos hombres, cada uno preguntándose sobre la vida del otro, se volvieron hacia el océano que los separaba de sus propias metas.

Mucho más allá, no lejos del astillero donde se afanaban los carpinteros llegados de Ito para cumplir las órdenes del *bakufu*, bebiendo un fuerte licor de ciruelas al que se había aficionado en los últimos meses, Bartolomé de Palos observaba.

—Pronto comenzarán los tormentos —aseguró el corchete entre una vaharada de ajo rancio que inundó el aire sobre la mesa con el tufo revenido de un sótano abandonado—, puede que mañana mismo —arguyó ensayando una sonrisa macabra de dientes ennegrecidos—. Eso es lo bueno de la *chicharra*, nunca defrauda.

Tomás de Sabba cogió un altramuz del cuenco de barro que había entre ambos y lo masticó con estudiada parsimonia.

—Y, si no han empezado hasta ahora, ¿cómo es que estáis tan seguro de que lo harán en unos días? Bien podría ser que confundierais razón con deseo… O con cuartos; ¿no será que decís lo que conviene que se os oiga decir? —cuestionó el gitano dudando de las palabras del alguacil—. Ese escarabajo de Marsico suele andar con más tiento que un ratero con pulsera de cascabeles —adujo cogiendo otro de los lupinos del tazón—, ¿por qué habría de venirle ahora la ventolera de cambiarse de costumbres como quien muda calzones?

El corchete del castillo de San Jorge ensanchó su sonrisa podrida y retorció el pescuezo para mirar en derredor, escudriñando las sombras de la taberna del Carnicero. Luego asintió con vehemencia y se llevó un dedo roñoso a los labios antes de hablar en un susurro:

—No es asunto de fray Silvestre —negó moviendo la cabeza de un lado a otro con entusiasmo, lleno de evidente contento por ser poseedor de un secreto que compartir a cambio de unas monedas—, si fuera por él seguirían de confesiones hasta que a la manceba se le cayeran los dientes. No, hay alguien con más honduras que tiene interés en que el proceso ruede.

El egipciano se tomó su tiempo para elegir uno de los altramuces del cuenco, fue desechando con el índice sus rechazos antes de escoger uno que pareció satisfacerle. Deliberadamente, ignoró las ansias emocionadas del corchete, quien parecía encantado de piar cuanto sabía para complacer a su patrono. Seguro de que el otro seguiría hablando de igual modo, De Sabba no hizo preguntas con las que darle pie a continuar.

—Sí, alguien con mucha más enjundia —afirmó el corchete convencido, volviendo a llenarlo todo con su aliento ajado—. Si tuviera que apostar, yo diría que del mismo arzobispado —aventuró sin pronunciar el nombre de su ilustrísima excelencia Fernando Niño de Guevara—. He recibido pago por convencerla de que pida audiencia —reconoció finalmente con una amplia sonrisa que descubrió hasta la podredumbre de sus muelas.

Aquel era un procedimiento habitual con otros inquisidores más ansiosos. Buscaban un cómplice entre los alguaciles, incluso entre los demás reos, y lo instaban a camelar al acusado que les interesaba para que, a base de mentiras, el reo llegase a creer que, si pedía audiencia, tendría la oportunidad de exculparse. No era más que una artería con la que los hombres de la Santa Inquisición de las coronas españolas intentaban mantener la conciencia limpia. Al contrario de lo que se hacía creer a los cautivos, al iniciarse la audiencia no se le concedía al recluso la opción de explicarse, sino que se le daba al Oficio la posibilidad de continuar con el proceso inquisitorial y, de ese modo, comenzar con las torturas; incluso cuando no tuvieran prueba alguna de la culpabilidad del cautivo. El resultado solía ser que, fueran o no herejes, brujas o falsos conversos, todos se plegaban al martirio y terminaban admitiendo cuanto los inquisidores deseaban; y los mismos presos provocaban su propia desgracia al haber rogado audiencia.

—Fue fácil, muy fácil —aseguró el corchete alargando las vocales entre risillas —. Está tan desesperada por salir de allí que no llegó a dudar de que le convenía. Quería creer que tenía una salida —añadió con la expresión de una comadreja ante un nido descuidado.

Conociendo a la *chicharra* tan bien como cualquier otro sevillano, Tomás de Sabba no se sorprendió por lo que acababa de averiguar. Las artimañas que empleaban los hombres del *santo tostadero* no conocían fin, y siempre se servían de las excusas más banales para seguir creyéndose hombres piadosos que actuaban bajo los mandatos de los Evangelios del buen Señor Jesús.

El egipciano revolvió una vez más en el cuenco de lupinos.

—Comprendo —dijo al cabo, más escueto y menos enrevesado de lo que era habitual en él.

—Pero no es ese el motivo por el que he venido a veros, ese era un asunto que cualquier cenutrio se hubiera barruntado; en San Jorge, antes o después todos terminan en el sótano montando el potro —comentó el corchete repantigándose en su silla y echándose los pulgares al cinto.

Una de las espesas cejas morenas del gitano se alzó como única pregunta.

—Veréis, creo que hay algo más que os gustaría saber. Claro que, últimamente, mi memoria ya no es lo que era…

Tomás de Sabba lanzó uno de los altramuces al aire y lo cogió al vuelo. Masticó ruidosamente y luego, con parsimonia, al tiempo que chistaba para sacarse de entre los dientes un trozo rebelde, apoyó la mano en la enorme navaja que llevaba al fajín.

—Puede que os convenga allegaros al barrio de los catalanes —le dijo al corchete dejando caer la ceja y frunciendo el ceño—, cerca de la catedral hay un boticario con fama de preparar tisanas de milenrama y azafrán. Hay quien dice que son milagrosas para los que pierden cuenta de sus compromisos.

Al alguacil de San Jorge no le hizo falta que el egipciano fuera más explícito, Tomás de Sabba no parecía dispuesto a pagar ni un cuarto más de lo acordado como semanal. Y si le hacía falta confirmación, el egipciano levantó el mentón al tiempo que envolvía el mango de la navaja con dedos hábiles. Así que el corchete se resignó.

—Ha vuelto por el castillo el veterano de Flandes del que ya os hablé.

Después de lo que había acordado con Hortuño, aquella podía ser una nueva mucho más interesante para el egipciano, pero Tomás de Sabba no dejó que la codicia se trasluciese en su semblante.

—¿Eso es todo? ¿No habéis averiguado dónde se hospeda?

El corchete se volvió a recrear en una de sus sonrisas de alimaña.

—No, no sé dónde se aloja. No es muy hablador. Pero me ha buscado al terminar las guardias, anda preocupado por la manutención de la joven y me ha sugerido colaborar —refirió el alguacil.

Los presos debían mantenerse a sí mismos. No se concebía que a la Santa Inquisición le supusiera gasto alguno la reclusión de los denunciados, así que era habitual que los parientes, al menos aquellos sin miedo a ser condenados a su vez por tener relación con un investigado por el Oficio, vendiesen o empeñasen hasta la última camisa para asegurarse de que sus seres queridos no muriesen de hambre en las celdas de San Jorge.

—¿Y qué interés podría tener yo en atal asunto? Acaso creéis que ahora vaya a tornarme en los negocios de la usura… Lo que decís no resulta de mucha utilidad.

Para remarcar su escepticismo, ocultando la ambición de que aquello lo llevase a algo por lo que el señoritingo de Madrid estuviera dispuesto a pagar sus buenos doblones, Tomás de Sabba volvió a jugar con el mango de la faca árabe que llevaba a la cintura.

—Ya imagino que no —reconoció el corchete sin pudor—, pero sí creo que os resultará útil saber que ha quedado en encontrarse conmigo en la vigilia de cuarta feria.

El día anterior había sido jornada de Santa Misa y adoración, faltaban tres días; y eso le daba tiempo para hacer negocios. Ahora fue Tomás el que dejó que una sonrisa le cruzase el rostro.

—*Mais eu sei…*

Dámaso, apoyado en el bastón que le regalara el bonzo, viendo cómo los últimos bastimentos se cargaban en el galeón construido por los japoneses, no dejó que el piloto Vasco de Novaes terminase lo que iba a decir.

—No se trata de si conocéis o no cómo sortear el laberinto del paso de Magalhães —adujo con rotundidad—. No iremos por el sur, navegaremos hasta Ciudad de los Reyes…

Y entonces fue el luso el que interrumpió, en la curiosa mezcolanza entre español

y portugués en la que solía expresarse.

—*E imos cara al sur, a Callao, e ata Puerto de la hambre e…*

Dámaso cambió de posición recolocando los pies. Los ojos le destellaron con intensidad y los dedos aferraron con fuerza la larga vara. El piloto no supo si se trataba de dolor o de enfado.

—No, iremos a Ciudad de los Reyes y luego continuaremos por tierra.

—*Mais…*

—Debemos ir hasta la Ciudad de México, a la gobernación, hay que entrevistarse con el virrey —mintió Dámaso sin remordimientos—. Debemos presentarnos en el palacio y que los mercaderes de la expedición muestren su respeto. Y, a ser posible, que se envíen despachos a Madrid de que hemos partido desde el Japón.

El español habló tajante, con el aire del que no admite réplica, y aunque Vasco de Novaes no comprendió todas las palabras, entendió cuanto le decían. De modo que, sin intuir siquiera algo de la verdad bajo las intenciones de Dámaso, aceptó.

Ante la mirada hosca, el piloto terminó por asentir.

—*Se hará como digades* —concedió en su particular jerga.

Y, sin perder más tiempo, Dámaso dio media vuelta, hacia las viviendas que tenían asignadas los extranjeros en aquel feudo de Sendai. Lo hizo con gran trabajo, sin mostrar un ápice de los terribles dolores que laceraban sus piernas, pero lo consiguió, y luego empezó a caminar. Apretando los dientes. Sacando fuerzas de donde no creía tenerlas. Dámaso era consciente de que, contando con un piloto que fuera capaz de industriarse los rumbos en el dédalo de islas del sur americano, no tenía mucho sentido cruzar Nueva España por tierra. Pero en Ciudad de México estaba Antonio de Morga y el alférez quería cobrarse las deudas.

* * *

El mosquito se apoyó en un pliego de legajos en el que había líneas garrapateadas con prisa. Ni la tinta ni el regusto de los polvos para secarla parecieron convencerle y se apresuró a alzar el vuelo para revolotear por la fresca estancia. Pasó ante la ventana por la que había entrado, al través se veían las calles empedradas y las casas hechas al más puro estilo castellano, era la zona colonial de la villa conquistada, en la que se afanaban por vivir todos los funcionarios y donde, olvidando de pronto sus humildes pasados en pequeños pueblos extremeños o andaluces, se convertían en hidalgos caballeros con familia de renombre; como si al cruzar el océano le dieran a uno títulos y no mareos.

Quizá por nostalgia al ver las aguas en las que había nacido, el insecto dio la vuelta con una acrobacia digna de elogio y volvió a pasar frente al tragaluz.

—¡Asco de bichos! —bramó Antonio de Morga lanzando una palmada al aire con

tanta furia como si estuviera de nuevo a bordo del San Diego, luchando contra los holandeses—. Estoy harto de este lugar…

El flamante alcalde del crimen de la Ciudad de México abrió las manos para ver si encontraba el pequeño cadáver despanzurrado, pero el jején le pasó zumbando junto al oído.

—Traedme un brasero —le gritó al lacayo indígena que abrió la puerta con diligencia, había venido a todo correr después de oír la campanilla de su excelencia.

Antonio de Morga, desesperado por las picaduras, llevaba ya media mañana renegando y maldiciendo cuando, irritado, había llamado por un sirviente. Las grandes lluvias del verano habían dejado toda la ciudad anegada y ahora, con la seca, aquellos pequeños demonios salían de todas las charcas del valle para martirizar a los pálidos forasteros. Y De Morga recordaba las historias que contaban del almirante Colón, que había enloquecido en la costa de Jamaica por culpa de aquellos endiablados bichejos. La leyenda rezaba que el descubridor de las Indias había pasado sus últimos y lastimeros años espantando mosquitos que solo él imaginaba.

—¡Traedme un brasero!

El sirviente se inclinó respetuosamente, intentó disimular que se rascaba un costado, donde le picaban aquellos extraños y pesados ropajes que los obligaban a vestir los conquistadores. El día era luminoso y templado, no hacía frío, y bien se veía en los manchurrones de sudor que surcaban la golilla del alcalde, pero, si su excelencia quería un brasero, él lo traería, no iba a meterse en asuntos que no le correspondían. Era evidente que don Antonio de Morga estaba disgustado, y no iba a ser él quien le contradijera.

Con la esperanza de llenar de humo sus despachos, aun a riesgo de sofocarse, Antonio de Morga estaba dispuesto a prender un fuego mayor que el del averno. Y es que su lacayo tenía razón, estaba de muy mal humor aquel día, porque a la ristra de desagradables noticias que había venido recibiendo en los últimos años, se unía ahora una más.

Primero había perdido a su mayor aliado, Hortuño de Andrade había desaparecido en estrambóticas circunstancias, envuelto en un escándalo convertido en secreto a voces, y Antonio de Morga había pasado angustiosos meses temiendo que vinieran a prenderlo los corchetes del corregidor. Y cuando se había creído a salvo, había llegado un nuevo nombramiento para el virrey. Había entrado a Ciudad de México un anciano estirado de anteojos gruesos con el nombre de Luis de Velasco y Castilla, marqués de las Salinas, una especie de cruce indeciso entre un fraile y un poste que no tenía otras ansias que completar las grandes obras públicas que tanta falta hacían en la villa; por lo que se empedraban más calles, se hacían desagües para evitar las inundaciones y se preparaba un acueducto desde los manantiales de las montañas, pero nada se estafaba y poco se robaba, con lo que De Morga apenas tenía margen de

maniobra.

Y, para colmo, ahora que contaba con requerirle al duque de Lerma un puesto en algún lugar de más provecho para sus intenciones, como Quito o Lima, Antonio de Morga acababa de enterarse de que, tras la vuelta a Madrid de la corte, la camarilla de su majestad la reina Margarita estaba acorralando al valido, embarrándolo con acusaciones de todo tipo.

Por lo que sabía De Morga gracias a los últimos correos venidos desde el Puerto de la Vera Cruz, el poder del privado se tambaleaba a instancias de sus contrarios; y el alcalde temía que aquel vuelco en la situación pudiese poner en peligro las medras que tanto ansiaba.

Había estado preparando unas memorias de sus años en las Filipinas en las que, amén de dejar en buena posición su propio nombre y subsanar en lo escrito aquel malhadado incidente del galeón San Diego, alababa sin mesura la labor del duque de Lerma en la Villa y Corte. Y ahora aquel cúmulo de elogios podía comprometerlo seriamente.

Volvió a dar una fuerte palmada y esta vez le acertó a uno de aquellos mosquitos, pero, cuando iba a celebrarlo, distinguió a otro apoyado en el tintero de la escribanía. Y entonces se percató de que aquellas noticias tan desesperanzadoras que le llegaban también le daban la respuesta.

El hijo del duque de Lerma estaba trepando con agilidad por las escalas de la *torre dorada*. De modo que, olvidándose de los jejenes, Antonio de Morga se sentó de nuevo ante los legajos garabateados, examinó el primero y, con un gesto cargado de desdén, lo desechó para tomar otro en blanco.

Necesitaba asegurarse aliados en los que confiar. Al poco de su arribada a Ciudad de México había encontrado un viejo almacén de grano que había sido vaciado para las obras que acometía el virrey, y no solo había hecho trasladar hasta allí el oro que había robado en Manila, sino que, al poco, había empezado a aprovecharse de comisiones y asuntos varios para seguir llenando aquel espacio de cajones marcados con la cruz de la Orden de Montesa, aguardando el momento para enviarlos a Sevilla si era menester. Con lo que se había traído consigo y lo acumulado gracias a la fiebre reformista del anterior virrey, que le había permitido aprovechar jugosos pellizcos en variadas encomiendas, Antonio de Morga tenía una fortuna que gastar en sí mismo o con la que sobornar a quien le apeteciese en la corte para seguir prosperando. Y el duque de Uceda, cuya sombra empezaba a eclipsar a su propio padre, podía ser el candidato adecuado para que Antonio de Morga no cejase en su empeño de escalar en la jerarquía burocrática del funcionariado del imperio.

Tras mojar la pluma, y sin pensárselo dos veces, volvió a dedicar la obra que escribía, esta vez, cargando de cumplimientos al ilustre, encomiable, bienhechor, gentilhombre y grande de España, su excelencia incomparable de magnánima

bondad, el señor don Cristóbal Gómez de Sandoval y Rojas, duque de Uceda y futuro marqués de Denia; hijo del valido de su cristiana majestad, Felipe el Tercero.

Como en Manila, con tanto escribir se le agarrotaban los dedos tintados de borrones negros y, mientras se deshacía en honras, pensó que bien merecía un secretario que se ocupase de aquellos pormenores.

Pero no se acordó de aquel joven licenciado de Flandes que había llegado a las Filipinas unos años antes, tan bien recomendado por su cómplice Hortuño.

Como a tantos otros, lo había enviado a la muerte sin remordimientos y jamás hubiera esperado volver a verlo.

Sevilla, grande y majestuosa, crecía con los envíos de las Indias, desparramándose allende sus murallas gracias a unos arrabales que no cejaban de medrar.

Y al oeste, entre el Postigo del Aceite y la Puerta del Arenal, entremezclados según el callejón que se anduviese, habitados por aquellos que se ganaban la vida con honradez pero no daban abasto para hacerse con una de las viejas casas andalusíes del centro de la villa, no lejos del barrio de los cesteros, que hacían negocio con las bodegas de las naves que llegaban a puerto, se levantaban los barrios conocidos como *la carretería* y *la tonelería*. Una maraña de rúas entrelazadas, plagadas de artesanos que trabajaban a destajo para cobrarse unos pocos cuartos con los que ir tirando y que dependían, casi exclusivamente, de las arribadas y partidas de las naos.

Allí, en una bocacalle sin nombre, orientada al luminoso sur, había una casucha de dos plantas que tenía, en la parte baja, el taller de un tonelero. Un artesano de buena fama vuelto al hogar después de la rapiña de Amberes; y quien, según se decía, había decidido seguir con el negocio de un padre fallecido durante el servicio del hijo en Flandes.

A Gaspar le había costado dos penosos días de preguntar a unos y otros, dando vueltas por las afueras, pero había encontrado a su compañero de armas. Y se había cobrado favores, de la clase que no hacía falta mencionar entre hombres que habían pisado los mismos charcos de sangre, sufrido las mismas hambrunas del frente y compartido los mismos piojos, que saltaban de un soldado famélico a otro buscando no morir los pobres bichos de inanición, por culpa de las magras carnes de aquellos Tercios de las coronas españolas.

No hubo preguntas, solo abrazos, votos y reniegos, incluso alguna maldición y más de un juramento que hizo fruncir el ceño a Pacheca. Y en la primera noche, Gaspar y su antiguo camarada vaciaron todas las reservas de aguardiente del tonelero. Los dos veteranos apuraron cada trago, cantaron coplas verderonas que escandalizaron a la dueña y encandilaron al galopín Ruy; recordaron viejas batallas, fumaron dos grandes cigarros resecos que parecían haberse guardado en el altillo de la tonelería desde antes de la prohibición, brindaron por los caídos en las provincias

de los orangistas, despotricaron por la nueva paz que el aparejado rey había firmado con los neerlandeses, le mentaron a la madre al duque de Lerma, cobarde pusilánime y corrupto que había orquestado la tregua; y, finalmente, se durmieron tirados de cualquier modo en el suelo del taller. Roncaban a tal volumen que Ruy y Pacheca habían tenido que buscar refugio en el desordenado piso superior, donde el tonelero, un viudo rubicundo que respondía al nombre de Sancho del Aljarafe, parecía vivir sin disgusto por la porquería acumulada en los rincones.

Al aya le bastaron un par de semanas para imponer algo de aquel orden severo que destilaba con cada gesto. En breve se las apañaron. Ruy sacaba algún cuarto de esportillero en el puerto, yendo y viniendo con capazos cargados. Gaspar, que no se arredraba con el trabajo duro, empezó a echar una mano en el taller y, antes de que pasara un mes, justo tras la ceremonia, aun pese a las protestas y soflamas de la dueña, Sancho le cedió el piso de arriba a la pareja y él pasó a compartir las noches en el taller con el galopín, lo que encantó al muchacho desde el primer día, pues el veterano parecía dispuesto a contarle mil historias de batallas y guerras contra los neerlandeses, hasta que el galopín se quedaba dormido con una sonrisa en los labios. Tanto era así que, en secreto, no mucho después de la boda, Ruy había empezado a pensar que para la próxima leva se alistaría como tambor; se embarcaría para Génova, y marcharía por el *camino español*, a cruzar las montañas helvéticas y plantarse ante los orangistas, para darles su merecido a aquellos malnacidos lecheros comedores de mantequilla rancia.

Sus economías eran escasas, pero, en cuanto tuvieron algunas monedas, compartieron sus secretos con el tonelero Sancho y terminaron por aceptar sus consejos: mientras no hallaban el improbable modo de sacar a Constanza de San Jorge, al menos podrían ayudarla pagando a los corchetes del castillo para asegurarse de que las raciones de agua y comida no le llegasen menguadas a la siciliana.

—Ese hideputa al ajillo tiene peor fama que una ramera turca con mala baba y piernas torcidas —le dijo Sancho a su compadre tras aguantarse un regüeldo que esparció olor a fritanga—. ¿Queréis que os acompañe? Tengo arriba una pistola que le gané a los dados a un tudesco durante las batallas de Cléveris.

El tonelero, a la luz de un velón que llevaba en la mano, le hablaba a su viejo camarada apoyado en un puntal del taller. Junto a la oreja le bailaban duelas de distintos tamaños que colgaban de una escarpia chantada en el madero. Era un hombre de carnes generosas, que se componían ellas solas en una larga curva que abarcaba de los tobillos al grueso pescuezo, un solo brazo de Sancho parecía valer por las dos piernas de Gaspar, y aún hubiera sobrado. Era como si, con los años, a Sancho se le hubiera ido pegando la silueta de los toneles que fabricaba. Aunque llevaba el cabello corto aparecía siempre enredado como el nido maltrecho de una urraca, y para disimular una vieja cicatriz se dejaba una barba completa que solo

recortaba cuando los picores lo vencían. Entre la enredadera de pelos todavía se veían pegotes pringosos de los pajaritos fritos que les había servido Pacheca para la cena. Los ojos vivos aún no llevaban la firma de la edad.

—Ese no fue el trato, y ninguno de los dos hemos sido nunca de esos que faltan a la palabra dada —le repuso Gaspar de Silva mientras se calaba el chapeo—. No creo que haya problemas, como bien dijisteis, es lo habitual en estos casos, es solo otro codicioso pazguato que quiere su tajada —añadió rematando el cinto y ocultando la espada prestada en el vuelo de la capa que se echaba encima—. Me preocupa más que le dé por gastarse los dineros que le llevo en vino, y que se le avente buena idea no cumplir con su palabra de ocuparse del rancho de la chiquilla.

—No me da a mí que se atreva a tanto —reconoció el tonelero—, si se corre la voz de que escatima más de lo normal, se le acaba el negocio, hay más corchetes donde elegir.

—Pues bien estará lo que bien acaba…

—La última vez que salió de la funda —dijo Sancho avanzando la mano del cirio para señalar a la espada que alzaba el ruedo de la capa a las espaldas de Gaspar—, se le atragantó en el gaznate a un holandés larguirucho no muy lejos de Groninga. Os irá algo pesada —reconoció el tonelero dando por sentado que su camarada sabría reconocer que era una hoja hecha para hombres más corpulentos—, pero servirá. La he mantenido bien afilada y con la funda aceitada.

Gaspar asintió con ojos severos.

—Volveré antes de un par de horas. Si preguntasen —aventuró echando los ojos al techo para referirse a Pacheca y Ruy, que estaban en el piso de arriba—, decidles cualquier cosa menos la verdad.

El tonelero inclinó el rostro y se hurgó la barba con la mano libre. Los ojos y el semblante le decían al amigo que no hacían falta tantas explicaciones, que ya sabía suficiente de la parte que le correspondía.

—Somos gatos viejos cazando ratones jóvenes…

Ambos sentían que era verdad. Y aquello no iba por el soborno al corchete, sino por las alocadas ideas que discutían durante el día, mientras trabajaban, intentando buscar el modo de sacar a Constanza del castillo de San Jorge.

—Siempre hemos sido viejos —concedió Gaspar antes de seguirse un largo silencio en el que pensó en las noches de helada en los canales holandeses, en los cuerpos hinchados, en el tufo de las caponeras—. Pero son los viejos los que cuentan las mejores historias —concluyó tras un buen rato, dándose ya la vuelta y encaminándose a la puerta.

Sancho miró a su amigo marchar y tuvo un momento de amarga nostalgia al intuir lo que Gaspar no había dicho.

—Ay, si me viera mi difunta Casilda… Pobrecita mía…

Gaspar lo oyó y tuvo tiempo de replicar zumbón antes de echar la llave al cerrojo.

—Si os viera os metería de cabeza en la tina para daros un baño…

El veterano escuchó los refunfuños airados del tonelero, pero ya no llegó a entender los juramentos. La noche cubría las calles de Sevilla y la humedad del río hacía que el frío calase las ropas. Era invierno y toda la ciudad anhelaba la llegada de la primavera y que el trasiego del puerto aumentase, preparándose para la partida de la flota.

En la ribera del Guadalquivir, tras esperar un buen rato para asegurarse de que no había ojos indiscretos rondando, percibió el chapotear de los bateleros que se ganaban la vida con el contrabando. Aprovechaban la oscuridad para llevar mercancías de una orilla a otra sin pagar el pontazgo; y hacían vida de ello gracias a los géneros que se escamoteaban de las corachas traídas en las bodegas de los galeones de Indias.

Para cuando cruzó el río y dejó la imponente silueta ennegrecida de San Jorge a un lado, calculó que no andaba muy equivocado con la hora. Se adentró en los entresijos de Triana.

Al sur, no muy lejos de allí, en la revuelta de una cuesta tendida desde la que se distinguían las almenas de las torres del castillo del Santo Oficio, había una corrala vieja de un ceramista venido a menos que se había dejado sobornar. Tenía vistas al callejón oscuro que daba a la trasera de la iglesia; y allí aguardaba Hortuño de Andrade. Había pagado por un buen espectáculo y esperaba ansioso para ver el fruto de sus dineros.

Los egipcianos de Tomás de Sabba habían prendido un único farol que, apoyado en un guardacantón, echaba algo de claridad a media altura, haciendo que las gravas y los cantos que salpicaban el camino se estirasen con sombras alargadas como varas.

Contando al propio Tomás, iban tres más que, embozados con capas y amplios sombreros, tapaban sus rostros aceitunados. Si se terciaba, tenían orden de hacer preguntas antes de meterle al veterano un palmo de acero en la riñonada, pero lo que tenían claro era que, de los cinco que se encontrarían en aquella esquina, a sus casas volverían, como mucho, cuatro.

Una lechuza de grandes alas batió la calleja cruzando de un tejado a otro. Allí había muchos altillos abandonados, y era natural que la rapaz hubiera encontrado acomodo en alguna techumbre medio derruida, entre los escombros de la casa de algún desgraciado que habría marchado a las Indias en busca de fortuna sin volver jamás. Sin embargo, aun sabiéndolo, a Tomás le dio repeluzno; cualquier gitano hubiera reconocido el mal presagio. Pero había comprometido su palabra y el señoritingo de Madrid pagaba bien. Además, el egipciano sospechaba que, a aquellas alturas, el tipejo esmirriado con aires de grande de España, sibilino como una bicha, habría cerrado ya tratos con otros, dispuesto a vender acero para lo que se terciase; y De Sabba no olvidaba que, por mal que le oliese el asunto, no le quedaba otra que

cumplir. Así que, despacio, para no armar barullo con el carraco que aseguraba la hoja, Tomás abrió la navaja y se enrolló en el antebrazo izquierdo la mantilla que llevaba.

Se deshizo de un escalofrío al volver a pensar en la ominosa lechuza y repasó los detalles de la emboscada. Se habían repartido de a dos, una pareja delante del farol, agazapada en el zaguán de una casa abandonada, y otra por detrás, resguardada en las sombras de la esquina que el fanal no despejaba. En cuanto aquel viejo soldado apareciese en el cruce donde debía haberse encontrado con el corchete estaría rodeado, sin escapatoria. No tendría una sola opción. Tomás estuvo seguro de que cuanto habían dejado sin cobrarse los holandeses quedaría tendido, desangrándose, en aquella bocacalle de Triana.

En esos lares, a los humores del río le hacían competencia los desperdicios y los orinales vaciados por ventanas de contras desvencijadas; y Gaspar se sintió reconfortado por saber que, gracias al buen hacer de Pacheca, que había conseguido adecentar la cochiquera de Sancho, contaba con un hogar cómodo y limpio al que regresar.

A instancias de la dueña, que no hubiera accedido a que las cosas se hicieran de otro modo, se habían casado en San Telmo, sin más aspavientos que un enorme capón asado con mimo durante largas horas al amor de la lumbre. Y ahora, a Gaspar le costaba figurarse que volvería a su cabaña de las afueras de Madrid para seguir llevando aquella vida de ermitaño. Constanza era como una hija, el soñador Ruy se había convertido en el díscolo hermano menor, aquel Dámaso del que tanto había oído hablar le parecía ya un yerno de toda confianza y, en cuanto a Pacheca, aun con todas sus regañinas y sus gestos serios, era para él un tesoro que lo hacía sentirse como si hubiera encontrado las últimas voluntades de un marqués con veinte mil escudos que heredar. Tanto era así que empezaba a comprender la angustia que tantas veces le había descrito Constanza.

El veterano avanzó alejándose del cauce por una vía ancha, con paso suficiente para carros y bestias de carga; y buscó el patio que le servía de referencia. Sin embargo, en una esquina dudó. Gaspar se había preocupado en hacer el recorrido a la luz del día, pero iba ensimismado y no se dio cuenta de que pasaba de largo el cruce que le hubiera tocado tomar.

Una lechuza, que se había acomodado en la cruz que coronaba el tejadillo de la torre mudéjar de la capilla de Santa Ana, lo vio tomar una calle que giraba hacia el sur, rodeando la corrala que seguía a la iglesia.

Un soldado no se quitaba las viejas costumbres tan fácilmente como si se descubriese al entrar a sagrado, los hábitos de la batalla se pegaban para siempre como lapas, y enseguida se dio cuenta de que aquel tramo no le sonaba. Sus labios se torcieron sobre bisagras oxidadas, en una sonrisa cínica, y Gaspar se recriminó a sí

mismo por lo bajo. Sancho no se equivocaba, eran gatos viejos.

El veterano se caló el chapeo volcando la boca en un reniego y continuó hasta la siguiente bocacalle para doblar al norte y regresar por la paralela; tomando la alta torre del campanario de Santa Ana como referencia. A sus espaldas, de haber seguido hacia el sur, se hubiera encontrado con los arrabales más pobres de Triana, donde los pequeños huertos se mezclaban con muladares y estercoleros. Una barriada que, por consejo de Sancho, más le valía evitar.

Distinguió el resplandor del fanal, era la señal convenida con el corchete, pero no lo veía por parte alguna y Gaspar se amoscó.

Y seguramente con aquello ya habían contado los gitanos. Lo que no habían supuesto los egipcianos, que se movían por las callejuelas de Triana con mucha más soltura que el soldado vejancón, era que el enemigo les iba a aparecer por la espalda.

Faltaban una mecha enrollada en el antebrazo y andrajos de la niebla de los canales; algo le dijo a Gaspar que volvía a pisar las calles de Amberes y que de cualquier recoveco oscuro podía salir un malnacido rebelde ansioso por abrirle el vientre. No se veía al corchete por parte alguna y la mano del veterano, punteada por la edad, de venas hinchadas y nudillos abultados, descendió hasta la empuñadura de la espada que Sancho le había prestado. Los tacones gastados de las botas sin lustrar fueron ralentizando su repicar. De alguna casa salió la protesta de un chiquillo al que asustó la oscuridad de un rincón. El pequeño pareció dudar un instante, luego el llanto llenó aquella calle de Triana. Gaspar repasó el borde de la cazoleta con el índice.

En el monasterio de San Pablo los dominicos estarían a punto de empezar el oficio de vigilia.

Le parecía extraño que el veterano no hubiera aparecido. Le dio la impresión de que se hacía tarde, no faltaría mucho para que sonaran las campanas de la ciudad tocando la medianoche cuando un churumbel se echó a llorar con desespero. Creyó oír unos pasos y su cuerpo se tensó.

Un vecino bramó una protesta ininteligible y el criajo elevó aún más el tono de su lloro.

Hortuño, arropado por las sombras, desde su atalaya improvisada en un ajimez destartalado, fue el primero en ver cómo el veterano se acercaba a la esquina donde los gitanos lo esperaban. Más allá de la celosía que disimulaba su posición, se percató de que el hombre les llegaba por la espalda a los egipcianos. De haberlos avisado, hubiera descubierto su posición en la planta alta de la casucha, así que se limitó a observar.

El llanto del pequeño se contuvo con sollozos por unos instantes, solo mientras el crío recobraba fuerzas antes de seguir desgañitándose.

Gaspar percibió el bulto irregular pegado a la pared, a su derecha, envuelto en las

tinieblas que no espantaba el farol que habían dejado en el guardacantón de la esquina. Se detuvo.

La cacofonía de los campanarios de la ciudad dio la primera nota de las doce de la medianoche. Los lloros del crío le hicieron competencia. Tomás de Sabba se inquietó. Gaspar de Silva miró al otro lado de la calle e intuyó otro fardo en sombras que apenas rompía las líneas rectas de la pared. Y era probable que hubiese más.

El veterano rumió sus opciones, se pasó la lengua por los labios, desenvainó con un susurro y, con la zurda, se quitó el sombrero para echarlo a un lado. De repente se sintió veinte años más joven.

Si en los Tercios no les había concedido a los holandeses el lujo de verle las espaldas, no iba a ser esa noche la primera vez que brindara al enemigo la suerte de ver cómo se arredraba.

—¡Qué diantres! —bisbiseó sonriendo—. Como se entere Pacheca, me va a tener a pan y agua para los restos…

Los japoneses lo llamaban *Date Maru*, los occidentales lo habían bautizado como *San Juan Bautista*. Tenía treinta y seis pies de manga, más de cien en la eslora y un mástil para la mayor solo un poco más corto. Como bien había predicho Lope, no era bonito, pero navegaba.

El sol se ponía por la popa y Hasekura Tsunenaga observaba fascinado los telones de agua que se abrían reverencialmente ante la roda. De todas las órdenes que había recibido en su vida, aquella encomienda de viajar al país de los *nanbanjin* era, sin duda, la peor de todas. Echaba de menos sus humildes tierras, añoraba a su familia.

Aun así, por poco que le gustase lo que le habían mandado, no podía dejar de asombrarse por los prodigios que estaba presenciando; hubiera considerado un loco al que le hubiese contado unos meses antes que un barco podía atravesar el océano ignoto hasta más allá del horizonte.

Habían partido con el otoño, en el mes de *kannazuki*, para cuando los extranjeros habían predicho que los vientos les serían propicios; y Hasekura se había sentido afortunado al ver partir la nave hacia el sol naciente con las velas henchidas, sin contratiempos; pues recordaba la historia sobre cómo, siglos antes, la armada invasora de los mongoles había sido destruida ante las costas del Japón gracias al vendaval divino *kamikaze*. Y, aunque no lo habría reconocido públicamente, hasta que el galeón se había echado a navegar, Hasekura había temido naufragar en aquel ingenio forastero, zamarreado por algún *tai fun* enviado por las deidades.

Sin embargo, aun cuando le costaba creerlo, el Date Maru seguía avanzando sin novedad; cada mañana se despertaban viendo el amanecer en algún punto a proa, y llevaban ya casi tres meses surcando las aguas del océano.

A bordo viajaban más de cien almas. Además de los forasteros, había un buen número de comerciantes; y casi tres docenas de *samurai*, repartidos entre servidores

de Tokugawa y *bushi* bajo el emblema del clan Date. Y también, a petición de quien lideraba a los forasteros por encima de la ineptitud del embajador oficial, aquel curioso bonzo de labio deforme que tan bien parecía entenderse con los *nanbanjin*.

Todo aparentaba ir bien por el momento, pero Hasekura Tsunenaga intuía que, bajo el plácido vagar de la nao, fermentaban los problemas. Uno de ellos era evidente: tenía que esforzarse por templar a sus hombres por culpa del embajador *gaijin*, quien no se inmiscuía en otra cosa que no fuera para demostrar desprecio por el Japón y sus costumbres; y Hasekura estaba seguro de que esa no era la única contrariedad que debería solventar.

Apartándose de aquella infinidad azul que se abría ante el galeón, el nipón se giró para recorrer con la vista la cubierta, a sus espaldas, y repasó a los hombres considerando sus preocupaciones.

Algunos de los comerciantes charlaban señalando las enormes velas y, cuando se dieron cuenta de que Hasekura los miraba, se inclinaron respetuosamente; no obstante, él era consciente de que, dejando a un lado unos cuantos codiciosos que esperaban acaparar el mercado de estaño y seda, el resto de los mercaderes se mostraban suspicaces.

No muy lejos, acodados en la borda con rostros serios, estaban dos de los *samurai* de Tokugawa Ieyasu, mantenían un silencio que le decía a Hasekura, aun cuando no protestasen en voz alta, cuán a disgusto se sentían con el viaje.

Y, un poco más allá, entre el mayor de los palos y el castillo de popa, estaba el responsable de que él se viera en tan delicada situación, el alto forastero que se había ganado el respeto de los japoneses en la batalla de la atarazana; el que había servido de excusa al *bakufu* de los Tokugawa para planear aquella expedición.

Como era habitual, matando el tedio de alta mar, el *nanbanjin* estaba con el bonzo. Ambos compartían buena parte del tiempo, especialmente entrenando movimientos con el bastón de combate; un antiguo arte marcial propio de aquellos monjes guerreros de las grandes tierras del oeste al que el forastero parecía haberse aficionado y gracias al cual sus maltrechas piernas se habían recobrado ya en Sendai.

Junto a la tablazón del alcázar, observando con evidente recelo las lentas evoluciones de la práctica, estaba el beato forano que vestía un hábito teñido de naranja. Afortunadamente, aquel *nanbanjin* de nombre impronunciable no era el único intérprete que tenían, también estaba Yoshioka Seijuro, apoyado en la baranda del castillo, no lejos del piloto. Y para Hasekura era un alivio, porque no se fiaba de aquel extranjero que intentaba convertir a los marchantes para que adorasen al crucificado. Como tampoco parecía hacerlo *Damaso-san*, quien no toleraba su compañía.

A lo largo de los últimos meses, el diplomático elegido por Date Masamune había intentado aprender los rudimentos del idioma de los extranjeros para hacer lo mejor

posible su papel de embajador y, al tiempo, había comenzado a trazar posibles planes con los mercaderes, procurando enfocarlos a que evitasen la competencia entre ellos. Paulatinamente había ido poniendo a cada cual en su lugar, sin embargo, aunque vislumbraba mucho de lo que pasaba por las mentes de los hombres a bordo, había dos excepciones que le preocupaban: una era aquel callado *samurai* de origen humilde al que llamaban Saigo Hayabusa, a quien el *daimyo* de Sendai había recompensado por salvar la vida del líder de los *nanbanjin*; la otra era *Palos-san*, el embajador japonés intuía que algo oscuro se escondía tras los pequeños ojos oscuros de aquel extranjero de piel cetrina.

El resoplido que oyó hizo que Hasekura girase el rostro hacia los dos hombres que luchaban con el bastón. El *nanbanjin* había sido alcanzado por el bonzo.

Dámaso recibió el golpe en el pecho y agradeció que el budista se hubiera contenido, sin ejercer toda la fuerza de la que era capaz.

Zongji sonrió con indulgencia; su semblante cargado de paciencia intentó darle ánimos al forastero, sustituyendo las palabras que no sabía pronunciar.

Saigo asintió; gracias a los largos meses de prácticas en Sendai, *Damaso-san* había superado las terribles heridas de sus piernas; y ahora empezaba a luchar con una destreza que hubiera reconocido el mismo *sensei* de la escuela Jigen de Satsuma. El *ashigaru* percibía que algo poderoso en el interior del occidental lo llevaba a exigirse cada día más, pero, aun pese a que sentía cierta curiosidad, no había cometido la descortesía de preguntar.

Bartolomé de Palos, desde la proa, lamentó que aquel indeseable mono oriental fuera tan comedido, le hubiera encantado que le abriesen la tapa de los sesos al alférez con un bastonazo. Tras el naufragio, se había servido de él para salir del Japón, pero ahora que no lo necesitaba, el onubense estaba deseando encontrar el modo de acabar con Dámaso.

El resto de los occidentales, vocingleros e incorregibles a ojos de los japoneses, se deshicieron en pullas por el bloqueo fallido del antiguo furriel.

—Si queréis puedo echaros una mano —gritó Lope desde el timón, alzando sin pudor el muñón que le quedaba en el antebrazo.

Dámaso, inclinado con las manos sobre las rodillas, sintió una gota de sudor que se escurrió sobre el puente de su nariz antes de caer en cubierta.

—Si llegamos algún día a Sevilla podéis buscarle trabajo vareando olivos —sugirió zumbón el ebanista para regocijo del resto de los españoles.

El bonzo no entendió las bromas del carpintero, pero sí se dio cuenta de que no podía exigirle más a su pupilo.

—*Kyou no tokoro wa koremade* —le dijo al español para dar por concluido el entrenamiento del día.

Por contrapartida, el contador empezaba a manejarse en el idioma de los

japoneses y comprendió lo que Zongji había dicho, aunque el tono tajante y la expresión severa habrían hecho la traducción innecesaria.

Estaba agotado y precisaba un descanso. Deseaba que el guisandero de a bordo le llevase una de las deliciosas sopas hechas con mojama de atún triturada, y echarse un rato. Aunque temía lo que el sueño le traería.

—No, continuemos —dijo el gallego alzándose con vehemencia.

Zongji observó cómo *Damaso-san* adoptaba la guardia relajada que tantas veces habían entrenado. Distinguió el rictus tenso en la comisura de los labios; le decía que el dolor volvía a sacudir las piernas del *nanbanjin*. Probablemente nunca se libraría de aquella lesión.

—Continuemos —insistió pensando en la verdad que le arrancaría a Antonio de Morga del modo que fuese.

Gaspar de Silva escupió de medio lado y escogió: el de la derecha. Y echó a correr agazapado, tan rápido como le permitieron sus viejas piernas.

Tomás de Sabba se giró con la navaja por delante, a tiempo de escuchar las zancadas del veterano; les venía por la espalda.

—¡Aquí! ¡Aquí! —gritó antes de dar un paso para interponerse.

Al otro, a quien le decían *el almirante* porque se había embarcado a las Indias, no le dio tiempo ni a encomendarse al Jesús del Gran Poder, del que era muy devoto. La espada del veterano le entró entre la quijada y la oreja cuando se daba la vuelta tras escuchar a Tomás de Sabba y, al retirarse la hoja, el gitano se derrumbó sin vida que le hiciese tremar el espinazo. Cayó a los pies de Gaspar, que ya se volteaba hacia los atacantes que vendrían.

El veterano nada sabía de las evoluciones de la esgrima, y no había estudiado los nuevos tratados de posiciones y geometría, pero se había pasado años ahorrando cuajo entre los mosquetazos de los holandeses, guardándose las cachas a base de astucia en lugar de estrategia y finos modales.

Dos venían corriendo a lo loco. Tomás de Sabba, más listo, se plantó con la navaja, sabiendo que la guardia del adversario llevaba ventaja por el largo de la espada. Gaspar se agachó y saltó con el codo de la zurda por delante, abriendo el otro brazo para usar la del tonelero con mala fe, apuntando a la ingle del segundo de los que se le echaban encima.

Fue marrullero, propio de una batahola de borrachos en una taberna de puertos, pero resultó efectivo. De no ser así, Gaspar no hubiera regresado de los Tercios, los que no lo eran se quedaban allá, para servir de abono a los campos de los orangistas.

El codazo le arrancó el resuello a uno y lo derribó. La toledana no acertó y, al esquivarla, el otro gitano aprovechó la ocasión para avanzar la navaja. Gaspar recibió un tajo en el brazo que le cruzó una antigua cicatriz que le había hecho la daga de un neerlandés al este de Nimega. Y como no era la primera vez, el veterano no se

acobardó, fintó y buscó de nuevo al que quedaba en pie, sin embargo, no tuvo ocasión, el que se había mantenido al margen le buscó los riñones con el acero.

Vio la oportunidad Tomás de Sabba y se abalanzó brincando por encima de su compañero caído. Gaspar reaccionó, pero el filo de la espada solo encontró la mantilla con la que el otro se cubría el antebrazo izquierdo; el egipciano se había protegido previamente y, además, era mucho más corpulento. Por fortuna para el viejo soldado, el navajazo del otro tampoco acertó, solo se le enredó en la capa, aunque aquello le dio oportunidad a Tomás para lanzar el puño.

Desde su mirador, Hortuño vio como el brutal golpe obligó al veterano a trastabillar con dos pasos atrás que estuvieron a punto de terminar con sus huesos en el suelo polvoriento. Las últimas campanadas se apagaron en la noche y los lloros del crío volvieron a cobrar protagonismo.

Gaspar de Silva se rehízo y logró plantarse para tirar una estocada que, esta vez, alcanzó el costillar del que había esquivado el envite a la ingle. Al gitano se le escapó un resoplido sibilante y de entre sus labios surgieron burbujas sanguinolentas. Pero el veterano ya no dio para más, el que había sido derribado se las apañó para ponerse en pie; y aunque dio un paso al frente, dispuesto a morir, Gaspar comprendió que no saldría con bien de aquella. Estaba herido, cansado y tenía a dos enemigos ansiosos por desparramarle las entrañas en aquella esquina de Triana, a la única luz de un farol apoyado en un guardacantón.

El herido se lamentaba en el suelo, tirado en el pretil que dibujaba el camino de los carruajes. Era obvio que no aguantaría mucho.

Había sido una pena perder a dos de sus hombres, y a Tomás no se le escapaba que debería ocuparse de que las familias recibieran la parte del pago que les hubiera correspondido a los muertos, sin embargo, el final estaba cerca. A aquel soldado renqueante no le quedaba aliento. Era un viejo y famélico perro callejero que se había echado a correr detrás de las palomas.

Gaspar miró alternativamente a los dos gitanos, frunció los labios y saboreó aquel inconfundible regusto metálico en su boca. Se le movían dos dientes y sentía como la mejilla comenzaba a hincharse dolorosamente. No tenía fuerzas ni para mantener la guardia, la punta de la espada del tonelero estaba apoyada en la tierra apisonada de Triana, que esperaba las lluvias del invierno, pero que se conformaría con la sangre de los que cayeran esa noche.

—No se dirá que le faltan cojones a uno del Tercio Viejo de Cartagena —les espetó Gaspar a los otros dos antes de volver a escupir con desdén, seguro de que al menos se llevaría a uno por delante—. Así que a ver quién de la linda parejita de enamorados se queda aquí para hacerme compañía —soltó con socarronería entre un remedo de sonrisa.

Tomás vio el rostro tumefacto, el hilo de sangre que caía de la comisura hasta el

mentón, el juego de sombras del farol le pintaba la calaverna al veterano. Era un tipo ahigadado, de los que se ganaban respeto con hechos y no con palabras. Aun así, no iba a dejarlo salir de allí.

La madre canturreaba cariñosamente una nana al bebé que se agarraba a su pecho, con el pequeño estómago rebosante de leche y los ojillos entrecerrados en un semblante de satisfacción infinita. El padre intentaba caldear el ambiente añadiendo algo de humilde erraj al pobre brasero. No tenían dineros más que para pagar aquel modesto carbón hecho de los huesos de las olivas que se desechaban en las almazaras. Ya no había llantos.

Vio mirarse a los gitanos para convenir qué hacer y Gaspar levantó la espada listo a irse al carajo sin rendirse, solo lamentó que no hubiera por allí una banderola ondeando con la cruz de San Andrés, como en los viejos tiempos. Luego recordó a Pacheca y tuvo que hacer un esfuerzo para ocuparse de la empresa que tenía pendiente; podía ser que la hideputa de la guadaña se lo llevase esa madrugada, pero no pensaba irse solo.

Tomás de Sabba se echó al frente con la navaja por delante, pronto a terminar con todo aquel sucio asunto de una vez.

Se oyó un chasquido metálico, un siseo; y el estampido resonó por las paredes rebotando de un lado a otro. El disparo le arrancó la ceja al egipciano esparciendo sesos por doquier. Los ojos se le pusieron en blanco, los hombros se le encogieron en una convulsión y el hombre se desmadejó.

A Tomás la humareda le pilló de cara, granos de pólvora sin quemar le sacudieron el rostro. Había otro hombre allí. Y estaba armado. Eso lo cambiaba todo; y el gitano no se lo pensó dos veces. Dio media vuelta y echó a correr escurriéndose más allá de la luz del farol, buscando ponerse en cobro. Se perdería en las callejas de Triana mientras el bebé, asustado por el disparo, se echaba a llorar de nuevo.

—Ya sabía yo que acabaríais en apuros.

Gaspar se volvió para encontrarse con el semblante burlón de Sancho, que iba apareciendo tras las espesas volutas. En una mano llevaba un viejo pistolón de pedernal que humeaba como recién salido de los infiernos, uno de aquellos con perrillo a la holandesa que tan familiares les habían resultado en sus años en Flandes. En la otra portaba uno de los martillos del taller.

—Acaso no visteis que estaban aterrorizados, estaba a punto de despacharlos con una ración de acero —repuso el interpelado componiendo el gesto más serio que pudo.

El egipciano herido gimió quitándole la réplica a Sancho, y los dos veteranos se miraron comprendiendo al momento lo que debían hacer.

—¿Quién os pagó? —le preguntó Gaspar al moribundo tras acuclillarse contra él.

—Llamad a un sacerdote, por favor, os lo ruego —logró balbucir entre

espumarajos sanguinolentos que le brotaban de entre los labios.

—¿Quién os pagó? —insistió el soldado sin darle cuartel al gitano.

—Os lo ruego, ¡confesión! Tened piedad…

—Parece que le han entrado los remordimientos —intervino Sancho con desdén.

El llanto del crío seguía invariable, pero ningún vecino se atrevió a protestar, todos habrían oído el disparo y no había entre ellos quien no supiese que, en Triana y a aquellas horas, uno solo se ocupaba de sus asuntos.

—Si me decís quién os pagó, traeremos un cura para que oiga vuestros pecados —concedió finalmente Gaspar.

El gitano tosió convulsivamente y pareció creerse la palabra del payo.

—No sé su nombre… Un tipo de Madrid, un señoritingo de la corte se lo mandó al patrón —confesó finalmente refiriéndose a Hortuño y a Tomás.

Gaspar no tuvo que pensar demasiado para hacerse una idea de quién podía tratarse, no había muchas posibilidades. Sancho intuyó que su amigo sabía a quién no mentaba el moribundo, pero se mantuvo en silencio, si Gaspar lo creía conveniente, ya habría ocasión para hablar de ello.

Se oyó un suspiro burbujeante que se convirtió en un amago de tos. El gitano intentó alzar una mano, pero ya no fue capaz. Los párpados cayeron y el torso perforado no volvió a servir de fuelle para darle vida al hombre.

—Creo que ya no le hará falta ese párroco —dijo entonces Sancho con cierta conmiseración—, pobre bastardo —sentenció poniéndose trabajosamente en pie—. Será mejor que nos vayamos antes de que les dé por aparecer a los alguaciles.

Gaspar se alzó también y asintió.

—Vamos, no perdamos tiempo.

Sancho echó el brazo por encima de los hombros de su amigo y lo empujó suavemente, preocupado, porque todo aquello en lo que andaba metido su camarada hasta el corvejón debía de ser mucho más complicado de lo que había imaginado. Condenadamente enrevesado.

—No diréis que no fue un buen disparo —dijo al cabo, cuando ya dejaban atrás el llanto de aquel niño inquieto.

—Gracias.

El tonelero volvió el rostro ante la escueta respuesta.

—¿Sabéis?, creo que aquel malparido tudesco rubiajo me timó, le pasa algo al cañón de esta pistola —dijo Sancho levantando el arma ante los ojos de ambos.

El otro veterano lo miró con suspicacia, sin saber a qué venía aquello en momento semejante, en el que llevaba más apremio industriar un modo de salir del barrio sin que los aherrojasen los hombres del corregidor.

—Sí, estoy convencido, porque yo nunca fallo. Lo sabéis bien, con una de estas capo yo a un moscón a treinta pasos —fanfarroneó con descaro.

Gaspar, que prefería no hablar de la puntería de Sancho, que ya era mala cuando estaban en Flandes, estuvo a punto de urgirle que se dejase de naderías y pensase en cuál sería la mejor ruta para abandonar Triana, pero su amigo no lo dejó.

—Así que tiene que ser culpa de ese tudesco mentecato y esta pistola vieja, porque, la verdad, apuntar —dijo moviendo el arma descargada como si buscase un blanco—, lo que se dice apuntar, yo le apuntaba al otro, al grandullón…

Noveno magari

TORMENTO

El hombre
que está labrando la tierra
parece inmóvil.

MUKAI KYORAI, POEMA HAIKU

Desde el mismo instante en que la puerta de su celda se había abierto, con un chirriar agudo de goznes desencajados, Constanza, mientras se apresuraba componiendo el cubo de desperdicios para disimular, había sabido que algo andaba mal. Aquel alguacil con aliento a ajo, el que tan amable se había mostrado los días anteriores, la había sacado de la mazmorra a empellones, sin miramientos.

—¿Sois o no sois la dama de compañía de su católica majestad la reina Margarita? Esa a quien se conoce como Constanza de Accioli.

No era el dominico enjuto con enormes dotes de aguante al que la siciliana ya se había acostumbrado. Había pedido audiencia, esperando que la dejasen contar cualquier ventura que le permitiese salir con bien de su encierro; para su desgracia, ahora se lamentaba. Se había devanado los sesos para relatar una historia creíble que la exonerase. Se había convencido de que no todo estaba perdido. Sin embargo, era evidente que la habían engañado. Con su ruego, y en ese momento se percató de ello, se había metido en la boca del lobo. Aquel fraile de lóbrega mirada no iba a concederle una sola oportunidad.

—La paciencia del Santo Padre no está a vuestra disposición. ¿Sois o no sois la dama Constanza de Accioli? ¡Responded! ¡En el nombre del Santo Evangelio y del buen Jesús Crucificado! ¡Responded!

Se la habían llevado a rastras.

Había sido un camino a través de corredores angostos, infectados por el negrumo de los hachones. Grandes puertas cada vez más gruesas que se cerraban con ominoso estruendo. Y sótanos mohosos, henchidos con aire de tacto húmedo y viscoso, al abrigo del imparable rumor del río, que jamás callaba.

No sabría ni cómo regresar a su mazmorra. La habían conducido hasta las hedientas tripas de la fortaleza. Estaba en una sala oscura, atestada de sombras y cachivaches. Y sabía por qué se encontraba en las más profundas entrañas del castillo de San Jorge. Los gritos que allí nacían morían perdidos en los ceñidos pasadizos del alcázar sin rozar siquiera la luz del día. Ahogados por las viejas cerraduras, los escalones vencidos, el aire viciado y la tierra empapada por el Guadalquivir.

—¿Acaso pensáis que atal testarudez va a conduciros por el buen camino?

Eran cuatro, aunque a ella solo le preocupaba uno de ellos: el dominico altivo de ojos negros como las bestias de los bosques del norte. Al ver a aquel fraile de rostro tallado en áspera piedra, le puso rostro a los terroríficos *lobisomes* sobre los que Dámaso le había hablado tanto tiempo atrás. Bajo las espesas cejas rezumaba odio, ira palpable. Y Constanza había terminado a sus pies cuando los alguaciles la habían despedido con un último envión, antes de cerrar el grueso portón con un golpe seco que retumbó en la mazmorra.

Había caído malamente. Tenía el labio superior partido, lo notaba palpitar bajo la

presión de la lengua, sentía cómo la hinchazón rozaba dolorosamente los dientes. Solo el inquisidor dominico la miraba, y aquello la aterró. Los otros tres asistían a aquella humillación sin inmutarse, acostumbrados a una rutina macabra que le erizó el vello de la nuca.

Había un enorme brasero del que sobresalían los mangos de badiles que estarían al rojo vivo, escarpias con ligaduras, pesados grillos de hierro pegoteado con un mucílago bermellón que Constanza prefirió no identificar. Y también un largo escaño acanalado, jícaras de agua sucia y verdosa, poleas con cuerdas retorcidas de hilas rotas, de las columnas pendían trapos colgados de escarpias oxidadas. El suelo estaba cubierto de un heno viejo y macerado en el que se intuían blanduras que solo podían haber salido de los pobres desdichados interrogados. Era la sala de los tormentos del castillo de San Jorge.

El inquisidor, con el impoluto hábito blanquinegro de su orden, paseaba arriba y abajo, agitando las manos con gestos admonitorios. Era un hombre corpulento, de hombros anchos como un labriego y una cabeza ridículamente pequeña de la que salía una vocecilla aguda que no cuadraba con cuanto había debajo. En el halo de la pulcra tonsura, las llamas de los velones que tenía el escribano en su improvisado despacho pintaban reflejos del color de las toronjas.

—Si no habláis, será peor, podéis creerme, mucho peor…

El tono del dominico cambiaba según la frase, ora dulce y melifluo recordaba al de un amante caprichoso, resultaba casi agradable, y eso era aún más aterrador.

Constanza supo que intentaban engañarla. Sería terrible hiciera lo que hiciese, porque, llegados a ese punto, la torturarían si permanecía en silencio, y tampoco se detendrían si mentía, pues estaban ansiosos de asegurarse de que confesaba la verdad. Y si llegaba a hacerlo, si era sincera, la someterían a tormento de igual modo, porque no creerían una palabra. Los ojos se le contrajeron involuntariamente. Algo en el pecho le dio un vuelco. Constanza solo se concedió un instante, no se amilanó, no se permitió llorar. No iba a darles ese gusto.

Estaba también el provisor, un tipo cejijunto de prominentes orejas y barba entrecana en cuyas narices bailaban unos anteojos funámbulos. Se limitaba a cabecear en un taburete, como si le diera igual. Y, tras el escribano, viendo cómo el dominico medía la estancia con grandes pasos, el último en discordia para la audiencia. A quien Constanza solo se atrevió a mirar de reojo, luchando por controlar escalofríos que la arañaban con garras gélidas. Era el verdugo.

Iba cubierto de negro vestimento de lino, largo y estrecho hasta los pies, pegado al cuerpo por todas partes, conforme al que solían usar los que se azotaban el Jueves Santo en los lugares del papado. Llevaba la cabeza cubierta por una capucha también prieta, y dos agujeros deshilachados, oscurecidos como los de una calavera de camposanto, le permitían ver.

—¡Debéis confesar vuestros pecados! ¡Confesaos y rogad por la bondad de la Iglesia!

Aquella voz estridente se alzaba ahora en rugidos furiosos.

—¡Confesad!

El fraile se acercó hasta que sus esputos cubrieron el rostro gacho de Constanza. El provisor siguió dormitando, ajeno a los gritos. La pluma del escribano rasgaba el papel. El verdugo esperaba.

—¿Sois o no sois Constanza de Accioli? Sabemos que lo sois. —Entonces el dominico relajó sus gritos y comenzó de nuevo a explicarse con el tono adulador de un galán boquirrubio mirando la basquiña de una tusona de escotes abiertos—. Si respondéis con la verdad, nada debéis temer. Así aparece en los Evangelios. Confesad —alargaba las palabras con una dulzura atosigada que hedía a ponzoña—. No os pasará nada…

El pequeño y desproporcionado rostro del dominico intentaba iluminarse con una sonrisa benemérita que ablandase la firmeza de la joven.

Pero Constanza no respondió, siguió mirando las puntas de los borceguíes de fino cordobán del fraile. Era una dama de la corte y reconoció el sinsentido, aquel calzado valía mucho más de lo que podía permitirse cualquier dominico; podía ser un religioso, pero vestía sus grandes pies como un gentilhombre al servicio de los grandes de España.

Los ojillos del monje relampaguearon de impaciencia y le hizo un expeditivo ademán al verdugo. Aquel bigardo enlutado asintió con pereza y se acercó a Constanza. Ella levantó el rostro y ni siquiera tuvo tiempo de gritar. Sin pudor alguno, el sayón alzó una de sus grandes manos y, tomando el cuello desastrado de la malograda camisa de Constanza, jaló con una fuerza inusitada.

La tela se desgarró con un lamento. La joven dio un paso aterrorizado hacia atrás, pero el verdugo no se detuvo y volvió a tirar. Tuvo que contenerla, aprisionándole el hombro con dedos que parecían forjados en hierro, pero tras media docena de sacudidas, quedó desnuda.

Entonces desapareció la apatía de los miembros de aquel tribunal del Santo Oficio, todas las cabezas se inclinaron y las miradas recorrieron los arabescos que trazaban la figura de la siciliana.

El inquisidor empezó en los finos tobillos cincelados en alabastro, y fue ascendiendo largamente, entreteniéndose en las curvas lánguidas de aquellas piernas de piel nacarada. Los muslos se encontraban deliciosamente, punteados por el montículo de rubio vello ensortijado en una alcancía que prometía mayores tesoros que las cecas de las Indias. La punta de la lengua asomó entre los labios finos y repasó el filo del bigote, al dominico se le escapó un gemido y la mano temblorosa de Constanza cubrió aquella desnudez lo mejor que pudo. Así que el fraile siguió

ascendiendo, patinando sobre el vientre plano y cálido, topándose con el antebrazo libre de la joven, que aprisionaba los senos resaltando sin querer las pasiones que auguraban aquellas elipses generosas sobre las que caían largos rizos. El torso se convulsionó, y los pechos se abultaron. La mirada del fraile ya no siguió avanzando.

Constanza contuvo el sollozo, solo una lágrima furtiva se derramó desde sus párpados para penar junto a sus labios trémulos.

El escribano, que había tenido la idea de buscar una mancebía en cuanto terminase la audiencia, intentó tragar y terminó carraspeando, con lo que sacó al fraile de su abstracción.

—Debéis confesar. Debéis abrazar la sacrosanta fe del Honestísimo, el único cuya misericordia puede perdonar vuestros pecados. Si no lo hacéis, será vuestra la culpa si se os quiebran los huesos —aquella voz mefistofélica volvió a engalanarse con dulzura—, o si se os escapa la vida…

La joven Accioli supo lo que iba a suceder. Cerró los ojos con fuerza y pensó en aquella tarde en el corral de comedias de la Cruz, en Madrid. Se aferró al recuerdo de Dámaso y consiguió no llorar.

Hubo otro de aquellos gestos del dominico y el verdugo no tuvo que espantar escrúpulo alguno para ponerse manos a la obra. Se fue hasta una escarpia herrumbrosa donde había unos cuantos trapos sucios que no eran más que un remedo de prendas.

—No creo que sea necesario —dijo entonces el dominico—. Bastará con las ligaduras…

Al verdugo, que había visto descender a los infiernos a cientos de desdichados en aquella mazmorra, le venía dando igual torturar a aquella infeliz desnuda que vestida con los harapos con los que únicamente cubrían las partes pudendas de los reos. Así que cambió de postura, y se hizo con dos rollos de cuerda de cáñamo que estaban colgados junto a los arrapiezos.

Antes de que Constanza consiguiese recordar los versos de aquel soneto que había leído en el corral de la Cruz, ya tenía las manos a la espalda, atadas con una serie de vueltas apretadas que empezaron a mellar la carne.

Sintió entonces la joven cómo el verdugo se afanaba tras ella aferrándole los pulgares. El hombre usó un cordel más fino para ligarle los dedos con espiras prietas y luego se volvió a un rincón para hacerse con un juego de los pesados grillos de hierro que Constanza había visto al entrar. El sayón, a pesar de la corpulencia, tuvo que hacer esfuerzos evidentes para alzar los hierros, los músculos plegaron las telas negras de sus ropas. Los hierros pasaban de largo de las treinta libras.

Sin siquiera ocasión de respirar, bajo la mirada conminadora del dominico, el verdugo ya había lazado una maroma por las ligaduras de las manos de la siciliana y enhebraba el cabo por una de las garruchas que colgaba del techo.

—Adelante —ordenó el inquisidor.

El error de Antonio de Morga había sido confiarle a un vil cobarde el encargo que le hiciera Hortuño de Andrade. A uno de entre esa clase de hombres despreciables que solo encontraban sustancia en los hígados si tenían enfrente a alguien más débil.

Bartolomé de Palos jamás había dudado de su hombría cuando, desempeñando sus cometidos de veedor en las aldeas de los alrededores de Manila, se había aprovechado de alguna indiecita ifugao de grandes ojos castaños desorbitados por el pavor. Sin embargo, el miedo a quedarse varado en aquel extraño Japón, sin posibilidad de regresar a colonias españolas, había frenado su compromiso con el asesinato de aquel alférez que se había hecho con el mando de los restos del San Jacinto. Y el de Palos era consciente de que le debía la vida, de no ser por el gallego, los náufragos no hubieran podido contar con un medio para escapar de aquel archipiélago de suspicaces monos amarillos.

Pero durante aquella interminable espera en el Japón y, tras el eterno tornaviaje, habían llegado al fin a territorios bajo dominio de las católicas coronas de España, y el antiguo veedor, aquel al que le decían *el Santo*, pensaba cumplir con el encargo. Y no porque le disgustase dejar sin rematar una encomienda, sino porque temía las represalias que pudiera tomar el execrable Antonio de Morga, uno de los hideputas más codiciosos y vengativos con los que se había cruzado el de Palos en su larga vida de tropelías.

Para alivio de los nipones, que no habían llegado a acostumbrarse a la vida en alta mar, días atrás habían avistado las peñas del que, según el piloto Vasco de Novaes, fue identificado como cabo Mendocino; y después habían bojeado hacia el Sur, buscando la bahía de Ciudad de los Reyes.

Habían atracado durante lo que, más tarde, supieron que era el mes de marzo, prácticamente ocho años después de haber abandonado Manila. Y habían sido acogidos por una bofetada de calor reseco que esperaba ansioso por las grandes lluvias del verano.

La villa los había asilado con la apatía de los esclavos, que aguardaban por las flotas tumbados en chinchorros a la sombra de palmeras; pues cualquier hidalgo, de cierto o de apariencia que se tuviera en estima, vivía en las serranías que rodeaban la ensenada. Nadie con más de un apellido bajaba al horno del puerto si no era para recibir a las naos que traían las especias y la seda de Manila, o el oro y la plata del Perú. Pero los vientos llevaron pronto las noticias de la llegada en andas de mucamas, dueñas, lacayos y sirvientes. La misma tarde de su arribo toda Ciudad de los Reyes hervía de curiosidad por los emisarios del Japón.

A instancias de Dámaso, el estirado Sebastián Vizcaíno se había ocupado de aludir a sus credenciales para rogar cobijo. Aunque había sido más bien gracias a que el capitán de la guarnición recordaba al gallego que, antes de la primera noche, los

hombres del Date Maru habían sido acomodados en los barracones que dominaban la bahía de Ciudad de los Reyes para defenderla de los piratas y corsarios. Unos simples albergues desordenados en donde, por lo que se veía, empezaban a planearse las obras para construir un gran fuerte con el que defender el próspero puesto.

Así que todos los llegados del archipiélago del Japón, orientales y occidentales, aguardaban que las cartas enviadas al virrey en Ciudad de México alcanzasen destino y recibiesen respuesta. Y Bartolomé de Palos no estaba dispuesto a desaprovechar aquel tiempo de espera. Había llegado el momento de rematar todo aquel asunto y, como Ciudad de los Reyes no era más que un asentamiento portuario, el de Palos sabía bien qué hacer.

Apenas una semana después de su llegada, ya había recorrido la mitad de los lupanares del lugar y había conseguido encontrar a la clase de hombres que necesitaba. Además, aprovechando la empresa, pensaba permitirse el añorado lujo de acabar también con aquel indeseable mono de hábito naranja que lo había puesto en ridículo.

* * *

En total eran siete. Caminaban agazapados por el chaparral, al rececho, aguardando a que el sol saliese por el horizonte. Y Bartolomé estaba satisfecho con su elección. Escapados de los corchetes que mandaban los corregidores de Madrid, Badajoz, Sevilla, Barcelona o Jaén, en las colonias del imperio español abundaban los perdonavidas valentones de espadas herrumbrosas a los que se les iba la fuerza por la boca, y siempre había entre ellos unos cuantos con la cuera revenida y maña con los hierros. Tipejos de capas terciadas por las que despuntaban vainas con hojas bien engrasadas, jaques sin el menor escrúpulo en atravesar unos hígados por unos cuantos ardites. Y de entre los de esa calaña, midiendo con cuidado sus palabras al amor de azumbres pagados, rebosantes de vino importado desde Rueda, Bartolomé había elegido a los suyos en las tabernas de peor fama de Ciudad de los Reyes.

Espantando robustos lagartos todavía adormilados, el grupo se emboscó tras un matorral que coronaba las muelas de piedra del cerro que dominaba la bahía. Y no tuvieron que esperar mucho para ver aparecer a Dámaso, acompañado de aquel despreciable mono amarillo con su inseparable vara.

En apenas unos instantes les llegaron las voces quedas y los golpes secos de los bastones de *rattan* al entrecruzarse. Y esa era la baza de Bartolomé, sus fondos estaban muy mermados tras lo perdido en el naufragio y el tiempo transcurrido; contratar a aquellos hombres le había dejado sin opciones de agenciarse algún arma de fuego. El de Palos, sin embargo, estaba convencido de que aquellas varas no serían rival para las espadas y dagas que portaban.

El sol industriaba el alba cubriendo de naranjas el roquedal y los matojos. El ambiente enjugado se iba acomodando al nuevo día y era evidente que aquella iba a ser, una vez más, una jornada asfixiante.

Al primer tirón del verdugo, los tobillos de Constanza se despellejaron con el roce áspero de los pesadísimos grilletes que los ceñían. Pero el dolor quedó pronto acallado por los lamentos de sus pulgares, que amenazaban con descoyuntarse por las ataduras de las que colgaba todo el peso de la joven. Suspendida por sus dedos como un fardo bamboleante, cuando el sayón jaló, las treinta libras de hierros que le desollaban los pies tiraron de ella hacia abajo haciendo que todos sus huesos crujiesen.

—¿Confesáis? ¿No es cierto que incitasteis a otras novicias del sagrado convento de las Descalzas Reales a adorar a Satanás?

Constanza apenas oyó un eco lejano de las mefistofélicas preguntas. El tormento recorría su cuerpo y tenía la sensación de que iba a partirse en dos. La maroma, tensa, arrastraba las ligaduras de sus manos y, al otro extremo de su cuerpo, amenazando con desmembrarla, los grillos le desencajaban la osamenta.

—¿No es verdad que, bajo vuestra invocación, esas cándidas jóvenes se rindieron a las influencias del maligno y conspiraron contra su excelencia, el valido de nuestra cristiana majestad?

La ridícula cabeza del dominico giró sobre el desproporcionado cuello; y aquellos ojos en los que apenas se distinguían las pupilas se bambolearon con los pechos desnudos de la joven siciliana, punteando los generosos pezones.

—Sois Constanza de Accioli, ¿no es así?

Solo se le escapó un gemido, quebrado por el rasgar de la pluma del escribano en la resma de papel. Diligentemente, tomaba notas de todas las preguntas y de la falta de respuestas. Ante aquel taimado silencio, el fraile abandonó su contemplación para dedicarle un nuevo ademán al verdugo, que asintió y fue en busca de un par de grillos más.

Cuando añadieron el peso, la maroma se estiró y las yemas de los dedos de sus pies le permitieron apoyarse levemente en el suelo sucio, aliviando en parte sus dolores. Pero el consuelo duró solo un instante, el tiempo que necesitó el verdugo para obrar el calabrote e izarla unas pulgadas con un seco tirón. La sangre comenzó a manar desde los tobillos y recorrió las laderas de los largos y finos empeines. Constanza volvió a gemir a través de labios fruncidos. Ya no sentía vergüenza alguna por su desnudez, todo su mundo se había reducido al padecimiento lacerante que la atravesaba. Solo mitigado por aquellos recuerdos a los que intentaba aferrarse: le venían a la memoria frases de aquella comedia del corral de la Cruz, y los versos de aquel soneto. El rostro amable de Dámaso al sonreír.

El provisor, inmóvil hasta entonces, dejó atrás al escribano y se acercó hasta el

inquisidor para hablarle en voz baja.

—Vuestra paternidad, creo que ya es suficiente por hoy —le susurró el juez del Santo Oficio al dominico.

—Claro, claro, estoy seguro de que ahora se mostrará más dispuesta a colaborar…

Constanza se sintió a punto de dejarse tentar. Incluso intuyendo que aquello no era más que un teatro bien ensayado por aquellos seres despreciables, capaces de usar el nombre de Dios para tales atrocidades. Aun sabiendo que estaban dejando caer ante ella un anzuelo cebado con mentiras, estuvo a un brete de sucumbir.

Los dos hombres de la Santa Inquisición esperaron a que la trampa se cerniese sobre la joven, pero el contumaz silencio de la siciliana perduró.

—¡Soltadla!

El evidente desprecio amargo que destiló la orden no le permitió a la joven Accioli concebir esperanzas. Sus ojos cerrados le impidieron ver cómo el dominico le señaló algo con el mentón al verdugo.

El sayón desató la maroma de la argolla que la mantenía tensa y la siciliana cayó hecha un bulto, intentando recuperar el resuello. La dejó allí tirada y, en un alarde de fuerza, arrastró aquel escaño al que los condenados solían llamar *potro*. Y puso a su lado uno de aquellos cántaros de agua sucia cubierta por una tona de robín.

Las manos frías del verdugo la alzaron por la cintura. Horrorizada, sintió aquellos dedos ásperos recorrer su piel hasta apresarle los pechos. El sayón no se contuvo, disimuló el gesto mientras halaba a Constanza y, sin pudor alguno, pellizcó uno de los pezones. Tan fuerte que la lastimó y ella dejó escapar un quejido. Sin embargo, ni el provisor ni el inquisidor hablaron.

Constanza vio de reojo aquel largo escaño. La madera estaba trabajada dejando un gran canal central con espacio suficiente para albergar a una persona y, cruzando la hendidura, se había claveteado un ristrel que estropeaba el fondo abombado. La siciliana comprendió enseguida para qué servía aquel listón. En cuanto el verdugo la tumbó en el potro, la moldura se le clavó en la espalda impidiéndole encontrar una postura cómoda en aquella especie de féretro abierto. Tampoco tardó en percatarse de que sus pies quedaban algo más altos que su cabeza.

Tras dejar a la joven Accioli en aquel instrumento del Santo Tribunal, el verdugo se permitió un nuevo lujo y recorrió con los dedos el vientre femenino, hasta pellizcar sin rubor los rizos de la horquilla entre los muslos. Y Constanza se revolvió, sintiendo los grilletes que la martirizaban, y aquel ristrel que se clavaba en su espalda maltratada.

—En el nombre de Elías y los demás profetas, ¡confesaos!

Aquella voz pasaba de la dulzura más empalagosa a una estridencia que atravesaba los oídos como clavos ardiendo.

—¡Confesaos!

La antigua menina abrió los ojos para ver los parches de moho que la humedad del río pintaba en el entramado de piedras del techo. Pero antes de poder respirar, el verdugo le echó encima uno de aquellos lienzos mugrientos que le cubrió la cara y luego, sin deshacer siquiera las ataduras anteriores, usó nuevas cuerdas con las que le amarró los brazos y las piernas al escaño. Las tensó retorciéndolas con un atizador que había junto al brasero.

—No albergamos duda de que sois Constanza de Accioli —dijo el inquisidor con vehemencia—. Decid la verdad y os libraréis del tormento —prometió tornando una vez más el tono para resultar afable—. Debéis reconocer la verdad, las novicias de las Descalzas Reales ya han hablado…

Ella sabía que solo la propia Isabel Lardinois podía haber mencionado algo. El inquisidor mentía buscando que Constanza, dándolo todo por perdido, se abandonase y comenzase a admitir lo que fuera, incriminándose a sí misma con tal de evitar que la tortura continuase.

Oyó un suspiro de quien no supo identificar, pasos que hicieron crujir el heno del suelo, y antes de que supiese lo que estaba pasando, empezó a ahogarse.

Siguiendo las órdenes del dominico, el verdugo había alzado la cántara y vertía un hilo de aquel agua viciada sobre la boca tapada de la mujer.

Constanza sintió como el lienzo sucio se le apelotonaba en la boca. Se atragantó, intentó toser y no pudo. El agua la sofocaba y se le escurría por el rostro. El trapo se pegó a su tez, amoldándose, le impedía respirar al taparle las narices. Se revolvió, pero las tensas ligaduras le hicieron daño, quiso patalear, intentó gritar y pedir auxilio.

El verdugo fue inclinando más y más la jícara a medida que se vaciaba, dejando caer un cordón constante de aquel agua infecta que apestaba a orines fermentados.

—Acogeos a la Santa Providencia, dejad atrás vuestro silencio embustero y confesad los pecados cometidos. ¿Incitasteis a las novicias a alzarse contra la abadesa? ¿Conspirasteis contra su excelencia el duque de Lerma?

Aunque hubiese querido responder, Constanza era incapaz de hacerlo. El líquido se le acumulaba en el gaznate obligándola a hacer ridículas gárgaras cada vez que intentaba gritar. Al agua se sumaban sus lágrimas; el terrible dolor de las torturas solo remitía cuando se concentraba en sus recuerdos. Pensaba en aquella tarde junto a Dámaso, en las miradas furtivas entre las gentes que atestaban el corral de comedias. Y todo en su mente empezaba a misturarse en un batiburrillo confuso, mezclando las palabras del hombre al que amaba con los versos de aquel soneto que tanto la había impresionado.

Cuando el contenido de la jícara se terminó, Constanza tuvo un instante de pánico, el lienzo, enredado en su boca, no le permitía tomar aire. Sin embargo,

aunque era evidente que se estaba asfixiando, el verdugo, conocedor de su trabajo, aguardó hasta lo que le pareció el límite, e incluso esperó a un gesto de aquiescencia del inquisidor. Solo entonces lo retiró, tirando de él hacia el pecho, gesto que aprovechó para manosear descaradamente los senos de la mujer.

—¿Habéis recuperado el raciocinio? ¿Confesaréis ahora? La verdad es el único camino hacia la salvación. Debéis creerme.

Constanza sentía la garganta irritada. Sus labios palpitaban dolorosamente. Lanzaba bocanadas forzando el cuello y percibiendo cómo las ligaduras le zaherían la piel. Apenas notaba los pulgares, que le parecían amputados. Los grillos se le clavaban en los tobillos. Abrió los ojos y, sobre el rostro embozado del verdugo, le pareció ver el del mismo Dámaso. Y solo pudo balbucir una cosa, el último de los versos de aquel soneto del pasquín que leyera en el corral de la Cruz:

—Polvo serán, mas polvo enamorado…

Las sombras, tímidas, se iban escurriendo a medida que el sol hacía aparecer los sienas que componían la árida paleta del cerro de la Mira. Las esqueléticas y largas ramas grises de las *jacaratias* se mecían con la brisa, amenazando quebrarse por culpa de aquel peculiar aspecto tan frágil, tan distinto a los carvallos y alisos de su Galicia natal, donde las montañas estaban teñidas de verdes y no de marrones resecos.

Esperando que la tierra se calentase con el día que nacía, la ventolina aún soplaba hacia la bahía. Los insectos emergían para saludar el alba, olvidando sus escondites entre las plantas crasas que salpicaban el pedregal.

Como cada mañana de las últimas semanas, habían salido desde los barracones de la guarnición para cubrir el par de millas que distaba hasta el otero a poniente de los cuarteles; donde se construiría el polvorín que serviría a la futura ciudadela de Ciudad de los Reyes.

Aún renqueaba de la pierna derecha, pero el duro ejercicio diario obraba su trabajo; los músculos se habían endurecido y las articulaciones, vigorizadas, volvían a responder. Su determinación no había flaqueado.

Al pasar bajo unas hileras de *tamarillos* que plantara años atrás un cabo napolitano que había terminado consumido por las fiebres de las Indias, sin perder la costumbre de las últimas jornadas, Dámaso había cogido uno de los frutos, todavía verdes. Y, mientras seguían camino, repitiendo las enseñanzas legadas por su padre tantos años atrás en el pazo familiar de Monforte, el alférez hacía rebotar la fruta en la palma de la mano derecha, sin perder el ritmo de su caminata; tal y como había hecho de chico, con las manzanas cultivadas en los huertos de los Hernández de Castro.

Apenas alcanzaron el alto del cerro de la Mira, el monje boquino se dio la vuelta como una centella y atacó con su vara de *rattan*. El *tamarillo* rodó por el árido suelo.

Alzando su propio bastón, el alférez fintó y detuvo el envite del bonzo sintiendo como sus manos retemblaban, aunque sin temer por su propia integridad. En la playa de Sendai había visto al monje practicando con aquel *samurai* al que le debía la vida, usaban sables hechos de madera de níspero para simular combates de esgrima; y ambos eran capaces de levantar un grano de arroz pegado a la frente del contrario sin que el adversario sufriera mayor daño que una ráfaga de rapidísimo aire que le despeinaba las cejas. Había llegado a admirar la perseverancia de los japoneses por hacer cualquier cosa con la mayor perfección posible y había aprendido que, de enfrentarse los Tercios al ejército de cualquiera de aquellos *daimyo*, más les valdría a los occidentales ir bien cargados de pólvora, porque, sin armas de fuego, nada hubieran podido hacer excepto morir bajo el durísimo acero de los sables de aquellos hombres obsesionados con el deber.

El antiguo furriel giró y embistió a su vez con el largo bastón de combate. Zongji, como siempre, se anticipó y reaccionó con agilidad desviando el golpe; dio un paso atrás, se preparó para contraatacar.

Las aguas de la bahía empezaban a encender sus azules. Los pelícanos se despertaban y comenzaban a atusarse las plumas con diligencia, usando sus grandes picos.

A cubierto en unos matojos de agave, vio a aquel despreciable mono hacer un amago antes de soltar un trallazo con su propia garrocha y, desentendiéndose del espectáculo, Bartolomé miró a sus espaldas. El de Palos comprobó que sus hombres estaban preparados y desenvainó con un siseo.

—A por ellos, los quiero muertos a los dos —les dijo a los suyos—. Y recordad, el macaco ese vestido de azafrán ha de sufrir tortura —el odio rezumaba en cada palabra.

Bartolomé de Palos había oído que los bucaneros le abrían a uno las entrañas, le trasteaban en la asaduras hasta hallar un cabo, le ataban los intestinos a un árbol y lo obligaban a correr a punta de espada hasta dejar tras de sí una madeja sangrienta de tripas desenredadas y un cadáver desangrado. Eso era lo que pensaba hacerle a aquel indeseable.

—¡Sin cuartel! —gritó alzándose.

Los otros seis lo siguieron dispuestos a ganarse el jornal. No tenían armas de fuego y ni siquiera contaban con una mísera ballesta. Los dineros de Bartolomé no habían dado para más, pero, aun así, llevaban cobrada la ventaja de la sorpresa y del número, por lo que todos estaban seguros de que aquello sería pan comido.

Saigo Hayabusa había aprendido pronto que aquel tipejo con ínfulas y aspecto de árbol deshojado al que decían embajador no tenía otro peso entre los *nanbanjin* que el de sus nombramientos. Todo lo contrario que *Damaso-san*, que tanto valor había demostrado cuando el ataque de los otros *extranjeros de pelo colorado* en los

dominios de Date Masamune. Y desde la convalecencia del forastero había intentado pegarse a él para ganarse su confianza; buscando encontrar respuestas con que explicar aquellos cajones marcados de Fushimi y el mensaje del caserío de los Chosokabe. Como resultado, había nacido un callado afecto de largos silencios entre dos hombres que habían sido marcados a fuego por su pasado.

Y, esa mañana, había decidido unirse a las prácticas que, junto al bonzo, el *nanbanjin* llevaba a cabo en un otero a apenas un *ri* del lugar donde los habían acomodado. Así que, al alba, había emprendido camino hacia aquel cerro.

Un tiparraco barbudo y desgreñado, que hedía al aguardiente de cacto malamente destilado que solían beber los esclavos de Nueva España, fue el primero en echársele encima. Esgrimía la espada sin habilidad alguna, pero con ímpetu suficiente para suponer un peligro. Sin embargo, el alférez se las arregló con maña; se apartó a tiempo y le sacudió un estacazo a su atacante. Pero no sirvió para detenerlo, y aunque un reguero de sangre le corría por encima de la ceja, aquel hombre se revolvió en un santiamén para volver a lanzarse al ataque.

—¡Muertos! ¡Los quiero muertos!

Para Dámaso, ocupado en librarse de aquel bigardo, aquella voz confirmó lo que le había parecido ver, al fin, después de aquellos años, se resolvía el misterio. Bartolomé de Palos era el asesino sobre el que su amigo Martín había intentado advertirlo; y el muy cobarde ni tan siquiera se había atrevido a cumplir con su encargo hasta que habían regresado a suelo español.

El barbudo embistió una vez más. Buscaba con la daga los riñones del alférez, que, con la serie de gestos del anterior ataque, le daba ahora la espalda. Dámaso lo intuyó, pero tenía que atender a un larguirucho de revueltos bigotes que le venía de cara y que, antes de darle ocasión a jurar en falso, le envió la hoja de una toledana al cuello.

Se repartieron, de a tres para cada uno, y Bartolomé se quedó atrás pendiente del descabello.

Poco le faltó a Dámaso para terminar ensartado de pecho y espalda entre los dos primeros; no le quedó más remedio que echarse al suelo rodando para terminar a los pies de otro, un mulato nativo que destilaba rencor hacia los conquistadores en el filo de la espada con la que intentó atravesarle las asaduras.

Despatarrado, con un revuelto de sesos y pellejo estampado en la coronilla, el primer cadáver de los asaltantes atraía ya a las hormigas, que seguían el olor desperdigándose entre los pies de Zongji. El bonzo, con su labio deforme retorcido de un modo siniestro, sostenía la vara entre el hueco de la axila y el antebrazo, con las yemas de los dedos rozando la madera pulida, listo para repeler a la pareja de atacantes que aún se tenía en pie. Ni aquellos hombres ni aquellas ridículas y frágiles espadas lo amilanaban.

Se levantó y empezó a recular. El mulato desenterró las pulgadas del hierro que se habían clavado en el lugar que había ocupado Dámaso un instante antes, y le lanzó una patada que el gallego evitó por un pelo. Entonces el alférez aprovechó el impulso para golpear tan salvajemente como pudo la entrepierna de su atacante. Luego, sabiendo que el barbudo le venía por el cogote, echó la garrocha rápidamente atrás, tal y como le había enseñado el bonzo.

Los bastones de combate les daban una guardia mucho más amplia, pero los hierros resultaban una amenaza mucho más inmediata y, aunque el extremo de su pértiga salpicó los dientes del otro por la sotabarba, Dámaso temió que ni siquiera con la ayuda del monje salieran bien parados.

—¡Destripad a esos malnacidos! ¡Sin cuartel! —arengaba el de Palos a los suyos.

El furriel reaccionó rápido; remató al de las barbas con un nuevo envión que le convirtió las narices y mejillas en una cataplasma de higadillos preparada por curanderas gitanas. Y, agachándose, para evitar una estocada del mulato, le dio la vuelta a la garrocha para desnucar al mestizo.

Zongji apretaba con el talón la garganta de uno que se lamentaba entre gorjeos y, mientras empujaba, hizo saltar la espada de manos de otro con un bastonazo certero en la cazoleta.

—¡Despellejadlos! ¡Matadlos!

Bartolomé gritaba, danzando de puntillas con nerviosismo, levantando los brazos armados. Se preparaba para intervenir.

El alférez se enfrentaba a uno herido que escupía guiñapos sanguinolentos y a otro que estaba bastante entero. Al mulato ya lo había aviado. Al bonzo solo le quedaba un rival. Pero tanto el español como el japonés estaban sin resuello.

Había llegado su oportunidad. Y el de Palos dio un paso al frente, alzando la mano de la vizcaína, halando la hoja de la espada, confiando que el grueso coleto de pellejo de búfalo amortiguase los golpes de las largas varas.

—Será mejor que recéis, hideputas malnacidos, vais a cenar en el infierno…

No advirtió el peligro. Estaba demasiado concentrado en la nuca descubierta de Dámaso, donde pensaba enterrar la daga hasta la misma empuñadura. Empezaba a echar la mano atrás cuando el afilado *boshuriken* le entró por la nuez y le desbarató el gaznate. Cayó con los ojos bien abiertos, sin dejar de mirar hacia el alférez, falto de tiempo para maldecir una última vez.

Zongji vio a aquel *samurai* de origen humilde coronar el cerro. La mano estirada siguiendo la línea del antebrazo, el cambio brusco en la expresión serena. Oyó el venablo surcar el aire y, antes de que aquel tipejo cetrino del que nunca se había fiado cayese, disfrutó observando la destreza de Saigo.

En media docena de rápidas zancadas, el *ronin* llegó a la altura de un altísimo *nanbanjin* que cercaba a *Damaso-san* y, con un solo movimiento, desenvainó y

rebanó el torso del occidental de un tajo fluido que fue desde el costillar hasta el nacimiento del cuello.

Cuando el sol se elevó sobre las sarmentosas ramas de las *jacaratias* entre los cactos del secarral del cerro de la Mira, los coyotes empezaron a despedazar los cadáveres de siete hombres.

—¿*Todo bem*?

La pregunta la había hecho Yoshioka Seijuro, usando aquella peculiar mezcolanza de español y portugués que se había acostumbrado a utilizar con los náufragos del San Jacinto.

Dámaso miró la cicatriz que cruzaba la mejilla del joven *samurai* y asintió antes de responder.

—Sí —dijo con cierta melancolía—, pero me temo que estoy acumulando demasiadas deudas.

Yoshioka consideró lo que acababa de oír, dudando; hasta entender que, honorablemente, el español se sentía acreedor del *ronin* tras lo ocurrido esa mañana.

—*O deber não precisa de pagos* —las palabras y el acento no cuadraban, pero era comprensible.

Tras la abundante cena, a su alrededor, los soldados de la guarnición de Ciudad de los Reyes y los miembros de la expedición del San Juan Bautista charlaban en grupos dispersos en la sala común de los barracones que hacía las veces de comedor. Reposaban la pantagruélica comilona y trasegaban el vino que aún quedaba en el fondo de las cántaras. Con permiso del capitán, siendo que los llegados del Japón marcharían pronto hacia el interior para entrevistarse con el virrey en Ciudad de México, se había celebrado una velada para la que solo hubo lamentos por parte de aquellos a los que les tocó hacer guardia.

Los comerciantes japoneses, ansiosos por congraciarse con los occidentales, a instancias de Hasekura Tsunenaga, habían aportado unos cuantos *kobán* de oro con los que se vaciaron los mercados de la Ciudad de los Reyes.

El ignaciano Crisóstomo Fernandis, entre resoplidos de resignación, se pasó la velada yendo de un lado a otro para servir de traductor. En todo momento se preocupó por mostrar su mejor cara, buscando la aprobación de Sebastián Vizcaíno y quedar en buen lugar frente al capitán de la guarnición, haciéndole de menos al franciscano Luis Sotelo. Sin perder de vista su deseo de conseguir el obispado del Japón, ahora que ya se sentía a salvo, el jesuita no perdió oportunidad de avasallar a los mercaderes de la expedición para sugerirles que se convirtieran al cristianismo a fin de unir lazos con Occidente. Les habló con insistencia de que su católica majestad, el rey Felipe el Tercero, se mostraría encantado de patrocinar acuerdos comerciales con conversos dispuestos a engrandecer el dominio de las muy cristianas Españas.

Los japoneses, dechados de amabilidad, sonrieron complacientemente y escucharon cuanto les decían; pusieron empeño por comportarse como huéspedes agradecidos, aun cuando la grasienta comida compuesta de guisados de pollo y lechones asados regados con fuertes vinos se les antojase repulsiva, incluso a pesar de que el griterío en el que parecían sentirse tan a gusto los occidentales les resultase incómodo.

—Cierto —concedió Dámaso al cabo—, el deber solo se tiene a sí mismo por dueño.

Yoshioka asintió dándole la razón, lo que había hecho aquel *hombre de las olas* con la cara picada por la viruela era, simplemente, lo que se le suponía. Su obligación, la de todos los japoneses allí, era cumplir con las órdenes de Date Masamune, mandatos que dependían directamente del gobierno de los *shogun* Tokugawa.

—Sin embargo —continuó hablando el alférez—, de no ser por la intervención de *Saigo-sama*…

Al *samurai* le complació ver cómo el occidental se esforzaba por usar los términos del idioma japonés, aunque le pareció excesivo el respetuoso tratamiento que le dedicaba a aquel *bushi* de origen humilde aparecido de la nada en Sendai.

Dámaso sacó entonces del coleto aquel dardo afilado que Saigo Hayabusa había usado para derribar a Bartolomé en el cerro de la Mira. Y comenzó a darle vueltas entre las manos, observándolo.

Estaba tan absorto el alférez recordando lo sucedido que no se dio cuenta del brusco cambio en el semblante del oriental.

—*Facía tempo que no veía un desos* —dijo Yoshioka observando el *boshuriken*.

Alzó la vista un momento para confrontar aquellos ojos pardos y sesgados, luego Dámaso volvió a mirar con atención aquella arma extravagante.

A Yoshioka Seijuro apenas le bastaron los muchos años de disciplinado entrenamiento para reservar sus emociones. Aquel dardo de acero era una de las mañas de los hombres del *ninjutsu*. Y era evidente que allí, en aquella colonia de los *nanbanajin*, no había *shinobi*. Y el guerrero japonés solo había visto algo así una única vez si no era en manos de uno de aquellos *artistas del sigilo* embozados en azul: en un cadáver en el caserío de los Chosokabe.

El español dijo algo más sobre el deber y el honor, algo profundo que debiera haber sido del gusto del japonés. Pero Yoshioka no lo escuchó, estaba mirando en derredor. Al otro extremo de la sala, sentado junto a aquel bonzo boquino, en silencio, sorbiendo tragos comedidos de aquel brebaje tinto que tanto alababan los forasteros, estaba Saigo Hayabusa.

Tenían nombres que sonaban como los conjuros de un alquimista. Sus siluetas, imponentes, recortadas contra el horizonte de la tarde, domeñaban la serranía

obligando a la expedición a buscar su camino por el valle. Y muchos de entre los hombres, ridículamente pequeños ante aquella obra de dioses mitológicos, miraban con suspicacia las fumarolas que coronaban las montañas.

Dámaso conocía las historias sobre aquel lugar, había escuchado las sangrientas crónicas sobre la conquista, y sabía que el mismo Hernán Cortés había encontrado un paso con el que ascender hasta las calderas de los volcanes y conseguir azufre para fabricar pólvora. Aquella era la ruta de las mercaderías del lejano Oriente; a través de las sierras mexicanas.

Siguiendo a su sombra en aquel sendero entre las escarpadas colinas de Nueva España, el alférez montaba un tordo de carácter nervioso al que le gustaba cabecear y, aprovechando el paso tranquilo de la caravana, meditaba sobre lo que habría de suceder en Ciudad de México cuando encontrase a Antonio de Morga. Aquel indeseable tenía muchas preguntas que responder y él hacía cuanto estaba en su mano a fin de contenerse y no azuzar al caballo para que se echase al galope.

Usando su vara de combate como un simple bastón, Zongji se había negado a cabalgar montura alguna, simplemente caminaba con su paso elástico y acostumbrado. Tenía los andares de un viejo peregrino y disfrutaba de cada piedra resquebrajada, observaba cada arbusto de pita y miraba con entusiasmo de zagal curioso cada uno de los imponentes saguaros, que eran como enormes acericos acanalados y plagados de afiladas púas.

Al abandonar el monasterio de Shàolínsì no hubiera imaginado que atravesaría un océano y llegaría a los confines del mundo; ahora, esperaba ansioso que el alto en Ciudad de México para visitar al *daimyo* de aquellas tierras no se demorase. El bonzo quería pisar las playas del Atlántico y viajar hacia aquel país inmenso cuyo *shogun* debía de ser tan poderoso como el mayor y más glorioso de los emperadores conocidos.

Por delante de un Luis Sotelo que refunfuñaba por lo bajo, Crisóstomo Fernandis y Sebastián Vizcaíno, a la vanguardia de la expedición, montaban los mejores sementales, ejemplares traídos para los ricos mercaderes de Ciudad de los Reyes desde las caballerizas de Córdoba. Mientras avanzaban, discutían repartiéndose el poder y las prebendas que, con la venia del virrey de Nueva España, les otorgarían gracias al viaje del San Juan Bautista. El jesuita había mantenido las distancias con Dámaso y, previniéndose, había estrechado lazos con el embajador. Y era mejor así, aquel alférez pretencioso se había vuelto contra la mano que debía darle de comer y ahora hacía buenas migas con los orientales. Tan solo lo había visto cruzar unas pocas palabras con los supervivientes del San Jacinto, y únicamente para discutir sobre derroteros y rutas con el piloto Vasco de Novaes, para interesarse por el muñón del carpintero Lope o para saber de las fuerzas de Lucas Mendes, aquel menorquín taciturno. Y eso que ya no quedaban muchos, porque aquel onubense malcarado que

fuera veedor en Manila había desertado en Ciudad de los Reyes.

Por lo que el jesuita había visto, Dámaso Hernández de Castro ya apenas abría la boca, a no ser con aquel monje budista de labio deforme o con aquel guerrero japonés picado de viruela. Parecía haber trabado amistad con ambos y, por lo que el padre Crisóstomo intuía, ya se las debía apañar con cierta soltura para usar el idioma sin tener que recurrir a un traductor.

Saigo Hayabusa miraba hacia los volcanes sintiendo cierta nostalgia de su país, aquellos humeros nevados en la sierra le recordaban a las grandes cordilleras de la isla de Honshu. Pensaba en su hijo, en la familia perdida. Meciéndose al paso de la montura, acariciaba con el pulgar la piel de raya de la empuñadura de su *katana* e intentaba espantar sus miedos. A pesar de la magnanimidad de Date Masamune y de su nombramiento como hombre del ligio de Sendai, seguía sintiendo el peso de la vergüenza sobre sus hombros.

Antes de que cayera la noche, a instancias del nativo que les servía de guía, Sebastián Vizcaíno ordenó muy ufano el alto de la caravana; y los hombres empezaron con las tareas del campamento antes de que se llegase a asentar el polvo del camino. Algunos se ocuparon de encender hogueras con los ramajos resecos de los arbustos, otros atendieron espetones con la caza del día, principalmente gordos roedores que recordaban a conejos, y algunos protestaron porque les tocó hacer la primera guardia para mantener alejados a los coyotes.

El embajador, en un intento por apaciguar los ánimos, hizo por que se repartiera alcohol entre los hombres para celebrar la cercanía de su destino. Pero el gesto apenas aprovechó para contentar al Retrato y al taciturno franciscano. En lo que respectaba a los japoneses, de no ser por Dámaso, ya hubieran decapitado a Vizcaíno, y un poco de vino picado no iba a cambiar la mala opinión que les merecía.

Seguidor de las viejas costumbres, Yoshioka Seijuro despreció la carne que le ofrecían y sacó de una alforja unas lascas de pescado seco que había conseguido en un infecto mercado de Ciudad de los Reyes.

Había estado observando con mucha atención a aquel Saigo Hayabusa que tan providencialmente había aparecido en Sendai. Antes de partir, lo había visto pasando mucho tiempo con los extranjeros, haciendo preguntas discretas cuando alguien le servía de traductor. Podía ser que los *nanbanjin* no se diesen cuenta, pero a él le daba la impresión de que buscaba averiguar algo. Y saber cuáles eran las intenciones de aquel despreciable *hombre de las olas* era lo único que refrenaba a Yoshioka, que se sentía obligado a vengar lo sucedido en el caserío de los Chosokabe, pero constreñido por el bien de su presente cometido.

Metió la mano en su *obi* y sacó aquel afilado dardo que el forastero le había dado. Lo miró una vez más y, como en todas las ocasiones anteriores, estuvo seguro de que era igual al que había visto en Kyoto.

A la mañana siguiente, la expedición logró internarse en los valles que conducían a las lagunas de Ciudad de México. En cuanto despacharan con el virrey, dejarían atrás la antigua capital nativa y comenzarían a descender en busca de la costa atlántica, conduciéndose en sentido contrario por el que era conocido como *camino de los virreyes*, pues desde la Vera Cruz llegaban los altos dignatarios que enviaban los reyes de España a aquellas tierras.

Sin embargo, por ahora, la caravana aún tenía por delante dos días de marcha, si es que a los caballos no les picaba alguna de las sierpes venenosas de las que tanto abundaban en aquellos pagos.

Y, mientras los hombres del Date Maru avanzaban, en la misma Ciudad de México, en un antiguo silo que había quedado al descuido entre las reformas que con tanto vigor acometía el virrey Luis de Velasco en la villa, Antonio de Morga preparaba un envío para Sevilla.

No había quien diera un ardite por el duque de Lerma, cuyos privilegios se tambaleaban, y muchos, como el mismo oidor, temían que el sucesor del privado no fuese tan indulgente con ciertos trapicheos, así que intentaba poner a buen recaudo sus ahorros.

Y para Antonio de Morga habían llegado grandes noticias desde la ciudad del Guadalquivir: su viejo socio, Hortuño de Andrade, volvía a manejar hilos invisibles en la burocracia del Consejo de Indias; y, aunque le pedía discreción absoluta porque su posición seguía siendo delicada, el antiguo secretario del valido se había avenido a ponerle a cubierto algunos fondos en aquellos tiempos que se amenazaban revueltos.

—¿Y cómo sabéis que ha sido cosa de ese hideputa tuercebotas? —preguntó Sancho atusándose la barba.

Pacheca, evidentemente enojada, desgranaba guisantes con los aires huraños de uno de aquellos indios *caribes* de los mares de Cuba, de los que decían que se comían a los conquistadores tras destriparlos como a pollos. Y, antes de responder, Gaspar le echó una mirada de reojo a la dueña preocupado.

—Ese alguacil no se hubiera atrevido a tendernos la emboscada por sí solo —contestó frotándose una mejilla todavía dolorida por el golpe de uno de los egipcianos —, no le sale a cuenta.

Sancho estuvo a punto de argüir algo, pero se dio cuenta de que no merecía la pena. Su amigo llevaba razón, el guardia de la *chicharra* no ganaba ventaja alguna atracando al benefactor de cualquier preso. Los parientes y amigos aportaban dineros para la manutención y de esos caudales robaban los alguaciles sus buenos pellizcos; pero un asalto como aquel era pan para hoy y hambre para mañana, además de que, haciéndolo, se arriesgaba a perderlo todo por culpa de una denuncia o de una cuchillada, o lo que podía ser aún peor, podía terminar condenado a galeras.

—Pero eso no es lo que me preocupa, sino lo que significa…

Se oyó un refunfuño de Pacheca que se quedó a medio camino entre queja y gruñido. La mujerona resopló, dejando claro lo que pensaba de los peregrinos razonamientos de los hombres, y, con grandes golpes y aspavientos, usó el paño que llevaba sujeto a la cinturilla de la saya para secar las lascas de bacalao en salazón que había tenido a remojo.

—¿A qué os referís? —preguntó Sancho intrigado, obviando las calladas protestas de la dueña.

—Si Hortuño ha contratado los servicios de unos cuantos perdonavidas para tostarnos las asaduras, ¿qué no hará respecto a Constanza? Estoy seguro de que es esa alimaña la que está detrás de la denuncia a la muchacha…

La risa franca del galopín interrumpió la charla de los veteranos. Pacheca, ansiosa por espantar los pájaros de la cabeza del muchacho, que ansiaba alistarse en los Tercios, se había tomado la molestia de instruir a Ruy con el deseo de garantizarle un futuro. La dueña soñaba con que el crío aspirase a algo más que a terminar descuartizado en Flandes, y lo alentaba a creerse que mejor le sería si acababa como bachiller o leguleyo. Aquellas ínfulas le habían servido de bien poco al aya, el muchacho había descubierto un mundo de luchas y combates mucho mayor que el de las historias que le contaban los veteranos, el de los libros de caballerías. Y, en los últimos días, el galopín andaba obsesionado con la obra de un alcalaíno manco y muerto de hambre que había sido preso en Argel y al que habían acusado de robar la recaudación de los impuestos reales. Un escritorzuelo de cuyo nombre Gaspar no se acordaba, pero que, a juzgar por los afanes del muchacho, debía de estar cosechando grandes éxitos.

Ruy, ante el silencio, alzó los ojos del libro que tan ensimismado leía y, amedrentado por la reprimenda que se barruntaba en las adustas expresiones de los adultos, se excusó.

—El hidalgo se ha agenciado la bacía de un barbero pensando que es el yelmo de Mambrino —dijo señalando con la mano abierta las páginas escritas como si aquello lo explicara todo—. Y ahora anda por ahí con la escudilla de un rapabarbas en la cabeza, convencido de que lleva un morrión digno de los más nobles caballeros de bienfacer, como si tal cosa.

Y, como los mayores no parecieron compartir su gozo por la satírica novela, se levantó y se fue a continuar con su lectura al piso de arriba; al tiempo que Pacheca rehogaba unos ajos con algo de aceite de oliva en una cazuela que había puesto al fuego.

—Tenemos que sacar a Constanza del castillo —dijo entonces Gaspar convencido —. Si Hortuño se ha enterado de que velamos por ella y ha pagado para librarse de nosotros, también habrá soltado dineros para asegurarse de que sea condenada.

Sancho fue a decir algo, pero se quedó con la boca abierta.

—Debemos rescatarla…

Las gruesas tajadas de bacalao se le cayeron a Pacheca en la cazuela, salpicándolo todo, pero la dueña no se quejó por el desastre. Simplemente enredó los dedos en aquel trapo que llevaba a la cintura y lo retorció como si acabase de enjabonarlo en el río.

—Habéis enloquecido. ¡Es una chaladura! Estáis peor de la sesera que ese hidalgo tarado del libraco —aseguró Sancho indicando vagamente el piso de arriba, adonde había ido Ruy—. Así, sin más… Conque nos llegamos hasta la puerta de San Jorge, le decimos a los corchetes lo que queremos, arramplamos con lo que encontremos y nos llevamos a la muchacha —haciendo su particular enumeración el tonelero cargó su voz con un soniquete burlón—. Eso sí, nos despedimos educadamente como haciéndonos dalgo… Y, ahora que lo pienso, de paso podríamos pedir indulgencias… No, mejor aún, ya puestos en faena, nos acercamos a los dominicos de San Pablo y nos quedamos con lo que haya en el cepillo, aunque también podemos ir al palacio del arzobispo y pedirle a su muy púrpura excelencia alguno de esos cuadros tan caros en los que sale tan emperejilado…

Tras aquella retahíla del artesano se siguieron votos y juramentos que, por lo habitual, Pacheca Ramírez hubiera cortado de raíz con un grito severo. Pero, en esa ocasión, todavía con las manos enredadas en aquel trapo de tela basta, su voz fue calmada:

—Es cierto, tiene razón. Hay que sacarla de allí antes de que sea tarde.

El aya rubricó sus palabras con una intensa mirada que arropó los hombros de Gaspar con una ternura desesperada. Para la dueña, Constanza era como una hija, y no tenía a quién recurrir para salvarla a no ser aquel veterano al que había aprendido a amar.

—Antes de que sea tarde…

El viejo soldado convertido en pajarero se desconsoló con aquel rostro ancho y generoso, de amplias curvas y ojos dulces. Casi podía palpar la aflicción que transformaba el semblante de Pacheca.

—No os apuréis. La sacaremos de allí —prometió convencido Gaspar.

—¡Locos! ¡Estáis todos locos! Acabaremos en la hoguera, como torreznos… ¡Locos!

El tonelero se puso en pie y abandonó la mesa en la que habían estado esperando que Pacheca sirviese la cena de bacalao guisado. Se fue del taller murmurando imprecaciones.

La dueña susurró un agradecimiento a Gaspar y soltó al fin el trapo.

—La salvaremos…

El ajo terminó quemándose, los guisantes acabaron en un puré al día siguiente, llegaron risas del piso de arriba, donde Ruy disfrutaba con su lectura mientras aquel

hidalgo de sesos revueltos erraba por las tierras de Castilla, el tonelero se emborrachó en una taberna cercana y perdió hasta la camisa jugando a los dados. Mientras, Gaspar y Pacheca se fundieron en un prolongado abrazo de miradas encontradas y labios temblorosos que esperaban hallarse en un largo beso cargado de lozana pasión.

Cuando sus bocas atinaron les pareció beber de las fuentes de la eterna juventud de la mítica isla de Bímini, en pos de la cual había perdido Ponce de León la razón y la salud.

Y al abrir los ojos se miraron arrobados, no sintieron pena por el tiempo que habían perdido estando separados, sino gozo por la oportunidad de terminar sus días el uno junto al otro.

Lo llamaban el *lago de la Luna* y, rumbo a la antigua capital mexica, lo atravesaron gracias a las rectas calzadas de tierra compactada que delineaban el camino entre islotes, viendo las siluetas de las ruinas de las pirámides que edificaran los nativos, ahora pasto del afán constructor de los colonos.

Con toda la pompa y boato, tras haber cruzado las pedregosas serranías del corazón de Nueva España, la caravana de mercaderes japoneses fue recibida en Ciudad de México, para asombro del virrey y beneplácito del boquirrubio Sebastián Vizcaíno.

—¡Voto a Cristo! Casi parecemos grandes de España —dijo el manco Lope con su acento gaditano cargado de sarcasmo—. Me falta una golilla limpia, cagar sentado en un trono y una bolsa algo menos vacía que las tripas…

Avanzaban por las calles remozadas del centro de la villa. Y, al alcanzar la imponente plaza Mayor entre la multitud de curiosos que los corchetes se afanaban por contener, a algunos de los orientales se les escaparon interjecciones de asombro mientras miraban sobrecogidos el inmenso palacio del virrey, que se alzaba en el levante de la gran explanada. La enorme construcción, de grandes y severos sillares, simétrica hasta en el más mínimo detalle, dominada por una larga fachada en la que el muro restaba importancia a los vanos, asentada en poderosas columnas y anchos contrafuertes, era más propia de las mesetas castellanas que de aquella ciudad lacustre al otro lado del Atlántico. Había sido el capricho del mismo conquistador Hernán Cortés y estaba flanqueada por el resto de los estamentos del gobierno colonial. Hacia el sur de la plaza se alzaban las casas del cabildo, la cárcel del ayuntamiento y la carnicería que abastecía a la villa; hacia el poniente se levantaban las que todos conocían como Casas Viejas de Cortés, rentadas para albergar a la Real Audiencia y la residencia del virrey. Y, en el lado norte, se encontraba una modesta iglesia y las ruinas del que fuera Templo Mayor de los nativos mexica, en donde se planeaba erigir una catedral digna de las posesiones de la corona allende el océano.

Ante aquellos edificios, reconfortado, Lucas el Retrato consiguió sonreír, encantado de volver a verse en un ambiente de aires occidentales.

—Creo que daría la salvación eterna a cambio de un lechón asado —reconoció el menorquín pensando en no volver a probar las menudas comidas de los orientales.

—O un buen pote de carne con grelos —terció Mateo, el hijo de canteros, relamiéndose al tiempo que tensaba las riendas para refrenar al caballo, nervioso ante la multitud excitada que los observaba—. Un lacón asado…

Bajo las contras que se abrían a la curiosidad, para que los funcionaros pudiesen asombrarse con los extravagantes ropajes de los orientales, la expedición avanzaba. Dámaso, inquieto, forzándose a mantener la compostura, contestaba a las preguntas de Zongji haciendo cuanto estaba en su mano por que el bonzo entendiese su precario japonés, Saigo escuchaba la conversación. Intentaba disimular su asombro por aquellas grandes moles de piedra.

El pomposo Sebastián Vizcaíno, a la vanguardia de la caravana, parlamentó con un emplumado y bordado secretario de gobernación que aguardaba frente al portón de palacio y, muy ufano, el embajador echó la montura atrás con un gesto rudo de las riendas. Lo siguió un subalterno del virrey Luis de Velasco. Y, a medida que repasaban las filas de la expedición, Vizcaíno empezó a señalar a unos y a otros para que se repartieran según convenía antes de la audiencia que acababan de anunciarle. Como era obvio, eligió a todos los supervivientes del San Jacinto y, ayudándose de la traducción del padre Crisóstomo, a Dámaso no quiso acercarse, le pidió a Hasekura Tsunenaga que escogiese una delegación para la entrevista que tendría lugar esa misma tarde en el palacio virreinal: media docena de hombres de armas y una representación de los comerciantes más destacados.

Luis de Velasco y Castilla, marqués de Salinas, virrey de Nueva España por gracia de su católica majestad Felipe el Tercero, señor de Castilla y Aragón, regente de las Indias Orientales y Occidentales, estaba encantado con aquellas nuevas, y se dio prisa por disponer cuanto se necesitaba. Aun así, todos aquellos hombres de la expedición tardaron menos en organizarse de lo que llevó completar los rígidos protocolos de la casa de los austridas, los mismos que el virrey llevaba consigo con machacona eficiencia.

Buscaron alojamiento para todos y, debido al desprecio evidente que destiló Sebastián Vizcaíno hacia el líder japonés, a Hasekura Tsunenaga no le cedieron más que una humilde casucha en las cercanías de la iglesia bajo la advocación de san Francisco. A Dámaso y al resto de los hombres del San Jacinto les ofrecieron un ala de las Casas Viejas de Cortés. No fue hasta bien entrada la tarde que se abrieron para la recepción las puertas del palacio.

Y, bajo las arcadas de aquel amplio zaguán, con la luz sesgada que entraba a través de los postigos abiertos, se veía abundancia de secretarios, escribanos, lacayos emperifollados, curiosos con apellidos inventados y linajes convenidos, guardajoyas, mayordomos, camareros apresurados que atendían a los invitados, incluso un

maestresala con el gesto más tenso que la piel de un tambor.

Al resguardo de los reposteros de vivos colores y los cuadros, pintados con altivos jinetes, santos en sus mandorlas y vírgenes con sus niños, se dispusieron los hombres llegados del Japón ante los más altos funcionarios del gobierno de la Ciudad de México. Había varones de las grandes órdenes militares que lucían sus cruces de Santiago, de Calatrava o de Alcántara. Estaba el teniente de alguaciles, carraspeaban los encomenderos mayores, miraban inquietos los secretarios de la gobernación y todo lo observaba un dominico que velaba por los intereses de la Santa Inquisición.

Y, como no podía ser de otro modo, un tanto ajeno al ambiente festivo mientras pensaba en el envío que ultimaba a Sevilla, estaba también el alcalde del crimen de la ciudad, vestido de impolutas galas, con faustos greguescos acuchillados y jubón de seda china, su eminentísima excelencia, antiguo oidor de la Audiencia de Manila, don Antonio de Morga Sánchez y Garay.

—Sin duda debemos dar gracias al Altísimo —empezó a decir el virrey tras una mirada de reojo al inquisidor—, por la ocasión asaz afortunada de este día…

Dámaso no escuchó nada más del discurso que pronunciaba el muy católicamente digno Luis de Velasco para regocijo de Sebastián Vizcaíno.

Había esperado tener que soportar una larga búsqueda, acometer una gesta para encontrar a aquel indeseable malnacido. Sus puños cerrados hincaban las uñas en las palmas de sus manos. Había supuesto que tendría que quedarse en Ciudad de México mientras la expedición seguía camino a Vera Cruz. Pero ya no le haría falta, aquel condenado canalla se pavoneaba a apenas dos docenas de pasos.

—En nombre de su excelencia don Francisco Tello —repuso reverencialmente Sebastián Vizcaíno cuando el virrey terminó su larguísima salutación—, gobernador de Manila y las islas Filipinas, que tuvo a bien designarme…

Aquel rostro de anchas narices y lacia pelambrera asustada que se refugiaba tras amplias orejas. El mostacho fino y los labios aguzados. Era él, el hombre que había estado buscando. Y Dámaso tenía que acudir a toda su fuerza de voluntad para no abalanzarse sobre el alcalde Antonio de Morga. El corazón le decía que no tenía tiempo que perder, la razón que no daría más de dos pasos; allí, flanqueando al funcionario, estaban el teniente de alguaciles y los hombres del corregidor. Y quería venganza, no terminar preso.

—… es, con toda certeza, una buenaventura que se estuviera preparando en la Ciudad de México un nuevo envío para nuestras añoradas tierras. El galeón San José partirá pronto desde el atracadero de la Vera Cruz con rumbo a La Habana…

Vizcaíno sonreía atusándose la puntiaguda perilla; el hecho era que, antes de la recepción, ya había departido con el virrey y sabía sobre la nave que zarparía para cruzar el océano. A espaldas de los orientales, ignorando al delegado que habían nombrado en el archipiélago, había llegado a un acuerdo para desprenderse de buena

parte del contingente oriental. El embajador que nombrara De Morga había logrado hacer valer su razón arguyendo que, de modo disimulado, debían dejar a unos cuantos japoneses en Nueva España; como falsos rehenes que sirviesen de garantía para asegurar que no se fueran a iniciar acciones bélicas una vez llegados a Sevilla. A Luis de Velasco le había costado creer que apenas unas decenas de hombres se fueran a atrever a asaltar la corte, pero Sebastián Vizcaíno le había contado cómo aquellos monos amarillos se entregaban en cualquier batalla, sin miedo alguno, a la muerte; no solo dispuestos a perecer por magra que fuera la causa, sino también capaces de abrirse las entrañas si perdían. Y al virrey la estratagema había empezado a parecerle adecuada, no fuera a ser que, con su consentimiento, se enviara a Madrid un contingente susceptible de lanzar un ataque suicida al Real Alcázar.

El padre Crisóstomo Fernandis aportó entonces sus propias acotaciones a la audiencia, aludiendo a la buena voluntad que habían mostrado algunos de los mercaderes nipones, dispuestos a bautizarse abrazando la verdadera fe. De fondo se oyó el reniego en voz baja del franciscano Luis Sotelo.

De entre el elenco de *samurai* que habían escoltado a Hasekura Tsunenaga, la mayoría acompañaba respetuosamente los gestos del embajador designado por Tokugawa Ieyasu, sin embargo, aquel que tenía nombre cristiano, Vicente, el hijo de uno de los mártires de Nagasaki, miraba con el ceño fruncido hacia un óleo que era una copia de la crucifixión de san Pedro que pintara Caravaggio; uno que el virrey había encargado en su última estancia en Sevilla a un taller local.

—… y con atal gesto muestran su deseo de congraciarse con su católica majestad con el fin de alcanzar acuerdos…

Hasekura Tsunenaga inclinó la cabeza respetuosamente cuando el ignaciano lo mencionó. No le gustaba aquella idea de las conversiones, pero los infames marchantes no pensaban en otra cosa que el oro, estaban demasiado alejados de los valores del guerrero, y Hasekura se había limitado a aceptar por el bien de su empresa; deseaba poder mostrarse orgulloso del deber cumplido cuando regresase al Japón.

Para Zongji era evidente que algo le sucedía a *Damaso-san*, pero el bonzo aún tardó un buen rato en averiguar cuál era el problema.

Las ideas le bullían, imaginó cientos de posibilidades y al antiguo contador le costó un sobrehumano esfuerzo retenerse. Sus ojos verdes miraban fijamente al alcalde, destilaban odio. El bigote y las barbas temblaban por la tensión con la que apretaba las muelas.

—Pláceme enormemente saber que pronto se establecerán nuevas líneas de comercio entre nuestros países —tradujo el jesuita hablando por Hasekura Tsunenaga —, estoy convencido de que el gobierno Tokugawa…

Antonio de Morga estaba abstraído, ni siquiera le llamaban la atención los

extravagantes ropajes de los japoneses. Consideraba hacer partícipe a Sebastián Vizcaíno de sus planes, a fin de asegurar su envío a Sevilla. No echaba más que miradas distraídas al pintoresco grupo, y solo alzó la vista en un par de ocasiones en las que el rasposo acento del embajador japonés le llamó la atención. Reencontrarse con algunos de los indeseables de los que había intentado deshacerse enviándolos al Japón no sería un plato de buen gusto; entre la concurrencia estaba aquel jesuita codicioso, el franciscano entremetido y el inútil de Vizcaíno, incluso aquel incompetente piloto luso que había elegido porque el que mandara con el cargamento de mosquetes no había regresado.

Vio que, mientras el virrey respondía, el jesuita le sonreía; y De Morga disimuló como pudo un leve saludo, inclinando el rostro antes de advertir una cosa más.

Empezaba a hacerse la pregunta que temía cuando, entre todos los rostros de la expedición, vio a uno que no miraba hacia su excelencia, el emperejilado don Luis de Velasco. Dos pozos de un verde abismal le congelaron el espinazo y lo obligaron a dar un paso atrás.

Era aquel alférez del que Hortuño le había pedido encargarse. Algunas arrugas en torno a los ojos le marcaban el rostro, el mentón despuntaba entre las sombras de una barba más prieta, estaba más delgado, los años lo habían marcado; pero no había duda. Como tampoco la había de que sabía algo sobre el pacto con el antiguo secretario del duque de Lerma. El rencor vitriólico de aquella mirada glauca se le calaba hasta la nuca como un hierro candente.

Para asombro de todos los presentes, entre excusas vanas, tirando un alto candelabro de pie que, afortunadamente, no tenía las velas prendidas, Antonio de Morga salió apresuradamente del palacio del virrey entre el revuelo de guardajoyas y palafreneros escandalizados, atravesando la mirada admonitoria del virrey Luis de Velasco y Castilla.

El rostro demudado y la expresión cargada de pánico le dijeron a Zongji todo lo que quería saber. El *ronin* Saigo Hayabusa también comprendió y miró al bonzo con aire circunspecto. Tras él estaba Yoshioka Seijuro, que se mantenía en pie sin mover un músculo, ignorando lo que sucedía.

—Ni tan lento que la muerte os alcance, ni tan rápido que deis alcance a la muerte —rezó el Bonzo en su idioma como única respuesta para un intrigado *ashigaru*.

Llovía, con languidez. El sol, arropado por mantones de nubes con el aspecto ceniciento de brasas en un fuego olvidado, se dejaba caer entre las montañas de la Sierra de las Cruces. Y, como el verano había empujado monte arriba los calores de la costa, bastaba una capa liviana para resguardarse del bochornoso aguacero.

Hacia el levante, tras la albarrada de San Lázaro, en donde se afanaban los peones contratados por el virrey para contener las inundaciones, la pulida superficie del lago de la Luna se dejaba puntear por las gruesas gotas de la cellisca. Por el sur, unos

cuantos mexicas de piel oscura, cubiertos con sayones blancos ribeteados de azul, atravesaban con prisa la calzada de Coyohuacan para refugiarse en los bosques que aún sobrevivían en aquel extremo de la isla. Y en la orilla de poniente los albañiles recogían los pertrechos del día tras dar por concluida la jornada en el acueducto de Chapultepec. Se proyectaba también una universidad y, acorde al beneplácito de los cronistas y cartógrafos que llegaban desde Vera Cruz, la Ciudad de México crecía para gloria de su majestad, el rey Felipe el Tercero.

Ya solo quedaban unos pocos terruños despejados cara al este, en la zona en donde, hasta que se empezara a edificar la albarrada, las crecidas habían hecho mayores estragos. Allí, no lejos del antiguo embarcadero nativo, había algunos almacenes y silos desvencijados, alzados sobre pilotes para evitar las avenidas de las aguas. El ansia constructora del virrey Luis de Velasco aún no había llegado hasta aquella demarcación.

Y en aquel lugar, en el que no se veía un alma a horas tan tardías del ocaso, a resguardo de la lluvia en un bosquecillo de los que llamaban *árboles del tomate*, había un hombre que masticaba el cabo de una ramilla seca; mientras, observaba con atención uno de aquellos pósitos en los que antaño se guardara el grano. A su espalda, levantado el vuelo de la capa, se distinguía la forma de la vaina de una espada. Guarnecido por la anochecida, ocultaba el rostro bajo la sombra alargada de un chapeo, pero se podía adivinar que miraba hacia la esquina de una calle de tierra pisada que desembocaba junto al vetusto almacén.

La ciudad se recogía. Ya apenas quedaba nadie paseando entre sus barrios, ni siquiera los jejenes, arredrados por el chubasco. Se oyó un grito maternal en el idioma local y, corriendo, pasó un chiquillo descalzo, apenas cubierto con un taparrabos, lo siguió un perrillo mestizo de colores indefinidos que trotaba contento, moviendo el rabo con felicidad agradecida.

Hasta que el reflejo de las nubes no empezó a apagarse sobre el lago de la Luna no llegó nadie más.

Aparecieron dos figuras corpulentas y, en sus cinturas, gracias a los candiles que sostenían, se adivinaban los destellos de cazoletas.

Tras la pareja surgió una silueta embozada, mucho más menuda, tan abrigada como si fuese noche de helada. Caminaba con prisa y miraba de tanto en tanto a sus espaldas, para comprobar que el otro par que cerraba la comitiva no fuera a desvanecerse.

Se revolvieron al llegar a la entrada del almacén; y el más bajo abrió el portón mientras el resto montaba guardia a la entrada.

Dámaso contuvo un suspiro, tiró la rama a un lado y se caló el sombrero. Había tardado varias semanas en encontrar un lugar adecuado, lejos del palacio, los edificios del gobierno o las casas del cabildo. Pero la escolta que se había agenciado

aquel bellaco complicaba las cosas.

Desandando el trecho cubierto a través del bosquecillo, el antiguo furriel se alejó hacia el sur, dando un gran rodeo para regresar hasta el centro de la ciudad y, en tanto caminaba cabizbajo, sopesaba la situación. No quería acudir al virrey o formular una denuncia formal, no le costaba imaginar que Antonio de Morga intentaría apañárselas buscando cualquier subterfugio en las pragmáticas, o aludiendo a influencias, incluso podría huir sin más.

No, Dámaso sabía que no debía darle la oportunidad de defenderse. Pero ahora, ese canalla había encontrado a cuatro perdonavidas de afiladas blancas, y aquel cortejo complicaba las cosas, y mucho. Se sentía capaz de enfrentarse a los cuatro a la vez, incluso a los cinco si a De Morga le crecían los hígados y encontraba los redaños. Aunque también sabía que, de hacerlo así, debería asegurarse de que el alcalde no tuviera oportunidad de escapar en la refriega; si se levantaba la liebre, podría acabar preso bajo denuncia de aquella alimaña.

Muy a su pesar, se dio cuenta de que no podría hacerlo solo si quería tener garantías de éxito; necesitaba otra espada. Sin embargo, Martín ya no estaba; y no quedaba nadie a quien acudir.

El pobre Lope se había quedado manco, y hubiera podido contar con él si fuera asunto de manejar gubias y formones, pero no para batirse. Lucas, *el Retrato*, no había vuelto a recuperar la movilidad del hombro. Mateo podía romper nueces entre los dedos, pero, y Dámaso lo recordaba de la batalla en Sendai, usaba la espada como si fuera un garrote, no era la clase de hombre a la que acudir para un duelo discreto. Y el piloto Vasco de Novaes no tenía en su cabeza otra cosa que rumbos, travesías y derroteros.

La lluvia le fue calando la lana prieta de la capa y humilló las alas del sombrero. Echaba de menos a Martín, aquel loco bromista dispuesto a sonreír siempre que se hablase de mujeres o vino, en él hubiera podido confiar. Aquel larguirucho que se había pasado la vida escapando del hambre sufrida de niño lo había demostrado arriesgando la vida por él y, cada vez que pensaba en ello, sentía una verdosa amargura que le hurgaba en las entrañas.

Estaba solo. Sin más compañía que los recuerdos de Constanza que con tanto ahínco atesoraba. Tenía que buscar una solución.

—¿Por las reliquias de san Agustín! ¿Os han dado una pedrada en el colodrillo? No. Es imposible, estáis trabucado. No creo que le aguante el cuerpo mucho más, es probable que no le alcancen las fuerzas ni para los autos de la próxima Pascua.

—Pues podéis tener por seguro que el tormento continuará hasta que confiese, así ha sido siempre y así seguirá siendo. Ha aguantado mucho más que la mayoría, de acuerdo. Pero nadie ha escapado de la verdad bajo el yugo de la *chicharra*…

—Chissss… ¿Cómo se os ocurre? No uséis ese nombre aquí…

Constanza, tras la puerta de su hedionda mazmorra, escuchaba atenta las voces del cambio de guardias, esperando a que los dos alguaciles terminasen su habitual retahíla de imprecaciones y pullas.

Cuando los tacones de las botas del que había terminado el turno se oyeron repicar en los ecos del corredor, la siciliana se puso en pie, trabajosamente, y se fue hasta el fondo de su celda.

Las llagas de sus piernas supuraban, no lograban sanar en aquel ambiente húmedo y malsano del calabozo. Estaba tan delgada que sus mejillas parecían a punto de resquebrajarse por la tensión de los huesos. Sus cabellos se habían vuelto quebradizos, sus uñas rotas se desprendían, las muñecas despellejadas le ardían constantemente. Se veía obligada a desperdiciar parte de su ración de agua diaria para limpiar las heridas. Sin embargo, no iba a desfallecer.

Aquel humilde cáncamo ya no era más que un hierrajo desgastado que ni siquiera encajaba en el cubo. Y ella había temido durante semanas que alguien se diera cuenta y la descubriese, pero no había sido así. Ninguno de los alguaciles pareció darle importancia alguna. Así que, tiempo después, Constanza había empezado a usar el del lado contrario.

Se arrodilló junto a la pared con un crujir de articulaciones resecas, ahogó la queja que le subió a los labios como una arcada violenta y, tras envolverse las yemas de los dedos con un jirón sucio de los andrajos con los que se cubría, empezó a frotar en las hilas de los ladrillos que tapiaban aquella oquedad del fondo del calabozo. Y, mientras lo hacía, al tiempo que el harapo se empapaba con la sangre que manaba de los pulpejos bajo las uñas, a la vez que acallaba las quejas de sus rodillas doloridas, se consoló pensando en Dámaso. Alentando la remota posibilidad de que él siguiese con vida tantos años después.

* * *

El escupitajo de Sancho llegó hasta el Guadalquivir trazando un lánguido arco sobre el parapeto de la orilla. Junto a Gaspar, desde el extremo opuesto del *puente de las barcazas,* Sancho observaba la imponente silueta del castillo de San Jorge.

—¿Estáis seguro?

El pajarero alzó una de sus cejas canosas, miró hacia el tonelero y volvió a girar el rostro hacia los muros del alcázar. Fue a decir algo, calló, relajó el semblante y, al cabo, negó moviendo la cabeza lentamente.

—Comimos mucho barro allá, en el norte, ¿verdad?

El artesano asintió, sin corregir a su amigo usando una expresión más grosera.

—Más que otra cosa, pasamos hambre…

Gaspar también dejó caer el mentón para darle la razón a su amigo.

—¿Recordáis a aquel albanés? —preguntó entonces al artesano—. ¿Cómo se llamaba? Aquel que apresaron los hideputas ingleses cuando se aliaron con los condenados orangistas…

—¿El de Zuthpen? Cuando llevaban suministros…

—Sí, ese; ¿lo recordáis?

—¡Como para olvidarlo! Le decían George Cresiac, su excelencia el capitán Cresiac. Menudo pisaverde mentecato, más nos hubiera valido que el tambor diera las órdenes. Bajo el mando de aquel desdichado murieron más de los nuestros que de los herejes…

—Pues a ese pisaverde mentecato, como lo habéis llamado —apuntilló Gaspar—, lo rescatamos de manos de los britanos, y perdimos a buena gente al hacerlo.

El tonelero arrugó los labios y volvió a escupir en dirección al castillo de San Jorge. El gargajo se perdió en el oleaje del río, que se sacudía con las carabelas que llegaban y partían de Sevilla formando sobre las aguas del Guadalquivir un auténtico bosque de mástiles.

—No sé si lo conseguiremos o no, pero estoy convencido de que, por primera vez en mi vida, voy a arriesgar el cuello por algo que merece la pena…

Ante aquella declaración, el tonelero apoyó las manos en su abultada barriga y, entornando los ojos, como si echase alguna cuenta, miró largamente hacia el bastión del Santo Oficio.

—Sea, tanto me da francos que orangistas. Ya puestos, se puede ensanchar el saldo con unos cuantos alguaciles y alguno de esos condenados *cucarachos* blanquinegros, contad conmigo —aseveró Sancho con evidente franqueza.

Gaspar bajó la barbilla una vez más.

—Pues vayamos al taller. Si se le pasa el condumio a Pacheca, veremos una furia mucho peor que la de todos los ejércitos de los rebeldes holandeses.

* * *

A Tomás de Sabba ni le dolían las verdades ni le iban las mentiras, pero la navaja tenía la costumbre de abrirse por sí sola si terciaba humillación o maledicencia. Y no le hicieron falta las palabras de aquel mequetrefe de Madrid para saber que lo sucedido no resultaría en vano.

—Imagino que no dejaréis que el asunto quede como está —aventuró Hortuño mirando al egipciano con aquellos ojos hundidos en las cuencas.

—No os preocupéis, vuestra merced. Lidiando con los nuestros, el que las hace las paga…

Durante su estancia en la capital de las Filipinas, el que había sido oidor de la Audiencia de Manila, el ilustre Antonio de Morga Sánchez y Garay, había tenido

sobradas oportunidades para aprender sobre las mercaderías del Oriente; le venía a cuenta distinguir las calidades de la seda o las sutiles diferencias de aroma de las mejores resinas de benjuí. Y, en el tiempo que llevaba en Ciudad de México, no había dudado en echar mano de cuanto había asimilado en el lejano archipiélago.

—Es la mejor canela que podéis encontrar —dijo De Morga en tono zalamero, preparando el terreno para lo que aguardaba pedirle al embajador—. De los estoraques de las islas del Maluco.

Bajo la luz indecisa del farol, que apenas iluminaba unos pies en derredor de los dos hombres y el cajón de la especia, Sebastián Vizcaíno miraba las olorosas cortezas, dispuestas entre virutas en el arcón. El embajador, indeciso, se prensaba la perilla con el pulgar y el índice, dudando. Conocía bien al otro, y no olvidaba aquel desastre del San Diego con el que De Morga se había enmerdado. Así que, temiendo una engañifa, Vizcaíno estaba esperando que el cepo saltase y los dientes le atrapasen la pierna. Desconfiaba.

—Para alguien de vuestra posición, con relaciones en la corte, es impensable no sacar réditos —insistió el alcalde continuando con sus gaterías.

Aunque el embajador no daba signos de dejarse convencer, Antonio de Morga era consciente de que a aquel hombre le gustaba mostrarse melindroso para mejorar en lo posible los tratos a los que terminaba accediendo. Así que, por su parte, deseoso de ir al grano y mencionar de una vez al tal Dámaso, el asunto que realmente le interesaba, De Morga decidió subir la puja.

En la trastera de su almacén tenía un arcón muy especial donde guardaba los libros de cuentas; no las oficiales que se rendían a la corona, sino aquellas en las que, con diminutos números apretados, garrapateados con la escasez de tinta de un avaro, Antonio de Morga registraba la inmensidad de su codicia. Y donde, además, atesoraba las mejores mercancías.

—Seguidme, hay algo más que quisiera mostraros —dijo entonces.

El alcalde se hizo a un lado con gesto afable, moviéndose de espaldas hacia aquel cofre de tres cerraduras, en el que almacenaba una buena cantidad de ámbar gris japonés; un resto de aquel arreglo de venta de mosquetes que había acordado con Hortuño.

—Estoy convencido de que un hombre de vuestra posición sabrá valorar un cárabe de esta calidad —añadió agachándose al tiempo que se sacaba de la pechera una leontina de la que pendían las llaves del arcón.

Se ocupó de los cerrojos y echó un vistazo sobre el hombro al desconfiado embajador, cuyo rostro blanqueado destacaba en la oscuridad del almacén.

Disimulado, entre los herrajes, había un pestillo oculto que De Morga descorrió con un gesto solapado, interponiéndose para evitar que Vizcaíno lo viese accionar el ingenio. Y, poniéndose en pie, levantó la tapa del arcón para que el embajador viese

el contenido.

—Os pagarán una fortuna…

No pudo terminar lo que iba a decir. Su mano soltó la tapa de aquel cofre y sus tesoros quedaron a la vista. El tacto frío y afilado era inconfundible. Y no le hizo falta volverse para averiguar quién estaría al otro extremo, empuñando la espada. Solo se preguntó qué habría sucedido con los escoltas contratados, a los que se les suponía estar montando guardia a la entrada.

—¿Por qué?

El tono pesó como un trabajo de cantería apenas desbastado.

—Pero ¿qué diantres? —intervino Sebastián Vizcaíno—. ¿Dámaso? ¿Sois vos?

No hubo respuesta, solo una nueva pregunta.

—¿Por qué?

En la interrogación, incomprensiblemente, se percibía la certeza de una amenaza sin otra virtud que la ligera presión que ejercía el filo en la delicada piel del cuello, justo bajo la quijada, donde la barba del alcalde raleaba.

—¡Esto es intolerable! —exclamó el embajador—. Ya os he perdonado suficientes sandeces, daos por preso, señor Hernández de Castro, ¡guardias!

Apenas moviendo los labios, para que el temblor de la piel del gollete no fuera a permitir que entrase la espada a labrar el tajo, De Morga intervino:

—No seáis mentecato, están muertos —supuso erróneamente—. Los habrán despachado antes de entrar…

—¡No! Eso no puede ser —repuso el embajador Vizcaíno con evidente incredulidad—, ¿cómo iban a atreverse? Esto exige una explicación inmediata, ¡inmediata! —aulló marcando cada sílaba con gestos enérgicos de la mano—. ¿Me habéis oído? Deponed las armas y entregaos, ¡ahora mismo! Con suerte evitaréis las galeras, aunque no será por mi favor, no pienso rogar clemencia…

Antonio de Morga percibió una tenue vibración en la hoja de la espada y, por lo que pasó a continuación, asumió que quien la empuñaba había hecho algún gesto.

—… Responderéis por ello, daos por preso. Me encargaré personalmente…

Y Sebastián Vizcaíno tampoco pudo terminar su airado discurso. Una sombra se movió y un sable cayó sajando la pechera del buen coleto que vestía el embajador, dejándole un tajo que empezó a sangrar inmediatamente, escurriendo hasta la ingle.

Solo perdió Dámaso un instante para asombrarse una vez más con la habilidad del japonés. En un santiamén, el *samurai* había desenfundado, herido al embajador y vuelto a guardar su sable. Todo demostrando una precisión impensable; pues, como acordaran, no había sido más que un corte superficial.

El *nanbanjin* había sido muy claro al respecto y, aunque a Saigo le había parecido que aquellos hombres no se merecían remilgo alguno, había cumplido su parte: los guardias estaban inconscientes y aquel forastero barbudo no se desangraría. Por el

momento, únicamente se había llevado un buen susto.

A su aire, Sebastián Vizcaíno tardó en reaccionar. Pero cuando resultó evidente que iba a ponerse a gritar, Dámaso se dirigió a él por primera vez.

—Como los guardias a los que tanto echáis en falta —le dijo con un ronco susurro que destilaba vehemencia—, estáis vivo porque nada os incumbe en esta empresa entre el licenciado De Morga y yo mismo. Vuestra vida, sin embargo, no vale lo que un mísero ochavo. Así que será mejor que mantengáis la boca cerrada si no queréis que este hombre vuelva a desenfundar y os apure el afeitado. —Y entonces, apretando lo justo el filo contra el cuello de Antonio de Morga, insistió—. ¿Por qué?

El alcalde no respondía, solo los lamentos que había empezado a bisbisear el embajador rompían el silencio.

—He perdido cuanto tenía —declaró Dámaso con un nuevo murmullo, intentando espantar el dolor de pensar en Constanza—. ¡Todo! Y me va un bledo acabar en galeras, en manos de la Inquisición o en el fondo de un abismo sacándole punta a los cuernos del mismísimo Belcebú. Así que vais a decirme lo que sabéis, eso dadlo por seguro —constató apretando con la blanca—. Aunque tenéis la venia de elegir: por las buenas o por las bravas…

Fue entonces, mientras Antonio de Morga sopesaba sus opciones, cuando Saigo Hayabusa vio aquella marca en los arcones de mercaderías. La misma con la que se había topado en el alfaneque de Fushimi.

Aquel hombre al que *Damaso-san* amenazaba parecía estar relacionado con el envío de armas de fuego que Ishida Mitsurani había recibido. Aquellas que, con su pólvora humeante y su indigna superioridad desleal, habían conseguido masacrar a la guarnición del castillo de su *daimyo*. Al fin, después de tanto tiempo, su largo peregrinar junto a los *nanbanjin* arrojaba frutos. Ese malnacido amamantado por una zorra embrujada tenía que saber quién había entregado al magistrado la ventaja de la victoria en el alcázar de la colina Momoyama.

—Yo no tuve nada que ver —declaró De Morga sacando a Saigo de sus pensamientos y encendiendo los ojos del alférez—, os lo juro. ¡Os lo juro por los mismos Evangelios! Yo no tuve nada que ver…

El extremo de la espada se clavó lo suficiente para que De Morga diera un involuntario paso atrás, arrinconándose entre varios de los arcones. Dámaso recompuso la amenaza de seguida; volvió a apoyar el acero en el vulnerable gollete del otro.

—Dejaos de sandeces, vuestras fueron las órdenes de partir. Sabíais que en el Japón habían estado crucificando a los misioneros —continuó hablándole al alcalde —, era más que probable que no regresásemos. —Sebastián Vizcaíno estuvo a punto de objetar algo, luego, viendo al *samurai* manosear la empuñadura de su sable, se

detuvo—. Pero, por si había alguna posibilidad de que saliese de allí con vida, os encargasteis de que en el San Jacinto también se embarcase un asesino. Así que, y será la última vez que lo pregunte, ¿por qué?

La cabeza de Antonio de Morga cayó con evidente resignación, sus barbas se le enredaron en la golilla, en donde ya había unas gotas de sangre que estropeaban el almidonado de la tela.

—No tenía otra opción —reconoció—, después de que se hundiera el San Diego, mi posición…

La hoja se deslizó sajando superficialmente la piel del cuello del alcalde y este gritó:

—¡Hortuño de Andrade! Fue Hortuño de Andrade, el que era secretario del valido. —La tensión que la mano de Dámaso comunicaba a la espada se relajó por el sobresalto—. ¡Lo juro! A cambio de echar tierra sobre el asunto del San Diego… Fue idea de él, Hortuño de Andrade… Quería acabar con vos a toda costa, pero no deseaba que hubiera sospechas… Se comprometió a convencer al duque de Lerma para que accediese; y se aprovechó la expedición para alejar a cuantos… —El filo, demostrando el ansia del dueño por que De Morga fuese al grano, volvió a apretar la piel del alcalde—. Solo puso una condición, que aquel nuevo ayudante que enviaba a Manila no regresase jamás a Madrid…

Sebastián Vizcaíno comprendió entonces por qué lo habían elegido para aquella embajada al Japón, no había sido más que otra pieza en un juego entre poderosos. Buscando agradar al gobernador Tello, tras el naufragio del galeón en el islote de la Fortuna, había mostrado públicamente su desdén hacia el entonces oidor de Manila. Por eso había creído en las patrañas de Antonio de Morga al ofrecerle el cargo de embajador a cambio de acallar aquellas protestas de una vez. Había pensado que se haría rico al aceptar las mentiras del juez hablándole de las grandes posibilidades comerciales de la expedición. Y antes de ser destinado a Manila, se había enfrentado con el antiguo secretario del valido por un asunto relacionado con el almirante de Castilla. Aquellas dos alimañas, conchabadas, habían intentado también acabar con él. Incluso con el jesuita Fernandis, sobre quien se decía que se había enemistado con De Morga. Todo aquel asunto de la embajada no había sido más que una patraña.

Al otro extremo de la hoja de su espada, Dámaso intentaba rehacerse. En el fondo de su ser, aquel temor había ido reptando entre sus pensamientos más oscuros desde tiempo atrás. Pero se había esforzado una y otra vez por renegar de aquella sospecha. Había irrumpido en el almacén para ajustar cuentas con De Morga, y ahora, tras esa revelación, todo cambiaba.

—No os creo…

Habían jugado juntos siendo unos niños, se habían criado entre los mismos muros; a Dámaso le costaba asimilarlo. Aceptarlo parecía imposible. Apretó el filo de

la espada ensanchando la herida del alcalde y De Morga se arrancó como si le hubieran prendido la mecha.

—¡Os lo juro! Fue Hortuño de Andrade. Tras el hundimiento del San Diego yo intentaba acallar a las gentes de la Audiencia de Manila —confesó el alcalde con una mirada de reojo a Sebastián Vizcaíno—. Había muchos fuegos que apagar, y lo que menos me desvelaba era la recomendación para un nuevo secretario —añadió virando los ojos hacia Dámaso—. Y entonces recibí nuevos despachos de Madrid…

Y el antiguo oidor de la Audiencia de Manila se deshizo en explicaciones. Le hubiera contado hasta los más penosos pecados de mancebía si el alférez se lo hubiera pedido. El mezquino Antonio de Morga no podía pensar en otra cosa que en salvar la vida a fuerza de confesar cuanto se le ocurrió, incluso le habló de los últimos trapicheos que había montado en Ciudad de México, bajo el mostacho del virrey.

Dámaso escuchaba; y se temió lo peor cuando De Morga le habló sobre el escándalo en el que se había visto envuelto el antiguo secretario del duque de Lerma. Al parecer, en aquellos instantes, Hortuño de Andrade, un fugitivo caído en desgracia, seguía huido, escapando de los hombres de justicia del rey.

Tenía que cruzar el océano y encontrarlo. Aterraba pensarlo, pero podía ser que esa menina de la que hablaba De Morga fuese Constanza, debía partir. Cuanto antes.

—¡Malnacido! —gritó de pronto Vizcaíno echándose encima de Antonio de Morga—. Teníamos un trato, me disteis vuestra palabra…

Saigo consiguió retenerlo a apenas dos pasos del alcalde. El embajador, con los brazos extendidos al frente, intentaba atrapar a De Morga para estrangularlo.

—¡He pasado un infierno por vuestra culpa! ¡Y ese condenado De Andrade! ¡Malnacidos!

El *ashigaru* lo retenía. Ver que otros habían sufrido su misma suerte no servía de consuelo a Dámaso.

—¡Matadlo! —gritó el embajador debatiéndose en la presa del japonés—. ¡Rebanadle el pescuezo!

—No lo repetiré. Esto no os incumbe. U os calláis o saldréis de aquí con los pies por delante —le advirtió Dámaso sin dejar de mirar a Antonio de Morga.

El *ronin* no necesitó traducción, aumentó la presión en los hombros del embajador para refrendar la amenaza y Vizcaíno, resollando, guardó un silencio cargado de odio.

Todo había cambiado en un abrir y cerrar de ojos. Su venganza tenía ahora otro rostro. Dámaso supo que Ciudad de México no sería la última etapa.

Valoraba la posibilidad de salir de allí dejando tras de sí dos cadáveres cuando Saigo le habló en voz baja.

Tardó el alférez unos segundos en reaccionar, abstraído como estaba. Sin embargo, le debía aquello y mucho más a aquel hombre, de modo que hizo un

esfuerzo.

—Se parece al símbolo que usan cierta clase de guerreros de mi país —usó la palabra *bushi* porque no tenía ni idea de cómo hablarle al japonés de las órdenes militares.

Miraba la marca a la que se había referido el *ronin*; podía ser el signo que identificaba a la de Alcántara, o la de Santa María de Montesa, no recordaba los detalles de los cuños usados por los caballeros.

Y, ante el asombro del *samurai*, Dámaso aclaró lo que había dicho.

—Pero este indeseable no pertenece a ninguna de esas castas. Probablemente usa ese símbolo, respetado en los puertos y almacenes, para identificar sus posesiones en los sucios negocios que se lleva entre manos —terminó de responder Dámaso dudando en cada palabra de aquel extraño idioma, cayendo en la cuenta de que una artimaña tan sutil parecía muy propia de Hortuño.

Aquel *nanbanjin* había acudido a él, y ahora Saigo tenía un cabo del que tirar. Pensando en su hijo, obligado por el deber que le restaba por cumplir, se decidió a seguir hablando.

—Yo he visto arcones con ese mismo símbolo en el Japón.

Dámaso pensó que no había entendido lo que le decían.

—¿Cómo?

Mientras sus atacantes departían en aquella lengua incomprensible, Antonio de Morga creyó que tenía una oportunidad. Moviéndose lo más despacio que pudo, llevó la mano a la empuñadura de su espada.

—Sí, en mi país. Estoy seguro —afirmó el japonés—. ¿Cómo pudieron acabar allí?

Al preguntar, el nipón giró levemente el rostro hacia De Morga y, por el momento, el alcalde detuvo su mano.

Lo que acababan de decirle podía explicar de dónde había salido aquella peregrina ocurrencia de enviar una embajada al Japón, quizá resultaría útil averiguar algo más al respecto; así que Dámaso volvió a hincar el hierro en el gaznate de aquella sanguijuela.

—¿Por qué están marcados estos arcones?

—Fue también cosa de Hortuño, antes lo usábamos para identificar los envíos —reconoció el antiguo oidor confirmando las sospechas del alférez—. Con el cuño de la orden de Montesa se evitaban preguntas incómodas entre los hombres del Consejo de Indias y, desde sus despachos en el Palacio Real, amañaba las entregas.

—Entiendo —dijo Dámaso—. ¿Y cómo es que uno de vuestros envíos acabó en el Japón?

De Morga frunció el ceño.

—¿Os referís a los mosquetes?

El alférez no dejó ver su sorpresa, simplemente asintió. Saigo escuchaba atento, captando alguna palabra suelta, intentando descifrar aquel hablar que le era tan ajeno.

—Fue por mor de los misioneros jesuitas; Hortuño supo que los japoneses andaban a la gresca —contó el alcalde intentando disimular lo que hacía con la mano —. Al parecer libraban una guerra civil y, pensando en ganar un aliado para importar seda, llegó a un acuerdo por mediación del padre Crisóstomo con el bando que tenía las de ganar. —Como había sospechado Vizcaíno, parecía que todos a bordo del San Jacinto habían sido enviados a callar por siempre cuanto sabían que pudiera ser comprometedor, incluido el ignaciano, al que De Morga habría engañado prometiéndole prebendas que le acercasen al obispado—. Apenas le sacamos beneficios. Y perdimos a todos los hombres. Luego llegaron los holandeses y… bueno, ya sabéis el resto de la historia.

Sin quitarles el ojo de encima a los funcionarios, Dámaso tradujo tan buenamente como pudo aquella declaración para el expectante *ronin*. Y, apenas terminaba, le faltó tiempo para reaccionar. La *katana* centelleó a la luz del farol.

—¡No! —logró gritar el alférez en japonés.

Dámaso sabía que, si alguno de aquellos dos moría, el virrey abriría pesquisas y no daría permiso para que la expedición partiera. Hasta haber entrado allí, había estado dispuesto a que lo detuviesen, incluso a que lo enviasen a galeras por haber matado al alcalde; pero ahora necesitaba continuar viaje, debía encontrar a Hortuño. Terminar apresado en Ciudad de México no serviría de ayuda alguna.

Sin embargo, no pudo evitarlo. El acero que había forjado el *sensei* Osafune silbó hendiendo el aire del almacén.

Y en tanto el *ashigaru* volvía a apoyar el extremo del sable en la vaina, la cabeza del alcalde cayó entre un revoltijo de cabellos. Golpeó el suelo; rodó hasta los pies de Vizcaíno, que, horrorizado, quedó quieto como una estatua aunque el *ronin* ya no lo retenía.

El cuerpo decapitado del alcalde se derrumbó sobre el cofre donde guardaba sus mayores tesoros. La sangre que empezó a manar se escondió en la oscuridad que el farol no desvelaba. Bajo el cadáver quedaron junto a su avaricioso dueño los pedazos de cárabe, las esmeraldas, las perlas del Caribe.

Al mirarlo, Dámaso vio también los encuadernados de cuero bajo la mano sin vida de Antonio de Morga e, intuyendo su contenido, bajó la toledana sin enfundarla. Llevado por un impulso, dio dos pasos más y sacándolo del arcón, se hizo con el primero de ellos.

Le bastó con pasar unas pocas páginas del libro hasta encontrar el nombre del que fuera secretario del privado en una de las columnas; en las que se sucedían números y asientos, escritos con letra menuda y angulosa. No cabía duda alguna; tenía que dar con Hortuño de Andrade.

—Ese hideputa malparido lo tenía bien merecido —dijo Sebastián Vizcaíno rompiendo el silencio.

* * *

—¿Queréis haceros ricos?

Bajo la amenaza pintada en aquel rostro picado de viruela, Sebastián Vizcaíno, que no había hecho otra cosa que ganar con la muerte de Antonio de Morga, le había propuesto un acuerdo al alférez a fin de evitar que el japonés desenvainase de nuevo. Y Dámaso, interesado únicamente en despellejar a Hortuño, había accedido. Con la palabra del embajador de por medio era probable que el virrey dejase correr el asunto; y el antiguo contador quería evitar como fuera un escándalo que pudiese retrasar la partida de la comitiva japonesa hacia Sevilla.

El escolta que había contratado Antonio de Morga sacudió el mentón, intentando desprenderse del fuerte dolor de cabeza que se le había agarrado al cogote tras el certero golpe de Saigo.

—¿Podéis encontrar a algún desgraciado al que cargarle un muerto? —preguntó el embajador.

* * *

Cuando salieron, dejando a Vizcaíno arrodillado junto a los valentones que De Morga pagara, empezaba a llover una vez más. Un aguacero cálido que hacía rechinar los huesos maltratados en batallas olvidadas.

Y, bajo aquellas gotas cargadas de bochorno, el alférez y el *ronin* se internaron en las calles de Ciudad de México.

Cuando giraron hacia el norte, en dirección a las casas del cabildo, tras un gato pardo que cruzó la calle a toda prisa buscando resguardo, Saigo Hayabusa rompió el monótono tintinear del aguacero. No lo hubiera hecho si el otro fuera un japonés. Y no lo hubiera hecho de no ser porque necesitaba la ayuda de alguien que comprendiese las dos lenguas.

Sin embargo, creyó que podía confiar en aquel hombre. Y ahora era él quien lo necesitaba, para encontrar a aquel que había cerrado tratos con el desgraciado al que acababa de decapitar.

—El Consejo de Regencia se tambaleaba y el castillo de Fushimi llevaba ya diez días de asedio —la gravedad en el tono espantó los pensamientos de Dámaso, el alférez supo al instante que estaban compartiendo con él algo crucial—. Yo pensaba que moriría aquella noche. Y aquello hubiera estado bien, era mi deber. Habría sido lo correcto, pero entonces mi señor, Torii Mototada, me hizo llamar…

Y, bajo la gruesa lluvia de los principios del estío de Ciudad de México, Dámaso escuchó, por segunda vez esa noche, una larga e increíble historia. Un relato bregado en el honor de unos pocos, apenas un puñado cuyas almas se habían forjado para moldear la historia de su país. Comprendió, sintiéndose azorado, cómo, entre aquellos elegidos, uno, el mejor de ellos, había sido escogido para sacrificarse en un acto de nobleza sin parangón, una gesta que hacía empalidecer las mayores glorias de toda la Real Armada en las Azores.

Bajo el repicar de la llovizna, admirado, el alférez, que había visto lo peor de los hombres en la lejana Flandes, que había conocido lo mejor de sus compatriotas gracias a la entrega de su amigo Martín, se sintió abrumado ante la lealtad de aquel *samurai* de rostro severo.

—Entonces, buscamos al mismo; a Hortuño de Andrade —dijo cuando el *ronin* llevaba ya un rato caminando en un silencio reflexivo—. Él es el culpable…

El japonés lo miró.

—Lo encontraremos…

En los ojos del color del jade, el *ronin* vio algo que le hizo creer.

Saigo Hayabusa pensó que el *karma* lo había llevado junto a aquel hombre. Los destinos de ambos estaban enlazados, para bien y para mal. Nada acabaría hasta que muriese aquel desgraciado de nombre impronunciable. El que había enviado los mosquetes a Ishida Mitsurani; y era más que probable que aquel engendro de zorra también supiera quién había advertido al magistrado de que Tokugawa Ieyasu se hospedaría en el castillo de Fushimi. Para ambos, que habían comenzado su camino en extremos opuestos del mundo, había un único e irremisible final.

Décimo magari

VENGANZA

Aunque nadie ha podido regresar
y hacer un nuevo comienzo…
Cualquiera puede volver a comenzar ahora
y hacer un nuevo final.

San Francisco de Javier, Primer misionero en el Japón

Buena parte de las naos que lo intentaban terminaba embarrancando en aquellas peligrosas aguas. La desembocadura la enfilaba cualquier pazguato con una cangreja sin remendar y algo de viento favorable, pero, para cruzar la barra del puerto de San Lúcar, hacía falta que la marea, las corrientes, el calado y mil venturas más cuadrasen a conveniencia de fadas y dioses, además de una dosis generosa de redaños y un piloto que, amén de competente, le echase al asunto lo que había que echarle.
Habían partido en los calores húmedos del verano caribeño, desde La Habana y, tras capear algún que otro temporal en el furioso Atlántico, habían llegado a las aguas dulces del Guadalquivir a principios de octubre. Y ahora, en aquel gran meandro del río al que los viejos llamaban *puerto Lucero* y al que los jóvenes le decían San Lúcar, la singular expedición que partiera del Japón esperaba.

Impotentes, a merced de los elementos, los hombres del galeón San José, cubiertos de impaciencia los occidentales y de curiosidad los orientales, aguardaban a que los tres marinos en liza decidieran que había llegado el momento de intentar el remonte. Al parecer, necesitaban aprovechar el flujo de retorno que traían consigo las subidas de las mareas, de otro modo resultaba imposible cargar impulso suficiente para navegar a contracorriente hasta la ciudad hispalense.

Para desespero de Dámaso, no se moverían hasta que se avinieran el capitán de aquel galeón con el que partieran de Vera Cruz, el luso Vasco de Novaes, y aquel piloto andaluz llegado en una chalupa desde tierra firme, cofrade del gremio que aunaba a quienes se ganaban el pan con el peligroso oficio de guiar las naos hasta Sevilla a través de los bajíos del río.

El sanluqueño era un tipo cachazudo con el pellejo reseco por el sol y la mar, con dientes tan blancos como lino recién lavado y manos encallecidas por una larga colección de timones. Llevaba veinte años marcándole el rumbo a los buques de las Indias en aquel comprometido estrecho de poco calado que resguardaba la desembocadura del Guadalquivir.

—Mientras siga soplando del suroeste nos quedaremos aquí —les había dicho con un curioso acento ceceante, señalando las marismas que se derramaban en las orillas—. Con un viento así sería una locura intentar navegar por la barra. No queda otra sino esperar, no seríais los primeros en pasar aquí cien días…

Y bajo el riesgo de aquella ominosa premonición del piloto, el San José y sus hombres llevaban casi un mes de aguardo; mientras, los rumores de que había llegado hasta el Guadalquivir un barco de La Habana con extravagantes hombres procedentes del misterioso Japón se extendieron por tierra firme como la llama en la yesca. Tanto era así que ya no había taberna en la ribera del río en la que no se especulase sobre las bodegas del galeón y, de repente, todos en los alrededores de Sevilla conocían a algún marino que había llegado con los misioneros hasta el Japón, y ya todos sabían de

aquellos hombres de rostro pajizo y ojos rasgados. Había hasta expertos que hablaban de sus costumbres y se apostaban el jornal a que incluso podían entenderse con los nipones. Se chismorreaba sin pudor sobre los herejes orientales: prendían ramas para contar el tiempo, no comían otra cosa que hierbajos, vestían con sayas como las mujeres, eran todos calvos, tenían sables hechos de un acero tan duro que su secreto había sido pactado con el maligno.

Aunque Alonso Pérez de Guzmán y Sotomayor, al que llamaban Alonso, *el Bueno*, señor de Sanlúcar, conde de Niebla, duque de Medina Sidonia y marqués de Cazaza, no daba crédito a tanta habladuría y deseaba hacer un buen papel ante aquella embajada llegada del otro extremo del mundo.

Don Alonso, que había sido comandante en jefe de la Armada en el desastre de Calés y que, unos años antes, había perdido naves en el estrecho de Gibraltar contra los maledicentes piratas neerlandeses, deseaba congraciarse con la corte y su católica majestad Felipe el Tercero, o lo que era lo mismo, con el duque de Lerma o, más bien, con el hijo del privado; si se daba crédito a los últimos rumores de caída en desgracia del todopoderoso Francisco de Sandoval y Rojas, en entredicho desde que su secretario se viera envuelto en aquel innombrable escándalo. Así que Alonso Pérez de Guzmán y Sotomayor envió un solícito despacho urgente a Madrid y, cuando recibió respuesta, vistió sus mejores galas, organizó a sus lacayos, llamó a la guardia y partió hacia la barra del Guadalquivir para ofrecerle al embajador del Japón audiencia con el monarca de las Españas. Más aún, llevaba en el coleto un mandato en el que se le brindaba al oriental ser bautizado con el nombre de Felipe Francisco en la capital, oficiando el magno evento el arzobispo de Toledo y siendo padrino el mismísimo duque de Lerma. Y hasta había un voto para concertar una recepción en Roma con la venia de su santidad el papa Paulo el Quinto. De tal modo que, en cuanto los hombres del Japón hubieran abandonado sus costumbres herejes, entonces se llegaría a acuerdos comerciales de provecho para ambos países.

Sin embargo, mientras la política templaba sus aires, a bordo del San José, había hombres preocupados por asuntos de índole muy distinta.

Acodado en la borda del galeón, Dámaso miraba hacia los pinos que jugaban a ser tentetiesos en las lodosas marismas de las orillas. El sol, en su cénit, hacía reverberar los reflejos del agua, el río se fundía con su margen. Y el alférez, con los ojos entornados, no veía al lince que saltaba entre la grama persiguiendo a un gazapo despistado; recordaba el día en que había conocido a Constanza en las caballerizas del Palacio Real. Apretaba las manos en la regala hasta que los nudillos se le volvían blancos, porque aun cuando quería verla a ella, a él acudía la amplia sonrisa de Hortuño el día que se habían despedido.

—Podréis casaros con ella, ya lo veréis —le había dicho su amigo de la infancia en los despachos de la *torre dorada*—. Haréis carrera y yo mismo intercederé ante el

duque de Lerma para que le hable al señor de Accioli. —La afable expresión había parecido sincera, entregada—. Cuando regreséis de Manila…

En la vera, el lince, con su presa colgada de las fauces, miró con desconfianza al ingenio de los hombres y, recelando del barco, huyó hacia la espesura para comer tranquilo. Pero Dámaso no lo distinguió, como tampoco al *ronin* Saigo Hayabusa, que se acercaba al español recorriendo con el pulgar izquierdo los cordajes de seda de la empuñadura de su sable.

—Ya falta poco —le dijo en japonés.

Dámaso no se volvió, simplemente, asintió.

A espaldas de ambos, bajo aquella canícula de justicia, Yoshioka Seijuro observaba; tenía en la mano aquel afilado dardo de acero que Saigo había empleado en el cerro de la Mira.

—¿Mo sería más fácil si encontramos las llaves? —preguntó Sancho en un susurro—. Tardaríamos menos, y de seguro haríamos menos ruido…

Gaspar miró hacia la robusta cerradura de hierro forjado de la puerta de la mazmorra. Luego pareció sopesar las manos de su amigo; el tonelero sostenía una gubia y una palanca que se habían llevado del taller. Junto al postigo, el artesano se preparaba para forzar la cerraja.

—Es muy probable que las tenga ese mentecato hideputa… Cruce de burdégano y asna, ¡mal rayo lo parta! —maldijo el artesano llevándose los dedos ocupados a la ceja ensangrentada.

—Tenéis razón, puede que las lleve al cinto —concedió el pajarero girando la cabeza hacia el cuerpo tendido a sus espaldas; tirado en el suelo adoquinado del corredor entre las celdas bajas del castillo de San Jorge—. Iré a ver…

Unos pasos más atrás, apenas un bulto entre las sombras que marcaban los hachones, estaba el corchete. Un revoltijo caído de cualquier modo, junto a un taburete volcado, rodeado por una macabra mandorla de brillos tintos que, en la poca luz, parecía un charco de aquel aceite de roca que usaban los andalusíes en sus lámparas.

—¡Bastardo rompepoyos!

Gaspar le dio una patada en el costillar y el alguacil rodó a un lado, volviéndose boca arriba. El tajo del cuello se abrió y, con la pereza de un corazón sin vida, goterones de sangre se congregaron en los labios de la cortadura que había hecho la daga del veterano. Con el puntapié, de la mano del alguacil se despidió una cabeza de ajos mordisqueada que, como el trompo de un crío, bailó sobre sí misma antes de quedarse quieta en una esquina agrietada por donde salían las gordas ratas que pululaban por las mazmorras de San Jorge.

Sin remilgos por tocar al muerto, el viejo soldado trasteó un rato entre los picos del jubón y el coleto hasta que encontró lo que buscaba.

—Aquí hay una argolla con unas cuantas, será mejor que probemos…

—¡Voto a Cristo! ¿Y qué queréis? ¿Una Medalla? Daos prisa. ¡Pardiez! Cuanto más tiempo pasemos aquí abajo, más fácil será que nos sorprendan…

A Sancho, con tanto forzar la voz para que sonase por lo bajo, las últimas palabras le salieron con ronquera. Tuvo que ahogar una tos seca que se le atravesó en el gaznate.

Y, aunque Gaspar sonrió con ironía, en el fondo sabía que su antiguo compañero de armas llevaba razón. Estaban en las entrañas del bastión del Santo Oficio en la ciudad de Sevilla, entre los pisos y torres de los niveles superiores no solo estarían los dominicos inquisidores, sino también los familiares, los alguaciles y un buen puñado de guardias; por no mencionar a las gentes de las cocinas, al cillerero y a unos cuantos lacayos. Si los pescaban les aguardaría un castigo mucho peor que una muerte digna, como un tajo de espada en la gorguera o una daga metida hasta la empuñadura en los riñones; si los sorprendían serían prisioneros de la *chicharra*.

Y los dos, como en los peores años en Flandes, sabedores de que no habría marcha atrás, aun pese a las chanzas del tonelero, se lo habían tomado muy en serio, desde el mismo momento en que se habían decidido a irrumpir en el castillo de San Jorge.

Habían intentado sobornar a un familiar con fama de corrupto al que llamaban Pedro de Arbués, habían buscado a aquel alguacil que los traicionara y habían querido coaccionarlo, incluso habían catado al dominico Silvestre de Marsico, que había sido el primer inquisidor en el proceso contra la joven, pero no habían conseguido nada. Todo el mundo involucrado parecía convencido por miedos inconfesables y ni siquiera el caballero don dinero les servía de acicate. A los dos piqueros no les había quedado otra que la más impensable de las opciones: asaltar el castillo por la fuerza; para sacar a Constanza de Accioli de aquel agujero a tiempo de evitar que acabase en la hoguera de los siguientes autos de fe. Porque, como toda Sevilla sabía, después de tanto tiempo en las mazmorras, a aquella joven que tenía presa la *chicharra*, no le quedaba más que hasta cuaresma, después sería ceniza al viento; tal era la inquina que parecía tenerle el santísimo y muy católico tribunal de la Santa Inquisición.

Claro que los dos veteranos no podían sino sospechar que, moviendo los hilos desde la mugre de algún escondite en Triana, estaba Hortuño de Andrade, sobornando, amenazando, coaccionando y, por encima de todo, dejando caer indirectas sobre revelar secretos añejos.

Para impedir que el puñal, la espada, la bolsa o el tubo de latón del corchete, todos al cinto, armasen la escandalera de un campanario al repicar incendio, Gaspar desató la faja de cuero con sumo cuidado. Apartó la argolla del cinturón y trasteó con tino hasta hacerse con el llavero.

—¡Vamos! Daos prisa —lo urgió Sancho con un bisbiseo rauco.

Gaspar, que se había reencontrado con esa frialdad que aprendía el soldado a base de ver a la parca tentar suerte por los alrededores, apenas apuró el paso. No lo hubiera confesado, pero había algo en todo aquel peliagudo asunto que le había devuelto cierta excitación perdida desde la juventud.

El crujido de la llave le pareció al tonelero el rugido de una fiera apocalíptica salida de las mismas pesadillas que san Juan dejara en la Biblia para el Armagedón. Se encogió de hombros temiendo oír en cualquier momento a alguien gritándoles el alto. Pero nadie acudió.

Los goznes de la puerta, vencidos por la humedad, chirriaron en su óxido y Sancho estuvo a punto de dar un paso atrás, sin embargo, no hubo quien los detuviera.

Y lo dieron todo por hecho, olvidándose de que aún tenían que ingeniárselas para salir de allí arrastrando a una maltrecha joven torturada por la *chicharra*. No hubieran esperado jamás encontrarse con lo que allí se toparon.

A Gaspar, tras un instante de confusión, se le hizo raro que hubiera tanta claridad en la celda. Podía distinguir los embrollos de paja sucia, la silueta en claroscuros de un balde viejo. Pero le costó asimilarlo.

—¿Constanza? Chiquilla…

Y la única respuesta fue la de Sancho.

—¿Qué sucede?

Volvió a mirar. Al fondo. Se veía el reflejo de la luna casi llena. Había un hueco en la obra, partido con las líneas quebradas de los ladrillos de adobe mudéjar. La menina no estaba.

—Ha huido…

—¿Qué?

Sancho metió la cabeza en el espacio que quedaba entre el torso de Gaspar y la hoja de la puerta.

—Pero —la voz enronquecida del tonelero apenas llegaba a mostrar su sorpresa — ¿cómo ha podido…?

Más allá de aquel buraco se intuía un parterre descuidado, con grama alta y parches de tierra removida por los topos, todo delineado por los satinados de plata desprendidos por la luna. El muro de la barbacana del castillo. Y luego, aunque no podía verlo, correría el río. Constanza no estaba.

Gaspar se admiró del arrojo de la siciliana, que se habría pasado largos meses para abrir aquella oquedad por la que a él apenas le cabía la cabeza. No le habría quedado otra que echarse a nadar a las frías aguas del Guadalquivir.

Del misterioso Cipango, al fin, después de aquellos años eternos. De aquel país en el lejano Oriente, precisamente del Japón. Llegaba una nave, una nao que traía los

restos de la expedición española que partiera desde las Filipinas, e incluso venía en el galeón San José una embajada de aquella extraña nación de sedas y guerras.

Se lo había oído decir a los alguaciles en el cambio de turno, mientras cuchicheaban al otro lado de la puerta de su celda. Toda Sevilla lo sabía, la ciudad entera hablaba de ello. Estaba en boca de todos en cada corrala. No había esquina sin que dos comadres chismorreasen, ni vaso de vino frente al que dos mozos no especulasen. Y, al escuchar a los corchetes comentarlo, la esperanza la había arropado, acercándole una felicidad que le costaba recordar. Se había llegado a olvidar de las llagas de sus tobillos y muñecas, de los dolores que roían sus articulaciones. Del miedo a la siguiente sesión de tormentos con aquel inquisidor implacable.

Sin embargo, en cuanto cayó al agua del Guadalquivir, aquella reconfortante tibieza desapareció. Todo se volvió frío. Ni siquiera sintió ya el dolor de sus dedos despellejados después de tantas horas luchando con los ladrillos de la tapia de su calabozo.

Perdió la orientación, braceó desesperada y, por un instante que se hizo interminable, le pareció que no alcanzaría la superficie. Dudó, le faltó el aire. Le fallaban las fuerzas. Sintió que se ahogaba.

La corriente batía su cuerpo maltratado. Daba vueltas sobre sí misma. El río la empujaba aguas abajo, la arrastraban gélidos caballos de un tiro en estampida. La asaltó una confortable tentación de rendirse al cansancio, y al dolor, de dejarse llevar para siempre; de que todo terminase. Aguzadas sombras cruzaron raudas sobre ella y no saber lo que eran la asustó.

Sevilla dormía. Ni siquiera los panaderos se habían levantado aún para atender los hornos de sus tahonas. La luna era un arabesco de plata brillando en el cielo limpio y eterno sobre el río. Y apareció de pronto ante sus ojos, difuminada por las revueltas del agua; con una cohorte de estrellas que agujereaban el lustroso crespón de la noche.

Braceó. Hacia aquellas luces en el firmamento. Salió a la superficie y el aire en sus pulmones fue un maravilloso regalo.

Consiguió mantenerse a flote, pero estaba desorientada. Aguas arriba, vio la silueta trémula del que debía de ser el *puente de las barcazas*; Constanza no lo sabía, pero solo la fortuna le había evitado que, al ser arrastrada, se hubiera abierto la cabeza con la proa de alguna de las chalupas que mantenían en seco el paso.

Entre el chapoteo, a lo lejos, hacia la otra orilla, vislumbró la muralla, barrada por el bosque de mástiles erguidos en las naves atracadas en el puerto fluvial. También distinguió los tejados de algunas casas, el alto campanario y las cúpulas de azulejos añiles de la catedral y, aguas abajo, junto a las grúas de los muelles, la silueta esquinada de la *torre del oro*. Consiguió nadar, pero se supo incapaz de atravesar la

corriente hasta llegar a la ribera contraria, así que se dejó llevar hasta que se topó con un bajío de la vera de Triana.

Gateó por el barro, notando cómo la brisa le robaba el escaso calor que le quedaba a su cuerpo empapado. Asustó a unas fochas que salieron volando entre airadas protestas. Se aupó gracias al tronco de un joven chopo. Y cuando salió por completo del agua se derrumbó en el lodo, inundada por el olor penetrante del cieno. Intentaba recuperar el aliento.

Era un tramo envuelto en juncos y espadañas, punteado por álamos y sauces. Sucio por restos de cajas de pescado y desperdicios de la gran ciudad.

Y se dio cuenta de que no había pensado en nada más allá de la misma fuga. Como si Dámaso en persona la hubiera estado esperando en la orilla del río, aguardándola para refugiarla contra su pecho.

Comprendió que aún tenía mucho por hacer. No podía dejarse someter por las adversidades.

Se alzó impulsándose con los brazos, despegándose del lodazal salpicado de lentejas de agua. Y se puso a correr tan rápido como pudo para perderse en la noche.

En el alfoz del barrio de Triana, para disgusto de la nobleza y los grandes de Sevilla, más allá de las viviendas cuidadas de estibadores que trabajaban en el puerto y campesinos que atendían pequeños huertos, se arracimaban las chabolas de los más pobres; dispersas unas, apretadas otras, conformando un laberinto que ni los corchetes patrullaban. Las calles no existían, eran solo vanos entre paredes hechas de restos; algunas se prolongaban por cientos de pasos, otras se detenían abruptamente en un muladar. No había alcantarillado. El fuerte cuero de las corachas en las que venían las mercancías de las Indias, los tablones de los grandes cajones de especias, alguna vela vieja, incluso el maderamen de una chalana desvencijada, cualquier cosa servía de material de construcción, y la barriada tenía un incongruente aspecto colorido que resaltaba incluso bajo la luz de la luna.

Las inmundicias se dejaban caer allá donde cuadraba. Los gatos callejeros se cuidaban de no aparecer por allí, no fueran a acabar en una cazuela. Aquel era un lugar peligroso en el que una vida valía mucho menos que un par de botas con las suelas apenas agujereadas. Era un albañal en el que el tifus, las fiebres y la tisis mandaban con más derechos que los ladrones más viejos.

Y Constanza corría por aquel dédalo buscando una salida. Espantó unos ojos brillantes y escurridizos que solo podían ser de una enorme rata. Robó una capa vieja que encontró en un tendal raído y se arrebujó con ella para luchar contra el frío.

No se detuvo. No se dio un momento de descanso. Se resguardó en la noche.

Después de que aquel piloto sanluqueño de rostro revenido catase el viento, olisqueando el aire como un gato montés aventando una presa, el galeón había empezado a remontar el Guadalquivir. Y la luminosa mañana del día de San Calixto

del año del señor de 1614, la embajada que enviara el *daimyo* de Sendai, Date Masamune, a órdenes del señor de todo el Japón, el *shogun* Tokugawa Ieyasu, cruzó el *puente de las barcazas* de Sevilla para ser recibida por una ciudad atónita ante aquellos hombres llegados desde el otro extremo del mundo.

Después de verse obligado a dejar parte de sus hombres en Ciudad de México, Hasekura Tsunenaga, siguiendo esos días los expeditivos consejos del duque de Medina Sidonia, a disgusto, había elegido una representación de entre los poco más de cien hombres viajados hasta allí desde Nueva España.

Por órdenes del embajador japonés, el grueso de la expedición había quedado en la localidad ribereña de Coria del Río, aguas abajo de Sevilla; una tranquila aldea de pecheros que, boquiabiertos, habían visto aquel despliegue de ampulosos ropajes de seda, frentes afeitadas, larguísimos arcos, extrañas abarcas y, por encima de todo, una buena colección de hombres menudos con ojos almendrados y tez dorada que portaban los sables a pares.

El San José, con el trapo arriado, había quedado meciéndose en las aguas turbias del río. Y, sin pagar pontazgo, los viajeros entraron en Sevilla desde la margen del barrio pesquero de Triana.

Además de los supervivientes del patache, el pomposo Sebastián Vizcaíno caminaba por delante de Dámaso. Y la comitiva oriental los seguía.

En tales guisas, tras el escrutinio sugerido por el duque de Medina Sidonia, al frente iba el propio Hasekura Tsunenaga. El japonés vestía un *kimono* de seda blanca de la mejor calidad, estampada con delicados brotes de bambú en colores verdes y naranjas. Llevaba el bigote y la perilla recortados con esmero y, del tradicional moño que delataba su condición de *samurai*, no se escapaba ni uno solo de sus negros cabellos. Aun así, su aspecto era frágil e indeciso. Lo escoltaban Yoshioka Seijuro y aquel converso con el nombre cristiano de Vicente, los dos únicos japoneses que se manejaban decentemente en una mezcolanza de los idiomas usados por los *gaijin*.

Tras ellos, con la cabeza alta y el orgullo de su pueblo, avanzaba una docena larga con sus *katana* y *wakizashi* de relucientes fundas lacadas bien atadas a los *obi* que les ceñían las cinturas. Muchos mostraban el *mon* de las tres hojas de malva de la casa de los Tokugawa. Saigo Hayabusa, obligado por su deber, lucía el emblema de los gorriones del ligio de Sendai, aunque en su alma llevase grabada a fuego la arcada que había servido de enseña al clan Torii.

La procesión continuaba con unos pocos arqueros, que hicieron alzar los ojos de asombro a los corchetes que les servían de guardia a los nobles andaluces al otro lado del puente, porque los occidentales, incluso aquellos que eran veteranos de Flandes, jamás habían imaginado que se pudieran fabricar arcos de palas tan recurvadas. Y, en penúltimo lugar, completando aquella marcha nunca antes vista en las coronas de España, los mercaderes de mayor dignidad escogidos personalmente por Hasekura

Tsunenaga.

El que cerraba filas era el bonzo Zongji, cuyo labio deforme fue la menor de las sorpresas de aquel día para los de la ciudad.

En la orilla sevillana, destacando entre los ladrillos, adobes y tejas que pintaban la ciudad de tonos ocres, bajo el *giraldillo* del campanario de la catedral, que se había vuelto hasta marcar el soplo del levante, aguardaba la comitiva de occidentales que recibía a la embajada nipona. Estaba el duque de Medina Sidonia y el conde de Olivares, y todas las nobles cabezas de los feudos cercanos. Entre unas testas y otras, juntas o revueltas, había representaciones orladas de cuantas casas con nombre propio tenían aquellas tierras andaluzas; había allí escudos de los Guzmán, los Haro, los Silva, los Messía, los Cuesta y hasta los Colón. Y también todo gentilhombre o hidalgo con linaje limpio de agarenos y hebreos cuyo apellido anduviese garrapateado en algún legajo perdido de los archivos de la corte. Todos rodeados por una turbamulta de curiosos inquietos entre los que había niños a hombros de sus padres, sirvientas de escotes generosos que se llevaban algún ardite en los callejones complaciendo a los galanes, damas de compañía de las hijas de los nobles que miraban a aquellas con gesto de repulsión, menesterosos que, asombrados, se olvidaban de ofrecer sus escudillas para mendigar limosnas, algún soldado viejo con vistosos colores de ropajes raídos en los que resaltaban los tubos de latón que llevaban al cinto con sus hojas de servicios. Incluso estaba el nuevo arzobispo del episcopado de Sevilla, don Pedro de Castro y Quiñones. Un hombre devoto, de fe solemne, algo menos ampuloso que su predecesor, y sin deseos de contratar a los artistas de la corte para pintarle retratos al óleo, pero con suficiente desparpajo en las esferas del poder para saber que, tras el acuerdo sobre el bautismo del embajador japonés que se celebraría en presencia del duque de Lerma, más le valía hacer acto de presencia como representante de la Iglesia.

Orquestada la mañana por el duque de Medina Sidonia, la expedición cruzaba el puente a la hora convenida. Peregrinarían hasta la remozada catedral y el prelado sevillano oficiaría una misa que terminaría a tiempo para un devoto rezo del ángelus.

Las calles estaban abarrotadas, el trecho escaso entre las murallas y la ribera del Guadalquivir era un mar de chapeos, cofias y garvines, pero no se oían los vítores o la algarabía que solía acompañar al desembarco de cualquier nave que atracase en el puerto de Sevilla; solo el asotilado chismorreo de las preguntas que hacían los más pequeños a sus mayores.

Dámaso, entornando los ojos al radiante mediodía, caminaba cabizbajo. En el río, el sol pintaba escamas doradas, sin embargo, en el interior del alférez no había otra cosa que un rencor lúgubre que le oscurecía el ánimo cargándole el semblante. Se detuvo como un autómata, sin pensar en ello, y a pocos pasos frente a él se hicieron saludos y reverencias, hubo traducciones, y amplias sonrisas de los nobles sevillanos.

Se abrió la marea de gentes, fueron apartándose. Los plebeyos se hicieron a los lados para dejar un trecho en la orilla que pudiera ocupar la expedición, y la comitiva descendió por la ribera izquierda del Guadalquivir hasta encarar a la que llamaban Puerta del Arenal, más regia y pintiparada que la humilde del *puente de las barcazas*.

Dejaron los navíos atracados en el río a la espalda, virando de costado sobre los mástiles de naos, pataches, carabelas y carracas. A la derecha, las atarazanas; y cruzaron la muralla rumbo a la amplia plaza tendida a los pies de la iglesia mayor. Allí apelotonados aguardaban los sevillanos, ocupando desde la calle de las Armas hasta las mismas Puertas de Carmona y de Jerez.

Se abrían ya los grandes portones herrados de la seo y los nobles, mirándose de reojo, tentaban los turnos para darse la preferencia; inseguros ante tanto boato y escudo, parecía que les costase decidir el orden de entrada en la catedral cuando Dámaso se paró en seco.

El sol lo obligaba a refugiarse bajo el ala del sombrero, no veía bien. Los alguaciles apenas daban abasto para contener a la turbamulta. Los corchetes braceaban y los curiosos empujaban para hacerse un hueco y ver a aquellos forasteros de estrafalarios ropajes. Siguiendo a las autoridades camino a la catedral, el resto de la expedición fue adelantando a Dámaso, pero el alférez no se movió. De entre todos, solo Saigo Hayabusa, que se hizo a un lado junto a las puertas de la seo, pareció darse cuenta.

Había un mocoso, aupado a los hombros de una versión mucho más envejecida de aquel rostro redondo de mofletes enrojecidos en el que despuntaban dos enormes ojos castaños. El crío miraba con asombro a los japoneses. Masticaba un pequeño taco de jamón reseco, con la barbilla reluciente de saliva, en la mano libre sostenía un trozo renegrido y bien tostado de aquel pan de regañada que tanto les gustaba a los locales. Al otro lado, un tullido con el viejo coselete de los Tercios sacudía una alcuza desportillada pidiendo limosna a aquellos hombres de bien llegados desde el otro extremo del mundo conocido. Y, en medio, una pordiosera intentaba abrirse camino.

Sus recuerdos se abrieron a sus pies y Dámaso se sintió dominado por el vértigo. Temió que la tierra que pisaba desapareciese bajo él. No podía creerlo. Había sido solo un instante, pero le había parecido.

Era imposible, y lo sabía. Hubiera jurado en el nombre de todos y cada uno de los santos. El padre del pequeño se movió y tapó a la mendiga. Aparte de Dámaso y el *ronin*, ya solo faltaba Zongji por entrar en la catedral, donde el obispo y sus acólitos se preparaban para el oficio.

El antiguo furriel de Flandes iba a dar un paso, envuelto en una turbonada de emociones y sentimientos en la que el miedo a equivocarse y tener que aceptar aquel dolor le parecía insufrible. Por un breve momento, incluso el profundo odio que había engendrado hacia Hortuño de Andrade se desvaneció, espantado por la poderosa

esperanza. Alzó el talón para acercarse, oía los ruegos del mendicante, la calderilla que tintineaba en aquella alcuza.

—¡Constanza!

El corazón de Dámaso se detuvo. Un sudor frío cubrió su cuerpo en un santiamén. Abriéndose paso a empellones, una mujerona de aspecto familiar apartaba de su camino a propios y extraños sin misericordia alguna, cargando tal que una caballería bien entrenada.

—¡Constanza! ¡Mi niña!

La voz aguda de la mujer rugía por encima de la multitud, entre la que se volvían algunas cabezas.

El padre, complaciente, se giró para que su hijo viera a aquel monje de hábitos naranjas y labio deforme.

Entonces estuvo seguro. Era ella. Demacrada, vestida con harapos, con sus rizos convertidos en greñas mugrientas, con el rostro cubierto de lamparones. Pero era ella. Y algo se derramó en su interior. Ya no había odio, no quedaba ni rastro de aquel sordo rencor; no importaban las conjuras y las traiciones. Solo el tibio y reconfortante amor que lo inundó como si se sumergiese en un baño caliente. Se olvidó del desmejorado aspecto, de los andrajos; estaba tan bella como aquel primer día en el que Dámaso había perdido las riendas de su vida al contemplarla.

No podía dejar de mirarla, y no vio cómo un hombre robusto con la tez cobriza, rizos negros y las coloridas prendas de los egipcianos observaba alternativamente a la mujerona que seguía gritando y a Constanza.

Ella lo buscaba entre los hombres que habían pasado. Desesperada e inquieta miraba hacia la entrada de la catedral. Hasta que advirtió que uno se había quedado rezagado y su mentón cayó sobre el pecho como si el cuello se tronzase tal que un tallo frágil.

—¡Constanza!

Ella alzó el rostro y lo vio. Las miradas de ambos se enlazaron y quedaron prendidas. Se conocieron y se desearon, se perdonaron, se juraron amor eterno, todo en aquel simple gesto.

Dámaso ni siquiera se percató de que aquel hombre con una gran navaja moruna al fajín dejó de prestar atención a la mujerona que seguía luchando con la muchedumbre.

Se oyó el murmullo de la misa, entre las piedras de la catedral empezaba el oficio y el arzobispo repasaba su grandilocuente homilía. El sol arañaba los ocres y almagres de la grandiosa Sevilla. El verdoso Guadalquivir rumoreaba en su camino hacia el sur. El viento de levante viró y la veleta del *giraldillo* chirrió girando sobre sí misma indecisa.

El alférez no tuvo tiempo de reaccionar. Pacheca, Gaspar y Sancho, que

avanzaban a duras penas, solo vieron retazos de la escena completa. El egipciano Tomás de Sabba aprovechó su oportunidad.

El brazo de un hombre corpulento la apresó por la cintura. Una mano a juego le tapó la boca. Y, antes de que Dámaso hubiera podido hacer otra cosa que echarse a correr, Constanza desapareció entre el gentío. Aquel gitano se la llevaba en volandas. Internándose en la marea de la turbamulta que se apelotonaba para ver a los japoneses.

—Fue ese hideputa, el mismo que nos tendió la emboscada en el callejón de Triana. Estoy seguro, lo reconocí —afirmó Sancho convencido ante los ojos bien abiertos de Ruy.

En la tapa de un viejo tonel que hacía las veces de mesa, Dámaso tenía ante sí un vaso de fuerte aguardiente que le había servido Gaspar. Oía las palabras del artesano, eran un rumor lejano que anunciaba al trotamundos que el mar estaba tras el siguiente cerro. En algún lugar de su conciencia seguía revoloteando la historia que le habían contado entre el galopín, la dueña y los dos veteranos. Y el odio había regresado en oleadas aún más violentas.

—Es cierto, lleváis razón. Era él —concedió Gaspar respondiéndole a su renovado compañero de armas.

Apartando la correosa desesperación que lo había asaltado antes de llegar a Sevilla, el alférez había conseguido aceptar la pérdida de la mujer que amaba con toda su alma, pero aquel terrorífico relato de raptos, tormentos e Inquisición iba mucho más allá de cualquier maldad imaginable. Aquella alimaña codiciosa parecía no conocer límites. Aunque los viejos soldados no le habían ofrecido otra cosa que rumores e intuiciones, Dámaso no albergaba duda alguna, Hortuño de Andrade estaba detrás de toda aquella retahíla de desgracias. Él había conseguido que el Santo Oficio prendiera a Constanza, él habría azuzado el proceso inquisitorial apartando al magnánimo Silvestre de Marsico, y él tenía que ser el patrón de aquel egipciano que había emboscado a los piqueros, el mismo que, finalmente, la había raptado. Hortuño era el responsable. Un halo de absoluta certeza envolvía a Dámaso.

—Ha sido ese malparido hijo del mismo demonio —farfulló el alférez entre labios apretados consiguiendo que Pacheca abandonara sus sollozos y se persignase a toda prisa.

Zongji, algo apartado, murmuraba las traducciones de lo que lograba comprender a un impertérrito Saigo que, a su vez, aguantaba estoicamente las asombradas miradas del galopín Ruy.

El resto de los presentes se sumió en un silencio que solo interrumpía el chisporroteo del tenue fuego que mantenía el tonelero en su taller. Era evidente que el desánimo había calado hondo en todos ellos, y la gran noticia del regreso de Dámaso no servía para aplacar su amargura.

—*Ano mono no koto ka*?

Dámaso se volvió hacia el *ronin* y tardó en asimilar la pregunta. Necesitó un largo momento para comprender qué era aquello que el japonés deseaba saber.

—*Gyoi ni gozarimasu* —respondió el alférez—. Sí, es él —insistió regresando a su propia lengua.

Y entonces, sintiendo el peso de la curiosidad de sus compatriotas ante la confianza con la que el occidental y el oriental se hablaban, sin dirigirse a nadie en concreto, el furriel hizo un somero relato de la historia del *samurai* que había querido ser un simple labriego. No entró en detalles y, por respeto al hombre que le había salvado la vida, no incluyó las partes que le parecieron demasiado sensibles como para compartirlas.

Cuando Dámaso terminó, tras vaciar otro vaso de orujo, Gaspar terció en la conversación.

—Bien, si acaso quedaba alguna duda, ya no hay excusa —concedió el veterano —. Es un cabrón hideputa al que solo le faltan pezuñas para ingresar en los avernos, pero ¿qué vamos a hacer?

Por primera vez, Dámaso alzó los ojos y los miró pausadamente, deteniéndose en cada uno.

—Encontrarlo y destriparlo —dijo el alférez antes de beberse de un trago su aguardiente.

Gaspar había visto antes semblantes como aquel. En los fríos lodazales de los canales de Flandes, cuando el hambre, las liendres, los pies carcomidos por la podredumbre y el hedor de la muerte hacían enloquecer a algún desdichado que se lanzaba contra un bosque de picas tronchadas, dispuesto él solo a acabar con un ejército de herejes neerlandeses. En ocasiones, en el rostro del cadáver ya frío, si es que las balas holandesas no lo habían desfigurado, aquella expresión demente se mantenía en los rasgos contraídos por la muerte.

Saigo Hayabusa no necesitó traducciones. Asintió; satisfecho al ver que, aquel en quien había depositado su amistad, se comportaba con la resolución de un *samurai*.

* * *

Sevilla vibraba con cuchicheos y, mientras en el llamado *salón de los embajadores* del Real Alcázar los nobles recibían a la embajada japonesa bajo los frisos caballerescos de la imponente estancia, las gentes de la villa especulaban sobre los increíbles acontecimientos del día.

En las afueras, en el alfoz del barrio pesquero de Triana, entre humildes corrales y huertos, había una pequeña casa desvencijada. Un desecho a medio derruir que, con el paso del tiempo, había perdido su original aspecto de humilde alquería rural

almohade. En el pasado alguien había gastado unos buenos maravedíes intentando convertirla en un hogar, pero aquellos sueños se habían deshecho al tiempo que el yeso se desportillaba y la alberca del patio se agrietaba. Ahora era la covacha de Hortuño, en la que se refugiaba del sol radiante de Sevilla y tejía las telarañas con las que, aprovechándose de impúdicos secretos, atrapaba a todo aquel de la ciudad al que pudiera chantajear.

En el ocaso que se tendía sobre el valle del Guadalquivir robándole destellos a las verdes aguas del río, una sombra salió de aquel lugar putrefacto.

Tomás de Sabba, contento por la oferta del patrón, se las prometía felices con los dineros del señorito de Madrid. A él ni le iba ni le venía nada en aquel asunto, a no ser por los doblones en juego. Tras de sí, cerró la puerta y se encaminó al *puente de las barcazas* para llegarse a la taberna del Carnicero y contratar a los hombres que le habían encargado antes de que, con el ocaso, se cerrasen las murallas de la ciudad.

A sus espaldas, en el interior de aquella covacha desmantelada, inconsciente, quedaba Constanza. La que había sido dama de compañía de la difunta reina Margarita; era un bulto envuelto en una capa raída, tendida en la esquina del patio central.

Y era mejor así, porque si se hubiera despertado bajo la mirada aviesa de aquella figura embozada que estaba plantada frente a ella, la siciliana hubiera pensado que había descendido al mismo erebo.

La urgencia palpitaba en la entrepierna del demacrado Hortuño. Miraba a la mujer. En sus ojos oscuros trepidaba un centelleo. No se movía, solo jadeaba. El sol se escurría arando los canales entre las pocas tejas que le quedaban a la casa y cubría el rostro del antiguo secretario con sombras lúgubres. Sus labios temblaron y, agrietándose tal que una peña al reventar en noche de helada, se abrieron lentamente en una sonrisa aciaga. La lengua se deslizó a través de ellos y se detuvo en la comisura, asomada como una alimaña vigilando la entrada de su madriguera.

Aquel a quien llamaban *el Carnicero* tenía, de hecho, muy poco de tabernero. Y si le había quedado el apodo de los tiempos en los que ganaba sus dineros trabajando en el matadero, ahora no era cuestión de permitir que le cambiasen el remoquete por otro que tuviera que ver con el negocio que regentaba en esos días. Así que el egipciano no hacía otra cosa en su local que no fuera tirarle miradas llenas de urgencia a las mozas que servían las mesas y atendían el fuego de la cocina. Unos fogones en los que, al aire de los tiempos y, a fin de no soliviantar sospechas sobre si allí andaban o no cristianos viejos, por orden estricta del Carnicero, ni faltaban los huevos ni escaseaba el tocino; y de las lentejas y garbanzos de a diario, se abusaba de los duelos y quebrantos de las jornadas del cabo de semana, de todo aquello se ocupaba José, *el Carnicero*, que no quería en su negocio ni líos con la *chicharra* ni alguaciles a los que no pudiera sobornar.

Por muchas que fueran las apariencias, sin embargo, cualquiera con algo más que pelambre por encima de las cejas sabía que, en la taberna, la mayoría de los cuartos que caían dentro de la bolsa de su dueño venían de cobros que poco tenían que ver con los azumbres de vino, las tortillas de sesos o las verduras asadas.

—¡Niña! Pon unas olivas y algo del queso bueno, el del fondo de la alacena —le gritó el Carnicero a una de las mandaderas al tiempo que echaba la tranca a la puerta, después de haber dejado pasar a un boquiancho de aire rudo y andares pesados—. Ea, ya está apañado. Con este que acaba de llegar ya tenéis otros seis, docena y media en total —le dijo a Tomás de Sabba echando la cuenta con los doce que habían salido para Triana antes de que se cerraran las murallas de la ciudad—. Mucho oro se necesita para pagar tanto acero…

Tomás se echó la primera oliva a la boca y, con un pesado tintineo, puso en la mesa a la que estaba sentado la bolsa que Hortuño le había dado.

—El patrón anda contento —le reconoció al tabernero con un tono divertido—, el pago no ha de ser problema. Lo que falta —añadió señalando la faltriquera—, lo traigo bien de mañana…

Aquello pareció contentar al Carnicero y mudó las tornas; una buena información podía resultar provechosa en el futuro. Además, le intrigaba la urgencia en el contrato de aquellos jaques.

—¿Y a qué las prisas por encontrar unas cuantas blancas? —preguntó el tabernero acercándose para coger la zaina con la calderilla.

—Dizque al gato lo mató la curiosidad —zanjó Tomás con un aire diferente en la voz, poco dispuesto a hablar de los espadas que había pagado con el dinero de Hortuño—. O eso he oído…

Tras él, los hombres contratados se revolvieron inquietos por el sonido de las monedas. Con aquel soniquete se olvidaron del vino y de la camarera que los atendía.

—Ya, alimón he oído también que al burro lo molió a palos el aparcero porque no se movió…

—Y yo conocía uno que tenía un primo al que lo mató una coz…

El tabernero masticó aquella advertencia solapada y decidió no seguir inmiscuyéndose. Le hubiera gustado sacar algo más del asunto, pero, ante la severa expresión, se dio por satisfecho con las ganancias que ya se había asegurado con sus comisiones por la contratación de los valentones; y no le siguió buscando pareados al matarife.

—Pues si la paciencia racanea será mejor no echar albardas; bebamos entonces, todavía es pronto. Aún tendréis que esperar un par de horas más antes de poder salir sin riesgo… Los corchetes de ronda estarán todavía despiertos.

Tomás asintió con desgana apartando una aceituna pocha.

—Que se moderen con el vino —repuso hablándole al tabernero pero dejando

clara la advertencia para los mercenarios.

El robusto egipciano estaba dispuesto a cumplir con las órdenes de Hortuño, incluso había en ello cierta ansia personal de cobrarse revancha por la fallida emboscada que le habían tendido en Triana a aquel entremetido veterano. Y su excelencia el señoritingo se había portado con un pago generoso; al principio, cuando le había hablado de cómo había raptado a Constanza frente a la catedral, el tipejo se había quedado como si hubiera visto a un muerto, pero había reaccionado sembrando doblones que el gitano no había dudado en aceptar.

Aun así, ufano por los dineros y el pellizco adicional que se llevaría en la paga para los mesnaderos, Tomás de Sabba sabía que no sería tarea fácil. Como poco, a los dos viejos se les habría unido el tal Dámaso, aquel soldado al que quería ver muerto el señorito de Madrid y a quien se suponía recién llegado en el San José.

A pesar de la advertencia de Tomás, la perspectiva de los cuartos que pronto pesarían en sus bolsas les dio a aquellos bravucones alas y, antes de que el egipciano despachase sus olivas, ya habían trasegado una buena ración de vino, acompañada con propuestas muy poco decorosas a la moza.

Iba el egipciano a decirles que espantasen los humos cuando sonó un único golpe seco en la puerta cerrada.

El tabernero y Tomás de Sabba intercambiaron gestos de duda. Pero el cantinero, algo menos propenso a amoscarse, despejó pronto la incertidumbre.

—Será algún rezagado al que le ha llegado el rumor, mejor siete que seis —concluyó de buen humor en tanto se levantaba.

No pareció convencerse el egipciano De Sabba, que dejó caer la mano en el mango de la navaja, venteando el aire por si se olía la amenaza.

—Os dije que fuerais discreto…

De fondo, los seis perdonavidas se reían de alguna de las obscenidades que uno le había espetado a la camarera. El cantinero se giró hacia el barullo y compuso lo mejor que pudo un semblante de inocencia.

—La promesa del oro hace medrar las lenguas —dijo el figonero sin moverse del sitio.

Tomás de Sabba sopesó la situación y, finalmente, con un brusco asentimiento, cedió.

—Está bien, id a ver —concedió volviendo a ocupar las manos con las olivas.

Así que el posadero, confiado, se fue hasta la puerta sin imaginar que serían los últimos pasos que daría en su vida.

—¿Quién va? —preguntó al tiempo que alzaba la tranca del postigo.

Ni siquiera tuvo ocasión de ver el rostro del hombre que manejaba el acero. Antes de volver a preguntar, la *katana* de Saigo Hayabusa le había entrado bajo las costillas y desbaratado el bofe.

A las buenas no lo hubieran conseguido jamás, pero ofreciendo mejorarle el afeitado a unos pocos, a Dámaso y a los suyos no les había costado demasiado dar con la taberna del Carnicero. Y el alférez era consciente de que bien podían los justicias andar en su busca, siguiendo el rastro de heridos; pero en aquel momento al antiguo furriel le importaba un bledo si el teniente de alguaciles le echaba encima a todos sus hombres, lo único que tenía en mente era encontrar a Constanza.

Ante el gesto de asombro por la habilidad del japonés, que demudó el rostro de Sancho, el cantinero se desplomó salpicando sangre. Dámaso entró como una tromba en la taberna.

Lo siguieron el *ronin* y los dos veteranos; Ruy y Zongji, de acuerdo a lo planeado, se habían llevado a Pacheca a la calle Boticas. Dámaso sabía que, tanto si salían con bien de aquella como si no, los que siguieran vivos no podrían quedarse en Sevilla. Habrían de huir y, gracias a la connivencia del tonelero, habían tenido una idea para una fuga que comenzaría en aquel preciso lugar.

Tomás de Sabba se levantó, los hombres a su espalda lo imitaron y la camarera se echó a correr hacia las cocinas. Había llegado el momento de que el acero hablara y los hombres callasen.

Gaspar y el egipciano se miraron reconociéndose. Sancho alzó la vieja pistola del tudesco. Saigo llevó la mano derecha a la empuñadura de su sable. El resto de los gitanos acomodaron las navajas según el gusto de cada cual.

La respiración del cantinero fue apagándose entre crujidos altisonantes. A través de la puerta abierta se oía el aire correr por los callejones de Sevilla y una ráfaga revoltosa les trajo el penetrante hedor a sacrificio del cercano perneo. No duró mucho, al poco, el tufo a fritanga volvió a envolver el lugar; resultó ser un viejo conocido que se acopló confortablemente.

Era un local modesto, de los que pretendían no llamar la atención de los alguaciles y corchetes. Contaba apenas con cuatro mesas desiguales hechas de tablones sin cepillar, entre ellas se desbarataban unos cuantos taburetes mezclados sin orden con sillas de pacotilla. En las arcadas, una pátina de grasa revenida oscurecía los adobes sirviendo de amarradero a las cenizas del hogar y de trampa a las moscas. No había otra luz que la de unas cuantas mechas de esparto y brea que ardían en hachones espetados de mala manera en las columnas de las arcadas. Era una antigua casa moruna de aires humildes, no había frisos ni mosaicos, solo yeso desconchado y las aristas de algunos ladrillos que amenazaban con soltarse. Las largas sombras de los hombres reptaban sobre el suelo embaldosado, vacilando cuando las llamas temblaban.

La quietud se tensaba. Cada bando calibraba al rival con miradas de soslayo. La muerte se acomodaba en una de las mesas esperando que le ahorrasen el trabajo. Todos sabían que la mayoría no saldría de allí con vida.

Con pausa, sin aspavientos, Tomás de Sabba se pasó el reverso de la mano por el mostacho, cambió el peso de pie y sacó la navaja del fajín. La abrió sin dejar de mirar a Gaspar; a medida que desplegaba la hoja, cada uno de los dientes de la carraca que aseguraba el filo produjo un estallido metálico que retembló en aquel tirante silencio.

—Supongo que no habéis venido a preguntar por la comida…

—A ese lo necesitamos con la lengua entera —dijo Dámaso roncamente, refiriéndose a Tomás.

Y, como si hubiera sido una señal convenida, Sancho, que ni supo ni quiso refrenar por más tiempo su impaciencia, disparó. El estruendo de la detonación puso a todos en movimiento. A uno de los matasiete a espaldas del robusto gitano se le arrugó el coleto y, llevándose los dedos a la herida, intentó contener la vida que se le escapaba entre gorjeos.

Envueltos en la intensa polvareda se oyeron los primeros cruces de acero.

El tonelero arrojó la pistola al suelo y desenvainó para repeler a uno de los jaques que se le echaba encima, Dámaso le lanzó la primera estocada a Tomás. Usando un taburete como escala, Gaspar se subió a una de las mesas y tiró de hierro para marcar distancias con otros dos de los hombres que el egipciano había contratado. Saigo, con el sable aún en su funda, avanzó con unos pocos pasos rápidos y se encaró sin titubear con la pareja hecha por los últimos mesnaderos.

Aunque era un hombre corpulento, Tomás de Sabba estaba más que curtido en reyertas como aquella y no le costó esquivar los primeros envites de Dámaso. Sin embargo, el alférez no perdió su oportunidad cuando vio al egipciano hacerse a un lado con prisa; alargó la zancada y buscó el costillar del otro con su propia espada, a la vez, se las apañaba con la izquierda para sacar la vizcaína de amplia cazoleta que le había prestado Sancho.

Una de las hojas se partió y la dura forja japonesa, tras hacer añicos el filo toledano, entró por la mejilla del matón rebanándole la oreja y anegando el ojo de sangre. Cuando la *katana* salió del carrillo dejó un largo chirlo sanguinolento que le llegaba al pobre desdichado desde el mentón a la coronilla. El *ronin*, en tanto recogía los brazos para terminar el tajo, presintió que el hombre a su espalda se movía para pillarle desprevenido, así que empujó con todas sus fuerzas al que tenía ante sí, apenas un cuerpo inerte, y la navaja de su oponente no encontró otra cosa que aire.

Gaspar repartió una serie de puntapiés y consiguió reventarle la quijada a uno de los jaques, que cayó al suelo escupiendo hasta las muelas del juicio entre salivazos sanguinolentos. Sin embargo, el veterano ya no era el muchacho que había sido en Flandes, anduvo torpe y viejo; recibió un corte en la pantorrilla que le hizo perder el equilibrio y caer de mala manera encima de la mesa. Los maderos se rompieron con estruendo y, con un grito ahogado, el soldado vejancón terminó encima de un taburete que se le clavó en la riñonada.

Vio a su compadre en apuros, el mesnadero que aún conservaba los dientes se le echaba encima y, aunque aún no había despachado al suyo, Sancho salió corriendo. Rodeó a Dámaso, que se había enzarzado en una serie de cuchilladas cortas con el líder de los egipcianos, y el tonelero temió no llegar a tiempo.

El antiguo furriel tenía que medirse muy bien y eso dificultaba el duelo. No podía liquidar al egipciano sin más, lo necesitaba para averiguar dónde había escondido el indeseable de Hortuño a la pobre Constanza.

El dolor trepó por el espinazo hincando púas en cada vértebra. Al darse la vuelta, Gaspar vio que lo cercaban para rematarlo con una cuarta de acero que llevaba su nombre, pero nada podía hacer por evitarlo. Tuvo oportunidad para dedicarle un último pensamiento a Pacheca; lamentó su maldita suerte.

Buscaba fuerzas para escupir a aquel bastardo y no las encontraba. El matasiete lanzó su hoja contra el veterano de Flandes. El *ronin* vio al viejo de pelo cano en problemas mientras, tras voltearse, usaba su sable más corto para ensartarle las asaduras al segundo de sus rivales. Dámaso, fintando para buscar un fallo en la guardia del egipciano, no tuvo ocasión más que de presentir la desgracia que se avecinaba.

Sancho interpuso la hoja de su hierro y, apenas a un par de pulgadas del pecho de Gaspar, el centelleo de los aceros desvió el mandoble que le buscaba el corazón al pajarero. Sin embargo, el buen hacer del tonelero no tuvo recompensa; empezaba a sonreír cuando el gesto se transformó de modo grotesco.

La punta de una espada apareció entre una flor de carne y sangre, justo por encima de la clavícula de Sancho. Las costuras del cuello de la camisa se empaparon en un decir Jesús. El tonelero, confuso, tosió una lluvia de abalorios bermejos.

Dámaso lo vio y quiso reaccionar. Agachándose bajo un navajazo del egipciano, agarró con la izquierda la pata de una silla y se giró ganando velocidad. El tosco respaldo impactó con el costado de Tomás, quien trastabilló y cayó después de un paso en falso.

—¡Maldito hideputa sarnoso! —consiguió gritar Gaspar desde el suelo refiriéndose al que había ensartado por la espalda a su viejo amigo.

Pero no tuvo tiempo el veterano de cobrarse venganza, aún no había celebrado el jaque su acierto con el tonelero cuando el sable del *ronin* le cortó limpiamente el brazo estirado. Los dedos no se relajaron y la hoja que atravesaba el torso de Sancho hizo un extraño que martirizó al artesano. Se derrumbó sobre sus rodillas, desplomándose, como avalancha de aquellas montañas alpinas del paso de Aosta que tantos años atrás él mismo y Gaspar habían cruzado juntos para ir a pelear contra los herejes del norte.

Sin darle oportunidad de repetir el intento de traspasarle la cuera al veterano, que forcejeaba para levantarse, Dámaso se olvidó del jefe de los egipcianos y se abalanzó

sobre el que había querido ensartar a Gaspar. Le metió la daga de la zurda hasta la empuñadura, el ojo apenas ofreció resistencia, solo tuvo que volver a empujar para calar algo correoso y, después, el filo se deslizó por la sesera del mesnadero como a través de lardo caliente.

A espaldas del alférez, Saigo le dio la puntilla al que no hacía otra cosa que escupir cachos de diente entre esputos del color del vino ajado. Después de voltearla con un rápido movimiento de muñeca, la hoja de la *katana* le arregló el hígado, el afiladísimo extremo salió por la espalda, reventando el burdo esmalte de las humildes baldosas.

Gaspar logró al fin incorporarse y, gateando, llegó hasta su amigo.

—¿Sancho?

El otro aún respiraba trabajosamente.

—¿Sancho? —volvió a preguntar el veterano al lado de su compadre.

El tonelero naufragaba ya en las nieblas de un mar lejano y, aunque giró el rostro hacia su viejo camarada, no respondió.

Como no tenía duda alguna sobre lo que sucedería a continuación, Saigo envainó de nuevo su sable y guardó un respetuoso silencio. No conocía bien a los *nanbanjin*, aquel hombre tan gordo de manos enormes debería abrirse el vientre mientras le quedasen fuerzas. Sin embargo, imaginaba que no sería así. Aunque no carecían de valor, aquellos forasteros se regían por afeblecidas costumbres llenas de piedad absurda. Pero él era allí el extranjero y, como correspondía, mantendría las formas.

Dámaso se volvió y descargó un puñetazo en el rostro de Tomás de Sabba evitando que el egipciano llegara a ponerse en pie.

—*Sono mono o toraeyo. Nigashitewa naran* —le dijo al *ronin*.

El gitano se recuperaba del golpe y, al ver que el japonés caminaba hacia él para cumplir la orden, tomó impulso para atacarlo. Tomás de Sabba bien podía pesar media docena de arrobas más que el oriental y cargó sin temor a fallar; dispuesto a aplastar a su adversario. Saigo no se inmutó, dejó que el otro se abalanzase como un animal enfurecido, alzó la derecha, bloqueó con el revés de la muñeca y el grueso antebrazo del egipciano se deslizó pasando de largo; entonces el japonés se giró para usar su otra mano sobre el hombro del atacante, al tiempo que hacía presa en el fornido músculo del brazo del egipciano. Un instante después, Tomás estaba boca abajo, en el suelo, con la rodilla del *samurai* en la espalda. Uno de los pulgares del japonés le presionaba dolorosamente un punto tras la oreja. En cuanto hacía el menor intento de zafarse, el oriental apretaba causándole una agonía.

—¿Recordáis Namur? —le preguntó Gaspar al tonelero—. Aquel condenado apóstata se había escondido entre los muertos, ¿os acordáis?

Tras vencer a los neerlandeses en Gembloux, don Juan de Austria había mandado a sus hombres arrasar con la ciudadela de Namur y, bajo el estandarte de la cruz de

San Andrés, los dos veteranos habían asaltado aquellas calles empedradas.

—Aquel cabrón barbudo parecía más tieso que la mojama, yo pasé sin ver otra cosa que un cadáver…

Dámaso se aproximó hasta donde Gaspar sostenía la cabeza del tonelero entre sus manos. El artesano ya había muerto; su pecho no se movía; la sangre ya no manaba desde la herida, pero el antiguo furriel no dijo nada.

—Ese hideputa, en cuanto le di la espalda se me echó encima, ¿os acordáis? De no ser porque anduvisteis listo como una ardilla, allí me hubiera quedado, pudriéndome en aquel poblacho infecto… Me salvasteis la vida. —Entonces el veterano alzó el rostro y miró a Dámaso—. De no ser por este mentecato glotón, aquel cabrón de holandés…

El alférez se acercó un paso más y, tras envainar, apoyó la palma en el hombro de Gaspar. Sus dedos se flexionaron; estaba a punto de decir algo cuando el veterano lo interrumpió.

—Lo sé, ya lo sé —dijo pasando la mano ajada y encallecida por el rostro de su amigo—. Lo sé, hijo, pero a mis años, las despedidas no son fáciles. —Los párpados del tonelero quedaron entrecerrados.

Gaspar de Silva miró una última vez aquella cara grande y afable. Depositó la cabeza de su amigo en el suelo con mimo. Se puso en pie y avanzó hacia donde el japonés mantenía inmóvil a Tomás de Sabba.

El piquero cojeaba, pero eso no le impidió soltarle dos brutales patadas al gitano, dándole apenas tiempo al *samurai* a apartar su propia mano.

—¡Malnacido! Comeréis pedazos de vuestro hígado fresco. ¡Usaré plomo fundido para derretiros las entrañas!

Y se siguieron dos puntapiés más que terminaron de desfigurar el rostro del egipciano.

—Necesitamos que hable —dijo Dámaso con frialdad; logrando que, entre resuellos, el veterano se detuviese.

Lo ataron, le echaron un balde de agua fría por encima y dejaron marchar a la camarera. Saigo usó el pequeño cuchillo que escondía la *saya* de su sable. Con la punta del *kazuko* obró entre la carne y la uña sin hacer caso de los alaridos del egipciano y, cuando un buen pedazo de acero había entrado, hizo palanca con un gesto seco. Sonó como el corcho apretado de la frasca de un boticario. Tomás aulló con toda su alma, pero el japonés no lo escuchó; antes de que se le acabara el fuelle al gitano, el *ronin* ya sujetaba el siguiente dedo y acercaba el filo.

De Sabba no tenía otra lealtad que el oro y no hizo falta más para que les contase cuanto necesitaban.

Antes del ataque, la moza de la taberna había dejado aceite al fuego para freírle una ración de pijotas a los hombres. Ahora humeaba y Dámaso se hizo con la

cacerola; esparció el contenido por el suelo de la taberna. Gaspar comprendió. Saigo dudó, aquel era el peor crimen que se podía cometer en el Japón, pero no habló, se limitó a salir de aquel lugar.

—Esta va por Sancho —le dijo el veterano al egipciano mientras deslizaba el filo de la gran navaja moruna por el cuello del gitano.

Lo degolló. Lo miró fijamente y se dio la vuelta para salir de allí antes de que Dámaso convirtiera la taberna del Carnicero en el zaguán de los infiernos.

El alférez volcó el hachón más cercano a la entrada y, cuando la mecha de esparto cayó en el charco de aceite, las llamas se extendieron con furia insana.

Ruy, Pacheca y el bonzo andarían ya por el Arenal con los bártulos preparados, esperándolos. Y el horizonte, ceniciento, amenazaba con una lluvia que complicaría el camino.

Dámaso no había contado con salir de la villa tan pronto, pero la guarida de Hortuño en el barrio de Triana les convenía para evitar a los justicias, que empezarían a alborotarse de inmediato en los barrios de intramuros.

Retrasados por un Gaspar que renqueaba, se pusieron en marcha hacia el sureste de Sevilla, a buscar la calle Harinas. Donde, según les había explicado el tonelero, encontrarían varios patios y corralones tras los que se toparían con *la mancebía*; y dejando a un lado la entrada oficial al mayor burdel de la ciudad del Guadalquivir, en el que las autoridades intentaban contener el vicio, podrían continuar hasta el callejón de la Pajería. Allí, por unos pocos ardites, como galanes venidos a menos, habría quien los pasaría al otro lado de la muralla de manera clandestina.

Gracias al tonelero tenían la vía de escape bien prevista. Lo que no hubieran imaginado es que dos sombras los seguían a lo lejos.

A petición de nobles y clérigos, el cabildo y sus caballeros veinticuatros habían intentado durante años contener los vicios de la ciudad. Y con aquella devota intención se había lacrado la tapia revoltosa de un rincón de la muralla cercano al puerto, a fin de que furcias y malandrines no pudieran colarse y campar por Sevilla como damas de corte y gentilhombres. Sin embargo, para disgusto de las autoridades, el resultado había sido que una panda de truhanes se las había ingeniado para hacer dineros con pasos secretos en el desvencijado muro que protegía la villa del Guadalquivir; porque siempre había marinos y galanes dispuestos a pagar sus buenos cobres a aquellos facinerosos con tal de acercarse a las mozuelas de *la mancebía* evitando la Puerta del Golpe y sus oficiales impuestos. Y, una vez todos juntos, tras acallar el susto de la dueña por el estado de Gaspar y silenciar las preguntas de Ruy sobre el tonelero, fue a través de uno de aquellos pasadizos, abiertos al pecado de la carne y cerrados al vicio de la penitencia, que lograron escapar gracias a las indicaciones que les regalara Sancho.

Atrás quedó el candil de un boquiseco con aires rancios y navaja al cinto que,

guardándose en la faltriquera las monedas que le diera Dámaso, les señaló el camino a los ingenios del puerto.

—Todo tieso, no tiene pérdida —les dijo antes de volverse para colar a través de la muralla al fogoso gaviero de una carabela llegada de La Florida.

Dejaron a la espalda la ciudad y sus cirios prendidos, pasaron de largo junto a los guindastes y las poleas del atracadero, vadearon con grandes trabajos el sucio arroyo Tagarete.

Pacheca aguantaba como podía, acalorada por el peso del fardel en el que cargaba el ajuar y sus pocas pertenencias. El alférez ayudaba a caminar a Gaspar. Y Ruy llevaba la delantera, aunque cargaba el pobre como una mula; sin una protesta había llevado consigo hasta aquellos libracos que Dámaso le quitara a Antonio de Morga. Era un buen muchacho. Los dos orientales cerraban la marcha.

Tras mucho esforzarse, a tiempo para evitar que el veterano desfalleciese, encontraron hacia el este un encinar tupido en el que se refugiaron para tomar aliento.

La noche rielaba sobre el Guadalquivir resguardando a los fugitivos. Dámaso se debatía entre sus desvelos por el resto del grupo y sus ansias por encontrar la alquería del barrio de Triana que les había indicado el egipciano Tomás de Sabba.

—Aseguraos de que no les sucede nada, por favor —le rogó en japonés a Zongji.

El alférez no comprendía del todo la espiritualidad del monje, pero sabía que los defendería si los atacaban, aun cuando se negase a lanzar el primer golpe. Así que, confiado, cuando el bonzo asintió, Dámaso se volvió hacia el antiguo piquero, que era atendido a toda prisa por Pacheca junto al tronco nudoso de un solitario alcornoque que había brotado en medio de aquel bosque.

—Continuad hacia levante —le dijo pidiéndole que siguieran como hasta entonces—. Tengo entendido que hay una pequeña iglesia a la que llaman de Santa Cruz —aclaró señalando más allá de los límites de los encinos—, acogeos a sagrado y esperad allí.

Gaspar protestó; Pacheca le advirtió que era una locura; Ruy, cambiando la pesada saca de hombro, quiso recordarles que era ya un hombre derecho.

Aguardó hasta que el barullo escampó y Dámaso adujo sus razones: el veterano estaba herido; la dueña llevaba razón, pero eso poco importaba; el galopín era tan valiente como los mejores del Tercio Viejo, pero haría mejor servicio cuidando del resto. Al envalentonado zagal le mintió para no herirle el orgullo, pero le gustó ver que en los reinos de Castilla y Aragón todavía se criaban hombres con honor.

—Además, esto es asunto mío —remató el alférez contundente.

Entonces lo pensó durante un instante y añadió algo más:

—Y de él —reconoció señalando vagamente al paciente Saigo—. Que también se lo ha ganado después de atravesar medio mundo. Y dos ya somos multitud. Marchad, buscad esa condenada iglesia y esperadme dos días…

Pacheca no tuvo tiempo de reñir por la blasfemia, Gaspar se puso en pie desbaratando el vendaje que la dueña trataba de atar después de haber restañado la sangre. El furriel lo retuvo poniéndole la mano en el pecho.

—Ahora soy yo el que sabe —le habló con voz queda sin que el veterano comprendiese—. Lo sé —repitió aludiendo a las palabras de Gaspar en la taberna—; también os va más de una cuenta en esto —concedió Dámaso entendiendo los desvelos del veterano por no abandonar la lucha—. Pero no va a ser así —recalcó con vehemencia—. Para esta ronda hace mucho que guardo una moneda al fondo de la bolsa…

El viejo soldado vio la tormenta que sacudía aquellos profundos ojos verdes. Una galerna se había desatado en aquel semblante, y había estado en suficientes campos de batalla a lo largo de su vida para saber que le tocaba formar en retaguardia. Simplemente asintió y dejó que la afanosa Pacheca terminara de cubrirle el tobillo antes de ponerse en camino hacia la iglesia de Santa Cruz.

—De acuerdo entonces, ¡vamos!

Y Saigo marchó tras los pasos de Dámaso, que, empapado todavía por las aguas del Tagarete, se dirigía al sur pensando en cómo encontrar a alguno de los contrabandistas que se ganaba la vida trapicheando con bateles en el Guadalquivir. Necesitaba cruzar a la orilla de Triana, y quería hacerlo antes de que se alzara el sol.

* * *

Constanza no podía saber que la taberna del Carnicero ardía ante los ojos atónitos de justicias y vecinos; haciendo inútiles sus mañas por sofocar el pavoroso incendio. Y no acertaba a imaginar que Dámaso estaba, en aquel mismo momento, buscándola desesperadamente. Lo único que la siciliana tenía en mente era que no iba a rendirse. Seguiría luchando.

La libertad apenas le había durado un par de días. Así que no sintió agobio alguno al hallarse, una vez más, encerrada en un tabuco infecto. Solo se asustó cuando oyó a Hortuño trastear con la cerradura.

Entró. Portaba un candil cuya luz transformó aquel rostro sepulcral en el recuerdo de un ánima en pena. El lobanillo de la sien había ido creciendo hasta afearle todo un lado de la cara. De los cabellos no quedaban más que un par de mechones que se enredaban en las orejas. La nariz parecía una astilla de hueso quebrado. De no ser por los ojos, Constanza hubiera pensado que era un cadáver que había encontrado el modo de abrirse camino en el camposanto.

—Ahora podremos recuperar el tiempo que perdimos —le dijo él con un tono sibilante entre la lujuria y el odio—. ¿Me habéis echado en falta? Yo os he añorado…

Constanza no respondió.

—… Le pedí a los dominicos que os enviasen recuerdos…

Ella comprendió que había sido Hortuño el causante de que el Santo Oficio la hubiera prendido. Y de los tormentos. Había llegado a pensar que su comportamiento en el monasterio de las Descalzas Reales había sido el problema, pero ahora descubría que el único culpable era aquella alimaña.

—… Mas no hay motivo para estropear tan agraciado encuentro hablando del pasado. Es mejor que nos preocupemos por el futuro.

Constanza vio con horror cómo Hortuño se restregaba sin pudor la entrepierna.

—Hay muchas cosas que quedaron pendientes entre nosotros. Y yo no las he olvidado en estos años…

La antigua menina se arrebujó abrazándose las rodillas y pegando la espalda a una esquina de aquella hedionda cochiquera en la que todavía se percibía el hedor dulzón del estiércol.

Décadas antes de que Hortuño llegase al Guadalquivir, la familia de conversos que había habitado aquel lugar, cohibida en la ojeriza de los vecinos, se había apurado por comprar unos cuantos lechones; eran días en que el cristiano viejo presumía de comer gorrino y muchas de las parcelas almohades, como aquella, acababan con algún guadarnés transformado en porqueriza. Todavía se intuía una artesa desvencijada que debía de haber servido como comedero, y algunas cuerdas enranciadas, algo de paja revenida, el asta carcomida de un rastro al que no le quedaban púas.

—… He tenido tiempo para imaginar cómo…

Al ver que volvía a llevarse la mano a la bragadura, Constanza se apretujó aún más contra la pared, esparciendo briznas de heno que se convertían en polvo en cuanto las tocaba. Giró el rostro. Empezó a gimotear.

Hortuño disfrutaba de cada gesto. Tomás de Sabba le había hablado del soldado llegado con la expedición, tieso frente a la catedral; tras tantos esfuerzos, De Morga había errado y Dámaso había conseguido salir con vida del Japón. Pero no importaba, había repartido oro suficiente para que esta vez no hubiera fallos, y ahora ella estaba a su disposición.

Se sentía pletórico, la veía allí, indefensa, para su disfrute, y la satisfacción lo llenaba. Era suya, para hacer lo que quisiera, y la urgencia que ardía en sus fondillos le decía que no dejase escapar la oportunidad. Cuando Constanza empezó a gemir ni siquiera se dio cuenta de que la siciliana solo fingía.

—Desnudaos.

Ella no hizo otra cosa que negar enérgicamente, moviendo con brusquedad la cabeza de un lado a otro.

Él vio que el cabello sucio y desarreglado ya no delineaba un rostro angelical; se había transformado en una máscara maltratada por el paso de los años. Y las curvas

que se intuían bajo los andrajos no parecían tan generosas como en tiempos. Y las pantorrillas estaban marcadas por cicatrices. Sin embargo, tenía que desquitarse, debía ser suya.

—¡Despojaos de esos harapos! ¡Ahora!

Cuando ella volvió a negar, él rio con carcajadas torvas que sonaron a rebato. Dámaso podía haber sido muerto ya a manos de los egipcianos, y Constanza era suya al fin.

—U os desnudáis o le diré a mis hombres que lo hagan. Podéis elegir: o yo, o ellos seis —amenazó apagando la expresión risueña de su rostro—. Y os aseguro que no os lo pedirán tan educadamente. ¡Desnudaos!

Constanza titubeó. Se puso trabajosamente en pie y, usando únicamente su mano izquierda, desató la atadura de la capa que había robado en su huida de San Jorge. Luego tiró del resto de sus andrajos y los sacó por encima de la cabeza.

Henchido de expectación, Hortuño la miraba acucioso, con el gesto apretado por la lujuria del mismo modo en que el cirujano barbero presionaba el forúnculo purulento para expulsar toda la corrupción.

El vientre plano terminaba en la marca amoratada del costillar, que se transparentaba por culpa de las prolongadas hambrunas en la cárcel inquisitorial. Los senos, ajados por los tormentos, no tenían el esplendoroso aspecto que tantas veces el secretario había soñado. Estaba delgada y sucia, su piel no brillaba como el nácar, sus cabellos desaseados no reflejaban oro. Sin embargo, el que había sido secretario del poderoso valido del rey perdió toda compostura. De Andrade no pudo contenerse por más tiempo, ella estaba allí, desamparada, dispuesta para él. Ya solo tenía encima unos calzones ruinosos que le cubrían los muslos con más manchas que tela; y Hortuño se abalanzó con el afán de un depredador hambriento.

Se arrancó hacia ella con los brazos abiertos y la lengua le asomaba entre labios finos y cenicientos.

Y ella aprovechó su oportunidad. Ni siquiera recordaba por qué lo había guardado, el viejo cáncamo, trillado y pulido por cientos de horas de rascar la argamasa de los ladrillos de su mazmorra.

Sujetando con fuerza la pieza de hierro entre sus dedos, Constanza alzó el brazo con rapidez y el impulso de Hortuño hizo el resto. El tajo le fue desde la patilla hasta aquel obsceno lobanillo, y no quedó tuerto por ventura.

Constanza no perdió el tiempo, se hizo a un lado y echó a correr antes de que él pudiera siquiera gritar.

Vio una vez más la libertad a su alcance cuando cayó de golpe cuan larga era, la estropeada melena quedó estirada sobre el umbral de aquel cuchitril. Hortuño, desde el suelo, le había cogido un pie y había logrado desequilibrarla.

Se lastimó en la caída. Se despellejó las rodillas, que empezaron a sangrar entre

los jirones de aquellos calzones desastrados. Se hizo daño, pero más le hizo él con sus bofetadas.

Constanza se convirtió en un ovillo. Protegió la cabeza con sus brazos y aguantó como pudo. Hortuño, soltando espumarajos por la boca, la golpeaba con furia y, de haber sido un hombre más corpulento, probablemente la siciliana hubiera muerto.

—Volveré…

Le advirtió cuando ya no le quedaba aliento para seguir con la paliza. Y ella estaba segura de que así sería.

Entre resuellos roncos, Hortuño intentaba contener la hemorragia con la palma de la mano.

—¡Volveré!

Y cerró la puerta con estruendo. Sus pasos, en el aire cargado de humedad que preparaba tormenta, resonaron en aquel patio, alejándose. Constanza se incorporó, comprobó que no tenía ningún hueso roto y, a la escasa luz, empezó a buscar el modo de escapar.

Se oía a lo lejos la tonada que algún trasnochador acompañaba con palmas. La brisa arrastraba la jarana, esparciéndola por las calles del sur de Triana y, a través de una contra abierta de mala gana, un pescador que debía levantarse al alba renegó a gritos, acordándose de los difuntos de aquellos alborotadores.

El viento se había levantado y rizaba las aguas del Guadalquivir. Antes de acostarse, los viejos se habían frotado las junturas quejándose de que el tiempo cambiaba. No se equivocaron.

El primer trueno sonó cuando dos hombres desembarcaron de una destartalada falúa. El remero, comprado su silencio por unos pocos ochavos, los dejó sin indiscreciones; un buen trecho aguas abajo, en la orilla trianera del río, más allá del lugar donde las luces de la barriada se desvanecían por la distancia.

El contrabandista se quedó mirando las extrañas ropas de aquel hombre venido de tierras lejanas. Vio cómo las dos siluetas entintadas por la noche desaparecían por la oscuridad. Se hizo preguntas; no habían llevado consigo mercancía alguna. Los había recogido al pie de los altos ingenios del muelle, entre el limo lodoso de la margen del puerto, pero no cargaban alijo alguno; ni tabaco, ni benjuí, ni especias. Sin embargo, no tuvo tiempo de encontrar explicaciones, el cielo centelleó.

En el contraluz que enmarcó el relámpago, se hicieron visibles las volutas de las nubes que habían ido medrando al bochorno de la tarde. Eran crespones cubiertos de encajes enlutados. Volvió a tronar y, tímidamente, cayeron las primeras gotas; gruesas, pesadas y calientes. Y el contrabandista empezó a bogar, temiendo que se empaparía antes de llegar a la ribera contraria.

Inmerso en la lluvia que arreciaba, logró deslizar la proa en la arena de la orilla sevillana y, antes de echar un pie al suelo, dos hombres más lo asaltaron. Y tampoco

supo responder sus preguntas, hechas en una extraña mezcla de español y portugués.

* * *

El ala del sombrero, vencida por el aguacero, se humilló sobre la frente. Los ojos verdes miraban al horizonte ennegrecido por la tormenta. Caían goterones de los cabos del bigote, brillaban los pómulos con cada relámpago. Sus pasos lo llevaban hacia una pesadilla y su determinación no flaqueaba. Sin detenerse, Dámaso se quitó el chapeo y lo echó a un lado del camino.

A lo lejos, a su derecha, gracias al parpadeo de una centella, quedó enmarcado el campanario de Santa Ana. El trueno retumbó sacudiendo las techumbres de Triana. Funestos cortinones de lluvia encelaban el barrio.

Junto al antiguo furriel de su majestad, caminaba el *ronin*. En silencio, Saigo Hayabusa pensaba en que el fin de su empresa se aproximaba. Meditaba acerca de aquella tarde en la que había perdido la confianza de su hijo. Soñaba con librarse del estigma de haberse convertido en un *hombre de las olas*, con recuperar el honor. Pronto podría usar aquella carta que Torii Mototada escribiera.

Siguieron avanzando. Dejaron atrás el arrabal más pobre de Triana, se acercaban a los campos de cultivo que se desperdigaban por el norte.

El chaparrón comenzaba a encharcarse en los barros del camino, la noche se cerraba sobre la tormenta, los dos hombres caminaban hacia la boca de una profunda carbonera que ardía en brasas con cada rayo.

Atravesaron las sendas que se alejaban del Guadalquivir rumbo a Bormujos y a Coria. Fueron dejando pequeños huertos en los que algunos desesperados por las hambrunas del pasado se habían atrevido a plantar y cosechar aquellas extrañas raíces terrosas traídas de las Indias. Y cuando ya apenas quedaba de Triana más que un par de corralas desvencijadas, vieron los restos del palmeral que Tomás de Sabba les había descrito. Habían llegado.

—Ha de ser allí —dijo Dámaso en su tosco japonés al tiempo que se detenía.

El *ashigaru* se quedó a la par del español. Mirando los contornos difusos de la alquería. Las hojas de las palmeras se arremolinaban por encima del muro que cerraba el jardín; con cada relámpago veían lo poco que quedaba de la desportillada construcción.

Allí dentro estarían en inferioridad, el *ronin* lo sabía. Su deseo de limpiar el pasado podía esfumarse por una estocada, sin embargo, el deber era ineludible: en aquel lugar estaba el que había proporcionado al magistrado Ishida armas con las que tomar la fortaleza de Fushimi.

Saigo Hayabusa recolocó su *hakama*, tensó las costuras del *haori*, ajustó las vueltas de su *obi*, anudó el viejo cordel de cuero en torno a la manga derecha, aseguró

las ataduras de los sables y miró hacia el inesperado amigo que había hallado entre los *nanbanjin*. Dámaso se fijó en aquel rostro picado de viruela en el que los años habían labrado arrugas en el contorno de los ojos y los labios, espantó viejos recuerdos. Eran dos hombres nacidos a océanos de distancia, unidos amargamente por lo inexorable de la venganza. Sus lazos iban mucho más allá de la familia o la sangre; compartían un único destino.

Y los dos amigos, viendo cada uno en el semblante del otro la determinación propia, no se molestaron en mencionar que aquel era un momento tan bueno como cualquiera para que todo acabase; la vida no abarcaba más que un destello fugaz.

Ambos se volvieron a un tiempo.

Un rayo golpeó entre centellas en la copa de una de las palmeras, prendiendo en las hojas secas y, aun pese a la lluvia, nació un fuego apocado. Olía como en una forja apagada.

Dieron un paso al frente. El cielo los advirtió volviendo a estallar con un relámpago. Lo ignoraron con desprecio. Encararon su sino del único modo en que podían hacerlo: desenvainando los aceros.

Dispuestos a morir.

Hortuño de Andrade, frente a una bacía de agua jabonosa, intentaba restañar la sangre de la herida abierta en su rostro. Desde el desastrado cuarto que usaba como dormitorio en el piso superior de la alquería, oyó los gritos con los que uno de los hombres que pagara daba el alto a un intruso.

No había esperado que aquel desgraciado llegase tan lejos y, de mala gana, lamentó lo que significaba: a buen seguro el egipciano que tan útil había resultado estaría ya criando malvas. Pero saber que Dámaso había logrado encontrarlo no le preocupó; era una docena completa contra uno, dos si es que aquel veterano de Flandes no estaba abonando la misma tierra que el gitano. Como mucho tres si aparecía el entrometido tonelero. No más. Así lo haría aquel despreciable e insignificante furriel que se había atrevido a soñar con cotas que le estaban vedadas.

Dámaso nunca se había mostrado tan perspicaz como él; Hortuño de Andrade lo conocía bien. El que fuera su amigo querría resolver todo aquello por su cuenta y riesgo, buscaría hacerlo de un modo honorable, no de la manera más efectiva. Así había sido siempre.

Cuando eran solo unos niños, Dámaso había revelado lo del robo de aquel dije de plata que Hortuño había escamoteado del arconcillo donde su madre guardaba las preseas. Ya en aquel entonces el noble mozo se había negado rotundamente a participar en el cobro de los dineros que el futuro secretario había obtenido con la venta de la joya. Hortuño le había ofrecido compartir las ganancias y gastárselas en aquella taberna de mala fama a la que iba la soldadesca en Monforte de Lemos, pero Dámaso no había accedido.

Sujetando un trapo contra el costado de la cara, Hortuño, confiado, impaciente por ver a Dámaso morir, entreabrió uno de los desvencijados postigos y echó un vistazo al patio de la alquería para llevarse una sorpresa.

Había traído con él a uno de los monos amarillos llegados en el San José. Tres de los mesnaderos estaban ya muertos, tendidos entre los hierbajos que habían ido creciendo en el atrio.

Tenía el pie derecho en un charco batido por la lluvia, movió el izquierdo ampliando la huella de su zueco en el barro, dejando pequeños montículos a cada lado. Sujetaba en la diestra la *katana* y, en la zurda, con el filo hacia abajo, el *wakizashi*. Estaba rodeado por cinco hombres, a apenas dos pasos yacía el cuerpo de uno; las entrañas abiertas y tibias dejaban escapar vapores que las gotas del aguacero intentaban escampar.

Mantenían las espaldas a la par, sirviéndose el uno al otro de parapeto contra aquellos bravucones de tajo fácil. Dámaso, con su toledana al frente, mantenía la guardia. La vizcaína se había quedado en la taberna del Carnicero y el alférez usaba la capa para templar las estocadas de sus adversarios. Buscándole el descuido, cuatro hombres de quijada apretada lo encaraban apuntándole a las asaduras con los hierros.

El agua escurría por el filo de la espada de Dámaso. Bruñía el acero, cargaba de brillos la hoja cada vez que un relámpago restallaba en el cielo nuboso. En las revueltas de los gavilanes que adornaban la empuñadura se acumulaban goterones, mezclaban la escorrentía y la sangre que fluía de un feo tajo en la parte alta del brazo; se deshacían en rosarios que el suelo empapado desfiguraba.

Hortuño sonrió. Era cosa hecha. Sus hombres seguían teniendo una aplastante superioridad, ni el alférez ni el macaco oriental saldrían de allí a no ser listos para cebar a los gusanos. Ya imaginaba el cuerpo sin vida de Dámaso tirado en el cieno.

Dos de sus secuaces atacaron a la vez. Uno lanzó la estocada baja, a las piernas, el otro tiró apuntando al cuello. El secretario lo dio por zanjado, pero Dámaso reaccionó a tiempo: enredó el acero del primero en la capa y paró al segundo con la base de la hoja, las espadas quedaron trabadas a un palmo del hombro herido. El alférez giró contra el que le había buscado las pantorrillas y, dejando la tela enmarañada en la blanca, le asestó un golpe con el codo al costillar del otro.

Tragando un estupor amargo, Hortuño vio cómo su enconado rival se desembarazaba de un tercero que se le echaba encima; Dámaso le sacudió un puntapié con tiempo para tirarle de nuevo al que había bloqueado poco antes.

A su lado, aquel mono amarillo se volteó haciendo destellar ambos sables. Fue tan rápido que el antiguo secretario apenas vio más que el resultado: tres de los mercenarios se echaban atrás, otros dos gritaban, y a los aullidos los derrotó el siguiente trueno. Uno de ellos, armado con una vieja espada ropera, había caído al suelo y miraba con incredulidad el muñón donde un instante antes había estado su

pierna, el otro tenía uno de los filos del japonés atravesado en el coleto.

La copa de la palmera humeaba sin llegar a arder, con un fuego seseante y renegrido que el turbión combatía como si los cielos fueran una represa desbordada. Los telones de lluvia arrastraban la tierra sedienta, escurriendo el lodo, anegando las pozas. Parte del muro que rodeaba el jardín de la alquería, deshecha la vieja argamasa por el intenso aguacero, se derrumbó con un estruendo que nadie oyó porque la tormenta reinaba ahogando los horizontes.

Aquel demonio del Oriente gritó algo incomprensible y se abalanzó contra el resto de sus atacantes. Se movía como un hombre veinte años más joven.

Dámaso clavó su acero en la axila de otro con la guardia alta, quedó como un pelele; inútil el envite que pretendía picando sobre el alférez con el mellado terciado que portaba.

La sonrisa de Hortuño se desvaneció; su confianza se diluyó con la lluvia. Le preocupó lo que veía, se angustió. Y entonces se dio cuenta de que, si sucedía lo peor, todavía tendría un último recurso.

Desatendió la ventana y corrió entre la mugre y el desorden que se habían acumulado por encima de la porquería que llenaba la alquería abandonada. Bajó las escaleras a toda prisa, trasteó en un ladrillo suelto y sacó una llave. Apuró el paso por un corredor angosto hasta las antiguas cocinas y, apartando de un empellón una manta raída, se plantó delante de la única puerta de nueva factura que había en toda la casa. Era cuanto se había molestado en remozar: la vieja alacena.

Con dedos nerviosos hurgó en la cerradura hasta que la pesada llave de hierro giró. Entró a toda prisa y buscó la arqueta que necesitaba.

Se la había entregado un capitán de los Tercios que volviera arruinado y deshonrado de Flandes. Con la tregua que había instado el duque de Lerma había muchos desgraciados como aquel que vagaban por cualquier ciudad de las Españas. Y a Hortuño el tesoro del veterano no le había costado más que una amenaza; fue suficiente sugerir la intromisión de un familiar de la *chicharra* en un asunto de amoríos en los que andaba embarullado el militar con una muchacha de *lamancebía*.

Comprobó el pedernal. Sacó la baqueta y preparó la pistola, embutiendo bien el taco de papel que parapetaba la bala. Apenas hubo terminado, se echó afuera desandando el camino.

Nadie lo vio en el patio. Todavía quedaban siete de los mesnaderos acorralando a la pareja de intrusos. Dámaso llevaba otro tajo en un muslo y apoyaba la pierna malamente, en las extrañas ropas del japonés había un lamparón rojo en un costado. La tromba, incansable, lo desleía alargando churretones rosados que le llegaban a la cinturilla de los amplios calzones que vestía.

—¡En pie! —le ordenó a Constanza apenas hubo descorrido el pestillo que aseguraba la puerta.

La menina tuvo una visión fugaz iluminada por un rayo, tras la silueta de Hortuño, en el patio, creyó distinguir a hombres luchando.

—¡En pie! —repitió el antiguo secretario malhumorado.

Cerró con un portazo y Constanza se obligó a no creer. Sabía que no podía ser. Tenía que tratarse de una quimera, una ilusión. Era imposible.

La mujer, embobada, no se movió; y Hortuño avanzó hacia ella con dos zancadas resueltas. Le soltó una brutal bofetada con la mano libre y, cuando Constanza intentaba recobrarse, la jaló del cabello obligándola a alzarse.

—Y ahora vamos a esperar aquí, juntos —le susurró al oído poniéndole el cañón de la pistola en la sien.

Se oyeron más gritos de los hombres del patio. De no ser por las labradas guarniciones de plata que cubrían las cachas de la pistola, el arma se hubiera caído desde la sudorosa mano de Hortuño.

El tiempo pareció detenerse. Se desgranaba con pereza exasperante, azuzando con retraso el cascabeleo de la lluvia.

Constanza apartaba el dolor que empezaba a causarle la presión del cañón. Intentaba revivir lo que había visto a través de la puerta, ni siquiera pensaba en cómo zafarse de la presa de Hortuño.

Afuera, uno de los secuaces trataba de huir a través del tramo de muro que la tormenta había derruido. Pero apenas pudo poner un pie sobre la montonera de ladrillos cuando la hoja curva de un sable le cruzó la espalda cortándole el espinazo. Se desplomó, tirando unas cuantas briquetas más; y una nueva porción del paredón le cayó encima al que ya no era más que un cadáver. Envueltos en el retemblar del temporal, dentro de la cochiquera no percibieron el nuevo derrumbe.

Lo siguiente que oyeron Hortuño y Constanza fueron unos pasos rápidos trasteando por el piso superior. Palabras extrañas de voces que sonaron lejos. Y la antigua dama de compañía sintió cómo él apretaba el arma contra la delicada piel de su sien. Llegó otro silencio que la tormenta ocupó con avaricia; los cielos de Sevilla se desgañitaban.

La menina creyó vivir una eternidad completa de impaciencia.

La puerta se abrió de golpe y dos siluetas aparecieron en el contraluz. Constanza percibió el sobresalto de Hortuño. El antiguo secretario intentó rehacerse con tanta presteza como pudo.

—Había imaginado que tendríais el valor de venir solo…

Dámaso no repuso nada, se quedó mirándola. El que había sido hombre de confianza del mismo valido del rey intentó hacer que su voz recobrase el poder ostentado años atrás, cuando a su capricho se decidían los destinos de miles de hombres.

—… Pero veo que os habéis traído a uno de esos indeseables herejes…

No advirtió su aspecto demacrado. Tampoco distinguió la suciedad que cubría las ropas ajadas. El cabello no se había vuelto una maraña de guedejas pegajosas. El rostro seguía siendo un delicioso laberinto que recorrer con las yemas de los dedos; no vio los pómulos que tensaban la piel de las mejillas, ni los labios agrietados, ni los cardenales, ni las marcas que el implacable tiempo había dejado. Era ella. Constanza. Y Dámaso sintió el calor que lo embargaba al imaginar que ya nunca más despertaría junto a su soledad. Seguía siendo tan bella como recordaba; una de aquellas amanecidas del Japón que cubrían de rocío las laderas de una montaña arropada por cerezos en flor. Nunca más se ahogaría en la amargura de su tristeza. Sus ojos azules lo miraban llenos de emoción. Estuvo a un tris de salir corriendo para recogerla en sus brazos y besarla. Ella era lo único que importaba; su sed de venganza había quedado aplacada de pronto. Ya todo daba igual si ella seguía viva. Fue la mano de Saigo en su hombro herido la que trajo la realidad.

—… Aunque no creo que eso importe —acabó Hortuño su discurso apretando aún más la boca del cañón contra la sien de Constanza, obligándola a torcer la cara—, ¿verdad?

Dámaso espantó sus ensoñaciones e intentó valorar la situación. Miró en derredor y un relámpago a su espalda le ayudó a ver los detalles del sucio lugar. Estaba rodeado de inútil inmundicia, nada allí le serviría. Y, cuando encaró de nuevo a su enemigo, percibió que la vil cobardía de Hortuño lo disponía a hacer cualquier locura; aquel rostro enfermizo estaba pintado con los matices de la demencia.

—Os habéis buscado enemigos en todos los rincones del mundo —logró decir el alférez rehaciéndose, aludiendo a algo lejano; a lo que fuera que pudiese desviar, si no la amenaza del arma, al menos el control de quien la sostenía—. Ha venido por su cuenta, él también porta facturas que cobraros —añadió esperando desconcertar a Hortuño con una referencia vaga a un hombre al que nunca antes habría visto.

Saigo ignoraba la importancia que podía tener la respuesta del antiguo secretario del duque de Lerma, apenas comprendía alguna que otra palabra suelta. Y tampoco le preocupó. Envainó sus hierros con el mismo gesto cuidadoso que tantas veces había repetido, midiendo cada *sun* de acero con parsimonia. Y, mientras lo hacía, observó la postura de aquel indeseable al que había buscado por medio mundo. Calibrando sus oportunidades.

Hortuño sacudió aquella calavera que tenía encima de los hombros; no parecía dispuesto a dejarse enredar por lo que Dámaso había dicho.

—Más vale que no se os ocurra acercaros —dijo amartillando el perrillo de la pistola—. ¡Dispararé! ¡Voto a Cristo! ¡Lo haré! Si queréis que viva, dejad las espadas a los pies y alejaos.

Dámaso fue consciente de que necesitaba tiempo para industriar cómo salir de aquel atolladero. No advirtió que, a su espalda, el *ronin* se movía lentamente.

—Habéis esparcido tal cantidad de fiemo que ya no sabéis ni con quién tenéis saldos pendientes. Yo estoy aquí por ella —reconoció el alférez antes de continuar con un discurso que desorientase al antiguo secretario—. Pero él —añadió alzando levemente el mentón para referirse al japonés—; él ha venido aquí para mataros —declaró marcando bien cada palabra—. Tanto si apretáis el gatillo como si no, dad por hecho que no saldréis de aquí con vida. A él no le va un ardite en lo que hagáis con ella —cada sílaba le supo a bilis—, o en lo que me suceda a mí. Ha venido para rebanaros ese pescuezo de perro sarnoso…

Con cierto alivio, Dámaso vio que a Hortuño le vacilaba el envite. Era obvio que el antiguo secretario había confiado en salir con bien gracias a la pistola que le había puesto en la sien a Constanza. Y, aunque Saigo no había comprendido el discurso del alférez, la hosca expresión del rostro picado por la viruela lo refrendaba.

—Estáis mintiendo —rebatió al cabo Hortuño intentando imprimirle a su voz la confianza que no sentía—. Nada sé sobre ese mono apóstata. No conozco a ninguno de los suyos…

El secretario no quería creer lo que acababa de oír. Hasta aquel momento había tenido la certeza de que podría escapar, aunque perdiese a Constanza. Su dedo envolvió el gatillo de la pistola. Sacudió a la mujer y miró con fiereza hacia Dámaso.

—¡Mentís!

Gritó porque no se le ocurrió otra cosa que hacer. Podía ser verdad; y si lo era todo cambiaba. Solo tenía un disparo. Y había visto al oriental manejarse en el patio. A Dámaso podía pararle los pies si mantenía su amenaza sobre la mujer, pero no era quién de prever la reacción del japonés.

—No, no lo hago. Es la verdad. —Dámaso se dio cuenta de que la fe de su enemigo se torcía, la voz de Hortuño empezaba a sonar como los gruñidos de una fiera enjaulada, iba a tener que ceder para apaciguarlo—. Os lo aseguro, este hombre ha venido aquí para acabar con vos —recalcó agachándose y abandonando su espada en el suelo—. Yo solo quiero llevármela a ella, sana y salva…

Antes de que el alférez completase el gesto, el *ronin* cambió la mano de posición; Dámaso lo vio de reojo y comprendió. Rogó al cielo para tener tiempo de evitarlo. Al dejar el hierro había distinguido algo que podría serle útil.

Unas horas antes hubiera pactado con el señor de los avernos; habría vendido su alma a cambio de ver el rostro frío y muerto de Hortuño en el hoyo de un camposanto. Ahora hubiese aceptado vagar por toda la eternidad para que Constanza continuara con vida; eso era lo único que importaba. Ella no podía morir. Porque si lo hacía no quedaría nada.

Y ella ni siquiera se percató de que la presión del cañón se aliviaba. Después de tantos años, estaba allí, a apenas unos pasos. Había arrugas marcando el contorno de aquellos ojos verdes y profundos. El mentón se había pronunciado, el semblante

endurecido. Y había venido a buscarla. Todavía la amaba.

—¿Tampoco os acordáis de Antonio de Morga?

Algo se encendió en el rostro de Hortuño. Un lejano recuerdo de aquel apaño que había hecho con el oidor de la Audiencia de Manila.

El *ronin* estaba a punto de pedirle a *Damaso-san* que se apartara.

—¡Ya sé de qué habláis! Desviamos un cargamento de mosquetes que iba destinado a la guarnición del Cagayán, para luchar con los piratas —evocó el secretario—. Pero estoy seguro de que no tiene nada que ver con ese mamarracho vestido de pisaverde —añadió con evidente desprecio—. Se los vendimos a uno de sus nobles…

—A un hombre llamado Ishida Mitsurani —completó Dámaso levantando el talón —. Y esos mosquetes supusieron la muerte de todos los hombres de la plaza de Fushimi. Unos valientes que se enfrentaron con arcos y sables contra armas de fuego. —No era una historia tan distinta a las que el propio alférez había vivido en Flandes —. Todos murieron, todos salvo él —concluyó alzando las manos y terminando un paso cohibido al frente, procurando bloquear al japonés para evitar lo que temía, que sucediese algo sin arreglo posible.

—No, no fue así. Estáis equivocado. ¡No es cierto! —gritó dirigiéndose a un impertérrito Saigo a la espalda del alférez; tenía la mano en el fajín que le ceñía la cintura, pero Hortuño no podía vislumbrar lo que aquello significaba, solo se sentía aliviado al ver que aquellos dedos no ceñían la empuñadura del sable—. Decidle que está en un error… Antonio de Morga llegó a un acuerdo; pero ese no era el nombre… Los señores del Japón estaban al borde de la guerra y había un noble que ya había hecho tratos con los jesuitas —mientras confesaba, el secretario no se sacaba de la cabeza las escenas vistas poco antes en el patio; no quería morir bajo la fiereza de aquel demonio de rostro amarillo—. Un reyezuelo al que ya le habíamos enviado un reloj como muestra de buena voluntad. —Dámaso conocía aquella historia; pero no cayó en la cuenta, estaba demasiado concentrado queriendo aprovechar el arranque para avanzar un pie con disimulo, acercándose a Constanza y, a la vez, evitando que Saigo tuviera huecos en los que maniobrar—. Pero ese no era el nombre… ¡Quieto! No deis un paso más…

El alférez echó las manos al frente, como para detener una caballería desbocada, queriendo calmar a Hortuño. El cuello de Constanza se arqueó por la fuerza que su captor ejercía con el cañón de la pistola.

—Eso no es lo que él cree —dijo Dámaso—, y no se detendrá aunque le traduzca semejante mentira —continuó hablando para conducir a Hortuño; quería al secretario pensando en su propia vida y no en la de la mujer—. Será mejor que hagáis memoria… O no saldréis vivo de aquí…

Sabía que estaba caminando al borde del abismo, tergiversando su propio

discurso. Pero Dámaso confiaba en que solo necesitaría un par de pasos más para poner en práctica la idea que acababa de tener. Lo malo fue que, como si lo intuyese, el antiguo secretario dio una amplia zancada hacia atrás arrastrando a Constanza.

Ella apenas tenía fuerzas para otra cosa que mantenerse en pie, le dolía todo el cuerpo, la paliza de Hortuño había hecho mella en sus maltrechas carnes. Aun así, pensaba en cómo podría zafarse de la presa, se imaginó golpeando a su raptor en la entrepierna, creyó que podría colgarse del brazo que sostenía el arma.

—¡Decídselo! Tenéis que traducirle mis palabras —era casi un ruego, tras entender, por el inexpresivo semblante, que el japonés no había comprendido su anterior declaración—. Habíamos hecho tratos antes, conseguimos seda a buen precio… Ese noble compró los mosquetes, pero ni siquiera los recogió, Antonio de Morga me mandó un despacho —gritaba escupiendo espumarajos blanquecinos—. Recibimos los dineros acordados, como las veces anteriores, pero los hombres que envió De Morga ni siquiera volvieron…

Dámaso creyó vislumbrar algo de la verdad. Quizá, por aquel mismo motivo el oidor no había podido contar con otro piloto para el San Jacinto que el portugués Vasco de Novaes, quien no conocía las rutas al Japón, aun pese a los misioneros que ya habían hecho la travesía previamente. Pero aquel no era el momento para recapacitar sobre las causas del naufragio del patache; el índice de Hortuño se tensaba en torno al gatillo, el que había sido secretario del privado del rey estaba perdiendo los nervios.

—… De Morga estaba convencido de que les habían tendido una trampa —la voz de Hortuño se aceleraba—. Se recibió el pago —aclaró cerca de la histeria—, pero jamás tuvimos noticia de que las armas llegasen a destino… ¡Decídselo!

Terminó el paso que había ensayado antes de preguntar:

—¿Y el encargo no lo hizo Ishida Mitsurani?

—Ya os he dicho que no. Ese no es el nombre…

Hortuño ansiaba acabar con Dámaso, sin embargo, ante todo, por encima de cualquier otro deseo, el antiguo secretario del privado de su majestad quería conservar su vida. Habían pasado muchos años, pero revivió la conversación mantenida en los despachos de la *torre dorada* con el duque de Lerma, aquel día en que aprovechó para limpiar la reputación de Antonio de Morga y cobrarse, a cambio, el favor de que eliminase a Dámaso.

Hortuño apartó un momento aquellos ojos enfebrecidos, recordando. Dámaso le sacó partido para mirar por encima del hombro, rogando para que su expresión le contase cuanto debía al japonés. Por pequeña que fuese, existía una remota posibilidad de que, incluso malherido, el secretario fuera capaz de apretar el gatillo.

Tenía uno de sus *boshuriken* entre los dedos, solo necesitaba que *Damaso-san* se apartase un ápice y aquel demonio hijo de una zorra embrujada moriría. Sin embargo,

cuando el *nanbanjin* se giró, vio en aquel rostro occidental el ruego.

Su deber era matar a aquel hombre, él había sido quien orquestara el trato con el otro barbudo de Maynila, él había puesto en manos de Ishida Mitsurani los mosquetes que habían acabado con la guarnición de Fushimi. Pero en la expresión de *Damaso-san* vio el horror ante el riesgo de que el disparo lograra efectuarse. Y Saigo Hayabusa lo comprendió, él lo había perdido todo. Cuanto había hecho en los últimos años no había tenido otro objetivo que recuperar lo poco que le quedaba, y decidió confiar en su amigo.

Dámaso vio el seco asentimiento del *samurai*; y supo que tan solo le prometía unos instantes más. Una única ocasión de hacerlo a su modo. Tuvo la certeza de que, si fallaba, el *ronin* seguiría adelante, sin importarle las consecuencias. No tuvo tiempo para agradecérselo.

—¡Togubayasusama! —logró decir Hortuño entremezclando las letras del complicado nombre que tantos años atrás había escrito en sus despachos desde Manila—. ¡Ese es!

Aquello cogió desprevenido a Dámaso, había algo más profundo en aquella verdad que conjeturaba. Pero eso dejó de ser importante. Con su última exclamación Hortuño había separado la pistola de la cabeza de Constanza y el alférez creyó tener una oportunidad.

—¡Decídselo! ¡Tokugawayasusama! —corrigió con virulencia—. Así aparecía en las cartas que llegaban de Manila…

Solo tuvo un breve instante; en el que rezar para que aquel viejo apero no estuviera tan carcomido como para que el golpe terminase con una simple polvareda de serrín y trozos de madera apolillada.

Vio el horror pintado en los ojos de Constanza al comprender. Hortuño quiso reaccionar y recolocó el arma.

Dámaso no pudo cambiar de opinión. Movió los pies en el gesto que Zongji le había instruido, se dejó llevar por las larguísimas horas de práctica. El mango ajado de aquel trebejo se alzó sobre su empeine. Se agachó al tiempo que giraba, su mano asió el asta sin que tuviera que mirar lo que sus dedos hacían. Así le había enseñado a hacerlo el bonzo.

Antes de completar la vuelta, sus brazos hicieron el resto. De lejos oyó el grito de Constanza. El fuste, pulido por los callos de algún esforzado labriego que lo había usado durante largas jornadas, resultó un tacto reconfortante.

El extremo golpeó la muñeca de Hortuño y el viejo rastrillo aguantó. Se escuchó el crujido de unos huesos.

Saigo ya había iniciado el gesto antes de escuchar aquel nombre. Llevaba tanto tiempo entre los *nanbanjin* que conocía su peculiar modo de hablar en la lengua del *país de los dioses*, no le cupo duda de a quién se había referido aquel hombrecillo.

Había adivinado las intenciones de *Damaso-san* y no desaprovechó la ocasión. Como siempre, no le llevó más que un parpadeo.

El cielo sevillano parecía haberse apaciguado al fin, y ya no retumbaban los truenos, solo el balsámico rumor atonal de un orvallo lánguido.

No advirtió más que un borrón y, un instante después, la presión de los brazos de su captor se relajó de pronto. Constanza sintió el aire moverse junto a su rostro cuando la vara pasó rumbo al antebrazo de Hortuño. Entonces todo el peso de Dámaso le cayó encima y ambos terminaron rodando por el suelo infecto de la pocilga.

Saigo abandonó la postura del lanzamiento y desenvainó su *katana*, preparado para reaccionar de nuevo si era necesario.

La explosión del disparo retumbó en los oídos de todos ellos e inundó el tabuco. Por un momento no vieron nada, no podían siquiera escuchar la cantinela del aguacero.

Antes incluso de asegurarse de que no había sido él quien recibiera la bala se aupó sobre los manos y miró a Constanza a los ojos. Se perdió en lo que veía en aquellos lagos garzos que tantas veces habían acompañado sus sueños.

—¿Estáis bien?

Ella solo asintió y lo envolvió en un abrazo. Él se dejó arropar por aquella reconfortante sensación.

Era grotesco. Había ido retrocediendo con la incredulidad pintada en el rostro. Estaba arrinconado. Intentaba hablar, no podía. De su boca, entre sangre y espumarajos, salía el extremo romo del *boshuriken* que Saigo Hayabusa había lanzado.

Los pequeños ojos de Hortuño estaban entelados con horror. El disparo le había rozado un pie. Con las manos hacía por arrancarse aquello que tenía atravesado en la garganta. El dardo había entrado en la boca sesgando la lengua y espetándole el pescuezo, la afilada punta le salía por la nuca. Saigo describió un arco con su sable y le abrió el vientre. Los intestinos grisáceos se desparramaron y un fuerte hedor espantó los restos de pólvora. Se hincó de rodillas y, con el golpe, algo más se descolgó desde sus entrañas con un sonido acuoso.

La *katana* volvió a caer, sin detenerse tras el movimiento ascendente; el tajo fue desde aquel lobanillo hasta la quijada, hendiendo en dos y para siempre aquel rostro enfermizo.

Saigo Hayabusa envainó con movimientos fluidos. Constanza apretó su abrazo. Dámaso no llegó a pensar en que tendría que hablar con el *ronin*.

Las ramas de la encina centenaria, desnudas para el otoño, se mecían en la brisa ligera, tejiendo tapices que se deshacían un instante después. Por Levante se intuían los primeros claros del día. El sol aún no se había abierto camino en la noche, pero,

en el Este, el azabache pulido del firmamento se degradaba en púrpuras que respetaban un halo blanquecino. En aquel leve resplandor se delineaban ya las lomas más allá de Écija. Las monturas hociqueaban en el pasto; todos los demás dormían.

Cojeando, Dámaso se acercó. Dejaba tras de sí la manta revuelta. Se frotó los brazos para alejar el fresco. Ahora que la vorágine había pasado ya, el alférez intentaba asimilar lo sucedido.

Gaspar, aun herido, había cumplido. Se habían encontrado en Santa Cruz y, conscientes de que no eran otra cosa que fugitivos, se habían puesto en marcha al galope con unos jamelgos que el veterano robara en una venta.

A uña de caballo habían salido hacia levante para no volver a cruzar el Guadalquivir. Dámaso tenía un recuerdo fugaz de la jubilosa expresión de Constanza al verse a lomos del rucio cojitranco que había conseguido el veterano. Dejaron atrás el alfoz sevillano y, gracias a la luz de la luna, reinante en el cielo impecable tras la tormenta, habían seguido al paso hacia el picacho de Carmona. Cuando llegó el día no se detuvieron. Habían continuado hasta el ocaso, hasta que ya no pudieron más.

Y Dámaso, rendido, había conciliado el sueño apenas unas horas. Pero se había despertado sobresaltado, inquieto. Le urgía comprobarlo.

El alférez rodeó el grueso tronco ayudándose con una mano apoyada en la corteza cuarteada. Parpadeó como un idiota, temiendo que no fuera más que una ilusión. Se dejó caer y quedó sentado en el valle entre dos raíces. No podía dejar de mirarla.

Salida de los sueños del mejor pintor de la corte. Era ella. Dormía arrebujada en un recio cobertor de lana que había salido del fardo de Pacheca. Tenía las manos apretadas bajo el mentón, cubierto el rostro por rizos sueltos que anudaban sombras en la tez nacarada.

La amaba, nunca había dejado de amarla. Y entonces la angustia le sacudió el cuerpo, sintió algo resquebrajarse en sus entrañas. Podía ser que ella no le correspondiese, la había abandonado; habían pasado tantos años, quizá la había perdido para siempre. Cuando despertase, ahora que estaba a salvo, ella lo miraría con desprecio y se alejaría, sin volver la vista atrás. Lo rechazaría por los errores del pasado.

No había tenido de ella más que intangibles recuerdos que la frágil memoria deslavazaba a su antojo. Y ya no eran más que humo al viento. Había estado solo, sin más que aquellas estampas que había atesorado tantos años atrás. Podía ser que ella ni siquiera le concediera la oportunidad de explicarse; de decirle que estaría muerto de no ser por el impensable anhelo de volver a tenerla.

Nunca en su vida había sentido un miedo tan profundo. Y deseó que ella se quedase allí, durmiendo, sin más, que el alba durase eternamente, para no poder escuchar cómo ella lo rechazaba. De repente había crecido en él una desmedida avaricia por el dolor que lo había acompañado durante tanto tiempo. No quería sufrir

nuevas desgracias. Solo deseaba que nada cambiase.

Constanza se sacudió en su dormir, los labios bermellón murmuraron, el cuerpo se agitó y las manos agarraron el vacío. Dámaso no podía saberlo, pero las pesadillas de los tormentos sufridos en San Jorge atenazaban las noches de la mujer que amaba.

En sueños dijo algo que él no comprendió, se agitó. Temeroso, estiró el brazo, sus dedos estaban apenas a un impulso más de las mejillas de ella. Volvió a inquietarse y él encontró el coraje. Posó las yemas en la frente y, lentamente, apartó un mechón de cabello. Dejó que su mano descendiese y acarició las líneas de aquel rostro. Continuó hasta llegar a los labios, los rodeó en una pausada congoja y, tembloroso, apoyó la palma en la tibia mejilla. Por un momento sus aprensiones se desvanecieron y no le preocupó otra cosa que apaciguarla. Susurró frases dulces de consuelo, le dijo que todo estaría bien, que ya era libre.

Con la paciencia que le concedía el otoño, el sol empezaba a despuntar por Levante, amanecía. Los verdes y ocres comenzaron a cicalar el paisaje.

Despertó. Abrió los ojos. Se encogió con una expresión asustada. Dámaso, sobresaltado, se apartó violento.

Las pupilas de ella brillaron con el fulgor de una gota de rocío. Y, lentamente, sonrió.

Indeciso, el alférez se convirtió en un títere. Ella sacó una mano de la frazada y sujetó la de él. La sostuvo notando las durezas que habían dejado los años, palpó un corte que recorría el pulpejo del pulgar y, ensanchando su sonrisa, lo acercó a su boca. Dámaso no opuso resistencia. Constanza abrió los labios y besó dulcemente la herida antes de devolver la mano de él a su mejilla.

No tenían palabras, se debatían entre el amor y el miedo, ambos dudaban. Sin embargo, no les hizo falta hablar.

La menina apartó la manta invitándolo. La vacilación se entretuvo en el rostro de él y ella rio con una carcajada llana y clara. Asintió; él se dejó arrastrar.

Sobre la sobada cobija de lana mal abatanada el horizonte cobraba vida con la alborada, bajo ella, los dos amantes se encontraron y se fundieron.

Sus caricias tocaron notas que llevaban años esperando convertirse en callados gemidos. Abrieron los ojos, se vieron, y los cerraron para unir sus labios en la parsimonia de un beso tierno.

Titubearon al principio, acomodándose las bocas, sus lenguas se encontraron y, tras retirarlas con vergüenza, se buscaron de nuevo con ansia renovada. Ella desabrochó las presillas del coleto y palpó las telas bajo la protección, se impacientó, tironeó con brusquedad y rebuscó frenéticamente hasta que pudo sentir el cálido contacto de la piel de él.

Él hundió la mano en el profundo valle de la cintura y recorrió la corva antes de regresar por el muslo alzando la amplia camisola. Sus dedos enjaularon el montículo

de vello ensortijado y ella corcoveó para recibirlos. Él abandonó aquel deseo, sin saber que al hacerlo la pasión se avivaba. Arañó el vientre plano y apuró el ascenso hasta cobijar los pechos.

Constanza sucumbió y, con prisa impaciente, tiró de sus harapos. Cuando el torso quedó al descubierto, Dámaso se inclinó. Ella se arrobó con el cálido aliento de él, que soplaba tempestades entre sus senos. Los labios besaron la sensible piel de la areola al tiempo que las manos aupaban el busto. Él recorrió con la lengua uno de los pezones. Ella volvió a sacudir la cadera.

Rompieron los cordajes, rasgaron viejos remiendos, se apresuraron hasta hallarse desnudos; tendidos el uno junto al otro. Se besaron de nuevo, esta vez con ansia, cubiertos por el deseo.

La mano de ella descendió, palpó las líneas que marcaban el torso, deteniéndose en los surcos que dejaban los músculos; y no continuó su lenta marcha hasta que sintió cómo la rigidez que había provocado palpitaba reclamándola.

Constanza bajó ambos brazos para disponer de sendas manos. Sus senos quedaron atrapados, hinchándose, y él volvió a besarlos mientras ella, decidida, sujetó el miembro endurecido. Rodeó aquella firmeza en sus dedos y tiró con gentileza de la piel, palpó suavemente el bálano, dibujó arabescos con las uñas, circundándolo. Y esta vez fue Dámaso el que corcoveó con un gemido.

Sus bocas se hallaron de nuevo. Ella se inclinó y, delicadamente, lo obligó a tumbarse. Pasó una pierna sobre él tardando una eternidad completa. Se acostó dejando que sus pechos se apretasen contra el torso de Dámaso.

La besó en el cuello, se dejó cubrir por la melena que caía sobre su rostro y, cuando ella se aupó sobre él, Dámaso penetró en aquella tibieza húmeda que lo recibió.

Fundidos, se quedaron quietos, con el vello erizado y sintiendo la aspereza de la lana tejida en la frazada. Estaban unidos por fin y ambos, embriagados por la ilusión del amor, creyeron que no volverían a separarse jamás.

Constanza empezó a moverse, suavemente, como las olas lánguidas del final de la marea. Él la acompañó en su danza. Se rodeaban con los brazos. Se besaban.

Sus ojos se miraron, se hablaron del dolor de la soledad, del miedo. Se consolaron.

—Creí que os había perdido para siempre —logró decir Dámaso en un susurro—. Creí… Nunca he dejado de amaros. Cada día, cada noche…

Constanza lo calló con un beso largo y profundo, entregado, al tiempo que apretaba las caderas para sentir como él se clavaba en su vientre tan hondo como fuera posible.

No tenían idea de cuán efímera sería su felicidad.

—Debemos aceptar que somos fugitivos —reconoció el furriel con pesar.

Siempre había albergado un cálido pensamiento con el que avivar sus esperanzas: regresar a Monforte de Lemos junto a Constanza. Había incluso imaginado su vida en común en el antiguo pazo de la familia Hernández de Castro; sin embargo, no le quedaba otra que asumirlo: no podría ser.

—¿Y qué haremos? —preguntó Gaspar.

Dámaso miró a Constanza, ella le había cogido una mano y jugueteaba con los dedos de él, montándolos unos sobre otros y abriéndolos después para tender los propios junto a los del alférez y comparar infantilmente la diferencia de tamaño entre ambos palmos. La menina llevaba tantos años luchando con denuedo que, esa mañana, ahora que él estaba a su lado, prefería dejarse llevar plácidamente. Había hablado con Dámaso antes de que el grupo compartiese sus cuitas, y a Constanza le bastaba con saber una sola cosa:

—Lo que sea con tal de no volver a separarnos.

La voz sonó firme y segura. Tan distinta a la de aquella jovencita desfallecida a lomos de un enorme garañón que el veterano no pudo evitar la sonrisa.

Habían mandado a Ruy hasta la cercana Écija, a buscar una posada en la que comprar provisiones. Tenían fe en que el galopín no llamase la atención; si dejaba la montura en las afueras, no sería más que un simple muchacho con aires de escudero o lacayo cumpliendo mandados. Y, bajo el sol del mediodía, al abrigo de la vieja encina alrededor de la que habían acampado, parlamentaban sobre su futuro esperando a que el zagal regresase con las viandas y, a ser posible, noticias.

Al otro lado del corrillo que formaban los españoles, estaban sentados Saigo y el bonzo. Zongji traducía pacientemente y el *ronin*, despreocupado, solo prestaba la atención necesaria para no ser descortés. Pensaba en la carta que el magnánimo Torii Mototada le había entregado.

Abandonando la conversación, Dámaso miró a los orientales. Tenía muy presentes las últimas palabras de Hortuño. Tanto que se sintió acongojado por la condena que arrojaría sobre su amigo. No conocía más que retazos de la historia, pero intuía que Saigo había sido traicionado por los suyos. Y entonces, mientras cavilaba sobre el complejo entramado político en el que, para su desgracia, se había involucrado el *samurai*, tuvo una idea.

—Tendremos que marcharnos; lejos —anunció el furriel haciendo correr sus pensamientos—. Adonde no puedan encontrarnos. —En la pausa que hizo la expectación creció entre los que estaban a su alrededor—. Iremos a las Filipinas. O a alguna de las islas de las especias.

Gaspar negó convencido. Constanza hizo un leve gesto de aquiescencia. La sorpresa echó hacia atrás a la dueña.

—¡Santo Jesús Cristo! Por todos los demonios y diablos, ¿habéis perdido el juicio? —exclamó Gaspar, y Pacheca, como siempre espantada por la blasfemia del

veterano, se llevó las manos a los labios—. No podemos regresar a Sevilla. No conseguiremos embarcar en ninguna nao que parta a las Indias. Acabaremos presos. ¡Es una locura!

Dámaso asintió comprensivamente, podía entender la reticencia del viejo piquero.

—No iremos por el puerto del Guadalquivir…

—¡Claro! ¡Qué diantres! Iremos nadando —se burló el pajarero.

Y el vejancón hubiera seguido prendiendo en la ironía de no ser por el palmetazo que le soltó la dueña en el hombro.

Dámaso sonrió, sintió que los dedos de Constanza le daban ánimos y se explicó:

—No, eso tampoco. Viajaremos por el norte —dijo recordando muy bien su llegada a Manila—. Marcharemos a Flandes —aclaró para escándalo de Gaspar, que se hubiera puesto en pie y comenzado a maldecir de no ser por la intervención de su esposa—. Los dos conocemos aquellas tierras —le habló al veterano—; y podemos hacerlos pasar por comerciantes de la expedición que no han querido bautizarse —añadió señalando a los orientales—. Por lo que sabemos, algunos se han establecido en Coria, otros irán a Madrid para la conversión de Hasekura Tsunenaga y, aunque hablan de continuar viaje a Roma, estoy seguro de que más de uno vive deseando regresar al Japón.

»Los orangistas llevan años intentando establecer líneas de comercio con el Oriente —añadió algo más pausado, teniendo presente el hundimiento del San Diego —. Nos recibirán con los brazos abiertos si les hacemos creer que somos unos renegados dispuestos a darles las llaves del Cipango. Y nadie nos seguirá hasta las *provincias rebeldes*, ahora se supone que hay una tregua…

Gaspar se tomó un tiempo para considerar la idea. La dueña, indecisa, lo miraba con una expresión ceñuda que aguzaba su rostro rotundo. Constanza, abstraída, acercó la mano de Dámaso a sus labios y la besó con dulzura.

—Pues iremos al septentrión —reafirmó la menina en tono poético—. Adonde sea, pero juntos.

Aquello pareció bastar para vencer los recelos del piquero.

—Puede que aún recuerde suficientes palabras en ese rijoso idioma como para mandar a capar chinches a uno de esos herejes… Si consigo algo de ropa decente, quizá incluso podría pasar como traductor de los mercaderes —añadió envarándose y toqueteándose una inexistente golilla.

Hasta los orientales rieron con la mofa.

—En los archipiélagos encontraremos algún rincón tranquilo donde establecernos —aseguró el alférez—. Allí hay cientos de islas, miles de lugares donde elegir.

—Podríamos ir a Barcelona y embarcarnos hasta Milán —intervino Gaspar empezando a parecer convencido con la idea—, o seguir la costa hasta entrar en Francia… Luego habría que continuar por alguna de las vías del *camino* —aclaró

refiriéndose a las sendas que usaban las tropas españolas para llegar a Flandes, gracias a las que evitaban las aguas de los hugonotes en el golfo de Vizcaya y las represalias francesas en el interior—. Podríamos atravesar el Franco Condado… Hay posibilidades… Pero será mejor que se lo expliquéis a ellos —añadió refiriéndose al bonzo y al *samurai*.

Dámaso miró largamente hacia los orientales, tomándose su tiempo.

—Hay mucho más que he de explicarles —reconoció levantándose para acercarse a los asiáticos.

Constanza le soltó la mano tras un último apretón.

—*Gottimhimmel*! —exclamó Gaspar entre risas en tanto el alférez pasaba frente a él.

—¿Qué significa? —preguntó Pacheca.

—Pues supongo que algo así como que duele más que una patada en la entrepierna —contestó el veterano con sorna, sacándose el pulgar entre el resto de los dedos como se acostumbraba a hacer al hablar de un indeseable—. Era lo que solían decir esos herejes cuando recibían un arcabuzazo…

Dámaso, ya al otro lado del corro, sonrió por las imprecaciones de Pacheca y, con el humor templado gracias a una última mirada de reojo a Constanza, de quien le dolía separarse, se acercó hasta el circunspecto Saigo sabiendo cuán difícil sería lo que debía hacer.

—Deberíamos hablar —le dijo en japonés.

El *ronin* inclinó el rostro.

—Sobre lo que sucedió anoche —añadió dejando a un lado el asunto del viaje a Flandes.

Zongji ensayó una de aquellas extravagantes sonrisas suyas.

—Encontrarse es el comienzo de la separación… Creo que se hace tarde —declaró el bonzo poniéndose en pie para alejarse del grupo con su larga vara.

En silencio, Saigo también se alzó e invitó a Dámaso a separarse de la encina y de los demás *nanbanjin*.

Eligiendo una dirección distinta a la del monje budista, anduvieron el uno junto al otro, descendiendo el otero que coronaba el viejo árbol, hacia el norte. El *ronin* no habló hasta que estuvieron cerca del camino por el que habían llegado hasta allí. En la ribera crecían sin orden matas de jara y espinosas aulagas. Y en aquel día seco los últimos saltamontes huían de los humanos con largos brincos.

Imaginaba aquello de lo que *Damaso-san* querría hablarle.

—Ese hombrecillo despreciable pronunció el nombre de la dinastía de los *grandes generales* —dijo el japonés refiriéndose al clan de los Tokugawa.

El alférez asintió pesarosamente. Imaginaba las consecuencias de lo que iba a explicar. Tomó aire, miró al oriental a los ojos y escogió con el mayor tino que pudo

las palabras de aquel idioma que aún le resultaba extraño.

Poco a poco le relató al japonés lo que Hortuño de Andrade había confesado. Luego, con total franqueza, a fin de asegurarse de que su pobre traducción no coartaba lo que había averiguado, le dijo cuanto sospechaba.

El *ahigaru* escuchó impertérrito; solo una pequeña mueca desvirtuó la serenidad de su semblante cuando Dámaso terminó.

—Tiene sentido —aceptó con parquedad.

Aquello no era lo que el alférez había esperado. Aun conociéndolo, le asombró el temple de su amigo. Era consciente de que él hubiera reaccionado de un modo muy distinto.

—De no haber sido porque tenía los mosquetes, Ishida Mitsurani no se hubiera atrevido a atacar Fushimi —concedió Saigo aceptando las consideraciones del español—. Y si el asedio no se hubiera prolongado, las fuerzas del clan Tokugawa no habrían tenido oportunidad de unirse… Hubiese perdido la batalla de Sekigahara —reconoció antes de añadir lo más doloroso—. Probablemente, el mismo Tokugawa Ieyasu se encargó de filtrar la información de que iba a alojarse en el castillo de la colina Momoyama. Le bastó con trastocar la fecha… Los hombres del magistrado llegaron con apenas unos días de retraso —concluyó abarcando la inmensidad de la trampa que el futuro *shogun* había tendido en aquel pasado lejano para asegurar su victoria.

Se siguió una calma tensa. El *samurai* miraba hacia los árboles que punteaban el paisaje, deteniéndose en sus formas ajadas como si pudiese hallar consuelo.

—¿Y qué haréis ahora? —preguntó respetuosamente el español cuando el silencio se convirtió en una losa.

Saigo Hayabusa se concentró en el tronco de un alcornoque. Era un árbol espigado, viejo, retorcido por las sequías de veranos ya olvidados. Tenía apenas unas pocas ramas cortas que parecían vencidas, pero conservaba un indefinible equilibrio que le resultó plácido.

—Quiero volver con mi familia, con mi hijo —se atrevió a reconocer mostrando sus sentimientos en la única ocasión en la que el occidental lo vio hacer algo así en toda su vida.

Dámaso albergó alivio por un breve lapso; llegó a pensar que todo había acabado. Pero se equivocó.

—Quiero regresar a mi hogar en Kyosho —repitió Saigo al cabo—. Así que solo hay una opción. Recibí un mandato de Torii Mototada —todavía recordaba con total nitidez los guijarros dispuestos en el tablero de *go*—; acabar con el causante de la caída de Fushimi… Cumpliré con mi deber, ejecutaré la última orden que me dio mi señor —dijo con resolución—. Regresaré al Japón. Mataré al culpable. Daré muerte a Tokugawa Ieyasu. Y entonces buscaré la paz…

Incluso Dámaso comprendía el alcance de aquellas palabras, hubiera sido como si él mismo quisiera acabar con el duque de Lerma, porque era el superior de Hortuño en los tiempos en que se había fraguado la conjura que había arruinado su vida.

Quizá el antiguo regente fuera el responsable último de lo sucedido en Fushimi; sin embargo, sería un solo hombre contra el poder de un imperio que llevaba siglos cultivando el arte de la guerra. Era un suicidio.

—Es inconcebible. No puede hacerse…

El alférez no había llegado a entender al país o a sus gentes. Sin embargo, sí podía imaginarse a sí mismo enfrentándose a todos los ejércitos de su majestad el rey Felipe el Tercero; cargando contra filas y filas de picas para alcanzar, en un imposible, a un duque de Lerma sentado cómodamente en la retaguardia.

No pudo dejar de admirarse por el valor que apreciaba en el *samurai*.

Saigo lo miró con condescendencia y correspondió inclinando su rostro picado de viruela. Dámaso captó algo más.

—Así ha de ser, ¿verdad? Sean cuales sean las consecuencias. No se puede faltar al deber.

El *ronin* asintió. Dámaso recapacitó. Hubiera muerto en Sendai. Hubiese caído en Ciudad de los Reyes. Y de no ser por la ayuda prestada no habría recuperado a Constanza. La inmensidad de su deuda con aquel hombre era abrumadora.

Fue como un latigazo dado por el cómitre en la cubierta de una galera. Dolió. Volvería a perderla. Aunque supo con toda certeza cuál era su obligación. Estuvo tentado de apoyar la mano en el hombro del japonés, pero se contuvo, pues sabía que aquel no era el tipo de gesto que su amigo apreciaría.

—Os acompañaré…

La mañana, radiante, pareció querer custodiar el ánimo de los hombres. Se levantó el viento con una sucesión de rachas violentas que revolvieron las hojas del alcornoque. Eran ráfagas cálidas de aire húmedo que presagiaban una nueva tormenta para esa tarde.

Tras haberse comprometido, Dámaso empezaba a pensar en lo terrible que sería volver a separarse de Constanza.

Saigo Hayabusa lamentaba no poder regresar sin más. Quería volver a ver a su hijo, recompensar a su familia por aquellos años de ignominia en los que habían tenido que soportar la vergüenza de llevar el nombre de un *ronin* deshonrado. Ensimismados en sus propios pesares, no se dieron cuenta hasta que fue tarde.

Ahogando como podía aquella agonía que sentía, Dámaso iba a repetir sus últimas palabras cuando ambos oyeron el ruido de unos cascos que golpeaban el camino; le llegó con claridad, traído en andas por la ventolina.

—No puede ser el muchacho —aventuró el alférez sin saber cómo se diría en japonés la palabra *galopín*—. Vienen desde Sevilla…

Apartando las consecuencias de la promesa que acababa de hacer, el alférez echó mano a la espada y se preparó para ver aparecer a los alguaciles de la ciudad del Guadalquivir. Estuvo seguro de que los justicias sevillanos venían en su busca, sin embargo, al distinguir a los jinetes, se llevó una sorpresa. Llegaban a galope tendido.

Yoshioka Seijuro, que no había tenido ocasión de acostumbrarse a las sillas occidentales, encabezaba el grupo. Montaba un garañón habanero que espumeaba por el bocado y llevaba los flancos cubiertos de sudor. Al llegar a la altura de los dos hombres a pie, los *samurai* tiraron de las riendas, los caballos chantaron las manos, el polvo los alcanzó envolviéndolos en una nube parda.

Dámaso intuyó que, antes de partir en su busca, los nipones debían de haber llamado a los *bushi* que habían quedado en Coria.

Allí había más de treinta rocines con el hierro del duque de Medina Sidonia en las ancas. Podían verse las cabriolas inquietas de una multitud de pezuñas. Los animales, que percibían el ánimo violento de sus jinetes, piafaban nerviosos. Pateaban el camino, y las cintas de la espesa polvareda que habían provocado intentaban asentarse al capricho de los embates del viento que arreciaba.

Se oía el resollar de los potros; algún relincho nervioso. El silbar de las ráfagas.

Como una aparición, surgiendo de aquel envoltorio pulsante de niebla hecha de la tierra seca del camino, emergió aquel *samurai* que el alférez había conocido en el castillo de Toba.

—En el nombre del embajador Hasekura Tsunenaga —anunció con voz firme Yoshioka Seijuro—, representante del señor de Sendai, Date Masamune, régulo del feudo entregado por el noble Tokugawa Ieyasu —el tono inapelable no podía ser más severo—; he venido a acabar con la indigna vida del *hombre de las olas* conocido como Saigo Hayabusa.

Tras él, a medida que las rachas dejaban que el polvazal se diluyese, fueron descabalgando los demás hombres, incluyendo aquel converso que respondía al nombre cristiano de Vicente. Eran casi cuarenta, todos y cada uno de los venidos desde el Japón. Y rodearon a su líder disciplinadamente, disponiéndose para lo que fuera menester.

Un tufo recio a metal bruñido fue acaparando aquella ronda de Sevilla a Écija; ya se veían en el horizonte nubes oscuras que crecían, acumulando en su interior la furia de la tormenta que habría de caer otra noche más en el valle del Guadalquivir.

La mayoría de los japoneses echó mano a las empuñaduras de sus sables. A tiempo para que empezasen a enumerarse los cargos:

—Siendo un forastero, os habéis involucrado en asuntos locales y habéis puesto en peligro el resultado de la embajada enviada por nuestro señor Tokugawa. Habéis dado muerte a varios. —A Dámaso le resultó evidente el desprecio con el que Yoshioka obviaba mencionar explícitamente a los españoles muertos—. Habéis

provocado un incendio, un delito inexcusable. —Y era cierto que en el Japón aquella felonía tenía la peor de las consideraciones, pero el furriel no lograba explicarse cómo el *samurai* podía haberlo sabido, tendrían que haberlos seguido—. Y ahora, el embajador *Hasekura-sama* tendrá que rogar clemencia a los señores del lugar. —El desdén fue de nuevo evidente, aquel hombre no abandonaba el resentimiento que había acumulado durante sus años en el seminario de Nagasaki—. Pero, por encima de todo, estáis acusado de asaltar el caserío del clan Chosokabe en Kyoto, donde disteis muerte a hombres al servicio del mismo Tokugawa Ieyasu…

Terminado su discurso, Yoshioka Seijuro sonrió con auténtica maledicencia, hurgó en el fajín que le ceñía el *kimono* y sacó un objeto que, avasallado por el peso de la culpa, Dámaso reconoció al instante.

Saigo acariciaba la piel de raya que quedaba expuesta entre las trenzas de los *tsuka maki* de su sable. Mantenía un semblante impertérrito; dispuesto a aceptar sin inmutarse aquel nuevo giro en su *karma*.

El *boshuriken* cayó al suelo y levantó una fumarola de diminutas arenillas de aquel pasaje con la que, una vez más, el viento jugó. Dámaso, recordando aquella noche en los barracones de Ciudad de los Reyes tras la muerte de Bartolomé de Palos, tuvo la fría certeza de que él, y no otro, era el responsable de lo que estaba sucediendo.

Eran solo dos hombres cansados y heridos contra una treintena larga; un grupo de *samurai* escogidos por su valía, guerreros experimentados que no habían hecho otra cosa en toda su vida que perfeccionarse, día tras día, y además estaban frescos.

Nada podían hacer contra una fuerza semejante.

Aun así, Dámaso supo qué sucedería. La aplastante superioridad de sus adversarios, el deplorable estado en el que ellos podían encontrarse; lo que hubieran sido excusas capaces de cambiar el juicio de cualquier capitán en Flandes no tenían allí la menor importancia.

No sería asunto de la razón, sino del valor. No habría allí, en el camino a Écija, otro parlamento que el acero. Y un único motivo: el deber.

El antiguo furriel vio cómo la mano de su amigo recorría la empuñadura del sable. Pensó en Constanza. Y le agradeció al cielo la oportunidad que había tenido de volver a verla; había merecido la pena, cada uno de los escasos besos, hasta la más leve caricia, incluso el suave susurro de los labios de ella asegurándole que lo amaba. No le cabía duda, volvería a hacerlo aun sabiendo que acabaría así. Porque tenía la certeza de que allí, sobre el polvo de aquel lugar, todo terminaría. No hubiera sido capaz de perdonarse si hacía otra cosa que no fuera luchar junto al hombre a quien debía la vida.

Desenvainó la blanca, acomodó el hombro herido, miró al horizonte, le dedicó un recuerdo a Martín, con quien había empezado aquella increíble historia; susurró una

última declaración de amor que entregó al viento, rogando que la llevase hasta Constanza.

Saigo Hayabusa no necesitó reconciliarse con su alma. No le hizo falta acudir a sus recuerdos. Aquella postrera noche en Fushimi había pensado que moriría junto a su señor, el instante preciso se había demorado con languidez, pero aquel último día de asedio lo había alcanzado al fin. Tocó con las yemas de sus dedos aquel mensaje que Torii Mototada le había entregado y, aferrando la familiar empuñadura de su *katana*, desenfundó.

El sol se escapó por entre las volutas grises de las nubes y arrancó destellos en las marcas de agua del acero que forjara el *sensei* Osafune en una de las mejores fraguas del *país de los dioses*.

El viento capturó las arenas del camino; las hojas del alcornoque se volvieron; Hayabusa del clan Saigo, alumno de la escuela Jigen, hombre al servicio del *daimyo* de Fushimi, contempló una vez más el tronco retorcido de aquel viejo árbol: tenía la frágil belleza de una debilidad a punto de quebrarse. Alzó su sable y no hubo titubeos.

Todo se detuvo en un instante de calma perfecta. Aquellos dos hombres al pie del abismo miraron hacia abajo, hacia el fondo de un precipicio que no distinguieron y, con el siguiente aullido que trajo la tormenta que nacía, dieron un paso al frente. Cayeron al vacío.

El *ronin* se lanzó contra los *samurai* que ocupaban el flanco de Yoshioka y, en apenas un parpadeo, dos hombres rodaban ya por el suelo sujetándose los vientres abiertos. Otros tres se le echaban encima y Saigo, preparado, ocupó la zurda con su *wakizashi*. Muchos más esperaban su turno, impacientes por cumplir con sus órdenes; llenos de la misma devoción japonesa que el propio Dámaso había aprendido a admirar en su amigo.

Los caballos se espantaron con el fuerte husmo de la sangre recién vertida; se alejaron saltando sobre las espinosas aulagas, buscando la pradería que se extendía allende el camino.

En un santiamén estuvo rodeado por una maraña de acero sediento. Entre los *kimono* decorados con el *mon* de los pardales, Dámaso distinguió el rostro picado de viruela; los dientes apretados, el sudor que brillaba en la frente despejada.

Nada les iba contra el hediondo *gaijin* barbudo. Ni siquiera le prestaban atención.

Otro cuerpo más cayó, el tajo del *ronin* había seccionado el torso por completo. El hombre se derrumbó partido en dos. Pero no sirvió de mucho, el hueco dejado se llenó pronto con otros tres igual de fieros. Un quinto salió despedido con la garganta abierta y un grito mudo colgado en los labios. Yoshioka Seijuro, con los sables todavía en sus vainas, observaba el combate y su expresión iba cambiando.

Soltó los dedos uno a uno, escalonando el gesto, y volvió a aferrar la empuñadura

de su hierro. El occidental no les parecía digno siquiera del más mínimo interés y, sin pretenderlo, los nipones le concedieron a Dámaso la oportunidad de contemplar cómo, en sus rostros, la furia inicial se tornaba miedo y, finalmente, sincera admiración ante el arrojo de aquel viejo *samurai* que había sido labriego.

Dámaso había pasado el tiempo suficiente con ellos como para comprender. La gloria de una victoria palidecía ante el esplendor de la derrota; no se trataba de alzarse con el triunfo, era una cuestión de haber combatido con el honor debido. El fracaso tenía entresijos mucho más oscuros que la rendición; el último en quedar en pie no tenía por qué ser el vencedor. Así era la vida de un hombre en la senda de la guerra, como una flecha en un arco tenso; había que partir. Y eso hizo.

El alférez se lanzó contra aquella maraña de sables e intentó llegar junto a su amigo, para luchar espalda con espalda, como en la alquería; dispuesto a morir si era cuanto llevaba cumplir su deuda con el *ronin*.

El viento chilló, la tormenta se crecía. El entrechocar de los hierros, impaciente, ya había traído sus propios truenos.

Dámaso golpeó una quijada, acuchilló un costado, recibió un tajo junto a la riñonada, se vio arrastrado hacia aquel vendaval de sables afilados. Y todo fue confusión.

Yoshioka Seijuro no podía creer lo que veía. Aquel *hombre de las olas* indigno y despreciable no se comportaba como alguien que hubiera renunciado a abrirse el vientre tras la muerte de su *daimyo*. No había intentado excusarse, ni una sola palabra de protesta había salido de sus labios. Y ahí estaba, impasible entre una multitud de hombres que lo rodeaba sin el menor resquicio de piedad; fintaba, amagaba, cambiaba de posición, todos y cada uno de sus movimientos fluían con economía, cada vuelta de la hoja encontraba un objetivo certero; y en su rostro no se distinguía el menor amago de resignación o queja. Entonces, acariciándose el carrillo en el que tantos años atrás un descuido le dejara una cicatriz, comprendió de pronto que se había dejado llevar de nuevo por sus emociones, como aquel día en que un forjado le abriera la mejilla. Si aquel era un *hombre de las olas*, había dejado de serlo cuando el señor Date Masamune lo había admitido a su servicio. Y, sin embargo, aquel *bushi* se había involucrado en algo desconocido en el país de los extranjeros. Estuvo seguro de que el indolente Obata Kanegori no habría destruido los viejos mensajes guardados en el caserío Chosokabe. No pudo más que entrever harapos de una historia completa, pero entendió. Los retazos de viejas leyendas, aquel nombre que había compartido la dama, el impecable estilo con el sable; todo encajó.

Rendido, lleno de admiración, el más profundo de los respetos nació en su interior por aquel *hombre de las olas*.

Lo vio deshacerse de otro, la *katana* había cortado limpiamente el cuero cabelludo, dejando caer al suelo un cascarón de piel y hueso que conservó el

chonmage sin que la cinta que sujetaba el moño se deshiciese. El sucio *nanbanjin* se puso a su lado y, apenas un momento después, se derrumbó a su vez cuando un filo le alcanzó la cintura. Y el *ronin* lo salvó interponiendo su sable más corto ante el tajo que hubiera decapitado al barbudo.

El acero se batía y los hombres morían al capricho del metal.

El dolor reverberó por todo su cuerpo. Fue consciente de que Saigo le salvaba la vida una vez más y se desplomó, notando como la sangre le bañaba los muslos y el sentido le flaqueaba.

Su rostro se enterró en las albardillas de la tierra asentada en la senda a Écija.

Reuniendo toda su voluntad, Dámaso logró no dejarse someter por la languidez que lo abrazaba. Fue capaz de abrir los ojos. El polvo revoloteaba a su alrededor, unos pies se movían un poco más allá. Intentó incorporarse y no pudo.

Quedaban tres, Saigo estaba en medio. Plagado de cortes; su brazo izquierdo, inútil, pendía a un costado balanceándose con cada gesto. El alférez quiso levantarse y sus piernas volvieron a fallarle. Al caer vio que también Yoshioka había sobrevivido. Le pareció que ni siquiera se había movido del lugar en el que había desmontado.

Otro más se derrumbó con las asaduras a la vista. Y, por un breve instante, Dámaso albergó la inconcebible ilusión de una victoria.

Entonces, como si el uno fuera el reflejo del otro en un espejo pulido, ambos *samurai* hincaron las rodillas; Yoshioka Seijuro se postró al comprender, Saigo Hayabusa se derrumbó. Dámaso lo contempló, y aun así, le costó creerlo.

El *ronin*, entintado en bermellón, malherido, apenas tenía fuerzas para sujetar la *katana*; el alférez se dio cuenta de que su amigo miraba el añejado y solitario alcornoque; peleaba por mantenerse en pie ante el viento que arreciaba.

Vio el brillo en las mejillas de Yoshioka Seijuro, y Dámaso hubiera jurado que las lágrimas le cubrían el rostro. El *bushi* se inclinó en una respetuosa reverencia formal, hecha con tanta devoción como hubiera mostrado ante el emperador del *país del sol naciente*.

—*Ina*! —con la negación salió despedida una fina lluvia de gotas bermejas—. *Ina…*

Dámaso se giró hacia su amigo. El último de los jinetes, cohibido por la firmeza en la voz del *ronin*, detenía a medio camino el mandoble final. El que buscaba el cuello del *hombre de las olas*.

Oyó que Yoshioka decía algo que no comprendió. Percibió entre la neblina que lo turbaba cómo Saigo daba la vuelta a su sable para, trabajosamente, apuntar el aguzado extremo hacia su vientre.

Lo haría. Con dignidad. Bajo su propio acero.

Comprendió y ya nada más fue capaz de distinguir. No pudo evitarlo, empezó a

llorar como un niño; porque nada podía hacer por salvar la vida de aquel hombre que tantas veces lo había arrancado de entre las garras de la parca.

Dámaso Hernández de Castro, antiguo furriel, alférez de los Tercios de las coronas de Castilla y Aragón, oficial en jefe de la embajada al Japón enviada por su majestad Felipe el Tercero, lloró como no recordaba haberlo hecho.

No le hizo falta ver cómo su amigo moría para saber que aquel era el final. Pero sus ojos convulsos no le robaron el privilegio de sentir la tenaza de sus deudas ciñéndose en torno a él.

Dámaso se juró a sí mismo que aquel sacrificio no sería en vano.

Undécimo magari

HONOR

Se aprende poco con la victoria, en cambio,
mucho con la derrota.

PROVERBIO JAPONÉS

En el castillo de osaka, la impresionante torre del homenaje ardía. Los gráciles tejadillos de la *tenshu* de cinco pisos sostenían llamas anaranjadas que reptaban buscando las paredes; su resplandor ambarino ocultaba la luz de las estrellas que el humo no cegaba.

Todo el lujo y magnificencia del esplendoroso pasado de la fortaleza se convertiría en cenizas antes del amanecer. Unos pocos hombres, tiznados y sucios, deambulaban de un lado a otro, conmocionados, buscando algo útil que poder hacer. El hedor metálico de la sangre vertida por los muertos, esparcidos por doquier, se mezclaba de un modo macabro con un sospechoso tufo que recordaba a olores apegados a viejas cocinas; el incendio se cebaba con sus primeras víctimas.

Entre los combatientes corría la voz de que el hijo del *taiko*, el joven Toyotomi Hideyori, se había refugiado en el corazón del alcázar junto a la dama Yodo, y lo lógico era que ya hubiesen cometido *seppuku*. Con casi toda seguridad, en aquel mismo momento, el cadáver arrodillado del heredero tendría ante sí una maraña de sus propios intestinos, y su madre, con la garganta sajada, estaría vencida sobre un enorme charco carmesí.

La mayoría de los adeptos a la estirpe de los Toyotomi habían sido ya ajusticiados, incluyendo clanes de estandartes sobre los que había oído hablar, como los Chosokabe.

Nadie escaparía. Miles, cientos de miles de hombres habían asediado el castillo; y entre los asaltantes también había clavijas que tensaban el pasado. Uno de los generales destacados era el *dragón de un solo ojo*, Date Masamune.

La campaña, que se había prolongado por más de un año, tocaba ahora a su fin. La rebeldía sería aplastada; hasta el último resquicio resultaría eliminado, porque el *ogosho* Tokugawa quería exterminar cualquier rastro de la dinastía Toyotomi y evitar que la semilla de la secesión pudiese germinar de nuevo. Y los lenguaraces maledicentes que aún tenían ganas de hablar especulaban en corrillos sobre el futuro de los nietos del *taiko*, aunque no era difícil adivinarlo. Quizá la pequeña sería recluida en algún monasterio, sin embargo, casi con toda seguridad, el chiquillo sería decapitado. Y la hoja de paulonia de los emblemas que usaban los Toyotomi jamás volvería a ondear.

Ese era el estilo de Tokugawa Ieyasu. Como con aquella embajada que enviara hasta Sevilla. Ahora, después de lo vivido, él había llegado a convencerse de que todo había sido una patraña. Aupado en el poder, Tokugawa Ieyasu se había librado de unos náufragos que suponían una delicada situación diplomática y, al tiempo, había mandado al otro extremo del mundo a cualquier mercader sospechoso de costear la rebelión que se fraguaba. Tanto era así que algunos de aquellos comerciantes se habían quedado para siempre en Coria del Río. Y aquel apocado *samurai* al que había

puesto al cargo, Hasekura Tsunenaga, aún no había conseguido regresar al Japón. El *ogosho* no dejaría cabos sueltos, nunca lo hacía.

Y ante aquel panorama resultaba fácil dejarse llevar por el remordimiento; arrepentirse por haber intentado algo inconcebible. Aun así, él tenía la absoluta certeza de que era allí donde debía estar. No eran letras grabadas por un crío en la arena de una playa en la que subía la marea, su deuda, enorme, había sido forjada en el mejor de los aceros y bautizada con la sangre de algunos de los hombres con más valía que había conocido jamás. Y él sabía bien lo que significaba la traición. Otros caminos hubieran sido más llevaderos. Pero él había elegido estar allí, aquella noche, en medio de aquel infierno desatado; aun teniendo tanto que perder. Era una cuestión de honor.

Y allí era donde debía permanecer, ese sería el principio del fin. Si es que lograba salir con vida.

Los gallardetes y confalones con las tres hojas de malva cubrían el enorme valle donde confluían los ríos Yamo, Tenma y Kizu. Cerniéndose amenazantes sobre la plaza de osaka; testimoniando la aplastante superioridad de los Tokugawa. Hasta un *nanbanjin* podía verlo; ninguno de los que se habían atrevido a soñar con aupar al heredero hasta el poder perdido saldría de allí.

Y Dámaso no tenía dudas. Los vencedores no consentirían que nadie escapase del castillo que había sido el símbolo de la rebeldía de los Toyotomi. Y un forastero no se salvaría aun pese a su condición.

En los últimos tiempos, el *ogosho* había empezado a mostrar un odio recalcitrante hacia los extranjeros; y estaba seguro de que si lo atrapaban sería considerado como otro *hombre de las olas*, aun pese al color de su piel. Lo matarían, como a cualquiera de los que habían llegado para vender armas de fuego, o para prometer grandes tratos comerciales a los rebeldes esperando que estos se alzasen de nuevo con el poder. A él, a aquel francés loco que andaba pintando bucólicas escenas, a los misioneros. A cualquiera que hubiera entrado en la fortaleza de osaka. Sin embargo, el alférez lo vendería caro. No pensaba rendirse, por pocas que fueran las posibilidades, tenía que intentarlo. Constanza lo estaba esperando.

Con los silbidos de la siguiente tanda de cañonazos llegó el bonzo Zongji, caminando con su vara sin que las balas que pasaban sobre su cabeza parecieran afectarlo en lo más mínimo.

—¿Lo habéis encontrado? —preguntó Dámaso echándole la mano al hombro, para animar al monje a ponerse a cubierto tras los restos de una barbacana—. Decidme que lo habéis encontrado.

—La lluvia solo es un problema si no os queréis mojar…

Un tiro de pedrero impactó a pocos pies, levantando tierra y arrojando escombros sobre un grupo de *samurai* que intentaba ponerse a resguardo. La batalla se

recrudecía y los generales de Tokugawa Ieyasu se servían de las armas de los forasteros aun cuando se rumoreaba que el clan de las tres hojas de malva pensaba cerrar las fronteras del país.

Dámaso respiró hondo. No olvidaba que, de no ser por el bonzo, no hubiera llegado tan lejos. Había sido el monje quien, desde aquel día en el camino a Écija, le había prestado la ayuda necesaria para terminar lo que Saigo Hayabusa no había podido. Pero llevaban tantos meses de búsqueda que al alférez le costaba encontrar el humor para sobrellevar las peculiares apreciaciones de su compañero.

Pasó sobre ellos otro proyectil, perforando el aire con su agudo silbo y, tras suspirar, Dámaso le habló al bonzo con el tono más calmado que pudo:

—Por una vez, aunque solo fuera por una vez, podríais dejar los proverbios y contestar simplemente con un sí o un no.

Un grupo de hombres con el *mon* de la hoja de paulonia de los Toyotomi llegó corriendo para buscar refugio cerca de donde estaban el bonzo y el español. Eran conversos, *bushi* al servicio de algún señor feudal que había abrazado el cristianismo; se reunieron rápidamente en torno a uno que sacó de su *kimono* una extraña cruz con una oronda figura de Buda en el centro.

Zongji los miró con curiosidad, intrigado por aquel sincretismo que parecía extenderse por el Japón. Y no se movió cuando otro de los balazos zumbó a apenas unos *sun* por encima; se estrelló en la base de la torre del homenaje con gran estruendo. El bonzo simplemente sonrió. Y, mientras aquellos terminaban sus rezos y se lanzaban hacia una muerte segura, le contestó al alférez.

—Hay un hombre que ha caído en uno de los ataques cerca de los fosos. Según me han dicho, responde al nombre de Saigo Hayato.

—¿Estáis seguro? —cuestionó el antiguo furriel con severidad.

El bonzo semejaba a punto de decir algo, pero, con un gesto indescifrable de su labio leporino, pareció cambiar de opinión y asintió pesadamente.

Se oyeron gritos, varios grupos se movieron a su alrededor cruzando aceros. El fuego de artillería se intensificó y unas cuantas avanzadillas con banderines de los Tokugawa a la espalda ganaron terreno.

Dámaso recordó a Martín; hubiera saltado con algún comentario jocoso banalizando aquella antesala abierta al averno. Seguía echándolo en falta. Pero al menos ya habían logrado dar un primer paso. Aún quedaba mucho por hacer en el Japón. Y luego en Manila. Incluso en Madrid. Pero encontrar al hijo de Saigo era la primera piedra.

—Está bien, acabemos con esto —anunció cogiendo sus bártulos y poniéndose en pie.

Durante la larga campaña, los fosos del castillo de osaka habían sido rellenados por el *ogosho* Tokugawa para debilitar las defensas del alcázar; y los *samurai* del

heredero Toyotomi habían tratado de volver a vaciarlos. Ahora, mientras el furor de la última batalla arreciaba y los hombres del antiguo *shogun* se crecían, viendo al alcance de la mano la aplastante victoria, los hoyos a medio excavar no eran más que lodazales infectos, cubiertos de charcos, sembrados de cadáveres de ambos bandos entre los que se repartían batallones enzarzados en escaramuzas sueltas, atravesados por correos que cruzaban las líneas de ambos ejércitos a todo galope.

Y en medio de aquel caos, bajo el fuego de la artillería del clan Tokugawa, evitando luchar, moviéndose a hurtadillas, Dámaso y el bonzo habían llegado hasta donde le habían indicado al monje.

Agazapados, tras un montón de tierra removida que llenaba sus pulmones de un olor intenso, observaban. Intentaban industriar cómo rescatar al hijo de Saigo. Y necesitaban hacerlo pronto; no les sobraba el tiempo.

En las entreluces de los incendios, apenas completadas por unos cuantos hachones chantados sin más en el lodo, un rígido oficial de impoluta armadura ponía a prueba el filo de su *katana*. Ayudado por dos subalternos que vertían agua en el filo con un cacillo hecho de bambú, observado por otros pocos que obviaban el resto de los focos de la batalla, el *samurai* estaba decapitando a los heridos y capturados de entre las tropas de Toyotomi; tal y como estarían haciendo muchos otros de rango similar en distintos lugares de la inmensa hacienda del castillo de osaka.

Arrodillados, hombro con hombro, casi tocándose, los condenados aguardaban su turno sin rechistar, echando miradas de reojo a los cuerpos mutilados que iban cayendo por riguroso turno.

Ya no faltaban más que media docena de derrotados para que el *bushi* y su sable llegasen hasta aquel joven.

—¿Y si nos equivocamos?

—Es el único con lazadas negras en la armadura. Aunque a mi edad y con tan poca luz…

Dámaso, intrigado, miró al monje budista largamente.

—… incluso los monos se caen de los árboles.

El alférez ahogó el reniego que le hubiera gustado espetarle al bonzo. E intentó concentrarse en encontrar un modo de rescatar al hijo de Saigo.

No muy lejos, algún *samurai* había dejado atrás uno de aquellos largos arcos que usaban los japoneses. Pero Dámaso sabía que no le serviría de mucho, tenían mayor alcance y eran más precisos que los que él había usado en su instrucción al norte de Italia, sin embargo, apenas había practicado unas horas con el del propio Saigo; en las playas de Sendai, hacía ya mucho. Así que esa no era una buena idea. Tenían que encontrar otra solución. Volvió a mirar; y vio que el oficial avanzaba con su siniestra tarea.

Se le ocurrió plantarse sin más en medio del grupo y, con voz autoritaria, hacerse

pasar por el mismo embajador Vizcaíno, aduciendo que había sido enviado por Tokugawa Ieyasu, para llevarse con él al hijo de uno de los expedicionarios que se habían embarcado en el Date Maru. Pero abandonó pronto la ocurrencia, llevando como única escolta a un bonzo con afición a la retranca, lo más probable es que él mismo se convirtiese en el último de la tétrica hilera de presos.

Otro hombre cayó decapitado. A lo lejos se oyeron unos cuantos mosquetes. El olor del incendio en la torre se esparcía con el humo y las llamas habían crecido tanto que el fuego parecía un tímido amanecer. La artillería concedió un respiro y, al cejar las terribles detonaciones, pareció que todo aquel en el radio de un *ri* gritaba a pleno pulmón.

Los ayudantes del verdugo comenzaron de nuevo el ritual vertiendo agua cuidadosamente en el filo de la *katana*.

Agobiado, Dámaso ya se preparaba para jugársela por las bravas y dejar el resultado en manos de Dios cuando, por primera vez después de tanta penuria, la fortuna le brindó un remedo de sonrisa.

Aquel grupo de conversos que habían visto rezar al pie de la torre se lanzó al ataque entre alaridos; como si el cese en los disparos de los cañones les hubiera dado ánimos. Por lo que parecía, su nueva y piadosa fe no podía cambiar siglos de rígidas costumbres.

—¡Vamos! Es nuestra oportunidad —gritó Dámaso sin darle más vueltas.

Se echó a correr entre las pozas y, mientras los japoneses de ambos bandos se enzarzaban, se acercó por las espaldas de los presos hasta el penúltimo hombre de la fila de arrodillados; demostrando una gran dignidad, ninguno de ellos había aprovechado la escaramuza para huir.

—¿Saigo? ¿Saigo Hayato?

El joven giró el rostro intrigado.

—Vengo a sacaros de aquí, me envía vuestro padre…

Tardó solo un instante en vencer su estupor.

—Mi padre era un indigno cobarde —terció el *samurai* con ira—, prefiero morir ahora, con honor —aseguró alzando la cara embarrada—. No iré a ninguna parte. Menos aún para ver a mi padre. He sido derrotado y no merezco clemencia alguna —concluyó con evidente orgullo.

Al menos era él a quien venían buscando. Aunque Dámaso, de carácter mucho más práctico, tuvo que contenerse para no arrearle dos bofetadas.

El resto de los prisioneros miraba la escena con intriga. Poco más allá, la lucha entre los conversos y los hombres de Tokugawa empezaba a decantarse por los últimos; uno de los que habían estado ayudando al verdugo gritó. Señalaba al español con el *kissaki* de su sable y el oficial se giró.

Dámaso sacó la daga del cinto, la volteó en el aire cogiéndola por la hoja y se la

pasó al bonzo.

—Soltadlos —le dijo al monje refiriéndose a que cortase las ligaduras que ceñían las muñecas de los vencidos.

El alférez esperaba que algunos se animasen a seguir batallando y que eso le diera tiempo para sacar de allí al joven Saigo.

—Escuchadme bien —le espetó con severidad—, si volvéis a hablar así de vuestro padre, yo mismo haré algo más que decapitaros —dejó que las palabras calasen—. He recorrido medio mundo para encontraros, he arriesgado todo cuanto tenía, así que ahora vais a acompañarme, tanto si queréis como si no…

Los ojos pardos resultaban familiares y las dudas que lo asaltaron fueron evidentes. En tanto, los cañones volvieron a escupir fuego, el verdugo y los suyos, ante los inesperados refuerzos que había liberado el bonzo, se replegaban.

—Eso si es que conseguimos escapar de una pieza…

Era joven, estaba acostumbrado a obedecer y algo en la expresión del *nanbanjin* lo obligó a creer.

El campesino, con el agua por las rodillas, iba pasando brotes de la gavilla que llevaba en la mano izquierda a la derecha, daba un paso atrás y, siguiendo la fila escrupulosamente, enterraba la plántula de arroz en el huerto encharcado.

El sol se esforzaba por calentar los cultivos y alejar el recuerdo del invierno. Y era un trabajo pesado; de tanto en tanto, el labriego se alzaba para apoyarse los nudillos en la riñonada y estirar la espalda. Sin embargo, cada vez que su rostro picado de viruela podía verse bajo el modesto sombrero de juncos, la expresión era apacible.

Había libélulas que rasgaban el aire con su vuelo indeciso. Las faldas verdosas del montuoso territorio que rodeaba los labrantíos empezaban a brillar con pequeñas flores blancas. Los machos de las alondras hacían cabriolas para lucirse, e inquietos ojos castaños evaluaban a los pretendientes desde cómodas perchas en los alcanforeros.

Por primera vez en mucho tiempo el país estaba en paz, bajo un mismo señor. El archipiélago parecía, al fin, libre de la cruenta saga de guerras civiles que se habían venido librando durante años y años. Muchos desconfiaban, les costaba creer que la quietud perdurase; aun así, algunos, como aquel labriego, se dedicaban a espantar los fantasmas de los campos de batalla.

Los críos perseguían abejas y, cuando la tarde comenzase, pasarían más tiempo refrescándose en el agua que las ranas que habían empezado a nadar en los estanques. Pero, al contrario que sus amigos, el pequeño *Hayato-chan*, aplicado, practicaba con el *bokken* hecho en madera de níspero, no muy lejos de las miradas que su padre le dispensaba cuando alzaba los ojos del arrozal. Era un chiquillo severo que estaba ansioso por llegar a ser un *samurai* de la talla de los legendarios Minamoto, o incluso

igualar las proezas del *demonio carmesí de la guerra*, el afamado Sanada Yukimura.

Por eso mismo, cuando aparecieron los caballos, el pequeño no pudo contenerse y corrió a ver a aquellos auténticos *bushi*. Intentaba componer sus humildes ropas y, sin detenerse, consiguió sujetar su sable de prácticas en la cinturilla del simple fajín que vestía. Su infantil flequillo le sacudía la frente con cada zancada.

Eran una patrulla de cinco, no llevaban estandartes, pero su condición resultaba incuestionable: eran auténticos *samurai* que portaban el juego de sables a la cintura. Y, para preocupación de su padre, *Hayato-chan* salió al encuentro de las monturas con la boca abierta y la emoción pintada en el rostro.

Con una leve señal del que encabezaba la partida, todos tiraron de las bridas y los rocines se detuvieron con los cascos al borde del arrozal.

El niño, que llegó al mismo tiempo, se arrodilló sin preocuparse de lo que luego le diría su madre y, con tanta solemnidad como fue capaz, se inclinó con una reverencia formal, apoyando con cuidado las puntas de sus pequeños dedos en la tierra, pero intentando mantener los ojos fijos en la visión de aquellos que serían espadachines consumados.

El humilde campesino se retiró el sombrero y venció la barbilla sobre el pecho. Su cabeza afeitada brilló con la fina pátina de sudor que le había provocado el esfuerzo de la mañana.

—Buscamos al honorable maestro Saigo Hayabusa de la escuela de Jigen —anunció el que se había quedado al frente sin siquiera desmontar.

Hayato-chan se llevó una terrible decepción, aquellos *samurai* se habían equivocado. Habían pronunciado el nombre de su padre, pero ellos no eran más que labriegos. Eran dueños de sus tierras, pero no pertenecían a la casta de los hombres que habían seguido el camino del acero. El chico se sentía afortunado por vivir en un hogar en paz, donde no faltaba la comida, aunque no fuese más que pasta de alubias y mijo. Pero, aunque le hubiera gustado más que ninguna otra cosa en el mundo, su padre no era un *sensei* del arte de la esgrima, era un simple destripaterrones con algo de fortuna.

—Yo soy —respondió el labriego con una ligera reverencia.

El jinete que llevaba la voz cantante sacó de su *obi* un cilindro de bambú, retiró un documento del interior y, tras aclararse la voz con un carraspeo, comenzó a leer con solemnidad. Sin embargo, el pequeño Hayato, que observaba a su padre con la quijada caída y los ojos tan abiertos que parecían occidentales, solo oyó un murmullo lejano en el cual no identificó más que palabras sueltas.

—… con la recompensa de un feudo de cien mil fanegas de arroz que será entregado al final de la campaña…

El mocoso logró cerrar la boca y mirar hacia los *samurai*. Buscó el emblema de algún *daimyo,* pero no encontró nada. Era solo un niño con la cabeza llena de pájaros

de gloria, no supo intuir lo que para un adulto hubiera sido evidente. La paz sería efímera, la sombra de una nueva guerra se cernía sobre el *país de los dioses*. Y su padre no era un campesino; sino un reconocido seguidor del camino del acero, un maestro de la espada al que aquellos *bushi* acudían llenos de respeto, en nombre de uno de los grandes señores. Hayato estuvo a punto de ponerse a gritar y a saltar. Era el hijo de un *samurai*. Y, por eso, no entendió lo que su padre hizo en cuanto el jinete terminó su discurso.

El labriego, en cuyo rostro las cicatrices de la viruela tenían que acomodarse a las arrugas de preocupación, sí comprendió. Miró a su hijo con pesadumbre y, con solo un leve atisbo de esperanza, abandonó el arrozal.

El líder de los caballistas no se fijó, pero uno de sus hombres, que había sido educado en la *YagyoShinkage ryo*, se percató. Al ver caminar a aquel hombre con el agua por la rodilla, comprendió que sus gestos cansados y sus lentos movimientos eran solo apariencia, aquel era un espadachín poderoso y, por primera vez desde su partida, adivinó por qué había sido enviado a la isla de Kyosho a buscar a un *ashigaru*.

Cuando salió del cultivo inundado, el campesino se postró en el barro. Sabía que, ahora, una vez oída la propuesta, sus posibilidades eran escasas, pero no pudo evitar intentarlo. Él había visto a los perros cimarrones disputarse los restos de los cadáveres tras la batalla. Había caminado por praderas tintas de sangre. Había librado luchas en las que hombres disciplinados se habían enfrentado siguiendo órdenes egoístas de poderosos. Había sentido que sus pies lo llevaban por los desfiladeros de los ocho infiernos. Y siempre había cumplido con su deber. Sin embargo, ahora veía la tierra bajo sus uñas, y quería que siguiera siendo así.

—Es un honor inconmensurable por el que me sentiré eternamente agradecido —repuso con el rostro en el suelo y el tono cargado de sumisión—. Soy indigno de una confianza semejante. Aunque, con toda humildad, os ruego que regreséis para pedir que el venerable me dispense de esta enorme recompensa…

Era un regalo envenenado, pero siguió hablando con enorme gratitud. Al venir hasta allí lo habían empujado hacia un callejón sin salida. La simple oferta implicaba que, a partir de ese momento, él sabía que una nueva rebelión por alcanzar el poder se estaba fraguando. Con la oferta que traían aquellos jinetes, venía también la amenaza de lo que sucedería si no aceptaba.

El jinete asintió, parlamentó en voz baja con sus compañeros y, ensayando una amplia sonrisa, le repuso al labriego:

—Hemos viajado desde Edo sin descanso…

Vio en los ojos de aquel *samurai* que no tendría opción. Incluso consideró usar el pequeño *bokken* de su hijo, podía vencerlos fácilmente. Pero sabía que no serviría de nada. Si aquella partida no regresaba, vendría otra.

No habría tiempo para explicaciones. Y aunque pudiera reclamarlas, el único capaz de dar una respuesta no lo reconocería. Una vez más su pasado perseguía a Saigo Hayabusa. Ya nada quedaba del clan Kikuchi. Los juramentos y las obligaciones se habían desvanecido en la bruma de los días de antaño. La última carta recibida desde el castillo de Sunpu había llegado casi cuatro años antes de que ella muriese. Y Saigo podía entenderlo, sabía bien que ella había dedicado enormes esfuerzos a la caridad, que había intentado redimirse. Pero aquellos *samurai*, o los que viniesen, no lo comprenderían. Como tampoco lo entendería su hijo. Ni siquiera su esposa conocía la historia completa.

A la carrera, llegó una mujer menuda de rostro delicado. Incluso asustada seguía siendo bonita. Había estado trabajando, sus mejillas encendidas parecían albaricoques maduros, y llevaba las mangas del modesto *kimono* atadas con una cinta de cuero que le cruzaba la espalda. Hizo una reverencia, habló de barrer la casa, poner leña en el hogar, arrimar vino de arroz al fuego y ofrecer hospitalidad, pero, tras mirar con preocupación a su esposo, se arrodilló junto al pequeño Hayato.

Y el *ashigaru* no podía permitirse ponerlos a ellos dos en riesgo. Si hubiera estado solo, no le hubiera importado; se habría negado. Se hubiera enfrentado a aquellos hombres y los habría vencido, o habría muerto, le daba igual. Sin embargo, su esposa y su hijo eran mucho más valiosos.

El pequeño rechazó la mano que su madre acercó disimuladamente. Estaba furioso, no entendía por qué su padre actuaba así.

—Mi padre era un cobarde, un indigno —dijo con verdadero desprecio—. Si sois hombres de bien, dejadme conseguir un sable y permitid que me abra las entrañas.

Estaban sentados junto a los rescoldos de un pequeño fuego que el bonzo había prendido con madera seca. Con esmero, lo había dispuesto para que el humo se difuminase gracias a la tupida copa de un árbol de la laca, uno en cuya corteza no habían visto incisiones para recoger la apreciada resina.

Habían caminado hacia el norte, dejando los restos humeantes del castillo de osaka a su espalda, viendo el amanecer levantarse sobre las montañas. Zongji los había guiado hasta las cercanías de la milenaria capilla de Kashima, por la que pasara años atrás en sus peregrinaciones.

Era un bosque cerrado en el que no les hubieran seguido la pista fácilmente. Y, para evitar a los romeros y monjes que podían ir en camino al antiquísimo templo, o a cualquier otro que estuviese viajando a Kyoto, se habían internado en la espesura hasta encontrar las pozas de un manantial de aguas claras que brotaban entre helechos y budas. Y, aunque la mañana era luminosa y clara, allí, bajo el follaje, la luz viraba a un difuso tono glauco.

—La lluvia solo es un problema si uno no quiere mojarse…

Dámaso se pasó la mano por el rostro, ese último refrán ya lo había oído, aunque

no recordaba cuándo. Se guardó la maldición que le hubiera espetado al bonzo y, haciendo acopio de paciencia, miró al joven. Tenía los mismos rasgos de su padre.

—Escuchad —empezó diciendo con tanto respeto como pudo—, vuestro…

—¡Un pusilánime! No cumplió con su deber cuando vinieron a buscarlo…

A Saigo Hayato incluso le pareció percibir cómo el olor acuoso del manantial lo transportaba hasta aquel arrozal, aquel mismo día en los comienzos de la primavera.

—Por favor, debéis…

—¡Era un cobarde! Un mísero e indigno *hombre de las olas*… Escapó del asedio a Fushimi —hablaba con ira desatada, alzando la voz, escupiendo—. ¡Un zorro sin honor! Aquellos valientes aguantaron once días de sitio, uno tras otro, y todos murieron, ¡todos!, cumpliendo con la tradición, haciendo lo que debían… ¡Pero él escapó! —elevaba el tono con cada sílaba, el color le cubría las mejillas y la violencia emanaba de cada poro de su cuerpo—. ¡Se fugó por algún agujero en el suelo! ¡Como una alimaña! No se atrevió a abrirse el vientre y a terminar con su vida. ¡Fue una deshonra! Vil y despreciable. Dejó caer sobre su nombre, ¡sobre toda la familia!, la mayor de las vergüenzas… Llevo años intentando tildar esa afrenta… No hay nada que escuchar, ¡nada! ¡Mi padre era un cobarde!

Tenía el rostro arrobado, resollaba. Exudaba un odio bilioso. Y Dámaso se sentía preso de la frustración.

—¡Es una deshonra llevar el nombre de su clan! ¡Dejadme esa ridícula espada para que pueda abrirme el vientre y morir con dignidad! ¡No voy a seguir su camino!

El fuego chisporroteó con escándalo. Se levantó un humo espeso y blanquecino. Cuando los dos hombres miraron, vieron que el bonzo se secaba en su hábito naranja después de haber usado la ambuesta de sus manos para echar agua del manantial a las brasas. Y había funcionado, la hoguera siseaba y había captado la atención de aquellos dos locos que se hablaban el uno al otro sin dejar que las palabras hicieran lo que debían.

—No, no es cierto —negó el monje budista con firmeza—. Saigo Hayabusa no era un cobarde —insistió con vehemencia.

La severidad de Zongji sorprendió al antiguo furriel y logró callar al joven, que parecía haber perdido el convencimiento ganado la noche anterior, frente al ímpetu del *nanbanjin*.

Dámaso no creía que el *ashigaru* le hubiera contado a Zongji su historia, pero el budista solía ser así de misterioso y, tanto si había escuchado el relato como si no, había visto lo suficiente como para saber que el joven Saigo se equivocaba. A fin de cuentas, estaba allí, lo había acompañado cruzando el paso de Aosta, se había embarcado con los neerlandeses, siempre con sus proverbios y sus comentarios indescifrables. Y nunca se había molestado en explicar qué movía sus acciones. Así que el antiguo furriel, no sin desconcierto, aprovechó aquel silencio asombrado.

—Está en lo cierto, lleva razón. Saigo Hayabusa no era el hombre que decís…

No resultaba fácil, habían pasado por demasiadas tribulaciones. Costaba plasmar tanto eligiendo solo unas pocas palabras en un idioma con el que ni siquiera se sentía a gusto.

—Mi nombre es Dámaso Hernández de Castro —dijo tras la pausa el furriel, sabiendo que, en aquella lengua, sus apellidos sonaban como un galimatías—. Llegué al Japón por primera vez con la embajada que envió el *gran general* de mi país. —Por un momento estuvo a punto de aclarar la media mentira, sin embargo, se lo pensó mejor y dejó correr los detalles, no merecía la pena perder el tiempo con aquello—. Pero eso no os atañe. Lo que debéis saber es que Saigo Hayabusa y yo compartimos camino. Lo conocí en el ligio de Sendai, cuando ambos intentábamos honrar nuestras obligaciones. Y allí me salvó la vida…

Aquello pareció confundir aún más al hijo del *ashigaru*, semejaba que el joven buscaba una réplica adecuada. Sin embargo, Dámaso no le dio tiempo.

—Y esa no fue la única vez —reconoció el alférez con tristeza, volviendo a espantar la irremisible culpa que sentía por lo que había sucedido en el camino a Écija—. Aunque ya habrá tiempo de contar esas historias…

Al bonzo no se le escapaba lo doloroso que estaba resultando aquel trance para el español; había vivido con ellos aquel relato que el *nanbanjin* no lograba desgranar. Por eso comprendió el silencio de *Damaso-san*.

—Saigo Hayabusa murió cumpliendo con su deber —continuó el alférez acariciándose inconscientemente el muslo; bajo la tela quedaba la larga cicatriz, aún sonrosada, que había dejado la *katana* de uno de los hombres de Yoshioka Seijuro—. Eso es lo que importa. Con honor… —Pensó en las palabras adecuadas en aquel idioma extraño—. Vuestro padre jamás abandonó la senda de la espada; jamás —mientras hablaba vio que sus palabras iban tallando la voluntad del joven—. Encontró su muerte con nobleza, con el decoro debido. Salvándome una vez más —reconoció con la voz tomada por la emoción del recuerdo—. Y vivió con honor, dignamente, incluso cuando todos creyeran que no era así —remarcó—. Hasta en los momentos en los que, a ojos de todo aquel a su alrededor, no era más que un mancillado *hombre de las olas.*.. Un cobarde. No puedo siquiera imaginar cuán solo pudo llegar a sentirse…

»Pero nunca abandonó el camino del acero. —Sin dejar de mirar al hijo del *ashigaru*, el alférez hurgó en el petate que cargaba—. Jamás. ¡No lo olvidéis!

Con aquella orden, Dámaso terminó lo poco que se veía capaz de explicar y le tendió a Saigo Hayato un fardo alargado que extrajo de entre sus bártulos.

En el interior de la tela basta, anudada por sus cuatro picos, estaba el *daisho* que el padre había portado. Las fundas lacadas de los dos sables, a juego, mostraban el paso del tiempo y los años de uso. Y el alférez tendió cada una de ellas como había

visto a los japoneses hacer, con la mayor devoción. Alzándolas sobre su cabeza inclinada.

El *samurai* contempló las armas lleno de admiración, comprendiendo al instante que eran dos piezas únicas. No se atrevió a tocarlas. Y Dámaso guardó silencio por un buen rato, no consideró necesario aclarar a quién pertenecían.

Unos dedos trémulos recogieron los filos bajo la mirada asombrada.

—Hay algo más —le dijo al cabo, después de que Zongji añadiese otro leño al fuego—. Una carta escrita por Torii Mototada…

Con los ojos transformados por el asombro, el hijo del *ashigaru* tomó de manos del contador el tramo de bambú que le ofrecían; aunque sus pupilas vibraban con suspicacia, aquel odio cerval parecía haberse apaciguado.

El rostro lampiño del joven Saigo se fue demudando a medida que leía. Zongji fingió no prestar atención mientras revolvía las brasas con la rama verde de un olmo. Dámaso, mirando el espejo de agua del manantial, intentó espantar sus más amargos recuerdos y refugiarse en Constanza.

Saigo Hayato llegó al final del escrito, observó largamente el sello del *daimyo* de Fushimi e, incrédulo, volvió a repasar cada símbolo. Al terminar por segunda vez, sus manos temblaban de emoción.

—¡Os pido perdón! —exclamó echándose a los pies de Dámaso—. Os ruego humildemente que indultéis mis errores. He sido un necio. —Tenía el rostro hundido en los hierbajos que brotaban junto a la fuente y cuanto decía sonaba sobrepasado por la pena, las lágrimas ahogaban las palabras—. No hay castigo que pueda servir de escarmiento. Tampoco existe modo de expresar mi arrepentimiento. Por favor, os ruego que me concedáis vuestro perdón.

Dámaso conocía lo suficiente del complicado idioma japonés para saber que se habían dirigido a él como si fuese el mismísimo *shogun*. No obstante, no eran las disculpas del japonés lo que buscaba.

—No soy yo quien debe absolveros…

Saigo Hayato se atrevió a alzar sus ojos llorosos y mirar hacia el rostro del *nanbanjin*. No alcanzaba a comprender. Acariciaba con las yemas la vaina de la katana, recordó las largas tardes en las que practicaba con el *bokken* junto al arrozal, mientras su padre atendía los campos.

La revelación de la verdad le llegó como una epifanía. Le sacudió el espinazo, transformando para siempre su vida.

Sin ponerse en pie, todavía con las rodillas en el suelo, el joven *samurai* alzó la espalda y compuso la postura más digna que pudo. Respiró hondo, se entretuvo en un largo parpadeo, intentó someter a las emociones que se le arremolinaban en el pecho. Todo había cambiado de pronto.

—Desde el día de hoy —dijo domando un tartamudeo—, dedicaré mi vida a

honrar la memoria de mi padre —terminó con tanta solemnidad como pudo.

Los puños se cerraron en torno a los sables, los ojos pardos mantuvieron el peso de la mirada del español.

Se parecía mucho a su amigo perdido. Tanto que dolía. Dámaso asintió, de vagar, satisfecho a la vez que melancólico. Zongji torció su labio deforme con una sonrisa y murmuró algo sobre el *karma*.

Aún quedaba mucho por hacer. Pero era un comienzo.

La tarde ya comenzaba. El sol recorría el firmamento trazando espirales verdes entre las hojas de los árboles. El manantial, tal y como llevaba haciendo durante milenios, seguía batiendo las rocas de su lecho, cambiando a cada instante, obviando el parlamento de los hombres. Con su repicar afanoso, un pájaro carpintero empezó a labrar el viejo tronco de un olmo desmochado para esconder sus tesoros.

Dámaso había desmigajado ya una buena parte de su historia para satisfacer la curiosidad de Hayato sobre la vida que había llevado su padre. Apartando los recuerdos más dolorosos, a empellones, a medida que la congoja le había ido dando permiso, el alférez le había hablado al *samurai* de aquella amistad templada en las forjas del honor; el ataque de los orangistas en Sendai, las largas sesiones de prácticas, las travesías de dos océanos, el camino a Écija y, sobre todo, más que ninguna otra cosa, los silencios. Aunque todavía le restaba explicar lo más complicado.

Y con su siguiente apreciación tuvo el pie que necesitaba.

—Pero, para hacerme llegar el escrito del señor Torii, no tendríais por qué haber abandonado a vuestra esposa y arriesgaros a viajar hasta aquí —dijo el joven Saigo tras haber escuchado atentamente—. Él podría haberlo traído —añadió refiriéndose a Zongji—, o uno de vuestros predicadores de la cruz…

—Es cierto —concedió el alférez—, podría haberlo hecho así —reconoció dejándole una opción al japonés para comprender por su cuenta.

—Entonces, ¿por qué habéis venido?

—Quien habla siembra, quien escucha cosecha —intervino el bonzo con su habitual suspense.

Los ojos de Hayato alternaron entre el monje y el *nanbanjin*.

El alférez no pudo sino darle la razón al budista; por una vez, aquellas eran palabras que sí venían a cuento. Pero ni el proverbio del monje, ni el silencio del alférez sirvieron para colmar el interés del hijo del *ashigaru*. Por lo que, después de considerar el modo de decirlo en la lengua del *samurai*, el furriel contestó.

—Se lo debía —reconoció con un tremor en la voz.

El joven *samurai* seguía sin comprender.

—Esa era mi obligación. Y he venido para zanjar lo que él empezó —declaró con solemnidad Dámaso tras una pausa en la que tomó aire—. Para acabar con el traidor

que causó la caída de Fushimi…

El crepitar del fuego se encargó de llenar el silencio que el español necesitó antes de rematar la historia. Se irguió y, aunque no tenía sed, fue a beber agua al arroyo.

—La rana en el fondo del charco nada sabe del gran océano…

Dámaso asintió con algo de desgana al tiempo que se secaba los bigotes con el anverso de la mano y, sentándose de nuevo frente al hijo de su amigo, terminó su relato.

Le habló al lampiño *bushi* de cómo el destino de muchos era acaparado en las manos de unos pocos poderosos; de aquella lucha de años en la que había perseguido a un culpable que no era tal y, reviviendo con aflicción aquella noche de tormenta sobre el Guadalquivir, le contó lo que el indeseable de Hortuño les había desvelado: el propio Tokugawa Ieyasu había enajenado a los suyos para alcanzar las más altas dignidades y, al hacerlo, había condenado a Saigo Hayabusa, preso por la obligación debida a la orden del *daimyo* de Fushimi.

Hayato se esforzaba por asimilar lo que acababa de escuchar.

Miró al bonzo esperando una confirmación. Y, cuando el monje asintió y las dudas se despejaron, el joven Saigo supo, con toda certeza, que el *nanbanjin* llevaba razón: había que poner fin a lo que su padre no había podido concluir. Ese era el modo de comenzar, el primer eslabón del juramento que había hecho poco antes.

—No va a ser fácil —apuntilló resuelto—, el heredero Toyotomi lo estuvo intentando durante años y fracasó una vez tras otra —reconoció poniendo en evidencia lo titánico de la tarea para tres hombres solos.

Y no mencionó que el vástago del *taiko*, su viuda y sus nietos estarían ya muertos. Como tampoco se molestó en recordar que habían escapado por los pelos de un castillo de osaka que era consumido por las llamas. Ahora que había comprendido lo que debía hacerse, aquellos asuntos no eran más que nimiedades.

Para el agrado de Dámaso, el hijo parecía tener las trazas de su padre.

—Puede; aunque eso no es del todo cierto —contradijo el alférez—. Toyotomi Hideyori no quería acabar con Tokugawa Ieyasu, lo que ansiaba era arrebatarle el poder, y esa es una gran diferencia.

La explicación no pareció bastarle al muchacho del *ashigaru*. En su rostro se veía que no lograba atisbar a qué se refería el *nanbanjin*. A lo lejos, se escuchó el silencio del pájaro carpintero cuando abandonó su percha en el olmo y cambió de asidero escogiendo la rama reseca de un pino.

—El heredero tenía que enfrentarse a mucho más que a un hombre, debía luchar contra toda una legión de señores feudales fieles al *gran general* —puntualizó el antiguo furriel—. Vivía bajo la sombra del pasado y, entre sus obligaciones, estaba la de vencer. Debía derrotar a Tokugawa Ieyasu para sobreponerse a las huellas de la batalla de Sekigahara —explicó acompañándose de amplios gestos con las manos—.

Toyotomi Hideyori quería gobernar el Japón… A nosotros nos basta con quitar una vida…

La brisa revolvió las hojas del árbol de la laca y Dámaso alzó los ojos para ver cómo las ramas se mecían; aquella mañana en el camino a Écija seguía estando muy presente en su ánimo. Una expectante sonrisa se colgó del labio del bonzo. El ave, afanosa, empezó de nuevo a labrar con su pico la vieja madera.

—Comprendo —reconoció el joven Saigo adoptando, sin saberlo, un gesto muy similar al de su padre; paseó su pulgar por la empuñadura de la *katana* recién ceñida a la cintura—. Sin embargo, eso tampoco significa que vaya a ser fácil…

Y tenía razón. Tras instaurar su propia dinastía, aunque oficialmente había adoptado el título de *general enclaustrado*, el *ogosho* seguía rodeado de escoltas. Además, era un guerrero en toda regla que había demostrado en incontables batallas su propia valía personal y, aunque ya superaba los setenta años, tenía una salud de hierro; por lo que se decía, apenas había sufrido en toda su vida algo más que un par de resfriados y un virulento ataque de carbunco.

—Estoy seguro de que no. Pero eso no va a detenernos —declaró Dámaso—. El deber está más allá de las dificultades…

Calló el alférez tras escucharse a sí mismo; percatándose una vez más de cómo la compañía de Saigo Hayabusa lo había transformado.

Algo más apegado a lo práctico, Zongji iba a apuntar que deberían empezar a preocuparse por encontrar qué comer y dónde pasar la noche; la tarde avanzaba. Acercarse hasta la capilla de Kashima a mendigar una escudilla de arroz podría resolver parte de sus problemas.

La hospitalidad de los monjes les brindó dos jornadas apacibles en aquel bellísimo santuario bajo la advocación de Takemikazuchi no mikoto. Rodeados de maderos cepillados que llevaban dos mil años en pie sosteniendo la grácil estructura de la ermita, nadie les hizo preguntas que no quisieran responder. Les brindaron cobijo desinteresado y, para gozo de Zongji, el budista se encontró allí con viejos amigos que le hablaron de tiempos pasados. Era un lugar idílico, dedicado a guardar la fe de los hombres; pero inmerso en bosques que no les permitían olvidar su insignificancia.

Y en el *dojo* del templo, el mismo que habían usado espadachines de renombre durante años para retarse a sí mismos en aquella solitud, Saigo Hayato desenfundó por primera vez los sables de su padre. Abrumado, recibió el inmemorial legado del acero, el que había marcado a su pueblo desde los tiempos en los que se había fundado aquel santo lugar. Y comprendió.

Sin embargo, aun pese a la tentación de aquella paz, todavía tenían mucho por hacer y, esperando que aires de calma hubieran soplado ya en osaka, abandonaron la capilla de Kashima y se dirigieron a la ciudad. Allí estaría el hombre al que buscaban,

el todopoderoso *ogosho* Tokugawa Ieyasu.

Descendían las laderas hacia el sur, siguiendo el cauce del riachuelo en el que ya se habían detenido. Y, mientras caminaban, Dámaso no podía abandonar sus preocupaciones, lo que se habían propuesto hacer lo mantendría alejado durante meses de Constanza. Y no se le escapaba que ese era el menor de sus males, tenían muchas más posibilidades de morir en el intento.

—¿Planeaban los Toyotomi algo que pudiera sernos útil?

La pregunta, dirigida al joven Saigo, destilaba esperanzas contenidas.

—Yo no era más que un oficial de baja categoría —respondió el *samurai*—, no tenía acceso a los grandes proyectos de los generales que rodeaban al heredero y a la dama Yodo…

»Después de la campaña de invierno, cuando se cegaron los fosos del castillo y pareció que podía llegar la paz, se abandonaron las luchas por unos meses y comenzaron a tramarse algunas traiciones —expuso el hijo del *ashigaru*, capaz de hablar con voz serena aun sin detenerse—. Yo recibí el encargo de vigilar al jefe de los cocineros…

El furriel alzó una ceja, pero calló como si abandonase la idea que le había venido.

—… Un hombre llamado Sara Magosuke —continuó el joven *bushi* al ver que el amigo de su padre no intervenía—. La viuda estaba convencida de que era un renegado dispuesto a envenenarlos… Y puede que tuviese razón, yo creo que fue él quien inició el fuego de la torre; estoy casi seguro de que incendió las cocinas durante el asedio de osaka. Iba a detenerlo cuando me apresaron, por eso estaba en la parte interior de la fortaleza —entonces, advirtiendo que se alejaba de la petición del *nanbanjin*, retomó su discurso inicial—. Y durante la breve tregua que siguió a las batallas del invierno, a fin de tentar las mismas suertes, se me ordenó viajar a Edo. Como contrapartida a las sospechas de la dama, mi deber era corromper a uno de los cocineros del propio Tokugawa Ieyasu; pero, antes de poder cumplir, recibí un despacho en el que se requería mi regreso. Por aquel entonces, la guarnición del castillo, siguiendo los deseos del impaciente heredero, había comenzado a vaciar los fosos de nuevo. Y se corrió el rumor de que los Toyotomi planeaban atacar Kyoto, con lo que nuevos *hombres de las olas* llegaron a osaka buscando que el clan los contratase. Era evidente que el supuesto armisticio había terminado y que pronto empezarían nuevas batallas… Así que tuve que abandonar mis cometidos y volver.

Caminaban acompañados por la escorrentía del regato. Zongji marcaba el rumbo tras su bastón de combate. Y el día se abría en una mañana luminosa que las tupidas forestas difuminaban.

El manantial se fue ensanchando rápidamente, hasta convertirse en un arroyo de aguas claras que saltaba entre pequeñas rocas redondeadas por la erosión. A su paso

asustaron a unas pocas ranas que se apresuraron a brincar para sumergirse. Las orillas iban separándose y las matas de arbustos ya no eran capaces de enlazar sus ramas desde una ribera a la otra. Y, en medio de sus cavilaciones, aquella estampa hizo presa fácil en la nostalgia de Dámaso, que evocó los paisajes de su Galicia natal, cruzada por innumerables ríos que discurrían enrevesados entre tortuosas montañas.

Y, mientras intentaba evadirse de aquella morriña, el alférez vio algo que le trajo recuerdos mucho más recientes. Se detuvo y miró con atención. Habían pasado años. Aquellas explicaciones en una lengua extraña no habían sido fáciles de interpretar. Había cierto parecido, pero no estaba seguro.

Zongji, que se había dado cuenta de que el español se detenía, se apoyó pacientemente en su inseparable vara. Saigo Hayato estuvo a punto de tropezar con la espalda del *nanbanjin*.

Sin importarle la mojadura, el furriel se echó al torrente y vadeó hasta auparse en la vera contraria. Bajo las miradas curiosas de sus compañeros, se acercó hasta una mata de tallos carnosos y grandes hojas; al tiempo, hacía un esfuerzo por rememorar aquel lugar tan semejante en el corazón de isla Luzón.

—¿Llegasteis a conocer a alguno de los cocineros de Tokugawa Ieyasu? —preguntó sin volverse, en tanto tocaba con suspicacia los brotes globosos del matojo.

Seguirle la pista a aquella desdichada mujeruca en las Filipinas no había sido más que una intuición; ahora, con el tiempo, era fácil pensar que aquel incidente podría haberle servido para saber que no debía haber confiado en Antonio de Morga. Sin embargo, en ese momento, las vilezas del oidor y las bellaquerías de Hortuño ya poco importaban.

—Sí, lo hice —respondió el joven con cierto orgullo.

El áspero y rudo aspecto de los tallos, las hojas acorazonadas. Era, sin duda, muy parecido. Pero el furriel no podía tener la certeza de que, aquello que le mostrara un arrugado indio ifugao no lejos de la laguna de Bay, creciese también en el Japón. El anciano nativo sí había recordado no solo algunas palabras sueltas del español que le habían enseñado los misioneros, sino también a la mujer que había acabado sus días de desesperación en el puerto de Cavite. Y, bajo sus negras pinturas, mientras se explicaba con más signos que frases, el vejancón le había hecho una demostración al español.

Reviviendo aquella mañana en las selvas de isla Luzón, Dámaso decidió que no tenía nada que perder, bastaba con probar.

Fue precavido, se desató la capa y la tendió entre la hierba. Y, como no olvidara todos los detalles, usó la vizcaína para escavar y hacerse con la oscura raíz bulbosa antes de echar la mata entera sobre la tela extendida, evitando tocarla en exceso con las manos. Estaba bastante seguro de que el ifugao había manipulado la planta sin preocupaciones, pero él no quiso correr más riesgos de los necesarios. En cualquier

caso, le faltaba poco para corroborar si estaba o no en lo cierto.

—¿Y creéis que podríais volver a entablar tratos con ese cocinero? —preguntó entonces mientras buscaba un canto del tamaño de su puño.

Biga. O algo parecido, ese era el nombre que le había dado el vejestorio.

—Supongo que sí, ¿por qué?

Dámaso había doblado la capa envolviendo la mata y, con la prenda hecha un gurruño, la apoyó en una piedra que despuntaba en el centro del cauce y que le serviría de yunque.

Era lento, causaba vómitos, diarreas, dolores y fiebres. Podía pensarse mucho antes en unas terciarias que en veneno. Por eso la había elegido aquella desdichada que, por error, había acabado matando a uno de los sirvientes de Antonio de Morga y no al indeseable oidor causante de la muerte de su hijo.

Los otros dos miraban con interés. Pero solo Zongji entendió; él ya había visto algo así en un recóndito lugar en las montañas chinas.

Dámaso empezó a golpear la capa embrollada con el canto que había cogido. Entre los pliegues de la tela se filtraba el agua que lavaba la peña elegida por el español para hacerle de bigornia en la que machacar la planta. Unos cuantos zurriagazos después, empezó a acumularse una espuma fina y blanquecina en las arrugas de la gastada lana.

Al poco, las panzas plateadas de pequeños *ayu* empezaron a asomar en la superficie del remanso que había aguas abajo. Entre ellos nadaba una ranita atolondrada que logró llegar a la orilla y subirse a unos guijarros, un instante después el animalillo empezó a convulsionarse y a patalear.

En silencio, los tres hombres la vieron agonizar hasta quedarse completamente inmóvil.

—No será fácil —reconoció Dámaso—. Ni siquiera sé si es mejor que la sequemos, que guardemos una infusión, o que preparemos una cocción, pero puede que ya tengamos algo…

Y no se equivocó.

En aquel momento Dámaso no podía saberlo, sin embargo, tardarían meses en tener una oportunidad. Aun así, el alférez sonrió. Gracias a aquella pobre viejuca atormentada que había intentado matar a Antonio de Morga, estaba más cerca de anudar por siempre los cabos sueltos.

En su regreso triunfal desde osaka, el *ogosho* Tokugawa, disfrutando de su victoria, hizo multitud de altos en el camino; en cualquier páramo prometedor donde pudiese soltar a sus halcones para cazar. Con justo merecimiento para toda su corte de aduladores, las presas fueron abundantes, y un buen número de faisanes y codornices lamentaron las buenas mañas en la cetrería del antiguo regente.

Tokugawa Ieyasu era un hombre de nervios templados y no lo demostraba, sin

embargo, se sentía exultante. Al fin, después de cuanto había quedado atrás, superados los enrejalados políticos, anuladas las conspiraciones por el poder, podía dejarse seducir por la idea de que había eliminado el último escollo; se había asegurado de que sus descendientes ocuparían el cargo de *shogun* por muchos años. De la dinastía Toyotomi no quedaban siquiera los pequeños nietos del *taiko*.

Aun así, aunque había extendido el dominio de su feudo a todo el archipiélago del *país de los dioses*, Tokugawa Ieyasu seguía siendo un hombre de costumbres sencillas. Vestía prendas de buena factura pero discretas y, casi como un campesino, pasaba buena parte de su tiempo al aire libre, ejercitándose con la espada, luchando cuerpo a cuerpo o dejando a sus rapaces volar. Llevaba toda su vida en una permanente campaña por el poder, moviéndose de un lado a otro, atacando o defendiendo, y los viejos hábitos habían arraigado. Como buen soldado, era capaz de conciliar el sueño bajo cualquier árbol del camino, incluso cuando el enemigo acechaba. Rechazaba la pompa y el boato de su dignidad y vivía con frugalidad, alejándose de la ciudad imperial de Kyoto salvo cuando la diplomacia era inevitable.

No obstante, aun pese a esas magras costumbres, tras su definitiva victoria en osaka, el antiguo regente se concedió un nostálgico capricho: recuperar el castillo y las tierras donde había madurado su juventud.

Oficialmente, el castillo de Sunpu, en la provincia de Suruga, donde Tokugawa Ieyasu había pasado sus mejores años, aquellos dechados de tiempos felices junto a sus dos hijos, aquellos que vivió antes de la muerte de su consorte más amada, se convertiría en el refugio del *shogun enclaustrado*. En aquella fortaleza habían quedado atrás días de paz y sosiego en brazos de la dama Saigo.

Y por eso el *ogosho* no siempre lograba desprenderse de la melancolía cuando estaba en aquel lugar. Esa tarde, sin embargo, mientras paseaba por los jardines del alcázar de Sunpu, satisfecho por la derrota de los Toyotomi, Tokugawa Ieyasu no revivía los amargos recuerdos que trajera la pérdida sufrida con la muerte de la dama Saigo. En lugar de nostalgia, al caminar entre los árboles podados con exquisitez, halló paz. Y pudo evocar con una sonrisa los sueños que había compartido con ella y que, ahora, se habían hecho realidad. Por ese motivo, cuando el lacayo se acercó, el antiguo regente se sentía de buen humor.

Tras la reverencia correspondiente y el silencio debido, el sirviente aguardó, hasta que el dignatario encontró el momento apropiado para hablar en primer lugar.

—Como presente —dijo el mandadero en tono contento, sabiendo que la noticia satisfaría a su señor—, el mercader Sukegoro ha enviado un balde con doradas capturadas en Nara.

Aquello arrancó un gruñido de satisfacción al severo Tokugawa. El tal Sukegoro era un comerciante ambicioso, llevaba tiempo esperando nuevos permisos para su negocio y tenía brillantes ideas para lograr trasladar los peces con vida. Incluso había

intentado aplicar las centenarias técnicas de acupuntura para que sus pescados, transportados en enormes cubas de agua marina, no se sofocasen antes de llegar a destino.

—Dorada entonces —respondió escuetamente el *ogosho*.

Y el doméstico ya se retiraba con la cabeza gacha cuando el antiguo regente se dejó llevar. Durante su pausado trayecto de regreso desde osaka se había encontrado con otro marchante, su viejo amigo Chaya Shirojiro, uno de esos hombres con un envidiable olfato para el oro que había sabido amasar fortunas a base de invertir sus caudales en multitud de negocios. El mercader Chaya le había hablado de un nuevo proyecto: tras probarlo en Kyoto, el marchante estaba pensando en importar las harinas de la mies de los *nanbanjin*.

Mientras le preguntaba respetuosamente al antiguo regente por el mercadeo de los barcos con el *sello rojo*, el comerciante le había explicado que, copiando una de las frituras de los extranjeros, se había extendido por la ciudad imperial el gusto por los pescados rebozados al modo de los forasteros. Y Chaya Suijuro, que había disfrutado de aquellas delicias, se había mostrado convencido de que aquel sería un buen negocio. Así que, con cierta curiosidad, Tokugawa Ieyasu le dio una orden a la espalda del lacayo.

—Que lo preparen al modo de las nuevas frituras de Kyoto.

* * *

Aquella misma noche, los galenos fueron llamados a los aposentos del *ogosho*. Y una retahíla de complacientes y bienintencionados médicos de todas las especialidades conocidas comenzaron a discutir sobre los posibles desequilibrios en los puntos de los grandes números, las relaciones de los cinco elementos, o la consistencia de los fluidos del antiguo regente.

En su conciliábulo, tras haber examinado al *ogosho* Tokugawa, los físicos exponían sus teorías en una de las salas anexas a las habitaciones del *shogun* retirado. En el corazón del castillo de Sunpu.

Hablaban entre susurros, todos sabían que las paredes podían tener oídos y, por el momento, más valía que la noticia no se extendiese.

En un costado de la alcoba, desatendido por los médicos, descansaba un tablero de *go*. Era una pieza única, legendaria a ojos de muchos, se trataba de aquel que el propio Tokugawa había usado para jugar con Toyotomi Hideyoshi cuando ambos habían querido contener la guerra en aquella superficie de madera. Con robustas patas biseladas que se iban apuntando hacia la base, era un mueble rotundo cuyos costados habían sido lacados en negro. Sobre ellos, el artesano había pintado escenas boscosas con brillantes dorados; enrevesadas ramas de pinos castigados por la intemperie se

cruzaban con delicadas flores de cerezo. Y junto al *go kang*, recogidos, pulcramente cerrados, reposaban los cuencos para los guijarros blancos y negros, ejércitos dispuestos a batirse en la cuadrícula del tablero cuando la mano del jugador estuviese lista. Estaban decorados con el emblema de las tres hojas de malva.

Momentos antes de caer enfermo, con el agradable regusto de las modernas frituras todavía en el paladar, Tokugawa Ieyasu había terminado la que sería su última partida.

* * *

En tanto los galenos discutían, en una de las torres que fortificaban el perímetro exterior de la fortaleza, dos guardias charlaban en voz baja descuidando sus deberes, la enfermedad de su señor era una interesante novedad sobre la que especular. Ni siquiera llegaron a saber que su intrascendente conversación les salvó la vida. Si hubieran ocupado sus puestos diligentemente, habrían tenido que morir. A sus espaldas, a través de un ventanuco, se veía el torso de un hombre que se afanaba en la trabajosa escalada.

Una figura se deslizaba sobre la mampostería de la fachada rodeando la esquina de la *yagura* que cerraba la barbacana del castillo. La torre y el muro compartían los bloques de piedra de los cimientos y los primeros pies de altura del paredón. Más arriba, la atalaya se alzaba con sus propias paredes pintadas de blanco. Y después de haberse escapado por la ventana del piso superior, la silueta tanteó con los pies hasta encontrar aquellos sillares de la base.

Cuando pudo acomodarse en la diminuta cornisa de granito, de apenas una pulgada, la hechura se tomó un instante. El torso se llenó de aire y, un momento después, se lanzó de cabeza al agua del pozo.

Cuando salió para respirar y comenzó a nadar, otras dos siluetas surgieron en la orilla opuesta. Una de ellas le brindó ayuda al del agua con una larga vara de *rattan*.

Aquel hombre tenía de holandés lo que él mismo de mulato. Pero, aun así, lo dejó seguir hablando.

William Adams estaba cansado de las rivalidades que parecían acompañar cada uno de sus días. Los jesuitas se peleaban con los dominicos y los franciscanos e intentaban usarlo a él, el único extranjero cercano al *bakufu*, como moneda de cambio. Al tiempo, los ingleses del asentamiento de Hirado desconfiaban de él, precisamente porque había llegado a ganarse la confianza de la dinastía de los *shogun* Tokugawa; por lo que le costaba enormes esfuerzos que le prestasen recursos para enviar naves hasta el puesto comercial de Bantam. Los portugueses, avariciosos, se aferraban a sus portulanos como furcias baratas a un florín y no ayudaban al gran proyecto mercantil que el piloto planeaba. Los locales lo trataban con dignidad y le

permitían hacerse una vida, pero no querían escucharle más de media docena de palabras sobre su gran sueño de montar una expedición que encontrase el *paso del noroeste*. Y, por último, los holandeses, que se habían comportado como matronas codiciosas, incluso se habían atrevido a atacar con una burda estratagema a los japoneses; le había costado años de diplomacia salvar el escollo que habían provocado, y aquellos condenados neerlandeses no lo habían escuchado, seguían empeñados en hacer grande su Vereenigde Oostindische Compagnie y en medrar a costa de los británicos, a los que traicionaban tan a menudo como podían.

Sin embargo, aun así, cuando le avisaron que un *nanbajin* pedía audiencia, la curiosidad fue mayor que la prudencia y Adams, al que los japoneses habían terminado llamando Miura Anjin, había aceptado recibirlo.

—Veamos, si no he entendido mal, queréis viajar en la próxima nave distinguida con el *sello rojo* que tenga por destino Dilao, ¿no es así?

En realidad, Adams no disponía de mucho tiempo, el *ogosho* Tokugawa había caído terriblemente enfermo y el piloto inglés planeaba un viaje a la provincia de Suruga para rendir adecuada pleitesía y obediencia en la residencia del antiguo regente. Tras todos sus años en el Japón, William Adams tenía muy presentes las rígidas formalidades que regulaban la vida del archipiélago.

El visitante asintió con rostro taciturno, como si no le fuera mucho en el asunto.

Le pareció más joven que él mismo. Pero era evidente que la vida lo había castigado con más de una desgracia. Había pequeñas arrugas que cuarteaban las comisuras de los párpados, entornados sobre ojos verdemar. Llevaba una barba castaña en la que había canas salpicadas y vestía al modo occidental, aunque sus ropas estaban muy maltrechas. Sostenía el sombrero a la cintura, entre manos con la piel tostada por el sol. Y hablaba el holandés con un deje impreciso que no pudo identificar, al fin y al cabo, tampoco era su lengua materna.

—¿Y por qué habría de buscaros un puesto en la tripulación?

El propio Adams tenía lugares en su pasado que prefería no visitar; podía perdonar a los hombres que huían de problemas añejos, pero no se arriesgaría si no veía ventajas.

—Porque os conviene…

El inglés, que había adoptado las costumbres japonesas y, además de abrigarse con un *kimono*, estaba arrodillado en un cojín sobre el suelo cubierto de *tatami*, echó la espalda atrás y miró con suspicacia.

—¿Ah, sí?

—*Watashi wa nihongo ga dekimasu*…

Aquello no lo hubiera esperado, y menos de alguien que, precisamente, acudía a él para marcharse.

—Y si habláis el idioma local —repuso el piloto regresando a la lengua de

Flandes—, ¿para qué necesitáis marchar?

—No lo necesito —contestó el visitante también en holandés—. Pero deseo encontrar un modo de ganarme el pan por estos pagos y sé que precisáis a alguien que os ayude con las naves del *sello rojo*. También estoy enterado de que los jesuitas intentan arrebataros la posición que ostentáis, aun pese a las protestas de los franciscanos. Y, lo más importante, también sé que los holandeses os traicionaron…

El inglés no cayó en la cuenta de que el solicitante no empleaba la primera persona al hablar de los orangistas; estaba demasiado ocupado pensando en cómo aquel extraño podía haber tenido noticia sobre la deslealtad de los neerlandeses. El *daimyo* Date Masamune y el propio Tokugawa Ieyasu habían echado tierra sobre aquel asunto.

—Y aunque todo lo que decís fuera cierto, ¿qué saco yo con daros una oportunidad en la flota del *sello rojo*? Son las naves del gobierno de los *grandes generales*, con las que se mantiene el único comercio exterior del archipiélago. Y todo pende de un hilo. Si tanto sabéis, también habréis oído que se rumorea la intención del propio Tokugawa Ieyasu de que el Japón cierre sus fronteras. Se dice que es una de las disposiciones de su testamento. Así que ¿por qué habría de apostar a una baza como la que ofrecéis?

Su interlocutor pareció meditar sobre lo que había escuchado. No se apresuró a convencerlo con argumentos banales; y eso le gustó a Adams.

—Además de hablar la lengua de los japoneses, también hablo el idioma de Castilla. Y conozco los entresijos de los despachos de los españoles. —A William Adams aquello le sonó a renegado de la guerra de Flandes, aunque había alguna otra posibilidad escasa—. Apenas conozco el país y sus costumbres —aquella moderación también agradó al piloto inglés, solo un necio se atrevería a pensar que entendía la vida del *país de los dioses*—, sin embargo, viví durante muchos meses en isla Luzón, en Manila; y he navegado desde el puerto de Cavite. En una ocasión siguiendo los derroteros de un piloto portugués…

Entonces, aquel sujeto reservado se tomó un momento para que sus palabras calasen. Parecía jugarse mucho en la empresa. Aunque, y el inglés debía reconocerlo, si tan solo una parte de lo que decía era cierto, sus conocimientos podían, en efecto, mostrarse impagables.

—Puedo seros de mucha utilidad…

William Adams, como había hecho durante toda su vida, se estaba dejando llevar por su instinto de viejo lobo de mar. Aquel tipo podía, efectivamente, resultarle de provecho. Por muy oscuro que fuera su pasado.

—¿Y cómo os llamáis?

A aquellas alturas no hacía falta seguir con los embustes. El inglés ya se habría barruntado una buena parte de la verdad. Y su nombre acabaría de explicar el resto.

—Dámaso Hernández de Castro.

A Cristóbal Cano hacía ya muchos años que nadie se atrevía a llamarlo *el Descubridor*. Bien pudiera ser que quedase algún cabeza hueca que osase chistarlo por lo bajo después de un carraspeo mientras paseaba por los pasillos del Real Alcázar, donde todo se intuía, pero a sabiendas de que le iba en ello la libertad. Pues aquel apodo que se había traído el nuevo teniente de alguaciles de Madrid desde su destino en las Filipinas, y nadie lo ignoraba, hacía que el susodicho se pusiera como un toro con rejón clavado en el cerviguillo, que por faltar, no le faltaban ni las ancas, porque Cristóbal Cano tenía el cuello de una res brava y las espaldas como la Puerta de Toledo.

Y es que al teniente de alguaciles Cristóbal Cano le había costado Dios y ayuda auparse hasta aquel puesto en la capital. Después de mucho sufrir, de haber sido destinado al otro extremo del mundo, había logrado medrar. Partiendo del barro de los campos de Flandes hasta mandar el fuerte de Santiago en Manila y, desde las Indias Orientales, aun a pesar de ser un hombre honrado, hasta ese nuevo cargo desde el que impartía justicia en la ciudad de la corte. Por lo que, en salvaguarda de una carrera de duras y honestas labores, Cristóbal Cano no pensaba consentir ni el más mínimo atisbo de burla o rebeldía.

Había llegado a Madrid para encontrarla convulsa y suspicaz, dándole vueltas a los rumores de corrupción y cuestionando hasta las mismas entretelas de palacio. Pocos años antes, al morir la reina Margarita por los dolores del parto, uno de los allegados del duque de Lerma había sido acusado de asesinar a la monarca empleando la brujería; y el asunto se había tapado enviando al subalterno del privado a velar por la tregua que se firmara con los herejes neerlandeses. Pero no era tanto aquel asunto el que le quitaba el sueño, sino que al valido del rey ya le habían saltado al rostro otros escándalos similares y, si los temores del teniente de alguaciles se confirmaban, por fiar, Cristóbal Cano no se podía siquiera fiar de su superior, el corregidor de la ciudad. Buena parte de lo que se trataba en la corte hedía y él no estaba dispuesto a consentirlo, por mucha que fuera la polvareda que se levantase.

Aun así, no se podía decir que Cristóbal Cano echase de menos el recalcitrante bochorno de Manila. El clima atemperado de la capital, con sus inviernos fríos, le iba mucho más en el agrado. De ahí que, como no llegaba a añorar su antiguo puesto en el fuerte Santiago, no se hubiera apresurado en abrir aquel envío, un paquete que le llegara desde las Filipinas en los últimos correos traídos, después de arribados los galeones de las Indias a la majestuosa Sevilla.

Al menos, para su consuelo, habían dejado de recibirse las continuas y pendencieras misivas del señor de Accioli, quien, hasta pocos meses antes, no había cejado en su empeño de, bajo amenazas de todo tipo, seguir exigiendo reparaciones y explicaciones sobre una historia de la que nada sabía Cristóbal Cano, pero sobre la

que toda Madrid seguía chismorreando. Aun así, tenía muchos frentes a los que atender.

Y esa tarde, después de que le dieran noticia de las rondas y de que, inusualmente, se encontrase libre de otra ocupación de más enjundia que requiriese su atención, con el consuelo de no tener que responderle al noble siciliano una vez más, el teniente Cano se sentó a su mesa. Y con un suspiro que sonó casi a reniego cortó los bramantes que ceñían el paquete llegado de las Filipinas.

Venían una resma de papel bien doblada y dos libracos encuadernados en piel, con tapas hebilladas en las que se distinguían cosidas de fuerte cordaje.

Cristóbal Cano no era hombre letrado ni un leguleyo con querencia por las tintas, así que no tenía especial ansia por leer de corrido, de modo que, antes de pelearse con la carta, abrió uno de los tomos y le echó un vistazo. Lo hojeó un buen rato con creciente curiosidad, pasando el dedo de una línea a la siguiente, caminando con una yema callosa por letras menudas de astas pequeñas, ojales raquíticos y ligaduras emborronadas por manchurrones de tinta. Fue viendo asientos en los que se reflejaban censos, juros y pagas en reales, e incluso en ducados; a favor y en contra. La mayoría con titulillos que llevaban nombres propios. Era una larguísima ristra de cuentas asociadas a cualquiera de las provincias que a uno se le ocurriera nombrar, incluso allende los océanos, pues había menciones a lugares como Potosí, San Pablo de Loanda, Ormuz o San Juan.

Entre aquellas ciudades, todas bajo la corona de su majestad el rey Felipe el Tercero, le llamó la atención la abundancia de referencias a un lugar que conocía bien: Manila.

Sin embargo, no fueron las villas que regía desde la corte el monarca de Castilla y Aragón, sino las personas que cuadraban en aquellos asientos. Entre algunas referencias que no acertaba, había gentes de mucho redaño que eran bien conocidas en las escaleras de la *torre dorada* y en los pasillos del Palacio Real. No faltaban apellidos de gentilhombres y grandes de la nobleza. Era todo aquello un asunto que se le salía del balde a cualquiera que intentara contenerlo. Y empezó a sudarle la frente al teniente de alguaciles.

Con interés creciente y mayor desasosiego, Cristóbal tomó el pliego manuscrito entre sus grandes manos de gruesos dedos, carraspeó y se dispuso a huronear entre todas aquellas líneas de tinta herrumbrosa.

Su rostro fue cambiando a medida que pasaba de un renglón al siguiente. Había en aquel envío mucho más de lo que hubiera podido imaginar.

Por un instante, abandonó la carta y volvió a hojear aquellos libros, como si quisiera comprobar que cuanto acababa de leer trabajosamente en el legajo tenía razón de ser. Retomó la resma y, en cuanto llegó a la firma, por la que pasó con prisas, volvió a empezar.

Al terminar por segunda vez, Cristóbal Cano se retrepó en el asiento abandonado el papelajo en su mesa. Exhaló aire muy lentamente y maldijo por lo bajo.

No le ponía rostro al nombre que rubricaba el envío, aun cuando el autor mencionaba que se habían cruzado en el fuerte de Santiago; creía recordar a un alférez gallego que se había plantado en Manila lleno de ilusiones por hacer carrera. Sin embargo, aunque se esforzaba por hacerlo, tenía mayores apuros para idear qué haría con cuanto tenía sobre su escritorio, si es que todo era cierto.

Debería ir con tiento. Aunque ya empezaba a ventearse lo que podría conseguir.

Tras la muerte de la reina Margarita, nadie había en el palacio con ganas de hacer públicas sus ansias de seguir la cruzada que había emprendido la gobernante contra el privado del reino; pero Cristóbal Cano imaginaba que no le resultaría fácil volver a encender aquel fuego si encontraba aliados en la vieja camarilla de la monarca. Por ahí tendría que comenzar.

Con aquella información, si sabía manejarla, podrían caer de sus glorias y prebendas nombres tan importantes como el mismísimo privado del rey, el duque de Lerma. Y Cristóbal Cano, honrado hasta la médula, estaría encantado de servir a la justicia las cabezas de aquellos indeseables.

El maestro, tras haber mostrado su asombro por que un joven lampiño portase dos sables forjados por el mismo Osafune, había accedido de mala gana a entrevistarlo. Así que, en los soportales que rodeaban el *dojo*, sentado entre algunos de los pupilos de la escuela, el bonzo observaba la escena con una de aquellas curiosas sonrisas suyas tan enrevesadas.

A ojos del *sensei*, y de muchos allí, el nombre del aspirante tenía demasiadas connotaciones, Zongji podía verlo en los rostros contrariados. Uno de los alumnos incluso se atrevió a hacer bromas de mal gusto, y al bravucón lo siguieron otros que llegaron a mencionar lo sucedido en Fushimi. Cuchicheaban excitados, destilando la soberbia de la adolescencia, esperando ver cómo su tutor rechazaba a aquel descastado que no parecía otra cosa que un mísero *hombre de las olas*. Pero el monje se limitó a observar.

Bajo la luz del caluroso mediodía de la isla de Kyosho, en aquel lugar de Satsuma, entre los maderos del patio de armas de la prestigiosa *Jigen ryo*, con la frente en el suelo y el orgullo vapuleado esperando a ser restaurado, el joven esperaba el dictamen del *sensei*.

—Es una desfachatez.

El bonzo, cargado de sus razones, aguardaba con menos impaciencia que el candidato, satisfecho porque imaginaba lo que sucedería.

—No comprendo cómo se ha atrevido…

—Después de lo que hizo su padre. Estoy seguro de que también es un mísero cobarde —apuntilló el que parecía tener la lengua suelta para mofarse.

El joven empezó a hablarle al maestro, pero sus palabras no llegaban hasta la veranda donde estaban acomodados los pupilos del liceo.

—No hay más que ver esas ropas andrajosas. Seguro que es uno de los huidos del castillo de osaka.

Aquellos hirientes comentarios le impidieron al bonzo seguir guardando silencio:

—El halcón talentoso es aquel que esconde sus garras…

Todos los discípulos conocían el proverbio, pero aquel escueto discurso no borró los semblantes risueños. No comprendieron al viejo monje que necesitaba bastón para ayudarse a caminar.

Y Zongji podía tener edad para perdonar la inconsciencia de la juventud, pero aún le faltaban años para obviar la impertinencia.

La vara de *rattan* se alzó como una centella y se estampó en la frente del que había hecho la primera burla. Al momento se envalentonaron, pero el budista les habló sin darles tiempo a reaccionar.

—Recorrí las grandes tierras del oeste, peregriné por todas las islas del *país de los dioses*. Incluso viajé hasta las costas de los *bárbaros del sur*; y regresé. —En aquel recinto no se hubieran atrevido a empezar una pelea sin permiso del maestro, pero el odio rezumaba en los ojos del que se restañaba la sangre de sus narices rotas—. Y hubo un día en el que perdí mi fe… para volver a hallarla muchos años después. Sin embargo, llegué a pensar que no encontraría a hombre alguno que mereciese la pena. Y cuando ya había decidido que mi búsqueda era en balde, a falta de uno, me topé con dos… —En la pausa que dejó caer sobre el grupo, el bonzo miró hacia el interior del atrio en el que Saigo Hayato pedía ser aceptado en la escuela—. Él es hijo de uno de ellos…

—Pero es el hijo de un…

El monje miró con displicencia al que se había atrevido a hablar.

—Sí, es cierto —concedió señalando con su vara al lugar donde el *sensei* escuchaba la historia que desgranaba el joven aspirante.

Y los alumnos, al girar sus rostros hacia el corazón del *dojo*, vieron el repentino cambio en la expresión de su maestro cuando aquel que no aparentaba ser más que un despreciable *ronin* pareció callar.

Entonces el aspirante le ofreció una carta al anciano. Y antes de terminar la lectura de aquel mensaje, el *sensei*, para asombro de todos, se arrodilló ante el joven para dispensarle una reverencia formal.

—Por eso ha venido hasta aquí —concluyó Zongji volviendo a sonreír—. Para seguir el camino de su legado. Para que nadie olvide que su padre fue un *hombre de las olas*…

De haber tenido uno a mano, Gaspar de Silva, más que fumárselo, se hubiera comido a bocados uno de aquellos gruesos cigarros que, con tanto mimo, había

atesorado el tonelero Sancho del Aljarafe.

El veterano, rabioso, paseaba arriba y abajo sachando con los tacones la fina arena de la playa. Y, de tanto en tanto, echaba miradas de reojo a la casa a medio construir. Pero no se atrevía a entrar, porque sabía bien que, si Pacheca lo veía siquiera acercarse, lo echaría a gritos.

La pequeña cala le quedaba escasa al viejo soldado. Tenía apenas doscientos pasos de ancho, concedidos por un albero blanco bien protegido de los vientos. Estaba rodeada por exuberantes bosques de guayabas y cidros que daban naranjas y limas de todas las formas y tamaños. La cala tenía buen acceso por una laguna de aguas claras que, al capricho del sol, se volvían de un intenso azul punteado por los corales y, al costado de tierra firme, la isla la cerraba con oteros llenos de vegetación. Allí el océano templaba el ambiente; las lluvias del monzón no se convertían en temporales y, durante buena parte del año, el sol brillaba sobre un cielo de azul pulido del que las nubes escapaban; además, hasta aquel rincón idílico no llegaban los bochornos de Manila.

Como tampoco lo hacía el largo brazo de la corona. Por eso habían elegido aquel lugar.

Desde las Azores a Zanzíbar, del Milanesado hasta el puerto del Callao; más de la mitad del mundo conocido vivía bajo el estandarte de la cruz de San Andrés, al capricho de los gentilhombres de la corte, que jugaban a su conveniencia con los destinos de quienes poblaban aquellos dominios, sobre los que se creían con derecho de hacer y desfacer a su antojo. Y él los había guiado hasta allí, a aquel escondido pedazo de paraíso, para dejar atrás por siempre cuanto habían tenido que sufrir; donde nunca más volverían a ser peones en los tableros políticos de los poderosos; donde vivirían alejados del corrupto gobierno de indeseables codiciosos; donde serían libres.

En todo el tiempo que ya habían pasado allí, el único sobresalto habían sido los dolores del parto, que habían empezado ese día, muy de mañana.

Ahora la tarde ya decaía y el ocaso se acicalaba enseñoreando los verdes de la selva y los azules de aquellas aguas plácidas, pero a Gaspar, más que una jornada, le había parecido una eternidad. Y empezaba a estar preocupado. Claro que, como Pacheca le había recordado en más de una ocasión con sus gritos, qué sabía él de las labores por las que debía pasar una mujer para dar a luz.

Él se había levantado para arreglárselas con unos tablones que todavía tenía que aserrar y cepillar para terminar el suelo de lo que, en algún momento, serían sus aposentos y los de la dueña. Sin embargo, lo habían ahuyentado con cajas destempladas en cuanto la pequeña, Pacheca estaba convencida de que sería una niña, tan linda como la madre, había dado señales de querer venir al mundo.

Había mucho más por hacer. Tenían un pequeño corral con unos cuantos cabritos

y un cachazudo carabao de grandes cuernos que habían conseguido para que tirase del arado. Unas tierras de labor en las que, si terciaba, en algún momento intentarían sacar adelante algodón. Los bosques en los que conseguían tamarindos, piñas y multitud de frutos; y donde Gaspar se las apañaba para ligar algunos pájaros de tanto en tanto, como en los viejos tiempos. También disponían un huerto del que pensaban poder proveerse en los años venideros. Siempre y cuando todo terminase encajando tal y como habían previsto. Algo que aún estaba por verse.

El veterano andaba rumiando las posibilidades cuando llegó hasta el árbol de anona que marcaba los confines de la playa. Dio la vuelta de cara al mar, la brisa levantó el flequillo cano. Y entonces lo vio.

Con la única vela de la falúa arriada, un remero se esforzaba contra la suave rompiente de las olas para llegar hasta la cala. Braceaba para saludar con evidente contento.

Los ojos de Gaspar ya no eran los de antaño. El viejo soldado levantó el sombrero tejido con hojas de nipa y se frotó los ojos.

—¡Por todos los demonios!

Volvió a mirar para cerciorarse. El batel se acercaba y el hombre había dejado de hacer señas para esforzarse en las bogadas. A sus espaldas, en aquel día claro, se adivinaba el borrón conformado por las siluetas de otras islas menores.

—¡Ese condenado loco!

Salió corriendo hacia el remedo de casa y entró como una tromba, tirando una de las toscas sillas y volcando la mesa que habían dispuesto en el zaguán que estaba levantando a la entrada. Dio vueltas entre las tablas y las herramientas, tropezó con un cubilete de clavos y maldijo hasta en holandés. Y poco le faltó para escaldarse con el cubo de agua hirviendo que intentaba llevar Ruy.

—¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto! —le gritó al galopín sin detenerse.

Llegó hasta el extremo donde irían los dormitorios y abrió la puerta con el mismo impulso de la carrera. Y como Gaspar seguía teniendo más de soldado que de carpintero, la hoja se le cayó a los pies con estruendo logrando que ambas mujeres lo mirasen

Pacheca, arrodillada, se frotaba las manos con un paño blanco. Constanza, en el lecho, tenía el rostro congestionado por la labor.

—¡Fuera!

La dueña podía tener peores pulgas que un sargento bien curtido con el pellejo cosido a base de tiros de arcabuz. Pero aun así Gaspar hizo ademán de hablar.

—¡He dicho que fuera! ¿Qué es lo que no habéis comprendido?

Llegó una nueva contracción que sacudió a la parturienta.

—¡No molestéis! Os avisaré cuando nazca —le dijo al veterano con rotundidad mientras volvía el rostro de nuevo hacia la futura madre—. ¡Marchaos! Y decidle al

muchacho que se apure con el agua, ya falta muy poco…

Gaspar todavía dudó un momento más. Luego se dio cuenta de que no merecía la pena insistir y, obediente, salió.

Se cruzó con el galopín, pero no le dio el recado de Pacheca, llevaba prisa por salir. Volvió a tropezar con el cubilete de clavos y no le quedó otra que mentarle una vez más los muertos al condenado trasto. Tardó tanto que, cuando llegó de nuevo a la arena, la pequeña embarcación estaba a poco más de veinte pasos.

Ya se distinguía la sonrisa que le retorcía la barba. El remero volvía a saludar moviendo efusivamente un brazo. Se le veía feliz. Todo debía de haber salido bien, incluso aquel asunto de los navíos con el *sello rojo*. Puede que incluso lo de aquel capitán del fuerte de Manila por el que habían preguntado al llegar a las Filipinas.

Gaspar se sacó el sombrero y devolvió el saludo.

—Ese condenado muchacho… ¿Quién lo hubiera creído? Lo consiguió, ¡lo consiguió!

Como casi cada día, al llegar la tarde, abandonó el polvo de la calzada y se dispuso a trabajar. Aún tenía mucho por hacer.

Ya no portaba los sables. Le bastaban sus manos, unos cuantos aperos y su tesón.

Después de tantos años, tras tantos esfuerzos, aquel alcornoque retorcido, castigado por las sequías y el viento, entretejía al fin sus ramas con la gracilidad debida, con el espíritu de un árbol elegido entre los cuidados arriates de un castillo bajo el mando de un *daimyo* prestigioso. Y él no era un maestro jardinero, sin embargo, poco a poco había logrado encontrar el modo de sentirse satisfecho con su labor. Solo necesitaba paciencia. Sabía que restaban innumerables estaciones para lograr la perfección en aquellas quebradas líneas dibujadas por la gruesa corteza, pero al contemplarlo en ese instante, ahora que su dedicación empezaba a rendir frutos, creyó percibir cuanto había sentido aquel hombre al que tanto admiraba.

Rodeó el tronco y se dispuso a arrancar las malas hierbas con infinita paciencia. Luego retocaría las cuerdas que había tensado para modelar una de las ramas y, si tenía tiempo antes de que el ocaso lo obligase a regresar, rastrillaría las brozas que los vientos de los últimos días habían arrancado.

Se agachó sobre la grama cortada, sin pudor alguno por comportarse como un campesino, eso mismo hacía en la pequeña alquería en la que se había quedado a vivir. Y ya no pensaba en sí mismo como en un *samurai*. Observó los tallos y descubrió el brote de un cardo testarudo. Tiró de él, lo echó en el morral que le colgaba al hombro y siguió buscando. Sin prisa.

Para la *hora del perro* su bolsa estaba a medio llenar de jóvenes aulagas espinosas y otros rastrojos. Tenía los dedos sucios de tierra, le dolía la espalda. Y no le importaba, porque sabía que merecía la pena.

Se tomó un descanso y bebió agua de un odre que había dejado a la sombra del

alcornoque. Miró el horizonte con melancolía, dejó que sus ojos resbalasen por el camino a Écija.

Y, como casi cada día, revivió de nuevo la batalla que había presenciado en aquel mismo lugar que ahora cuidaba con tanto esmero.

Llevaba tiempo ahorrando de los escasos ingresos que obtenía al vender sus cosechas en los abastos de Sevilla y, quizá, en unos meses podría pagarle a un cantero *nanbanjin* para que tallase los símbolos adecuados en la lengua del *país de los dioses*. Podía ser que, si continuaba esforzándose, en un futuro incierto en manos del *karma*, aquella encrucijada se convirtiese en un santuario digno.

A Yoshioka Seijuro le gustaba imaginar que sería posible. Que vendrían tardes en las que llegarían hasta allí peregrinos para conocer la asombrosa historia. Porque envuelto en aquel mismo polvo había comprendido cuánto se había equivocado; no era el acero quien tasaba el valor de los hombres, sino la voluntad. Porque merecía ser recordado. Con honor.

El viento sacudió la copa del alcornoque y las hojas parecieron susurrarle. La tarde se apagaba con melancolía entre las notas que la brisa tocaba en los árboles. Un halcón apareció en la lontananza para patrullar los cielos.

Y el que había sido un *samurai* siguió con sus humildes labores. Recordando con congoja cómo, para vivir por siempre en la memoria de los hombres, allí había muerto Saigo Hayabusa. El *ronin*.

FIN

CUADERNO DE NOTAS DEL AUTOR

Escribir una novela reflejando un pedazo de la historia de los hombres es, en cierto modo, una transgresión; se carece de los conocimientos o la capacidad, pero no se puede evitar hacerlo porque los personajes cobran vida y comienzan a caminar junto al escritor, a susurrarle. En este caso, además, había que solventar los entresijos de la compleja cultura nipona; y este cuento se sirve también de la navegación, la estrategia naval, la metalurgia, la esgrima, la cetrería, las artes marciales, y muchas otras disciplinas. Por todo ello, debo hacer hincapié en que lo escrito se ha elaborado con gran humildad, con la mejor de las intenciones y con toda la pasión posible, y ruego sinceramente me disculpen si he cometido algún error.

Antes de mencionar cualquier otro asunto debo expresar mi agradecimiento a los historiadores, estudiosos, bibliotecarios, etcétera; a todos los hombres de cultura cuyos trabajos me han permitido documentarme. Como Turnbull, Fernández Duro, Sadler, Williams, Parker, Barrios, Francisco Rodríguez, Sola, Bouza, Barrionuevo de Peralta y tantos otros, todos ellos se han convertido en mis acreedores. Incluyendo a Javier Villalba, a quien ya considero mucho más que un simple colaborador. Sin olvidar a novelistas como Endo o Yoshikawa, cuyas narraciones me llevaron al Japón medieval; o a sus predecesores, Mushashi, Yamamoto o Yozan, auténticos samuráis que nos legaron sus pensamientos a través de increíbles escritos; o a sus herederos, como Mishima, cuyas letras conservan el espíritu del acero. Y recordando a mis apreciados Esperanza Redondo, Teo Palacios, Sonia Maestro y Antonio Fernández Maira, quienes leyeron el manuscrito para salir victoriosos de esa sufrida lucha contra las inevitables erratas. A todos ellos, muchas gracias.

Por último, antes de desgranar algunos de los secretos del relato, siento la obligación de aclarar que este cuaderno es solo una pequeña parte de los muchos recovecos que esconde la historia (una selección entre la ingente cantidad de anotaciones que cubrieron las páginas del cuaderno con tapas de hule que siempre me acompaña). Tanto es así que hubo de corregirse en numerosas ocasiones para abreviarlo, pues amenazaba con convertirse en una obra en sí misma. Sin embargo, espero que esta selección colme las expectativas de la mayoría de los lectores.

Sobre el relato...

Hay una idea inspiradora escondida tras el texto; existe un determinado estilo en el modelado de los árboles cultivados en maceta, en los bonsáis, el denominado *fukinagashi*. Podría traducirse como *azotado por el viento*, y está inspirado en aquellos árboles que, sitos en lugares como acantilados, sobreviven a pesar de los vendavales, inclinados, a punto de despeñarse, prácticamente arrancados de raíz. Como el propio Saigo Hayabusa…

Las correlaciones temporales de los hechos plasmados en la novela resultaron un desafío. Los tiempos y pautas de aquellos años de principios del siglo XVII se vivían a un ritmo bien distinto; un correo podía tardar un año en llegar de Madrid a Manila, más si la flota encontraba problemas, y mucho más si las presiones de los mercaderes cancelaban la travesía para evitar que hubiera exceso de género en las Indias (no fuera a ser que se depreciase). Lo que no se contradice con el desarrollo de la narración, pero que sí obligó a centrar el argumento en las acciones principales, desechando una parte importante de las vidas de los personajes.

Respecto a los dos grandes viajes presentados en la novela (la expedición española y la embajada japonesa llegada a Europa), cabe decir que la narración no se ajusta en todo momento a hechos históricos. En parte porque se pretendió mostrar en el relato los incidentes relacionados con el hundimiento del San Diego y la crucial batalla de Sekigahara.

Básicamente, en las postrimerías del siglo XVI hubo varias expediciones que partieron de las Filipinas hacia el Japón, sin embargo, en la novela se idealiza una de ellas para incluir elementos de varias. Aun así, se ha sido consecuente con el bagaje histórico y muchos puntos son coincidentes, como determinados personajes y lugares (siendo próximos a la de Pedro Burguillos y a las complicaciones diplomáticas que desencadenó la tragedia del galeón Espíritu Santo).

De forma somera se desgranan a continuación algunos puntos de esos días en la historia de los hombres en las Indias. En el año 1609, el galeón español San Francisco naufragó en la costa japonesa no lejos de la actual Tokio mientras navegaba desde Manila a Acapulco. Algo más tarde, por influencia del religioso Luis Sotelo (llegado anteriormente de las Filipinas), que andaba de misionero cerca de la que se convertiría en capital japonesa, parte de los supervivientes consiguieron regresar a lo que hoy conocemos como México. Se sirvieron para la travesía de vuelta de un barco construido bajo las instrucciones del inglés William Adams y portaban dos cartas firmadas por los líderes Tokugawa dirigidas al duque de Lerma (se encuentran hoy conservadas en el Archivo General de Indias). Desde España se demoró la respuesta a estas cartas, y se dejó pasar así la oportunidad de iniciar unas relaciones comerciales fructíferas con Japón. Y, mientras los Tokugawa esperaban una respuesta a esas cartas, desde Nueva España, con auspicio del virrey y porfía del franciscano, considerando lo averiguado tras la zozobra del San Francisco, se envió una embajada

española al Japón a cargo del explorador Sebastián Vizcaíno. Sin embargo, a pesar de las buenas intenciones, el embajador resultó un hombre de escasas maneras que desagradó a los japoneses; además, empecinado en continuar su misión hacia las conocidas como Islas del Oro y la Plata, abandonó el archipiélago de malos modos. Hasta que lo obligaron a regresar las malas condiciones meteorológicas con graves daños; ante lo cual el hijo de Tokugawa Ieyasu (por entonces ya sogún) accedió a construir una nave que los devolviese a la entonces Nueva España; viaje que se consolidó en la misión diplomática nipona que se muestra resumida en la novela (hecho cierto fue que los japoneses embarcados atacaron a Vizcaíno en México). De modo que, en la novela, para evitar una temprana mención a los ingleses, sortear la sucesión de naufragios y sintetizar los distintos viajes dentro de un marco temporal que incluyese el desastre del San Diego, se simplificaron los hechos.

En cuanto a la embajada japonesa existen diversas teorías (algunas incluso enfrentadas), cabe decir que es muy probable que, de hecho (como se muestra en el relato), no fuera más que una maniobra política de los Tokugawa (que ya tenían en mente cerrar el país). Hay quien aventura que el envío de la misión diplomática fue, de hecho, un caso de espionaje (como podría desprenderse del resultado de la misma y el posterior martirio del franciscano Luis Sotelo en 1624). Además, esta embajada conocida como Keicho (por el momento histórico) había sido precedida unas décadas antes por la llamada embajada Tensho (aunque se trata de una denominación errónea, pues esta, ideada por el jesuita Alessandro Valignano, no fue enviada para cumplir funciones diplomáticas entre poderes soberanos), la cual tuvo una repercusión mucho menor y no recaló en Sevilla.

Al hilo de lo anterior cabe mencionar que el fraile franciscano Luis Sotelo había sido condenado a muerte por el sogún dado su interés en predicar en la antigua Edo, y que Date Masamune le consiguió el indulto porque el fraile sabía de medicina y había salvado a una de las mujeres del daimio (aunque también es probable que, simplemente, lo quisiera con vida para que le sirviera de intérprete).

Sobre las personas y los lugares...

El asedio al castillo de Fushimi, tal y como se relata, es solo cierto en parte. No tanto porque se quisiera eludir la verdad, o por el hecho de haber incluido el personaje del *ronin* (que no existió), sino porque ha sido imposible reunir suficientes datos. De hecho, la fortaleza de estas páginas fue derruida hace mucho (se erigió tras la segunda guerra mundial una desafortunada réplica en hormigón que más tarde sería demolida). Ahora bien, Torii Mototada realmente contuvo el sitio durante once días y su *seppuku* es uno de los más renombrados de la historia japonesa. Además, escribió

una maravillosa y sentida carta a su hijo poco antes de morir, un texto que es una verdadera lección sobre la lealtad y el honor. A colación, cabe mencionar que, efectivamente, hubo un traidor en el alcázar, un samurái que prendió fuego a la torre del este después de que Ishida Mitsurani amenazase con crucificar a toda su familia si no le era desleal a Torii Mototada.

La gran mayoría de los datos mostrados en la novela sobre don Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma, se han obtenido de los trabajos de especialistas (en concreto, la principal fuente ha sido el completísimo libro de Patrick Williams). Aunque usando ciertas licencias con las que construir la trama. Son ciertos elementos como las rivalidades con el condestable de Castilla o el marqués de San Germán, la sustitución de la camarera mayor, la designación de personas afines para los cargos de importancia, la animadversión mutua que parecía compartir con la antigua emperatriz (recluida en las Descalzas Reales); pero no todo lo que se refleja lo es, por ejemplo, la conspiración en torno al galeón San Diego.

El verdadero Lapu-Lapu fue un caudillo filipino al que se le atribuye haber vencido al propio Magallanes en la batalla de Mactán. En este sentido, para evitar que el texto resultase demasiado complejo, no se describen todas las etnias filipinas como bisayos, cebuanos, ilocanos o bicoles; del mismo modo en que las frases incluidas se han tomado prestadas del tagalo (más familiar y reconocible).

En cuanto a las localizaciones cabe aclarar que, salvo ciertas excepciones, casi todas japonesas (los topónimos nipones llegan en ocasiones a ser un trabalenguas y algunos de los lugares mencionados en la novela cambiaron de nombre precisamente en esos años, de ahí la simplificación), aparecen por su grafía y referencia de la época. Así, se escribe en la novela Maluco por las islas Molucas, o Calés por Calais, Cevada por Cebada, o Nueva España en lugar de México. Las Islas de los Ladrones corresponden a la actual Kiribati. Y del mismo modo se habla de Ciudad de los Reyes y no de Acapulco (cuya peyorativa descripción, basada en la crónica de Carreri, no se ajusta al maravilloso paraíso en el que se ha convertido esta preciosa zona turística donde todavía puede visitarse la fortaleza de San Diego). Caso curioso es el de Puerto de la Hambre (suena extraño, pero así aparece en los escritos de la época), que recibió ese nombre porque los colonos que se instalaron en esa población del estrecho de Magallanes terminaron pereciendo por falta de recursos. Brasil sí sería un nombre apropiado para la época, aunque empezó conociéndose como Terra da Vera Cruz y luego Santa Cruz, pero, finalmente, la importante exportación de palo brasil le cambió el topónimo.

Los hermanos Buratines, famosos funámbulos, existieron de verdad, y debió de ser cierto que, al menos en una ocasión, actuaron ante el Real Alcázar en la Villa y Corte de Madrid por los tiempos de Felipe III.

En cuanto al Real Alcázar y otros detalles del urbanismo madrileño de principios

del siglo XVII, crecía tanto la villa en esos tiempos y las referencias son tan complejas en su interpretación para ser acomodadas a fechas concretas que, aun con buena intención, se ha podido escapar alguna incoherencia. Como curiosidad, resulta interesante que la actual catedral de la Almudena ocupa el lugar que dio cobijo a las caballerizas y la armería.

Es cierto que Olivier van Noort abandonó bajo cargos de deserción a Jacob Claasz en las inhóspitas tierras del sur del continente americano, y también lo es que no se volvió a saber de él; pero su viaje a Madrid y su pequeña aportación a las conspiraciones de Hortuño es ficción.

Peter Paul Rubens, el increíble y dotado pintor entre cuyas obras se incluye un impresionante retrato ecuestre del duque de Lerma, fue, tal y como se menciona, embajador del duque de Mantua para la España de Felipe III. Y es cierto que sus actividades, además de diplomáticas y pictóricas, rondaron en más de una ocasión el espionaje de las altas esferas.

Se tomó la decisión de no narrar explícitamente la batalla de Sekigahara y sus antecedentes (como los asedios de otsu o Ueda) porque, sin restarles un ápice de relevancia, se llegó a la conclusión de que solo servirían para entorpecer el desarrollo argumentativo de los relatos principales (entiéndase aquellos sobre Saigo y Dámaso). Sin embargo, amén de recomendar la visita al monumento o a las instalaciones que a día de hoy reciben al apasionado por la historia en el famoso campo de batalla, también merece la pena animar al lector a acercarse a obras como el fantástico trabajo de Bryant.

Los galopines del Real Alcázar en Madrid sí protagonizaron la curiosa historia que se menciona en la novela y robaron parte de los cortinones del palacio para satisfacer una falta en sus haberes.

Su majestad la reina Margarita de Austria y Estiria, segunda esposa de Felipe III, no era más que una chiquilla al comienzo del relato de estas páginas, de hecho, tendría alrededor de dieciséis años, y Constanza (que es un personaje ficticio) no llegaría a la veintena. No se ha insistido en el asunto para no desvirtuar las decisiones y actuaciones de la reina acorde a los baremos presentes. En cualquier caso, joven o no, por lo que parece, fue una mujer muy resuelta que sobrellevó los pesares de sus obligaciones con buen juicio.

Aunque en la primera referencia que se hace en el texto al daimio Date Masamune se asume que perdió su ojo por culpa de la viruela, no es una convención asumida por todos los estudiosos. Y aunque la novela lo elude para no ahondar más en el complejo entramado político, es cierto que la embajada nipona portaba cartas redactadas por Date Masamune que iban dirigidas al rey Felipe III y al papa Paulo V. En ellas se solicita el envío de misioneros y el establecimiento de relaciones comerciales con su feudo (esto último solamente en las dos primeras).

En cuanto al personaje ficticio de Crisóstomo Fernandis (contrapunto jesuita para mostrar la rivalidad entre las órdenes religiosas), está inspirado parcialmente en el misionero portugués Luís Fróis, que pasó gran parte de su vida en Japón y fue hombre de confianza del mismísimo Oda Nobunaga (tanto es así que el relato del ataque a los bonzos del monte Hiei que aparece es una adaptación del que dejó el propio Luís Fróis).

Es cierto que al magistrado Ishida Mitsurani le ofrecieron nísperos que rechazó (al menos así lo aceptan muchos estudiosos). Además, tras la terrible ejecución, su cabeza desapareció sin que se volviese a saber sobre el destino de aquellos despojos. Un gesto sobre el que los historiadores no parecen ponerse de acuerdo y que, por tanto, servía a los propósitos de la narración. Aunque es interesante mencionar que este método de escarnio público era habitual, si bien las implicaciones políticas y estratégicas que en la historia se asocian a Tokugawa Ieyasu son, y debe quedar claro, una interpretación de la que se ha servido el argumento para encauzarse.

Según parece, sí que se considera un hecho cierto el que san Francisco Javier, en el curso de sus misiones de prédica en el archipiélago, regaló a un daimio de Kyosho, Ouchi Yoshitaka, un reloj de paradero desconocido. Y es verdad que el reloj occidental más antiguo que existe en Japón lo poseía Tokugawa Ieyasu, y se encuentra hoy día en el santuario Toshogu en Shizuoka (fue fabricado en Madrid en 1581 por un maestro relojero belga). Ieyasu lo recibió del rey de España en 1601 por salvar la vida de náufragos españoles. En 2012 un especialista inglés del Museo Británico atestiguó la maestría de este reloj que conserva la mayoría de las piezas originales. En ninguna otra parte del mundo existe otro tan antiguo y de tal calidad. Y sobre su diseño se basarían los artesanos locales para construir versiones propias adaptadas a su peculiar sistema horario.

La infanta Ana, la hija de Felipe III que aparece nombrada en varias ocasiones a lo largo del texto, no es otra que Ana de Austria, reina de Francia a través de sus esponsales con Luis XIII de Francia. Desafortunadamente, no fue un matrimonio feliz y la pareja vivió prácticamente separada hasta la muerte del rey. El jefe del Consejo de Ministros del rey, el conocido cardenal Richelieu, dudaba de la lealtad de Ana hacia Francia debido a su origen español. La acusó de conspirar contra el rey, pero nunca pudo demostrar su culpabilidad. Cuando el monarca falleció, Ana asumió la regencia de su hijo de cinco años, el rey Luis XIV, y de un modo no tan distinto al que había visto en la corte de su infancia, confió el gobierno a un valido, Giulio Mazarino. Por cierto, la reina Ana de Francia inspiraría el personaje de la archiconocida novela de Alejandro Dumas, *Los tres mosqueteros*.

Hasekura Rokuemon Tsunenaga existió. Y debió de ser, como se muestra en la narración, un hombre atribulado, llevado por las circunstancias. Poco se sabe de su juventud, exceptuando el hecho de que fue un samurái veterano de las invasiones a

Corea lideradas por el *taiko* Toyotomi Hideyoshi. Y que encabezó la misión diplomática enviada a España y al Vaticano (siguiendo los detalles mencionados en la narración). Desde Sevilla continuó a Madrid y Barcelona (fue bautizado en España como Felipe Francisco de Fachicura), y allí se embarcaría para recorrer el Mediterráneo rumbo a Italia, haciendo escala en el sur de Francia para, finalmente, recorrer la costa italiana hasta Roma. Consiguió regresar después de que su misión fuera ignorada por los dignatarios de la hegemónica Europa y atravesó de nuevo el actual México en 1619 (aunque en la novela el regreso de Dámaso a Oriente se plantea a través de las campañas holandesas por razones argumentativas). Y aunque la embajada de Hasekura fue recibida cordialmente, se produjo en una época en la que en Japón se estaba reprimiendo el cristianismo, razón por la cual el que entonces era el monarca más poderoso del mundo, el rey Felipe III de España, se negó a sellar los supuestos acuerdos comerciales que buscaban los japoneses. Hasekura Tsunenaga conseguiría regresar a su patria en 1620 y, según parece, murió un año después (de una enfermedad indeterminada) tras haber completado una expedición pionera que no logró grandes resultados para un Japón cada vez más aislacionista. La siguiente misión diplomática oficial de los nipones a Europa no se produciría hasta dos siglos y medio después, en 1862.

Rodrigo Calderón fue secretario del duque de Lerma, y uno de los personajes reales que inspiraron al ficticio Hortuño de Andrade. Procedía de una familia de mercaderes de Valladolid que había sido ennoblecida por Carlos I de España. Debió de ser un hombre altivo, ambicioso y sin escrúpulos que se convirtió en merecedor de la máxima confianza del valido, lo que le consiguió nombramientos y títulos. Y fue especialmente odiado por los enemigos del duque de Lerma. Además, como se deja ver en la narración, entre otros, Juan de Santa María, fraile franciscano, y Mariana de San José, priora de La Encarnación, trabajaron con la reina Margarita en contra de Calderón y del propio valido. Finalmente, cuando la reina Margarita murió durante un parto en octubre de 1611, Calderón fue acusado de haber utilizado brujería contra ella. Lo que pudo no ser cierto, aunque no parece que se alberguen dudas en sus participaciones en muchas otras maquinaciones y asesinatos (tal y como se intuye en el texto en el papel de Hortuño). Cuando el duque de Lerma fue conducido hasta la Corte en 1618 (por las acusaciones de su propio hijo, el duque de Uceda, y del confesor del rey, el dominico Aliaga), Calderón fue utilizado como chivo expiatorio para calmar las voces del pueblo. Fue arrestado el 7 de enero de 1621 y fue salvajemente torturado para conseguir que confesase los cargos que contra él pesaban. Confesó algunas de sus actividades delictivas, pero rechazó firmemente las acusaciones de asesinato y brujería. Murió degollado en la plaza Mayor de Madrid el 21 de octubre de 1621.

En aquellos días, el corregidor de Madrid se llamaba Antonio Martínez y no,

como se muestra en el texto, Diego Martínez. El cambio de nombre se tuvo en cuenta para evitar que, junto con De Morga, la repetición del antroponímico pudiese confundir al lector. Ahora bien, dejando a un lado el nombre, por lo que concuerdan los estudiosos es muy posible que el corregidor (de hecho, los corregidores en los sucesivos años) tuviera mucho que ver con los negocios sucios de la camarilla cercana al duque de Lerma.

Del castillo de Toba, al que se le daban los sobrenombres de *castillo flotante* o *castillo de los dos colores*, a día de hoy, solo se pueden visitar los restos de sus cimientos.

La historia y la leyenda se entremezclan de manera fascinante en todo lo que rodea al monasterio al que hoy hacemos referencia como Shaolin y estas páginas no eran el marco adecuado para extenderse en explicaciones prolijas. Sin embargo, merece la pena aclarar que la historia de Zongji, el personaje de la novela, es más que plausible en los albores del siglo XVII. Eran los tiempos de la dinastía Ming, la amenaza Manchú empezaba a convertirse en un problema, la gran muralla se reforzó y el monasterio daba refugio a quien lo solicitaba sin preocuparse en exceso por su pasado. Hubo monjes que incluso contradecían las enseñanzas budistas dándose a la bebida, comiendo carne y asesinando.

Es cierto que, no mucho antes de morir, la antigua emperatriz doña María organizó una recepción real para rogarle a Felipe III que abandonase aquel plan de trasladar la capital desde Madrid a Valladolid. Y también lo es que, aun pese a sus sanas intenciones de coartar la corrupción que intuía en la corte, no lo consiguió.

El concepto actual sobre el Vaticano o, más bien, del Estado de la Ciudad del Vaticano es relativamente moderno, se fijó a través de los llamados Pactos de Beltrán en el año 1929. Hasta entonces y dejando a un lado el período napoleónico, la referencia más apropiada es la usada en el texto: Estados Pontificios. Merece la pena apuntar que, en los tiempos de esta narración, llegaron a abarcar la práctica totalidad de la zona central de la actual Italia.

Dedicar un buen número de páginas a Sevilla fue un auténtico placer. Además de otras menciones, cabe indicar que, como se cuenta, la Sevilla del siglo XVII era cruzada no solo por el Guadalquivir, sino también por el Tagarete, un arroyo que terminaría desapareciendo con el desarrollo urbano.

Y aunque no fue su localización original (que había sido el convento franciscano de San Pablo) se sabe que, para los tiempos de la novela, la sede de la Santa Inquisición en Sevilla se había trasladado al castillo de Triana.

Parte de las descripciones y detalles del alcázar de San Jorge (como las del convento de las Descalzas Reales de Madrid) han sido simplificadas a propósito a fin de no hacer farragosa la lectura. Para más detalles (incluyendo la inscripción del zaguán de la entrada) es recomendable revisar la obra de Ortiz de Zúñiga. Además de

la visita al actual Museo del Castillo, que es, sin duda alguna, merecedora de toda atención.

El nombre de Tomás de Sabba para el torvo personaje gitano que aparece en la novela no es una elección caprichosa. Parece ser que hubo un caudillo egipciano de ese nombre al que se le concedió, en el siglo XV, un salvoconducto para peregrinar a Compostela. Por cierto, para evitar que el nombre se repitiese, se cambió el antropónimo de otro personaje; el japonés hijo de uno de los mártires de Nagasaki, el que en la novela recibe el nombre de Vicente, existió, pero su nombre cristiano era Tomás. En este mismo sentido, se optó por referirse a Luis Sotelo como fray Sotelo (en lugar de fray Luis), para evitar concordancias con otros personajes históricos del mismo nombre, como el virrey de Nueva España. Y, continuando con las referencias onomásticas, no se puede excluir de esta relación una particularidad: el apellido Japón, tan común en Sevilla y alrededores.

Aunque, como en casi cualquier otro asunto histórico, hay distintas opiniones, algunas incluso contrapuestas, la versión más extendida para explicar esta particularidad tiene que ver con los expedicionarios de la embajada del Date Maru que, tal y como se menciona en la novela, decidieron quedarse a vivir en Coria del Río. Dejando a un lado las motivaciones de estos inmigrantes, se acepta que sus complicados apellidos resultaron con el tiempo de difícil asimilación para los locales, lo que conllevó a aunarlos todos con la única denominación de «Japón». Algunos expertos abogan por que fue una decisión oficial y otros por que fue una simple transición natural propia del habla. Sea como fuere, el origen parece indudable: la expedición llegada del *país del sol naciente*.

Se ha evitado profundizar en la relación del marino William Adams con la construcción del barco que llevaría a los españoles hasta Nueva España, pues hubiera acercado demasiado la presente narración a la estupenda novela *Shogun* de James Clavell, fantástica lectura ante la que no puede haber otra reacción que los más efusivos parabienes. Ahora bien, aun así, se ha procurado ser fiel a la realidad histórica en ciertos aspectos y se ha hecho mención al naufragio del Liefde (el barco de William Adams), en el que llegaron los holandeses que intentaron establecer los primeros contactos comerciales con el Japón.

El cocinero traidor de los Toyotomi existió realmente. O eso aceptan una buena parte de los estudiosos. Lo que no parece estar tan claro es que fuera el responsable del incendio de la torre del homenaje del castillo de osaka.

Oficialmente, la muerte de Tokugawa Ieyasu suele atribuirse a un cáncer de estómago (aunque no hay consenso). Pero es verdad que el desencadenante de la fase final de su supuesta enfermedad fue una copiosa comida de dorada frita en aceite de sésamo a la nueva manera que, más tarde, sería conocida como *tempura*. Un plato que le recomendó el mercader Chaya Shiojiro en Kioto.

Sobre la mar...

Contar el hundimiento del San Diego supuso un auténtico reto. Según la fuente, el número de naves holandesas variaba, la reacción de los españoles era distinta, la interpretación de las maniobras diferente. Es cierto que el galeón se hundió (de hecho, tras ser recuperadas de los fondos filipinos, se pueden visitar parte de las piezas y tesoros que cargaba en el Museo Naval de Madrid). Sin embargo, poco más se podía dar por sentado (quede claro que las crónicas no hacen referencia alguna a los tiburones, sin embargo, trescientos años después se produjo, no muy lejos, el terrible ataque que sufrieron los hombres del zozobrado USS Indianápolis). Y merece la pena mencionar que los holandeses siguieron empecinados durante años en conquistar Manila (a mediados de ese siglo tuvo lugar la conocida como Batalla del Puerto de Cavite, cuando una docena de naves holandesas sitiaron la ciudad).

En el relato se alude a menudo a la intensa humareda de la pólvora, y es que en aquellos tiempos la pólvora negra de artillería producía, de hecho, un espesísimo humo negro de intenso hedor que impedía ver las propias manos. Muy distinto a los fulminantes y detonantes modernos.

Con dispensa de los químicos, la orina reducida (bien sea porque se ha dejado evaporando a la intemperie o bien porque se ha calentado) termina resultando un líquido que tiene bastante semejanza con el amoníaco y que no era infrecuente en las naos. Como también se usaba para la curación de heridas o el tratamiento de la piel (muchas cremas del presente siguen teniendo compuestos a base de urea).

El conocido como tornaviaje, la ruta descubierta por Andrés de Urdaneta para regresar desde las Indias Orientales a Nueva España, aparece solo descrito de manera somera, pero es rigurosamente cierto que era una travesía que requería mucho más tiempo y esfuerzo que la opuesta, y también lo es el hecho de que dependía de la que hoy se conoce como *corriente de Kuro Shivo*, de algo más de cincuenta millas de ancho, poco más de doscientas brazas de profundidad y, tal y como se menciona en el texto, de un color mucho más oscuro que las aguas que la rodean.

El que el piloto Vasco de Novaes parezca al cargo del patache puede resultar extraño, no obstante, en aquellos tiempos era frecuente que el capitán no tuviera idea de navegación o de cualquier otro asunto de mar. En ocasiones eran cargos con mera naturaleza administrativa.

Sobre las lenguas...

Respecto al léxico de la novela habría que escribir un concienzudo ensayo para el

que estas páginas no suponen el foro adecuado. Sin embargo, resulta de recibo incluir unas cuantas notas.

Con el más humilde de los deseos se han usado algunos vocablos transliterados del japonés para permitir que el lector saborease el Japón medieval (y aquí debo recalcar una vez más mi profundo agradecimiento a Javier Villalba por su estupendo trabajo y su inestimable paciencia). Para logarlo, se escogieron algunos vocablos en japonés que aparecen romanizados (convertidos a una grafía occidental) acorde al método Hepburn modificado (el utilizado por Koh Masuda en su *Kenkyosha's New Japanese English Dictionary*). En la actualidad es el sistema más extendido, empleado tanto por la mayoría de los investigadores internacionales (incluyendo los españoles) como por los propios japoneses. Y, con las mismas intenciones, se utilizó una única forma tanto para el singular como para el plural, tal y como sucede en el propio idioma del *país de los dioses*.

En este ámbito, es curioso mencionar que en el diccionario de la Real Academia de la Lengua aparecen palabras como samurái, sogún o daimio; no obstante, se mantuvo la grafía que parte de la directa transliteración. Pero no únicamente por conservar la referida cercanía a la cultura nipona, sino porque, además, su significado en japonés es mucho más complejo y profundo que el mostrado en las definiciones del diccionario.

En concreto, respecto al término *samurai* cabe otra puntualización. En el texto lo he intercalado con otra acepción: *bushi* (aunque este término se acepte más bien en el sentido genérico de guerrero). Y que me disculpen los filólogos, pero una novela acepta muy difícilmente disquisiciones lingüísticas. Además, es muy difícil acercar términos entre dos idiomas tan distintos como el japonés y el castellano; las traducciones son siempre pobres, pero creo que esa alternancia permite captar la esencia del japonés (aunque originalmente, según muchos expertos, *samurai* debería entenderse como servidor).

Como acotación, puede añadirse que se corrigieron referencias explícitas al conocido como *bushido* (corriente moral que fraguaría en un código con el que se define y analiza la figura del *samurai*) porque esta verdadera ética no se formalizó hasta un tiempo después de los días de este relato.

En cuanto al sable japonés, habría mucho que aclarar. En primer lugar, el uso en castellano del término *sable* es, sin duda, el más acertado, pues es un arma de hoja curva destinada al corte preciso, sin embargo (dejando a un lado disquisiciones sobre armas más antiguas como las larguísimas *tachi*), se ha usado *katana* por ser reconocible para el lector, pero quizá algún experto hubiese preferido el uso del vocablo *nihonto*; respecto al sable más corto del par (*daisho*), la transliteración más habitual es la de *wakizashi*. Por último, y algo mucho más desconocido, es la habitual inclusión de un pequeño cuchillo de diario, que podríamos denominar *kozuka* o *kogai*

y que solía alojarse en la vaina de la *katana*. A estas tres piezas se añadiría la daga o *tanto*. En cuanto a su uso, después de muchas consultas, se asumió (aunque hay opiniones contrarias) que el *samurai* podía llevar distintas combinaciones, incluso las tres hojas a la vez, pues a pesar de que hubo hace tiempo una convención respecto al uso de *wakizashi* a diario y el del *tanto* con armadura, hay varias pinturas que parecen contradecir este arreglo.

Al equiparar las fanegas de arroz con la expresión japonesa *kokú*, no se está haciendo una traducción del todo correcta (pero es la acepción más habitual). El *kokú* ha variado a lo largo de la historia en cuanto a su masa exacta, pero, básicamente, se podría definir como la cantidad de arroz necesario para mantener a una persona durante un año, lo que rondaría los ciento ochenta kilogramos.

El uso del vocablo *gaijin* en el texto es, de hecho, una simplificación. El idioma japonés es extremadamente complejo, las acepciones para hacer referencia a los extranjeros son muchas y, según parece, en aquellos días los japoneses usaron diferentes términos como, por ejemplo, *nanbanjin* (bárbaros del sur) y también *komojin* (gentes de pelo rojo), que son los usados en la narración. No obstante, debe entenderse que no es del todo preciso.

En este entorno, debo también expresar mi profundo agradecimiento a Tikara Otomo y a su recomendada (quien, como buena japonesa, se siente humildemente obligada al anonimato y a la falta de reconocimiento por su inestimable trabajo). Solo su inapreciable ayuda hizo posible la traducción de las oraciones que aparecen en la novela transliteradas de un japonés adecuado al momento de la narración. Aquí, cabe hacer un alto para explicar que, aun cuando es habitual que en las series y novelas contemporáneas inspiradas en el Japón medieval se usen expresiones como *Iie, Hai* o *Sayonaraba* para la negación, afirmación y despedida, lo cierto es que, al parecer, no serían del todo correctas para la época (de ahí que en el texto se use, por ejemplo, *Ina*). La verdad es que los filólogos siguen estudiando en el presente el lenguaje de los samuráis de aquellos tiempos tan complejos.

Por otro lado, en el caso de los nombres propios japoneses, toda la onomástica de la novela conserva la costumbre nipona de anteponer el apellido al nombre, al contrario que la occidental. Y para que el texto fuera, desde el comienzo, más afable con el lector occidental se optó por emplear el apelativo familiar para referirse al sujeto (japonés) de la acción en la mayoría de las oraciones (lo que, por cierto, resultaba también bastante usual en el Occidente en el siglo XVI).

Otro tema a la vez relacionado con las lenguas que aparecen en la novela es el del propio castellano. Quizá hubiera debido escribirse, por ejemplo, Philipe o Philipinas (tal y como aparece en las crónicas de Miguel de Loarca), sin embargo, se tomó la decisión de usar un castellano moderno salpicado de trato mayestático y algún que otro arcaísmo para hacer el texto mucho más fluido y, por tanto, más entretenido

(algo similar al habla japonesa, que mantiene líneas similares para no resultar dispar). Pero es evidente que es solo una trampa que tiende el escritor moderno.

Las sencillas alusiones a la criptografía medieval nipona se han simplificado expresamente para evitar que la lectura se volviese tediosa. Se trataba de reflejar, dentro de un contexto argumentativo lógico, uno más de los característicos comportamientos militares y estratégicos de los nobles japoneses durante el convulso período que abarca la narración. Ahora bien, es cierto que, aparentemente, se usaba el cifrado basado en lo que en Occidente es conocido como *cuadrado de Polibio* (de ahí la comparativa en el texto con la inscripción en el tablero de *go*, pues esta representación matricial es la más habitual para, sin ayuda de ordenadores, trabajar con este código), un sistema considerado muy pobre en la actualidad (no resiste el análisis de frecuencias), pero que fue usado en casi todo el mundo durante siglos, incluso con orígenes distintos que llevaron a modelos similares. Es verdad que el llamado poema *iroha* contiene una única vez todos los signos del silabario *kana*. Y que, por eso mismo, se enseñaba y usaba para aprenderlos. Y es una suposición compartida por muchos historiadores que segmentos de los poemas formales *waka* servían como textos de referencia para componer la clave de los mensajes cifrados. En este aspecto, y aunque la información que obtiene Saigo Hayabusa del mensaje es coherente con una realidad plausible, no se han incluido en la narración los textos (ni el original ni el cifrado) porque no tendrían sentido alguno para el lector sin conocimientos del idioma japonés. Por último, cabe explicar que la simplificación hecha en la novela apenas entra en detalles, pero este método de cifrado es, de hecho, un tanto más complejo, pues en la representación matricial de un cuadrado de Polibio de siete filas y siete columnas el alfabeto Iraho no cubriría los cuarenta y nueve espacios. Por tanto, además del poema usado como clave, sería necesario saber qué espacio o espacios estarían en blanco, pues, de lo contrario, no se podría hacer una equivalencia bivalente entre el texto original y el codificado.

Respecto a la referencia de Hortuño al nombre de Tokugawa en las cartas de Antonio de Morga, se ha hecho reflejo de dos defectos que los escritos de la época tenían en común. En primer lugar, una transliteración muy particular y, por supuesto, entendible de los nombres japoneses y, en segundo, la habitual inclusión del honorífico japonés *sama* o *san* como parte del antropónimo (así figuran algunos daimios en textos de la época; Toyotomi Hideyoshi aparece como *Taicosama* en varios documentos oficiales en castellano).

Sobre el maravilloso Japón...

Los hombres *shinobi* son los conocidos hoy en día como *ninja* (una nomenclatura

de más fácil pronunciación que se hizo popular mucho después, tras la segunda guerra mundial). Según parece, existen desde tiempos inmemoriales en el Japón y es cierto que participaron en el asedio de Fushimi. Además, sus ropajes eran azul oscuro, y no negro, como se suelen representar (esta equivocación podría tener que ver con el teatro de marionetas, en donde el color negro se asimilaba con la invisibilidad). Ahora bien, como casi siempre en japonés, habría muchas más formas de escribir el nombre y referirse a estos extraordinarios guerreros, tales como *kanja*, *ukami* o *rappa*.

En cuanto a las técnicas que empleaban, están envueltas, intrínsecamente, en un cierto misterio no falto de una buena ración de misticismo, y las recetas de algunos de sus elementos son discutidas por los expertos en el tema (cabe decir que uno de los supuestos ingredientes, el excremento de lobo, es hoy imposible de conseguir, pues las subespecies de lobo nipón están extintas).

A colación debe anotarse que la muerte por inhalación de arsénico, en el caso del relato arsénico blanco, se ajusta en lo posible a la realidad médica, y no a las casi mágicas consecuencias de las narraciones medievales del *país del sol naciente*.

Para el lector occidental puede resultar llamativa la referencia a nombres de caminos concretos dentro del Japón feudal (como el Nakasendo, una de las cinco grandes rutas que cruzaban la isla principal del país, y una de las dos que unía la antigua Edo con Kioto), así como su uso o su estructura, probablemente, por la influencia de las vías romanas, que a todos lados llegaron y permitieron que, incluso en la Edad Media, las gentes viajasen y el comercio prosperase en Europa. Pero Japón no era así, en el Japón feudal la rueda no servía de mucho, las continuas lluvias y el accidentado paisaje obligaban a plantearse los traslados de un modo muy distinto (dicen los estudiosos que de ahí viene el palanquín) y preparar calzadas como las romanas hubiese sido una tarea faraónica, casi inalcanzable. Para el curioso, es además recomendable la visita al pequeño tramo original del Nakasendo entre las prefecturas de Nagano y Gifu.

La historia de Genji, a la que se alude como típico motivo en la vestimenta de la época en el Japón de inicios del siglo XVII, es para muchos estudiosos la primera novela moderna. Un relato escrito cinco siglos antes por la noble japonesa Murasaki Shikibu sobre ciertas intrigas en la corte imperial.

El saludo que Saigo Hayabusa cruza con el campesino de los nísperos en su llegada a Kioto se basa en las reflexiones del profesor Michitaro Tada sobre las clásicas formas de cortesía de la vieja ciudad imperial.

Y cuando se habla de Kioto como una ciudad enorme es necesario entender que la escala es prácticamente inconcebible para la Europa de la época. Japón era increíblemente populoso para las concepciones del viejo continente. La ciudad rondaba las doscientas mil almas, que se doblarían durante el conocido como período

Edo (el que comienza en los momentos de la narración). También es cierto que la ciudad se construyó usando las enseñanzas geománticas del *Feng Shui* en su interpretación japonesa y, tal como deja entrever el texto, estas palabras se podrían traducir, literalmente, como viento y agua.

En cuanto al espacio que aparece denominado como Rokujogahara, podría traducirse como de la *calle sexta* y estaba cerca de otra intersección donde, al parecer, había pescaderías. Asimismo, los lugares que se mencionan como Matsubarabashi y Matsubara recibieron ese nombre del *taiko* Toyotomi Hideyoshi (en honor a los pinos japoneses que poblaban la zona). Lo que también tiene relación con una curiosidad interesante, en la época en la que se narra la historia comenzó a hacerse popular una canción que permitía a los más pequeños conocer el nombre de las calles, asociándolas con algún hito significativo y recitándolas (las que van de este a oeste en una tonada y, en otra, las que atraviesan la ciudad de norte a sur). Algo muy peculiar porque en Japón, por regla general, las calles no tienen nombre. En este ámbito, las menciones a los barrios y profesiones de la ciudad imperial que aparecen en esas páginas de la novela son las que se presuponen a la época.

El montículo de Mimizuka, que se podría traducir literalmente como *montículo de orejas*, sigue existiendo y puede visitarse en Kioto, y continúa cumpliendo el macabro propósito para el que lo ideó Toyotomi Hideyoshi, pues sigue produciendo una escalofriante inquietud.

En Japón, quizá por la gran densidad de población, quizá por la falta de espacio, es habitual que se tenga preferencia por las pequeñas mascotas. De hecho, los grillos cantores y otros insectos han sido desde hace siglos animales de compañía elegidos por miles de nipones. Y entre estos diminutos animales se encuentran también las arañas (que dicho sea de paso, no son insectos, sino arácnidos). Especialmente las del género Argiope, habituales en las islas más meridionales, con las que comenzó una tradición de combates (también habituales en otras partes de Asia como las Filipinas) que según la leyenda derivó en un festival anual denominado Kumo Gassen (que lleva celebrándose más de cuatro siglos en la ciudad de Kajiki) y que tuvo su primera edición a finales del siglo XVI, justo antes de las campañas de Corea. Es una tradición que sigue viva hoy en día y a la que dedican mucho tiempo y esfuerzo gentes de todo el archipiélago (no solo comparten su hogar con los arácnidos, sino que también los entrenan y les dispensan una gran cantidad de cuidados).

Hacer referencia a una barba de ballena para definir una longitud era algo habitual en el Japón medieval. La equivalencia correspondería a un método habitual de los tejedores y estaría cerca de los cuarenta centímetros, recibiendo el nombre de *shaku*, o más exactamente de *kujirajaku*. Lo que la distinguía de una medida similar usada aún hoy en día por carpinteros y otros artesanos.

Las intrigas planteadas en la narración entre Tokugawa Ieyasu y Date Masamune

no existieron tal y como se muestran en la novela. Si bien es cierto que la realidad no fue muy distinta. El vencedor de la batalla de Sekigahara y futuro sogún (primero de una saga que se prolongaría por casi tres siglos) era un hombre capaz de jugar con varios bandos a un tiempo, de una inteligencia notable y de gran capacidad para la planificación.

Se hace también una alusión al pacienzudo carácter de Tokugawa Ieyasu a través de una composición popular que no distaría mucho de las coplillas que, durante siglos, han sido habituales en España. De hecho, es una referencia conocidísima en el Japón y que cualquier escolar de hoy en día puede recitar. Gracias a ella, se ven reflejados los caracteres y divergentes filosofías de los tres grandes unificadores del imperio. Los versos serían:

¿Qué hacer si el pájaro no canta?
Nobunaga respondería: *«¡Mátalo!»*.
Hideyoshi respondería: *«Haz que quiera cantar»*.
Ieyasu respondería: *«Espera»*.

La técnica de pesca descrita para el curioso y agresivo ayu (*Plecoglossus altivelis*) es, básicamente, la que sigue usándose hoy en día con un pez reticente a cualquier otro cebo dada su dieta de algas. En lo concerniente a este asunto, cabe puntualizar que, efectivamente, en ciertas partes del continente asiático se adiestran cormoranes con el fin de que pesquen al servicio del hombre.

Las leyendas sobre el llamado *kappa* proliferan en Japón, y es habitual encontrar pinturas e ilustraciones, incluso pequeños templos. Y casi cualquier ribereño tiene alguna historia sobre este temible engendro de las aguas que se lleva a los niños. La ciencia moderna suele aceptar que el *kappa* es, de hecho, una mitificación de la salamandra gigante japonesa o *hansaki(Andrias Japonicus)*, que puede alcanzar increíbles tamaños de casi dos metros y que tiene una enorme cabeza plagada de dientes (a día de hoy es una especie en grave peligro no solo por la intervención del hombre en su hábitat, sino también por la hibridación que está sufriendo con especies foráneas de otras partes de Asia). El hecho es que este increíble animal, verdadero fósil viviente, es muy capaz de llevarse los dedos de un bañista de un mordisco (al parecer no ven demasiado bien). Son anfibios que buscan arroyos de aguas cristalinas y limpias, bien batidas, en las que encuentran los peces de los que se alimentan y donde el macho puede cuidar durante varios meses de las crías.

Los denominados *pasillos de piso de ruiseñor* existieron realmente y tenían esa función de alerta que se intuye en el texto. De hecho, los hubo en Kioto, pues los tenía el palacio Ninomaru del castillo de Nijo, el que ordenaría construir, precisamente, Tokugawa Ieyasu. Dicha fortaleza puede visitarse aún hoy en día y es

uno de los monumentos de Japón que ha sido declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco.

La ceremonia de la antorcha de Nara aparece muy simplificada en la novela, pero su interés hacía necesaria la mención que, por sencilla, no deja de ser fiel (es, además, una visita inexcusable para el turista en el archipiélago). Ahora bien, no existe constancia de que Tokugawa Ieyasu asistiera a tal ceremonia en el año 1603 del calendario occidental (en el que fue nombrado sogún), sin embargo, sí resultaba plausible.

El distrito de Nihon bashi, literalmente puente japonés, es hoy el distrito de negocios y corazón de la actual Tokio y surgió, tal y como se cuenta en la novela, a principios del siglo XVII gracias a los ánimos que Tokugawa Ieyasu dio a la ciudad (la que aparece como Edo en la novela). Y sí es cierto que se instauró un gigantesco mercado de pescado que sería el germen del Tsukiji. Ahora bien, no se profundiza en detalles sobre el río y la geografía de la zona porque las canalizaciones y los enormes cambios sufridos hubieran resultado demasiado farragosos. De hecho, los proyectos hidrológicos de la zona son, y han sido, de tal envergadura que los ríos y afluentes han cambiado su papel y los nombres de los mismos se han convertido en algo parecido a un galimatías para el no iniciado.

Las buceadoras *ama*, que han sido durante años fuente de inspiración para fotógrafos y retratistas, siguen existiendo hoy en día; y actualmente van totalmente cubiertas, pero en aquellos días llevaban el pecho desnudo.

Respecto al maquillaje blanco usado por las damas de compañía, cabe decir que es una controvertida receta que, en tiempos, además de otros elementos, según parece, incluía una parte de plomo, lo que pudo causar graves casos de envenenamiento.

Aunque no fue hasta unos años más tarde, es cierto que el comerciante de pescados conocido como Sukegoro logró encontrar un método para transportar pescados vivos largas distancias y que usó, entre otras, técnicas similares a la acupuntura.

Los holandeses y los ingleses lograron sus permisos para establecer puestos comerciales en el *país del sol naciente* (los ingleses cerraron su factoría en 1623 por improductiva, pero los holandeses permanecieron en Dejima durante todo el período de aislamiento del bakufu). Es un tema sobre el que no se profundiza en la novela al centrarse la historia en las relaciones entre el Japón y España, sin embargo, de aquellos permisos surgieron datos curiosos, por ejemplo: Richard Cocks, que sería el delegado inglés, fue el primero que plantó patatas. Y la Compañía de las Indias Orientales holandesa establecería su puesto comercial, entre cuyos jefes destacaría Jacques Specx (holandés). En ambos casos, la intervención de William Adams como intermediario fue crucial.

No hay constancia oficial de que los grupos holandeses que sobrevivían en el Japón, intentando, como los españoles, llegar a acuerdos comerciales (a ser posible, en exclusiva), actuaran con violencia contra los hombres de Castilla, sin embargo, muchos historiadores están de acuerdo en que las tensiones debieron de ser importantes.

Entre otros aspectos de la figura del *hombre de las olas*, no puedo dejar de hacer mención a la *leyenda de los cuarenta y siete*; aunque no son estas las líneas para desgranar esta increíble historia (complicada incluso en el número de su nombre), me siento obligado a recomendar encarecidamente una visita a las lápidas que aún se conservan en Sengaku ji; las cuarenta y seis tumbas de los *ronin* condenados a cometer *seppuku* y dos más, en memoria de Kichiemon Terasaka y Sanpei Kayano. Kayano deseaba fuertemente tomar parte en la venganza, pero cometió *seppuku* antes del ataque debido a la fuerte oposición de su familia. Esta increíble historia está presente en multitud de obras de teatro y sigue muy viva en la memoria del Japón.

Sobre las costumbres...

Como curiosidad respecto a las Filipinas también merece la pena mencionar que la elección de nombres castellanos era habitual, así como la de patronímicos de resonancia canónica. Algo que, de hecho (y más aún debido al edicto de organización alfabética de nombres promulgado por el gobernador Narciso Clavería en el siglo XIX), ha tenido como consecuencia al cabo de los años que haya muy pocos apellidos en el archipiélago y que, en un afán por evitar coincidencias, ha llevado a muchos habitantes del archipiélago a buscar nombres en extremo originales (la coincidencia de nombres ha hecho que muchos filipinos porten curiosos certificados que acreditan su inocencia cuando su nombre coincide con el de un convicto).

La mayoría de los consejos y referencias a la medicina, alimentación e higiene personal salpicados a lo largo de las páginas de la novela provienen del texto *Banquete de caballeros*, del doctor Lobera de Ávila, que llegó a ser médico personal del emperador Carlos.

En el ámbito de las cuestiones clínicas también cabe hacer una aclaración; cuando se hace referencia al mal francés, se alude a la enfermedad que hoy en día se conoce como *sífilis*. El uso del gentilicio francés es solo porque así solían denominarla los marinos españoles, aunque también era común hablar del mal caribeño, o del mal portugués. Nota curiosa es que los navegantes portugueses hablaban de ella como el mal español (en los Países Bajos se la llamaba *dolencia española*, y en Tahití, *condena británica*). Aparte del nombre, sus orígenes son inciertos y los expertos se disputan la legitimidad de varias teorías, en cualquier caso, durante los siglos de las

grandes travesías marinas europeas causó estragos. Y al mencionar las erupciones con forma de tachuelas, el texto se refiere a los conocidos como clavos sifilíticos, propios de la sintomatología asociada a la segunda etapa de esta terrible enfermedad, previa a la tercera y final, la que en muchas ocasiones lleva a la muerte.

En la narración se hace alusión al oro y la plata de las Indias que dotaron a las coronas españolas de un poderío económico considerable. En este ámbito, se ha intentado resultar fiel a la crucial importancia que tuvieron las minas americanas en el desarrollo español. Aunque, si bien fue el oro el aliciente que atrajo a los colonos, fue la plata la que llenó a rebosar las arcas reales. El argento de las Indias permitía pagar a los ejércitos y sufragaba las expediciones; llegó a desestabilizar las economías del este de Asia y corrompió financieramente a la dinastía Ming. De hecho, para muchos historiadores, el real de a ocho, que llegó a lugares como Australia (recomprado por las autoridades británicas para ser estampado de nuevo), o a Indonesia, fue una medida de valor como podrían serlo el euro y el dólar en el presente. Tantas fueron las monedas acuñadas que, como ha sucedido en otras ocasiones en la economía moderna tras emitir una gran cantidad de moneda, se llegó a una inflación galopante.

En relación con la alimentación en el Japón medieval, cabe aclarar que los platos hoy considerados típicos de la cocina nipona, como las populares preparaciones de pescado crudo, no eran en aquel entonces habituales. Estas vendrían siglos después con las obligaciones y la falta de tiempo de la vida contemporánea. De forma somera, podría resumirse que, en aquellos tiempos, el arroz se colocaba por capas junto con lajas de pescado y la fermentación del cereal producía ácidos que ayudaban a conservar la suave carne pero que, sin embargo, estropeaban el grano. Además, en aquellos días en el *país del sol naciente* no todo el mundo seguía a rajatabla las enseñanzas budistas y, por tanto, no todos los nipones excluían la carne de su dieta. Y en estos lares de la cocina me siento aquí en la obligación de mencionar a mi querido Santi Almuiña (a quien no veo tan a menudo como quisiera), al que no solo le agradezco su paciencia en nuestras largas charlas sobre comida japonesa, sino al que también debo mi eterna admiración por haber transformado todas mis novelas en suculentas visiones gastronómicas que llegan al mundo desde esas mesas del Colón.

El juego de la guirguiesca para dados aparece ya descrito en el *Libro de acedrex, dados y tablas* de Alfonso X. Por lo que sabemos, es bastante similar al que hoy se ha dado en llamar *craps*, ampliamente conocido por su habitual presencia en casinos de todo el mundo.

Hasta donde ha podido indagarse, aun a pesar de que la cucaña y los juegos asociados son realmente antiguos, no todos los expertos se ponen de acuerdo en su origen. Pero es indudable que en el bello pueblo de Chinchón la cucaña tiene una gran tradición.

Aunque en el presente es habitual el uso del término *labio leporino* para referirse

a la fisura labial de origen congénito, lo cierto es que en tiempos pretéritos lo común era denominarlo *labio de liebre* (este animal presenta de modo natural el labio superior hendido). Y por algún motivo que aún no está claro para la ciencia moderna, en ciertas partes de Asia es un defecto con índices mucho mayores que en otros lugares del mundo.

La vara usada por el monje Zongji podría encuadrarse en lo que solía denominarse como *bastón vagabundo*, o, si se prefiere, *si fan kuan*, y es lo que podría traducirse como un «bastón a ras de ceja», pues la longitud exacta coincide, apoyado en el suelo, con el nacimiento de la ceja. Solía fabricarse de maderas ligeras y flexibles, como se menciona en el texto, especialmente a partir de varas de palmera de *rattan*, cuya elasticidad natural le permite ser golpeada fuertemente sin que se quiebre. Eran tan efectivos que podían bloquear fácilmente el borde afilado de un sable y salir indemnes del mandoble.

El que hoy suele denominarse *brandy* de Jerez, pedido por el personaje de Pedro de Arbués en La chopera de Sevilla, aun de orígenes inciertos, se sabe conocido en el siglo XVII. De hecho, es incluso anterior, y muy apreciado; por lo que parece, la catedral de Jerez de la Frontera se sufragó gracias al pago de los impuestos que gravaban este espirituoso.

Aunque muchos relatos sobre marinos holandeses (además de algunas otras nacionalidades) han hecho a menudo referencia a la bebida conocida como *grog* (que, al parecer, fue inicialmente un modo elaborado de rebajar el ron para evitar que las raciones de alcohol de la marinería fueran excesivas), no se incluyó en esta historia, pues fue un invento de alrededor de un siglo después.

Cuando en el texto se relatan acciones y lances de esgrima dentro del ámbito occidental (vaya aquí mi agradecimiento a Rafael, que soportó mis innumerables preguntas), se ha usado una referencia principal entre otras varias, la obra *Libro de las grandezas de la espada*, escrito a comienzos del siglo XVII por Luis Pacheco de Narváez (que destacó no solo por su sonada enemistad con el genial poeta Francisco de Quevedo, sino también por su habilidad espada en mano). De ahí que merezca la pena aclarar que en la novela no se hagan referencias a posiciones y movimientos en el sentido moderno de la esgrima, pues resultaría un anacronismo.

En lo que se refiere a los venenos filipinos, dejando a un lado disquisiciones científicas, me parece interesante incluir la relación del propio Antonio de Morga en su obra *Sucesos de las Filipinas*:

«[…] De venenos y tósigos usan muy de ordinario los Naturales destas islas las yerbas que hay en todas ellas de este género; son tan eficaces y mortíferas, que hacen efectos maravillosos. […] Hay otras yerbas, que los Naturales conocen y cogen, para el mismo menester, unas secas y otras verdes, comidas y en zahumerios; y otras que con solo tocarlas con las manos, ó con los pies, ó dormir sobre ellas, matan, y son tan

diestros, en hacer dellas compuestos, que las tiemplan, y aplican de manera, que hacen el efecto luego, ó á plazos largos, ó cortos como quieren, aunque sea á cabo de un año […] Hay algunas yerbas venenosas, que cuando los Naturales las cogen, llevan hecha prevención de otras contrayerbas, y en la isla de Bohol, hay una de tal calidad, que para cortarla de la mata en que se cría, se entra á ella por barlovento, porque solo el aire que por ella pasa, es mortífero. […]».

Sobre los animales y las plantas…

Al mencionarse el cedro japonés se usa esa nomenclatura porque es la más habitual entre las traducciones, pero es necesario aclarar que, en realidad, no se trata de un cedro, sino de una cupresácea de nombre *CriptomeriaJaponica* que, en el *país del sol naciente*, recibe el nombre de *sugi*. Algo similar sucede con los mapaches, perros mapache o *tanuki*; el término es la traducción habitual, probablemente porque estos animales se parecen, de hecho, al mapache de Occidente, pero este mamífero japonés (*Nyctereutesprocynoides*) es un cánido.

El cangrejo gigante japonés (*Macrocheira kaempferi*) es el crustáceo de mayor tamaño conocido y, además de sus espectaculares migraciones, es un animal digno de ver, pues con las patas estiradas puede superar envergaduras de más de tres metros. A día de hoy, especialmente, en Osaka, sigue siendo un plato muy apreciado.

En lo que respecta a los terremotos en Japón, dejando a un lado la terrible desgracia acaecida en marzo del 2011, es rigurosamente cierto que se están llevando estudios en varios centros japoneses que demuestran la relación inequívoca entre los bagres del lago Biwa y los movimientos sísmicos. Al parecer, al igual que sucede con otros animales, estos curiosos peces tienen una actividad frenética justo antes de los seísmos, como si la ciencia actual viniese a corroborar un parte del mito.

Al hacer alusión a bueyes tordos o negros no se trata de meros adjetivos, sino de un reflejo de la realidad de la cabaña nipona. Dejando a un lado el curioso método de transporte en el que el alquiler de un buey como montura fuese habitual en aquellos tiempos (fiándose el arrendatario de que su cliente enviaría el buey de vuelta desde el destino), también se hace, de ese modo, mención a la especiales vacadas niponas, aisladas durante siglos en los pequeños valles, alimentadas de manera muy especial y criadas de forma harto curiosa (incluyendo masajes con vino de arroz), convirtiendo con los siglos un animal importado para el trabajo en el campo en una sublime exquisitez, el hoy denominado buey de Kobe.

La mención a gallos y gallinas que se hace en el asentamiento holandés del puerto de Hirado tiene algo más de trasfondo de lo que pueda parecer en un principio. Esta variedad de aves de corral conocida como *chabo* o, en inglés, *japanese bamtan* son

animales de lustroso plumaje con largas colas que llevan siglos siendo muy apreciados en los hogares orientales y que, según parece, fueron en primera instancia un regalo que los holandeses llevaron hasta el Japón como presentes de buena voluntad (rápidamente se adaptaron como mascotas de señores feudales y familias acaudaladas).

Al usarse en el texto la palabra *dogo* para referirse al perro que acompaña a la reina Margarita se deben hacer un par de aclaraciones. En primer lugar, tal y como muestran los retratos de la época, la compañía de estos grandes canes era apreciada en la corte y, en segundo lugar, la terminología es solo una acepción, pues la raza estaba aún por definir en cualquiera de sus variantes actuales. De hecho, se emplea como derivación de términos similares a *dogge*, utilizados en aquellos tiempos.

Aun a día de hoy, la madera extraída del árbol de *molave* sigue siendo considerada como de las mejores del mundo. Y no solo se usó en la construcción de barcos en los astilleros de las Indias, sino que todavía continúa empleándose para la manufactura de muebles de la más alta calidad. También el ipil sigue utilizándose, y es cierto que comparte el color rojizo de otras maderas como el cedro y que tiene un profundo aroma.

La madera de las conocidas como *zelkova*, que sí recuerdan a los olmos europeos, se ha usado durante siglos en Japón para las embarcaciones.

Cuando Saigo Hayabusa se llama a sí mismo pájaro carpintero, se hace un juego interesante con la cultura tradicional japonesa. Se cuenta que el gorrión y el pájaro carpintero eran hermanos; recibieron la noticia de la enfermedad de su padre y, mientras el gorrión, que se estaba pintando los dientes de negro, salió volando al instante (por lo que parte de su pico es blanca y tiene las mejillas manchadas), el pájaro carpintero salió tras acicalarse con calma; y no llegó hasta que su padre había fallecido. Por esa razón, el gorrión, que no tiene una figura tan bella, vive junto al hombre, pero el pájaro carpintero debe recorrer el bosque a toda prisa picoteando las cortezas, apenas come tres insectos al día, y pasa las noches en algún hueco de los árboles, llorando porque le duele el pico. Por cierto, Hayabusa, el nombre de Saigo, es también la palabra usada en japonés para referirse al halcón peregrino.

Sobre la fe...

En cuanto al espinoso tema de las relaciones entre las órdenes religiosas en el Japón del siglo XVI ha de reconocerse que el texto puede resultar algo tendencioso hacia los jesuitas, pero es así como reflejo de las crónicas de la época, en las que no resultan bien parados. Es un hecho que ejercieron tremendas presiones para ser los únicos beneficiados por el papa en Asia, obteniendo una exclusividad que, además,

utilizaron para comerciar y beneficiarse a través de aranceles y tratos bajo cuerda.

Al hablar de las crucifixiones en Japón, no se entra en demasiados detalles, pero es cierto que existieron. Aunque lo más habitual es que no se llevasen a cabo al modo romano, sino que se limitaban a sujetar al reo en lanzas atravesadas (lo que concuerda con la presentada en el texto, que habría sido ordenada por los holandeses y su conjura). Y también es verdad que los cristianos fueron perseguidos desde la llegada al poder de Toyotomi Hideyoshi.

Parece cierto que el obispo de Cartagena de Indias fundó en 1603 un monasterio para religiosas en esta bella ciudad colombiana. Y también se supone que fueron clarisas enviadas desde el viejo continente las que ayudaron a poner en marcha esta institución que, como muchas otras en tierras americanas, fue fundada de modo un tanto discutible según las rígidas costumbres de la vieja Europa.

La breve mención a las dudas existenciales del dominico Silvestre de Marsico y Batiste son un pequeño guiño en relación a los cambios ideológicos y filosóficos que movieron a la Iglesia y al mundo laico a raíz de las obras de Tomás de Aquino, en las que fueron seriamente reconsideradas las apreciaciones de san Agustín. En este sentido, cabe indicar que el personaje de este dominico es pura ficción. Una amalgama de las características de varios de los inquisidores sevillanos de aquel momento, pero, como con los procesos del Santo Oficio, en la novela se ha optado por no profundizar en dichos asuntos con demasiado celo.

El proceso inquisitorial al que es sometida Constanza de Accioli se ajusta bastante a las crónicas de la época, aunque, desafortunadamente, los detalles no siempre están consensuados. Como fuente principal de información se ha usado el libro de Reinaldo González Montes *Artes de la Santa Inquisición Española*, en la traducción y comentarios de Francisco Ruiz de Pablos. Aun así, a pesar de la fiereza que se pueda extraer del texto, debe insistirse en que, al contrario de la idea que suele tenerse al respecto, la Inquisición española no cuenta con tantas víctimas como otras centroeuropeas, cuyo número de ajusticiados es significativamente mayor.

Sobre el arte...

El arte japonés es complejo, y tan diferente a los ojos de un occidental que en muchas ocasiones resulta incomprendido. Sin embargo, en la novela se mencionan numerosas expresiones artísticas, como los árboles cultivados en maceta, las piedras dedicadas a la contemplación, la música y la pintura. Y en el caso de la pintura se hace mención a un rollo pintado por un miembro de la escuela Kano. Cabe explicar que de esta ilustre estirpe de increíbles dibujantes destacó Kano Eitoku.

Al hablar de la ilustración también se hace una mención a una piedra que ha sido

dispuesta en el espacio denominado *tokonoma* para servir como objeto de contemplación. Este tipo de piedras reciben en la actualidad el nombre de *suiseki* (*sansui kei-seki* en el texto para adaptarse a la garfía del japonés medieval), y pueden ser, como en la narración, de aspecto montañoso, o bien recordar por su forma y color a figuras animales (hay bastantes que se asemejan a tortugas), humanas o, simplemente, tener veteados o marcas que recuerden ramas, árboles en floración o cualquier otra escena natural. Son un arte y una pasión que, sin duda, enseña al hombre la virtud de la espera y la belleza de lo estático, que, con la mirada adecuada, puede llegar a parecer animado. Y en este punto debo mostrar mi profundo agradecimiento a la Asociación Española de Suiseki y, muy especialmente, a su presidente José Manuel Blázquez, que tanta paciencia tuvo conmigo.

Continuando con el arte, el instrumento de cuerda conocido como *shamisen* era, de hecho, muy novedoso en la época que se muestra en el texto, con apenas unos cincuenta años.

Como colación cabe aclarar que, además de influencias gastronómicas y religiosas (incluyendo los extraños crucifijos sincretizados con símbolos budistas presentes en la novela), los misioneros jesuitas mediaron también en la evolución pictórica del archipiélago, dando lugar al conocido como arte Nanban (como la técnica del óleo, sobre la que merece la pena leer los trabajos de Ruiz Carrasco).

La referencia a los treinta y seis inmortales, o a los treinta y seis inmortales de la poesía, se basa en la denominación habitual del insigne grupo de poetas medievales japoneses que, en su momento, fue seleccionado por Fujiwara no Kinto a comienzos del siglo XI, al considerarlos como los mejores ejemplos de la lírica japonesa hasta ese momento. Aún hoy en día son recordados y suponen una lectura más que recomendable.

El soneto de Francisco de Quevedo referido en la novela, al que hace alusión Constanza de Accioli durante el tormento, y que se asume ha leído anteriormente en el corral de la Cruz (que existió tal y como se describe), pudo no ser compuesto hasta algunos años más tarde. La primera recopilación de poemas de este genial literato no se publicaría hasta el 1605.

Y esos «Te extraño» que pronuncia en su soledad Dámaso (rompiendo el estilo de los diálogos de la novela) no son sino un sentido homenaje al bolero homónimo de uno de los mejores *poetas* que jamás he leído; mi muy apreciado Armando Manzanero.

Seguro que algo queda en el tintero, en cualquier caso, permítame, querido lector, recomendarle que se acerque a algunas de las referencias aquí hechas, estoy seguro de que encontrará tantas satisfacciones como yo mismo. Espero que haya disfrutado…

Por lo demás, gracias, de todo corazón, gracias.